

Norberto Fuentes se empeñó en la tarea colosal de averiguar cómo era el Hemingway de Cuba que algunos de sus biógrafos póstumos parecían interesados no solo en ocultar sino también en tergiversar...

El Hemingway nuestro: un hombre azorado por la incertidumbre y la brevedad de la vida, que nunca tuvo más de un invitado a su mesa, y que logró descifrar como pocos en la historia humana los misterios prácticos del oficio más solitario del mundo.

Gabriel García Márquez

Hemingway en Cuba

Norberto Fuentes

Prólogo de Gabriel García Márquez

©1984, Fuentes, Norberto

©1984, Editorial Nueva Nicaragua

Colección: Varios

ISBN: 9788479545406

Generado con: QualityEbook v0.75

Agradecimientos

A Luis Pavón, que organizó el trabajo y por su amistad; a Estrella Cobas, que dio el empuje; a Antonio de la Guardia, por su ayuda en todos los sentidos; a Luis Felipe Denys y Osvaldo Fleitas, por la colaboración en Camagüey; a Marta Arjona, Marilú Moré, Lyle Stuart, Raúl Rivero, Eliseo Alberto, Felipe Cunill, Raúl Torres, Eduardo Torguet, Luis Garda Guitar y Francisco Martínez Hinojosa, que participaron de principio a fin; y a Lourdes Curbelo, que brindó aliento y el amor.

Este otoño tenemos que poner puntos suspensivos en nuestra ocupación y dejar que el apresuramiento y las interrupciones cesen totalmente. Por esta razón, después de pasar un par de años en los trópicos, tenemos pensado cambiar de ambiente. Queríamos volver a África, pero allí no llueve desde el año anterior y no deseamos ver tan pronto otra sequía. Podremos ir cuando llueva. Este verano lo pasaremos trabajando en un libro en Finca Vigía. Ya se ha terminado la confección de un guión cinematográfico y no se repetirá esta clase de trabajo.

En lo que respecta al periodismo, el escribir sobre el diario acontecer, que aprendí de joven y no significa prostituirse cuando se ejerce honrada y objetivamente, tampoco se hará ningún trabajo hasta

que termine este libro.

De una crónica de Hemingway, Look, septiembre 1956

Yo siempre tuve buena suerte escribiendo en Cuba... Me mudé de Key West para acá en 1938 y alquilé esta finca y la compré finalmente cuando se publicó *Por quién doblan las campanas...* Es un buen lugar para trabajar porque está fuera de la ciudad y enclavado en una colina... Me levanto temprano cuando sale el sol y me pongo a trabajar y cuando termino me voy a nadar y tomo un trago y leo los periódicos de Nueva York y Miami. Después del trabajo uno puede irse a pescar o a practicar tiro de pichones y por las tardes Mary y yo leemos y oímos música y nos vamos a la cama. Algunas veces vamos a la ciudad o a un concierto. Algunas veces vamos a una pelea o a ver una película y luego vamos al Floridita. En el invierno podemos ir al jai alai.

A Mary le gusta la jardinería y tiene un jardín y un huerto de rosas. Perdí cinco años de mi vida durante la guerra y ahora estoy tratando de recuperarlos. Yo no puedo trabajar y vivir en Nueva York porque nunca aprendí a hacerlo... Pero este otoño cuando salga *El viejo y el mar* tú verás parte del resultado del trabajo de los últimos cinco años.

de una carta a Earl Wilson, 1952

Es difícil explicar la fresca brisa matinal que sopla incluso en los días más calurosos de estío sobre las colinas que rodean La Habana. No es necesario explicar la posibilidad que se nos ofrece de criar gallos de pelea, adiestrarlos y participar en competencias dondequiera que se organicen, por tratarse de un asunto lícito. Es una de las razones de vivir en aquella isla.

Acaso no les guste la pelea de gallos.

Tampoco tiene uno que referir los extraordinarios y hermosos pájaros que se ven en la finca durante todo el año, las aves de paso que se detienen en ella y la codorniz que muy temprano va a beber agua en la superficie ondulada de la piscina, ni las distintas especies de lagartijas que viven y cazan en el emparrado al extremo de la piscina, ni las 18 clases de mangos que crecen en la ladera de la loma que se extiende hasta la casa. No debe uno hablar de nuestro equipo de pelota —no *softball*, sino pelota de verdad— donde todo aquel que pasa de los 40 puede tener a su disposición un muchacho que corra por él...

Se les contesta que uno vive en esta isla porque para ir a la ciudad no hace falta más que ponerse los zapatos, porque se puede tapar con papel el timbre del teléfono... y porque en el fresco de la mañana se trabaja mejor y con más comodidad que en cualquier otro sitio. Pero esto es un secreto profesional.

Pero hay muchas más cosas que uno no debe decir; y si ellos a su vez hablan de la pesca del salmón en el río Restigouche y de lo que cuesta pescarlo allí, pero sin mencionar demasiado el dinero que gastan, y si hablan bien y apasionadamente sobre esta pesca, entonces uno les explica que la razón principal de vivir en Cuba es el Gran Río Azul, de tres cuartos a una milla de profundidad y de 60 a 80 millas de ancho; desde la puerta de la finca, y a través de un hermoso paisaje, se tardan 45 minutos en ir allá, donde hay la mejor y más abundante pesca que he visto en mi vida.

De una crónica sobre la corriente del Golfo, Holiday, julio 1949 Hemingway, el nuestro

Ernest Miller Hemingway llegó por primera vez a La Habana en abril de 1928, a bordo del vapor inglés Orita, que lo llevó de La Rochelle a Cayo Hueso en una travesía de dos semanas. Lo acompañaba su segunda esposa, Pauline Pfeiffer, con quien se había casado apenas 10 meses antes, y ni él ni ella debían tener por aquella ciudad del Caribe un interés mayor que el de una escala tropical de dos días después del vasto océano y el bravo invierno de Francia. Hemingway tenía 28 años, había sido corresponsal de prensa en Europa y chofer de ambulancias en la Primera Guerra Mundial, y había publicado con un cierto éxito su primera novela. Pero todavía estaba lejos de ser un escritor famoso, y seguía necesitando un oficio secundario para comer y no tenía una casa estable en ninguna parte

del mundo. Pauline, en cambio, era lo que entonces se llamaba una mujer de sociedad. Sobrina de un magnate norteamericano de los cosméticos que la mimaba como a una nieta, lo tenía todo en la vida, inclusive la belleza estelar y el humor incierto de la esposa de Francis Macomber. Pero aquel no era su mejor abril. Estaba encinta y aburrida del mar, y el único deseo de ambos era llegar cuanto antes a Cayo Hueso, donde iban a instalarse para que Hemingway terminara su segunda novela: Adiós a las armas.

La Habana era entonces —y sigue siéndolo hoy— una de las ciudades más bellas del mundo. El dictador Gerardo Machado estaba en el apogeo de sus delirios faraónicos, sustentados por los últimos esplendores de un auge azucarero reciente, y por el padrinazgo de los Estados Unidos. Había roto los vínculos que mantenían los gobiernos anteriores con la Banca Morgan, y vivía en concubinato público con el Chase National Bank de la familia Rockefeller, que le negaba muy poco a cambio de todo. Los estragos del progreso material se veían por todas partes, y Hemingway no pudo verlos con indiferencia desde la ventanilla de un Packard alquilado en el Parque Central. El paseo del malecón, cuyas obras de protección y embellecimiento habían sido iniciadas en otra época, estaba siendo prolongado hasta su dimensión actual, y nuevas avenidas con árboles y mansiones de millonarios surgían al occidente de la ciudad vieja. Pero la obra mayor iba a ser el esperpento neoclásico del Capitolio Nacional —copiado piedra por piedra del Capitolio de Washington—, en cuya cantera trabajaba un picapedrero llamado Enrique Lister, que años más tarde sería uno de los generales legendarios de la Guerra Civil Española.

La prostitución frenética que muy pronto iba a convertir a La Habana en el burdel de lujo de los Estados Unidos, conservaba todavía la máscara inocente de las escuelas para aprender a bailar. Se llamaban academias de baile, y sus alegres muchachas —medio vírgenes, medio putas— ganaban un centavo por cada cinco que cobraban por bailar, y eran conocidas con un nombre que no podía pasar inadvertido para un escritor: académicas. Sobre las lunetas del honorable Teatro Nacional se había construido un tablado para bailes públicos, cuyo acontecimiento mayor era el concurso anual de danzón. El servilismo del dictador Machado con los Estados Unidos llegó hasta el extremo de manipular

al jurado para que aquella competencia de virtuosos en el país más bailador del mundo se lo ganara el embajador norteamericano Harry F. Guggenheim.

De esas 48 horas de Hemingway en La Habana no quedó ninguna huella en su obra. Es verdad que en sus artículos de prensa él solía hacer revelaciones muy inteligentes sobre los lugares que visitaba y la gente que conocía, pero entonces se había impuesto un receso como periodista para consagrarse por completo a escribir novelas. Sin embargo, seis años después escribió su primer artículo de reincidente, y era sobre un tema cubano. A partir de entonces escribió una media docena sobre su estancia en Cuba, pero en ninguno de ellos hizo revelaciones útiles para la reconstrucción de su vida privada, pues se referían de un modo general a su pasión dominante en aquella época: la pesca mayor. «Esta pesca —escribió en 1956— era en otro tiempo lo que nos llevaba a Cuba.» La frase permite pensar que en el momento de escribirla, cuando ya Hemingway llevaba 20 años viviendo en La Habana, los motivos de su residencia eran más hondos o al menos más variados que el placer simple de pescar.

No fue un caso de amor a primera vista, sino un proceso lento y arduo, cuyas intimidades aparecen dispersas y cifradas en casi toda su obra de madurez. En 1932, cuando hizo su primer viaje a Cuba para la pesca del pez espada, parecía convencido de que por fin había encontrado un hogar estable en Cayo Hueso, donde había tenido un hijo y había escrito su segunda novela, y donde sin duda había sembrado un árbol para ser el hombre completo del proverbio. Desde entonces hizo un número incontable de idas y regresos en compañía de su compinche Joe Russell, que era el propietario del Sloppy Joe's de Cayo Hueso, y que al parecer usaba la pesca como pantalla de otros oficios más productivos. «Una vez llevó de Cuba [a Cayo Hueso] el más grande cargamento de licores que se ha conocido», escribió Hemingway. Licores de contrabando, por supuesto, en una época en que los borrachos de los Estados Unidos agonizaban de sed por la ley seca. Pero aquellas excursiones equívocas que de mucho tenían menos de literarias, le permitieron a Hemingway ponerse en contacto con la buena gente de mar que habían de ser sus amigos hasta la muerte, y le revelaron también un mundo que había de sustentar su obra futura. El propio Hemingway, en un

artículo publicado por la revista Holiday en julio de 1949, reveló quiénes eran sus amigos cubanos de esa época. «Revendedores de lotería a quienes conozco desde hace muchos años —escribió—, policías que me han devuelto con favores los pescados que les he regalado, patrones de botes de remos que han perdido la ganancia de un día sentados conmigo en el juego del frontón, y conocidos que pasan en automóvil por el puerto y el malecón y me saludan con la mano, y a los cuales les devuelvo el saludo aun cuando no puedo reconocerlos a distancia.» Es decir, que el propio Hemingway se veía desde entonces como un personaje familiar por las calles de La Habana.

También por esa época conoció el Floridita, un bar con restaurante de mariscos establecido en el siglo anterior, y que existe todavía con los mismos frisos dorados y las mismas cortinas episcopales. Allí se promovió el daiquirí, una combinación feliz del ron diáfano de la isla con polvo de hielo y jugo de limón, que Hemingway contribuyó a divulgar por medio mundo. Pero según él mismo había de escribirlo más tarde, su interés primordial por aquel sitio no se fundaba tanto en la bebida y la comida, como en el deseo de encontrarse con la corriente tormentosa de los compatriotas suyos que pasaban por la ciudad. «Eran gentes de todos los estados de la Unión y de muchos lugares donde uno ha residido —escribió—: marineros de la Armada, navegantes, funcionarios de aduanas y del departamento de inmigración, tahúres, diplomáticos, aspirantes a literatos, escritores mejor o peor situados, médicos y cirujanos que han acudido a la capital para asistir a diversos congresos científicos, miembros de la Legión Americana, deportistas, individuos que están mal de dinero, sujetos que serán asesinados dentro de una semana o de un año, agentes del FBI, el gerente del banco donde uno tiene su dinero, algunos tipos estafalarios y muchos amigos cubanos.» Esta evocación la hizo Hemingway cuando ya había recibido el Premio Nobel, y más que un recuerdo periodístico parece un directorio telefónico de la nostalgia. Es difícil releer ahora su obra sin reconocer a muchos de los personajes de esta lista, cambiados de lugar y de tiempo y transfigurados por la letra impresa, pero marcados sin remedio por el pecado bautismal del Floridita, donde hay en la actualidad un busto de Hemingway en un nicho del muro, y un viejo cantinero de sus tiempos que no se cansa de indicarles a los turistas cuál era el taburete de la barra donde se sentaba.

Cerca del Floridita está el hotel Ambos Mundos, donde Hemingway alquilaba una habitación cada vez que se quedaba a dormir en tierra, y terminó por hacer de ella un sitio permanente para escribir cuando regresó de la Guerra Civil Española. Esa habitación fue siempre la misma: el cuarto sin número del quinto piso de la esquina nordeste. «Sus ventanas —según las describió Hemingway— daban a la antigua catedral, y ala entrada del puerto y al mar por el norte, y daban por levante a la península de Casablanca y a los tejados de las casas que se extienden hasta el puerto y a todo lo ancho de él.» Nunca he podido entender por qué Hemingway eliminó de esa enumeración al Palacio de los Capitanes Generales, que es el edificio más hermoso que se veía desde su ventana, y que sigue siendo uno de los más hermosos de La Habana. Años después, en su entrevista histórica con George Plimpton, Hemingway le dijo: «El hotel Ambos Mundos era un buen sitio para escribir.» Es probable que esa declaración estuviera ya enrarecida por la nostalgia, pues aquella habitación no era ni mucho menos el lugar limpio y bien iluminado con que Hemingway soñaba para escribir. Era un cuarto lúgubre de 16 metros cuadrados, con una cama matrimonial de madera ordinaria, dos mesitas de noche y una mesa de escribir con una silla. El Ambos Mundos es en la actualidad un hotel estatal para maestros y funcionarios del Ministerio de Educación Superior, pero la habitación del quinto piso de la esquina nordeste está cerrada e intacta en memoria del huésped ilustre, y se conserva inclusive una vieja edición de El Quijote en castellano, en dos volúmenes, puesta como al descuido sobre la mesa.

Cuando uno piensa en la meticulosidad con que Hemingway escogía los lugares para escribir, su preferencia por el hotel Ambos Mundos solo podría tener una explicación: sin proponérselo, tal vez sin saberlo, estaba sucumbiendo a otros encantos de Cuba, distintos y más difíciles de descifrar que los grandes peces de septiembre y más importante para su alma en pena que las cuatro paredes de su cuarto. Sin embargo, cualquier mujer que debiera esperar a que él terminara su jornada de escritor para volver a ser su esposa, no podía soportar aquel cuarto sin vida. La bella Pauline Pfeiffer lo había abandonado en sus momentos más duros. Pero Martha Cellhorn, con quien Hemingway se casó poco después, encontró la solución inteligente, que fue buscar una casa donde su marido pudiera escribir a gusto y al mismo tiempo hacerla feliz. Fue así como

encontró en los anuncios clasificados de los periódicos él hermoso refugio campestre de Finca Vigía, a dos leguas y media de La Habana, que alquiló primero por 100 dólares mensuales, y que Hemingway compró más tarde por 18 000 de contado. A muchos escritores que tienen varias casas en distintos lugares del mundo les suelen preguntar cuáles consideran como su residencia principal, y casi todos contestan que es aquella donde tienen sus libros. En Finca Vigía, Hemingway tenía 9 000 y además 4 perros y 57 gatos.

Hemingway vivió en La Habana 22 años en total. En una crónica publicada en 1949, él mismo trató de contestar a la pregunta de por qué vivió allí tanto tiempo, y se extravió en una enumeración dispersa y hasta contradictoria. Habló de la acariciadora y fresca brisa matinal en los días de calor, habló de la posibilidad de criar gallos de pelea, de las lagartijas que vivían en el emparrado, de las 18 clases de mangos de su patio, del club deportivo junto a la carretera donde se podía apostar tuerte en el tiro al pichón, y habló una vez más de la corriente del Golfo que estaba solo a 45 minutos de su casa, y donde se podía hacer la pesca mejor y más abundante que había visto en su vida. Sin embargo, en medio de tantas justificaciones más bien elusivas, intercaló un párrafo revelador. «Uno vive en esta isla —escribió— porque... se puede tapar con un papel el timbre del teléfono para evitar cualquier llamada, y porque en él fresco de la mañana se trabaja mejor y con más comodidad que en cualquier otro sitio.» Al final de este párrafo, que lo mismo pudo escribir por distracción que por coquetería, agregó: «Pero esto es un secreto profesional.» No necesitaba advertirlo, pues ya casi nadie ignora que el lugar donde se escribe es uno de los misterios insolubles de la creación literaria.

La Habana, en general, y Finca Vigía en particular, fueron la única residencia de veras estable que tuvo Hemingway en su vida. Allí pasó casi la mitad de sus años útiles de escritor, y escribió sus obras mayores: parte de Por quién doblan las campanas, A través del río y entre los árboles, El Viejo y el mar, París era una fiesta e Islas en el Golfo. Escribió también muchos artículos de prensa —incluido «El verano sangriento»—, e hizo incontables tentativas de la rara novela proustiana sobre el aire, la tierra y el agua, que siempre quiso escribir. Sin embargo, son esos los años menos conocidos de su

vida, no solo porque fueron los más íntimos, sino también porque sus biógrafos han coincidido en pasar sobre ellos con una fugacidad sospechosa.

Mientras Hemingway construía letra por letra el mundo propio que había de sustentar su gloria, alcanzó su plenitud el proyecto de sumisión nacional iniciado por el dictador Gerardo Machado, y conducido a término infeliz por sus sucesores. La corrupción política y moral logró una dimensión de escándalo babilónico. La sumisión a los Estados Unidos, que se veía a simple vista por todas partes, adquirió visos de novela fantástica: el transbordador diario de la Florida llevaba a La Habana un vagón de ferrocarril que luego se enganchaba en el tren local para abastecer a la isla de los artículos de primera necesidad producidos en los Estados Unidos, inclusive el pescado fresco pescado en las propias aguas de Cuba.

Se dice con demasiada facilidad que Hemingway no era más que un espectador pasivo, si no un cómplice callado, de aquella gigantesca empresa de desnaturalización cultural. Su pensamiento político, que se había expresado de un modo tan inequívoco y apasionado en la Guerra Civil Española, parecía ser un enigma frente al drama de Cuba. No hay indicios de que hubiera intentado alguna vez hacer algún contacto con el ambiente intelectual y artístico de La Habana, que en medio del envilecimiento oficial y la concupiscencia pública seguía siendo uno de los más intensos del continente. Esa indiferencia parecía referirse no solo al ámbito del Caribe, sino a toda la América Latina, a la que nunca conoció, y de la cual no quedó ninguna referencia seria en su obra. Los únicos países que visitó fueron México, en 1942, y el Perú, cuando encabezó la expedición que buscaba un pescado bastante grande para la película de El viejo y el mar, pero apenas si pisó tierra firme. Hemingway resumió así aquella aventura pasional: «Estuvimos 32 días dedicados a la pesca desde el amanecer hasta que las sombras del crepúsculo nos impedían seguir tomando fotografías.»

Otro aspecto muy controvertido de Hemingway en sus últimos años fue su comportamiento frente a la Revolución Cubana. Si bien no se recuerda una opinión suya de aprobación pública, tampoco se conoce, una de desacuerdo, aparte de las poco confiables que algunos de sus biógrafos parciales le han atribuido como dichas en privado. Casi un año después del triunfo de la

revolución, y cuando ya estaba planteada la hostilidad del gobierno de los Estados Unidos, el periodista argentino Rodolfo Walsh le hizo a Hemingway una entrevista instantánea entre los empujones y alaridos de la muchedumbre embotellada en el aeropuerto de La Habana. En esa entrevista, que Rodolfo Walsh recordaba como la más corta de su carrera, y que sin duda fue también la más corta y una de las últimas de la vida de Hemingway, este alcanzó a gritar en su castellano correcto: «Vamos a ganar. Nosotros los cubanos vamos a ganar.» Y agregó en inglés sin que nadie se lo preguntara: «I'm not a yanky, you know.» No pudo terminar la frase en medio del tumulto. Un año y medio después se quitó la vida, todavía sin terminar la frase, que se ha prestado a toda clase de interpretaciones de ambos lados.

La Revolución Cubana, sin embargo, parece estar al margen de esta polémica viciosa. Ningún escritor —salvo José Martí, por supuesto— ha sido objeto en Cuba de tantos homenajes a tantos niveles. El propio Fidel Castro, desde el primer momento, ha sido el promotor de los más significativos. Fue él en persona quien se ocupó de la última esposa de Hemingway —Mary Welsh— en las dos ocasiones en que estuvo en La Habana después de la muerte de su marido. Fueron ellos quienes acordaron los términos para que Finca Vigía quedara intacta, como lo está hoy, y convertida en un museo tan vivo que a veces se tiene la impresión de sentir la presencia del escritor deambulando por los cuartos con sus grandes zapatos de muerto. Lo único que la viuda se llevó fueron los cuadros de la estupenda colección particular de los mejores pintores contemporáneos. Durante su última visita, en 1977, Fidel Castro declaró ante un grupo de periodistas norteamericano? que Hemingway es su autor favorito. Hay que conocer a Fidel Castro para saber que nunca diría una cosa así por simple cortesía, y que en todo caso tenía que pasar por encima de algunas consideraciones políticas importantes para decirlo con tanta convicción. La realidad es que Fidel Castro ha sido desde hace muchos años un lector constante de Hemingway, que lo conoce a fondo, que le gusta hablar de él y lo sabe defender con argumentos convincentes. En sus largos y frecuentes viajes por el interior del país, lleva siempre en su automóvil un montón confuso de documentos de gobierno para estudiar, y con frecuencia se ven entre ellos los dos tomos de pastas rojas de las obras selectas de Hemingway.

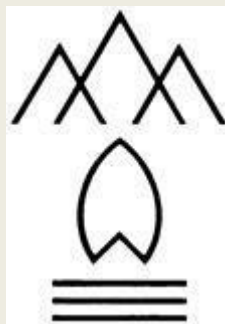
En todo caso no es fácil que alguien trate de terminar ahora la frase que Hemingway dejó trunca en el aeropuerto de La Habana. La realidad es que hubo siempre dos Hemingway distintos y a veces contrapuestos. Había uno para el consumo mundano —mitad estrella de cine, mitad aventurero— que se exhibía a sus anchas en los lugares más visibles del mundo, que entraba con la vanguardia de las tropas de liberación en el hotel Ritz de París, que apadrinaba a los toreros de moda en las ferias de España, que se hacía fotografiar con las actrices de cine más deslumbrantes, con los boxeadores más bravos, con los pistoleros más tenebrosos, y que mataba primero al león y después al bisonte y después al rinoceronte en las praderas de Kenia, y todavía se daba el lujo de estrellarse dos veces en dos aviones sucesivos. Era el Hemingway de espectáculo público que no había leído un solo libro y que tal vez no quiso a nadie en el mundo, y al que no se le podía quedar ninguna frase sin terminar. Pero había otro Hemingway en La Habana, escondido de sí mismo en una casa rodeada de árboles enormes, en cuyos aposentos se fueron acumulando a través de los años los trofeos de artes viriles que el Hemingway mundano le llevaba como recuerdos de sus navegaciones y regresos. Un artesano insomne que nadie conoció a ciencia cierta, postrado por la servidumbre insaciable de la vocación, y al que no solo se le quedó una sino muchas frases por terminar.

Cómo era ese Hemingway secreto fue la pregunta que se hizo el joven periodista cubano Norberto Fuentes, en julio de 1961, cuando su jefe de redacción lo mandó a Finca Vigía para que escribiera un artículo sobre el hombre que la semana anterior se había volado la cabeza con un tiro de rifle en el paladar. Lo único que Norberto Fuentes sabía de Hemingway en aquel momento era lo poco que su padre le había contado una tarde en que lo encontraron por casualidad en el ascensor de un hotel. En alguna ocasión —cuando no tenía más de 10 años— lo vio pasar en el asiento posterior de un largo Plymouth negro, y tuvo la impresión fantástica de que lo llevaban a enterrar sentado en la carroza fúnebre más conocida en las cantinas de la ciudad. A partir de aquellas vivencias fugaces, Norberto Fuentes se empeñó en la tarea colosal de averiguar cómo era el Hemingway de Cuba que algunos de sus biógrafos postumos parecían interesados no solo en ocultar sino también en tergiversar. Necesitó muchos años de pesquisas meticulosas, de entrevistas arduas, de

reconstituciones que parecían imposibles, hasta rescatarlo de la memoria de los cubanos sin nombre que de veras compartieron su ansiedad cotidiana: su médico personal, las tripulantes de sus botes de pesca, sus compinches de las peleas de gallos, los cocineros y sirvientes de cantinas, los bebedores de ron en las noches de parranda de San Francisco de Paula. Permaneció meses enteros escudriñando los rescoldos de su vida en Finca Vigía, y logró descubrir los rastros de su corazón en las cartas que nunca puso en él correo, en los borradores arrepentidos, en las notas a medio escribir, en su magnífico diario de navegación donde resplandece toda la luz de su estilo. Estableció por percepción propia que Hemingway había estado dentro del alma de Cuba mucho más de lo que suponían los cubanos de su tiempo, y que muy pocos escritores han dejado tantas huellas digitales que delaten su paso por los sitios menos pensados de la isla. El resultado final es este reportaje encarnizado y clarificador que nos devuelve al Hemingway vivo y un poco pueril que muchos creíamos vislumbrar apenas entre las líneas de sus cuentos magistrales. El Hemingway nuestro: un hombre azorado por la incertidumbre y la brevedad de la vida, que nunca tuvo más de un invitado en su mesa, y que logró descifrar como pocos en la historia humana los misterios prácticos del oficio más solitario del mundo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Hemingway en Cuba





Anuncio de Finca Vigía, 19 años antes de pertenecer a Hemingway en una edición de la revista habanera Social.

Santuario

Una de las ironías empleadas por Gertrude Stein en su guerra particular con Hemingway fue decir que él tenía un olfato especial para encontrar buenos lugares donde vivir y comer. Había algo de cierto en esto. Finca Vigía, la quinta rústica de las afueras de La Habana, donde Hemingway tuvo su residencia más prolongada, es un buen lugar para vivir. Es un lugar maravilloso para las cosas que constituían la felicidad hemingwayana: escribir por las mañanas, tener estantes llenos de libros y una poltrona para sentarse a leer por las tardes, recibir amigos, criar gatos y experimentar con los cruces (él sostenía la convicción de que había fomentado una nueva raza de estos animales) y ser dueño de dos o tres perros y de una cría especial de gallos de pelea. Hemingway lo

consideraba así. Las bondades de Finca Vigía están descritas en algunas de sus crónicas periodísticas de los años 50; y en una porción de párrafos de la novela *Islas en el Golfo* se reseña con satisfacción evidente —a través del protagonista, Thomas Hudson— los interiores de la casa.

«Esta finca es un lugar espléndido... o lo era», dijo Hemingway, en 1958 en una entrevista con George Plimpton. La alternativa de emplear el verbo en pasado significa que para esa fecha, y en particular después de recibir el Premio Nobel y de la filmación en Cuba de *El viejo y el mar*, Finca Vigía se había convertido en un centro de peregrinaje. Finca Vigía fue una dirección conocida de sobra por toreros, magnates de Hollywood, boxeadores, soldados, artistas, periodistas y otras muchas clases de personas que aterrizaban en La Habana.

Hemingway había abandonado su primer refugio cubano por esta misma razón; el hotel Ambos Mundos, de La Habana Vieja, le había servido como base operativa de tierra en la década del 30, al inicio de sus campañas de pesca mayor en la corriente del Golfo. Pero 10 años más tarde, a su regreso de la Guerra Civil Española, en la época de su romance con Martha Gellhorn, necesitaba otro lugar donde guarecerse. El hotel había perdido privacidad, se había complicado, porque Ernest Hemingway era ya un escritor famoso y todo el mundo sabía su dirección. Fue así como dijo adiós a la zona de La Habana que en otros tiempos había utilizado como escenario para una novela y media docena de crónicas para *Esquire* y se trasladó a la finca que Martha Gellhorn había encontrado en las sierras al sudeste de la ciudad. Justo a tiempo, porque, con excepción del Ambos Mundos, el antiguo escenario de Harry Morgan y *Tener y no tener* iba a ser demolido y luego transformado. Martha Gellhorn conoció de la existencia del inmueble a través de los clasificados. Sin embargo, no fue un lugar que se aceptara sin reservas. Hacia mediados de abril de 1939, ella, que estaba en Cuba por primera vez, llevó a Hemingway a la finca, pero él dijo que se hallaba demasiado lejos de sus lugares favoritos en La Habana —a unos 15 kilómetros de distancia— y que el alquiler resultaba muy caro: 100

pesos mensuales. Hemingway se fue de pesquería y, al regreso, Martha Gellhorn lo volvió a llevar a Finca Vigía, que había sido remozada por albañiles y carpinteros pagados por ella misma, y presentaba un aspecto mejor. Logró persuadirlo. Ella fue la del olfato especial en este caso. Hemingway se dejó guiar simplemente. Martha Gellhorn se salió con la suya y la pareja tuvo un sitio donde establecerse. Pero Hemingway era quien estaba más necesitado, porque traía a medio camino un borrador importante sobre la Guerra Civil Española, una novela comenzada en el Ambos Mundos, cuya terminación exigía un rincón tranquilo: una finca limpia y bien iluminada. La alquilaron por un año; después la compraron. Y, desde luego, no pasaría mucho tiempo sin que Martha Gellhorn sintiera que el paraje comenzaba a serle opresivo, mientras Hemingway dejaba que le creciera un sentimiento de amor por Finca Vigía. El inmueble conquistó su entusiasmo. En *Islas en el Golfo*, Thomas Hudson compara su casa en Bimini con un barco. Es el símil más encomiástico que podía encontrar el escritor para describir una casa. Pero Hemingway nunca tuvo residencia fija en Bimini. En su época, no hubo allí una casa como la que describe en *Islas en el Golfo*. Sin duda, a través de su alter ego, estaba pensando en Finca Vigía, de la que él, mirando sus paredes blancas, dijo más de una vez: «Parece un barco viejo.»

El recinto va a adquirir la fama que surge de una estrecha asociación hogar-escritor. Si Somerset Maugham tenía su Villa Mauresque en la Riviera Francesa, y Voltaire su Fernay en Suiza, Finca Vigía, el lugar donde Hemingway vive y donde elabora una parte considerable de su producción, será también un hito reconocido en las letras universales.

Mas a fines de 1943 la inmortalidad estaba lejos de los pensamientos de Martha Gellhorn. Había descubierto Finca Vigía, pero un día decidió —alrededor de octubre de aquel año— que todo el local la hacía sentirse mal y que había llegado el momento de la retirada. Una retirada definitiva. Se encontró con el doctor José Luis Herrera

Sotolongo, uno de los grandes amigos de Hemingway desde la Guerra Civil Española, en un sendero del jardín: «Me voy a despedir de usted, doctor», dijo. «Me voy a Europa.» Y comentó, refiriéndose a Hemingway: «Yo no vuelvo más con *este animal*.» «Ella es de San Luis, Missouri», dijo crípticamente Hemingway a Herrera cuando este entró a la casa en busca de una explicación.

«Su padre era un médico famoso.» No pasaría mucho tiempo, sin embargo, para que el escritor hiciese sus maletas y viajara a Europa; algunos dicen que para reportar la invasión de Normandía; otros, que detrás de su esposa. Cualquiera que haya sido la motivación, el resultado fue que Finca Vigía adquiriría su segunda señora: Mary Welsh.

Nuestras simpatías pueden estar a favor de Martha Gellhorn, la mujer independiente, linda, que escribía novelas y había participado como periodista en la Guerra Civil Española. Pero no era la mujer idónea para Finca Vigía. El lugar fue bueno mientras sirvió de abrigo y escenario para una historia sentimental. No pudo adaptarse cuando se convirtió en el refugio del escritor. Según parece, ella estaba poco interesada en las cosas hogareñas y le prestaba más atención a la práctica de determinados deportes. Se pasaba el tiempo en las casas de sus amistades en la Quinta Avenida, de Miramar, al oeste de La Habana, donde residían los millonarios cubanos y norteamericanos. Se ocupó de la cancha de tenis y de la piscina mientras estuvo en Finca Vigía, y delegaba sus otras obligaciones en empleados como el jardinero Pichilo y el carpintero Francisco Castro. Tampoco pudo adaptarse a que en Finca Vigía se instalara el estado mayor de una agencia de operaciones secretas. En eso se había convertido cuando Martha Gellhorn decidió que no regresaba más. Se aburrió de la finca y se fue.

Cuando Mary Welsh llegó aquí, después de la Segunda Guerra Mundial, se ocupó firmemente de la casa. Un ciclón había azotado la zona el 18 de octubre de 1944, mientras Hemingway se hallaba en los frentes europeos; y, entre otros desastres, había estropeado la cancha de

tenis que, a partir de entonces, se fue marginando; la nueva pareja casi no se volvió a ocupar de ella. Se le llamaba cancha aunque era solo una extensión de tierra apisonada que se dividía en dos mitades con la net.

Mary Welsh, afable en el recuerdo de la mayoría de la gente de la localidad, intentando pronunciar y escribir el español, simpática, trabajadora, quizás excesivamente trabajadora, va a ser al final la mujer representativa de este lugar. Vamos a recordarla cuando regresaba por el sendero de piedras hacia la casa, luego de una jornada de trabajo intenso junto a sus rosales. «Salía de allí sudando mucho», dice Pichilo, el antiguo jardinero. «Y llena de fango», afirma el médico Herrera Sotolongo.

Cuidó a Ernest Hemingway y «lo ayudó mucho», según los criterios recogidos. Y la verdad parece ser que, en las desavenencias que surgieron, él la trató a ella mucho peor de lo que ella a él, también según el recuerdo de algunos amigos.

Finca Vigía, que el lenguaje oficial describe como «quinta rústica» o «de recreo», va a convertirse con Mary Welsh en el puesto de mando permanente y soleado del escritor. Una buena posesión en la cima de la colina, con una vista lejana sobre la corriente del Golfo, donde va a estar el personaje nórdico, intelectual, bien alimentado, de destino trágico, sumido en la vegetación exuberante; Ernest Miller Hemingway entre los mangles y las caña-bravas del monte de una colina del sudeste habanero. Y bajo los aguaceros interminables, los huracanes y las sequías. Y junto a una tropa de vecinos y amigos, excelentes jugadores de béisbol y de gallos.

Algunos han querido ver un símbolo en la casa de Hemingway: una hacienda omnipresente dominando las humildes casas de San Francisco de Paula. Pero no es así como piensan los vecinos del pueblo. Hemingway es un recuerdo grato siempre.

Las piezas de caza y los pequeños souvenirs se encuentran en los lugares de costumbre, y cada vez más adquieren el aspecto de cosas viejas e inútiles. Con toda probabilidad, a Hemingway e hubiese irritado que sus zapatones y sus libros fueran puestos en exhibición, pero se trata de un hecho consumado, y Finca Vigía se conserva en estado de congelación. Allí están, a la vista de todo el mundo, los zapatos y las sandalias del número 11, las botas de infantería, los espejuelos de armadura metálica, la colección de dagas nazis y las escopetas y cañas de pescar. «Todo se encuentra en el mismo sitio que lo dejamos [en 1960]», declaró Mary Welsh en su viaje a La Habana de julio de 1977; y agregó: «Pero el lugar no vale nada sin Ernest.»

A los visitantes se les permite husmear actualmente a través de las ventanas abiertas de la casa y caminar a lo largo de los pasillos que la rodean. El acceso al interior está prohibido. Se plantea que es una medida administrativa «para proteger los bienes museables». Algunos objetos se han perdido. Es auténtica la historia de cierto ministro extranjero que fue descubierto en el acto de cargar con uno de los proyectiles de ametralladora de la Segunda Guerra Mundial que estaban sobre el buró de Hemingway. Nadie supo qué hacer de momento. No hay fórmulas de protocolo para decirle a un ministro que no se robe un proyectil calibre 30.

De cualquier modo. Finca Vigía, debido a ese respeto extraño que los latinos profesan por los muertos y la «gente importante», se ha convertido en un museo. Pero los visitantes tienen acceso a casi toda la casa que se domina desde las ventanas, excepto la cocina, la habitación de Miss Mary y el sótano. Algunos periodistas, investigadores e invitados especiales reciben autorización para pasar al interior, aunque, en definitiva, lo que queda fuera del campo visual desde las ventanas es de importancia secundaria. Solo en el sótano, donde una vez hubo barricadas de vino y cajas de whisky, vale la pena hacer una incursión. Un

sótano húmedo y oscuro como suelen ser los sótanos. Cinco baúles cubiertos de calcomanías reposan allí, y un estuche vacío de catalejos, un morral de cazador y una faja deportiva, quizás utilizada alguna vez por Hemingway para sus dolencias de columna. Los baúles aparecen regularmente en las fotografías que le tomaban al escritor al desembarcar en puertos y aeropuertos en los años 50. Los llevó cargados de medicinas, desinfectantes, anestésicos e instrumental quirúrgico en su segundo safari africano, cuando se propuso abrir un dispensario en territorio masai y realizar prácticas de cirugía menor.

Otra zona oculta —pero que guarda un interés relativo como historia— es lo que Hemingway llamaba «el cementerio de los gatos» y que algunos denominan «cementérios de los gatos y los perros». Se encuentra bajo la puerta del comedor; Hemingway enterraba sus animales domésticos allí. Pero debe ser solo el de los gatos, porque el escritor había colocado cuatro lápidas (que han sido restauradas) al lado de la piscina, con los nombres de Blackie, Negrita, Machakos y Black Dog. Los restos mortales de un personaje literario, el gato Boise, se encuentran debajo de esa puerta del comedor. El gato no adquiere la estatura de un Rocinante, pero ocupa una porción de páginas de *Islas en el Golfo*.



La sala se conserva actualmente como en los últimos tiempos de la estancia de Hemingway. Su mobiliario fue diseñado por Otto Bruce y Mary Welsh y construido por Francisco Castro y Cecilio Doma. La alfombra de fibra que cubre el piso fue comprada por el matrimonio Hemingway-Gellhorn en 1941 en Filipinas.

(Enrique de la Uz)

Graham Greene, el novelista inglés, estuvo aquí en un par de ocasiones después del triunfo de la revolución. Es evidente que no recibió la misma oleada de entusiasmo por el lugar que su propietario y colega norteamericano. Greene, claro, tenía una cuenta que saldar con Hemingway desde que este le dedicara un párrafo burlón en su entrevista con George Plimpton para *The Paris Review*. Greene revisó la casa y dijo con fuerza suficiente como para que lo escuchara un periodista que lo acompañaba: «No sé cómo un artista puede escribir con tantas cabezas de animales muertos a su alrededor.» Insistió: «Demasiadas cabezas.» Cuando René Villarreal, el fiel sirviente de

Hemingway, mencionó la cantidad de whisky que entraba normalmente en Finca Vigía —cajas y cajas de la casa importadora Recalt—, Greene dijo: «Ahora comprendo por quién doblan las campanas.» Una frase ácida y en apariencia inocua como aquellas que Gertrude Stein le dedicara a Hemingway.

3

UNA DE LAS COLECTAS clásicas tenía por objeto recaudar fondos para la conmemoración de las fiestas patronales de San Francisco de Paula, el 2 de abril de cada año. Hipotéticamente, esa era la fecha de fundación del pueblo. Cada paisano —Hemingway incluido— hacía su aporte «en metálico». Se podía celebrar de muchas maneras, pero lo que no faltaba nunca era una misa y Venta de cerveza en las calles. Invariablemente el 3 de abril por la mañana, en los periódicos de La Habana, aparecía la foto del alcalde y del cura del pueblo en algún acto público.

San Francisco de Paula, a pesar de su proximidad con La Habana, ha crecido poco a poco desde su fundación a finales del siglo xviii. En el *Relicario histórico de Guanabacoa*, de G. Castellanos, en las páginas 205 – 206, se dice que en 1774 «el isleño de Canarias Agustín Francisco de Arocha favoreció la construcción de la ermita de San Francisco de Paula». Lo que existe allí en ese momento son algunos hatos, fincas, con propietarios en litigio constante, según puede verse en los documentos más tempranos. La ermita va a ser el centro alrededor del cual surge el pueblo, como era usual en las poblaciones fundadas por los españoles. La ermita se alza todavía en una de las colinas aledañas a Finca Vigía.

En el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, de Jacobo de la Pezuela, editado en 1866, se lee:

San Francisco de Paula (aldea de). Está situado a 4 1/2 leguas casi al O. de Sta. María del Rosario, en terreno quebrado y elevado en la falda septentrional de la loma del Bacalao, hacia los nacimientos del río Luyanó. Su aspecto es risueño [sic], y la forman 26 casas con 141 habitantes de toda edad, sexo y color. Tiene una ermita de mampostería que se construyó en 1795 con limosnas recogidas por Dn. Francisco Arocha, el que para sostenimiento de su culto donó 3 estancias. El cuadro estadístico de 1846 le señalaba con 7 casas y 53 habitantes, y el de 1841, con 57. Dista por la calzada del S.O. a orillas de la cual se halla, 3/4 de legua de Sta. María del Rosario, a cuya J[urisdicción] pertenece, y 2 1/2 de La Habana. Las informaciones más antiguas que pueden encontrarse en Cuba se hallan en el Archivo Nacional, en el Fondo Realengos, en folios que han sido plastificados para su conservación, muchos de los cuales son ilegibles en su casi totalidad. Estos pertenecen a los años 1711 y 1775 respectivamente. El primero:

... sobre las denuncias de un paño de tierra realenga, sobre el cual han poblado sin justo título los corrales «El Brujo», «San Blas», «San Francisco de Paula» y «San Joseph de (ilegible)» y «La Seiba»: hecha la denuncia por Dn. Lázaro Medina, vecino de esta ciudad de San Cristóbal de La Habana.



El revistero de la sala fue diseñado por Mary Welsh y construido por Francisco Castro. La pintura, a la derecha, está basada en un cartel de Roberto Domingo, comprado por Hemingway en 1929 ó 1930. Esta obra fue utilizada en 1932 en el diseño de la cubierta de la primera edición de Death in the Afternoon (Muerte en la tarde). Las dos piezas fueron cazadas por Hemingway: el impala, inmediatamente a la izquierda del revistero, cerca del Kilimanjaro en 1953 y el beisa orix en Kenia el mismo año. (Enrique de la Uz)





El segundo:

Testimonio de la escritura de renta que hace Da. María Isabel González de Carvajal, viuda, albacea y tenedora de bienes del tte. coronel Dn. Lope Nicolás de Morales, al convento de Santo Domingo Orden de Predicadores de esta ciudad, de una Hacienda nombrada Sn. Francisco de Paula, alias el sitio de Herrera, con dos anexos titulados Nuestra Señora de la Soledad y el Rosario... Las dos menciones a nuestra localidad aparecen en esos legajos viejos e ilegibles, y las dos son anteriores a la llegada de don Francisco de Arocha, y, por supuesto, a su decisión de soltar el dinero para construir la ermita.

En el primer caso se trata de litigio por un realengo (la tierra que quedaba disponible en el centro de las grandes mercedes que se entregaban a los conquistadores, llamadas así porque eran propiedades del Rey); el segundo documento es solo la certificación del pago de una renta, pero en este texto el nombre de la localidad surge investido de toda personalidad, aunque compita con un alias.

Es una suposición generalizada que en los terrenos de la actual

Finca Vigía, hubo un fortín español a finales del siglo pasado. Una edificación de madera que fue utilizada como puesto de vigilancia y que disponía de un sistema de comunicación por heliógrafo. De ahí su nombre original: La Vigía. Pero no es el único caso. Resulta frecuente encontrar en Cuba otros lugares llamados así: en una elevación cercana al puerto del Mariel, en una colina de Trinidad, en la Sierra Maestra.

Una de las misiones de los soldados españoles acantonados en La Vigía fue perseguir a un insurrecto cubano que operó hacia 1895 en los maniguales próximos a San Francisco de Paula. Los españoles afirmaban que era un falsificador y que había quemado la casa de sus padres como primera acción de guerra. Propaganda colonialista, sin duda. Lo cierto es que el cubano mantuvo en jaque a los peninsulares, realizó con éxito algunas emboscadas, incendió propiedades españolas, y nunca mostró preocupación, descontento o indignación por el apodo con que podía pasar a la historia: Manolito el Chivo.

Pero nada confirma los datos. La ceiba que se halla a la entrada de la casa es el único testigo de la historia de Finca Vigía. Su edad se calcula entre 150 y 200 años. De cualquier manera, la casa debió ser construida en la primera década de este siglo. Hay anuncios de Finca Vigía desde los años 20 en la prensa cubana. Hemingway, según han explicado algunos de sus íntimos, desconocía el origen del lugar y nunca prestó interés en conocerlo. Un francés llamado Joseph D'Orn Duchamp, que tenía una firma de bienes inmuebles, era el dueño de Finca Vigía y de otras propiedades. Si la información resulta difícil de obtener ahora es porque el juzgado de Guanabacoa, donde se conservaban los documentos de la región, se incendió en 1940 y se perdieron las placas de amillaramiento.

Un dato curioso es que Joseph D'Orn Duchamp es recordado por algunos paisanos de San Francisco de Paula como «Míster Don», según la costumbre cubana de considerar a todos los extranjeros ricos como norteamericanos.

El precio de Finca Vigía era de 18 500 pesos cubanos. Hay un error evidente en la biografía de Hemingway escrita por Baker, en la cual se afirma que el costo fue de 12 500 pesos. Baker dice que Hemingway le regaló la finca a Martha Gellhorn, y que Otto Bruce, el antiguo ayuda de cámara, llevó las negociaciones de compraventa. El dinero provenía de los *royalties* pagados al novelista por la adaptación cinematográfica de *Por quién doblan las campanas*. (Gregorio Fuentes, el patrón del *Pilar*, recuerda que él estaba con Hemingway a bordo de la lancha, atracada a un muelle del puerto habanero, la mañana que llegó el cheque de la Paramount. Gregorio dice que la cifra ascendía a 100 000 dólares y que Hemingway enarboló el cheque como una bandera por encima de su cabeza y exclamó: «Tenemos asegurada la vejez.»)

Lo que sigue es un fragmento del acta de compraventa de Finca Vigía, localizada entre toneladas de legajos y documentos en un almacén de La Habana. Sin duda, el arcaico lenguaje oficial de este texto debe haber exasperado a Hemingway. Soportó estoicamente que un notario le diera lectura. Todavía hoy puede ser consultado en el almacén de documentos de la calle Prado, en los llamados libros del Registro de la Propiedad Unificada de Guanabacoa; en el tomo 239, folio 41.





En el comedor, en primer plano, según se entra en la casa desde el fondo: un gran kudú cazado por Hemingway en territorio masai, en 1934. En uno de los párrafos más hermosos y originales de Las verdes colinas de África, se describe el momento en que caza este antílope. A la derecha del kudú, estuvo colgada durante 22 años una de las obras capitales de Miró; La granja.

(Enrique de la Uz)

El referido señor Roger Joseph D'Orn Duchamp de Chastaigne, natural de Francia, ciudadano francés, con carnet de extranjero número cien mil cuatrocientos noventa y siete, mayor de edad, casado con la señora Angele D'Orn, del comercio y vecino de La Habana, en la calzada de Concha número tres, segrega de dicha finca la porción de terreno descripta al objeto de formar una distinta y solicita su inscripción con la descripción consignada al principio de este asiento, y al propio tiempo la venda [sic] al señor Ernest M. Hemingway, que no usa otro apellido por su nacionalidad, natural de los Estados Unidos de América, ciudadano americano quien carece de carnet por ser turista, mayor de edad, casado con la señora Martha Gellhorn, escritor y vecino de San Luis, Estados Unidos de América del Norte, por el precio de *diez y ocho mil quinientos pesos* (subrayado en el original) en moneda que el vendedor recibió en el acto del otorgamiento de la escritura, de que da fé el notario por medio de un cheque número F-doscientos cincuenta y siete mil seiscientos setenta y seis contra The Trust National Bank of Boston, Sucursal de Aguiar y Lamparilla en La Habana, suscripto en la fecha de la escritura por el comprador a la orden del vendedor. En su virtud el señor Ernest M. Hemingway, que no usa otro apellido, inscribe a su favor esta finca, por título de compra-venta previa la segregación antes expresada. Todo lo referido consta del Registro y de una primera copia de la escritura número mil ochenta y tres, de veinte y ocho de diciembre de mil novecientos cuarenta, otorgada ante el Notario de La Habana, Doctor Mario Recio y Forns, que ha sido presentada en este Registro a las nueve de la mañana del día de ayer, según el asiento número novecientos sesenta y ocho, al folio doscientos treinta y cinco vuelto del tomo cuarto del Diario Pagado por Derechos Reales, la suma de trescientos setenta pesos, según Carta de Pago número quinientos cincuenta y uno expedida en el día de ayer por el Distrito Fiscal de esta Villa, la que dejo archivada con el número treinta y dos en el legajo de los de su clase. Siendo todo conforme con los documentos a que me refiero firmo la presente en Guanabacoa a veinte y dos de enero de mil novecientos cuarenta y uno.

[Hay una firma, ilegible]

En total Hemingway estaba adquiriendo 43 345 metros cuadrados de territorio cubano.

El primer cambio sustancial se produjo de inmediato. Mister Don retiró sus grandes perros feudales que impedían el acceso de los muchachos de San Francisco de Paula a la finca. Esto lo recuerda con precisión Luis Villarreal, un hombre de 48 años en 1977, vecino de Finca Vigía desde su nacimiento: «Se acabó la guerra entre nosotros y los perros de Mister Don, para siempre.» La guerra era motivada por los hermosos y succulentos mangos que había en la finca y que, siguiendo una ancestral costumbre cubana, los muchachos entraban a robar durante la temporada. La presencia de Hemingway como inquilino de la finca significó de inmediato un beneficio para los muchachos del pueblo. Muchos de ellos, ya hombres hechos y derechos, se lo agradecen.

Hay gente en San Francisco de Paula que recuerda la primera vez que Hemingway vino a esta finca, en un Cadillac negro (otros dicen que en un Lincoln, del mismo color). Todos los muchachos se reunieron a la entrada de Finca Vigía para ver al sustituto de Mister Don cuando se apeaba del carro. Lo que vieron fue un hombre de color rojo, corpulento, que vestía de manera bastante estrafalaria: un short color caqui y una guayabera algo sucia y sudada.

4

Finca vigía se encuentra en una de las cotas más elevadas de la región. La parte más alta se halla a poco menos de un kilómetro de allí y tiene dos nombres. Loma del Yoyo o Loma del Bacalao, con un acceso mucho menos limitado que el de la finca. San Francisco de Paula semeja una barriada de La Habana, aunque haya una franja de terreno dedicado a la agricultura que los separe. A principios de siglo se construyeron quintas como Finca Vigía. Por un momento pareció que esta iba a ser

una zona residencial de la ciudad. Sin embargo, la mayoría de las casas son pequeñas, algunas de madera con techo de cinc, y casi todas con techo de tejas rojas. Solo hay media docena de casonas, entre las que se encuentran Finca Vigía, la antigua casa de los Steinhart y la llamada El Castillito.

«Lo que se hizo de nuevo en la finca, con Hemingway, en el transcurso de su vida aquí, fue la torre y la casita de madera para los invitados. La cancha de tenis existió siempre y el garaje se remodeló de una caballeriza. Al otro lado estaba la lechería La Vigía, de Julián Rodríguez, aunque de esto hace mucho tiempo. Julián distribuía su leche en unos pomos largos que decían La Vigía, leche grado A. La misma entrada servía para la lechería y para la casa de Hemingway hasta que este lo compró todo.» Luis Villarreal también recuerda que habían sembrado millo para consumo del ganado desde el sendero hasta la arboleda, al fondo de la finca, y que después de la arboleda había unas casas de vivienda. Por allí se encontraba la valla de gallos que pertenecía a Gerardo Dueñas, un potentado local.

Al comprar el terreno que ocupaba la vaquería, a un costado de la finca, casi toda la colina quedó en manos de Hemingway: la cumbre y casi todas las laderas en redondo, excepto la ladera de noreste en la que se encontraba la casa de Frank Steinhart. Hemingway en la cima, Steinhart en una ladera y las pequeñas casitas al borde de Finca Vigía, que lindaban con el cercado de «malla de puercos» (un tipo de alambrada baja y tupida para que los cerdos no escapen).



En el comedor, un orix callotis de Kenia. En la mesa, piedras talladas por aborígenes cubanos y una copa entregada en 1956 a Hemingway por el Instituto Cubano de Turismo.

(Enrique de la Uz)



En la arcada que divide el comedor de la sala, un antilope prong-horn cazado por Hemingway en 1939 en las montañas de Idaho. (Enrique de la Uz)

Finca Vigía ocupa un costado de San Francisco de Paula; en ciertas partes su cerca bordea el pueblo, las casas y los edificios, pero después conduce a un campo abierto. Hay dos caminos que circundan la finca; el conocido callejón de La Vigía y una calle asfaltada llamada Steinhart; las dos forman una V cuyo vértice se encuentra frente al portón de la finca. Por el costado izquierdo, más allá de la casa de Steinhart, solo se hallan el campo y las fincas ganaderas que

pertenecían a este personaje de la política local, el representante Gerardo Dueñas, propietario además de una vaquería y una lechería. En el callejón de La Vigía, Hemingway tenía los siguientes vecinos: en la primera casa, Diego del Otero, jefe de turno de una hojalatería; Carlos Medina en la segunda casa, comunista, mecánico de tranvías; José Gutiérrez, propietario de un solar cuando Hemingway llegó aquí y que solo muchos años después reunió el dinero suficiente para hacerse una casa; David Fernández en la cuarta casa, obrero de la fábrica de cerveza (Hemingway le consiguió este trabajo); y, en la quinta casa, Manuel Antonio Angulo, oficinista en un juzgado. A continuación vienen edificios de minúsculos apartamentos que también pertenecían a Gerardo Dueñas; y un poco más al este había solares vacíos y una valla de gallos semiclandestina.

En las casas cercanas de la calle de enfrente, sus otros vecinos eran un hilandero, un tabaquero, un sereno, un tractorista, un mecánico, una viuda y un pensionista. Veinte años después de la muerte de Hemingway seguían viviendo y trabajando en los mismos lugares.

Más allá están los pequeños comercios sobre los cuales Hemingway nunca escribió, y un pueblo de calles torcidas, a veces empinadas, adaptándose a la topografía del terreno; ninguna de estas calles está completamente asfaltada, excepto, desde luego, la Carretera Central a 50 metros del portón de la finca, que fue durante 50 años la vía más importante para el transporte automotor en Cuba. Las calles comienzan con un buen asfalto y de pronto se convierten en caminos de tierra, terraplenes en el mejor de los casos. Hubo ocasiones en que Hemingway se perdió por esos callejones después que había empinado el codo un rato en compañía de sus alegres vecinos. La bodega de Víctor, la bodega de Ignacio, la bodega de Aníbal, nombres de los establecimientos donde se podía comprar un ron barato y la excelente cerveza cubana que entonces valía entre 10 y 20 centavos la botella.



En el Cuarto Veneciano, libros, un espejo ovalado y, sobre el aparador, objetos rituales de la tribu masai. (Enrique de la Uz)

Las fuentes de trabajo eran una cervecería en el Cotorro, el pueblo cercano, una fábrica de géneros textiles llamada Facute y una siderúrgica, Antillana de Acero. La cervecería fabricaba la cerveza Hatuey, de la que Hemingway habló un par de veces en sus libros, para grata satisfacción de sus propietarios, quienes, aprovechando el revuelo publicitario alrededor del Premio Nobel concedido a Hemingway —la primera y única vez que un Premio Nobel con su medalla, diploma y dinero, aterrizaba en Cuba—, le organizaron un homenaje al escritor. Los periódicos del martes 14 de agosto de 1956 reflejaron el acontecimiento:

En horas del mediodía de ayer tuvo lugar en los jardines de la Cervecería Modelo, en el Cotorro, el homenaje de simpatía que las instituciones culturales cubanas rindieron a Ernest Hemingway, el gran escritor norteamericano autor de *El viejo y el mar*, quien desde hace años reside entre nosotros.

Pero, según lo expresado por un testigo, «los periódicos no lo dijeron todo».

El almuerzo se sirvió a la hora de la merienda y Hemingway, vestido con una guayabera blanca, parecía, en las palabras de uno de los invitados, «abatido por el tiempo» y «prematamente envejecido». Una numerosa tropa de fotógrafos, periodistas y aprendices de escritores, todos habaneros, se apretaban junto al escritor que «quizás por primera vez en su vida estaba realmente asustado». El homenaje se ofreció en un jardín inmenso al aire libre donde se repartían gratis cervezas Hatuey y daiquiríes, y un almuerzo que consistió en piernas de lechón asado, plátanos y arroz, todo lo cual se sirvió frío. Rodeado de pescadores, que llegaron en grupo a última hora y con los que se retrató, Hemingway dijo: «Para ser un hombre solitario, tengo bastantes amigos.»

Había un gigantesco cartel que expresaba: «La cerveza HATUEY saluda al viejo ERNESTO HEMINGWAY.» Cuando los pescadores de Cojímar llegaron al lugar, el maestro de ceremonias dijo: «¡Aquí están los humildes pescadores de Cojímar, *grandes* amigos del *gran* escritor y amigos de Hatuey y Bacardí, que se complacen en tenerlos en su casa! ¡Bienvenidos, pescadores de Cojímar!»



La biblioteca fue originalmente una habitación para invitados. Mary Welsh la transformó en 1949, debido a la acumulación progresiva de libros. Mary diseñó el mobiliario y Francisco Castro lo construyó con majagua, una de las maderas preciosas cubanas. El león en primer plano que cazado por Hemingway en 1934, en su primer safari. (Enrique de la Uz)

Otro cartel desplegado decía: «El ron Bacardí da la bienvenida al autor de *El viejo y el mar*.» El acto comenzó con el Himno Nacional cubano y alguien preguntó por qué no «ponían también el himno americano». Le explicaron que Hemingway «se había hecho ciudadano cubano». Luego tríos típicos interpretaron un cha-cha-chá llamado *Viva Hemingway*, y una guaracha sin título, cuya letra consistía solo en: «¡Hemingway! ¡Campoamor! ¡Pessino!» Fernando G. Campoamor era el organizador del acto y un íntimo de Finca Vigía (aún en 1980 se le podía encontrar en los puntos favoritos de Hemingway en La Habana, especialmente el Floridita) y Pessino, el administrador de la cervecería. Uno de los números que suscitó emoción fue cantado por Amelita Frade, con música de *La guantanamera*:

El Premio Nobel pescó porque es un tigre escribiendo; cuando escribe estamos viendolos momentos que él vio. Ante su estampa tembló la pantera de Zambeze su libro decir parece que el viejo fue Hemingway pero que el mar es de Hatuey; porque él se la merece! Le gusta sentir bravo el viento sobre El Pilary de noche conversar con la selva y con el río. Le gusta este suelo mío y nuestro mar antillano le gusta estrechar la mano de los humildes de aquí y le gusta el daiquirísano, sabroso y cubano. Finalmente llevaron a Hemingway a la tribuna, donde dijo: «Un hombre que no sabe hablar un idioma no debe hablarlo ni en su casa.» Luego pronunció un discurso «en perfecto español aunque con fuerte acento», según uno de los cronistas. Hemingway repitió su vieja máxima de que un escritor no debe hablar sino escribir, y anunció su

decisión de donar la medalla del Premio Nobel a «Nuestra Señora de la Caridad del Cobre». Campoamor agradeció estas palabras con un: «Hemingway, Cuba te quiere como una madre.» Al otro día el reaccionario *Diario de la Marina* recogía el ofrecimiento de Hemingway con júbilo, y en la columna diaria del Padre José Rubinos, se decía: «Hemingway... ahora ha embarcado con todos nosotros en la barca de la Virgen de la Caridad... El gran novelista va rumbo a la Gran Iluminación... Yo me hago la ilusión de que sus novelas, en adelante, tendrán la perspectiva de lo infinito del alma cristiana.»

Como souvenir de este homenaje a Hemingway, se publicó un folleto en papel estraza, en el cual se reproducían las menciones a la cerveza Hatuey que aparecen en *El viejo y el mar* y *Tener y no tener*, con la siguiente nota adicional:

Recuerdo

Almuerzo celebrado en los jardines de la Cervecería Modelo, en el Cotorro, Habana, el lunes 13 de agosto de 1956. Página de la edición de *Tener y notener (To Have and Have Not)* con el sello editorial de Charles Scribner's Sons, de New York, USA, donde el genial novelista alude en sus diálogos a la cerveza Hatuey. En el reverso del folleto se incluía el mismo texto respecto a *El viejo y el mar*.

Por la Carretera Central, el Cotorro queda a poca distancia de San Francisco de Paula. Por allí continúan pasando grandes camiones llenos de cal; hay unas canteras cercanas, en constante movimiento, que envían material de construcción a La Habana. (Es otra de las fuentes de trabajo donde se desenvuelve la vida económica de esta región en la que el Dios de Bronce de la Literatura Norteamericana fijó su residencia.) Como la cal se extrae con dinamita, cada explosión significa que Finca Vigía se conmueve; se ve a los lejos la blanca columna de humo, y parece que se está próximo a un campo de batalla. Los cristales

tintinean en el interior de Finca Vigía.

5

En la calle que da acceso a la finca —que se considera como una extensión del callejón de La Vigía— se encuentra la farmacia que Hemingway evitaba mirar cada vez que pasaba; un resentimiento crónico a todas las medicinas. Ya en la Carretera Central, en dirección a La Habana, aparece el conocido cafetín El Brillante: un gran brillante que centellea está pintado en la pared. El paisaje que aparece a continuación fue descrito por Hemingway en la Segunda Parte, «Cuba», de *Islas en el Golfo*; Thomas Hudson lo recorre en su automóvil cuando se dirige a la embajada norteamericana y al Floridita:

Avanzaron a través de la miseria de una calle lateral del pueblo y doblaron para coger la Carretera Central. Dejaron atrás la casas del pueblo, las dos grandes tiendas que daban a la calle, con sus bares y sus hileras de botellas flanqueadas por las estanterías de productos envasados, y pasaron el último bar y el inmenso árbol de laurel español, cuyas ramas se extendían sobre todo el ancho del camino, y se encontraron corriendo loma abajo por la vieja carretera de piedra. Era una costumbre cubana que las tiendas de víveres tuvieran un bar anexo. El laurel español todavía existe a la entrada de San Francisco, pero la carretera no es de piedras, solo su basamento. Está cubierta por una capa gruesa de asfalto.

6

Frente a Finca Vigía hay actualmente una unidad militar en lo que antes era un patio enorme donde se acostumbraba a organizar fiestas y

homenajes. Se alquilaba para eso. No podemos imaginar lo que Hemingway hubiese pensado sobre esto: un local para fiestas convertido en guarnición. Pero podemos calcular con aproximación suficiente el placer que le hubiese causado conocer el cambio registrado al otro lado de su propiedad, donde Frank Steinhart vivía. Steinhart, el millonario, al cual Hemingway se empeñó en hacerle la vida imposible durante muchos años.

De todos sus vecinos, Frank Steinhart. hijo, era el de mejor situación económica: vivía de las rentas. Su padre había sido el propietario de la Havana Railway Co., la compañía de tranvías de la ciudad. El nombre de Steinhart, padre, se hizo célebre al inicio de la República de Cuba. El primero de los grandes escándalos en los tiempos del presidente Gómez —hacia 1912— lo originó el préstamo que Magoon, antiguo gobernador norteamericano en la isla, concertó con Speyer y Compañía, los banqueros alemanes representados en La Habana por el hermano del presidente Taft y Steinhart; el escándalo estalló cuando ese dinero, que debía ser invertido en obras públicas de primera necesidad, fue a parar a los bolsillos de Gómez y sus consejeros alemanes y norteamericanos, incluidos los del señor Steinhart, padre.

Apenas una década después, el 6 de enero de 1921, Crowder, un enviado plenipotenciario de Washington, desembarcó en La Habana. Su viejo amigo y colaborador en tiempos de Magoon, Frank Steinhart, aún era el director de la Havana Railway Co. Fue él quien escribió el 28 de abril al secretario de Estado, Charles Hughes, para decirle que era absolutamente necesario que Crowder se quedara «para el mejoramiento y la estabilización de las condiciones comerciales de Cuba». En realidad, Crowder, apoyado por la escuadra norteamericana, debía impedir que una de las tantas situaciones explosivas de la política cubana de entonces se convirtiera en una revolución.

Hasta Hugh Thomas, en su tendenciosa historia de Cuba, describe así la situación política a finales de agosto de 1923: «la revolución... parecía

otra vez estar a la vuelta de la esquina»; por lo que el general Gerardo Machado, futuro dictador, telefoneó a Frank Steinhart para pedirle que Estados Unidos iniciara una acción preventiva.

Hemingway no estaba al corriente de estos hechos, y las acciones comando que llevaba a cabo contra su vecino Steinhart poco tuvieron que ver con ellos. «Eran —según José Luis Herrera Sotolongo— chiquilladas de Ernesto»; él gozaba de manera insistente y sistemática con esa guerra no declarada. Hubo grandes luchas y combates en la frontera de las dos fincas. Herrera Sotolongo recuerda que ellos lanzaban bombas pestilentes y petardos cuando Steinhart hacía sus fiestonas. Hemingway era el de la idea y arrastraba con él a los hermanos Herrera Sotolongo y a cualquier otro amigo que quisiera seguirlo; la hora propicia para el operativo era la medianoche y Hemingway dirigía a sus hombres por la oscura arboleda que conducía a la cerca del enemigo. Reclamaba silencio de sus seguidores y se le veía excitado y feliz, muy feliz, mientras se aproximaba al lugar de la acción. Estaban armados con caña-bravas ahuecadas que se utilizaban como bazucas para disparar fuegos artificiales. Después de la andanada, Hemingway siempre se iba el último «para cubrir la retirada», pero, según cuenta Herrera Sotolongo, era para ver cómo saltaban las copas y platos de los comensales cuando estallaban los petardos, o ver a las señoronas excusarse y retirarse cuando el aire traía lo que soltaban las bombas pestilentes. La acción se ponía sabrosa porque Steinhart soltaba sus perros. En una ocasión interrumpieron con fuego graneado de cañabravas otra fiesta de los Steinhart, y este se enfureció tanto que respondió disparando con una pistola cuatro o cinco veces hacia la casa de Hemingway. Pero dice Herrera Sotolongo, «como estábamos echados en el suelo, en la oscuridad, no nos vio y no logró hacer nada».

Mary Welsh desaprobaba estos juegos. Gracias a su mediación, Hemingway y Steinhart llegaron a algún acuerdo, porque, recuerda Herrera Sotolongo, las acciones fueron suspendidas a principios de los

años 50. Además, ya había ocurrido el golpe de Estado de Batista, y la lucha clandestina contra este se había intensificado; todo tipo de explosión se convirtió en un acto subversivo. (A partir de 1955 decayó la distribución y venta de los pequeños cohetes y voladores que se fabricaban en el barrio chino de La Habana.) Mary menciona a los Steinhart en su libro *How It Was*, pero como vecinos amables y distinguidos. No hace alusión a estas luchas en las que su marido hacía de capitán de guerrilleros.

La casa de los Steinhart evoca las construcciones típicas de los millonarios de los años 20 y, comparada con la de Hemingway, Finca Vigía parece apenas la casa de un granjero medio. La mansión de los Steinhart, con su estilo arquitectónico ecléctico, muestra del *art nouveau* criollo para uso de un *tycoon* radicado en La Habana, fue convertida después del triunfo de la revolución en una secundaria básica donde reciben clases casi todos los adolescentes de San Francisco. Se llama Fernando Chenard Piña, en honor a un revolucionario, fotógrafo de profesión, muerto en combate en el ataque al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. La cerca que protege la antigua casa de los Steinhart es de piedras, y mucho más alta que la de Finca Vigía. La piscina está vacía. El antiguo callejón de Steinhart se ve repleto de muchachos a la hora de entrada o salida de la escuela. Hay un cartel colocado en el portón de la antigua residencia de los Steinhart: «Si yo muero y esto se salva vístete de rojo que se ha salvado la patria», palabras del revolucionario Chenard Piña.

Pero las acciones comandos con voladores no se limitaron a la frontera entre las fincas del magnate y el escritor. A Hemingway le gustaba gastar dinero en esto; sus cohetes favoritos eran los de 20 centavos, que hacían mucho ruido, y las baratas bombitas (dos por cinco centavos) envueltas en papel de aluminio que se hacían estallar lanzándolas contra el piso. También había cohetes de a medio y de 40 centavos. Los más corrientes eran los de a medio, de color rojo y con una mecha

amarilla, que tenían el grosor de un cigarrillo.

Varias veces, sobre todo en época de Navidad, Ernest Hemingway, rodeado de una veintena de muchachos, recorrería San Francisco de Paula tirando voladores. Pero mantenía una reserva de cohetes en la casa para su guerra particular con los Steinhart. Uno de los muchachos que perteneció a la pandilla de Hemingway era Gilberto Enriquez. Este recuerda:

Los cohetes se vendían al menudeo, o por ristras, y Hemingway, en sus correrías con nosotros, llevaba su ristra en los bolsillos y colgándole del hombro, en bandolera. Los cohetes se prendían con cigarros y, como él no fumaba, todos nosotros queríamos llevar el cigarro prendido. Unos Partagás fuertes, inmensos. Se podían prender con fósforos, pero el cigarro nos confería el carácter de zapadores auténticos. La cosa se hacía en comandos siempre. A Hemingway le gustaba asustar. Por ejemplo, había una barbería a la cual nos acercábamos sigilosamente y colocábamos una seguidilla de cohetes. Aquello sonaba como un ametrallamiento y la gente de la barbería se echaba al piso. Luego alguien decía: «No, si fueron los muchachos con los cohetes.» A veces veían que era Hemingway y se enojaban: «Coño, tan grande como está el americano ese», pero no pasaban de ahí. En primer lugar, Hemingway era un tipo muy alto y fuerte y había que saber medirse con él. En segundo lugar, porque realmente era un tipo muy simpático y la gente tenía que perdonarle las chiquilladas. Claro, él no se detenía, para que lo vieran. Se mandaba a correr junto con los muchachos. Pero uno puede imaginarse lo que parecía ese hombre grandulón acompañado de 15 ó 20 muchachos corriendo cuesta abajo o cuesta arriba por una de esas calles de San Francisco. Y la gente decía: «Pero.. si es Hemingway», y entonces se escuchaban las explosiones: «Hemingway poniendo cohetes...» Y Hemingway, excitado, se reía y luego enviaba a uno de los muchachos a ver qué había ocurrido en la barbería o en el lugar que fuese, y cuando regresaba lo interrogaba,

como si se tratara de una verdadera operación guerrillera: «¿Así que se echaron al piso?», preguntaba. Y el explorador hacía su narración. Cuando una cosa le hacía gracia, Hemingway se viraba para el resto del grupo buscando aprobación.



En la biblioteca, un leopardo cazado por Hemingway en 1953 en Kimana Swamp. El put redondo lo compró el matrimonio Hemingway-Welsh en 1954 en El Cairo. (Enrique de la Uz)

A la izquierda, una de las mesas de trabajo del escritor. A lo largo de las paredes, el tesoro bibliográfico. (Enrique de la Uz)



En uno de los libreros de la biblioteca: una fotografía del Pilar,

barómetros, corales secos y abanicos de mar. (Enrique de la Uz)

Para los muchachos lo más divertido eran las guerras de voladores. Hemingway colocaba a las «tropas» en dos trincheras diferentes, en cualquiera de los declives que hace el terreno de la finca, y él se situaba de un bando como capitán, y le decía a alguno de sus amigos, de los visitantes de la casa, que se colocara en el otro. Los muchachos estaban armados de verdaderas rampas de lanzamiento, de madera; «con ellas nos apuntábamos». Así comenzaba la guerra de voladores. «A cualquiera le arrancaban allí la cabeza», añade Gilberto, uno de los «sobrevivientes». «Había que andar ligero.» José Luis Herrera Sotolongo cuenta que un día Hemingway y otro amigo, quizás Paco Garay o Sinsky, le hicieron una encerrona. Herrera Sotolongo «no estaba armado» y lo cogieron dentro de la casa con las cañabras. El médico tuvo que escaparse a la carrera porque le dispararon a los pies, a boca de jarro. Querían hacerlo bailar.

7

Las estrellas de Gigi

Andaba por la finca en short y sin camisa en verano. A veces con una pistola calibre 22 al cinto. Les decía a los muchachos de San Francisco de Paula: «Cojan mangos y llévenlos a su casa, pero no tiren piedras a las matas.» Tenía la obsesión de que no maltrataran sus árboles, y, sobre todo, insistía en su prohibición de que no les tiraran piedras. Claro, eso es muy difícil, porque, para un niño, la mejor manera de coger mangos es a pedradas. Una vez alguien le dijo: «Bueno, ¿pero usted no quiere que estos muchachos sean peloteros? La forma que tienen de aprender a pitchear es tumbando mangos con piedras.» Hemingway se quedó pensativo al oír esto, pero luego dijo que no, que aprendieran a pitchear con pelotas y guantes y no con piedras y mangos. Que él pagaba los equipos. Así que les compró trajes de

peloteros y guantes de pelota y esa fue la época en que los niños de San Francisco de Paula tuvieron su club de béisbol, Las estrellas de Gigi, en homenaje a su hijo menor, Gregory.

Muchas veces en el pisicorre de Hemingway los integrantes de Las estrellas de Gigi fueron a competir con clubes de otros lugares. A Hemingway le entusiasmaba llenar su *pick-up* con los muchachos y los equipos, y sentir el olor del cuero de los guantes y hacer el papel de manager de este *team* de grandes bateadores. Después que constituyó Las estrellas de Gigi, vio que se hacía imprescindible formar otro equipo de béisbol, porque había muchachos suficientes para eso, y porque se necesitaban buenos rivales, así que sacó más plata del bolsillo y equipó otra novena. Dos teams de béisbol en su nómina. Quizás una descripción del sentimiento que experimentaba Hemingway hacia estos niños y de su presencia entre ellos, se halle en la escena de *Islas en el Golfo* en que un Roger paternal y feliz se encamina hacia la playa rodeado de los hijos de Thomas Hudson.

Pero había ocasiones en que Hemingway «iba a lo suyo» y bajaba por el sendero de la finca, generalmente en el mismo *pick-up*, y los muchachos lo veían pasar, taciturno, solo en el carro, y todos sentían un sentimiento indefinido, entre nostalgia y celos, porque no iban con él. Así lo confiesan ahora. Y recuerdan que en esas ocasiones Hemingway iba casi siempre sentado atrás, con su acostumbrado vaso de bebida en la mano, o con un termo en que dos o tres grandes trozos de hielo navegaban en un mar de whisky.

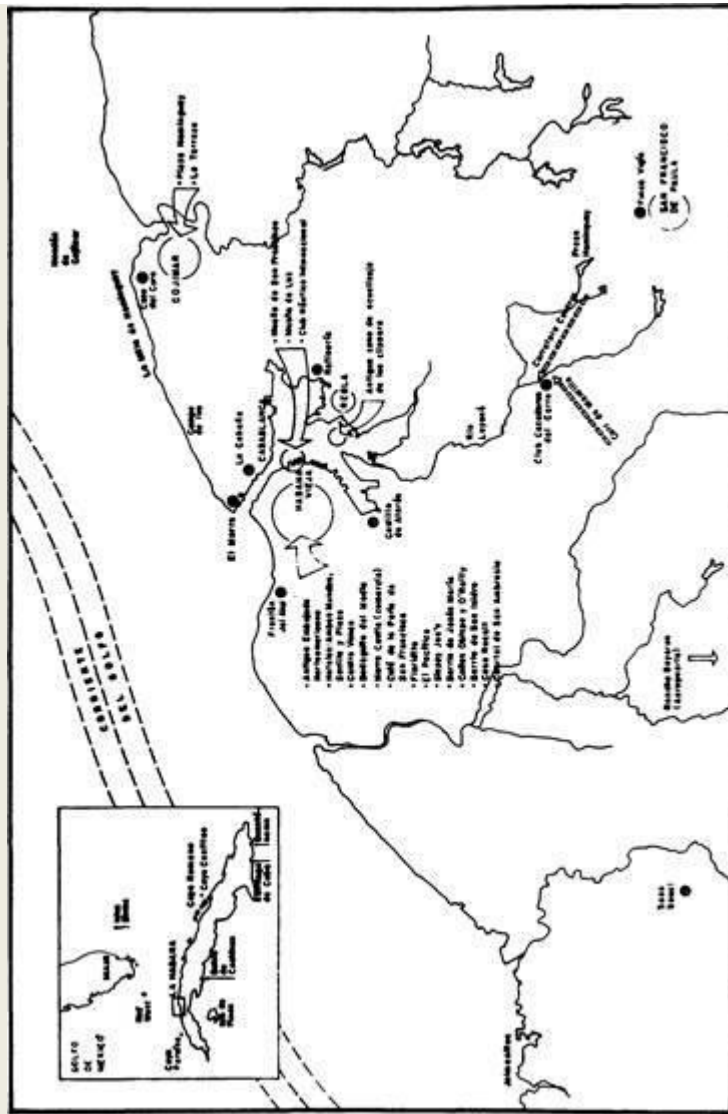
8

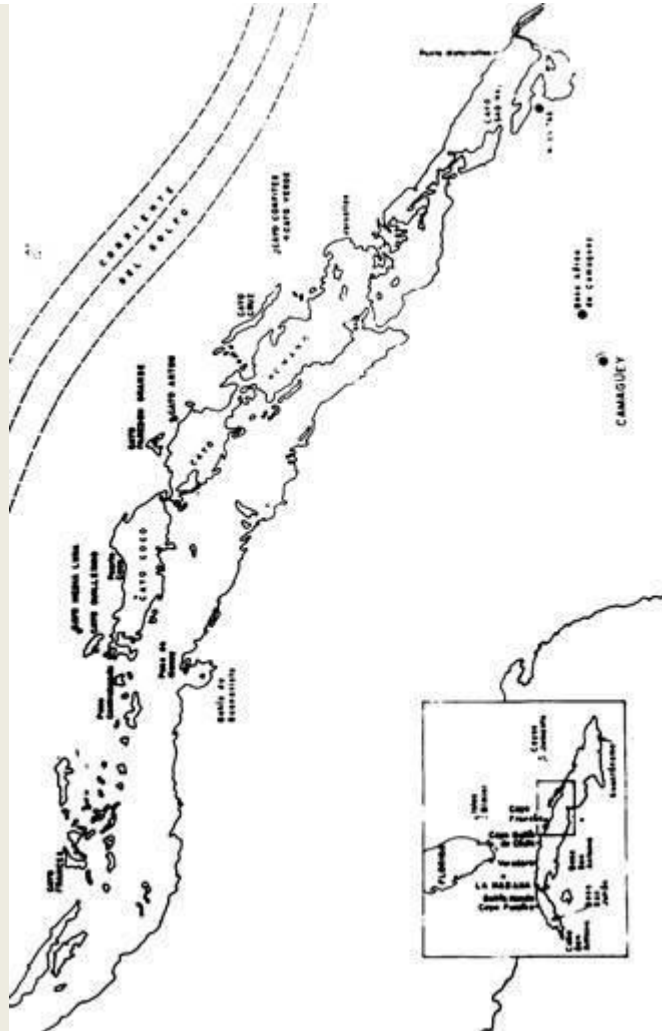
Los MUCHACHOS podían entrar en la finca sin zapatos y sin camisa y entonces Hemingway practicaba boxeo con ellos. Se ponía a enseñarlos a esquivar los golpes. Recibía, pero nunca devolvía. Aquel hombrón, sonriente, bonachón, muy fuerte, muy saludable, pero sudoroso,

animaba a los contrincantes a lanzarle el jab, mientras les decía que él aguantaba cualquier cosa. Los otros muchachos del barrio se mantenían a su alrededor y gritaban, y él, sonriente, era el sparring.

Una tarde, Félix Sosa, que ya estaba un poco crecido, hizo guantes con Patrick, el hijo mediano de Hemingway. Todos vieron cómo Félix golpeaba con la rodilla. Hemingway detuvo el round, los separó y le dijo al tramposo: «Así no se boxea. Te voy a enseñar cómo se hace.» Cuando Hemingway comenzó a ponerse los guantes, Félix Sosa se quitó los suyos y huyó corriendo de la finca. Unos días más tarde Hemingway lo mandó llamar y le dijo que lo hacía para «pasarle la mano», es decir, para que no se sintiera agraviado. «Lo cierto —dice Gilberto Enríquez—, es que no se recuerda que tuviera un gesto malo.»

Luis Villarreal es el hermano jimagua de René, y René es un personaje imprescindible en la vida cubana de Hemingway. La familia, que tenía una desvencijada cabaña de tablonces cerca de la finca, se vinculó de manera trágica con el escritor. Los recuerdos sobre Hemingway que Villarreal cuenta están relacionados con la infancia: Hemingway organizando una guerra de voladores o jugando a la pelota con ellos: «Papa nos decía: “Yo dirijo el juego, lo veo desde afuera, porque soy muy grande y puedo golpear a un niño sin querer”.»





«Papa.» Aparece ahora este mote en nuestro relato. Pero lo utiliza Luis Villarreal que, de cierto modo, era uno de los íntimos de la familia cubana de Hemingway. No todos lo van a llamar así aquí. Otros lo prefieren hacer con la retórica del respeto: «Jemingüey» o «Míster Wey».

«Nosotros nos pegamos a Papa —añade Luis Villarreal— por medio de una curiosa circunstancia, que también puede servir para revelar una faceta de su carácter. El caso es que estábamos nosotros, los niños del barrio, jugando, cuando un hermano mío y de René se cayó de una carreta cargada de yucas. Las ruedas le pasaron por encima. Este

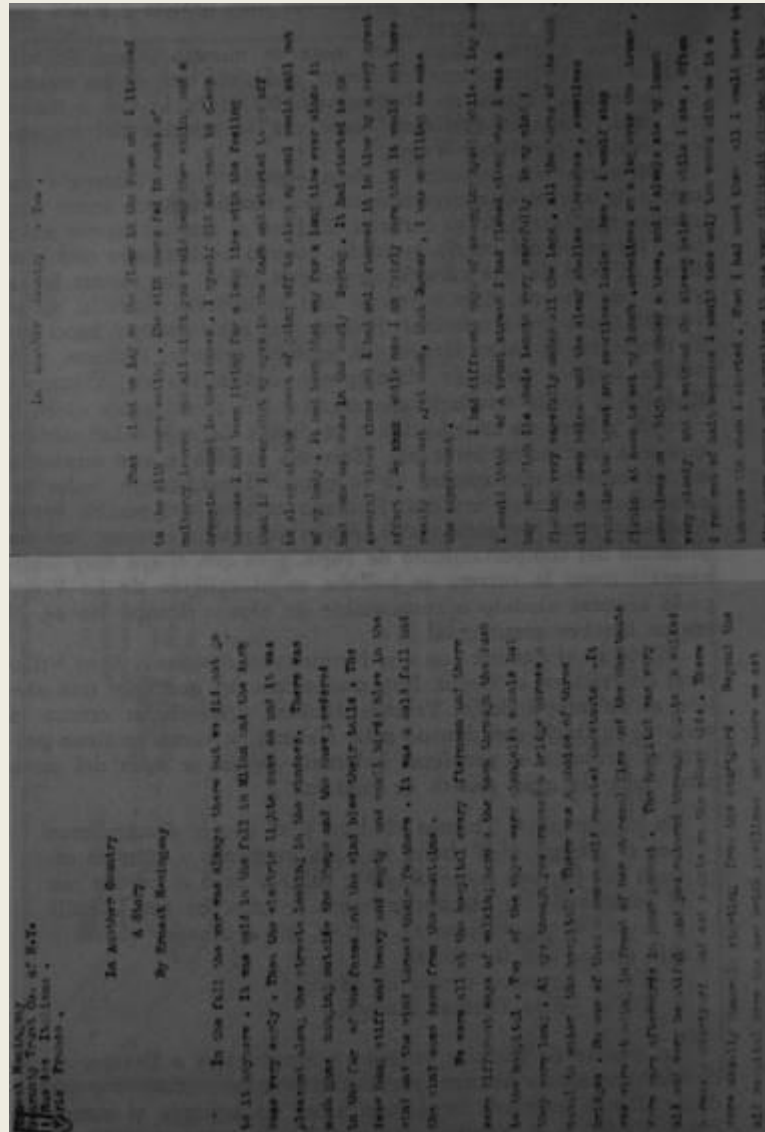
hermano mío se llamaba Rodolfo, y, reventado, comenzó a agonizar. Nosotros no sabíamos qué hacer con él tirado en la calle. Había una enorme gritería, figúrese, y la noticia llegó a oídos de Hemingway, allá arriba en la casa: a Rodolfo lo había arrollado una carreta. Fue Hemingway quien lo recogió y llevó en su máquina a la clínica. Le dijo a los médicos (era una institución privada): “Sálvenle la vida a este muchacho no importa lo que cueste, yo lo pago.” Desde luego, todos los esfuerzos resultaron inútiles. Era una carreta que pesaba varias toneladas y mi hermano murió. Ahora yo podría intentar una explicación del comportamiento de Papa, y es que él era muy sentimental; como la carreta se hallaba en el callejón de La Vigía, pudo sentirse aludido o responsable de alguna forma. No sé, él era un hombre sentimental...»

Mario es el nombre con que Hemingway designa a René Villarreal en *Islas en el Golfo*. Hay una escena en que hace una alusión al difunto Rodolfo. Thomas Hudson y su chofer cruzan la verja de la finca, con destino a La Habana, y, como no tiene portero, se presenta el problema habitual: ¿quién se apea del carro para cerrar la gran puerta de madera?

En el automóvil Thomas Hudson y el chofer descendieron por el camino, y el chofer bajó un momento y quitó la cadena del portón; luego volvió a subir y pasó el portón con el automóvil. Un muchacho negro se acercaba por la calle y le pidió que cerrara el portón. El muchacho sonrió y dijo que sí con la cabeza. —Es un hermano menor de Mario. —Lo sé —dijo Thomas Hudson. La muerte de Rodolfo impulsó a Hemingway a llevarse a uno de los hermanos a su casa, y adiestrarlo como secretario o mayordomo. Desde entonces René vino a ser un segundo al mando de Finca Vigía, y el hombre que atendía la casa en ausencia de Hemingway.

René Villarreal emigró hacia Estados Unidos, con ayuda de Mary Welsh, a fines de los años 70. Se hizo orfebre, maestro de joyería, y en

1977 trabajaba en un establecimiento de New Jersey.



Páginas mecanografiadas de la versión original del cuento «In Another Country» («En otro país») que incluye como segunda parte el texto de lo que sería un cuento independiente: «Now I Lay Me» (—Mientras los demás duermen»).

El resto de su familia vive aún en Cuba. Otro de sus hermanos es un importante dirigente sindical, Oscar Villarreal. Después de la

muerte de Hemingway, en 1961, René se hizo cargo de la administración de la casa, esta vez como museo. Atendió el lugar con cuidado y esmero. Es probable que adquiriera algunos vicios retóricos de los guías, pero era capaz de dedicar largo rato a un visitante inteligente o que conociera el tema. En 1966 un escritor cubano habló con él. René extrajo del bolsillo de su camisa una carta que había sido doblada y desdoblada centenares de veces. Pese a que *tenía* que saberse de memoria el contenido de la carta, se le aguaron los ojos mientras leía. René Villarreal, solemne y lloroso, dijo que era «la última carta enviada por Hemingway». Habrá querido decir la última carta enviada por Hemingway a él. Hemingway le hablaba de una enfermedad y de una considerable pérdida de peso, y le decía que —Old Papa no era ya el mismo de antes» y que no se engañaba respecto al futuro, pues no volvería a ser nunca más el Hemingway de siempre.

En su testamento, el escritor le encargó a Mary Welsh que entregara su carabina Winchester a René Villarreal. Un regalo espléndido, la Winchester de Hemingway. En la actualidad no se encuentra entre los objetos del museo.

A René Villarreal se le puede ver y escuchar en *Memorias del subdesarrollo*; en este filme la voz del protagonista, refiriéndose a René Villarreal, dice en *off* que es «un esclavo», entre otras cosas. Esta parte del filme está basada en el ensayo «El último verano», de Edmundo Desnoes, que es también coguionista de la película. Un fragmento del ensayo:

«Yo era la única persona que podía entrar en su cuarto mientras escribía», nos explicó con orgullo René Villarreal, el hombre de confianza de Hemingway, mientras recorriamos su casa ya convertida en museo. El famoso escritor norteamericano había recogido al pobre niño negro muchos años atrás, creo que por las calles de San Francisco de Paula, lo protegió, lo amoldó a su personalidad, a las necesidades de la casa. Cuando Hemingway escribía, René podía entrar en la

habitación porque no hacía ruido, caminaba sigilosamente como una pantera africana, silenciosamente; cuando Hemingway se iba de viaje quedaba cuidando la finca.

«Comíamos todos juntos en esta mesa», explica todavía René para demostrar que Hemingway lo trataba como a uno más de la familia. Esta idea se vierte en el filme mientras la cámara recorre la estancia, la sala de la finca, hace *close-ups* de los trofeos de caza, etcétera. «El hombre parece que no entendió que se trataba de una obra de ficción», relata Tomás Gutiérrez Alca, el director.

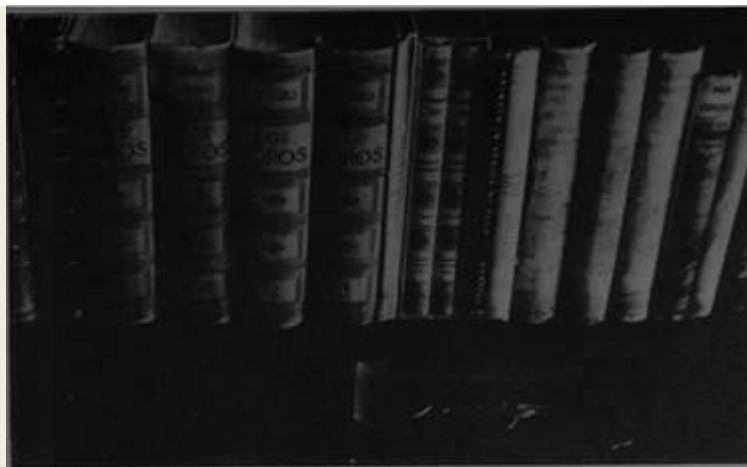
«Cuando la película se puso en exhibición, se agenció un revólver. Estuvo buscándonos para matarnos, a Edmundo y a mí.»

Luis Villarreal fue entrevistado en la finca una tarde de noviembre de 1977. Era la primera vez en muchos años que, pese a vivir a escasas cuerdas del lugar, se decidía a visitarlo. La tarde estaba cayendo. Al pasar frente a la antigua caballeriza, que luego se convirtió en el garaje, dijo: «Él tenía un Plymouth y un Chrysler y el *pick-up* era un Buick.» La noche se cerró por completo. La casa a casi 20 años de la muerte de Hemingway, estaba a oscuras y la majestuosa silueta de la ceiba imponía su presencia en la escena. Solo un par de faroles daban una luz amarillenta bajo la que flotaban los insectos. Luis Villarreal dijo que recordaba las veces que Papa se había ido de viaje, «a veces hasta un año fuera, y mi hermano René se quedaba al frente de la casa. Cuando Papa regresaba, todo estaba en orden, y yo venía a saludarlo. Una buena parte de sus vecinos de San Francisco venían a saludarlo. Pero, decididamente, no me gusta venir ahora porque parte de mi vida la he pasado aquí, junto a un hombre que nos amó mucho».

9

El circo Miguelito

Muchos en San Francisco pueden contar algún episodio en el que el narrador aparecerá al lado de «Míster Güey», como en las fotos. Uno de ellos tiene que ver con un par de leones viejos, tres o cuatro payasos y una carpa de lona remendada; el pequeño circo Miguelito. Este relato pertenece a Kid Mario, un antiguo boxeador, masajista de Hemingway. Dice que el circo «manigüero» se instaló por un par de días en San Francisco y que Hemingway, siguiendo una costumbre suya, fue a ver los animales en sus jaulas y a «conversar con ellos». Allí dijo delante de algunos curiosos que él podía domar aquellos leones, o que era capaz de meterse en la jaula a domarlos. Quizás nunca lo haya dicho realmente, y alguno de los presentes lo imaginase. De cualquier manera corrió la noticia: Hemingway iba a domar los leones. Hemingway tenía la experiencia de África e iba a hacerlo. Y el propietario lo tomó en serio. Y lo anunció. A la noche San Francisco entero estaba en las gradas esperando por la actuación de «Jemingüey», quien, efectivamente, llegó con su traje de cazador africano, silla y látigo en mano. Estuvo bregando dos horas con las fieras. Al día siguiente por la mañana, cuenta Kid Mario, «yo estaba dándole mis masajes al señor Güey, cuando mandó a buscar al dueño del circo Miguelito. El hombre llegó al rato. El señor Güey ordenó al criado que le sirviera un trago y le dijo: “¿Usted sabe por qué yo actúe ayer en su espectáculo? Lo hice porque no me gusta defraudar al pueblo, y porque usted había anunciado que yo iba a domar leones.” “Fue una buena función, dijo el dueño. “Usted no se preocupe por mis honorarios”, le dijo el señor Güey. “Me he puesto en comunicación con mis abogados de Nueva York, que se encargarán de cobrar. Mi precio es de 10 000 pesos por función.» En ese momento tuve que abandonar los masajes que le daba al señor Güey para ayudar a revivir al dueño del circo, mientras un criado recogía los cristales del vaso que había caído en el piso. El señor Güey le advirtió que lo iba a “perdonar” porque el hombre, revivido, aseguró que nunca había visto 10 000 pesos juntos, “ni siquiera 1 000”. “Espero que no vuelva a utilizar mi nombre sin la debida autorización”, fue la advertencia final del señor Güey.»



En la habitación de Hemingway, los libros de Cossío, un clásico de la tauromaquia. (Enrique de la Uz)

10

El compinche de Hemingway en el negocio de los gallos era Pichilo, tal como llaman a José Herrera en San Francisco de Paula.

Muchos pueden decir que conocieron a Hemingway. Pero lo cierto es que hay una foto de Pichilo, en la pequeña valla de gallos que construyó en Finca Vigía, en la que Hemingway mira atentamente hacia su trabajo y en la que también aparece un juvenil René Villarreal.

A Pichilo le gustaban los gallos más que cualquier otra cosa, y así lo confiesa: «Yo era jugador. Lo era de veras.» Su negocio de gallero con Hemingway resultó afortunado. Dice que comenzaron en 1942 con «un gallo especial, un jerezano español», un hermoso ejemplar de peleador, famoso por su fortaleza, cuya adquisición se hizo a un precio elevado. Pero el favorito de la sociedad Hemingway-Herrera era un malatobo coliblanco que, a fines de la década del 40, en la valla de gallos de Guanabacoa, ganó una pelea sangrienta. «Mal herido, pero ganó»,

recalca Pichilo. La ganancia inmediata de Hemingway fue de 800 pesos, una suma considerable para su época. «Él lo mandaba a uno a jugar. Siempre apostaba.»



El «buró de trabajo» de Hemingway, más bien un museo personal Bajo el cristal, lotos de Mary Welsh, dibujo de Renata Borgitti y un recorte sobre Zelda y Scott Fitzgerald. Encima, cartuchos, mapas, silbato de caza, insignias capturadas a las tropas alemanas en Francia, la llave de la ciudad de Matanzas entregada a Hemingway en 1957 y tallas compradas por Hemingway en África oriental. (Enrique de la Uz)

El negocio comprendía unos 20 gallos. Cuando estaban de pelea, o sea, cuando eran «pollones», se les ponían botas de tela a sus espuelas para que no se hirieran entre sí, con sus afilados espolones naturales. «Uno ve el que se destaca, lo va comprobando en su comportamiento, y en las primeras peleas», le explicaba Pichilo a Hemingway, quien se acostumbró a tener la cría en el patio de la finca. «Me gusta tenerlos aquí en la casa», le confirmaba Hemingway a Pichilo. Gallo bueno es el que «se demuestra», el que hiere mucho en el combate; «el gallo heridor es un fenómeno», fenómeno quiere decir excelente, bueno, «un negocio, un cheque al portador», según la descripción del gallero. «La ejecución

del galo nace con él, es un problema de vocación natural, digamos, como un buen boxeador, o un corredor de fondo.» Pero nada mejor que los gallos heridores, esos que colocan con rapidez una herida en el gallo contrario, una herida «noble», como le llaman los galleros veteranos a la herida producida en la vena del cuello del contrario, el «venazo» que provoca su caída inmediata. Hay otra herida terrible, el «cielazo», que es cuando uno de los gallos hace un giro rápido y le saca un ojo al contrario; este se queda con la cuenca vacía «mirando» hacia arriba, hacia el cielo. Hemingway preguntaba siempre qué clase de herida era el «cielazo». Nunca entendió bien el término y lo que significaba. «Sus gallos le salían peleadores», dice Pichilo, rememorando. «Él no era fatal para el juego. No, no lo era, y sacaba plata.»



«Claro, en este *deporte*, como en otros, cualquiera pierde», razona Pichilo. «Hemingway tenía buen perder; esa es la pura verdad. “Apuesta lo que quieras”, me decía, porque me dejaba que lo guiara en ese sentido. A veces perdíamos, pero no me lo reprochaba. Tenía esa confianza en mí. Claro, yo compartía con él lo mismo la pérdida que la

ganancia en las apuestas. En eso del dinero, ni él ni yo éramos *agachados*.» De estas circunstancias y de estas amistades, tipos escandalosos, auténticamente criollos, el escritor va a obtener una experiencia vital y diferente. Hemingway va a compartir en plano de igualdad el ámbito de estos personajes ruidosos —los jugadores de gallos cubanos eran los tipos más ruidosos del mundo— y disfrutar junto a ellos el espectáculo de dos animales que pretenden mutuamente sacarse los ojos.

El propio Hemingway se lo decía a los galleros: «A mí lo que me gusta es *ver* la pelea.» Así que le entregaba una cantidad de dinero a Pichilo y lo dejaba apostar, que era el incentivo fundamental de las peleas de gallo, antes de que fueran prohibidas en Cuba. Aquellos galleros, sudorosos, en guayaberas y pantalón duro de trabajo, con sombreros, joyas de oro macizo, tabacos, gritando que apostaban tantas monedas a un gallo (una moneda equivalía a cinco pesos; el término procede de una costumbre española) y Hemingway entre ellos *viendo* la pelea.

En la década del 50 se hicieron algunos intentos para que los turistas norteamericanos asistieran a las vallas habaneras. Incluso se construyó una en el patio del sofisticado cabaret Sans Souci. Pero todos los intentos culminaron en el fracaso, por la extraordinaria crueldad de la oferta. El público norteamericano no acabó de acostumbrarse.

Después de ganada una pelea, Hemingway invitaba a los concurrentes a la cantina de la valla, donde se consumían varias cajas de cerveza y botellas de ron mientras se conversaba a viva voz. Más de una vez los parroquianos escucharon esta admonición de Hemingway, no exenta de cierto alarde: «Tome lo que usted quiera, pero no se convierta en un borracho *comemierda*. Yo tomo y me emborracho todos los días, pero no molesto a nadie.»

Dice Pichilo que Hemingway podía pasarse un largo rato, en silencio, mirándolo preparar las espuelas de un gallo que iba a luchar.

Podía haber espuelas de nácar, o de acero, según el caso, ya que sus espuelas naturales se le cortaban, dejando un muñoncito para adaptar los espolones de combate. Estos detalles relacionados con las lidias de gallo eran lo que Hemingway podía mirar durante horas enteras, lo mismo que hacía con los pescadores, cuando los observaba preparar sus artes, o con los guerreros masai, en África, para aprender a cazar con lanza.

El Vietnamita es el mote de Rafael Romero. Era uno de los pocos combatientes del Ejército Rebelde que en el año 1975 llevaba el uniforme verdeolivo de campaña y una pistola Colt calibre 45, con cachas doradas, de las que abundaron en una época en Cuba, casi siempre capturadas a los batistianos. Nadie sabe el porqué de su mote: el Vietnamita. Tampoco él lo sabe. Un día, al principio de la guerra en el sudeste asiático, comenzaron a llamarlo así, pero no era seguramente por su aspecto. No se parece en absoluto a un vietnamita: bajo, sólido como un roble, trigüeño. Debe haber cambiado poco desde el día en que Hemingway le hizo una de sus habituales apuestas, en diciembre de 1959. «Fue, desde luego, un lío relacionado con gallos de pelea», dice el Vietnamita.

El teniente Romero estaba con un inmenso tabaco en una valla de San Francisco de Paula, cuando comenzaron las apuestas. Se jugó 50 monedas a un gallo patinegro que estaba dispuesto a echar una buena refriega. Hemingway aceptó la apuesta. Le dio un codazo a Pichilo, quien, en medio de los gritos en la valla, dijo que aceptaba. Ganó el gallo de Hemingway y el Vietnamita tuvo que pagar 250 pesos. El patinegro estaba muerto en medio de la valla y los jugadores se iban retirando, cuando se escuchó la voz de Hemingway, fuerte, sonora, que decía: «¡Mala suerte, teniente!» El teniente Romero se encogió de hombros: «Sí, mala suerte.»

Esa fue una de las últimas veces que el Vietnamita vio en vida a Hemingway, pero también fue su última apuesta. «Ese día de

diciembre de 1959 decidí que había terminado mi vida de gallero. Me jodió tanto que Hemingway hablara de mi mala suerte, que cogí mi automóvil y me dirigí a la pagaduría de la Fuerza Aérea Rebelde —yo estaba destacado allí— y fui a ver al pagador, que era un antiguo oficial del ejército batistiano, y le dije: “Perdí un gallo y 250 pesos en una apuesta con Hemingway.” “Yo no juego gallos, no conozco a Hemingway”, dijo el pagador. “Ese dinero yo lo tenía par? pagar la casa y la fiesta de Nochebuena de la familia”, dije. “El juego es malo, el juego corrompe”, me dijo. En aquel momento estaba ciego, y, sin pensarlo, había sacado la 45 y la había puesto en la ventanilla de pagaduría. No la tenía en la mano ni nada, pero él me dijo: “Bien, lo que podemos hacer es un préstamo personal.” El hombre así lo hizo, y yo, una semana más tarde, fui a San Francisco de Paula y busqué al americano y le dije: “Se acabó mi mala suerte porque yo no vuelvo a jugar gallos Solo me queda una maldita deuda, para terminar para siempre con los gallos.” Entonces fue cuando Hemingway me dijo que lo mejor que podíamos hacer era tomarnos un trago.»

Manuel Hernández, 65 años en 1977, que se ganaba la vida como —gallero de los Dueñas—, recuerda que se tropezaba con Hemingway en algún cafetín de San Francisco, y este le preguntaba: ¿No hay batalla hoy?» Se refería a las lidias de gallos. «A mi lo que me gusta es presenciar la batalla —, explicaba Hemingway a Manuel.— Lo que me gusta es *ver*.» Manuel, un tipo seco y taciturno, afirma que sus recuerdos están narrados con precisión. «Parece que [Hemingway] se armaba sus líos con las expresiones. Cuando comenzaba la pelea, le gritaba a los gallos: ¡*cógelo!* Pero esto no es lo que se grita en una pelea. Uno en la valla lo que hace es apostar, proponer sus apuestas. Se grita así: voy *tantas* monedas a *tal* gallo, y también malas palabras, pero no se dice *cógelo*, por nada del mundo se dice *cógelo*.»

La presencia de Hemingway en San Francisco de Paula era motivo de satisfacción para los vecinos del pueblo por otras razones también. Hizo contribuciones generosas, como los 2 000 pesos que dio para la construcción del acueducto.

Las colectas eran frecuentes entonces en San Francisco de Paula; la ya acostumbrada colecta para dotar de un equipo de bombeo de agua al pueblo, o dinero para alguna fiesta, o para algún funeral. Y en Navidad se hacían colectas de todo tipo. Hemingway siempre se mostró generoso y su buena disposición está testimoniada en innumerables artículos. Se ha señalado en crónicas y notas biográficas la costumbre de Hemingway de enviar coronas a cada paisano de San Francisco que moría.

También podía haber colectas o «picadas» por motivos particulares, cosa habitual en Cuba antes de la revolución. Si alguien tenía un enfermo, iba a casa de los ricos a pedir. Si se trataba de alguien como Hemingway, las visitas resultaban frecuentes. Luis Villarreal recuerda que Hemingway se dirigía a su hermano René y preguntaba: «¿Conoces a esta persona?» Cuando René asentía, Hemingway hacía otra pregunta (la persona estaba delante): «Dice que tiene un familiar enfermo y que necesita ayuda económica. ¿Eso es cierto? ¿Tú sabes si tiene algún familiar enfermo?» Las respuestas eran afirmativas regularmente y Hemingway 'sacaba cierta cantidad de su bolsillo, de acuerdo con el caso. Pero si la respuesta era negativa, si Hemingway veía que había sido objeto de un intento de engaño, su actitud podía ser realmente peligrosa. «Si había un enfermo, él se desprendía rápidamente de 15 ó 20 pesos, pero si habían tratado de estafarlo, se ponía furioso y blasfemaba como un demonio. Una vez hubo un personaje de aquí, de San Francisco, que le dijo que estaba haciendo una colecta para comprar unos equipos de pelota para un team local. Era una estafa. Cuando Papa lo supo, había que oír los gritos que daba: “Me cago en la puta madre, estafador”, uno de los insultos más violentos que se dicen aquí.»

Para mantenerse en forma Hemingway contaba en Finca Vigía con Kid Mario, el masajista. Kid Mario es, desde luego, el apodo profesional. Mario Sánchez Cruz, según su propia explicación, se llama en realidad Agustín Sánchez Cruz, pero desde pequeño le dicen Mario, y cuando comenzó a boxear lo apodaron Kid Mario. Uno de sus orgullos es la media docena de carnés, casi todos ya en desuso, ajustados con una gruesa liga, que invariablemente abultan uno de los bolsillos de su camisa; con ello puede demostrar en cualquier momento que es una persona «integrada», esto es, en uso de la terminología cubana, un hombre integrado a la revolución, un revolucionario. Uno de sus carnés dice lo siguiente: «Por medio de la presente estoy comunicándole un HAGO CONSTAR que el cro. [compañero] de Ref. [referencia], perteneciente al territorio de ese sector 18, desempeña un cargo en este sector 17. Dicho cargo es que dicho compañero pertenece a la Sección de Servicios Técnicos.»

Fue campeón de los pesos welter en los años 30 y 40; después comenzó a ganarse la vida como masajista a domicilio. Iba a casa de los Steinhart tres veces a la semana, cuando Mary Welsh, que tenía cierto problema en el coxis, requirió de sus servicios. Así comenzó su trabajo en Finca Vigía en días alternos. Se ganaba cinco pesos por sesión, que duraba dos o tres horas. Hemingway fue el último en interesarse por sus servicios. Se fijó en él cuando le escuchó decir una vez, de pasada, que había hecho guantes con Gene Tunney. Finalmente fue el masajista *oficial* de Ernest Hemingway. Cuando Kid Mario comenzó su trabajo en Finca Vigía, el escultor Boada estaba modelando el busto de Hemingway. Fue el mismo boceto en barro que sirvió de base para el busto de bronce que actualmente se encuentra en el Floridita. «Se demoró bastante», comenta Kid Mario. «Yo le daba mis masajes al señor Güey y el hombre hacía su busto. Bien, cada cual se busca la vida

como puede.»

En agosto de 1961, cuando Mary vino a La Habana a recoger las pertenencias de Hemingway y se entrevistó con Fidel Castro, le dijo al dirigente cubano: «Lo único que yo quiero es que me envíe a Mario de vez en cuando a Estados Unidos. Eso es lo que yo más quiero, que si necesito sus servicios, usted me lo mande. Es el mejor en su especialidad, aunque es miliciano.» Se supone, según relata Mario, que la respuesta de Fidel fue: «Mucho mejor si es miliciano.» En julio de 1977 Mary le trajo un regalo, un juego de chaqueta y pantalón de mezclilla Levi. No vio a Mario, pero se lo envió a través de unas amistades.



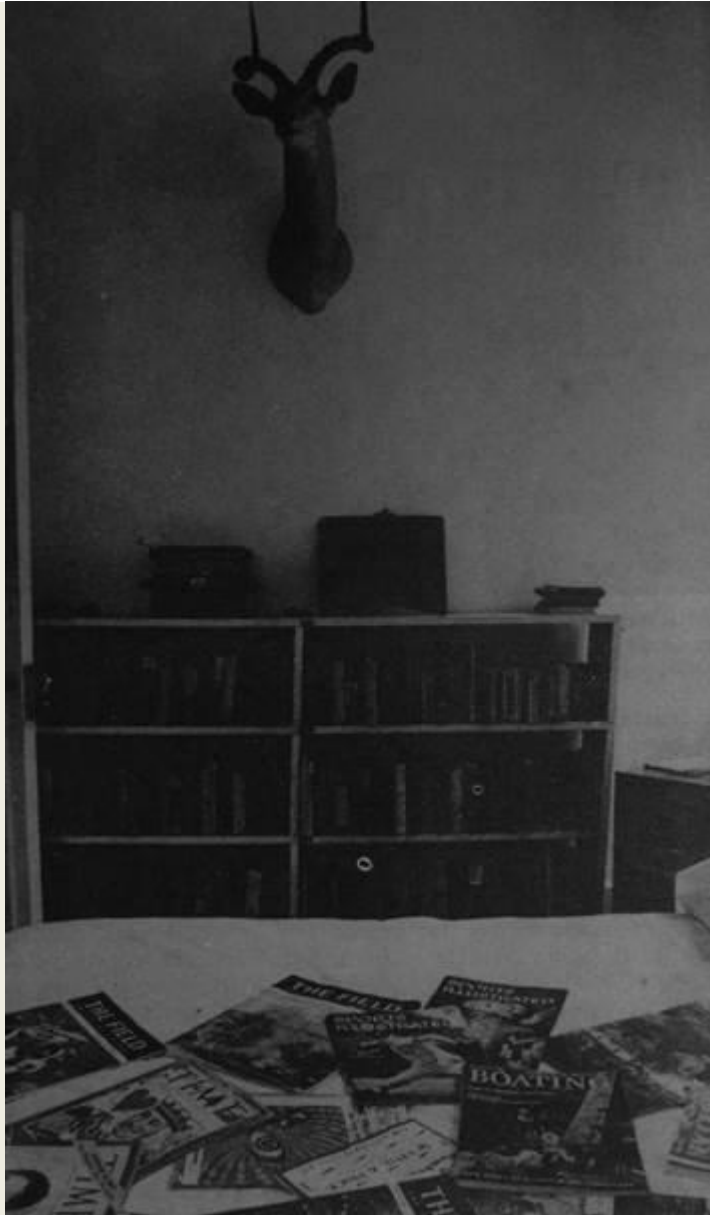
Tres protagonistas de las narraciones de Hemingway tuvieron en sus manos la carabina Mannlicher que se conserva sobre el librero. Mary Welsh se la ofreció a Fidel Castro, como un recuerdo personal, en agosto de 1961, pocas semanas después de la muerte del escritor. Encima, el búfalo que Hemingway cazó en su safari de 1934. (Enrique de la Uz)





Hemingway adquirió la costumbre de colocar la correspondencia sobre su cama. En el mismo sitio se han conservado algunos de los últimos periódicos y revistas que llegaron a Finca Vigía después de su muerte. (Enrique de la Uz)





En el lugar de siempre, su máquina de escribir. En la pared, el impala que cazó en 1953 en Kenia. (Enrique de la Uz)



Un librero en la habitación de Hemingway. En la fotografía, montada en un marco de plata, aparecen sus hijos Patrick y Gregory. (Enrique de la Uz)

Según Kid Mario, Hemingway era un cliente dócil y amable. Un día le dijo: «No me llames más por el apellido. No me digas más Güey ni Jemingüey.» Otra vez le sirvió un trago y le dijo: «Puedes sentarte en mi butaca.» Intercambiaban golpes con guantes Everlast de 16 onzas. Pero no hacían sacos ni peras, pues en Finca Vigía no había esos equipos. Jugaban a lanzarse una pelota de 12 libras, para activar los brazos y el pecho. Hacían calistenia porque Hemingway se lo pedía a Kid Mario. Su cliente pesaba unas 200 libras y tenía barriga, que Kid Mario achacaba a la cantidad de bebida que Hemingway ingería. «Después que pasó de los 50 se puso barrigón cantidad, pero esto no le impedía hacer flexiones y tocarse la punta de los dedos doblándose por la barriga. Estaba en forma. Tenía un porte derecho.»

En julio de 1960, Hemingway se despidió de él con las siguientes palabras: «Cuando uno llega a los 60 debe apurarse con lo que está haciendo para no quedarse a mitad de camino. Pero yo he pasado de los 60. Ya nada me apura.»

Kid Mario es un tipo formidable y entusiasta. Veinte años después de su despedida de Hemingway continúa trabajando como masajista a domicilio. Y fue a este hombre de sólidos brazos, ancha y firme quijada, a quien Ernest Hemingway le reveló el gran secreto de su vida. Una biografía de Ernest Hemingway debe incluir, probablemente, la revelación de este secreto. Y Kid Mario, entrevistado en el verano de 1977, relató que, en cierta ocasión, mientras untaba aceite en el cuello y los hombros de Hemingway, este se lo había confiado.



Los cuernos son de un búfalo cazado por Hemingway en 1953 en las alturas de N'Guarumani, al oeste de Magadi, Kenia. (Enrique de la Uz)

El entrevistador lo escuchó con atención, pero como entendió que era un secreto auténtico, no hizo ningún comentario al respecto y continuó su interrogatorio, porque quería saber qué había ocurrido en un circo llamado Miguelito en el que Hemingway había domado leones. Kid Mario hizo el relato del circo, y, al final, como de pasada, dijo que recordaba perfectamente el día aquel en que Ernest Hemingway le reveló el gran secreto. El entrevistador, desde luego, volvió a asumir la misma actitud de reserva anterior. Kid Mario dijo entonces que aquel era *realmente* el secreto de la vida de Hemingway. Antes de despedirse, cuando el entrevistador cerraba su libreta, agradecía la hospitalidad y se hallaba cerca de la puerta de la calle, Kid Mario hizo un *tcht* con la boca y dijo: «Aquel secreto lo atormentaba mucho.» Días después y a horas diversas en el transcurso de algunas semanas, este entrevistador recibió en su casa diversas llamadas telefónicas de Kid Mario, en las que el masajista y antiguo boxeador se interesaba por la salud del «compañero escritor» y por el curso de su trabajo e informaba que solo él conocía el gran secreto de la vida de Hemingway.

13

Gilberto era uno de los tantos niños del pueblo que se confundía entre la tropa de compañeros de Gigi. Pero a mediados de 1950 era algo más que un adolescente y se podía adivinar bajo su ropa el peso sólido de una pistola calibre 45. Para entonces ya todo el mundo sabía en San Francisco de Paula que con Gilberto Enriquez «no se jugaba».

Hemingway, con su agudeza, tiene que haberse dado cuenta del cambio que había operado la personalidad de este niño en su paso a la adolescencia, y luego a la juventud. Se convirtió en un hombre de pocas palabras, taciturno, hosco. Había formado parte habitual de la pandilla de Gigi y tomó activa participación en las guerras de voladores «que se formaban en la finca». Por otro lado, a Gilberto Enríquez le costó trabajo reconocer a su antiguo compañero Gigi en la foto de la carátula del libro

Papa Hemingway. Un amigo le enseñó el libro y Gilberto vio un médico envejecido que había escrito sus memorias. No preguntó por los otros hijos de Hemingway. Aquí en San Francisco de Paula nunca se habla de ellos, ni de Jack ni de Patrick.

Gilberto fue jefe de una de las células clandestinas de la Juventud Socialista, pero tuvo que alzarse y se integró en una de las columnas guerrilleras bajo el mando de un comandante legendario: Camilo Cienfuegos. Cuando triunfó la revolución, le entregaron las llaves de San Francisco de Paula en un acto público y se le reconocieron sus méritos como combatiente clandestino de la zona. Un día del invierno de 1959 Gilberto se encontraba en El Hoyo, un pequeño y apartado bar de la localidad. Como había una disposición que prohibía a los militares de uniforme ingerir bebidas alcohólicas en lugares públicos, Gilberto estaba algo retirado, semioculto. Cuando fue a pagar la cuenta, le dijeron que Hemingway ya lo había hecho. Hemingway se encontraba allí y se le acercó. «¿Cómo está, teniente?», dijo. «Yo quisiera que usted ahora me aceptara un trago a mí», respondió Gilberto. «Con mucho gusto», aceptó Hemingway.

Y se pusieron a hablar de un enemigo común.

El enemigo no era ninguno de los pacíficos parroquianos de una barbería de San Francisco de Paula, o los muchos jugadores de gallos y bebedores que se gastaban su sueldo en el cafetín El Brillante, cuando Hemingway y su pandilla aparecían por una esquina, cargados de voladores. El enemigo era un hombre alto, de rostro aguileño, de cabeza grande y cargado de hombros.

Hemingway, a fines de los años 50, renovaba su interés por los toros y había vuelto al ruedo, pero en ese momento lo que estaba ocurriendo en «su barrio» era grave. El enemigo andaba siempre en un jeep Willys, vestido con su uniforme de guardajurado, de color caqui, sombrero alón con barboquejo y gafas calobares. De sargento fue promovido a teniente cuando se «destacó» en unas acciones de

represalia contra unos huelguistas. Mató a «cuatro o cinco muchachos», entre ellos a uno llamado Guido Pérez, que, con toda probabilidad, era uno de los que participaba en los juegos de voladores y boxeaba en casa de Hemingway. Maldonado es el apellido del asesino: no debe confundirse con otro, con el teniente Correa, que fue el que practicó un registro en la finca en otra época y bajo otro gobierno, el de Ramón Grau San Martín. Este es el teniente Maldonado, jefe batistiano del cercano puesto de Santa María del Rosario, bajo cuyo mando, sin duda, estaba la patrulla que merodeaba la finca en busca de armas y mató una noche a culatazos uno de los perros de Hemingway; algunos dicen que la víctima fue Machakos (Mary Welsh, Carlos Baker), otros, que Black Dog (Hotchner, José Luis Herrera Sotolongo).

Carlos Baker afirma en su biografía, *Ernest Hemingway. A Life Story*, que el jefe de esa patrulla —Baker no cita nombres— fue ajusticiado:

Desde luego, hubo un gran derramamiento de sangre. La docena de jóvenes de San Francisco de Paula y del vecino pueblo del Cotorro habían sido arrestados y arrojados a las cunetas por la policía secreta de Batista. Por otra parte, algunos muchachos del Cotorro habían ahorcado en noviembre «con las mutilaciones habituales» al sargento batistiano que había matado a tiros en agosto al perro Machakos. Pero hay errores en la información del señor Baker. Ninguno de los esbirros ajusticiados en Cuba en el transcurso de la insurrección fue mutilado. Se les ajusticiaba sin miramientos, desde luego pero no se conocen casos de mutilación. Y la realidad es que a Maldonado no solo no lo mutilaron sino que en 1980, 21 años después del triunfo revolucionario, estaba vivo, y parecía que iba a seguir estándolo. La historia es bastante curiosa porque todo el mundo en San Francisco consideraba a principios de 1959 que había llegado la hora para el último esbirro de la localidad. En el juicio público estuvo llorando todo el tiempo, hasta que su ayudante, otro asesino, de rostro cetrino, se

levantó de la silla y le dijo: «Compadre no llores más *como una puta*, que tú mataste y yo también.» Se encontraba en el juicio otro viejo batistiano al que llamaban Caballo Loco. Había sido capitán, jefe del puesto de la Guardia Rural del Cotorro y, por tanto, jefe directo de Maldonado, que se desmayó cuando oyó decir esto. Todo indica que Caballo Loco no había cometido ningún crimen, pero «estaba impresionado en el juicio». La condena para Maldonado fue de 30 años. El hecho de que no lo fusilaran motivó una reacción de protesta general en la localidad, incluso hubo manifestaciones públicas para exigir una revisión del juicio y la aplicación de la pena máxima, como se había procedido con otros asesinos batistianos en el resto del país. Pero en esos momentos ya se había ordenado que cesaran los fusilamientos de esbirros.

«Ese es un hombre que hay que matar», le dijo Gilberto Enriquez a Hemingway aquella tarde de invierno mientras se tomaban el trago en *El Hoyo*. «Un mal hombre, una hiena, ¿no cree, teniente?» dijo Hemingway. «Mi problema no es pensar que él esté vivo, sino en los que él mató... mis compañeros muertos por sus manos.» Hemingway, dice Gilberto, comenzó a escucharlo en silencio. La conversación había caído de manera inevitable en este tema. «Se va a morir de viejo, coño. Eso es lo que va a pasar con él. Y para este pueblo lo que tiene que ocurrir es que Maldonado esté enterrado.»

El tono de complicidad entre Gilberto y Hemingway se había establecido por hechos como los ocurridos una noche, tres años antes, a principios de 1957.

Gilberto Enriquez ya había logrado armar una pequeña tropa de luchadores clandestinos: «Revolvito a revolvito había logrado armar a 18 hombres.» En cierta ocasión se propusieron ahorcar a un chivato y ajusticiar a uno de los soldados que había participado en una acción de represalia contra los revolucionarios que habían atacado el cuartel Goicurúa de Matanzas. Estos proyectos se frustraron por falta de coordinación. Pero, de alguna manera, la noticia llegó a lo alto de Finca

Vigía, y tuvo su respuesta. René Villarreal conversó con Gilberto sobre unas armas que estaban en poder de Hemingway y que este quería entregarle «Papa tiene unas armas ahí... y quiere hacérselas llegar a ustedes.» Convinieron una hora y un lugar fuera de la finca, en el callejón de los Steinhart; de noche, desde luego. Según recuerda Gilberto, él, acompañado de José Rabaza y Alfredo Sumí, se apareció en un viejo Ford. René Villarreal estaba reunido con ellos en el lugar convenido, cuando una luz de linterna los alumbró. El hombre de la linterna era Panchito, el guardajurado de la finca de los Steinhart; vestía un uniforme amarillo y polainas, y llevaba un revólver calibre 38 de cañón largo a la cintura. Panchito, sosteniendo la linterna, dijo: «¿Qué hacen ustedes aquí?» Luego, en tono paternal, les aconsejó que se retiraran: «Ustedes saben que la cosa está mala, muchachos.» Fue una operación frustrada.

Al día siguiente Gilberto fue herido en un encuentro con la policía. Se repuso de las heridas y se alzó.

14

Un día, a mediados de 1939, Pichilo había terminado uno de sus trabajos por ajuste en Finca Vigía y el nuevo inquilino, un norteamericano corpulento y joven, llamado Ernest, lo mandó buscar. Le preguntó si sabía pintar. Pichilo respondió que sí. Entonces Hemingway le dijo que quería que trabajara fijo allí. «Lo he visto desenvolverse y puedo decir que usted es un hombre responsable. Me gustaría que trabajara para mí.» Según el recuerdo de Pichilo, cuando Hemingway adquirió Finca Vigía, el lugar no se hallaba en las mejores condiciones. Dice que muchas partes, especialmente los pisos, necesitaban una reparación capital. Pero Martha se enamoró del lugar y buscó gente para arreglarla. Pichilo dice que Martha era una mujer emprendedora y, según sus palabras, le gustaría saber qué fue de ella y por qué no regresó nunca más por aquí. Cuando se le explica que la

señora Gellhorn debe estar viva y que compareció el 6 de noviembre de 1975 en un programa de la BBC-1, Televisión de Londres, en donde se discutía la autenticidad de una famosa fotografía de Robert Capa —la instantánea del miliciano que cae herido de muerte en Somosierra—, Pichilo se muestra contento, y dice: «¿En televisión? ¡Ah, qué bueno!»

Pichilo entró en Finca Vigía ganando 70 pesos quincenales. Tenía derecho a que su ganado pastara en la propiedad de Hemingway, lo cual representaba un ahorro para él, y luego aumentó sus ingresos con el negocio de los gallos de pelea. Asegura que Hemingway trataba de pagar con justeza el trabajo de los demás.

Su labor consistía —en cuidar los jardines y ocuparse de las hortalizas. Casi todas las hortalizas que consumían en la finca procedían de su propio huerto. Pichilo vive orgulloso de haber ostentado la jefatura de este jardín, y de ser él quien distribuyera el trabajo de jardinería a los otros empleados.

Unas notas dejadas entre la papelería de la finca demuestran la preocupación de Hemingway por las labores de jardinería. Algunos de estos papeles, redactados en un español bastante deficiente pero esforzado, están mecanografiados y firmados por Mary Welsh. En otros casos se pueden encontrar minúsculas notas manuscritas con la inconfundible caligrafía de Hemingway en las que ordena hacer algún trabajo específico en el jardín. En una de las más graciosas le dice al jardinero que —no debe molestar al señor de la casa con los problemas del jardín», porque estos problemas deben tratarse con la señora Mary, que es la indicada para eso. «Él tiene bastantes ocupaciones con su trabajo de escritor», apunta el mismo Hemingway en español. Las notas escritas a máquina fueron conservadas de un año a otro para observar el estado del jardín. Además de los trabajos al inicio de cada temporada, se ve la preocupación especial de Mary por tener sus propias hortalizas y la atención que dedicaba a sus flores.

Pedro, el jardinero anterior de la finca en los tiempos del señor D'Orn, tuvo un final muy curioso, en el que Hemingway se vio implicado de manera directa, y que provocó que consumiera agua de un pozo donde había un cadáver.

La versión más difundida dice que Hemingway había acabado de adquirir su finca, o todavía la tenía alquilada, cuando llamó al viejo Pedro y le preguntó si él era el jardinero. «Sí, señor», respondió Pedro. «Bien, usted es el jardinero y soy el nuevo dueño. Lo único que voy a decirle es una cosa. Yo no quiero que me podes las matas. Yo no quiero que aquí se corte nada, ni la hierba.»

Y mucho menos que los muchachos tiren piedras. De ahora en adelante su trabajo aquí es no cortar nada.» Pedro, se dice, tragó en seco y exclamó: «Pero yo no trabajo de guardajurado. Yo no voy a estar vigilando a los muchachos para que no tiren piedras.» Hemingway repuso: «No le he pedido eso. Usted es el jardinero. Y su trabajo es no cortar, no podar.» «Pero, señor, el trabajo de un jardinero es podar.» «Sí, pero el trabajo de jardinero, *en mi jardín*, es no podar.» Pedro, del que nadie recuerda el apellido, se supone que no resistió esta conversación y pidió que se le liquidaran sus haberes porque él se iba. Desde luego, se afirma que esta no fue la conversación exacta, pero concuerda con el hecho de que Hemingway era remiso a que se podaran las plantas; sustentaba la teoría de que las plantas había que dejarlas crecer «hasta donde ellas quieran», aunque en realidad los jardineros —con su autorización— podaban matas en la finca y cortaban la hierba, y en todo eso interviene la tijera.

Pedro cobró su liquidación y salió a buscar trabajo, pero es evidente que no lo encontró en otro lugar, y desanduvo el camino al cabo de las dos semanas y le dijo a Hemingway que tenía razón; si en definitiva él era el dueño y decidía no podar las matas, pues cumpliría sus órdenes «y sanseacabó». Hemingway lo escuchó, se cruzó de brazos y le dijo, con todo respeto, que lo sentía mucho pero que ya tenía otro jardinero y que no podía darle trabajo, El final es conocido: Pedro,

desconsolado por el trabajo que había perdido en la finca, se lanzó en uno de los pozos de Finca Vigía. Se dice que pasaron algunos días antes de que descubrieran su cadáver, alertados por el número de auras que revoloteaban alrededor del pozo. Una de las versiones asegura que en ese tiempo el agua de consumo de la casa provenía de allí.

La anécdota, en boca de Pichilo, tiene sus variantes. Sea como fuese, hubo un jardinero llamado Pedro que se lanzó en uno de los pozos de la casa de Hemingway y pasaron días antes de que se descubriera el cadáver. Esos son los hechos.

Pichilo dice que la historia del «agua del muerto» —así la titula— ocurrió en 1941, y que Pedro, debido a su avanzada edad, «se trastornó de la cabeza y se suicidio lanzándose al pozo». Pichilo aclara que lo hizo en un pozo cubierto por cañabravas, que, en aquel entonces, le daba agua «solo a la piscina». Lo único que ocurrió, según él, fue que el agua se puso como si se hubiese endulzado. Como a los dos o tres días, corrió la voz de que Pedro se había perdido: no aparecía por ningún lado en el pueblo. Alguien dijo que lo había visto merodeando el pozo de las cañabravas, y cuando se acercaron al pozo, vieron las auras.

«A la piscina, que tiene una capacidad de 90 000 galones, siempre se le administraban pastillas desinfectantes», dice Pichilo. «Pero lo cierto es que el señor Hemingway nunca entendió qué fue lo que ocurrió y me preguntaba: “Explícame, Pichilo, ¿por qué este hombre ha venido a matarse a la finca mía?” Yo, realmente, no tenía qué explicarle. Tampoco le podía decir que Pedro no era propietario de ninguna finca, así que se podía matar en cualquiera... Pero, bueno, ¿qué culpa tenía el señor Hemingway de que Pedro no tuviera finca? Era muy complicado. Y si puedo asegurar que Hemingway no comprendía ni cojones.»

La ceiba situada a la entrada de la casa es el símbolo de Finca Vigía. «Aquí estuvo un señor —dice un jardinero, Gabino Enriquez, apodado el Negro, aunque es blanco, quizás llamado así por su bigote trigueño, tupido y bien cuidado—, un científico que dijo que la ceiba tenía como mínimo 90 años. Examinó la mata, y las raíces, y los nudillos, como si esta fuera un anciano, y dijo: “No menos de 90 años.” Pero todo el mundo aquí dice que la ceiba tiene por lo menos 150 años. Yo, como jardinero oficial del Museo Hemingway, lo que hago es sellarle los gajos secos para que dure un poco más.»

La ceiba se menciona de pasada en *Islas en el Golfo*, cuando Thomas Hudson, abrigo en mano, sale a esperar su automóvil. Aguarda junto al árbol y observa las hojas y los gajos partidos que cubren el suelo. La ceiba, el árbol sagrado de Cuba, todavía está ahí; el árbol más que centenario, con sus ramajes desnudos durante casi todo el año, y que le costó a Mary Welsh, según se cuenta, un enojoso problema conyugal; provocó que su esposo, Ernest Hemingway, le cayera atrás a un jardinero con una escopeta de dos cañones. Una escena digna de las comedias del cine silente.



Camino de acceso a la piscina, visto desde la casa. (Enrique de la Uz)



La torre de Finca Vigía, construida en 1947. Primer piso, los baños. Segundo piso, la casa de los gatos. Tercer piso, la sala de armas. En el último piso, la biblioteca militar y el refugio de trabajo. (Enrique de la Uz)



La casa cubana de Ernest Hemingway y la ceiba centenaria en su jardín. El lugar aparece descrito en Islas en el Golfo.

La fotografía fue tomada 14 años después de la muerte del escritor, en

julio de 1975. (Enrique de la Uz)

De esta historia también existen versiones diferentes. De nuevo en este caso Pichilo tiene su interpretación, también atenuada, como la del «agua del muerto». Según el resto de los informantes que uno puede encontrarse en San Francisco, una de las raíces de la ceiba comenzó a crear un «estropicio», un problema a los habitantes de la casa, porque levantaba el piso de las habitaciones. Las raíces de una ceiba son fuertes y se alargan en busca de agua. Esta cruzaba por debajo del piso de la casa y había comenzado a levantar las losas. Hemingway dio una de sus órdenes terminantes de acuerdo con la teoría suya de que las plantas debían crecer sin limitaciones. En este caso, dijo Hemingway, la raíz retrocedería cuando no hallara agua, y las losas regresarían a su lugar. Se les echaría un poco de cemento y finalizado el incidente.

Pero hubo una mujer (la mayoría dice que Mary Welsh; Pichilo afirma que Martha) que pensó de manera distinta a su marido y contrató a un jardinero de afuera». No contrató a Pichilo ni a ninguno de los conocidos, porque con estos sabía que no podía contar. Esperó una mañana que Hemingway saliera para La Habana, y cuando el automóvil dobló la esquina, la esposa, en este relato Mary Welsh, le dio órdenes al jardinero de que pasara, y este, que había sido informado muy a la ligera de que «había un marido malcriado que no quería que se cortara una raíz particularmente molesta», puso manos a la obra: levantó las losas del llamado Cuarto Veneciano, desplazó la tierra alrededor de la raíz, sacó sus instrumentos, dio un poco de machete, luego un par de hachazos, y la raíz estuvo en sus manos. La ceiba quedó mutilada.

Y Ernest Hemingway, desde luego, parado en la puerta, mirando al jardinero y a la esposa, que estaban absortos en su tarea. ¿Regresó a la casa por intuición, la intuición del «viejo león en alerta permanente»? Cualquiera que haya sido el motivo, cuando el jardinero y Mary sintieron su presencia y levantaron la cabeza y él dijo el consabido «¡Ajá!», lo que tenían delante era a Hemingway con una de sus

Remington de dos cañones, calibre 12. Se dice que Mary se quedó en el cuarto, que el jardinero saltó por la ventana y salió corriendo, aún con la raíz en la mano, y que no la soltó hasta la mitad del jardín, al tiempo que trataba de ganar la puerta. Mientras tanto, Hemingway, que le pisaba los talones, hizo los primeros disparos al aire.

Según Pichilo, el personaje femenino de la historia es Martha Gellhorn. Y no hubo tanta violencia. Quizás haya sucedido dos veces la misma historia, dos raíces, y la que Pichilo recuerda es la primera historia. La de Mary tiene un final religioso, simpático, porque recibió un castigo. Estuvo obligada, durante cierto tiempo, a permanecer arrodillada ante la ceiba pidiéndole perdón, en una especie de rezo. Esto ocurría todos los días por la mañana durante un buen rato. Y Hemingway vigilando que se cumpliera la penitencia. Es muy difícil imaginar a una aristócrata como Martha Gellhorn aceptando una sanción semejante. Martha nunca se hubiese arrodillado delante de ningún árbol.

Hay una prueba de que algo ocurrió con la ceiba. Al menos, en el Cuarto Veneciano se encuentra todavía hoy un trozo de raíz, colocado como un trofeo encima de la puerta.

16

Pichilo trabaja en Antillana de Acero, como fundidor, desde 1962, un año después de la muerte de Hemingway. Su vida ha sufrido una auténtica transformación: abandonó los gallos y el juego, pero sigue siendo un hombre sólido, fuerte, de vientre protuberante, necesariamente buena persona, tabaco en mano, sin camisa mientras se mece en un sillón en el portal de su casa y con un casco plástico de minero por sombrero. Nacido y criado en San Francisco de Paula, Pichilo es bien conocido allí.

Entre sus pertenencias conserva una colección de 50 fotos de Hemingway —casi todas del safari de 1953 – 1954— que constituye una valiosa posesión. Con otras posesiones no ha tenido igual suerte. Pichilo explica con toda seriedad que de las cuatro vacas que Hemingway le dejó en herencia, solo una le quedaba viva en 1978. La res tenía 25 años de edad cuando se le cayeron todos los dientes. Pichilo se la vendió «al gobierno en 120 pesos para llevarla al matadero». Las vacas eran la Josca, la Amarilla, la Negriblanca y la del Pisicorre. Todo puede ser utilizado como nombre. Josca se llamaba así por su pelaje; los campesinos cubanos designan por «josca» a las vacas de color carmelita amarillento o «quemado». Las otras también habían recibido sus nombres por su coloración: Amarilla y Negriblanca, excepto la vaca del Pisicorre. Parece ser un enigma para el que Pichilo no tiene respuesta. ¿Por qué Ernest Hemingway tendría un animal llamado la Vaca del Pisicorre? (En Cuba se designa pisicorre a los automóviles de tipo vagoneta o *pick-up*.)

Pichilo afirma que la leche que se producía era de buena calidad y las vacas eran Holstein, buen ganado lechero. «Una pena —dice— que Hemingway no tomara leche.»

Parte del resultado del trabajo de Pichilo y de los jardineros que allí laboraron, puede constatarse en que hoy día hay más de 100 matas de mangos que todavía paren y constituyen un atractivo para las nuevas generaciones de muchachos de San Francisco de Paula. Mangos de las mejores clases: chino, *high* (los cubanos lo llaman «jay»), filipino, criollo, amarillo, y el succulento mango-melocotón. Hay matas de tamarindo (Mary Welsh recuerda la primera mata de tamarindo que Hemingway le mostró en Finca Vigía: «¿Verdad que es un nombre romántico?», le dijo a *Mary*.), *de* mamey de Santo Domingo, de laichi, el mamoncillo chino que Pichilo sembró y que comenzó a parir a principios de los años 70. «En hortalizas teníamos de todo: habichuelas, tomates, ajíes, lechugas, brócoli, acelga, maíz, perejil, calabaza, yuca, zanahorias, rábanos, remolacha, col, plátanos, berenjena, cebollas.

Había que tenerles hortalizas muy variadas, porque ellos *son* amantes de las ensaladas. Y de las comidas chinas, que llevan muchas hortalizas. Mi trabajo eran las flores, pero, como decimos aquí, el que siembra flores, siembra hortalizas.»

También son notables las matas de almendras en el área de la piscina. «¡Unas almendras grandes, tiernas, que paren esas matas!»

El producto del huerto que no se iba a consumir de inmediato se lo regalaban a los amigos y empleados o lo guardaban en un *treezer*, donde también conservaban mangos y pulpa de tamarindo.

El «delirio» de Mary eran las flores, principalmente los rosales que había sembrado en la parte de abajo de la casa. «Habíamos sembrado ixoras, que son muy resistentes, y rosas, las favoritas de esta casa y las que más se sembraban.» Y añade Pichilo: «Los rosales siempre había que estar ayudándolos con abono químico y vegetal. Pagó esas rosas muy caras, como oro. Pero tenía rosales, que era lo que la *señora* Miss Mary quería.»

Cuando Mary Hemingway regresó en 1977 pudo comprobar que la mayor parte de las plantas sembradas por ella estaban aún en su lugar; del mismo modo encontró los flamboyanes, palmas reales, plátanos y las 18 variedades de mangos distribuidos en el centenar de robustas matas, que Hemingway mencionó con satisfacción en una de sus crónicas. Y la ceiba intacta, desde luego, con sus raíces desafiantes.

«La tierra no es buena —insiste Pichilo—, muy arenosa y pedregosa abajo, lo que nosotros llamamos piedra de cachimba, una piedra muy sólida.» Para sembrar cada árbol se producía una pequeña gesta, y había que profundizar y dar barreta y gastar mucho dinero en abono y en camiones cargados de capa vegetal; «el agua de lluvia se lleva la capa vegetal y la arrastra por las laderas. Lo peor de la finca es la falta de agua. Hay que profundizar mucho para obtenerla; parece que uno está buscando petróleo. Tuvimos que abrir un pozo de 98 pies,

y un pozo artesiano de 380. No hay manantiales dentro de la finca.» Por esta razón se instaló un sistema de canales que recogía el agua de lluvia y la depositaba en el hermoso aljibe de losetas azules frente a la casa. Pichilo aclara que el agua del aljibe no se utilizaba para el consumo humano: «La falta de agua potable la resolvimos con esos pozos y con un motor que impulsaba el agua a los dos tanques instalados al fondo de la casa. Esos tanques garantizan el suministro del líquido. Agua buena de manantiales que se encuentran fuera del lindero de la finca.»

Sembraban enseguida que terminaba la temporada de lluvia, en noviembre, y así tenían flores y vegetales desde Navidad hasta junio o julio.

En cuanto a los rosales de Mary, elogiados por Hemingway en una de sus crónicas cubanas, se trataban, en una época, de rosales viejos y mal atendidos. Algunas de las plantas tenían 15 ó 20 años cuando Mary Welsh comenzó a trabajar en el jardín en 1945. Realizó una limpieza total, una poda y un programa de alimentación de las plantas viejas; en el transcurso de los años siguientes trajo nuevas plantas, rosales finos de Estados Unidos. Pero comprobó que sin un cuidado constante y excepcional las plantas norteamericanas solo vivían aproximadamente dos años en el clima de calor y humedad de la finca, así que desistió de los rosales norteamericanos. Probablemente desde principios de los años 50, todos los rosales que hubo en Finca Vigía, y que hay todavía, son cubanos.

Para la siembra y el cuidado del terreno había que tomar en cuenta las condiciones climatológicas de la isla, aunque la tierra de la finca —muy seca y de poca grasa— no guarda necesariamente similitud con otras tierras del país. Cuba está situada en el paralelo 23, un poco al sur del Trópico de Cáncer. Las temperaturas, estables, varían entre 20 y 26 grados centígrados, y las estaciones se diferencian más bien por contrastes en humedad que por cambios de temperatura. En el verano hay lluvias fuertes, pero el invierno es relativamente seco. El promedio anual de lluvia es de 40,32 pulgadas. La tierra es alcalina.

Estos son los arbustos, enredaderas y plantas que se encuentran aún en los terrenos de Finca Vigía:

CASCO DE BUEY; ORCHID TREE (*Bauhinia variegata*): Su color es lila con manchas blancas. Florece en invierno. Necesita luz solar, buen drenaje y una ligera poda cuando acaba de florecer. Se propaga por medio de semillas, que deben mantenerse un tiempo en agua antes de sembrarse. Era utilizada en Finca Vigía para llenar espacios vacíos en



los canteros.

TULIPAN; AFRICAN TULIP TREE (*Spathodes campanulata*): Color anaranjado-rojizo; comienza a florecer en noviembre y alcanza su máximo esplendor en febrero. No requiere grandes cuidados. La propagación del árbol es fácil, gracias a las semillas que se encuentran dentro de una membrana delgada. Se plantaba en el sendero de la finca.

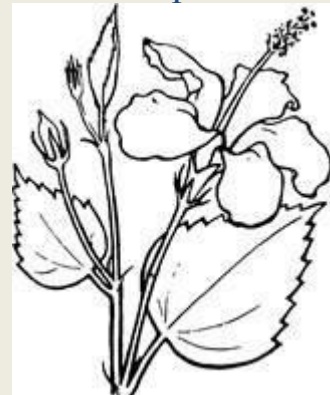


CALIANDRA; CALLIANDRA (*Calliandra surinamensis*): De color rosado, florece casi todo el año. Es un arbusto tupido cuya altura fluctúa entre los tres y los 15 pies. Solía ser empleado como pantalla



para esconder una vista poco estética.

MAR PACIFICO; HIBISCUS (*Hibiscus Rosa-sinensis*): Rojo escarlata; florece todo el año. Su exuberancia en enero. Los tallos enraízan con facilidad. La planta es resistente al viento, pero necesita mucho sol y poda fuerte para florecer profusamente. Solía usarse como planta de



relleno y para setos.

IXORA BLANCA; WHITE IXORA (*Íxora acuminata*): Florece a intervalos durante todo el año. No prospera a pleno sol. Si al sembrarse se orienta al norte o al este, se favorece su desarrollo. Crece bien a media sombra. Una poda regular proporciona una planta coposa y bien proporcionada. Como florece a menudo, debe ser bien alimentada y regada. No se le reservó un lugar específico para crecer en Finca Vigía.



AZULEJO; ERANTHEMUM (*Eranthemum nervosum*): Florece en

invierno. Los gajos prenden y crecen rápidamente en una buena tierra si reciben sol parcial, y riego adecuado. Alcanza hasta 5 pies de altura y ramifica mucho en sentido lateral. Se acostumbraba a sembrarlos en



grupo.

LAGRIMA DE CUPIDO; CUPID'S tears (*Russelia equisetiformis*): Su color es rojo. Florece todo el año. Es una planta muy útil, que resiste el sol, el viento y la sequía. La propagación se facilita dividiendo los mazos de raíces o cubriendo con un poco de tierra las puntas de las ramas que tocan el suelo. Se utilizaba para sembrarse delante de otras



variedades.

GRANO DE ORO; THYRALIS (*Thyralis glauca*): Tiene un color amarillo y es muy fragante. Florece todo el año. Es un arbusto coposo de mucho ramaje y crece a una altura de tres a cinco pies. Es indiferente al tipo de tierra, pero requiere un poco de sombra y es resistente a la sequía y a los vientos tropicales. Se empleaba como seto.

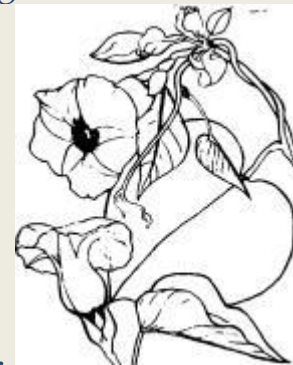


VICARIA; PERIWINKLE (*Vinca rosea*): Florece durante todo el año. Prospera en cualquier tierra y se extiende por todo el jardín. Debe ser podada anualmente. Se lograban tonalidades muy alegres combinando

las variedades blanca y magenta.



CORDON DE SEDA; WOOLLY MORNING GLORY (*Argyrea speciosa*): Florece en puchas blancas, en invierno. Crece tan rápidamente que necesita mucho espacio a su alrededor. Se propaga fácilmente. Era



una enredadera útil para cubrir los pasillos de la casa.

IPOMEA BLANCA; BRIDAL BOUQUET, WHITE IPOMES (*Porana paniculata*): Florece en noviembre. Sus flores duran poco y las hojas se marchitan pronto por el viento. Se da bien en tierra al calina o seca. Es muy fuerte e inmune a las enfermedades e insectos. Servía para



resguardar los portales de los aguaceros.

COLA DE GALLITO, MANO DE ESTRADA PALMA; TRIMEZA (*Trimeza Cipura martinicensis*): Es amarilla. Su época de florecimiento dura todo el año. Se utilizaba en las orillas de los canteros. Este iris



tropical se da bien dondequiera, en sol o sombra.

JAZMIN TROMPETA; CAPE HONEYSUCKLE (*Tecomaria capensis*): De color violeta, florece todo el año. Se puede sembrar donde se necesiten colores brillantes. Se le deja trepar en muros alrededor de columnas. Prospera en tierra pobre sin mucha humedad, pero debe podarse anualmente y limpiarse cuando se le infestan las escamas.



El final fue que Hemingway vino caminando desde la finca hasta la casa de Pichilo, apenas unas tres cuadras, un caluroso día de julio de 1960. Le dijo: «José, dicen que el que mucho se despide, acaba por no irse nunca. No obstante, nos hemos despedido muchas veces. Pero ahora estoy preocupado. Yo no creo que esto dure mucho porque me siento enfermo. Y los médicos en Cuba no me han descubierto el mal.» José tuvo una extraña intuición cuando. Hemingway, de manera intempestiva, le contó cómo había muerto su padre, y terminó

diciéndole: «José, los animales y los seres queridos no deben morir en la cama, ni hacer sufrir a los demás, ni se les debe dejar sufrir.»

17

«FUE UNA VIDA de verdadera intimidad porque las amistades que se hacen en la guerra son profundas. Tuvimos, eso sí, choques y contradicciones por diferentes cosas, más o menos violentos algunas veces, pero nunca lograron interrumpir ni atenuar la amistad en ningún momento. El carácter de Ernesto era bastante difícil, en el sentido de que con sus amistades mas cercanas tuvo problemas, quizás por el mismo afecto que les profesaba» («Qué mierda», dice Willie, en la línea final de *Islas en el Golfo*. recriminándole a Thomas Hudson lo que parece ser su incapacidad afectiva. «Jamás comprendes a los que te quieren.»)

Quien habla es José Luis Herrera Sotolongo, español, veterano de la Guerra Civil Española, uno de los jefes de sanidad de la XII Brigada Internacional bajo el mando del general Lucasz. Un tribunal franquista lo condenó a muerte, pero, sobreviviente, se exilió en Cuba y se hizo amigo de Fidel Castro en la época en que este era estudiante universitario. Participó en la insurrección contra Batista. Herrera Sotolongo había conocido a Hemingway en el transcurso de la guerra civil y reanudó su amistad al venir a Cuba.

Herrera Sotolongo nos restituye una imagen humana y poco legendaria de Hemingway. Tiene todos los elementos para hacerlo: fue su médico personal durante más de 20 años y conocía todos sus padecimientos, su psicología, el funcionamiento de su organismo. Herrera Sotolongo es auténticamente de los íntimos y no de los personajes que se agregan a la comitiva.

Podemos reconstruir con él cualquiera de las noches que se sucedieron desde el año 1945 hasta el verano de 1960, cuando ningún

extraño alteraba la tranquilidad hogareña. Se ven luces en el interior y afuera de Finca Vigía. Después de la cena, Ernest Hemingway lee algún libro y toma el vino sobrante de la comida, mientras Mary juega canasta con Herrera. Hemingway no va a estar mucho rato levantado: habitualmente se acuesta a las 11. Desde luego, no se dirige a su habitación, a la de la cama repleta de cartas, sino en dirección opuesta, a la de Miss Mary. Va a dejar al lado de su poltrona una botella vacía de vino. Ha hecho lo mismo en la cena: otra botella vacía debajo de su silla. Esos son los pequeños hábitos. Si es miércoles (según la costumbre establecida, Herrera Sotolongo iba a Finca Vigía todos los miércoles) o uno de los fines de semana en que Herrera Sotolongo se lo pasa allá, el médico juega a las cartas o conversa con Mary, pero Hemingway se retira sin problema, dice «buenas noches» en español y sigue su camino. En definitiva Herrera es de la casa. Un rato más tarde el médico regresa a La Habana. Todas las luces de esta estancia apacible se apagan. Sin embargo, si Hemingway está solo, primero hace un recorrido alrededor de Finca Vigía. Se echa la pistola calibre 22 a la cintura y con una estaca a modo de bastón emprende una caminata nocturna antes de irse a dormir. Lo acompaña, olisqueándolo todo, a unos pasos detrás, Black Dog. Los empleados están abajo, en sus casas del pueblo. Mary, probablemente con sus parientes en Estados Unidos. Hemingway hace su patrullaje nocturno. Sin novedad en el frente y a dormir. Herrera Sotolongo dice:

Aunque parezca mentira ese hombre estaba solo allá arriba con frecuencia... Sin embargo, él va a tener una serie de problemas que surgen con el éxito, tanto por los libros que produce como por la adopción de esos libros para películas, lo cual le crea una fama grande en Cuba. Con una particularidad: que hay un poco de fantasía siempre; la fantasía popular que se produce cuando hay una persona de realce que se convierte en un personaje: se le encumbra, o se cuenta acerca de él una serie de historias que no son objetivas. En fin, hay un poquito también de eso. Hay algo de leyenda con respecto a Hemingway.

Inicialmente fondeaba el *Pilar* en Cojímar; entonces traba amistad con los pescadores y esto le va a ir dando una personalidad aquí en Cuba. Pero no es todavía un hombre famoso en el país.

Posteriormente, desde principios de los años 50, él toma parte en los concursos de pesca, e incluso se instituye un premio con su nombre, y frecuenta el Club de Cazadores del Cerro. En fin, él se va creando aquí un núcleo de amistades que son las que poco a poco lo van rodeando y van aumentando su esfera de relaciones.

Su vida cubana adquiere auge cuando recibe el Premio Nobel. Empiezan a partir de entonces los agasajos oficiales, a los cuales renuncia casi siempre.

Una de las pocas condecoraciones que acepta es la Orden de San Cristóbal de La Habana. Se le condecoró después, en 1954, con la Orden Nacional «Carlos Manuel de Céspedes», que él consideraba como un legítimo orgullo porque era un reconocimiento de Cuba. Pero la Orden de San Cristóbal de La Habana fue la condecoración que le causó verdadero placer; le fue entregada el 17 de noviembre de 1955, en el antiguo Palacio de los Deportes de La Habana. Una condecoración perdida, olvidada entre los vaivenes de la política oficial cubana de entonces. Habitualmente se le entregaba a los choferes que cumplían un largo período —un cuarto o medio siglo— de conducción en la ciudad sin tener accidentes. Hemingway decía, con auténtica felicidad, que le habían concedido una condecoración que era para los choferes. Como quiera que sea, las condecoraciones contribuyeron a cimentar una reputación y su leyenda. Ninguna de las dos órdenes existe ahora. Pero la prensa habanera el 18 de noviembre de 1955 incluyó la foto de Hemingway junto al gobernador de la provincia de La Habana, Francisco Batista, *Panchín*, hermano de Fulgencio Batista. Con ellos aparecía el alcalde de la ciudad, un viejo político, improvisado y torpe, llamado Justo Luis del Pozo. Salvaba el honor de la fotografía la estampa de Adolfo Luque, una luminaria del béisbol cubano, condecorado también, que recibe un homenaje modesto en *Islas en el Golfo*.

Juan David, el caricaturista cubano más popular de este siglo, se encontró con Hemingway en el Palacio de los Deportes cuando el escritor recibió la medalla de San Cristóbal de La Habana. Fue un encuentro curioso y atropellado. En la puerta de entrada, Hemingway tenía agarrado por el cuello a otro famoso caricaturista criollo, Conrado Massaguer. Este había hecho una caricatura del escritor y, evidentemente, Hemingway no estaba contento con la visión que el artista cubano tenía de él. Sostenía a Massaguer por el cuello con la mano izquierda y con el puño derecho estaba a punto de golpearlo en la cara. Hemingway exclamaba: «Goddam it!» Juan David, corpulento, seis pies y una pulgada de estatura, se interpuso y logró sacar a Massaguer de la llave hemingwayana. El escritor preguntó: «¿Y tú quién eres?» «David, el caricaturista.» Hemingway se puso en guardia. David también enarboló sus puños. Así, continuaron el diálogo. Hemingway preguntó con un jab en el aire: «¿Tú me vas a hacer otra caricatura?» David le respondió: «No, yo venía a saludarte.»

18

«DURANTE la Segunda Guerra Mundial —cuenta Herrera Sotolongo— Hemingway había estado prestando servicios, primeramente en Cuba. Estuvo a cargo de una serie de trabajos que se hicieron por aquí con los cazasubmarinos americanos. Era un enlace fundamental entre las fuerzas navales y el gobierno norteamericano. En aquella época adquirió muchas relaciones. Después, se marcha temporalmente y va a Inglaterra y toma parte en la invasión del continente europeo, el desembarco de Normandía, y en una serie de acciones en las que se destaca como combatiente y no como corresponsal de guerra, que era el cargo oficial de él. Y participa como guerrillero. Estuvo unido a grupos guerrilleros que iban delante del ejército norteamericano, y cuando él regresa a La Habana le conceden

una condecoración de Estados Unidos, la Estrella de Bronce [la recibió el 16 de junio de 1947 en la embajada norteamericana).»

«Esas eran las cosas que lo iban convirtiendo en personaje. Nadie que no sea un personaje va a recibir tanto enchape. Un día Ernesto se colgó de la solapa las tres medallas y dijo que era así como iba a aparecer en los billetes. Una broma de él. No es que fuera vanidoso u orgulloso, pero no le gustaban estas cosas. En aquella oportunidad la prensa cubana hizo comentarios desfavorables. Se le criticaba haberse presentado en la embajada norteamericana con una guayabera sucia. Pero esto no es cierto. Yo conducía el coche ese día. Él sudaba mucho, porque era un hombre muy corpulento, y recuerdo el siguiente detalle: cuando llegó al parqueo de la embajada, se cambió de guayabera. Llevaba una limpia en el coche. Sin embargo, se dijo que había recibido la medalla en esa situación, con una guayabera sucia. Claro, lo que ocurrió es que volvió a sudar estando dentro de la embajada, y de ahí surgieron los comentarios de los periodistas.»

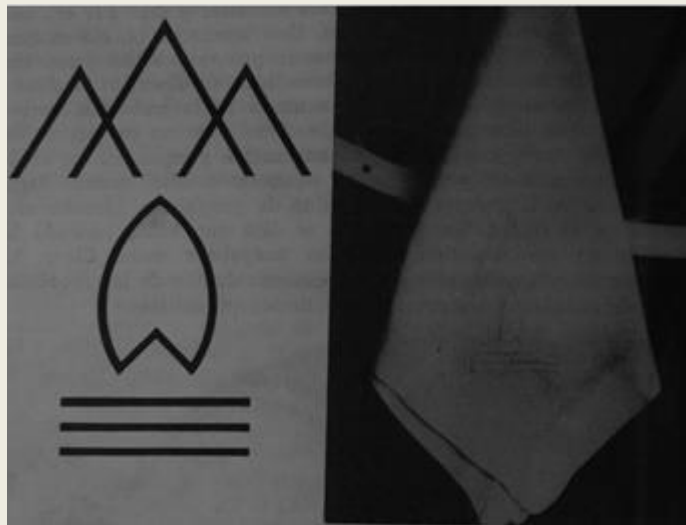


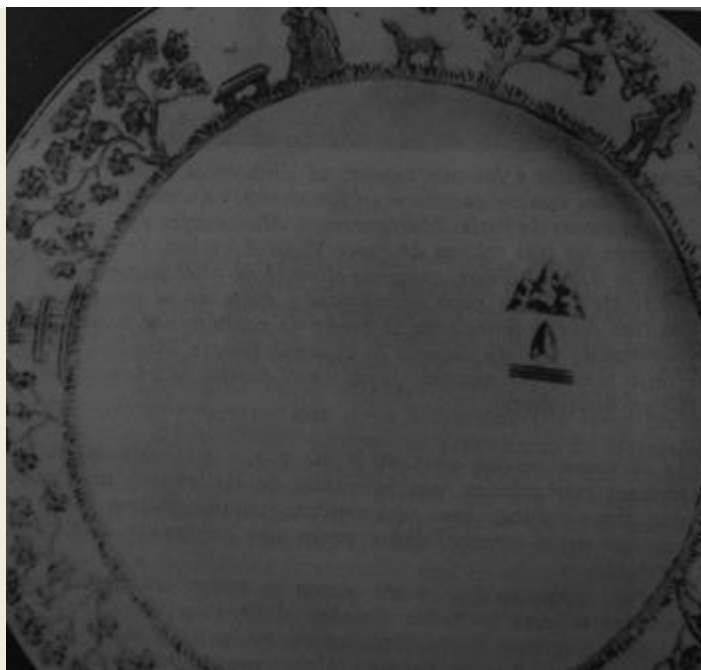
Esta fotografía y las que siguen: el símbolo de Finca Vigía en el hierro para marcar ganado y en los servicios de mesa. Representa los tres monts de París: Montparnasse, Montmartre y St. Geneviève, así como las tres colinas de Finca Vigía. La punta de flecha es de la tribu Ojibway, radicada al norte de Michigan y Minnesota, donde Hemingway pasó su infancia y parte de su juventud. Las tres barras simbolizan el grado de capitán, que ostentaron

Hemingway y Mary durante la Segunda Guerra Mundial, así como el hijo mayor del escritor, John, en el cuerpo de paracaidistas. (Celso Rodríguez)

A veces, en los años 40 ó 50 van a amanecer en la finca algunas celebridades, una luminaria de Hollywood, un torero, o una pieza exótica, como una condesa italiana. Incluso puede ocurrir que estas personalidades pasen una temporada al abrigo de Hemingway.

Pero las cosas finalmente toman su cauce: las maletas se hacen, los señores invitados abordan el Chrysler descapotable o el *pick-up* (depende de la cantidad de equipaje) y salen rumbo al aeropuerto de Rancho Boyeros. Hemingway y sus amigos pueden volver a reunirse los días indicados y reanudar el cauce de la costumbre.





Herrera Sotolongo, el médico, va a sostener su visión de un Hemingway solitario y tranquilo, al menos durante un largo período de su vida en Cuba.

A propósito de homenajes y premios, un periódico habanero de principios de los años 50 aportó esta avalancha de elogios, lisonjas, alabanzas, loas y consideraciones filosóficas. Hemingway lo guardaba en una de las gavetas de Finca Vigía. El recorte está encuadrado con lápiz rojo, pero no conserva el nombre del periódico ni la fecha de

publicación.

Disquisiciones ERNEST HEMINGWAY Y EL NOBEL (Por JOSÉ M. PICART)

Acaba de ser agraciado con el Premio Nobel de Literatura, correspondiente al año que decursa, Ernest Hemingway, el afortunado autor de «Por quién doblan las campanas», «Las Nieves del Kilimanjaro», «Adiós a las Armas» y, más recientemente, «El Viejo y el Mar», traducida al castellano y de un realismo y brillantez que asombra y desconcierta, entre otras obras que le han llevado al pináculo del éxito y del renombre. El año pasado, no sorprendiendo a nadie, porque ya se esperaba, resultó triunfante, en esta hermosa y muy codiciada lid, Winston Churchill, el viejo estadista inglés, paladín glorioso de su pueblo, fundamentalmente, en la sangrienta lucha universal, pasada.

Y hay quien se pregunta cómo, no ya Hemingway, sino Churchill, frisando en los ochenta años, pudo dar al mundo una obra maestra de tal envergadura, a la hora de deducirse, en pura lógica que es ilógica, la total decadencia del genio por razón directa del paso del tiempo que no perdona y opaca las facultades del hombre. A colación de tales apreciaciones, queremos poner de relieve, una vez más y, sin aspiraciones de que esto sea el descubrimiento de un nuevo sol, el total divorcio que existe entre el desgaste natural del organismo, y el vigor que suele mantener la mente a través del tiempo, en primer término y, evidenciar, para que se tome muy en consideración (motivo básico de este trabajo) lo importante que resulta establecer la debida diferencia entre la edad cronológica, gris completamente en muchos casos, y la física, esto es: el estado de nuestras arterias, de nuestro funcionamiento glandular, del ritmo que mantengan nuestro corazón, nuestras ilusiones, fortalecido por el imperio del cerebro, constructor o destructivo, según se le encauce, ya que, este último, es quien rige la armonía y desenvolvimiento del ser en todos y cada uno de los pasos que damos por los vericuetos de la existencia. La Historia, esa gran señora que nos ilustra y nos traza las pautas a seguir en infinitos

ordenes, dice, bien a las claras, no ya en lo pasado y en lo moderno, sino en lo contemporáneo, del logro feliz que, «en la tercera juventud», han obtenido muchos grandes hombres, dándole a la vida sus obras cumbres, remontados, con creces, los sesenta años, delineando, muy precisamente, la recta que señala la plena madurez del genio, precisamente cuando la nieve se ha detenido en nuestros cabellos, profusamente, proclamando a los cuatro vientos la, al parecer, etapa postrera de nuestras proyecciones en multitud de manifestaciones reñidas con los achaques que suelen hacer su nefasta aparición en los alientos últimos que escapan de nuestros labios.

Hemos tenido oportunidad de ver, repetidamente, hasta el cansancio, a jóvenes-viejos y viejos-jóvenes. Y no radica esto, exclusivamente, en un estado de salud más o menos precario. Tiene su quintaesencia, cabalmente, en el motor directriz que es la idea, la imaginación, esas funciones vitales que se asientan entre las celdillas del cráneo. Porque, de no ser así, ¿concebiríamos a Ernest Hemingway disponiéndose a emprender una cacería por el África, en la cual jugaron papel, casi trágico, dos accidentes aviatorios que estuvieron a punto de costarle la vida en unión de su cuarta esposa y, decimos cuarta esposa, ex profeso, para que se sume esto al empeño de una mente que, eternamente, será moza pese a los surcos del rostro y la mirada apagada, en exceso, de los que tramontan la empinada cuesta de la ancianidad? ¡Imposible! Porque pululan por ahí, y no se crea que escasamente, sino a montones, individuos a los cuales les resulta un esfuerzo atroz hasta mover los brazos, personas que, antes de emprender algo, ya dan por descontado el fracaso, hundiéndose en un pesimismo negativo, y derrotista, por causa directa del anquilosamiento de sus facultades mentales depauperadas, lamentablemente, por una carencia absoluta de voluntad de «hacer» y «vivir» dictada, enérgicamente, por una mente que no quiere perecer, que se niega, apasionadamente, a hundirse en las sombras de un nirvana que rechazamos, violentamente, porque aún sentimos rumores de fronda y palpar de alas, cantándole un himno vibrante al séptimo sentido de ser y estar, aspirando, a bocanadas llenas, el aire de la vida, saturado de quimeras y de afán de crear, de dejar una

huella perdurable en la que hemos de seguir viviendo cuando ya no seamos ni siquiera polvo en el sueño final. Eso, afán de crear, de perpetuarnos en lo inmortal, es lo que lleva y sostiene al hombre, por lo accidentado del camino. Cuando este propósito deja de ser, es cuando, realmente, llega la muerte. En tanto persigamos un fin, noble, desde luego; mientras haya una proyección de luz en el horizonte de la humanidad, que emprender y plasmar en bella realidad, permaneceremos jóvenes, dispuestos a librar la última batalla, en consecución de mantener vigente el hálito que no nos permite hacer mutis en el vasto escenario de un globo terráqueo que, si ha andado mucho aún tiene senderos inéditos, los que nos han llevado, del brazo de la gloria, ya habiéndonos besado el cuatrenio revelador; el que puede gritarle a los demás, sin titubeo alguno, lo útil o lo improductivo de un ciclo de vida al cual no nos debemos porque, la existencia, en unidad aislada, no es fructífera. Hay que lanzarla al procomún, con el criterio firme de que «renovarse es volver a vivir».

Este profundo sentido, a su debido tiempo, lo supieron asimilar Churchill antes y, ahora, Hemingway, el profundo literato que acaba de ser laureado una vez más, por el secreto tesoro de su eterna juventud.

19

Había proyecciones privadas de filmes en Finca Vigía. Entre los espectadores se hallaban los visitantes asiduos de la casa: el médico Herrera Sotolongo y su hermano Roberto, Sinsky, el cura don Andrés y algunos otros habituales. Se arrellanaban en los butacones de la sala y un proyector de 16 mm lanzaba sus imágenes sobre la pantalla.

Hemingway alquilaba el material a diversas compañías distribuidoras. Se trataba casi siempre de documentales de boxeo. Había uno que les interesaba particularmente: mostraba la pelea de Rocky Graciano y Tony Zalet por el campeonato mundial de los pesos medianos, celebrada en Nueva York el 27 de septiembre de 1946 (una

de las tres que sostuvieron en esa época, entre 1946 y 1949). «Muy buena pelea», comentaba Hemingway en español.

En cierta ocasión obtuvieron de la embajada norteamericana la serie completa de *Victoria en el mar*, que narra las operaciones navales norteamericanas en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Es una excelente serie de 20 capítulos, de una hora de duración cada uno, realizado con los materiales tomados por camarógrafos de la Marina norteamericana. Pero había una escena que llamaba la atención de Hemingway. La proyectó una y otra vez y ordenaba detener el proyector en cierto cuadro: en uno de los islotes del Pacífico, los marines han obtenido la victoria, y la defensa nipona es casi nula. Hay un blocao, que ya no hace resistencia. Los japoneses se ven obligados a salir de su prisión de concreto. Afuera, un sargento de los marines espera a los japoneses con un lanzallamas en las manos y los «fusila» uno a uno quemándolos vivos. Los prisioneros se hinchan y arden. La toma está hecha desde atrás del sargento. A ratos este se vira hacia la cámara y sonríe.

—Yo dudo que esta escena aparezca en todas las copias de *Victoria en el mar* —afirmaba Hemingway.

—Chicos —preguntó una vez el cura don Andrés—, ¿por qué se detienen siempre en esta dichosa escena?

—Hemos jurado matar a este tipo dondequiera que lo encontremos —explicó el médico Herrera Sotolongo—. Ernesto quiere que nos aprendamos su rostro de memoria.

20

A parece ahora nuevamente, envuelto en las sombras de la noche, la silueta del teniente Maldonado, proyectándose cerca de la finca con su

jeep y acompañantes. Las reuniones de amigos íntimos de Hemingway van a traer complicaciones por la suspicacia de un gobierno ilegítimo que se ha instituido por medio de un golpe de estado. En Finca Vigía, semanalmente, se suceden reuniones.

Herrera Sotolongo dice que Hemingway tuvo problemas en la finca durante el período de la tiranía. Incluso intentaron practicar registros allí, mas Hemingway lo impidió. No dejó que entraran.

«Lo ultimo que le hicieron a Ernesto fue matarle a Black Dog. se perro está enterrado al lado de la piscina. Lo mataron a culatazos los guardias rurales de Santa María del Rosario que estaban al mando del teniente Maldonado.»

Pero las reuniones que despertaban las sospechas del teniente Maldonado no tenían nada que ver con una conspiración.

«El teniente se apareció un día que estábamos nosotros allí, pero no era una reunión política, aunque siempre se hacían comentarios sobre *la situación*. La revolución era el tema del día en todos los sitios. En realidad, lo que hacíamos en la finca era ver películas y charlar. Un miércoles, la guardia rural pensó que algo extraño ocurría; como ellos habían notado la frecuente entrada y salida de coches pensaron que había una conspiración en Finca Vigía. Allí no había tal conspiración. Oíamos las emisiones de la Sierra Maestra, pero eso lo hacía todo el mundo. Además, esto ocurría solo a partir de 1957, porque antes no había ese tipo de emisora clandestina.»

«Cuando Maldonado quiso entrar en la finca aquella noche, Ernesto se lo impidió. Bajó por el sendero desde la casa hasta el portón de la finca y se enfrentó a Maldonado y a media docena de guardias rurales. Les dijo que aquello era una propiedad norteamericana y que la única conspiración que había allí era con un litro de whisky. Fue resuelto y valiente. Los rurales optaron por retirarse.»

Según Herrera Sotolongo, «Hemingway no era un bebedor extraordinario.» Hemingway tomaba, pero «para los que estamos habituados a la vida del bebedor en países donde se empina el codo de verdad, él no era *tan* bebedor». El doctor afirma que cuando se le iba un poco la mano «ya no servía para escribir».

El motivo principal de conflicto entre Hemingway y su médico fue precisamente la bebida. Pero ocurrió una sola vez, cuando Hemingway se enamoró de Adriana Ivancich, la condesita italiana que había conocido durante una cacería en Taglimento, Italia, en 1948. Hemingway la invitó a que lo visitara en Cuba.

«Empezó a tomar y no servía para escribir», dice Herrera Sotolongo. «Yo le dije: “Si tú sigues bebiendo así no vas a poder escribir ni tu nombre.” Fue la temporada en que se alcoholizó, la temporada nefasta para él; fue cuando tuvimos nuestro problema. Le dije: “Chico, tú te has transformado en un borracho habitual y yo repudio esa clase de gente. Tendremos que romper nuestra amistad si tú no te modificas. He procurado, en la medida de mis posibilidades, que dejes eso, pero si no lo he conseguido, será mejor que cada uno siga por su lado.”»

Ocurre entonces el problema entre Mary Welsh y Hemingway, del cual Herrera Sotolongo es testigo: «Yo tuve que intervenir y en un momento incluso irme a las manos con él. Me marché de la finca a las cuatro de la mañana, cuando ya consideré que no había ninguna dificultad grave por parte de ninguno de los dos, pues allí se amenazaron con armas y demás: cada uno cogió un rifle Tuve que quitarles las armas y meterlas en mi máquina. Traje todas las armas para mi casa. Resultó riesgoso porque era la época en que no se podía andar por ahí con armas, la policía de Batista practicaba registros constantemente. Cuando llegué a mi casa le escribí a Ernesto una carta

en términos enérgicos y se la envié al día siguiente con mi hermano Roberto. Al otro día él recibió la carta y enseguida me llamó por teléfono y me pidió por favor que fuera a verlo. Cuando estuve en la finca me dijo que yo tenía razón y que él lamentaba mucho que yo me sintiera tan ofendido, pero que iba a tratar de rectificar y que yo tratase de ayudarlo. Así fue como no llegamos al rompimiento definitivo y se arregló la cosa.»

La carta se ha extraviado. Después de la muerte de Hemingway todas las cartas que Herrera Sotolongo le había enviado aparecieron en el archivo del escritor, excepto esta del rompimiento. Mary Welsh, en su viaje a Cuba en julio de 1961, pocos días después de celebrarse los funerales de su esposo, le devolvió a Herrera Sotolongo las pertenencias suyas que estaban en la casa. Le entregó un *file* que, al parecer, había organizado el propio Hemingway con las cartas de Herrera Sotolongo. Mary Welsh le dijo que sería mejor que él mismo las conservara.

22

Hemingway intentó explicar su afición por el alcohol. En una segunda posdata en una carta manuscrita dirigida a Ivan Kashkin, el crítico soviético, fechada en agosto de 1935, Hemingway hace una entusiasta defensa de la bebida:

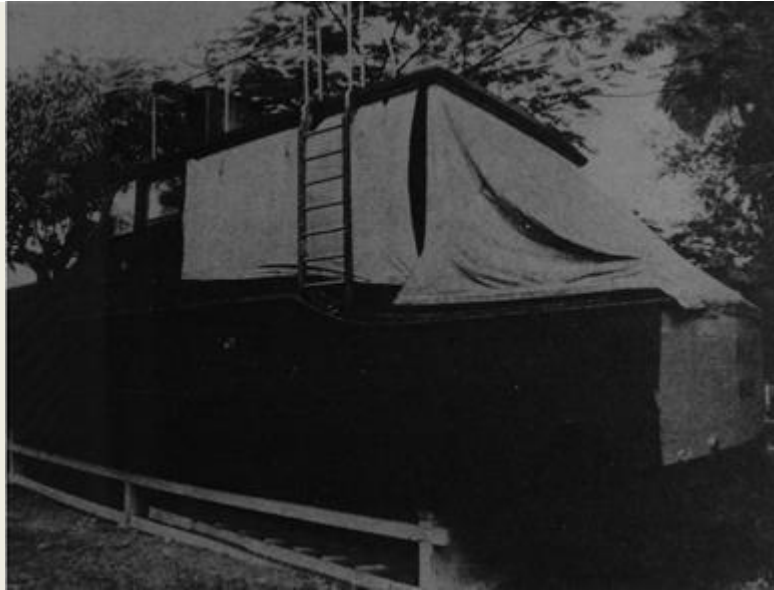
P.D. Seguramente que usted no bebe. He notado que habla con desprecio de la botella. Yo bebo desde los 15 años y hay pocas cosas que me hayan producido tanto placer. Cuando la cabeza ha trabajado intensamente todo el día y sabe que al siguiente le aguarda una labor igualmente intensa, ¿qué puede distraer el pensamiento mejor que el whisky? Cuando se ha calado uno hasta los huesos y tiembla de frío, ¿qué hay mejor que el whisky para reanimar y confortar? ¿Es que hay

otra cosa mejor que el ron para sentirse bien antes del ataque? Prefiero renunciar a la cena que a un vaso de vino tinto a la hora de acostarme.

Solo en dos ocasiones es malo beber: cuando se escribe y cuando se combate. Eso hay que hacerlo estando sereno. Pero el vino me ayuda a tirar cuando voy de caza. La vida moderna ejerce a menudo una presión mecánica, y el alcohol es el único contraveneno mecánico.

Dígame si tengo algún dinero que cobrar por mis libros [editados en la URSS] e iré a Moscú (subrayado a mano en el original); allí elegiremos a unos cuantos que entiendan de vinos y nos beberemos mis honorarios para vencer la presión mecánica.

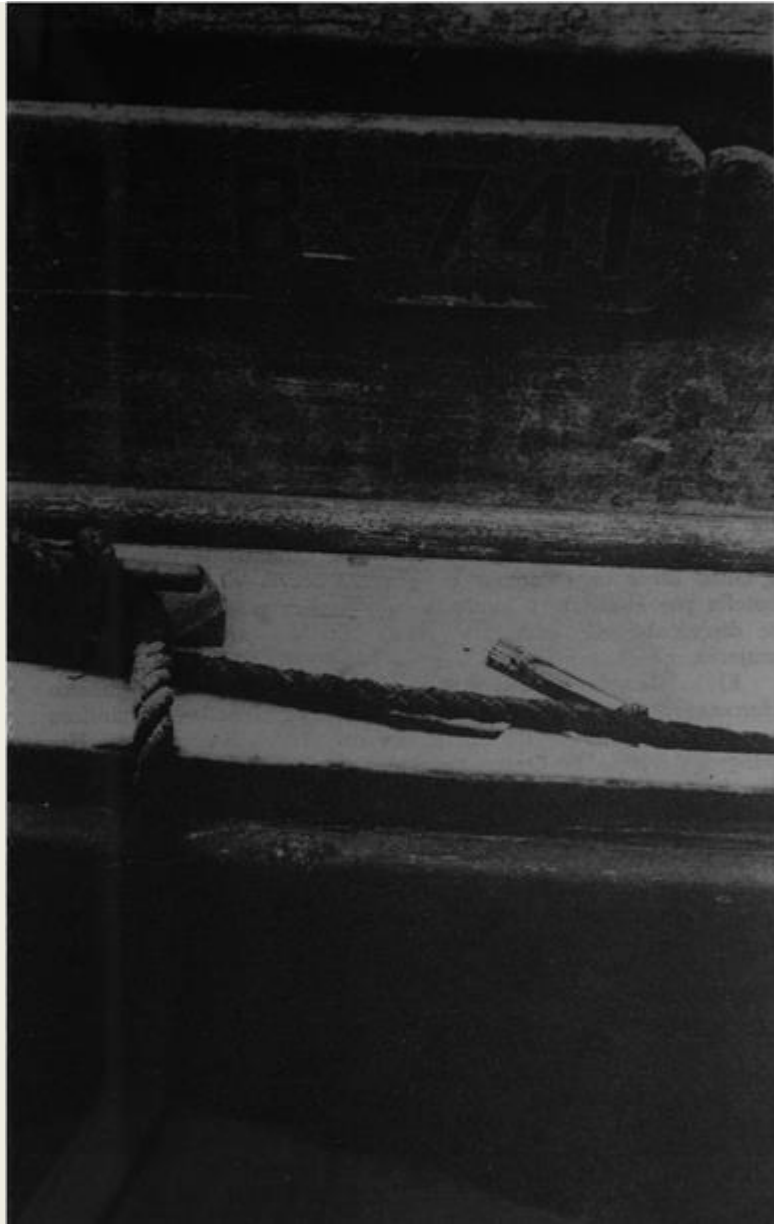




El Pilar en su ubicación actual: una pieza de museo en los jardines de Finca Vigía. (Celso Rodríguez)



Cabina del Pilar: así se conserva. (Enrique de la Uz)



La popa del Pilar con su antigua matrícula de Key West. (Enrique de la Uz)

Thomas Hudson, en *Islas en el Golfo*, desde el asiento posterior de su automóvil, también combate la «presión mecánica»: bebe mientras contempla la miseria de La Habana de los años 40. En la vida real, para empezar el día, Hemingway se tomaba en la piscina dos jaiboles o Tom

Collins, o whisky con soda, o whisky a la roca. Después, vino en el almuerzo. Como dormía la siesta hasta las 4 o las 5, y más tarde leía en espera de la cena, lo más probable es que no volviera a beber hasta sentarse a la mesa. Había una segunda sesión de lectura entre la cena y la medianoche, pero esta sí iba sazonada con un poco de vino.

En un día promedio de Finca Vigía, tres o cuatro amigos podían consumir tres o cuatro botellas de whisky. Hemingway tomaba la mayor cantidad. Nunca era mucho para él, atendiendo a sus alimentos y corpulencia.

A veces cambiaba de bebidas. Tenía la costumbre de ir variando. Whisky, ginebra, Campari, Tom Collins, tequila. También cambiaba de vinos. Rosé francés, luego Chianti, de paja, cuatro o cinco litros en cualquier comida. Él servía el vino. Cogía la botella por el cuello y lo iba sirviendo. Era más trabajoso, pero se disculpaba con una frase: «Las botellas, por el cuello. Las mujeres, por la cintura.»

Él lo llamaba —presión mecánica» en 1935. Pero el médico Herrera Sotolongo no se preocupó por estos detalles semánticos aquella tarde del 17 de noviembre de 1955. Recuerda que Hemingway recibió la Orden de San Cristóbal de La Habana ese día. Se habían citado en el Floridita después de la ceremonia de condecoración. Allí lo encontró. Le vio la cara y los ojos amarillos. El médico dijo: «Dile a Juan el chofer que te lleve a casa ahora mismo. Acuéstate y espérame.» Al otro día Hemingway estaba posando para Boada en el último piso de la torre cuando Herrera Sotolongo se apareció allí y llamó a un especialista, el doctor Infiesta. El diagnóstico fue inmediato: hepatitis. Esto provocó una restricción en el consumo de bebida; el máximo que Herrera Sotolongo le permitió tomar a Hemingway era dos onzas diarias, un período denominado por Hemingway «la nueva ley seca». He aquí una contingencia, la única quizás, para la cual Hemingway no pudo acudir, al alcohol. Un litro de cualquier cosa destilada le servía para enfrentarse a tormentas, combates y momentos de soledad. Pero no a la hepatitis. Hemingway tuvo que guardar cama.

«Ernesto presentaba una tendencia a la hipertensión, pero se la teníamos controlada. Sin embargo, tardamos mucho en normalizar su afección en el hígado. En esa época ya había algunos autores que no atribuían determinadas enfermedades del hígado, como la hepatitis, a la bebida, y yo compartía ese punto de vista. Era de la opinión de que con una buena dieta y reposo se evita la cirrosis o fibrosis. Sobre esa base le puse el plan, y, en efecto, esta hepatitis viral —la segunda en su vida— no llegó a la cirrosis.»

En esa época, según Herrera Sotolongo, Hemingway se interesó por la literatura médica sobre las enfermedades del hígado. En su biblioteca se encuentra *El hígado y sus enfermedades*, Editorial Alfa, Buenos Aires, 1949, la edición argentina del libro de H. P. Himsworth, *The Liver and Its Diseases*, al cual Hemingway le hizo algunos subrayados con lápiz. Casi todos estos subrayados se relacionan con las enfermedades del hígado que son propias del trópico. En el libro, de 326 páginas, hay una veintena de subrayados, los cuales ofrecen un cuadro de sus preocupaciones en aquel momento.

Los subrayados que van de la página 102 a la 119, describen los efectos de la cistina en relación con la injuria hepática. Un material denso, difícil de digerir, del que se desprenden algunos conocimientos tales como que la deficiencia de cistina conduce a la necrosis hepática masiva y que la cistina acentúa la hiperplasia que se presenta normalmente en las lesiones fibrosas del hígado, que las grandes dosis de cistina producen necrosis hemorrágica del hígado que la cistina provoca el desarrollo de la «cirrosis alimenticia del hígado» y que, finalmente, la intoxicación aguda por cistina produce necrosis zonal. Hemingway subraya estas líneas amenazadoras y, como es de suponer, en Fina. Vigía se declara la guerra a la cistina.



En esta página y las siguientes: fotografías montadas en medallones de metal, como Hemingway las conservó en uno de los estantes de su habitación en Finca Vigía. Aparecen Pauline Pfeiffer y Hemingway, a principios de los años 20. Carecen de inscripción por lo que no se puede determinar la fecha ni el lugar donde fueron tomadas.







Los próximos subrayados indican preocupaciones de carácter social y están relacionados con la zona tropical en la cual Hemingway vive. Desde luego, Hemingway no va a padecer de desnutrición ni de falta de proteínas, que es la problemática estudiada en el capítulo cuarto del libro.

«En los países tropicales y subtropicales no son raros los brotes de un tipo severo de ictericia.» Otro subrayado: «Se llama vagamente ictericia tóxica... Y el estudio de las dietas en estos países revela que las de las clases más pobres son groseramente deficientes en proteínas.» Hay una nota al pie de la página 137 que está subrayada: «Mi amigo el doctor H. C. Trowell, de Uganda [uno de los lugares favoritos de caza de Hemingway] resumió el problema diciendo que si el paciente mejoraba se trataba de hepatitis infecciosa; si moría, de ictericia tóxica.»

Otro de los subrayados del mismo capítulo fue hecho con la intención de fijar un conocimiento preciso: «Los estados más moderados de edema e infiltración grasa del hígado, que se presentan en las Antillas, se curan con aporte adecuado de leche.» ¿Era este el tratamiento que le hubiera convenido a Hemingway? Tal vez. Pero es de todos conocido que él despreciaba la leche.

La declaración científica que Ernest Hemingway estaba buscando aparece en la página 146 (Herrera Sotolongo va a apoyar esta tesis): «A pesar de los repetidos intentos para demostrar que el grupo de condiciones conocidas como cirrosis hepática es causado por el alcohol, lo más que se puede establecer es que la cirrosis es más común entre alcoholistas que entre abstemios.» A renglón seguido: «Ahora se admite generalmente que el alcohol, a lo sumo, es un factor que contribuye en la patogenia de esta lesión.»

Pero todavía es una afirmación débil. Dos páginas después encuentra lo que quiere. Le pasa el lápiz al párrafo completo. Y es el último subrayado en el libro: «Si el alcohol por sí solo puede contribuir al desarrollo de esta lesión por una acción tóxica directa sobre las células hepáticas, es algo todavía no establecido; pero, en el caso afirmativo, parece que tal contribución es injustificada y que la asociación aparente de fibrosis hepática y alcoholismo puede ser más fácilmente explicada como resultado de una mala nutrición que como consecuencia del alcohol.»

La hepatitis infecciosa de Hemingway, aunque tardó varios años en curársele, no volvió a aparecer de manera intensa. Hubo momentos de gran satisfacción para Herrera Sotolongo en el transcurso de la enfermedad de Hemingway, al que solo le permitía ingerir una onza de whisky por la mañana y otra onza por la tarde. El médico logró que Hemingway fuera obediente y este incluso bebió menos de lo permitido. Cuando Herrera Sotolongo llegaba a Finca Vigía para hacerle el chequeo diario, Hemingway le mostraba el pequeño vaso de cristal grueso que aún conservaba la onza de whisky y decía: «Mira, la toma de la mañana sin probar todavía.»

Fue esta una de las pocas ocasiones en que Hemingway se plantó largas jornadas frente al aparato de televisión para ver el desarrollo de un campeonato de béisbol. Era fanático de uno de los clubes profesionales de aquella época, el Habana, cuyos uniformes de color rojo llevaban estampados un león. La pasión por la televisión y sus

acaloradas discusiones en defensa del Habana le hicieron temer a Herrera Sotolongo por la salud de Hemingway. Había en particular un pitcher norteamericano, Wilmer Mizel (al que llamaban *Vinagre Maicel*), que apasionaba al escritor. Ese año Vinagre batió el récord de ponches.

23

Media cinco pies once pulgadas, pero debido a su corpulencia, casi todos afirmaban que era «un hombrón de más de seis pies». Para Gregorio Fuentes la explicación es clara: «Era ancho de hombros y tenía los pies demasiado grandes.» Por cierto, solía andar descalzo. «Esos cascos no aguantaban zapatos», afirma Herrera Sotolongo. Llevaba medias en pocas ocasiones y su calzado favorito eran los mocasines. «Se ponía un par de mocasines viejos que parecían barcos», dice el médico. No usaba calzoncillos, una actitud de sacrilegio, desafiante, en un país hispánico.

No se preocupaba por la ropa. Vestía con frecuencia el mismo pantalón gris claro de lonilla y su camisa de gingham azul.

A cada rato se estaba peinando. Es una de las costumbres suyas que más se recuerdan. Un pequeño peine de nylon en el bolsillo y el gesto de acomodarse el pelo con las manos y peinarse. También se le recuerda cuando salía de la cancha de tenis con una gorra de visera y la raqueta recostada al hombro como una carabina. Pero permanecer tanto tiempo al sol le hace daño. Tiene el rostro y las manos afectadas por un cloasma melánico, que él insiste en considerar «un cáncer benigno».

«Ernesto estaba bien cuidado», declara orgulloso José Luis Herrera Sotolongo. «Bien paradito. Padecía de una hipertensión de tipo esencial, aunque controlada. Nunca pasaba de 160. Estaba su problema de la vista, miopía y astigmatismo. Yo le recetaba vitamina A. Y le iba bien, porque se quitaba los espejuelos para tirar y las palomas no se le

escapaban. Hubo una época en que se cansaba mucho y le indiqué un tónico cerebral de la CIBA. Dio resultado porque se lo suministraba con reserpina, por su hipertensión. A decir verdad, era un poco cobarde para las enfermedades. Surgían en algún lugar inaccesible del organismo y no podían controlarse, según su teoría. Le ocurría lo contrario con las heridas. Aseguraba tener no menos de 200 cicatrices en su cuerpo y que era capaz de relatar la historia de cada una.»

Parecía saludable cuando partió de Cuba en 1960. Herrera Sotolongo recibió una carta suya desde España: «Estoy OK», le escribió después de ser examinado por el doctor Madinaveitía, que lo atendía en Madrid. «De pronto se enferma y sale para Estados Unidos, donde lo ingresan en la Clínica de los Hermanos Mayo. A partir de ese momento perdí el contacto. Mary no me dio ninguna explicación cuando ella vino después de la muerte de Ernesto, en agosto de 1961. Lo habían obligado a adelgazar hasta 150 libras. Lo deshicieron con los condenados electroshocks en esa Clínica Mayo.»

La alternativa del suicidio se convirtió en una obsesión. En más de una oportunidad, en Finca Vigía, dijo que iba a matarse con sus propias manos, y llegó a ensayarlo en presencia de algunos amigos: «Miren cómo lo voy a hacer.» Hemingway se sentaba descalzo en su poltrona, colocaba la culata de la Mannlicher Schoenauer 256 sobre la alfombra de fibra de la sala y se inclinaba hasta apoyar el cielo de la boca en el cañón del fusil. Oprimía el gatillo con el pulgar de un pie. Se escuchaba un chasquido seco. Hemingway levantaba la cabeza y sonreía. «Esta es la técnica del harakiri con fusil», decía. «El paladar es la parte más blanda de la cabeza.»

«Papa no entraba mucho en esas cosas de relajación», dice Gregorio Fuentes. «No podía contarse con él para chistes gruesos ni conversaciones sobre aventuras amorosas.» Sin embargo, un visitante ocasional de Finca Vigía, Angel Martínez, el legendario dueño de La Bodeguita del Medio,

recuerda otra cosa. Dice que una mañana de los años 50 visitó al escritor. «Iba con unos amigos, unas guitarras y unas botellas.» Y decidieron pasar la mañana con *Jemingüey*. El autor de «Los asesinos» y de «Las nieves del Kilimanjaro» los recibió en la piscina. «Señores —dijo—, hagan el favor de quitarse los zapatos y meter los pies en el agua de esta piscina donde Ava Gardner se ha bañado desnuda hoy.»

Herrera Sotolongo afirma que «Hemingway tenía la vanidad de seguir siendo hombre a pesar de la edad». Es decir, aún estaba en capacidad de consumir el acto sexual. «Era un hombre fuerte, que llegó a pesar más de 200 libras. Practicaba gimnasia y boxeo y fue sparring de Carpentier [a quien Hemingway se complacía en confundir con el novelista cubano Alejo Carpentier]. Boxeaba bien y pegaba duro.»

Pero existe la tendencia a identificarlo con sus alter egos y atribuirle las aventuras y dolencias de sus personajes. Por ejemplo, esta la cuestión del protagonista de *Fiesta*: Jake Barnes, herido de guerra, es impotente, aunque lo es de una manera muy especial, según las propias declaraciones de Hemingway y lo que se describe en la novela. Sin embargo, Hemingway nunca presentó problemas de impotencia. Al menos Herrera Sotolongo asegura que «no hubo presencia de eso» y añade que «jamás me vi en la necesidad de ponerle tratamiento en tal sentido».

Era diferente la opinión del doctor Frank Stermayer, uno de los más prestigiosos psiquiatras cubanos, del que Hemingway fue paciente y amigo durante largos años. Cuando se supo la noticia del suicidio del escritor en La Habana, Stermayer se mostró quejoso y amargado de que a Hemingway le hubiesen dejado armas a su alcance «conociéndose sus depresiones y desequilibrios». Hubo advertencias reiteradas de Stermayer en este sentido desde los años 40. Al contrario de Herrera Sotolongo, consideraba que los electroshocks fueron inevitables, debido a que los psicofármacos aún no habían alcanzado el nivel de desarrollo actual. Cuando Stermayer murió, a mediados de los años 70, uno de los tópicos de su agonía fue Hemingway, un largo monólogo sobre sus

recuerdos del escritor, y contó algunas anécdotas inconexas respecto a su amigo muerto 15 años atrás.

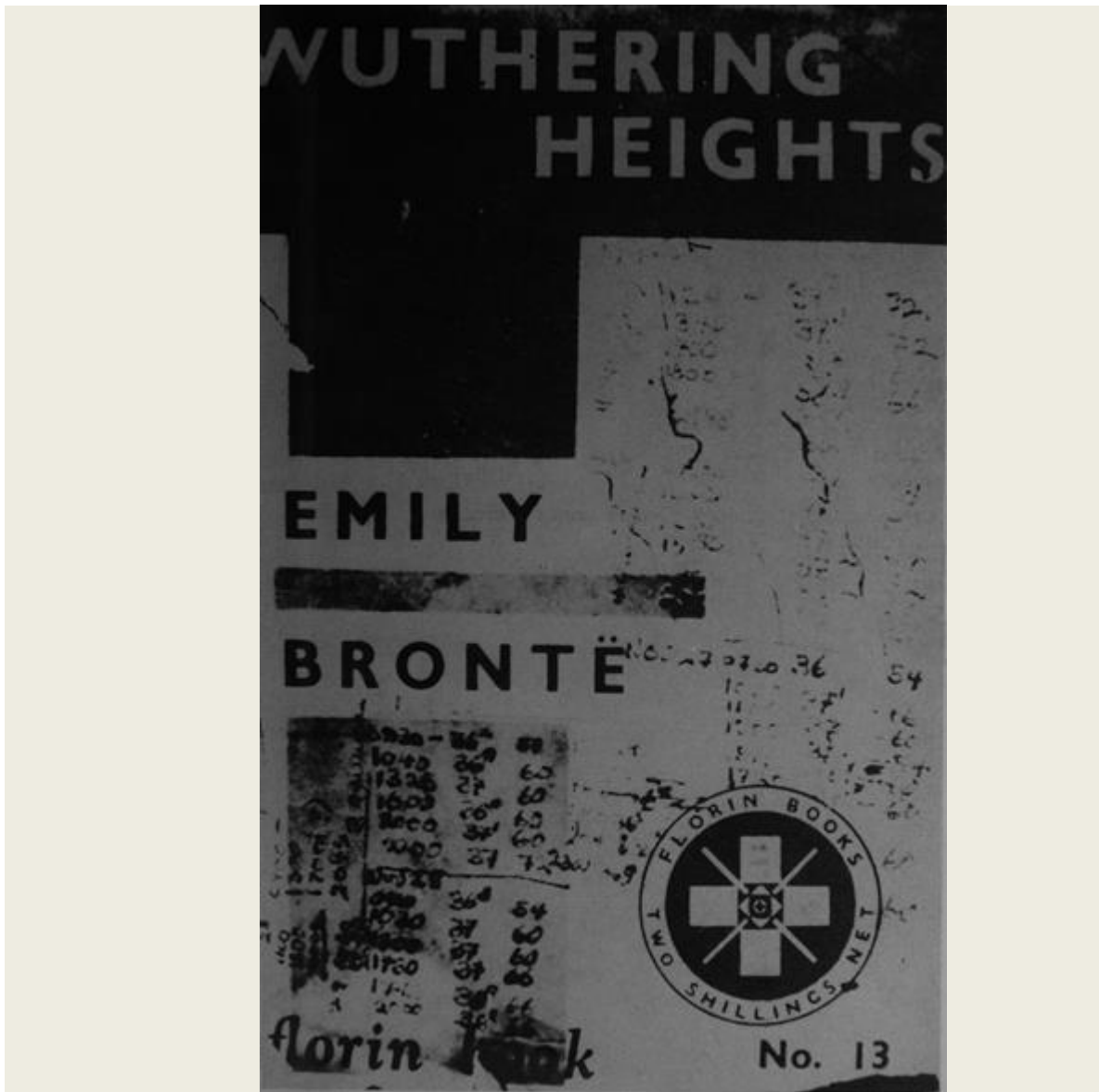
Frank Stermayer nunca hubiese dicho una palabra al respecto, pero se sabe que le había hecho un test de Rorschach, y había sacado sus conclusiones. Entrevistada la viuda de Stermayer en 1976, se le preguntó, quizás brutalmente, si Hemingway había padecido de impotencia. Ella dijo que este era un secreto profesional de su marido. Pero otro prestigioso científico cubano, Gustavo Torroella, tuvo conocimiento de la enfermedad de Hemingway a través de algunos intercambios profesionales sostenidos con Stermayer. Sufría períodos de impotencia, «una enfermedad crónica», que iba y venía. «Eran esos períodos de agresividad y de matanzas de animales en los que daba rienda suelta a problemas profundos de su personalidad. El mismo sentimiento que mostraba hacia las armas; la representación fálica del cañón es bien evidente en su caso.»

24

Jamas hablaba de literatura. Solo decía: «Estoy trabajando bien.» A ratos informaba: «Hoy hice tantas palabras.» En otras ocasiones admitía que estaba «escribiendo malo». Entonces se pasaba tres o cuatro meses sin utilizar un lápiz, ni la máquina de escribir, y eran las épocas en que confesaba estar «aburrido» y bebía en cantidades considerables. Así que aquello de que «la inspiración debía cogerlo trabajando», es solo una frase hermosa.



Una broma habitual en Finca Vigía: Hemingway firma una postal en la que se reproduce una obra, en este caso de Cézanne, y la firma como propia, en un francés no muy pulcro: «A Miss Mary, un homenaje respetuoso de Paul Cézanne.»



La manía de los números, otra característica de Hemingway: en esta edición de Wuthering Heights (Cumbres borrascosas) aparecen fluctuaciones de temperatura y pulso; las anotaciones abarcan algunos meses.



Una postal y el autógrafo —«con gran admiración»— de Rocky Marciano.



De Antonio Ordóñez: «Felicidades y hasta que nos veamos pronto en La Habana.»



Luis Miguel Dominguín torea en Maracay, Venezuela, en enero de 1955. Hemingway conservaba entre sus papeles una colección de fotografías de este torero. (Mark Kauffman/Sports Illustrated)

Muchas felicidades
Luis Miguel Dominguín
Madrid 1954

Autógrafo de Luis Miguel Dominguín en el reverso de una tarjeta.



*Una fotografía y el autógrafo de Marlene Dietrich: «¡Oh, Ers, te amo!»
(John Engstead)*



Pese a todas las rivalidades, William Faulkner firmó este retrato y Hemingway lo conservó en una de sus gavetas en Finca Vigía. La foto no tiene fecha ni lugar de procedencia, y el autógrafo de Faulkner, hecho con estilográfica, se ha ido desvaneciendo con el tiempo.

Su horario, un día de trabajo en Finca Vigía, podía ser de seis horas, desde el amanecer hasta un poco antes del mediodía, de pie frente a su máquina portátil Royal. Cuando terminaba, colocaba un trozo de mineral de cobre sobre las cuartillas escritas y se iba a la piscina o a la cancha, o se cambiaba de ropa y se trasladaba en máquina hasta Cojímar, donde fondeaba el *Pilar*. Pero si se quedaba en la finca,

se mantenía en la piscina, nadando, leyendo *The New York Times*, tomando los primeros tragos —la pareja de Tom Collins, o el «ginebrazo», o whisky con soda— hasta que René Villarreal venía por el sendero de piedras y anunciaba que el almuerzo estaba servido.

Pero llegaba Ava Gardner, o Spencer Tracy con Katherine Hepburn, o Jean Paul Sartre (que no era santo de la devoción de Hemingway), o el general Buck Lanham, o los toreros Dominguín y Ordóñez, o el campeón Rocky Marciano, y esa era la circunstancia que obligaba a Hemingway a reducir su jornada de trabajo para dedicar tiempo a las actividades sociales y al agasajo de sus visitantes. Días de poca producción pero de muchas sesiones étlicas.

25

Ernest Hemingway era un anfitrión refinado. Al oficiar una mesa en Finca Vigía no había nada en él que recordara el hosco carácter de sus personajes de ficción. Cuando venían invitados especiales o gente que él quería agasajar, Hemingway se ocupaba de seleccionar la vajilla y los cubiertos. Se había mandado a hacer una mantelería que tenía bordado en cada pieza el símbolo de la finca: tres colinas, una punta de flecha y las tres barras del grado de capitán. Este símbolo se hallaba grabado en las copas y cubiertos de plata e impreso en la loza. Al término de una cena y una buena botella de vino, Ernest Hemingway se ponía a cantar, en castellano o en vasco, canciones como la del Quinto Regimiento, pero era realmente desafinado, como recordarán sus antiguos comensales. Ninguna de las clases de contrabajo que le proporcionó la señora Grace Hall Hemingway logró hacerlo más musical a la hora de vocalizar.

Hemingway presidía sus sobremesas con gracia y sentido del humor, y él mismo se preocupaba de ciertos pormenores, aunque Mary Welsh era eficiente y capaz, como antes lo fue Martha Gellhorn.

Hemingway, según recuerdan sus invitados, era atildado a la hora de sentarse a la mesa; se peinaba, trataba de estar limpio aunque con su acostumbrada ligereza al vestir: una camisa de gingham y un short, en las ocasiones informales, por ejemplo, los almuerzos, de una tarde de verano. Pero en las cenas de gala se ponía su saco de cuadros, su corbata y camisa blanca, y el eficiente René Villarreal debía servir con una filipina blanca y guantes.

Mary, como anfitriona, tenía sus veleidades románticas que a veces molestaban a Hemingway. Gustaba de comer a la tenue luz de velas en sus fanales. Hemingway protestaba porque no veía lo que comían: «Cualquier día nos vamos a comer un *cucaracho*.»

Otro motivo de queja por parte de su esposo era la frecuencia con que había espaguetis en la mesa, a pesar de estar servidos con apetitosas salsas. Sin embargo, Hemingway se los comía en silencio, al igual que los espesos caldos de hueso que Mary demoraba cinco o seis días en hacer.

La despensa de los Hemingway nunca dejó de estar bien provista. En el sótano había cuatro o cinco congeladores que mantenían numerosos alimentos a 30 grados bajo cero, especialmente marisco y carne de tortuga. La carne de res se guardaba en paquetes y la de tortuga, en papel parafinado blanco.

Todo se envolvía y se le ponía su fecha. «Hoy vamos a comer una aguja que tiene ocho meses», le dijo un día Hemingway al cura don Andrés. Hemingway cortaba los bistés de tortuga y los empaquetaba; guardaba las patas y las colas de las tortugas para hacer sopas. Siempre se iba sacando la carne congelada por las fechas más antiguas.

«Allí no se comía nada fresco», dice Herrera Sotolongo, aunque indudablemente una parte de los vegetales que comían eran frescos. Esto era responsabilidad de Pichilo. Pichilo recuerda que Mary, para que se preocupara aún más por su trabajo, le insistía: «Al señor Ernesto

le gustan los vegetales frescos.»

Los Hemingway tenían un hábito curioso: consumían mucha sopa de tortuga, pero helada. Hacían la sopa y la congelaban. Podían conservarla así unos meses. Luego la ponían en una batidora y la servían como si fuera un daiquirí. Sopa frapé de tortuga. Pero a veces la servían caliente. La descongelaban y la ponían al fuego.

Pese a las ocasionales protestas, Hemingway aprendió a no desdeñar la sabia dirección culinaria de Mary Welsh. Hubo allí algunos gazpachos memorables y también una serie de platos preparados con bacalao que hicieron relamerse de gusto a más de un comensal.

Había pocas contradicciones entre los hábitos de los dos norteamericanos y la comida cubana. El tamaño, por ejemplo, parece haber sido uno de los puntos de contradicción. En la finca se conservan notas dirigidas a los criados en las que se ruega que corten las frutas en trozos «mucho más pequeños». Hay una indicación en la que se distingue la caligrafía de Hemingway, que solicita le sirvan los aguacates en pedazos más reducidos. Además —y esto era una especie de sacrilegio para los cubanos de la servidumbre—, consideraban el aguacate como fruta y no como vegetal. No lo incluían en la ensalada.

En Finca Vigía había dos cocinas instaladas, una eléctrica y otra vieja de carbón, grande, fuerte, típicamente criolla; una ancestral cocina cubana que con toda seguridad había sido construida junto con la casa y donde, claro está, prefirió trabajar el cocinero chino. Se recuerda solo su nombre: Ramón. Hemingway disfrutó mucho de los manjares de este cocinero, que empezó a trabajar para él durante el mayorazgo de Martha Gellhorn. Pero Ramón combinaba raras virtudes con peligrosos defectos. La cocina era su reducto inexpugnable y no permitía que nadie entrara ni interfiriera en sus asuntos. Cocinaba lo que él quería y hacía postres todos los días, pastelería casi siempre, excelente, desde luego. Mostraba gran paciencia cuando los tres invitados se convertían en seis sin previo aviso. «Oye, Chino, son seis», le decía Hemingway. Y

Ramón respondía: «Chino no tiene problemas.»

Pero el Chino sí tenía problemas: las botellas no podían entrar mediadas en la cocina. Ramón, el Chino, era un borracho y se tomaba cualquier clase de bebida, vino o ginebra o lo que fuera. «Se murió en un reventón de alcohol, cinco o seis años después de abandonar Finca Vigía», dice Pichilo; «probablemente a fines de la década del 40».

Herrera Sotolongo lo recuerda como un hombre «muy nervioso», que, en cierta ocasión, salió de la cocina con ojos desorbitados y un cuchillo inmenso en la mano, buscando a Juan, el chofer, que le había jugado alguna broma pesada. Parece que era habitual que Ramón saliera de la cocina con ese cuchillo cada vez que algo le salía mal. No asimilaba los contratiempos. Dice Herrera Sotolongo que podía ocurrir que estuvieran almorzando, Hemingway en la punta de la mesa, Martha en otro lado, los invitados en su lugar, y todos saboreando un plato de chop-suey, cuando, de repente, se escuchaba un grito en la cocina, y, un segundo después, aparecía Ramón con el cuchillo en la mano diciendo que «él sí que mataba a cualquiera». Bastaba que le ocurriera la cosa más tonta para que se pusiera así. Hasta que un día que se escuchó el grito, se abrió la puerta, apareció Ramón con su cuchillo y no pudo articular palabra, «porque fue Ernesto el que soltó su blasfemia cubana habitual: “Me cago en la puta madre.” Y dio un sonoro manotazo sobre la mesa». Hemingway tumbó copas y vasos, y miró a Ramón firmemente. Se acabó el problema. Y se acabó Ramón, porque pidió que le liquidaran la cuenta.



La Plaza de la Puente, en la zona portuaria de La Habana, donde se inicia la acción de Tener y no tener, primer escenario cubano empleado por Hemingway en una obra de ficción. Es también el escenario de las primeras aventuras habaneras de Hemingway. La foto es de la época del relato, hacia principios de los años 30.

Para la iconografía del café La Perla de San Francisco. La foto fue tomada en la misma época de Tener y no tener. El café fue demolido a principios de los años 50 para construir otro edificio.





El café La Perla de San Francisco según la óptica de la revista Cosmopolitan. Las ilustraciones son de Harold von Schmidt y los paneles de Rockwell Kent, páginas 20 y 21 de la edición de abril de 1934. Los defectos de reproducción han sido inevitables porque el material procede de una fotocopia.

26

El hogar del matrimonio Hemingway seguía una especie de ritual para su limpieza y cuidado al igual que la mayoría de las casas cubanas. El procedimiento se complicaba debido a las características de los dueños de Finca Vigía y a la diversidad de objetos que tenían allí. Habían instrucciones precisas para la conservación del lugar. Revelan la minuciosidad con que se atendía habitualmente la casa.

Los animales disecados y las pieles de todo tipo debían limpiarse con un cepillo de cerdas —nunca de nylon— para quitarles el polvo. No podían lavarse. Los cuernos eran sacudidos y luego se les aplicaba cera de pulimento. Se permitía usar cualquier pulimento para muebles a

base de cera; si se utilizaba alguno a base de aceite, los cuernos criaban moho. Esta limpieza, tanto de pieles como de cuernos, se efectuaba dos veces al año.

Hemingway compró la alfombra de fibras vegetales de la sala en 1941 en Filipinas. Se conservó reparándola y renovándola con la misma fibra, que es de la planta pandamus; hay dos grandes plantas de este tipo en la finca. René Villarreal sabía cómo cortar y procesar las hojas de pandamus para preparar las cintas y trenzarlas en las partes gastadas de la alfombra. La alfombra se hallaba en mal estado en 1961, pero fue reparada una vez más cuando la finca se convirtió en museo.

Muchos de los marcos de las pinturas eran invadidos por el comején. Para matarlo se quitaban las pinturas de la pared, se colocaban boca abajo sobre una base bien protegida, se cubría la tela con varias capas de papel y se rociaban el marco y los tensores con un *spray* de veneno contra comejenes. La pintura descansaba boca abajo hasta que el líquido se secase lo suficiente para que no se corriera y manchara el cuadro por la parte posterior, ya que esas manchas no pueden eliminarse.

Los dueños de la casa acostumbraban a quitarle el polvo a cada libro dos veces al año. También rociaban con Flit o un *spray* similar aquellos ejemplares que tuvieran polillas. Para los que no conocían esta labor, era necesario mostrarles cómo abrir los libros, cómo buscar las huellas de las polillas, yendo cuidadosamente de la cubierta anterior a la posterior, aguantando el lomo del libro con la mano izquierda, evitando así que se rompiera. Cuando Hemingway trabajaba en su cuarto, estaba prohibido sacudir los libros cerca de él. Eso lo molestaba. Así que existía la posibilidad de que algunos de los libros se quedaran sin despolillar.

En cuanto a los muebles, la caoba de las mesas de la sala, del comedor y del cuarto de Mary y la majagua de la biblioteca, se cubrían con un líquido plástico que normalmente se aplicaba cada dos años. De

esta forma, la superficie resistía las manchas de vasos o de cualquier otro desecho. El plástico se había deteriorado en 1960 y las mesas se cuarteaban más de lo debido. Razón por la que el líquido plástico de color claro, que permitía que los matices verdaderos resaltaran, debió ser quitado y vuelto a aplicar.

Los desniveles de los pisos, en especial el piso de la sala, son consecuencia de las raíces de los árboles cercanos, ya sea de las 10 variedades de plantas trepadoras que hay alrededor de la casa o por las raíces de la ceiba. Para eliminar los desniveles, se quitaban cuidadosamente las maderas del piso y se iba cavando la tierra hasta encontrar la raíz, que se cortaba (si el señor Hemingway no se encontraba en casa); luego se rellenaba el hueco con tierra y se reponían las maderas. Las maderas del piso tenían alrededor de 60 años en 1961. Era importante que estas no se rompieran cuando se quitaran, ya que era muy difícil encontrar otras iguales.

Cuando Mary Welsh entregó la casa al gobierno revolucionario, se excusó por el mal estado en que esta se hallaba. Dejó la excusa siguiente por escrito: «Estuvimos demasiado tiempo en España en 1959 y la salud del pobre Ernest me hizo olvidarlo todo en este año que pasó.» Y añadió una nota curiosa:

La *casita* situada a un lado de la residencia era para los invitados y en ella permanecieron en diferentes momentos una gran variedad de personas, incluyendo a Jean Paul Sartre, de París, y Charles Ritz, de París, Gianfranco Ivancich, el poeta y artista de Venecia, Alan Moorehead, el autor de Londres, Fernanda Pivano, la filósofa, y Ettore Sottsass, el artista de Milán, Alfred Vanderbilt, el deportista de Estados Unidos, Denis Zaphiro, jefe de partidas de caza y gran cazador de Kajiado, Kenia, los hijos de Ernest y sus esposas y varias bellas muchachas de diferentes lugares. En la casa principal, la casita y el garaje hay extinguidores que se cargaron por última vez en junio de 1960. Este trabajo lo realizaban los

bomberos de la estación de la calle Montserrate.

27

SONIA, la hermana de Ana Tsar, sustituyó al imprevisible cocinero chino y parece que no se presentaron más dificultades en la cocina, aunque desconocemos si la repostería siguió igual. Hoy nadie sabe a ciencia cierta dónde pueda encontrarse Sonia. Ana Tsar, de ascendencia servia, era la lavandera y la última sirvienta que trabajó bajo las órdenes de Hemingway. Cuando Mary visitó de nuevo Cuba en 1977, vio a Ana, que había sufrido una trombosis. Probablemente no reconoció a Miss Mary. La familia la arregló lo mejor que pudo; la vistieron y la enviaron a la finca a saludar a la viuda del señor «Way». Ana estuvo todo el tiempo con una sonrisa hierática, mirando en torno a ella el incomprensible despliegue de los funcionarios y de las grandes limousinas negras del protocolo cubano.

Ana fue testigo de la ejecución de Bigotes, uno de los gatos asesinos que convirtieron temporalmente en una jungla africana los plácidos jardines de Finca Vigía. Bigotes se había aliado a gatos extraños para constituir un sindicato del crimen que liquidó a algunos desprevenidos felinos de la familia Hemingway. Bigotes ya estaba muerto en el corredor, con el hocico cuajado de sangre, y Hemingway, gimoteando, escopeta en mano frente al animal, cuando apareció la lavandera y le preguntó: «¿Por qué llora por un gato si usted ha matado tantos leones?»

La respuesta de Hemingway carece de lógica. Le dijo a Ana: «Porque allá es la guerra y aquí es la paz.»

Había dos hermanas de apellido Richard, una de las cuales, Lola, también sirvienta, se suicidó dándose candela porque, según dejó escrito en un papel, «estaba aburrida de la vida». Mary Welsh consigna

con asombro en *How It Was* esta forma tan cruel de suicidio y el argumento tan insólito para hacerlo.

Mary Welsh también se refirió en su libro a algunos de sus otros empleados, aunque no los menciona a todos. El más famoso, claro está, es René Villarreal, que aparece en todas las biografías en su papel de sirviente fiel.

El chofer Juan Pastor López está descrito en *Islas en el Golfo* con el nombre literario de «Juan». El autor describe a Juan con bastante animadversión. Incluso para sus adentros Thomas Hudson lo llama «hijo de puta» mientras Juan conduce el automóvil desde la finca hasta la embajada norteamericana. Mary Welsh en *How It Was* ofrece una imagen diferente: en cierta ocasión Juan encontró una cartera perteneciente a Adriana Ivancich, que se había perdido en un resquicio del garaje. La cartera contenía 27 000 dólares, suficiente dinero para resolver todos los problemas en la vida de varios Juanes. Nadie lo hubiese descubierto, pero Juan la devolvió.

Arnoldo es uno de los plomeros mencionados por Mary Welsh, pero la información es insuficiente y hoy nadie puede decir cómo era ni dónde está. Había otro plomero, el pequeño Anchía, al que Hemingway una vez le jugó una broma pesada tirándolo a la piscina en un día de intenso invierno. Estaba Roberto Herrera Sotolongo, otro personaje importante, hermano del médico José Luis, quien tuvo a su cargo la administración de la finca casi desde principios de la década del 40; fue uno de los integrantes de la operación de persecución de submarinos alemanes a bordo del *Pilar*. Después de la muerte de Hemingway tuvo tiempo de graduarse de médico, con casi 50 años de edad, gracias a un plan de estudios del gobierno revolucionario, pero siguió manteniendo una estrecha vigilancia sobre la finca, aunque ya Hemingway no se encontrara en ella y la casa estuviera convertida en museo. Falleció a causa de un infarto el 13 de octubre de 1970.

Uno de los antiguos vecinos de San Francisco revela una faceta

doméstica de Ernest Hemingway: el hombre preocupado por construirse un santuario inexpugnable. En 1979 Francisco Castro tenía 76 años de edad y llevaba 39 viviendo en el pueblo. Pancho Castro, el ebanista, cuenta: «Vine a vivir aquí por Ernest Hemingway. Yo trabajaba en el hotel Ambos Mundos y él me veía allí a menudo. Cuando se mudó para acá, necesitó de un carpintero-ebanista. Fue a buscarme al Ambos Mundos, donde me encontraba construyendo las ventanas giratorias del hotel, y me dijo que quería invitarme a una cerveza. Fuimos a la Casa Recalt que estaba frente al hotel y me dijo: “Tome una cerveza y vaya a trabajar a mi casa. Solo me tiene que decir cuánto es lo que quiere ganar.” Hicimos trato porque él era un hombre recto y muy buena persona. Estuve con él hasta 1952. Para entonces ya había hecho mi vida en este pueblo, hacia donde me había mudado, y aquí me quedé.»

Pancho Castro, un hombre de baja estatura pero de sólida musculatura, habla con un inconfundible acento español; fue uno de los personajes con que Hemingway se rodeó para mantener a flote su casa y facilitarse la vida y disponer de sus comodidades. Pancho construyó casi todos los muebles de la casa de Hemingway: el revistero en una esquina de la sala, que aparece en muchas fotos de los años 50, y la mesa redonda, blanca, que se encuentra en el centro de la sala, y el mobiliario completo de la sala, la mesa-bar que quedaba a la izquierda de la poltrona de Hemingway y los mobiliarios completos del comedor, la biblioteca y la habitación de Miss Mary. Hoy día estos objetos son considerados valiosas piezas de museo. «El diseño regularmente lo hacía Miss Mary, aunque yo siempre le ponía algo mío. Los muebles había que hacerlos cómodos y funcionales, y la madera que se encargaba era la mejor: caoba y majagua, las maderas preciosas cubanas. En cierta ocasión Hemingway me pidió que realizara un trabajo en el *Pilar*. Pero tuve que negarme. Yo no soy carpintero de ribera, sino de tierra firme.»

Pancho entró a trabajar en la época de Martha Gellhorn, de quien

dice «tenía otro carácter»; esta le ordenaba otras labores, Martha no se ocupaba de diseñar muebles. Muchas veces, incluso tiempo después de que dejara Finca Vigía, Hemingway le enviaba a Pancho Castro el producto de sus pescas.

A fines de los años 40 contribuyó como carpintero a la construcción de la torre de mampostería de tres pisos situada en la parte más elevada de Finca Vigía.

Cecilio Doma fue el carpintero que sustituyó a Francisco Castro a principios de los años 50 «Cecilio es ya difunto», es la única explicación que se puede obtener de él en San Francisco de Paula.

Los que trabajaron en Finca Vigía y le facilitaron la vida al escritor en su refugio habanero atesoran los recuerdos de aquella época: los pequeños incidentes familiares a los que tuvieron acceso en los años que convivieron junto a los Hemingway.

Ernest Hemingway tampoco los olvidó. Están presentes en su testamento.

23 de agosto de 1961

Siguiendo las instrucciones de una carta dirigida a mi, la cual acompañaba su testamento, hecho y certificado en 1956, he obsequiado a Gregorio Fuentes, de la calle Pasuela 209, Cojímar, el yate de Ernest, *Pilar*, haciéndose saber a Gregorio las instrucciones de que disponga del yate como mejor considere. Ernest obtuvo su licencia de capitán y navegante del *Pilar* el 26 de abril de 1934. El *Pilar* y Gregorio lo ayudaron mucho, tanto para trabajar como para la caza de submarinos durante la Segunda Guerra Mundial y para esparcimiento en la pesca y en el estudio de la corriente del Golfo, en los mares de Cuba.

Firmado: *Mary Hemingway*

Siguiendo las mismas instrucciones descritas, he obsequiado de parte de Ernest a René Villarreal, de San Francisco de Paula, quien fue

sirviente personal de Ernest así como jefe de la casa durante 17 años, un fusil Winchester calibre 22, Modelo 62-A 255364, el cual Ernest le había entregado como un regalo personal en 1956, pero que se mantenía fichado entre nuestras armas para correr con el trámite anual de las licencias.

Firmado: *Mary Hemingway*

Siguiendo las mismas instrucciones descritas, he obsequiado de parte de Ernest a José Herrera [Pichilo], de San Francisco de Paula, las vacas de Finca Vigía. Él ha sido jardinero y ha cuidado de la piscina durante 17 años, y tiene mi permiso para mantener sus gallos de pelea, de los cuales Ernest compartió a veces la propiedad, en los terrenos de la finca.

Firmado: *Mary Hemingway*

Pedro Buscaron, quien ha trabajado en la casa y cuidado de los animales durante ocho años, tiene mi permiso para traer su caballo a pastar a los terrenos de la finca.

Firmado: *Mary Hemingway*

Siguiendo las instrucciones de la carta de Ernest citada anteriormente, estoy efectuando las operaciones necesarias para hacer regalías de dinero a varios empleados, por medio de cheques girados contra mi cuenta en la Agencia 4/10/06, Amistad 420, Sucursal del Banco Nacional de Cuba.

Firmado: *Mary Hemingway*

28

En 1957 eran 57 gatos: 43 grandes y 14 pequeños. Vivían en la gatera, en el primer piso de la torre. Hemingway creía que había logrado una raza original a partir de los gatos criollos (cubanos) y de angora. Fomentó la tradición de ponerles nombres que incluyeran la letra ese siempre. Estaba convencido de que a estos animales les atraía esa consonante al ser alargada su pronunciación. De ahí, Boise, Missouri, Spendy.

El más viejo de los gatos se llamó Ambrosy y sobrevivió ocho

años a Hemingway, hasta 1969. Vivió 16 años y los empleados cubanos de la finca lo llamaban por su nombre español: Ambrosio. Era un gato blanco y negro, que es recordado por sus ataques de neurosis y su costumbre de registrar la alacena de Finca Vigía.

El más famoso fue Boise, el personaje de *Islas en el Golfo*; en la novela se dice que fue un regalo del propietario de La Terraza, de Cojímar, pero, en realidad, Gregorio Fuentes se lo obsequió al escritor. Boise era un gato viejo y mal educado. Consentido por su dueño, se subía a la mesa a la hora de las comidas. El cura don Andrés tenía esta imagen fija: al fondo. *La Macía*, de Miró, Hemingway presidiendo la mesa y dándole comida y vino al gato.

El gato Bigotes tiene también su leyenda en la finca. Ya se ha mencionado su ajusticiamiento. Se había aliado con un gato rubio forastero y agresivo. Una noche, en un rincón de la finca, mataron la gata favorita de Mary. «Ellos han sido», dijo Hemingway cuando René Villarreal trajo al mediodía la noticia de que el cadáver había aparecido. Hemingway almorzó tranquilo. Después fue a su cuarto y regresó con el Winchester 22. En el pasillo, Bigotes se frotaba los pies. «Está ajeno y distante —dijo Hemingway—, pero tengo que hacerlo porque se ha acostumbrado y a partir de ahora seguirá matando. Un crimen es solo el inicio de un asesino.» Desde el umbral de la puerta le apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. Bigotes fue proyectado como un balón de fútbol. Con un solo disparo Hemingway cerraba el caso Bigotes.

Después surgieron otros dos rebeldes que fundaron un nuevo sindicato para matar por envidia: Fatso y Shopsy, una abreviatura de Barber Shop. La tragedia comenzó la mañana que Spenny apareció muerto. Luego Ecstasy, sin salvación, el pecho desgarrado y la cuenca del ojo derecho vacía. Hemingway sorprendió a Shopsy mientras este vivaqueaba en el patio, atento a los movimientos de un sinsonte. Hemingway lo llamó a sus pies y Shopsy, obediente, se le acercó. Hemingway apoyó el cañón de Winchester 22 en la cabeza del animal. El plomazo lo aplastó contra la tierra. «Ahora tengo que matar al otro.»

Lo vio a lo lejos, bajo el sol. Montó otra vez la carabina y casi al unisono con el estruendo del disparo Fatso dio su última pirueta.

La sangre continúa en este relato. Sangre de gato. Fue en el verano de 1960, cuando una gatita de Hemingway (el nombre no se ha conservado) se enamoró de un felino negro residente en las afueras de la finca. La gata hacía excursiones frecuentes al exterior en busca de su pareja cuando una mañana no tomó el debido cuidado al cruzar la Carretera Central. Un vehículo la atropelló. Herida de muerte, arrastrándose, llegó hasta la puerta de la casa. Hemingway escuchó los maullidos y le dijo a René Villarreal que trajera el Winchester. René se acercó con el arma, la montó y preguntó: «¿Le disparo, Papa?» La respuesta de Hemingway, con los dientes apretados, fue arrebatarse el Winchester de un manotazo y decirle en un español sonoro: «Dame acá, coño, que a los míos los mato yo.»

29

Los costos de Finca Vigía ascendían —según cálculos aproximados— a 4 000 pesos mensuales. Este era el precio de la estancia de Hemingway en Cuba. Con ellos cubría los impuestos de su propiedad, el sueldo de nueve empleados (el número podía variar de acuerdo con los trabajos que se realizaran), la compra de víveres y bebidas, abonos y camiones de tierra para las plantas del jardín y el mantenimiento de la piscina, a la que hubo necesidad de instalarle una planta purificadora de agua. Herrera Sotolongo y Juan Dunabeitía, *Sinsky*, ayudaron muchas veces a preparar los estados de cuentas de la casa, y Herrera Sotolongo afirma que 4 000 pesos es la cifra aproximada de sus gastos mensuales, una suma apreciable. Casi 50 000 pesos al año (el peso cubano a la par del dólar). En los gastos hay que incluir la cuenta del Floridita (se le enviaban mensualmente los vales firmados por él. Hemingway los revisaba someramente y firmaba el cheque), el mantenimiento del *Pilar* y el pago de los clubes y sociedades a los que pertenecía, como el Club

de Cazadores del Cerro y las asociaciones de yatistas.

El dispositivo cubano era extenso. Además del Floridita, había otros lugares de los que era *habitué* y donde su firma estaba autorizada. Como es de suponer, no era un hombre que llevara dinero encima. Su firma era aceptada en La Terraza de Cojímar, en el Centro Vasco, en La Zaragozana y, según afirman algunos, en La Bodeguita del Medio. Entre los papeles de la finca pueden hallarse remisiones de estos lugares, y, especialmente, las liquidaciones de color amarillo impresas en papel cebolla de la Casa Recalt, donde Hemingway adquiría las bebidas que se consumían en Finca Vigía; y otras cuentas procedentes de la tienda de víveres Morro Castle. (Algunos de estos establecimientos han desaparecido.) Hay montañas de remisiones originadas en la Florida y Nueva York, casi siempre dirigidas a Mary Hemingway, relativas al envío de abonos, semillas y componentes químicos para la siembra. Estos desembolsos pueden confrontarse en parte con algunas libretas de banco vencidas que aún se encuentran en Finca Vigía.

Pudo haber meses de menos gastos, quizás de 2 000 pesos. Pero lo usual era que fueran mayores. Significa aproximadamente un millón de dólares gastados por Hemingway en sus 20 años de estancia en Cuba.

Hemingway —una vez al año, hacia diciembre— dedicaba un tiempo a los cobradores norteamericanos de impuestos. Aunque vivía en Cuba, continuaba siendo ciudadano de su país. Pero alimentaba un rencor especial por estos funcionarios y por el desempeño de sus labores. En una carta de 1935 a Ivan Kashkin, confundía las funciones del Estado: «Hasta ahora no ha significado para mí más que impuestos arbitrarios.» En algunas de las biografías de Hemingway se informa que al final de su vida —y como producto de su paranoia o semilocura— la emprendió contra los cobradores de impuestos. Veía a estos agentes por

todos lados. Sin embargo, cierta base real alimentaba este delirio de persecución. Según contaba Roberto Herrera Sotolongo, cada año él lo ayudaba a preparar sus estados de cuentas y a aumentarlos artificialmente con el deliberado propósito de burlar el fisco.



La esquina nordeste del hotel Ambos Mundos. En el ángulo superior, las tres ventanas de la habitación de Hemingway.

(René David)

HEMINGWAY era un poco maniático en cuanto a los papeles, especialmente las cartas. Es increíble la fijación, que podemos considerar como tendencia profesional, de ciertos escritores con los papeles, cualquier clase de papel. Hemingway guardaba todo material impreso, incluso periódicos y revistas. Hay un par de escaparates en su casa repletos de viejas revistas norteamericanas (a pesar de las que Mary quemó en agosto de 1961). En su archivo se pueden encontrar los recortes de las críticas que aparecieron en Estados Unidos cuando se publicó su primer libro. Suman centenares, y a veces es la misma reseña que fue reproducida en una docena de periódicos norteamericanos. Algunas de las pocas personas que tenían acceso a Finca Vigía vieron una misma carta durante años encima de su cama. Herrera Sotolongo, filatelista, tenía la autorización de Hemingway para arrancar los sellos, pero no para mover las cartas del lugar que ocupaban en la cama. De cualquier manera. Herrera Sotolongo no despegaba los sellos. «A él le gustaba tener las cartas como las había colocado en el momento de recibirlas, y algunas podían pasarse años en la cama donde él dormía, donde se supone que él dormía. En realidad no dormía casi nunca en esa cama, sino en la habitación de su esposa.»

Es evidente que había un orden dentro del desorden. La correspondencia llegaba a cubrir la cama, pero estaba colocada de acuerdo con un sistema que solo Hemingway era capaz de entender.

En cierta época la correspondencia llegada a Finca Vigía fue tan numerosa que se creó la necesidad de buscar un secretario. Roberto Herrera Sotolongo era la persona indicada. Roberto organizó el archivo y la correspondencia de Hemingway. Algunos años después de la muerte del escritor, en las últimas semanas de vida del propio Roberto, su máxima preocupación era saber el paradero de la nutrida papelería de Finca Vigía. Faltan muchos documentos y cartas. Pero, lamentablemente, Finca Vigía fue tierra de nadie desde la noticia del

suicidio de Hemingway hasta que Mary Welsh hizo entrega oficial de la propiedad al gobierno cubano en agosto de 1961. Amigos y empleados de Hemingway tuvieron libre acceso a la casa y la papelería durante casi un mes. Y, después, Mary Welsh no ofreció detalles de los papeles que se llevaba. El gobierno revolucionario le había autorizado el traslado de documentos y objetos de todo tipo a Estados Unidos. Lo que ha llegado a nosotros es el contenido de un archivo metálico, un baúl de madera y algunas cajas repletas de fotografías, así como una docena de viejas cuartillas manuscritas.

Hubo pérdidas, al menos temporales, en vida del propio Hemingway. La medalla del Premio Nobel se extravió en cierta ocasión. Estuvo bastante tiempo perdida y los hermanos Herrera Sotolongo, especialmente José Luis, fueron los que más influyeron sobre Hemingway para que tomara medidas. Él decía: «No, vamos a dejarlo, vamos a dejar eso así... eso no significa nada.» Pero la insistencia fue tal, que Hemingway inició algunas gestiones y obtuvo su devolución.

En la actualidad la medalla del Premio Nobel de Literatura concedida a Hemingway se encuentra en la Capilla de los Milagros de la Basílica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, cercana a Santiago de Cuba. El escritor entregó la medalla al periodista Fernando G. Campoamor en el homenaje organizado por la cervecería Hatuey. Tiempo después llegó a manos del Arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Enrique Pérez Serantes, quien la envió a este santuario. En la Basílica hay una foto tomada de la revista *Lite*, donde aparecen en el acto de entrega Fernando G. Campoamor, Hemingway y la medalla en su estuche. Ese fue el destino que Hemingway le dio. «Pero ha habido falsas interpretaciones también respecto a este gesto de Ernesto», dice José Luis Herrera Sotolongo. «Él se la regaló al pueblo de Cuba. Hemingway estaba pensando que los gobernantes de Cuba en aquella época eran unas ladrones, y calculó, con razón, que el único sitio seguro donde podía estar la medalla era en el santuario del Cobre.»

Hemingway tenía muy en cuenta ciertos hechos que habían

ocurrido en el país, especialmente el robo de un fabuloso diamante instalado en la cúpula del Capitolio Nacional que marcaba el kilómetro cero de la Carretera Central. Había desaparecido y al poco tiempo volvía a aparecer ¡en una gaveta del buró del presidente de la República!

31

«Hemingway no tenía religión», dice José Luis Herrera Sotolongo, y añade un elemento curioso: «Mas tenía una protección por parte de los jesuítas. No sé por qué, pero una cosa que, al parecer, venía de los ancestros familiares. De acuerdo con esto, Hemingway estaba bajo el amparo de los jesuítas. Podía contar con la ayuda de esta orden en un momento determinado, o esconderse en uno de sus conventos, o hacer uso de ellos. Hemingway recibía por correo una publicación norteamericana de la orden.»

«Desde luego, aunque no fuera religioso, esto no quiere decir que no fuera supersticioso. Lo era, y bastante. Llevaba una *luckystone* en el bolsillo. Él mismo la llamaba así. ¿“Tienes la tuya?”, me preguntaba. En realidad, era una piedra cualquiera. En Cuba las llaman chinas pelonas. Para algunos, estas poseen propiedades magnéticas. Yo llevaba una en el bolsillo para complacerlo.»

Hemingway tenía predilección por el número 13, ya que lo interpretaba como de buena suerte (para casi todo el mundo significa lo contrario), y las matrículas de todos sus automóviles llevaban un 13 en algún lugar. Las obtenía con facilidad porque nadie las quería. Pero sus manías iban más allá de su fascinación por el número 13 y de obligar a sus amigos a llevar una china pelona en el bolsillo. En una oportunidad Hemingway quiso ponerse aretes. «Tienes que hacerme los agujeros en el lóbulo de las orejas», le dijo a José Luis Herrera Sotolongo. «Tengo que hacerlo antes de que nazca el muchacho, allá en África.» El

propósito de colgarse unas argollas en las orejas era garantizar el feliz nacimiento de un supuesto hijo que Hemingway iba a tener en África de una muchacha wakamba llamada Debba.

Mary le pidió a Herrera Sotolongo que no lo hiciera. Un día Hemingway se molestó con el médico por su persistente negativa de hacerle los orificios. «No me da la gana de hacerlo», le contestó tajante Herrera Sotolongo. Hemingway se había «casado», probablemente en 1953 en el transcurso de su segundo safari a África, según los ritos wakamba, que establecen que el padre debe colgarse unos aretes para que el niño nazca vivo.

Es de desear que el niño, que en 1980 tendría 27 años, goce de buena salud, a pesar de que su «padre» nunca llevó aretes para protegerlo.

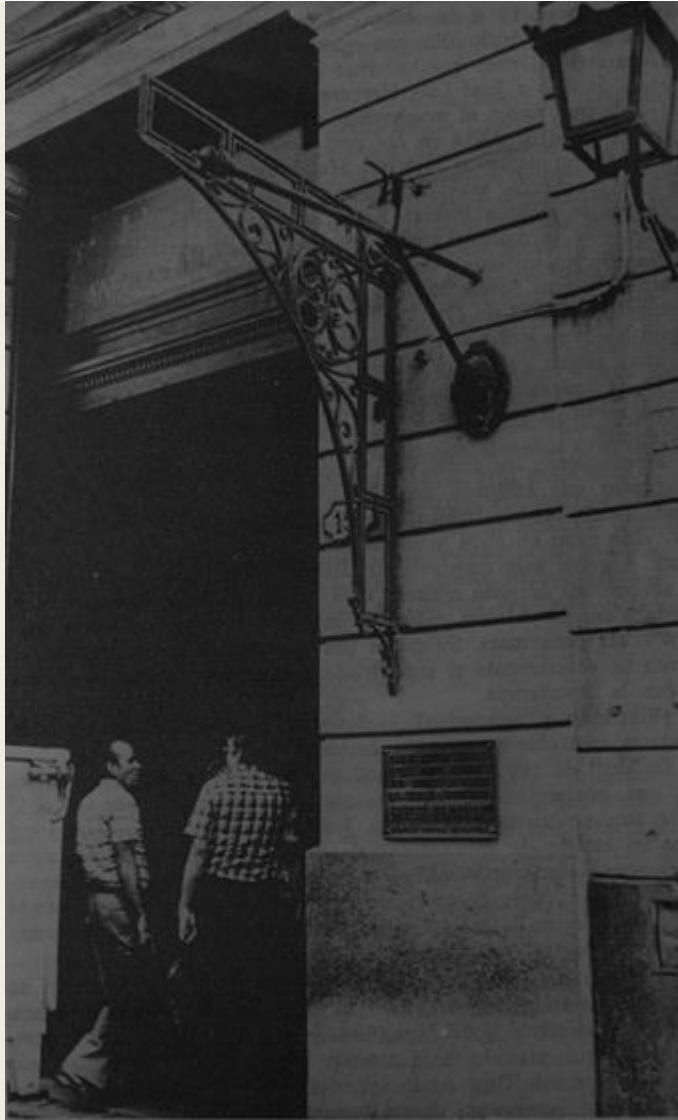
Hemingway, sin duda, era amigo de blasfemar. Según pueden atestiguar sus antiguos conocidos, sus expresiones favoritas en español eran las blasfemias más retumbantes del idioma. Por ejemplo: «Me cago en Dios y en la puta madre.» Todo junto y de un tirón. A veces solo empleaba la última parte, porque le agradaba su sonoridad: *la puta madre*. Y si acortaba la frase aún más, se quedaba con la palabra *puta*. La empleaba como adjetivo: «el puto frío» o «la puta mar». Su gusto por las blasfemias no tomaba en cuenta necesariamente el significado que tenían; lo que le fascinaba era la resonancia.

¿Blasfemo y agnóstico? Hubo una oportunidad en que Hemingway casi clamó por un exorcismo.

En abril de 1947, el hijo mediano de Hemingway, Patrick, sufrió una prolongada crisis nerviosa desencadenada por un accidente automovilístico. El doctor José Luis Herrera Sotolongo calificó su estado de «predemencial», motivado por unos exámenes de ingreso en una universidad para los cuales se estaba preparando y por una crisis de conciencia que, al parecer, surgió cuando comenzó a dudar de las

creencias católicas de su madre, creencias que él compartía con ella hasta entonces.

El resultado fue que Hemingway montó un campamento en la finca, con todos los amigos que pudieran servirle para la ocasión: especialmente José Luis, Sinsky y el cura don Andrés. Este sacerdote, que visitaba asiduamente la casa de Hemingway, era un caso especial. Don Andrés era un exiliado español y, como dice Herrera Sotolongo, «tuvo hechos que comprobaron perfectamente la posición tan correcta de este hombre». Don Andrés era un religioso liberal, que se consideraba a sí mismo anticlerical. Pero Patrick los aceptaba a todos, excepto al cura, que le provocaba accesos de histeria, porque decía que don Andrés «era el diablo en la tierra». Por tanto, don Andrés se veía obligado a retirarse de la habitación; después, cuando lograban hacer dormir a Patrick, empezaba la conferencia ética entre los cuatro amigos habituales. Hemingway, con el rostro preocupado, el médico Herrera Sotolongo, el cura don Andrés y Sinsky, que preparaba los llamados compuestos químicos, casi siempre con ginebra, una especialidad suya. «Creo que va a ser necesario llamar a un exorcista», decía Ernest, mirando de soslayo a don Andrés.



Fachada del Hotel Ambos Mundos como puede verse en la actualidad, con la placa conmemorativa en homenaje a Hemingway. Fue develada con motivo del 65 aniversario del nacimiento del escritor, en julio de 1964. (Celso Rodríguez)



32

La mayor parte del tiempo habla en español: su servidumbre no conoce otro idioma; a bordo del *Pilar*, se comunica en español con Gregorio; en el Floridita, si no se encuentra con alguno de sus compatriotas, lo que escucha es la ruidosa jerga habanera. Tal vez, como máximo, intercambie algunas palabras en inglés con Mary.

«Yudas», decía para pronunciar la palabra española *dudas*. «Tengo *yudas*.» Era una de sus equivocaciones habituales. Pero empleaba el español con frecuencia y había algunas frases de este idioma que llamaban su atención. A José Martí, el héroe cubano del siglo xix, lo llamaba «el general Martí», lo cual es inusual en el país. Es cierto que Martí fue nombrado mayor general por un consejo de oficiales revolucionarios en 1895, pero en Cuba se le venera como El Maestro. A Hemingway le gustaba destacar el grado militar de Martí y afirmaba haber leído su obra literaria: —He leído textos martianos, los conozco.» (Sin embargo, el inventario de los libros de Finca Vigía arroja

un resultado inquietante: no hay un solo ejemplar de los 28 tomos de la obra martiana.)

También podía repetir de memoria un parte militar español que por alguna razón especial le producía placer: «Nuestras tropas siguen avanzando sin perder una pulgada de terreno.» Lo pronunciaba lentamente y con una ancha sonrisa, cuando, en la práctica de algún deporte, él estaba, desde luego, perdiendo. Es probable que disfrutara de la retórica que intentaba ocultar la verdad contraria. En *Por quién doblan las campanas* hay una cita de ese parte de guerra extraordinario: —Nuestra gloriosa tropa *siga* avanzando sin perder una sola palma de terreno», dice Karkov en su español pintoresco.

Otra frase española de origen militar que Hemingway utilizaba era —estamos copados». El verbo *estar* no tenía importancia, lo que le gustaba era el «copados».

«Estamos copados... Muy copados.»

Otra expresión española de su agrado era «la pepa», que él interpretaba como una forma contundente de referirse a la muerte. Hemingway, irreverente, se expresaba así sobre el fallecimiento del presidente Roosevelt: «A Franklin Delano lo cogió la pepa.»

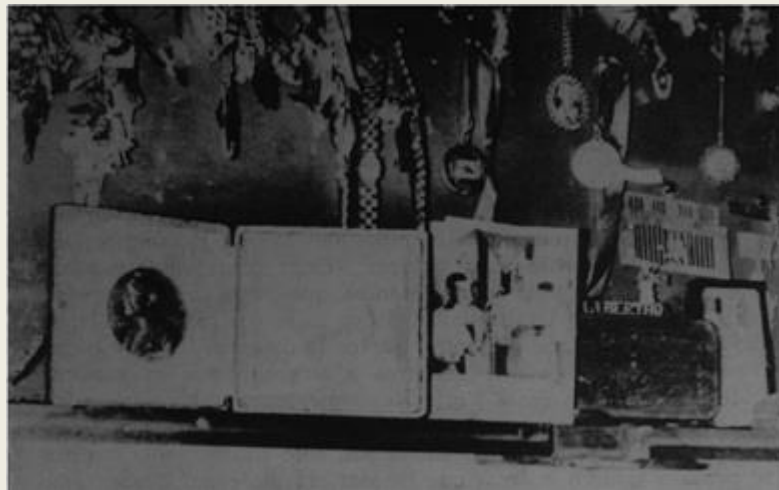
También había una cancioncilla —el cura don Andrés se la había enseñado— que a Hemingway le complacía cantar:

*No me gusta tu barrio
Ni me gustas tú
Ni me gusta tu puta madre*

33

Finca vigía, a los ojos de Hemingway, asumía el aspecto de un barco veterano cuando se cernía sobre ella una tormenta tropical.

En septiembre de 1950 un ciclón cruzó por La Habana y Hemingway se encontraba en la finca. Las notas que dejó en su libreta demuestran, primero, que había asimilado los frecuentes y violentos cambios de presión en la isla, y, segundo, que había aprendido que el mejor modo de pasar un ciclón es teniendo el oído atento a un radio de batería y las manos ocupadas con una botella de ron y un martillo, para clavetear un poco las puertas y ventanas. El documento es precioso. Las notas de Hemingway aparecieron entre sus papeles y están escritas en un bloc de tamaño de bolsillo que tiene en el lomo la siguiente inscripción impresa: BLOCK PARA CALCULOS No. 4036 1/2. Hemingway empieza sus notas por la fecha y datos técnicos. Es evidente que apenas ha descorchado la primera botella, aunque no va a tardar mucho en coger vapor La fecha, con la inconfundible caligrafía de Hemingway: «September 1.» Los primeros datos: «0900 Temp 76 F.» Debajo: «Viento ESE Fuerza 5.» Y el resultado de su primera observación: «Cielo nublado hacia el E. Al S. altos cirros con algunos aglomeramientos al N.»



La medalla del Premio Nobel de Literatura de 1954 otorgada a Hemingway. Se conserva en la Capilla de los Milagros de la Basílica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, institución a la cual él la donó. Junto a la medalla una foto publicada en Life en la que Hemingway aparece en compañía

de su amigo cubano Fernando G. Campoamor.



Ernest Hemingway y Martha Gellhorn, en la piscina de Finca Vigía, hacia 1941.

Hay testigos de cómo Hemingway, al mando de Finca Vigía, «capeaba» estas tormentas. El médico José Luis Herrera Sotolongo no recuerda todos los ciclones a los que se enfrentó en aquella colina, aunque afirma que el comportamiento de Hemingway debió ser «por el estilo» casi siempre. «Estas cosas entusiasmaban mucho a Ernesto. Cuando se enteraba que venía un ciclón enseguida el rostro se le iluminaba. Si yo estaba a mano me exigía que me quedara para “organizar juntos la defensa”.» Desde luego, cuando el ciclón pasaba, mientras afuera se hacía el recuento de los estragos, en Finca Vigía Hemingway mostraba estragos de otro tipo. «¡Ese Ernesto...! La casa llena de víveres, y él empeñarse en pasar el ciclón sin alimentos, solo con alcohol. A veces se ponía majadero y decía que la cosa era sin ropa. Desde luego nos quedábamos en short o bermuda. Lo de la ropa era por si había que salir afuera y uno se empapaba. Salir afuera para arreglar algo que el viento o la lluvia hubiera tumbado. De cualquier forma, él, con la botella en la mano, se ponía a dirigir la operación anticiclónica,

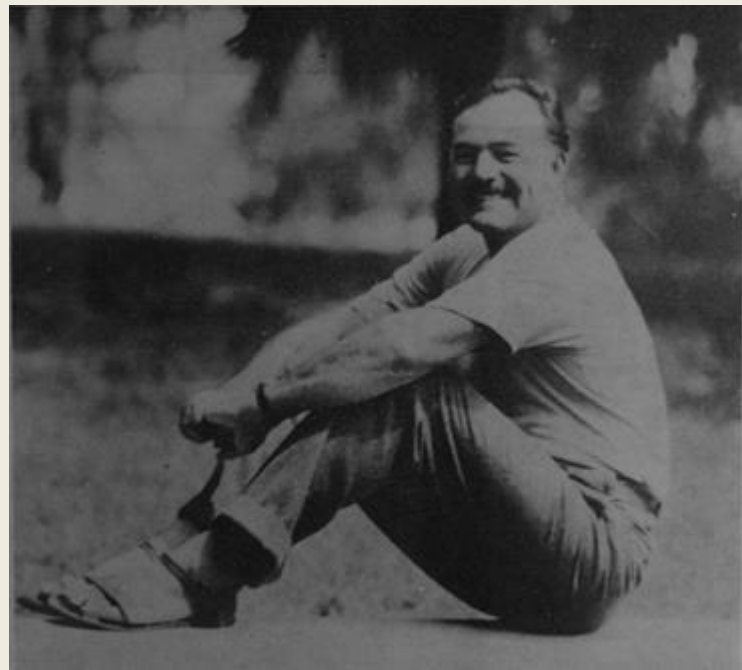
reunido con dos o tres amigos en la sala de la casa. Parecía *un capitán de nave* en medio de una tormenta.»

Parecía un capitán realmente, y este texto, humorístico a ratos, sugiere exactamente eso: el cuaderno de bitácora del capitán de un buque de guerra, que se refiere a «enemigos», «capacidad de destrucción» y utiliza otros términos semejantes.

«Presión barométrica 29,45 (no corregida por el nivel del mar).» A partir de esta anotación sus comentarios comienzan a hacerse más nutridos y son el resultado de sus observaciones y de la escucha del radio Zenith de baterías. El Centro de Huracanes de Miami informa —y Hemingway anota— que el huracán debe encontrarse a 24 millas al oeste de Guadalupe, con vientos de 140 MPH en su centro, y un curso oestenoeste. El final del párrafo: «Otro reporta rumbo O. Avanza a 10 MPH. Distancia de Hab. con este rumbo 1400 M [aquí se refiere a millas geográficas, que eran las utilizadas en el Weather Report del Centro de Huracanes de Miami] a esta velocidad alcanzará Hab. en 140 horas a las 2300 31/8/50.»

A partir de este párrafo —apenas comenzadas las notas— se evidencia el tono que van cogiendo el informe y su autor. Hemingway ha comenzado a jugar. La redacción se torna incomprensible a veces y las fechas pierden su secuencia. Lo que empezó el 1ro de septiembre es ahora el 31 de agosto. Un poco más adelante sera el 3 de agosto —estamos retrocediendo y luego avanzando en el tiempo— y así sucesivamente. Las fechas han perdido su sentido en este errático cuaderno de bitácora. Las próximas observaciones de puño y letra de Hemingway van a saltar hasta casi una semana después (6 de septiembre). Ningún huracán ha estado azotando tanto tiempo en el mismo lugar. Sin embargo, puede que el caos tenga una explicación: Hemingway había estado siguiendo el curso de varios ciclones a la vez (según los mapas del Instituto de Meteorología cubano, entre el 21 de agosto y el 6 de septiembre de 1950 tres ciclones amenazaron e incluso pasaron por Cuba) y no se cuidó de conservar el orden de sus

anotaciones ni de verificar las fechas.





El día 1ro de septiembre de 1950 había un ciclón que se acercaba a Cuba desde Islas Guadalupe. Era un meteoro de gran fuerza, localizado por algunos barcos al este de la región central de las Antillas Menores. Amenazaba seguir con rumbo hacia Saint Croix, Islas Vírgenes y Puerto Rico.

El sábado 2 surgió un nuevo y pequeño huracán al sur de Isla de Pinos. Se desconocía su rumbo. El día 1ro se encontraba a 80 millas al suroeste de Isla de Pinos, aproximadamente en la posición de 20 grados de latitud y 83 grados de longitud.

El domingo 3 amenazaba a La Habana, Matanzas y Las Villas. «El ciclón de Isla de Pinos, que iba en camino de salir al Golfo de México dando la vuelta al Cabo de San Antonio, cambió anoche de dirección y planteó una amenaza potencial para esas tres provincias», informó el Observatorio Nacional.



Ernest Hemingway con Juan Dunabeitia —quien prepara una de sus ginebras compuestas—, el cura don Andrés Untzain y el doctor José Luis Herrera Sotolongo, hacia 1947, en Finca Vigía.

Sep

6

1950

Es un bien definido huracán de gran fuerza y gran extensión y el decrecimiento en su velocidad indica un incremento de intensidad. EH. La firma tiene un doble subrayado hecho por el propio Hemingway. Su observación es inexacta porque la velocidad de traslación de un meteoro es independiente de su intensidad.

0930 La presión barométrica no cambia. Lluvia. Fuertes ráfagas del S. Capacidades del enemigo: gran destrucción en Haití, costa S o centro de Cuba. Posible recurve al N sobre Ha. EH. A las 20 horas aparece la primera nota de Hemingway sobre el capitán de corbeta José Carlos Millás, que fue durante años el director del Observatorio Nacional de Cuba. Millás fue objeto de bromas a nivel popular. Se le criticaba haberse equivocado con frecuencia en sus partes sobre el estado del tiempo. Hemingway se hace eco del consenso popular y la emprende contra él en sus notas. Por si fuera poco, aprovecha el parecido de las palabras españolas corbata y corbeta para asignarle un nuevo grado militar.

Sobre el huracán del 1ro de septiembre de 1950, Mario Rodríguez Ramírez recuerda que él trabajó «este cicloncito». Millás no quiso ocuparse de lo que aparentaba ser una tormenta lejana. Pero Rodríguez Ramírez, entonces su ayudante, señaló para un punto en el cielo y le dijo: «Fíjese cómo se mueven los cúmulos. Yo opino que esta perturbación ciclónica viene para arriba de nosotros.» El distinguido meteorólogo respondió con un «no me jodas tú con los cúmulos», y decidió irse a dormir. Seis horas después, al amanecer, Rodríguez Ramírez consideró que a esa altura ya era indispensable despertar a su jefe. Lo llevó fuera del edificio del observatorio y, frente a los ojos aún adormecidos de Millás, encendió un fósforo que mantuvo su llama inalterable. «Estamos en el ojo de la tormenta, capitán», le dijo. «Es evidente. Estamos en el ojo», corroboró Millás. «Vamos a preparar el boletín de alerta.» Un rato después, las primeras ráfagas estaban ahí. «Un meteoro pequeño pero fuerte», recuerda Rodríguez Ramírez. «Las ráfagas abrieron la puerta principal del observatorio y sacaron las ventanas como si fueran corchos de botella.»

Hemingway escribió poco después:

2000 Millás anuncia un nuevo huracán al sur de I (Isla) de P (Pinos)

con peligro para Hab y P (Pinar) del R (Río) 220 millas al S moviéndose
N o NO 65 MPH.

3/8/50 0807 de la finca [Vigía] 29,35 Borrascas fuertes hacia S Viento
ENE Fuerza 3. Teniente Flores Boletín Aviación Cubana a 0800 dice que
H (Huracán) está SSO de I de P (no se da dirección) moviéndose más
lentamente [subrayado en el original] e incrementando su fuerza. Se
recomiendan todas las precauciones. Millás a las 0830 todavía prepara
su boletín. Sonidos de martillos en el reparto.

0845 Nada de Millás.

0900 Millás aún prepara su boletín.

0908 Nada de Millás.

0921 Nada de Millás. Continúa repetición del boletín de Flores.
Hemingway ha saltado repetidas veces, de septiembre a agosto, por lo
cual ya no sabemos en qué fecha estamos. A las 10:15 reporta la
ubicación de su hipotético huracán «a 125 millas SSO del Cabo de San
Antonio». Pero el meteorólogo, dice Hemingway, «se mueve al NO
perdiendo fuerza».

Barómetro de la Finca 29,35. Viento E Fuerza 4-Fuerza 5 sin ráfagas.
4/8/50

0310 Bar. 20,02. Viento N Fuerza 10 (Viva Millás) [en español en el
original].

Llega Pancho [Francisco Castro, el carpintero] y cierra el cuarto de
Mary. Boletín del Observatorio a las 1400. No lo firma Millás (Viva el
capitán de corbeta)

0500

Boletín de Millás (hijo de la gran puta y capitán de corbata) [toda la
frase en español en el original] dice que el huracán está a 60 millas al S
de Batabanó y puede entrar en la costa cubana entre Las Villas y Pinar
del Río (el centro de la tormenta sobre Marianao). Presión barométrica
28.90 calma absoluta desde 0410 hasta 0500.
A las 0525 consigna un viento del sur de fuerza 4. A las 0530
Hemingway anota: «Millás anuncia que es imposible dar boletín

durante horas de la noche.» Hemingway arremete injustamente contra Millás. Los boletines del Observatorio Nacional eran emitidos siempre a las 6 am y 10 pm. Más adelante anota: «A las 0750 presión barométrica 29,20. Viento SSO Fuerza 7. La tormenta se va al mar. Estábamos en su borde E.» Hemingway está empleando una jerga típica de meteorólogos y pescadores cubanos: irse al mar. También se acostumbraba decir, cuando una tormenta salía de la isla, que «entró en el canal» o que «cruzó de tierra». A las 0850: «Presión barométrica 29,20 (no corregido por el nivel del mar) Viento SSO Fuerza 5 y 6 en ráfagas. Firmado [en español] E. Hemingway General de guerrilleros.»

Sigue la fórmula de los partes meteorológicos cubanos que, al final, decían: «Firmado: Millás, capitán de corbeta».

La nota final, hecha en el reverso de la última hoja del bloc de cálculos, está fechada cuatro años después, pero en el noveno mes, septiembre, y conserva el mismo orden por columna de las anotaciones anteriores sobre el supuesto ciclón que azotó La Habana, o los supuestos y múltiples ciclones, o ese ciclón único y caprichoso que estuvo batiendo la ciudad y el Caribe desde agosto de 1950 hasta septiembre de 1954.

3			PM		11/9/54
Millás	—N	NNE	puede	cambiar	en cualquier momento.
Miami		—Recurvó.		Vientos	aumentan.
Nada		nuevo.		Muchas	contradicciones.

Es cierto. Muchas contradicciones. Lo que se reportó el sábado 11 de septiembre de 1954 fue calmas y vientos flojos a frescos del sudeste al nordeste. Cielo parte nublado y nublados. Algunas lluvias en el territorio, sobre todo en la mitad oriental. La Habana disfrutó de un sol incomparable.

Un momento de particular interés para Ernest Hemingway a principios

de la década del 50 se produjo cuando José Carlos Millás protagonizó lo que pudiera registrarse como uno de los más catastróficos equívocos de todos los tiempos al anunciar que un huracán especialmente peligroso cruzaría a unas 60 millas al este de La Habana. Los habaneros se apresuraron a clavetear puertas y ventanas, limpiar alcantarillas y pegar papel engomado a sus cristales. Pero los matanceros, cuya ciudad se encuentra a 60 millas al este de La Habana, siguieron el curso de su vida normal. El ciclón, en efecto, devastó la ciudad de Matanzas mientras que en La Habana reinó la calma. Las protestas fueron múltiples y Millás obtuvo el permiso del Estado Mayor de la Marina para explicarse en una comparecencia por televisión. Ni corto ni perezoso, Millás dijo que no era su responsabilidad que la gente tuviese tales desconocimientos de geografía y no supieran que Matanzas se halla a 60 millas al este de La Habana. «No es culpa mía que el observatorio se encuentre en La Habana. El punto de referencia de esta institución, como todos debían saber, es la capital.» Esta fue una de las pocas noches que Hemingway se detuvo cerca de media hora delante de la pantalla del televisor.

Otro hecho insólito, al que Hemingway tuvo acceso por medio de la televisión cubana, ocurrió algunos meses más tarde.

Era la época de oro de los platillos voladores, y en los terrenos donde se construía la Ciudad Deportiva —frente por frente a la fuente más pretenciosa de la capital, llamada El Bidé de Paulina por los habaneros, que honraban así a Paulina de Grau, «Primera Dama de la República», esposa del hermano del expresidente Ramón Grau San Martín, amaneció uno de esos artefactos interplanetarios. El ingenio, redondo, plateado y enigmático, alzaba un periscopio escalofriante. Pero no daba otras señales de vida. Movilizó a la policía de la ciudad con su Estado Mayor, a un batallón blindado del Ejército Nacional y al Cuerpo de Bomberos. La isla había sido agraciada— o desgraciada— con la primera visita pública de seres extraterrestres. En presencia de un acontecimiento de esta dimensión, el veterano periodista

Hemingway accedió a sentarse delante del Admiral de Finca Vigía. Se armó con una botella más grande que las de costumbre y puso sus ojos incrédulos en la pantalla. De repente, hacia las cuatro de la tarde, luego de medio día de expectación, se abrió una escotilla y, ante el espanto general de los televidentes (a esa hora ya habían huido todos los que estaban en los alrededores, y el jefe de la policía, brigadier Rafael Salas Cañizares, pistola en mano, se parapetaba tras su Mercury de matrícula oficial), surgió una modelo y bailarina muy famosa que mostraba una apacible botella de cerveza Cristal. Por la misma escotilla emergieron los 43 integrantes de una orquesta de música popular que tocaban sus instrumentos y coreaban este estribillo contagioso: «Hasta los marcianos toman Cristal.» Demasiado para Hemingway. Terminó de beberse su litro de ginebra Gordon. Sin hielo, sin agua, sin agua tónica, sin limón. Sus empleados lo estaban observando. Hemingway se levantó y fue directamente hacia su cama, no a la de Miss Mary, y se durmió sobre la montaña de cartas, los ojos tapados con una estrujada edición dominical de *The New York Times*.

34

Los asombros no habían terminado para Hemingway en Cuba. En uno de los pasajes de *Islas en el Golfo*, Thomas Hudson desciende desde su casa hasta La Habana por la Carretera Central y menciona un suceso inusitado ocurrido en 1939 (la misma época en que Hemingway compró Finca Vigía). Un policía descuartizó en seis partes el cuerpo de su amante; las envolvió en papel de madera y dispersó los macabros paquetes a lo largo de una carretera. En el caso verdadero, los pedazos no fueron tantos, aunque es cierto que el descuartizador era un policía y que la cabeza de la víctima apareció en Batabanó.



José Herrera (Pichilo) dentro de la gallera que él levantara en Finca Vigía. A la izquierda de Hemingway, René Villarreal en sus primeros tiempos en Finca Vigía, hacia fines de los años 40.



En la puerta de su casa, en noviembre de 1954, después de recibir el Premio Nobel. (Hans Malmberg)

Hudson llama la atención sobre la manera curiosa en que los cubanos sentenciaron que la difunta debía ser una turista norteamericana. Uno de los trozos hallados correspondía al pecho, y, «sin duda alguna», una cubana no podía tener senos tan pequeños. Hudson se vio obligado a suspender sus sesiones de trote por la

carretera «porque cualquiera que fuera visto corriendo, aun caminando apurado, corría el peligro de ser perseguido por el populacho al grito de: “¡Allí va! ¡Es él! ¡Es el hombre que la cortó en pedazos!”»

Cuando Hemingway escribió este fragmento de *Islas en el Golfo*, a principios de los años 50, René Hidalgo, antiguo estudiante de medicina y expolicía, guardaba prisión en el penal de Isla de Pinos.

Lo que sigue es el informe sobre el caso redactado por el criminalista cubano Carlos M. Palma, uno de los amigos de Hemingway en el Floridita, quien había ganado celebridad en los años 20 y 30 al reportar desde el paredón de fusilamiento los últimos minutos de una docena de condenados (hay fotografías en las que aparecen el reo, la escuadra de tiradores, el oficial de ceremonias, el cura confesor y Palma, entonces un desenfadado adolescente, libreta y lápiz en mano). Al pie de la barra del Floridita, Hemingway respondía con una sonrisa tímida a los abrazos de este hombre que llegó a ser representante en el Congreso de la república, gerente de tres salones de baile y director de *Show*, una revista de espectáculos que era ella misma un espectáculo.



Cuatro alistados de la Fuerza Aérea norteamericana obtienen el premio Aircraftsmen-of-the-Month, por buen comportamiento.

Una parte del premio consistía en visitar a Hemingway en su casa de Cuba. Finca Vigía. 1954.

El lenguaje del informe es al uso de la época. Uno solo de sus gerundios está bien empleado. Su sintaxis, aunque sea difícil aceptarlo, debe proceder de algún contacto lejano con la lengua castellana.

EL CASO DE RENÉ HIDALGO, EL DESCUARTIZADOR

René Hidalgo Ramos, que había sido policía, mantenía relaciones concubinarias con Celia Margarita Mena, a la que había conocido en la Academia de Bailes denominada «Galatea», con la que sostenía frecuentes disgustos, a tal extremo que prácticamente estaban ya separados, después de residir en distintos lugares de la Capital y en Batabanó, donde a la sazón el enjuiciado fungía de policía. El 8 de

marzo de 1939, viviendo Hidalgo en el Edificio Larrea, Calzada de Máximo Gómez 969 quinto piso, llamó a su concubina que estaba de visita en otra habitación del mencionado edificio, reanudándose las escenas de celos que protagonizaban de ordinario. En medio de uno de esos incidentes, Hidalgo, violento, le dio a Celia un golpe en el cráneo, observando que ésta había muerto. Preso de hondo temor por las consecuencias que le originaría su acción, alimentado por su experiencia de haber trabajado en Clínicas con varios médicos, concibe la idea de hacer desaparecer el cadáver, arrastrándolo hacia el cuarto de baño donde procede al desmembramiento de la muerta, dividiendo su cuerpo en varias secciones hasta confeccionar distintos paquetes. La Audiencia afirma en el Resultado Probado que al considerarla muerta le dio un corte en la parte superior de la rodilla dividiendo con la profundidad de ese corte troncos nerviosos, que le produjeron a la agredida una reacción en su organismo, con la que volvió en sí de su estado exánime. Entonces el autor le asestó un fuerte tajo en el cuello que seccionó importantes vasos vasculares de esa región sobreviniéndole una hemorragia, cuya consecuencia fue la pérdida total de la vida. Trucidado el cuerpo de la difunta, entre el 9 y el 15 de marzo lleva un paquete a un registro del alcantarillado en las Avenidas 7a y calle 2, Buenavista; otro en una cuneta que se halla en la curva del Padre Emilio; otro en una cuneta del Reparto Diezmero y por ultimo otro a un pozo negro en la calle Dificultades, en Surgidero de Batabanó. La Audiencia condena por asesinato calificado por la alevosía, profanación de cadáveres y otro delito de inhumación ilegal de cadáveres a 24 años de reclusión, por el primero y tres años por cada uno de los otros dos.

El Tribunal Supremo descarta la alevosía con una agravante a la propia pena y lo sanciona por un delito completo de profanación e inhumación ilegal a 4 años de prisión. Hay un voto de Tabío y Ochotorena estimando la alevosía. Hemingway no conoció el final de la historia. René Hidalgo fue puesto en libertad después de cumplir su larga condena. A principios de los años 70 era un anciano que trabajaba en la terminal de pasajeros de Santiago de las Vegas, a unos 30 kilómetros de la capital. Sus

compañeros de trabajo aceptaban su grave y retraída presencia. Hidalgo no mostró interés alguno en saber que había sido utilizado como modelo por Hemingway en uno de sus libros. Ya la prensa le había conferido fama suficiente.

En cuanto a Palma, siguió apareciendo en las portadas de su revista, siempre con un soberbio Partagés en la mano y en compañía de «la beldad del mes». Hemingway tampoco conoció el destino del exrepresentante. Al triunfo de la revolución, sus tres salones de baile y su *Show* fueron clausurados, pero Palmita no pareció preocuparse en absoluto. Decidió quedarse en el país y ganarse la vida en las logias masónicas, dictando conferencias sobre su tema favorito: —La búsqueda de la felicidad».

Había sido amigo de todo el mundo, y en su casa de La Habana, hacia 1980, conservaba una vasta colección de fotos autografiadas: Palmita y Juan Domingo Perón, Palmita y Frank Sinatra, Palmita y la corista Tongolele, Palmita y Fulgencio Batista, Palmita y Kid Gavilán, Palmita y el Supremo Arquitecto, Palmita y Dámaso Pérez Prado, Palmita solo con un retrato de Palmita al fondo y, desde luego, Palmita y Ernest Hemingway. Sostuvieron una amistad que el escritor disfrutaba y que fue creciendo al fragor del whisky y de los daiquirís del Floridita.

35

«EL SEÑOR Ernesto era muy generoso», dice Sergio Anchia González, un plomero clase A que tiene ahora más de 70 años. En su afán de mejorar la imagen del escritor, el viejo obrero cubano habla de un Hemingway de corazón noble, permanentemente preocupado por el destino de los pobres.

Cuenta Anchia que Hemingway le decía a Manolo Asper, dueño

del hotel Ambos Mundos: «Manolo, por favor, que ningún pobre se me quede sin medicinas.»

Recuerda que después de concluir algún trabajo de plomería en la finca, Hemingway le decía: «Anchía, tú no sabes cobrar tus trabajos, coge unos pesos más para los tragos.» Según Anchía, Hemingway salía a cazar palomas y después le enviaba todas las presas capturadas para que las repartiera entre los vecinos pobres de la calle Tejadillo, donde aún reside el plomero.

«Un día de invierno crudo me citó en Finca Vigía. Me dijo que había un salidero en la piscina porque se veían unas burbujas. Hacía un frío cortante y era uno de esos días grises que se dan en este país. Me acerqué a la piscina y pregunté: “¿Bueno, dónde está el salidero?” Cuando estaba concentrado mirando hacia el agua, Hemingway me dio un puntapié y me lanzó de cabeza a la piscina. Caí como un ladrillo, con mi maletín de herramientas y mi overol.»

«El señor Ernesto estaba muerto de risa por lo bien que le había salido la broma. Mandarme a buscar con el chofer Juan, solo para tirarme con ropas al agua. Después se lanzó él mismo. Era muy democrático. Al salir, mandó traer dos tragos y dos payamas. Como la ropa era de él, a mí me quedaba enorme, y él se reía muchísimo. El chiste le costó 100 pesos, mis herramientas y la ropa.»

Quizás estos recuerdos de Anchía estén motivados por el agradecimiento. Hemingway le dio al plomero una carta de recomendación para Howard Soler, vicepresidente de la Compañía Cubana de Teléfonos. Gracias a este gesto el pequeño Anchía tuvo trabajo seguro y estabilidad económica para el resto de su vida.

El Hemingway de Anchía no es el mismo que sostiene este diálogo con Scott Fitzgerald:

—Los ricos son diferentes a nosotros —dijo Fitzgerald.

—Sí, ellos tienen más dinero —respondió Hemingway.

36

Carteles

11 *de* *julio* *de* 1954

ERNEST HEMINGWAY DE NUEVO ENTRE NOSOTROS

Texto: Lisandro Otero

Al atardecer, el barco italiano enfiló el estrecho canal de la Bahía de La Habana y fondeó en medio de ella un momento más tarde. Alrededor del barco rondaban seis o siete lanchas esperando que el médico ordenara bajar la bandera amarilla de sanidad, permitiendo el acceso a bordo. Arriba, en el puente de mando, junto al capitán, un hombre de anchas espaldas y barba gris saludaba con la mano y respondía gritando estentóreamente a las preguntas que le hacían desde las lanchas...

Ahora Hemingway vuelve a su hogar cubano, «el lugar que más quiero en el mundo después de mi patria»...

Cuando por fin las autoridades portuarias permitieron el acceso a bordo, más de cincuenta personas entre periodistas, fotógrafos y amigos subieron por la escalerilla. Hemingway los esperaba en el comedor del barco. Allí charló con todos, bromeó, rió y tomó varios tragos. Finalmente desembarcó. En el muelle lo esperaba otra ola humana. Abriéndose paso llegó hasta la Aduana donde fue recibido por una nueva batería de fotógrafos y público. Hemingway reía satisfecho del cálido recibimiento.

Su equipaje constaba de más de cuarenta bultos: cajas de madera con animales disecados, enormes baúles, cajas de acero con armas de fuego y largos sacos de tela con cañas de pescar. Todo fue cargado en un camión rápidamente prescindiendo del trámite aduanal. Unos minutos más tarde el camión se alejó rumbo a la finca «Vigía», seguido por el

pisicorre del novelista.
Ernest Hemingway estaba de nuevo entre nosotros.
¿Hemingway entre nosotros? ¿De verdad?

Sí, con toda seguridad se sentía a sus anchas en esta isla que siempre se mostró hospitalario con él. Y hasta hubo jolgorios y fiestas frecuentes en su honor, como aquel borrascoso 28 de octubre de 1954 cuando un batallón de cubanos invadió Finca Vigía. Ese día, hacia las once de la mañana, las emisoras de radio habían interrumpido sus programas habituales para anunciar que «un hijo predilecto de Cuba» había ganado una competencia de relieve internacional y se le galardonaba con la medalla de oro, el diploma iluminado y los 36 000 dólares constantes y sonantes del Premio Nobel. Hemingway le dirigió la palabra al nutrido grupo que se reunió en la finca. Su alegría lo hizo adoptar un tono frívolo y ligero, con el cual, no obstante, como Thomas Hudson en el Floridita, dijo algunas cosas agudas:

Señoras y señores:
Como ustedes saben, hay muchas Cubas. Pero, al igual que la Galia, se pueden dividir en tres partes: los que pasan hambre, los que subsisten y aquellos que comen demasiado. Después de este magnífico (y burgués) almuerzo, sin duda pertenecemos a la tercera categoría, al menos por el momento. En ese mismo tono burlón se refirió a su apoliticismo y a sus amistades cubanas. Afirmó que Antonio Maceo era un general superior a Montgomery (el héroe de la Segunda Guerra Mundial, vencedor del mariscal Rommel, el Zorro del Desierto), le deseó la muerte al dictador dominicano Trujillo y expresó su decisión de entregar la medalla del Premio Nobel a la Virgen de la Caridad del Cobre. Hemingway terminó su discurso explicando que los 36 000 dólares no habían llegado aún, y que por tal razón era improbable que le robaran.

Hemingway a bordo

El archipiélago cubano está a caballo entre el océano Atlántico y el mar Caribe. Tiene más de 7 000 kilómetros de costas, una plataforma insular de alrededor de 70 000 kilómetros cuadrados que comprende 1 600 cayos, isletas e islas, más de 165 lagunas, 290 ríos y 100 presas o embalses. Sus velocidades medias de viento —de 9 a 19 kilómetros por hora—, sus pequeñas oscilaciones de marea —menos de un metro entre la bajamar y la pleamar—, su flora y fauna marinas, reúnen las condiciones para todas las modalidades de pesca deportiva.

La pesca de altura o pesca mayor (Big Game Fishing) cuenta en Cuba con un escenario ideal. El plato fuerte de este deporte son las especies de pico, conocidas como agujas o merlines. Las aguas adyacentes a la isla se llenan de estos peces en ciertas estaciones del año. Practican hábitos migratorios y se desplazan con las corrientes, acorde a requerimientos biológicos y otros factores. En la costa norte de la zona oriental, en aguas aledañas a Punta Lucrecia se detectan agujas de abanico o voladoras entre octubre y noviembre. En aguas profundas frente a Playa Girón, al sur de la isla, las agujas blancas hacen su aparición alrededor de febrero. Pero las informaciones sobre estas zonas y sus posibilidades para la pesca deportiva son escasas aún. Sin embargo, es tradicional la corrida de la aguja que tiene lugar en aguas de la costa norte, desde Punta Gobernadora, en el extremo occidental, hasta el cayo Cruz del Padre, en el noroeste de la península de Hicacos. Comienza a fines de abril y a veces se prolonga hasta la entrada de las primeras ráfagas del invierno.

Procedente del norte, de su antiguo hogar, Ernest Hemingway exploraba estas costas en 1932. Un contrabandista de Key West le había facilitado la embarcación y había puesto en sus manos los primeros rollos de pita catalana. Joe Russell, apodado Josie Grunts (Pepe Ronco; durante los duros días de la depresión este pescado fue dieta permanente de los habitantes pobres de Key West), se convirtió en el

maestro de navegación y comercio de rescate y en el fiel acompañante que se daba gusto retratándose al lado de su mejor alumno: Ernest Hemingway. No contento de tenerlo de cliente en su barra de Duval Street, Key West, el mítico Sloppy Joe's donde se violaban todas las convenciones de la Ley Seca, lo convenció de la magnificencia de la pesca de agujas a la altura de las costas cubanas y puso su lancha *Anita* a disposición del escritor (solo 10 dólares diarios, por tratarse del amigo Ernest). Fue él quien le presentó a un enigmático pescador habanero llamado Carlos Gutiérrez, primer patrón del *Pilar*. Por tanto, el mes de abril de 1932 devino la fecha del inicio de los viajes de Hemingway a Cuba. Una relación que, en el plano literario, proporcionaría tres novelas importantes de la literatura contemporánea, un cuento de carácter político y una docena de crónicas deportivas; en el plano amistoso convirtió a Ernest Hemingway en un residente cubano y en un sólido personaje de su geografía republicana.

En Finca Vigía queda el testimonio de esa amistad. Allí hay varias fotos movidas y gastadas donde aparecen, entre otros, Hemingway y Josie Russell en los muelles habaneros de Luz y San Francisco. Estas fotos son también el testimonio de los primeros viajes de Hemingway a Cuba. A Josie lo veremos complacido, con su apretada sonrisa y sus dientecillos de ratón, y siempre con un recipiente en las manos. No en balde se decía entonces que el señor Russell ingería un alto porcentaje del alcohol que originalmente estaba destinado al contrabando o la venta clandestina en el Sloppy Joe's.

Pero el maestro habría de convertirse en discípulo al cabo de 10 años, y Hemingway llevaría a pasear entonces al jubilado corsario... Un abuelo venerable viajaba a bordo del *Pilar* a principios de los años 40. Tomaba limonada «con una gotica de ron» y un te «tibiecito» que Gregorio preparaba. Hemingway le preguntaba ocasionalmente: «¿Está viajando cómodo, Mister Russell?», y Josie respondía con una triste sonrisa. Sería devoto a Ernest, su ahijado, hasta el fin.

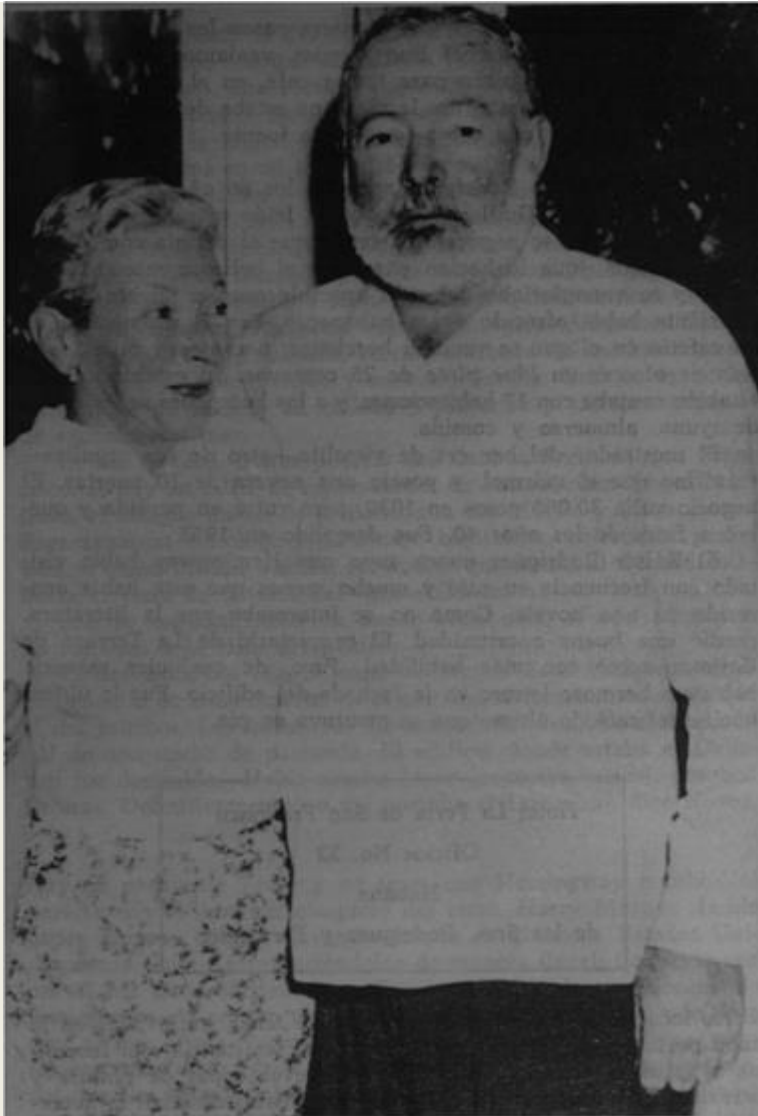
Mientras el *Anita* cabeceaba en el muelle aferrado a sus dos cabos rústicos, Harry Morgan bajaba a tierra y se encaminaba directamente hacia el Café de la Perla de San Francisco.

Tener y no tener, la novela nerviosa y dura que presenta el más confuso de los protagonistas hemingwayanos, comienza con un tiroteo frente a este café de La Habana Vieja.

Hemingway había sido testigo de una masacre el 7 de agosto de 1933, mientras esperaba en la bahía de La Habana el buque que lo llevaría a Europa y de ahí a África. Aunque la historia no registra ningún hecho semejante en las inmediaciones del Café de la Perla de San Francisco, el escritor pudo haber sido testigo de masacres similares ocurridas en cualquier punto de aquella ciudad convulsa.

Hemingway eligió un amanecer, un mendigo sediento y el ruido del trasiego inicial de los bares del puerto, para componer el párrafo con que inicia su primera novela cubana:

¿Saben ustedes cómo es La Habana a primera hora de la mañana, cuando los vagabundos duermen todavía contra las paredes de las casas y ni siquiera pasan los carros que llevan hielo a los bares? Bueno, pues, veníamos del puerto y cruzamos la plaza para tomar café, en el Café de la Perla de San Francisco. En la plaza no estaba despierto más que un mendigo que bebía agua en la fuente...



Hemingway, vestido con una guayabera blanca, y Mary Welsh reciben en La Habana la noticia de que el escritor ha sido galardonado con el discutido pero siempre codiciado Premio Nobel de Literatura. Este día solo acepta hablar para la televisión cubana, y organiza rápidamente una fiesta para todos los visitantes.

Es el 28 de octubre de 1954, en Finca Vigía. (UPI)

El señor Antonio Rodríguez murió a los 86 años en 1951. Le llamaban el Káiser Guillermo. No había leído más libros que los de las

cuentas de su negocio. Usaba lo que él definía como bigotes asturianos —que lo hacían parecerse al belicoso monarca alemán— y se vanagloriaba del sitio apacible que su talento de comerciante había ofrecido a los habaneros. Era el propietario de un cafetín en el que se vendían horchatas, naranjas y piñas, además de ofrecer un *blue plate* de 25 centavos. Su establecimiento también contaba con 17 habitaciones, y a los huéspedes se les servía desayuno, almuerzo y comida.

El mostrador del bar era de vitrolite —otro de sus orgullos—, más fino que el mármol, y poseía una nevera de 10 puertas. El negocio valía 30 000 pesos en 1930, pero entró en pérdida y quebró a fines de los años 40. Fue demolido en 1953.

El Káiser Rodríguez nunca supo que Hemingway había visitado con frecuencia su café y mucho menos que este había aparecido en una novela. Como no se interesaba por la literatura, perdió una buena oportunidad. El propietario de La Terraza de Cojímar actuó con más habilidad. Pero, de cualquier manera, había un hermoso letrero en la fachada del edificio. Fue la última huella del café, lo último que se mantuvo en pie.

Hotel La Perla de San Francisco
Oficios No. 32
Habana
de los Sres. Rodríguez y Fernández

Otras locaciones originales de *Tener y no tener*, enclavadas en la zona portuaria de La Habana, oponen una resistencia casi femenina al paso del tiempo. Solo algunas nuevas capas de pintura y atrevidas y extemporáneas ventanas tipo Miami desafían la autenticidad de las fachadas.

Pero en realidad han cambiado muchas cosas desde que Harry Morgan bebía una cerveza en el bar Donovan. En este escenario se nota, sobre todo, la ausencia de marinos yanquis y de los aventureros del

corte del héroe hemingwayano. En lugar de esos personajes se mueven ahora alrededor del puerto marinos soviéticos y griegos, italianos y polacos, mexicanos y panameños que, por lo pronto, hacen más cosmopolita el paisaje.

Además del Café la Perla de San Francisco, había un restaurante chino donde Morgan almorzaba por el módico precio de 40 centavos. Después, una cerveza fugaz en el Donovan y una visita a otro bar, el Cunard, para pagarle a Frankie un par de tragos.

Finalmente, la mujer, Marie, recuerda que la primera vez que se tiñó el pelo fue en un salón del Prado.

El salón de belleza y el restaurante chino no se pueden localizar porque en el libro no aparecen sus señas. El restaurante chino favorito de Hemingway en La Habana era El Pacífico, que estaba cerca de un mercado popular muy barato. Los regalos que Harry Morgan compraba a su mujer los adquiría en unas tiendas que tenían siempre los mismos letreros en inglés: *Alligators Goods-Souuettirs*. El Prado habanero, versión caribeña del madrileño, está intacto, con su gran parque y su hotel Sevilla. Está en la actualidad lleno de salones de belleza y pizzerias y siempre a punto de encontrar el mar.

El bar Cunard, a tres puertas del Café la Perla de San Francisco, es hoy un taller de reparaciones de automóviles. Ángel Martínez, el antiguo dueño de la Bodeguita del Medio, y César Novoa Esperanza, un mitológico personaje capitalino, cajero de profesión, a quien llaman Varilla, recuerdan que frente al Cunard estaba la vidriera de tabacos del «gran» Generoso.

Allí se especializaban en hacer buen café, afirma Martínez. Lo tostaban a la vista del público.

El bar Donovan era, a juicio de Novoa Esperanza, «un tugurio, un sitio de mala muerte, en el que uno se tomaba nada más que el del

estribo». Los habaneros llaman «el del estribo» al trago final de una noche de parranda. El edificio donde estaba el Donovan fue destruido. «Había mucho *bisne* [negocios sucios], pasaban fleteras. Definitivamente no me gustaba el Donovan», dice Novoa.

Hay un pasaje de *Tener y no tener* que Hemingway escribió, al parecer, sin el dominio completo del tema. Harry Morgan decide ganar algunos dólares llevando grupos de chinos a Estados Unidos desde Cuba e introduciéndolos de manera ilegal. Convenía con un tal Mr. Sing el traslado a Estados Unidos de una docena de inmigrantes. Al zarpar, en la noche, asesina a Mr. Sing y lo deja caer al mar. Pone otra vez la proa rumbo al litoral cubano y en las cercanías de la playa de Bacuranao les comunica a sus pasajeros que han llegado a la Florida. Los chinos se dan cuenta de todo, pero Morgan los encañona y los hace descender.

Hemingway debe haber tenido noticias de este tipo de contrabando a través de Carlos Gutiérrez. Pero los viejos pescadores cubanos y algunos historiadores afirman que no era tan fácil engañar a los chinos. Los contrabandistas profesionales cobraban entre 200 y 300 dólares por cabeza, pero tenían que cumplir sus tratos. Como los chinos eran los trabajadores más discriminados de esa época, organizaron poderosas organizaciones secretas. Tenían, además otro recurso clave: no pagaban la cantidad completa hasta que no estaban en Estados Unidos. Los patrones que se arriesgaban a engañar a los chinos, estaban siempre en peligro de ser víctimas de la venganza. La cantidad de chinos que alimentaron tiburones o murieron de hambre en los cayos de la costa norte cubana, tiene que ser pequeña, comparada con la de los que lograron instalarse en Estados Unidos. De los 10 000 emigrantes chinos que se trasladaron en esa época de Cuba a las costas norteamericanas, pueden haber sido burlados unos 200 y, de esos, solo 30 ó 40 habrían ido a parar a las aguas del Golfo.

Perc existe un dato que contribuye parcialmente a justificar el relato hemingwayano: frente a los cayos de la Florida, hay una boya

llamada Rebeca que, por la época de Harry Morgan, comenzaron a llamarla «la boya de los chinos». Según el recuerdo de algunos prácticos de la zona, el nombre surgió cuando un contrabandista abandonó allí a unos «pasajeros» que cubrían la ruta Cuba-Estados Unidos.

38

En la mañana del lunes 3 de julio de 1961, *The Key West Citizen* pagó un tributo de agradecimiento. Desplegó en su primera plana este titular nostálgico y poderoso: *PAPA PASSES*.

Hemingway conoció La Habana desde un Key West exclusivo y casi revolucionario; había llegado, procedente de Europa, una tarde de abril de 1928, con su mujer Pauline, preñada y asustadiza. También tenía el manuscrito de *Adiós a las armas* a medio terminar.

Hemingway decía que Key West era «el Saint Tropez del pobre», pero fue en este lugar donde su personalidad y sus personajes se endurecieron. Era una isla de nueve millas cuadradas y una población de 11 600 personas, compuesta por los llamados *conchs* —nativos del lugar—, además de negros de Bahamas y cubemos. Eddy Saunders y Joe Russell, dos personajes importantes del entorno hemingwayano, surgieron de esta población.

En los años 20 Key West era más habanero que norteamericano y los conchos ocupaban el estrato inferior de la sociedad. Casi todo estaba en manos cubanas. Pero a raíz de la gran depresión, la industria tabacalera —que llegó a tener 2 000 obreros— había desaparecido; la base naval fue abandonada, las líneas de vapores cerraron sus oficinas, y la carga marítima se trasladó a New Orleans. El ayuntamiento se declaró en quiebra el 2 de julio de 1934. Un panorama desolador que Hemingway describió en *Tener y no tener*.

Había vivido allí en una casa de la calle Whitehead, número 907 (que es hoy otro Museo Hemingway), construida en 1851 por un magnate naviero llamado Asa Tift. Un tío de Pauline. Gustav Pfeiffer, la compró en 1931 en 12 500 dólares para el matrimonio. La pareja vivió en esa casa durante nueve años, y desde allí viajó a Wyoming y Sun Valley, a Francia, España, Cuba y Bimini. Allí Hemingway terminó *Adiós a las armas*, hizo las primeras historias de *Tener y no tener*, completó *Muerte en la tarde*, y, según algunos biógrafos, comenzó *Por quién doblan las campanas*. Allí también escribió «Las nieves del Kilimanjaro». En una visita a Key West en 1955, Hemingway regresó con A. E. Hotchner a la caseta de la piscina de su antigua casa, y dijo: «Aquí fue donde escribí “Las nieves del Kilimanjaro”.»

The Overseas Highway, terminada en marzo de 1938, conectó la isla con la tierra firme de la Florida. Fue como una transfusión de sangre. Ahora cada año más de 450 000 turistas visitan la ciudad, de acuerdo con las cifras de la Cámara de Comercio.

De los antiguos amigos de Hemingway en Key West, solo dos quedaban vivos a finales de los años 70: Charles Thompson, nombrado Old Karl en *Las verdes colinas de África*, quien acompañó al escritor en su primer safari, y Otto Bruce, Tubby, el antiguo ayuda de cámara. Pero otro personaje que recuerda diariamente a Papa, es Stan Smith, propietario del Sloppy Joe's desde 1962. La presencia remota de Hemingway y Russell en ese local es un reclamo excelente para la prosperidad de su negocio.

39

En el año 1928 Hemingway conocería a un personaje importante de su vida. Nada de piratas ni de contrabandistas. Un mal tiempo de los buenos obligó al *Anita* a buscar amparo en Dry Tortugas; en algún lugar del improvisado refugio, otro velero aguardaba también el fin de la

tormenta. El capitán del velero, un pescador llamado Gregorio Fuentes, observaba ecuánime la maniobra del *Anita*.

Vestía una camisa de cuadros rojos y negros, que recordaba los banderines de señales que usan los prácticos de puerto a la entrada de las bahías. Tenía el porte y la estampa de un viejo lobo de mar. A Hemingway y sus amigos los agasajó con vino y cebollas. Seis años más tarde, Fuentes se convirtió «en el pilar del *Pilar*», como Hemingway dijo una vez.

Este es la descripción que aparece en «El Gran Rio Azul»:

Gregorio Fuentes es el piloto del *Pilar* desde 1938. Ha cumplido los cincuenta este verano [1949], y vino de la isla de Lanzarote a la edad de cuatro años. Nos conocimos en Dry Tortuga en 1928; entonces era patrón de una lancha pesquera; allí corrimos una tempestad con fuerte nordeste. Estuvimos a bordo de su embarcación con objeto de comprarle unas cebollas. No quiso cobrárnosla y nos agasajó con ron. Recuerdo que su embarcación era la más limpia que he visto. Después de haber transcurrido tantos años me doy cuenta de que para él había dos cosas fundamentales: ejercer la pesca y mantener limpia, pintada y barnizada su lancha pesquera.

Anteriormente tuvimos un buen piloto llamado Carlos Gutiérrez; pero me lo quitaron mientras estuve de corresponsal en la Guerra Civil Española. Y fue una gran suerte encontrar a Gregorio, pues sus conocimientos náuticos salvaron el *Pilar* en el transcurso de tres huracanes. Hasta ahora, el seguro marítimo no ha tenido que compensarnos ninguna pérdida fuera de la avería en el timón. Gregorio fue el único que a bordo de una embarcación chica luchó felizmente al ancla contra el huracán de octubre de 1944, cuya velocidad fue de ciento ochenta millas por hora y llevó las embarcaciones de pesca y otras menores al malecón y al pie de las colinas cercanas a él.

Chapter 47
He was awake in the night and
thought, now that this
came to me it is a great consolation.
Before there was only the work. Now there
the work and this job - must not think
about that now nor ever worry about
but my life is changed now. ~~There~~
~~is a consolation in having the money~~
- must take some good care of her. I
was thinking of going off to
England - left her there at the
Hotel where she knows no one and
where there could be a shilling
and she will be ^{alone} ~~alone~~ - can
she come back and find the

Esta página y las que siguen: esbozo del monólogo que Robert Jordan, protagonista de Por quién doblan las campanas, sostiene en el transcurso de la última noche de su vida. El texto aparece considerablemente ampliado en la versión definitiva de la novela.

and page number 104
and picked her up. No. I will get
his good papers. Karim can help me
in that. Then I will get her clothes
Karim's god can help me with that
and I will send Petra out to
go with her to buy what she needs.
Petra will take good care of her.
She could live with Petra perhaps
while I am away. No that's not
practical but I do not want her
to Jaylark with these people.
Maybe we can get an apartment.
Certainly we can. I will find out
as soon as that is.

old page with 425

Park along there near where the book fair
is and now in the spring we can
walk in the Park with the horse chestnut
trees coming into bloom I can show
her all of Madrid. That's left, he thought
Karlov's girl will help me to dress her
even though she will be jealous
But she will do it - we quite a lot
of pesetas still ^{and more coming.} And Karlov's girl
has quite good clothes will get
her some good clothes. - never
notice what women wear except
whether it looks good or not. But
can get her a suit and some

page not 6420
though there are five sweaters ~~and~~ still
at Sams' on the green via. She'll
look lovely in what he thought in
what we buy for her - don't know
what it will be. What she wants
she'll need shoes too. She'll have to have
underwear. Stockings. Don't worry about
it she can get all that with Petra
while you're up at Gaylords. We can
go to the cobbler's together. They can
cut her hair over the same
way mine is so it will be neat
and then it can grow out. - wonder

5th page note to 473

how long it takes for a girl's hair to
grow out? She has beautiful, beautiful
hair. How will he like her hair? corn silk
hair - I like to see her wear it down to
her shoulders - wonder how long that
would take? Guess long enough looking
now. - guess I cannot stand it if
she were any more beautiful. But
she will be. All this time ^{The best thing is to let her} ^{be as beautiful as you can be} ^{and you}
must get her right gowns, and pyjamas
and a dressing gown and bed robe
slippers and a good coat and dress
and a suitcase. Stop it, he said
to himself. Just stop it will you

5th page of notes to 495

you and your beautiful young wife
 you and all your domestic problems.
 you loving someone and letting yourself
 really go so that you know now
 what that can be in love and what
 Maria is to you ^{well you had a nice time didn't you - I was mighty} you and your hair
 yes you and your Maria and the
 other little thing you've forgotten
 you're wonderful, be good because you
 really are. What was your big
 problem? How long it would take her
 hair to grow out to glamour girl
 length? That was the worst it? That

7th page of note to 475
was what was on your mind that was all
you had to worry about. you're pretty good, he
told himself you really are. and if that
is all you have to worry about =
think you had better go to sleep
your beautiful young wife is asleep
already. because pretty soon it is going to
be morning and in the morning see to
you can remember what your
problems were last night

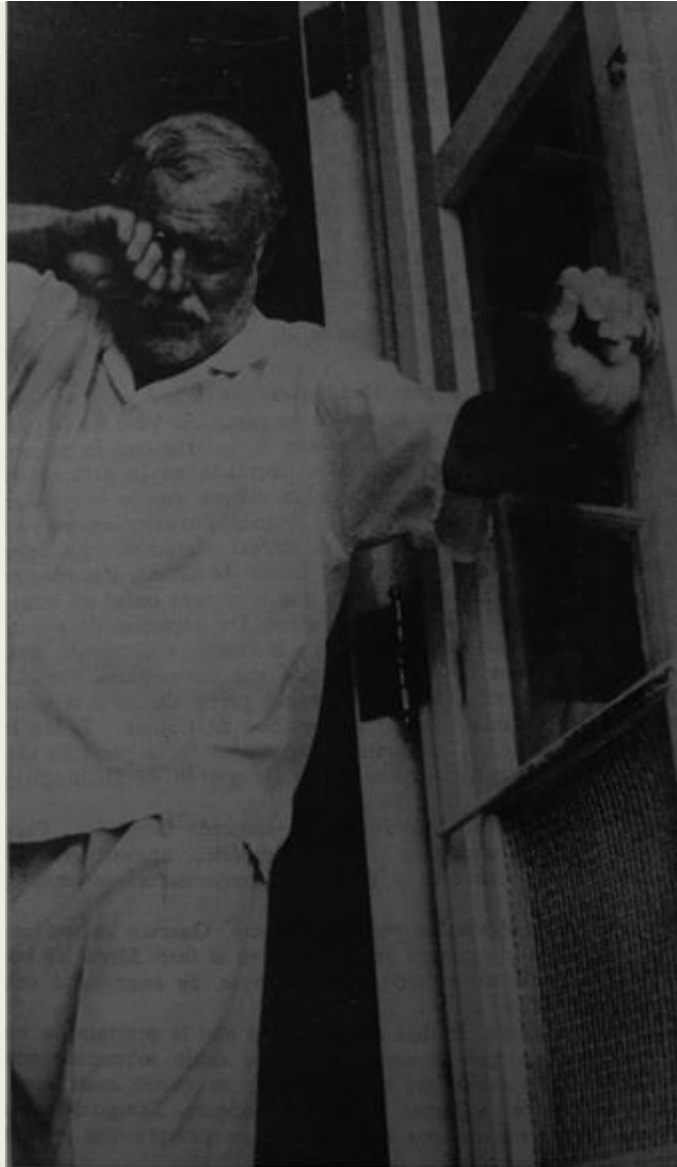
El hombre descrito por Hemingway es ahora un patriarca apacible, pero se mantiene activo como pescador. Vive en la misma casa de Cojímar que adquirió con el salario que le pagaba Hemingway (250 dólares mensuales). Sentado en la sala de su casa, con una gorra de pelotero en la cabeza, sus manos deformadas por el trabajo, los pies muy limpios, envuelto en un leve olor a alcohol, frente a una mesa de cristal, Gregorio sigue fuerte como un roble. Espera lo que él llama «la última afeitada» en compañía de una familia numerosa que lo venera como su auténtico jefe. Dolores, la mujer, le prepara los copiosos desayunos estilo norteamericano que Hemingway le enseñó a consumir: avena Quaker, grandes cantidades de pan con mantequilla, tortillas y queso, leche y café. Media hora en el portal de su casa basta para entender su relación con los vecinos de Cojímar. Todos lo saludan. Es uno de los verdaderos personajes de la pequeña ciudad pesquera. Lo respetan como al viejo patrón de Hemingway y por su experiencia como pescador.

«Cuando aquello de Dry Tortugas —recuerda Gregorio—, Papa

no era Papa, sino un atleta joven y simpático, apenas tenía 27 ó 28 años, muy sonriente y dispuesto, conversador, trigueño y *honesto*.»

«Estaban allí, atrapados por la tormenta. Querían comunicarse con Key West y entonces yo me lo llevé al faro. Llené las bodegas para lastrear mi velero y poder llegar. Se impresionó con la maniobra.»

«Cuando llegamos, le dije a los fareros que le prestaran a mi amigo el teléfono que se comunicaba por cable submarino con Key West. Él no sabía que eso existía, y se quedó asombrado. Todavía le faltaban algunas cosas por conocer. Tampoco sabía que los fareros eran amigos míos, y que yo siempre que pasaba por ahí les dejaba botellas de coñac.»



Gregorio transportaba pescado fresco de Cuba a Estados Unidos en el decrepito velero *Joaquín Cisto*. Ninguno de los otros pescadores, también atrapados por la tormenta, se atrevió a llevar a Hemingway hasta el faro situado a tres millas del lugar. Gregorio se decidió.

Años después, Gregorio navegaba en el *Atlanta*, un barco científico de la Universidad de Massachusetts que estudiaba la flora y la fauna de la plataforma insular cubana. Julio Hidalgo, viejo amigo de

Hemingway, práctico del puerto de La Habana, recomendó a Gregorio. Hemingway lo encontró en un cafetín de Casablanca, al otro lado de la bahía. Habían pasado 10 años pero se reconocieron enseguida. Gregorio aceptó trabajar como patrón del *Pilar*.

En cuanto al ciclón narrado por Hemingway en su crónica, Gregorio dice que la operación le resultó fácil. En aquella ocasión Gregorio fondeó en unos manglares de muy poca agua en un recodo de la bahía habanera y amarró el barco «a cuanto palo tuve cerca; a mangles, troncos y piedras. Cuando lo dejé listo parecía un yate atrapado en una telaraña». Puso a su abrigo a varios pescadores y sus pequeños barcos; a los que estaban en peores condiciones, con botes en mal estado —media docena de pescadores—, los subió a bordo. «Después vino el ciclón y el viento comenzó a soplar y las ráfagas de agua a batirnos y los barcos a querer soltarse de las amarras y las amarras a crujir y las tablas del *Pilar* a crujir también.» Gregorio Fuentes preparaba un arroz con pollo y tomaba scotch. Animaba a los otros pescadores: «Ahorita se cansa.» Se estaba refiriendo al ciclón. «Amainó por la tarde. Los pescadores que estaban a mi abrigo me ayudaron a sacar el barco de aquel manglar. Para eso los monté, para que me ayudaran.»

Gregorio explica así su destino de marino. Cuando tenía cuatro años su padre lo llevó ante «los jefes del puerto», en Lanzarote, España («ante los generales», añade, y señala imaginarios entorchados en el hombro). Allí le preguntaron: «Ven acá, mijito, ¿dónde quieres servir al Rey? ¿Por la vía del agua o de la tierra?» La tierra quería decir soldado y el agua, marino. «Me caso con la mar», respondió. «Y así me matriculé.»

Gregorio es el único pescador del mundo que posee fotos originales de Robert Capa y de Karsh. En la sala de su casa está el retrato famoso que Karsh le hizo a Hemingway. Las demás fotos las conserva en un sobre.

El expatrón del *Pilar* tiene cuatro hijas: una soltera, en la casa, Elvira, y otras tres casadas, América, Blanca y Aurora, las cuales le han proporcionado siete nietos. Se casó con Dolores Pérez en 1922; 50 años juntos, y bromea: «¡Cómo le he soportado yo cosas a esta Dolores!» Ella se defiende: «Lo malo es que Gregorio nunca se ha querido ir.» Al viejo marino no le gusta el cine y opina que a su edad la lectura le «trastorna» el cerebro.

Algunas desgracias personales se han abatido sobre los Fuentes pero solo recientemente la muerte ha rondado por esta casa de pescadores. Rafael, un yerno, fue el primero: un infarto lo mató en 20 minutos. Poco después le tocó a una hermana de Dolores. Se roció alcohol y se prendió fuego. Aquí mismo, en el patio de la casa. «Ella estaba mal de la cabeza, pero era muy fuerte», explica Dolores. Hemingway bendijo hijos y nietos y apadrinó todos los matrimonios, en ceremonias ruidosas, llenas de amistad, cariño y cerveza.

«Yo trabajaba a gusto con Papa. Era el patrón del barco, pero también cocinaba y preparaba los tragos. En ese tiempo un buen patrón ganaba un sueldo superior al mío. Pero a mí me complacía andar con él; era un verdadero amigo.»

El *Pilar* siempre estaba abastecido: algún «fresco», laterías, sopas norteamericanas, puré, frijoles y tamales picantes. En materia de bebidas, Hemingway le había entregado el mando a «Grigorine». Le decía invariablemente al pasar navegando frente al Morro de La Habana: «Capitán Grigorine, hágase cargo del Departamento Étílico.» Gregorio recuerda estas combinaciones y tragos:

- Tónico: dos dedos de ginebra, agua tónica a llenar el vaso, y un poco de limón. Nunca azúcar.
- Whisky con soda, pero White Label, Haig and Haig o Johnnie Walker.

- Vino italiano en garrafas; a veces chileno o español.
- Daiquiríes sin azúcar.
- Bacardí con hielo y limón.

Gregorio advierte que un vaso puede tenerse en la mano media hora «más o menos». Hay que dejarlo si se pone tibio.

«Papa no repetía una botella. Cada día inauguraba una. La ginebra Gordon era su favorita, pero a bordo había toda clase de bebidas porque él era un hombre de muchas visitas.» Y se tomaba «lo que apetecía cada cual».

Había una patente de uso exclusivo para Gregorio: «Tú coges un vaso limpio y le pones dos cucharadas de miel de abeja, cucharadas grandes, con una cuchara de sopa, y exprimes dos limones y echas una hojita de hierbabuena, y hielo, dos piedrecitas de hielo, y ron a gusto. Y nunca te entra catarro», afirma el viejo lobo de mar.

40

LA ANÉCDOTA cumbre de Gregorio aconteció en 1954. Hemingway trajo a bordo del *Pilar* al señor Charles Ritz, propietario del Hotel Ritz, de París, Hemingway le dijo: «Yo tengo un cocinero que tú no tienes en el hotel», y, dirigiéndose a Gregorio, le preguntó: «Grigorine, ¿cómo vamos a recibir a este señor?» La respuesta de Gregorio fue que iba a preparar durante tres días consecutivos «tres platos que este paisano nunca ha probado en su vida». Charles Ritz se mostró curioso: «¿Qué clase de platos serán esos?» El patrón del *Pilar* respondió: «Se llaman come y calla.»

De los espaguetis, según la versión de Gregorio, el señor Ritz dijo:

«No los había comido así antes.»

«Todo tiene su camino», aseguró Gregorio.

«¿Qué quiere decir eso?», preguntó Charles Ritz.

«Pues quiere decir que todo lo bueno tiene su incógnita... cómo se hacen y no se hacen las cosas.»

Pero he aquí una excepción: ahora Gregorio nos revela sus tres secretos:

Yo cogía el espagueti entero; el rollo de *fideo* [espagueti] lo partía a la mitad antes de echarlo al agua hirviendo. Primero cocinaba el pollo en una cazuela que tenía un caldo especial, un caldo de hueso de res y hueso de puerco. Sacaba el caldo y lo colaba; en el colador quedaba una boronilla que se la ponía al pollo; después le añadía un punto de sal y lo molía en una maquinita. Entonces cogía sobreasada gallega, jamón gallego y un chorizo gallego y los batía bien con lo que había quedado del pollo. Todo eso lo ponía a fuego lento y le echaba un pimentón también gallego. Luego sacaba el *fideo* del agua, lo servía aparte con una gota de azúcar, y colocaba la paisa en otro plato. Y lo servía. Oiga, mientras más comían, más querían. «Ese es un plato cubano», le decía yo. Y él le advertía a Papa: «Si no fuera tan amigo tuyo, me llevaba a este hombre para el Ritz.»

Al otro día regresaron y yo les dije: «Bueno, ahora viene el otro episodio.» Papa me había puesto por las nubes y para darme aliento por las noches me llamaba a Cojímar y me decía: «Tenemos que ganar la apuesta. Este es un problema moral.»

Pues bien, ese segundo día cogí un emperador fresquecito, le saqué dos ruedas, le eché un poquito de sal y de pimienta molida y las puse a secar con el adobo arriba. Mientras, iba preparando unos traguitos, y ellos pescaban o hablaban de lo lindo. El *Pilar* estaba fondeado frente a Bacuranao. Al rato, derretí media libra de mantequilla en la sartén y empecé a freír el emperador con candela bajita; exprimí un limón y le fui dando vueltas a las ruedas para que cogieran su color parejo por los dos lados. Pero ellos tenían que estar ya sentados a la mesa para cuando yo llegara con los dos platos acabados de sacar de la sartén. «¿Cómo es

esto?», preguntó el señor Ritz. «Fácil», dije yo. «Solo con un poquito de sal.»

La otra salsa que hice fue más sencilla. Había comprado dos o tres dorados en playa Mégano. Cogí el pescado y le saqué su par de filetes. Dorados de invierno, con una masa muy buena. Le hice una salsa verde *encojonada*. Salsa verde con ají, perejil, mucho perejil, pimienta negra, pasas y alcaparras. Bastante perejil y espárragos, y todo para la sartén, aparte del pescado, para echárselo por arriba. Pero los espárragos tenían que estar bien picaditos. «¿Y esto cómo es?», volvió a preguntar el señor Ritz. «¡Ah! —le dije—, con perejil, el gran asesino de las cotorras.»

Claro, había otros platos de mariscos que yo le preparaba a Papa y que a él le gustaban, sobre todo el pulpo en vino, y también el pulpo en fricasé, pulpitos que pescábamos ahí mismo, desde la borda del *Pilar*, y sin escala para la sartén. Pero lo que más le gustaba era el cangrejo salcochado con limón. Yo le machacaba las patas al cangrejo y se lo sazonaba con limón y sal. ¡Cómo a Papa le gustaba eso! Y la langosta enchilada. Pero nunca tanto como ese cangrejo que yo preparaba.

41

«A PUERTO Escondido fuimos cuatro personas —relata Gregorio Fuentes—, Adriana Ivancich, la madre de ella, un hermano y yo. A mí me atraía la condesita italiana, me llamaba la atención hasta la manera que tenía de hablar en español. Pero yo no me metía con ella porque era la invitada de Papa. Después tuve necesidad de amarrarla, pero lo hice para salvarla de irse al agua por un bandazo del bote auxiliar. Había mal tiempo, estábamos en medio de un ciclón y no quería perder a ninguno de los pasajeros.»

La aventura había comenzado una tarde que Hemingway llamó a Gregorio y le dijo que fuera con el *Tin Kid* —ese era el nombre del bote auxiliar del *Pilar*— a buscar a unos invitados en Santa Cruz del Norte:

Mientras Papa nos esperaba a bordo del *Pilar*, fondeado en Puerto Escondido, yo bregaba a la vez con el bote, los invitados y los primeros golpes de un ciclón. El capitán del puerto de Santa Cruz me lo había advertido: «Ten cuidado con el tiempo que amenaza.» Yo le dije: «Voy a tener el cuidado que haya que tener.» Nos habíamos demorado tomando unos tragos en Santa Cruz. Nos hicimos a la mar y navegamos un par de kilómetros cuando ya teníamos *el tiempo* arriba y la noche había caído. Les dije a mis tres pasajeros: «Debo amarrarlos para que no se caigan. A lo mejor viene una mar y me los saca por la borda, y después quién se lo explica a Papa.» Empecé por la mamá de la italiana. Le pasé una soguita, le di una palmada y le dije que no se preocupara. «Gracias, gracias, señor», dijo. Al hermano le alcancé un cabo que llevaba allí, un poco grasoso, y le dije: «Amárrate ahí, mi hermano, y no te muevas mucho para que esto no se hunda.» Este hermano sonreía tranquilo, sin entender nada. Cogí una soga nueva que estaba en el cuartel de proa y le dije a la condesita que me permitiera amarrarla para que viajara más segura. La estuve amarrando un rato. Ella dijo: «Yo creo que nos vamos a hundir.» Y yo la calmé: «No te preocupes, fíjate qué bien vamos.»

Pero tuve que abandonar a los invitados para afincarme al timón porque el tiempo se estaba poniendo malo de verdad. Yo veía a lo lejos las bengalas que lanzaba Papa desde el *Pilar*. Sabía que se iba a tranquilizar si le respondía, pero no podía soltar el timón. Aquello se estaba poniendo feo. Fui acercándome poco a poco al *Pilar*, pero el viento soplaba tan fuerte que Papa no oyó nuestro motor. Yo lo veía a él en la penumbra, de pie sobre el puente, tratando de localizarnos. Los chubascos habían ido y venido sin dar chance a que la ropa se secara. Ahora nos acercábamos bajo el viento y la lluvia. Tiré un cabo al yate y Papa escuchó el latigazo sobre la cubierta. Dijo: «Ah, qué bueno, Grigorine ha llegado.» Fue a buscar una botella de champán para recibir a sus invitados. Los ayudó a subir al *Pilar* después que yo los desamarré. Enseguida me alargó la botella. «Ábrela, Grigorine. Ese honor es tuyo.»

Él vio que yo me resistía a entrar en la fiesta. Hicimos un aparte y preguntó: «¿Qué tú piensas hacer?» Le dije: «Estoy pensando en el barco.» Él sabía lo que yo quería decir con eso. Así que me dejó solo y se fue a atender a sus invitados mientras yo movía el barco hacia una zona que ofreciera mayor seguridad y tiraba cuatro cabos, dos a unas boyas, y dos a tierra, y me preparaba a esperar la tormenta.

Se fueron a dormir temprano, excepto yo, desde luego, y Papa, que dejó a todo el mundo y vino a donde yo estaba en el puente; yo solo, con mi botella en la mano, y él me preguntó: «¿Cómo ves la cosa?» «Aquí estoy, con el compás» le dije mostrándole la botella. «Esperando que este cicloncito se canse. Pero no se preocupe y váyase a dormir, Papa.» «No, yo me voy a quedar contigo velando toda la noche.» «No vamos a tener problema.» «Ah, bueno, bueno», decía él. A los dos les dio el amanecer sentados en aquel puente batido por la sal y el viento. Un amanecer lento, gris y lluvioso.

42

Solos, frente a La Habana, esperando el chasquido de los *outriggers*, con más de media botella entre pecho y espalda, Gregorio y Papa hablaron de la muerte y la amistad. Este es el diálogo que Gregorio relata a quien lo vaya a ver en su casa de Cojímar.

Hemingway: Viejo, ¿tú sabes lo que es un amigo?

Gregorio: Usted y yo somos amigos.

H: Viejo, un amigo es más que un padre y un hermano. Una amistad significa las cosas pasadas. Tú y yo llevamos más de 20 años juntos, a bordo del *Pilar*. ¿De dónde veníamos los dos? No importa, un día nos encontramos, tú con tu historia, yo con la mía. Dos amigos equivalen a dos historias que se unen.

G: Un amigo es una cadena.

H: Hemos tenido un buen barco, Grigorine. Un barco de gasolina, de los

que ya no se fabrican. Pero nunca ha presentado un incendio a bordo. Con este barco enfrentamos las tormentas y capturamos los peces de la corriente del Golfo. Con él estuvimos en la persecución de los lobos alemanes.

G: Ah, yo tengo una idea; vamos a ver quién se muere primero. Si le toca a usted, me hago cargo del barco. Pienso ponerlo en Finca Vigía, en una casa que sea de cristal: el barco lo voy a preparar como siempre, con la caña de pescar, un vaso de ron, un libro abierto y las hojas para escribir y su pluma, y con estatua suya.

H: Está bien. Me gusta esa idea. En efecto, Papa pasó primero. Le dejó a Gregorio el *Pilar*, valorado posteriormente en medio millón de dólares, pero con un precio sentimental que no puede pagar ningún barco del mundo. «No hay dinero para eso», asegura Gregorio.

Mantener la embarcación era demasiado para un humilde pescador. Decidió donarlo al gobierno revolucionario. Fidel Castro tuvo conocimiento de la decisión de Gregorio, y ordenó que se le entregara una lancha en la cual pudiera seguir pescando para su disfrute personal. Le entregaron el *Hill-Noe*, de unos 20 pies de eslora, con un motor soviético de 25 caballos. Gregorio salvó del *Pilar* los dos *outriggers* y la cocina de kerosene. Desde mucho antes ya guardaba en su casa la tabla rotulada que emplearon en la Segunda Guerra Mundial y que enmascaraba el *Pilar* como una embarcación científica.

Una tarde Fidel Castro visitó a Gregorio y le agradeció la donación del *Pilar*. Pero le dijo que ese yate seguía siendo suyo y que podía reclamarlo cuando quisiera.

Ahora, cuando Gregorio sale a pescar, lo hace en el *Hill-Noe*, pero con la cocina y los *outriggers* del *Pilar*, y una autorización especial que le permite obtener vituallas y artes de pesca a cuenta de una cooperativa. Puede pescar cuando quiere y con las condiciones que él mismo establece. Pertenece a la Cooperativa de Pesca de Cojímar y es considerado allí como un muchacho grande que goza de privilegios

merecidos.

Gregorio se encontró con Mary Welsh 17 años después de la muerte de Papa, durante la visita de ella a La Habana en 1977. Fue un encuentro rápido y cordial. Gregorio la recibió en su casa. Después del abrazo, Mary le dijo: «Te conservas igualito. No has cambiado nada.» Gregorio sonrió y tuvo una frase de cortesía tradicional: «Aquí estamos; a su disposición.» No se veían desde 1961 cuando Mary vino a Cuba, semanas después del suicidio de Hemingway. El diálogo había sido entonces bien distinto: el patrón del *Pilar* había subido a Finca Vigía la noche en que Mary leyó la parte del testamento de Hemingway concerniente a sus empleados cubanos. «Perdimos a Papa», le dijo ella, y agregó: «¿Qué le vamos a hacer?» Aquella noche Mary le propuso a Gregorio que hundiera el *Pilar*: «No debe caer en manos *ajenas*.» Después la viuda del escritor le ofreció la alternativa de llevar la embarcación a Key West. Gregorio frunció el ceño y la miró largamente en silencio.

43

Inevitablemente los recuerdos de Gregorio se encaminan hacia su última conversación con Hemingway:

Vino a mi casa un día de aquel verano de 1960 como a las 10:30 de la mañana. Estaba vestido como de costumbre, con su bermuda, camisa blanca, sin camiseta, chancletas. Lo recuerdo parado en esa puerta. Esa que esta ahí. Fue la última vez que lo vi. Nos habíamos tomado unos tragos, un jaibolito, un Tom Collins. Él se preparó los suyos. Yo los míos. Con agua mineral, un pedacito de hielo Pero nada de azúcar. No tomaba nada con azúcar. Me dijo: «Mire, viejo, yo estoy bien. Ya me hice un chequeo y tengo la presión bastante regular. Estoy en 190 libras. Eso es un buen peso. Como tengo que *decepcionarme* del libro que estoy

haciendo, voy a España, a eso.»

Así que él se sentía en perfectas condiciones. «Tú cuídate y chequéate», fue su recomendación. «Bueno, hasta la vuelta», me dijo como tantas otras veces. Siempre se despedía así.

Me enteré que había muerto por el periódico. No me sorprendió su muerte. Me sorprendió su enfermedad. ¿Para qué yo quiero seguir en el mundo si soy un estorbo? ¿Para qué si era verdad que tenía *leucemia en la sangre*? «Ahora peso 140 libras», me escribió. ¿Cómo quedaría? Me informaba que estaba reponiéndose en Sun Valley después de salir de los Hermanos Mayo. Pero no era una carta pesimista. Simplemente me hacía saber en el estado que se encontraba.

Ojalá hubiera podido hacer las gestiones para ir a verlo.



Hemingway recibe en Finca Vigía a los pescadores de Cojímar, que le entregan una medalla conmemorativa por la publicación de El viejo y el mar. Aquí están los grandes pescadores de la costa norte de Cuba: el Sordo, Cachimba,

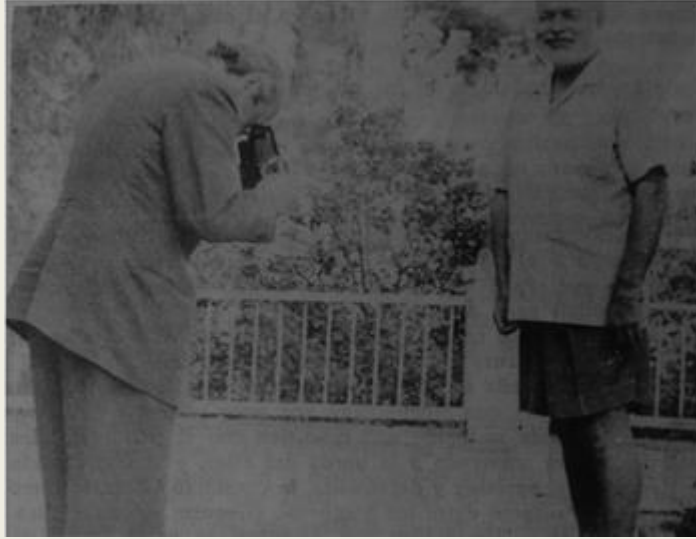
Resulta usual que los antiguos empleados de Hemingway se refieran a él en términos elogiosos; mas Gregorio llega a decir que «Papa era mi hombre», lo cual es una declaración bastante difícil para el machismo cubano.

Pero también se conocieron algunos diferendos. No todo fue camaradería y dulzura entre los curtidos navegantes.

La más destacada de sus desavenencias es la historia del día —el día completo— que Hemingway por poco pierde a Gregorio, porque este había sostenido una discusión con el patrón de otro yate que estaba amarrado a la borda del *Pilar*, y la intervención de Hemingway, agresiva y desatinada, la consideró Gregorio como «una falta de respeto entre los hombres». Gregorio se sintió ultrajado y le pidió a Hemingway que «arreglara la cuenta», es decir, le liquidara su salario. Hemingway se retiró airado, aunque después volvió con el propósito de solucionar el agravio. Volvió tres o cuatro veces. Cada vez que volvía se tomaba unos tragos con el ofendido Gregorio, quien finalmente decidió quedarse en su trabajo •para que Papa no se fuera de Cuba y no quemara la finca y el yate y todo lo que iba a quemar él». Gregorio hace su relato. Es un recuerdo amargo, aunque fugaz. Como era de esperarse, «el viejo Hemingway de vez en cuando tenía sus cosas». Esta vez se le fue la mano en la amonestación, y provocó una reacción defensiva en Gregorio.

Estábamos atracados en el muelle del Club Internacional de La Habana y yo había regalado unos peces que habíamos capturado. Cuando subió a bordo del *Pilar*, Papa tenía algunos tragos de más. La

cuestión es que al lado había otra lancha, de unos ricachones, tipos de plata, y ellos le habían ido con el chisme a Papa de que yo había regalado esos peces a unos pescadores. Esto es algo que yo hacia habitualmente porque el mismo Papa lo quería así, por filantropía él, y yo por conveniencia, porque esa gente era amiga nuestra. Los pescadores, me refiero. Pero los de la lancha me vieron regalando la captura y le fueron con el chisme, y Papa viene y me pregunta de mala forma: «¿Tú regalaste el pescado?» «Sí, y usted sabe que yo nunca he hecho nada en su perjuicio ni en el mío. Así que *esto* de la única manera que se resuelve es que usted me arregle la cuenta, que yo me voy de este trabajo.» Parece que Papa se irritó y salió del muelle después de decirme que estaba bien, que podía abandonarlo. Se fue a eso de las 11 am, y regresó a la 1 pm, más o menos. «Vamos a tomarnos un trago», me dijo. «Vamos», respondí. Yo estaba esperando en el *Pilar* a que él me trajera la liquidación de mi salario. Bajamos del yate y fuimos a la barra del Club Internacional. Nos tomamos los tragos. Me preguntó: «¿Tú insistes en tu decisión?» «Insisto.» «Bueno, tú sabes, tú eres responsable...» Y se fue. Regresó a las 3 pm. Otros tragos. Preguntas similares. Vuelve a irse. Regresa a las 5:30. Nos tomamos unos tragos en la barra, sin decirnos nada. Nuevos tragos en el *Pilar*. «¿Tú te vas definitivamente?» «Mira, Papa, yo me tengo que ir. Me duele lo que me has hecho.» «No me digas así, no me hables más de eso.» Preparamos otros dos traguitos. «Bueno, Papa, estas cosas son pequeñeces», le digo. «Sí, lo son», me dijo. Y agregó: «Fíjate lo que te digo. Te pido perdón. Pero si tú no me perdonas y te vas, entonces yo quemaré el *Pilar* y quemaré la finca y me voy de Cuba y no regreso más.»



Hemingway y el famoso fotógrafo canadiense Yousof Karsh bromean en 1958 en el portal de Finca Vigía.



Con Mary Welsh y amigos cubanos y norteamericanos, en 1956 en el comedor de Finca Vigía. (Look Magazine)



De izquierda a derecha, el poeta cubano Nicolás Guillén, una persona no identificada (probablemente la traductora de Alexeiev), el poeta español Rafael Alberti, Hemingway, la esposa de Alberti, Maria Teresa León y el periodista soviético Alexeiev. La foto fue tomada en 1960 en Finca Vigía. Alexeiev fue posteriormente embajador de la URSS en Cuba.





Un florero inusitado en el baño de Finca Vigía. (Paul Radkai)



La correspondencia se acumula. Es un día de los años 50. (Paul Radkai)

En este punto de su relato, Gregorio dice que a Papa se le saltaron dos lágrimas «que parecían dos frijoles». Había llegado el momento en que aquellos dos amigos se reconciliaran y se tomaran otro par de traguitos.

«Siempre nos ponemos de acuerdo, tarde o temprano», le dice Thomas Hudson (Hemingway) a Antonio (Gregorio) en *Islas en el Golfo*, la más autobiográfica de sus novelas.

45

Después de finca vigía y de la hospitalaria barra del Floridita, el ámbito natural de Hemingway en Cuba era el *Pilar*. Si el autor de *Tener y no tener* había comparado su casona colonial de San Francisco de Paula con un barco, con *su* barco, no hay que poner en duda que Hemingway se sentía mejor en el yate que en ninguna otra parte.

Lo compró a mediados de 1934, cuando regresó de Europa y recibió del banco una agradable sorpresa: 3 000 dólares por sus crónicas africanas en la revista *Esquire*, que le sirvieron de adelanto para comprar el yate. Contribuyó con el diseño y le pidió a la compañía Wheeler Shipyard de Nueva York que se lo construyera. Se lo enviaron por ferrocarril a Miami. Hemingway rompió una botella de champán contra el casco y lo botó al agua. Tenía matrícula de Key West y estaba registrado en el puerto de La Habana.

El *Pilar* es de una construcción sólida. Hoy tiene un evidente sabor de antigualla, pero en su tiempo fue un barco extraordinario. Estrecho de proa y espacioso de popa.



La granja, de Joan Miró; el kudú de Las verdes colinas de África y el gato Boise, de Islas en el Golfo, «En la foto —según el comentario de Hemingway— aparecen también dos desconocidos.»

En su interior, entrando por el centro, después del puente de mando, hay tres compartimentos escalonados. El primero, con dos literas, dos closets, gavetas debajo de las literas inferiores y un estante; el segundo es para la cocina y el baño; el tercero tiene otra litera y dos espacios abiertos, llamados el Departamento Étílico, según la clave hemingwayana. Allí se guardaban las bebidas.



La antigua pizarra se conserva con todos sus instrumentos. Detrás del timón hay cuatro relojes y la inscripción siguiente: NORSEMAN POWERED. Dos relojes marcan el nivel de aceite y la temperatura del motor, y los otros dos corresponden al amperímetro y al tacómetro; a la izquierda del timón está la pizarra para las luces, con botones colocados de arriba abajo:

- *anchor light*
- *running lights*
- *bilge pump*
- *wiper*
- *search light*

Atrás, en el mostrador, las dos palancas del control de aceleración o cambio de marcha, y una placa de bronce colocada por el fabricante:

HULL	576	WHEELER	SHIPYARD	BOAT
MANUFACTURERS		1934	BROOKLYN, NEW	YORK

Otros dos instrumentos están colocados en una columna de la cabina: un barómetro y un reloj horario.

El *Pilar* podía maniobrar en un radio de acción de 500 millas con siete o más personas a bordo. Sus depósitos poseían capacidad para 300 galones de gasolina y 150 de agua potable. En el popel cargaba un centenar de galones más, en bidones. Se podía almacenar otro centenar de galones de agua en damajuanas y 2 400 libras de hielo. Tenía un pequeño refrigerador doméstico.

Este yate se construyó para navegar en mar gruesa y su dueño lo consideraba una gran embarcación, a pesar de estar dotado con motores de gasolina. En su primera época utilizó motores Universal y Chrysler Mariner. Después los sustituyó por motores nuevos, aunque de las mismas marcas. Los Universal tenían 45 *HP* y los Chrysler, 90. Podía alcanzar una velocidad de ocho nudos. Uno de los orgullos de Hemingway era que nunca se hubiese producido un incendio a bordo.

El *Pilar* gastaba entre 350 y 400 dólares mensuales. Se fondeaba en Jaimanitas y Casablanca. A veces también en Cojímar, el Club

Internacional y la playa de Tarará. A lo lejos se podía identificar por los enormes *outriggers* que Hemingway había hecho colocar en cubierta.

Gregorio Fuentes dice: «Lo tenía que brillaba como el oro. Yo limpiaba a ese roble negro americano todos los días.»

El barco fue la herencia que Papa dejó a su viejo amigo y patrón del *Pilar*, y es Gregorio quien padece ahora la larga travesía en seco que ha cumplido el yate después de la muerte de su dueño.



El *Pilar* está intacto, pero esto no quiere decir que dejara de sufrir sus avatares. Hacia mediados de los años 50 Gregorio lo había tenido en el astillero para una reparación general. Hubo que carenar el yate para

sustituírle el maderamen de la quilla. A Hemingway le resultó difícil conseguir roble negro en Estados Unidos. No obtuvo todo el que necesitaba y accedió a que algunas piezas fueran reconstruidas con caoba cubana. En esta oportunidad se le ajustaron sus motores Universal y Chrysler. Ricardo, el mecánico de los prácticos del puerto habanero, volvió a poner sus manos en los motores del *Pilar*. Este mecánico había sido contratado por Gregorio para que acondicionara el barco en la Segunda Guerra Mundial.

Los carpinteros del río Almendares trabajaron como verdaderos artesanos y Ricardo demostró que él era «el mejor afinador de motores del Caribe y del mundo», según declarara con sinceridad, llevado del entusiasmo por una labor bien hecha en uno de los yates más famosos del Caribe y del mundo. Gregorio dirigió toda la operación. «Cuando ya estaba listo. Papa subió a bordo, y vio aquel barco reluciente, que parecía nuevo, el mismo barco de su juventud, y exclamó: “¡Qué agradable es esto, qué satisfecho me siento!” Se le aguaron los ojos, por supuesto.»

Pero el *Pilar* no puede estar fuera del agua.

Lo cierto es que esta nave magnífica, al no tener la presión del mar, libera sus cuadernas, que tienden a abrirse y a desarbolar la embarcación. Primero Gregorio lo tuvo en Cojímar, después de la muerte de Hemingway, hasta que decidió entregarlo al gobierno cubano. De Cojímar lo trasladaron a Finca Vigía como pieza capital del Museo Hemingway. Fue su primer viaje por carretera. Allí permaneció varios años, hasta que se decidió enviarlo a los astilleros de Casablanca. Otro viaje sobre el asfalto. Y de ahí lo llevaron a los astilleros de Cárdenas, a unos 100 kilómetros al noroeste de La Habana. Tercera travesía en tierra firme. Se le hizo una reparación general para devolverlo, 12 años después de la muerte de Hemingway, en 1973, a Finca Vigía. ¿Habrá que decir cómo lo trasladaron de Cárdenas a Finca Vigía? Fue necesario detener el tráfico por tramos porque la ancha manga del *Pilar* desbordaba la rastra militar —zorra le llaman los

cubanos—, ocupando dos tercios de la estrecha Carretera Central. Fue una fiesta la entrada de aquel barco en San Francisco de Paula. Allí estuvo hasta 1975, al sol y al sereno, montado sobre bancos de madera y bajo la protesta de Gregorio Fuentes que lo visitaba a ratos. En 1975 una compañía norteamericana pensó en la posibilidad de filmar la vida de Hemingway en Cuba, y se volvió a trasladar el yate a Casablanca, por carretera, desde luego, para iniciar una reparación capital. Pero de repente los norteamericanos, sin que se sepa por qué, decidieron suspender la filmación. Entonces la reparación capital se redujo a un trabajo superficial y de nuevo a Finca Vigía, por carretera. Gregorio hizo una breve visita de inspección al astillero antes de que devolvieran el yate a Finca Vigía. Ver al *Pilar* a medio reparar sin que él estuviera dirigiendo la obra le provocó una depresión de algunas semanas. Devuelto a Finca Vigía, el yate permaneció allí, perdiendo porte y pintura, navegando en un mar de helechos y matas de mangos, hasta noviembre de 1979, en que volvieron a cargar con él, por carretera, claro, rumbo a Casablanca para lo que promete ser la «reparación definitiva». Gregorio se negó, esta última vez, a tener noticias de lo que se hacía con *su* embarcación.

La accidentada ruta que siguió el *Pilar*, sin capitán, sin dueño y sin el fragor del agua caribeña, comenzó mucho después a ser compartida. En los famosos astilleros Chullima de la ribera capitalina construyeron una réplica del yate de Hemingway. El trabajo es tan preciso y de tal nivel que el mismo Gregorio Fuentes ya no acierta a identificar el verdadero. Con anterioridad solo se había hecho en Cuba la réplica de otro barco, más importante, es cierto, más lleno de historia y, por lo tanto, completamente comprensible. Se trata del yate *Granma* que en un azaroso viaje de Tuxpán, México, a Playa Coloradas, Cuba, trajo a la isla la esperanza de libertad con Fidel Castro y sus hombres.

Pero esta nueva réplica no se la explica ni Gregorio, ni nadie. En su portal de Cojímar el capitán del *Pilar* suele preguntar a sus amigos: «¿Para qué un doble de mi barco, para qué?»

The New York Times 21 de agosto de 1974 COMPAÑIA NORTEAMERICANA FILMARA PROGRAMA ESPECIAL EN CUBA El novelista ganador del Premio Nobel, quien murió en 1961, escribió sobre Cuba y vivió allí durante muchos años. Parte del programa especial, «La casa de Hemingway», se filmará en el hogar cubano del escritor y en algunos de sus lugares favoritos de la isla. A Bob Banner y Compañía se le concedió el permiso de filmar en el país comunista después de una conversación telefónica personal sostenida por Dick Foster, productor del filme, y el Primer Ministro cubano Fidel Castro, y una visita de dos semanas del señor Foster a Cuba. «En realidad las cosas ocurrieron de un modo muy simple», dice el señor Foster. «Pedí una llamada de larga distancia para hablar con Castro, y, tras una breve explicación a uno o dos de sus ayudantes, pude comunicarme con él.» Bob Banner, productor ejecutivo del programa, señaló que «los cubanos le tienen una gran estimación a Hemingway». Además, dijo que el Primer Ministro Castro estaría dispuesto a aparecer en el programa especial... El programa, de 90 minutos de duración, se describe como «un documental de entretenimiento» e incluirá pasajes sobre las actividades preferidas de Hemingway... Foster expresó que la casa y la biblioteca de Hemingway se encuentran en excelentes condiciones. «La casa está immaculada y todos los objetos del escritor se exhiben tal y como él los dejó», dijo.

46

La terraza de Cojímar está descrita en *El viejo y el mar* y en *Islas en el Golfo*. Es uno de los escenarios terrestres más importantes de *El viejo y el mar*; en *Islas en el Golfo*, Thomas Hudson elogia este restaurante instalado en una vieja casona al lado de la playa, al decir que es «muy agradable estar allí».



Hemingway, héroe convaleciente, corteja a Agnes H. Von Kurowsky (flecha), la enfermera germano-norteamericana que se convertiría en la Catherine de Adiós a las armas y en la Luz de «Un cuento muy corto». Además, en las fotos, Ruth Fisher, Elsie McDonald, George L. Pay y George Lewis. Hipódromo de San Siro, Milán, Italia, septiembre de 1918.



*Almuerzo en el Estado Mayor de la XI Brigada Internacional, en el ir-
ente de Madrid. En primer plano, Ludwig Renn; al centro, Hans Kahle. La foto
fue tomada en 1937 en la finca de Chavarry, carretera de Arganda a Carabaña.*



*Hemingway y Ludwig Renn inspeccionan un Cri-Cri, remolque italiano
de artillería al que se le podían adaptar orugas, capturado a las tropas
franquistas.*



Con el cineasta holandés Joris Ivens, comunista y director de La tierra española, Jarama, 1937.



Alexis Eisner, entonces teniente, ayudante del general Lucasz, en Fuentes de Alcarria, marzo de 1937. Cuando se le mostró a Eisner esta fotografía 40 años después no recordó qué estaba hablando con Hemingway, pero sí que sostenía en sus manos un ejemplar de la revista moscovita Novi Mir y que ese número estaba dedicado al centenario de la muerte de Pushkin.



Con el torero norteamericano Sidney Franklin, que formó parte del equipo de Hemingway en la Guerra Civil Española. Al fondo, el castillo de Manzanares.





Búsqueda de «un lugar limpio y bien iluminado». Con John Ferno, camarógrafo del documental La tierra española, probablemente en Moratas de Tajuña, a principios de marzo de 1937.





Primer encuentro con Herbert Matthews en un frente de combate. Madrid, 1937. En el reverso de la segunda foto hay una nota de Hemingway escrita a lápiz: «Send to H. M.»

La Terraza se ha conservado casi igual que en época de Hemingway, cuando el antiguo propietario supo dirigir su propaganda teniendo en cuenta la presencia del escritor. Una Terraza de utilería aparece en la versión fílmica de *El viejo y el mar*. La original es de manipostería, y la del filme, un bohío. El antiguo dueño hizo pocos cambios y la diferencia con el restaurante actual es que a las paredes se le han añadido medio centenar de fotografías de Hemingway, casi todas de la filmación de la película, aunque las fotos seleccionadas, seguro que por desconocimiento de los decoradores, corresponden a la captura del gigantesco castero en Cabo Blanco, Perú, en vez de cualquiera de las múltiples fotos auténticas de Hemingway en Cojímar. En *Islas en el Golfo*. Hemingway recuerda La Terraza como el «bar de Cojímar, construido al borde de las rocas que dominaban el puerto». Describe su primera visita: «Había llegado al bar una luminosa mañana de primavera.. El viento fresco soplaba desde el este a través del restaurante abierto y el bar, y la luz era tan brillante y el aire se sentía tan nuevo y refrescante que no era mañana para borrachos... A través

de la terraza abierta miró el mar, de un azul profundo y con crestas blancas, entrecruzado por las barcas pesqueras que curricaneaban en busca de dorados.»

(Una anécdota de alguna manera ilustrativa es lo que ocurrió hacia 1970 cuando Fidel Castro, haciendo un recorrido por la zona, preguntó por la situación de La Terraza. Allí se había instalado una cervecería «piloto», que era en esa época uno de los establecimientos de más bajo nivel en el país porque en ellos se expendía cerveza a granel servida en vasos de cartón. Fidel ordenó que «como mínimo» se restaurara La Terraza y se dejara tal como era en época de Hemingway y se sirviera «el mismo menú». En la actualidad, y parece ser que para siempre, los mejores cangrejos y camarones enchilados de Cuba se preparan en La Terraza de Cojímar. Sigue siendo un buen lugar para encontrarse con Gregorio Fuentes y con una tropa de hombres de mar, aguerridos bebedores de ron y cerveza.)

Nuevas construcciones han surgido en el horizonte de Cojímar. Sobre todo edificios de apartamentos y una remodelada base de pesca deportiva llamada ahora «Ernest Hemingway». Los pescadores —que antaño libraban su sustento precariamente como el viejo Santiago— están organizados en cooperativas. Se ha inaugurado un astillero que se llama el Cachón. Los botes de pesca poseen motores soviéticos de 25 caballos de fuerza, más resistentes que elegantes. Es decir, se notan cambios. Falta el árbol donde Hemingway hablaba con los pescadores, al lado de La Terraza. Y faltan muchos de los pescadores, porque ellos también han muerto. Mas algo permanece: los miembros de la cooperativa zarpan cada noche rumbo a la corriente del Golfo (no es una flota de altura; es la flota de los pequeños botes de los viejos y tozudos pescadores de Cojímar).





Con John Ferno, en la filmación de un bombardeo, Madrid, 1937. En el reverso de la última foto, escrito a lápiz, pero no con la caligrafía de Hemingway, aparece la nota siguiente: «John Ferno. Madrid. Bomb hit next house.»

Se mantiene Gregorio, aferrado a su ron sazonado de salitre, con «ojos chispeantes» como los del Viejo Marinero de Coleridge, que cautiva a amigos y periodistas con sus relatos; una especie de

monumento viviente que aún sale a pescar y come y bebe en La Terraza. Si a veces confunde las fechas y los personajes e incluso alguna que otra vez toda una anécdota al recordar su vida junto a Hemingway, eso carece de importancia. Los datos siempre pueden verificarse y corregirse, no así la visión fresca e ingenua del modo de contar de este octogenario. Llega a decir que fue sugerencia suya el título de *Tener y no tener* y que el material para *El viejo y el mar* lo proporcionó él. Los incidentes en un mismo relato pueden variar de un día a otro (lo que no varía es *su* criterio sobre Carlos Gutiérrez, matizado, desde luego, por celos profesionales comprensibles), aunque nada de esto debe tomarse como un asunto de mucha gravedad. Al pez capturado, el pescador siempre le añade algunas pulgadas, pero ahí está, coleteando y salpicando, desafiando nuestra cinta de medir de investigadores.

47

A VECES Hemingway levaba anclas y se refugiaba algunas semanas en Cayo Paraíso, cuyo nombre, según las cartas náuticas, es Mégano de Casigua, a la altura de la Mulata, en Pinar del Río. El escritor iba solo con su mujer y con Gregorio. Para estas excursiones cargaba con su Royal portátil, una buena provisión de papel gaceta y su media docena de lápices del número dos. En el refugio de los arrecifes de Paraíso encontró otro lugar para trabajar, aunque nunca lo dijo a los periodistas.

Las excursiones al cayo fueron frecuentes a finales de la década del 40 y en los años 50. A Ernest le agradaba supervisar con Gregorio el avituallamiento de comida y, claro, el de las bebidas. Solía hacer planes ambiciosos de lo que iba a ocurrir y lo que pensaba escribir, manteniendo el régimen disciplinario de la finca. Luego, a eso de las 11, vendría la «liberación»: saltar al agua, o correr con Mary por el cayo, en plan de ejercicios — siempre desnudos, parece haber sido el ideal, según se deja ver en una carta de Hemingway, aunque no se aclara qué hacía

Gregorio mientras tanto (seguramente permanecería vestido a bordo del *Pilar*, mientras el matrimonio se solazaba en la playa del cayo). Luego del almuerzo, preparado por Gregorio, una siesta al vaivén de la lancha, en aguas de la ensenada del cayo, y, por la tarde, a seguir escribiendo porque no hay otra cosa que hacer, a menos que algo despierte el entusiasmo, y entonces a curricanear en las aguas del Golfo en busca de un poco de pescado fresco para la comida del otro día. Esta es una actividad prevista en el programa, pues la capacidad de refrigeración de alimentos del *Pilar* es pobre y solo hay una nevera doméstica a bordo. El hielo es una preocupación y muchas veces se organiza «desde La Habana» una especie de operación militar en la cual intervienen Herrera Sotolongo, el cura don Andrés y Sinsky: aprovechan los domingos y llenan el maletero del auto de Herrera con hielo de una fábrica del Mariel; de ahí, bordeando las montañas del extremo de la isla llegan por fin al puerto de la Mulata, donde han acordado reunirse con Hemingway. El yate está esperando con Gregorio en la proa, y con Mary y Ernest, tostados por el sol. Ernest barbudo y sonriente, bajo un toldo en la popa. Saludos y comienzo de una jornada de tragos y bromas. Pero después del mediodía, los amigos se despiden, y Hemingway y su reducida tripulación regresan al refugio del cayo. Solo hace falta la tarde para que se vea desde la orilla al *Pilar* navegando contra el sol, con sus dos largos *outriggers* balanceándose por las bordas— y aquel barco oscuro, ancho, sacando la proa rumbo al Mégano de Casigua.

48

Las agujas van a comer a las dos aguas. Y Gregorio fue a buscarlas allí, «al hilero», muchas veces. «Uno busca el agua azul —dice el pescador veterano—, porque ahí es donde está la corriente.» El hilero es la frontera entre las dos aguas.

Cuando uno le abre el buche a las agujas encuentra civilitos,

gallegos, camarones, peces voladores, que son los animales que viven en los hileros. «Por eso hay que buscar la aguja allí. Eso hacíamos Papa y yo enseguida que dejábamos el Morro atrás.» También estaban los puntos de referencia de los pescadores. «Nosotros nos guiábamos por una casa vieja y rosada que se veía en la línea de la costa, cerca de Cojímar, le decíamos la Casa del Cura, o la Casa Rosada, que nos señalaba el sitio exacto del Hondón de Cojímar, un abismo marino bueno para la pesca. Ahora se guían por un punto que llaman las Antenas, porque quienes van allí se orientan por unas torres enormes de comunicaciones internacionales, que están donde antes se veía la Casa del Cura.»

La milla de Hemingway, aunque es algo mayor que una milla ortodoxa, comprende desde el campo de tiro de La Cabaña hasta la Casa del Cura. Todavía es un gran pesquero de agujas. Cuando la corriente es fuerte, esta atrae allí muchos animales.

Los pescadores dicen que las agujas corren de este a oeste porque esa es la forma en que siempre las ven desplazarse. Pero los científicos han determinado que corren justamente en dirección contraria. Lo que ocurre es que salen de «su carretera» para acercarse al hilero a comer. Entonces se mueven con rumbo oeste, pero su curso migratorio es de oeste a este.

Hemingway desarrolla este tema en sus crónicas «El Gran Río Azul», «La pesca de la aguja a la altura del Morro», «En la corriente del Golfo» y otras, escritas entre 1930 y 1950.

Hemingway aprendió a batallar con las agujas y a capturarlas gracias a las enseñanzas de Carlos Gutiérrez en la década del 30. pero fue Gregorio Fuentes quien le enseñó a distinguir con exactitud profesional las especies y los hábitos de cada una.

La arribazón de los casteros era de abril a mayo, pero septiembre era el mes de los más grandes, a los que Hemingway llamaba «los pesos

completos». La famosa anécdota que aparece en su crónica —En las aguas azules» sería el germen de *El viejo y el mar*, pero fue la lucha con uno de estos «pesos completos» la que le inspiró la batalla central de su célebre relato. No hubo mucha ficción en el gran pez de Santiago. La imaginación se puso aquí al servicio de la realidad. Los pescadores de Cojímar le contaron con lujo de detalle la historia de un castero que luchó durante 15 horas antes de ser embarcado. Es lógico que Hemingway escuchara el relato con atención y expresara su admiración por la dignidad de semejante espécimen.

El castero es uno de los peces más grandes del mundo y tiene la ligereza del más pequeño.

La tripulación del *Pilar* buscaba en estas aguas la más grande y pesada de las agujas, pero también a uno de los más bellos y rápidos peces que habitan en los mares profundos y abiertos: el dorado. Para Hemingway la coloración de este pez respondía a una condición especial. Variaba según sus estados anímicos; lo dominaba el hambre, el enojo, la excitación sexual o el temor.

El sonido de alarma de los *outriggers* también podía anunciar la captura de un aguja blanca, la voladora, de un azul intenso en el lomo, con los costados y el vientre plateados. Su pico es fino y agudo, los ojos grandes. Es veloz y ofrece una tenaz resistencia al ser anzuelada.

Otras veces era la aguja de abanico, también de aguas profundas. Cuando se le sube a la embarcación aparecen en sus costados hileras de puntos de un azul claro. Le gusta, como a las otras agujas, antes de comer la carnada, golpearlas con su pico áspero.

Hemingway acostumbraba a sentarse junto a Gregorio para mirar mientras este preparaba las carnadas. Su atención era tan concentrada como cuando observaba los preparativos de los masai para tirar sus lanzas. Gregorio, diestro, trasegaba escribanos y agujones, las especies indicadas como carnadas para la captura de agujas. Gregorio

enganchaba enteros los escribanos, y los agujones en rabadas o destollos que sacaba de los flancos. «Papa, esto hay que hacerlo bonito», le explicaba. «No hay que escatimar tiempo. Estas carnadas tienen que deslizarse sobre el agua y mantenerse frescas y apetecibles.»

Los escribanos, peces plateados, se enganchan «por derecho», según el lenguaje del hombre de mar; es decir, la pata del anzuelo sale por la boca del pez. Se entizan el anzuelo y el pico para darle más seguridad en el agarre ya que la carnada está destinada a sufrir la presión del agua en el curricaneo. El pozo del anzuelo le sale por un costado o por el vientre, cerca de la cola para poder clavar mejor la aguja cuando esta ataque.

El agujón se corta en forma romboidal de acuerdo con el tamaño del anzuelo. Los destollos se fijan a fe pata del anzuelo con una pita fina y queda la parte posterior a manera de cola para que al ser curricaneado imite el movimiento natatorio de los peces.

Cuando no había escribanos ni agujones, Gregorio buscaba chicharros, carajuelos, carajuelos blancos y guaguanchos. Si el *Pilar* perseguía los grandes casteros de septiembre, acudían a otras carnadas: bonitos enteros, macabíes, dorados y pintadas. En la popa del barco, entretanto, se realizaba una corrida íntima, la del whisky y el Tom Collins.

En su lucha frontal contra las agujas, Hemingway buscaba la igualdad. Le gustaba equiparar las fuerzas entre el pez y el hombre y dejar el triunfo al más hábil. Solía también recordar, irónico y amargo, que no era el hombre el que tenía un anzuelo en la boca.

Su contribución a la ictiología, en calidad de aficionado, no puede menospreciarse. El director del Museo de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, Charles Cadwalader, lo acompañó en agosto de 1934 en pesquisas científicas, y Henry W. Fowler, ictiólogo, que acompañó a Cadwalader en esta oportunidad, consiguió suficiente

información con Hemingway para revisar la clasificación de las agujas en todo el Atlántico Norte.

Hemingway era buen pescador. Tenía habilidad y en la pesca deportiva era un maestro. «Era un toro», dicen los viejos pescadores de Cojímar. Defendiendo su dignidad de hombre de mar tuvo una bronca con Alfred Knapp, en Bimini, en 1935. El millonario norteamericano puso en duda que Hemingway hubiera capturado los peces y vivido las aventuras marinas que relataba en sus crónicas. Borracho, sentado en un muelle de Bimini, Knapp fue subiendo el tono de sus insultos. «Babosa, hijo de puta», fue lo último que escuchó en silencio el escritor. Enseguida descargó un puñetazo en el rostro de Knapp. Esta bronca quedó inmortalizada en *Islas en el Golfo*; como en la novela, también una canción popular de Bimini recreaba la fulminante hazaña pugilística.

Lo cierto es que el dueño del *Pilar* había capturado para esa época la aguja voladora más grande que se pescó en el Atlántico, 119 libras. En la misma zona de Bimini, tras una batalla de media hora, se había hecho de un dientuso de 786 libras. En aquel verano de 1935 ganó todas las competencias y dejó atrás a deportistas tan hábiles y famosos como Lerner, Farrington y Shelvin.

49

Retorno a Paraíso

Muchos años después de la muerte de Hemingway, en 1975, el *Hill-Noe* de Gregorio Fuentes emprendió un viaje sentimental a cayo Paraíso. A bordo iban su patrón, Santiago el Soltero, el fotógrafo Enrique de la Uz y el escritor Norberto Fuentes. Gregorio llevaba su embarcación «de la mano», a muy baja velocidad; sabía que navegaba sobre un fondo de corales capaz de abrir de un tajo el casco de un trasatlántico. El cayo, único refugio en varias millas a la redonda, ha

dejado de ser un paraíso. Está en bancarrota. Las cabañas de recreo y las chozas de los pescadores se han igualado con el tiempo: son puros huesos. El mar ha borrado la larga punta de arenas blancas de la que Gregorio hablara tanto durante la travesía. El cayo se está hundiendo; las palmas y los cocoteros del litoral van cediendo junto con el terreno. Sin embargo, los pinos que sembró Hemingway han resistido un poco más, e incluso se han reproducido, aventadas sus semillas a lo largo y ancho del islote. Ahora el suelo de este lugar perdido en la corriente del Golfo no debe diferir mucho del suelo contra el que Robert Jordan se había echado en las escenas primera y última de *Por quién doblan las campanas*.

Las excursiones de Hemingway al cayo se iniciaron hacia 1935. Pero el proyecto de sembrarlo de pinos se materializó en época de la Segunda Guerra Mundial, cuando armó el *Pilar* y se puso a pescar submarinos alemanes. Necesitaba algún punto de referencia, una señal bien visible sobre el islote, para poder ubicarlo con rapidez.

«Aunque no me crean, estoy emocionado», confiesa Gregorio Fuentes, al fondear el *Hill-Noe* en la ensenada del cayo. «Recuerdo a Papa retozando en esta playa.» Sobre las uvas caletas, los hicacos, los cocoteros y los mangles, se ve volar un pelicano. Hay tres casuchas abandonadas en el cayo que los pescadores utilizan eventualmente en el verano. En una de ellas se encuentra una nevera de madera, que aún sirve como caja para guardar pescado. Gregorio hace sus cuentos de África, de los ancianos armados con «fusiles viejos y puñales de plata». Habla de su padre como «Papá». Inventa una nueva geografía, menciona un legendario Dakar y avizora leones en las costas africanas. Gregorio tiene puesta la misma chaqueta verde olivo de campaña, con las insignias US NAVY, que Hemingway le regaló para sus operaciones en la lucha antisubmarina. Saborea un ron barato y dice que el terral es el viento dominante por las noches. «Donde veas caer una estrella, por ahí te reinará el viento.» Esta fue la última noche del patrón del *Pilar* en cayo Paraíso. O en lo que queda de él. Partió al día siguiente, y no

volvió ni una vez la vista atrás.

50

A sus amigos Joe Russell y Charles Thompson, Hemingway los unió de un plumazo en su personaje Harry Morgan, el hombre duro de *Tener y no tener*. La herencia del dueño de Sloppy Joe's es más visible. Los múltiples viajes de Hemingway y Russell de Key West a La Habana, y sus experiencias como observador de la lucha revolucionaria contra el dictador Gerardo Machado, le proporcionaron material para las dos primeras partes de la novela, que se publicó primero en forma de relatos independientes: «One Trip Across», en *Cosmopolitan*, abril de 1934, y «The Tradesman's Return», en *Esquire*, febrero de 1936. (El protagonista de las dos narraciones aparece sin su apellido aristocrático: Morgan. El héroe hemingwayano se llamó Harry a secas para los lectores de *Cosmopolitan* y *Esquire*.)

Pero el destino de Harry, con o sin apellido, herido de muerte en la corriente del Golfo, es bien distinto al del hombre que lo inspiró. Pero eso se explica, porque Joe Russell era un hombre y Morgan un personaje hemingwayano. Gregorio Fuentes suele decir —a modo de crítica— que el Morgan de la novela es un contrabandista «un poco blando». Quiere decir, un hombre con ciertas preocupaciones por sus semejantes, con un sentido de la solidaridad humana que no siempre ha estado presente en el corazón de los contrabandistas auténticos. Russell pudo esperar la muerte con algún desahogo económico, plácidamente envejecido por el whisky y los avatares de una vida intensa. Por otra parte, el verdadero Henry Morgan, el corsario del siglo xvii, aventurero representante de la naciente burguesía británica, tampoco era tan solidario como el atribulado personaje de *Tener y no tener*.

El día que Hemingway se propuso hacer literatura social escogió como principal personaje a un contrabandista: un tipo hosco y solitario.

Nunca un verdadero proletario podría ser un personaje hemingwayano. No obstante su inspiración en el legendario corsario inglés, hay en esta novela una fuerte tendencia a explorar temas sociales. Nada lo realza más que comparar la novela original con su versión fílmica. William Faulkner leyó la novela y se comprometió a escribir el guión para la película. Lo hizo en colaboración con Jules Furthman. Fue un fracaso. Un verdadero engendro. Todo era demasiado tosco, demasiado descarnado y brutal. ¿Cómo insertar un héroe hollywoodense en esta tragedia, en este territorio sembrado de conflictos sociales?

Gregorio Fuentes nos ofrece su visión de Joe Russell: «Era un viejito de baja estatura y consumido; no pesaba más de 120 libras; al final de su vida no bebía mucho. Le oí decir que Ernesto era un muchacho listo y que por eso lo apreciaba: un muchacho con mucho porvenir.» Dice Fuentes que en la época de la ley seca, Hemingway se acercó a Russell y le dijo: «Estoy sin un centavo, préstame el barco.» Russell y Hemingway se pusieron de acuerdo, y el escritor consiguió en la casa Recalt de La Habana unas 600 ó 700 cajas de cognac de 24 botellas cada una. La botella de cognac le salía a unos 40 centavos y luego la vendían en Estados Unidos a 3,50 dólares.

Según Fuentes, sacaban la mercancía por la playa de Jaimanitas. «Tal día te espero en las aguas jurisdiccionales...» Y convinieron una señal con luces. Una señal azul y otra roja, con un intermedio blanco. De ahí, asegura Fuentes, Hemingway sacó algún dinero para ir a Europa y África; unos 3 ó 4 000 dólares.

El contrabando se realizó a bordo del *Anita*, el primer yate que trajo Hemingway a Cuba. Resultó ser una lancha «muy marinera» hecha para navegar duro, con marejadas y todo. Tenía unos 10 pies menos que el *Pilar*. Es el barco que aparece descrito en *Tener y no tener*.

Cuando a hemingway le adjudicaron la medalla de San Cristóbal de La Habana en 1956 en el antiguo Palacio de los Deportes, llevaba escritas unas palabras que pensaba pronunciar en el acto de imposición. Revelan su sentido irónico, su información sobre los deportes cubanos y la alta estima que les tenía a los pescadores de Cojímar y, en primerísimo lugar, a Gregorio Fuentes. Si no pudo dar lectura a esta cuartilla y se vio obligado a retirarse con ella doblada en un bolsillo de su guayabera fue porque había otros 1 000 condecorados en el mismo lugar, casi todos choferes que no habían cometido accidentes, «y todos con el mismo derecho a la palabra», según el comentario democrático del escritor. Su discurso inédito:

Ilustres políticos, militares, señoras, señores y amigos.

Hablo muy mal en castellano porque lo aprendí en lugares tales como Madrid, Pamplona, Andalucía, Regla y el Muelle de Caballería, cada uno con su acento distinto.

Muchas gracias por la medalla y por la coba. Pero acepto esta medalla en nombre de todos los pescadores de aguja (Marlin) de la costa norte de Cuba desde Puerto Escondido hasta Bahía Honda. Quiero brindar este libro [*El viejo y el mar*] por lo que vale a mi viejo compañero de armas, Gregorio Fuentes, a mi más viejo compañero de pesca, Carlos Gutiérrez, y a todos mis viejos amigos de pesca de agujas de Cojímar, Anselmo, Figurín, El Sordo, y el difunto Marcos Puig, y a todos los otros vivos o muertos. Cojímar es mi patria chica y así no puedo olvidarme de brindar por Jorge Martínez que cuando era delegado naval, era el mejor amigo de los pescadores de Cojímar.



Mate Zalka, el legendario General Lucasz, jefe de la XII Brigada Internacional (flecha); a su izquierda, el general búlgaro Petrov; a su derecha, con uniforme de oficial del ejército español, un comandante identificado por Alexis Eisner como «Herassi, un judío español»; con boina, un oficial con el uniforme de los brigadistas italianos.

También quiero brindar por el equipo cubano que acaba de ganar el concurso internacional en Nueva Escocia y por todos los pescadores de aguja de vara y carrete que pescan de una manera leal.

Terminado el discurso. E. Hemingway
Los pescadores citados en su discurso contribuyeron todos, de una manera u otra, a su aprendizaje de la pesca mayor y a su conocimiento de la pesca comercial que se evidencian en *El viejo y el mar*. Los bravos, los buenos pescadores, eran muchos; se afirma que los mejores pescadores cubanos proceden de Cojímar, pescadores de *lo hondo*, que se arriesgan, como el Negro Arsenio, o El Sordo, o Anselmo (que fue un modelo parcial del Santiago del relato), y los santiagos auténticos: Santiago Puig, y el otro, Santiago el Soltero, y el resto de los grandes pescadores de esta villa: el Bello, Cachimba, Cheo López, Ova Carnero, Tato y Quintín. Todos ellos acostumbraban a sentarse «a descargar con Papa» a la sombra de un árbol frondoso al lado de La Terraza, o en el Quiosco del Curro. Tuvieron su gratificación cuando se filmó *El viejo y el mar* en este pueblo. Cobraron sumas considerables como extras de la película, o por su colaboración en la búsqueda de un castero gigante. Había sido una fiesta y una agradable interrupción para la gente de

Cojímar el proceso de filmación y la persecución del castero descomunal que finalmente hubo que ir a buscar a Cabo Blanco, Perú. Aunque claro, a este viaje fueron solo Hemingway y Gregorio.

En Cojímar hay un parque junto a la costa. Un busto de Hemingway se erigió en este lugar. Hermosa historia: los pescadores se reunieron espontáneamente pocos días después de conocerse la muerte «del americano». Ellos, solos, con sus rostros duros, sus manos cortadas por el sedal, la piel curtida por el salitre. Fue una reunión en la que acordaron levantar «una estatua del viejo», para que fuera colocada en un parque de su pueblo. Reunión silenciosa al principio, porque no tomaron una copa, pensando que era la mejor forma de guardar respeto por Hemingway. Pero luego cambiaron la decisión y cada uno se tomó «un largo buche a la memoria del compañero».

Buscaron al escultor. «No hay bronce para su encargo», dijo. «El país vive bajo una situación de bloqueo económico y el bronce escasea.» «Nosotros lo tenemos», dijeron los pescadores. «El bronce de las propelas de nuestros barcos.» Lo pusieron todo. Entonces el escultor se negó a cobrar por su trabajo. Bastaba con el bronce. «Su estatua quedó muy buena», opinaron los pescadores. En efecto, estará mucho tiempo ahí. La hicieron con un material resistente, un material que aguanta los embates del mar y de los años.

La Plaza Hemingway, la primera del mundo con ese nombre, fue inaugurada un año después de la muerte del escritor, el 2 de julio de 1962. La plazoleta había sido uno de los atributos urbanos de Cojímar, aunque nadie conoce con exactitud cuándo y para qué fue construida. Está frente a uno de los muelles donde el *Pilar* solía atracar. Muchas veces Hemingway pasó por esta plazoleta sin nombre. Hemingway descendía del muelle con sus largos bermudas, su gorra de visera y con la experiencia de una batalla más en el mar, y atravesaba la plaza, feliz y silencioso, en busca de su Chrysler.

La corriente del Golfo describe un movimiento circular. Surge al suroeste del cabo de San Antonio y bordea la costa norte de Cuba. Pasa frente a Key West, Miami y cabo Hatteras y toma una dirección este-nordeste. Se dirige hacia Europa y baja por Islas Canarias. Retorna a través del Atlántico Norte y se dirige otra vez hacia las Antillas. Avanza hacia Yucatán y vuelve a iniciar el mismo recorrido. Cuando cruza frente a La Habana, lo hace en dirección este, y a la altura de Varadero asume la dirección este-nordeste. Frente a La Habana tiene aproximadamente 60 millas de ancho y presenta velocidades zonales de entre 1,2 y 2,4 nudos. La corriente adquiere mayor velocidad mientras más profundo es el suelo marino. Su agua es de un color azul más intenso que el del agua circundante. En su movimiento arrastra hierbas y sargazos que flotan laxamente sobre su superficie.

Mr. Papa, el protagonista de *Las verdes colinas de África*, declara en uno de los pasajes capitales de la obra de Hemingway:

Si uno sirve a la causa de la sociedad, la democracia y las demás cosas en su primera juventud y, rechazando cualquier otro enlistamiento, se hace responsable solo ante sí mismo, uno intercambia el hedor agradable y confortante de los camaradas por algo que no se puede sentir de otra forma más que a través de uno mismo. Ese algo yo no lo puedo definir cabalmente, pero el sentimiento surge cuando uno escribe bien y con sinceridad de algo y sabe imparcialmente que ha escrito así y aquellos a quienes se paga para leerlo e informar después sobre ello dicen que es una falsedad y, sin embargo, uno sabe su valor absoluto; o cuando uno hace algo que la gente no considera una ocupación seria y, sin embargo, uno sabe ciertamente que es tan importante y ha sido siempre tan importante como todas las cosas que están de moda, y cuando uno está a solas con el mar y sabe que esta

corriente del Golfo con la que está uno viviendo, a la cual está conociendo, sobre la cual está aprendiendo, que está amando, se ha movido, como se mueve, desde antes del hombre y que ha marchado a lo largo de esa isla larga, hermosa y desdichada desde antes que Colón la divisara y que las cosas que uno descubre sobre ella, y aquellas que han vivido siempre en ella son permanentes y valiosas porque esa corriente fluirá como ha fluido, después que los indios, después que los españoles, después que los ingleses, después que los americanos y después que todos los cubanos y todos los sistemas de gobierno, la riqueza, la pobreza, el martirologio, el sacrificio y la venalidad y la crueldad hayan desaparecido como el lanchón lleno hasta los topes de la basura de color brillante, moteada de blanco, maloliente, ahora inclinado hacia un costado, que esparce su carga en el agua azul, tiñéndola de un verde pálido hasta una profundidad de cuatro o cinco brazas, mientras la basura se desparrama por la superficie, la parte sumergible descendiendo y lo insumergible de las palmas, corchos, botellas, y los bombillos usados de las lámparas eléctricas, sazonadas con un condón ocasional o un corset flotante, las hojas arrancadas de la libreta de tareas de un estudiante, un perro bien inflado, la rata ocasional, el gato ya sin dignidad; todo esto bien pastoreado por los botes de los recogedores de basura que arrebatan con largas varas sus presas, tan interesados, tan inteligentes y tan acuciosos como historiadores; ellos tienen la perspectiva; la corriente, sin ondas visibles, soporta cinco cargas de esto al día cuando las cosas marchan bien en La Habana y en 10 millas a lo largo de las costas todo permanece tan nítido y azul como siempre estuvo antes de que el remolcador arrastrara al lanchón; y las palmas de nuestras victorias; los bombillos usados de nuestro descubrimiento y los condones vacíos de nuestros grandes amores flotan insignificadamente contra una cosa sencilla y eterna... la corriente.

Manuel Sáenz tiene 70 años y no ha leído una sola página de las que Hemingway escribió sobre los pescadores. Piensa que ya no va a poder hacerlo. Pero se sabe de memoria lo que pasa en esos libros. Pescó con Papa y con Gregorio y fue amigo personal de Carlos Gutiérrez. Conoce

las artes descritas por Hemingway, las zonas de pesca en las que se movieron sus personajes.

Sáenz recuerda la historia de las lanchas de basura de La Habana. Contenían todo el desperdicio de la ciudad, y en las tardes se lanzaban a la corriente del Golfo. Detrás de la basura iban grupos de pescadores, porque peces de varias especies iban a buscar alimentos entre los desperdicios.

Sáenz prefería los tiburones. Pagaban 90 centavos por aleta. «Los pescábamos con arpón, pero en la época de la aguja, agujeábamos.» Recuerda cuando Hemingway y Carlos Gutiérrez se distanciaron. Dice que, en cierta ocasión, cuando trataban de filmar la captura de un castero, en el momento de bicherear, el equivalente al momento de la verdad en la lidia de toros, Gutiérrez se puso nervioso, enredó la cosa y echó a perder la toma.

Después que dejó a Hemingway, Carlos se fue a trabajar con Julio Hidalgo, *el Francés*, que era práctico del puerto.

Carlos tenía ocho hijos, cuatro hembras y cuatro varones. Le decían abuelo. «Pero Carlos no era tan *hachero* [diestro] como Gregorio.» Después se quedó ciego y murió en una casa que había comprado en Cojímar. Era un hombre de poco carácter, afirma Sáenz, y para trabajar con Papa «había que tenerlo y bien fuerte».

Sáenz admite la posibilidad de que Carlos Gutiérrez fuera el protagonista de la anécdota de *El viejo y el mar*. «Puede haber sido él, porque a los pescadores les pasan muchas cosas raras», comenta.

Pero otro pescador, Gregorio Fuentes, aborda con desgano el tema Gutiérrez. Como se ha dicho, cuestión de celos profesionales. La realidad es que Carlos Gutiérrez fue amigo de Hemingway, tan amigo como Gregorio. Claro, parece ser cierto que la relación con Gutiérrez era un tanto abusiva, de patrón a empleado, y que Hemingway, como

se dice en el argot habanero, «le tenía cogida la baja» a Carlos Gutiérrez. Esta no fue, de ninguna manera, la relación con Gregorio, un hombre orgulloso, digno, fuerte, que reacciona con violencia frente a cualquier atropello. En el caso de Carlos había debilidades de carácter que estimularon los rasgos más negativos de la personalidad de Hemingway. A veces Carlos fallaba, se le escapaba el sedal y echaba a perder una buena pesca. Era un sabio en la corriente del Golfo, pero tenía estos problemas.

A última hora Sáenz echa mano a su solidaridad de pescador para juzgar a Carlos. «Es verdad —dijo casi con tristeza—, a nosotros, los pescadores pobres, siempre se nos iba el pez grande porque solo teníamos el avío chiquito.»



El legendario periodista soviético Mijail Koltzov se dirige a los participantes del Congreso de Escritores celebrado en Valencia. Koltzov fue el modelo de Karkov, personaje de Por quién doblan las campanas. (Cortesía de Alexis Eisner)



Hemingway con el poeta norteamericano Langston Hughes, el soviético Koltzov y el cubano Nicolás Guillén, quien identificó a Koltzov, extrañamente juvenil en esta foto.

53

El reglamento de competencia, redactado parcialmente por Hemingway, establecía reglas muy estrictas:

- El torneo se realizará pescando exclusivamente con vara y carrete por el procedimiento denominado TRO LEO o curricaneo.
- La resistencia máxima permitida de la línea o sedal será de 50 libras.
- La alambrada no podrá exceder de 15 pies de largo ni se permitirá el doble del sedal o línea.
- Solo podrá usarse un anzuelo en cada avío, quedando prohibidos también los grampines en todas sus formas.
- Los competidores podrán usar avíos propios, siempre que estos se ajusten a las normas establecidas.
- Se permite amarrar los bicheros fijos o voladores con un cabo de sogá que no tenga un largo mayor de 30 pies y sus mangos no podrán exceder de ocho pies de largo.
- No

es permitido el uso de arpones o flechas en ninguna circunstancia. • Los peces deberán ser anzuelados, trabajados y llevados al costado de la embarcación exclusivamente por el competidor, sin ayuda o cooperación, exceptuándose el momento de bicherear, en que el designado para ello podrá agarrar el alambre solamente, nunca el sedal o la vara. • Se permite el ajuste del «yoyo», arnés o arreos por otro participante, cuando se tiene un pez anzuelado.



El doctor Jose Luis Herrera Sotolongo, comandante médico del Ejército

Republicano Español, hacia 1937.



Rafael Alberti, John Dos Passos. Hemingway y María Teresa León, en Madrid, probablemente en 1937.

- Cuando un pescador anzuela un pez, los demás están en la obligación de retirar sus sedales del agua para no interferir en la captura; de no cumplirse esto, el infractor será descalificado.
- La vara no puede apoyarse en ninguna parte cuando se está trabajando un pez; solo puede apoyarse en el tirador de la silla de pesca o en el «yoyo» que el competidor lleve puesto. Si por cualquier motivo la vara sufre rotura o el carrete se descompone en el momento de la lucha, el pez quedará descalificado.

El concurso Hemingway comenzó a celebrarse en 1950. El equipo del Miramar Yatch Club ganó en aquella oportunidad. El Habana Biltmore ganó al año siguiente, y así sucesivamente, de manera continua, se celebró el torneo hasta 1958. No hubo competencia en 1959. Fidel Castro ganó como «el mayor acumulador individual» en 1960. Fue la tarde que él y Hemingway se conocieron.

El domingo 15 de mayo de 1960 se celebraba el último día del evento. Fidel compitió en el yate *Cristal*, propiedad de Julito Blanco Herrera, dueño de la cervecería La Tropical. Había unas 15 personas a bordo del yate; entre otras, tres fotógrafos cubanos (Cala, Alberto Korda y Osvaldo Salas) y los escoltas.

Según Cala, el concurso estaba auspiciado por Hy Peskins, uno de los más prestigiosos fotógrafos norteamericanos, con una considerable cantidad de fotos en colores publicadas como portadas en *Life*. También se encontraban Baudilio Castellanos, *Bilito*, y Jesús Montané. Uno de los primeros en llegar fue Ernesto Che Guevara, con *El rojo y el negro* en la mano y una cámara Contax al cuello. Cala relata que el Che Guevara lo saludó y él le elogió la cámara. «Bueno, esta es más revolucionaria que yo.» Con ella había hecho fotos para ganarse la vida y para comprar balas en México, según explicó. Fidel llegó a bordo hacia las ocho de la mañana. Zarparon. La pesquería duró hasta las cuatro de la tarde. Che Guevara probó su suerte un par de veces con las cañas de pescar después que zarparon, pero, evidentemente, había escogido aquel día para leer la novela de Stendhal. Se quitó la camisa de campaña y Peskins comenzó a tirar fotos. Cala recriminó al norteamericano y le dijo que «el Che estaba sin camisa y que iba a ser una foto exótica». Che Guevara se alejó de la popa del barco y se refugió en un camarote. Cuando atracaron, a las cuatro, había liquidado el libro y le dijo a Cala que Stendhal lo había impresionado. Nadie habló de Hemingway, que navegaba en su yate cerca de ellos. Che Guevara se sentía mal y no se quedó para la premiación. Tenía asma y se retiró. No conoció a Hemingway.



Hollywood fabrica un idilio con la Guerra Civil Española. Escena de Por quién doblan las campanas con Ingrid Bergman y Gary Cooper, filmada en 1941 en Sierra Nevada, California.

(Paramount Pictures)

Pocos días antes, el 13 de mayo de 1960, Fidel Castro se había presentado en un programa de televisión para responder preguntas de los periodistas. Uno de ellos, refiriéndose a su participación en el concurso Hemingway, quiso saber si iba a seguir pescando. El líder cubano respondió:

¡Ah, caramba! Yo sí, chico. Mañana voy a perder una hora, porque tengo obligaciones oficiales que cumplir, pero me quedan dos días, y

mañana tengo cinco horas, porque son seis (las horas del concurso), y pasado mañana, el domingo pescaré las seis horas, y entonces no sé si tú habrás leído los periódicos por ahí, me andan preguntando quién me puso las agujas ahí. La verdad es que estoy en segundo lugar, y yo voy a seguir; ya tengo pescado para dos meses. Voy a pescar para medio año. Esa competencia la organizó el INIT [Instituto Nacional de la Industria Turística], está muy bonita, bien organizada y han venido muchos pescadores extranjeros y hay una competencia internacional. Yo no presumo de pescador, pero me invitaron y también me dijeron que viene Hemingway, creo que va mañana, y como ustedes saben, siempre ha defendido mucho a Cuba y a la revolución. Es un escritor cuya presencia aquí, para nosotros, es motivo de satisfacción; es la Competencia Internacional de la Pesca de la Aguja, «Premio Hemingway», y entonces yo asistí, no porque me creyera pescador ni nada de eso, sino porque me invitaron, y quería contribuir al éxito: por lo menos quería alentar a los compañeros que están trabajando en el turismo, en su competencia, que han hecho mucha propaganda y mucho esfuerzo, muy buenos programas, pero con la campaña que le hacen en Estados Unidos les cuesta más trabajo traer a los turistas. Ellos son la gente más paciente y más optimista, hacen un gran esfuerzo, y entonces por esa razón fui.

Hasta ahora he tenido suerte, porque las agujas vinieron, vinieron solas.

Ahora, la seguridad que puede tener todo el mundo es que si gano, es limpio. Y si pierdo, pierdo limpio. El abogado Baudilio Castellanos y Jesús Montané habían organizado la competencia. Eran los jefes del INIT. Castellanos había sido abogado defensor de algunos compañeros de Fidel Castro en el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, y Montané, uno de los asaltantes. Recuerdan que Hemingway se mostraba perplejo por el bullicio y la actividad que se desarrolló alrededor de este concurso, sin duda el que más publicidad recibió de cuantos se habían celebrado hasta la fecha. Pero se mostró dispuesto y colaboró de buena gana.

Es habitual que las biografías de Hemingway afirmen que el escritor no salió complacido de su encuentro con el líder revolucionario. Mary Welsh, en *How It Was*, se muestra reticente ante la personalidad de Fidel, pero unas fotografías de aquel momento muestran a Mary y a Ernest Hemingway sonrientes ante la presencia del líder cubano.

54

Cuba Internacional Octubre de 1978 EN LAS AGUAS DEL HEMINGWAY

Diecisiete años después de la desaparición del autor de El viejo y el mar en Cuba se recuerda a Ernest Hemingway, entre otras ocasiones, durante la celebración del Torneo anual que lleva su nombre. Por Urbano Fernández

En esta ocasión, por primera vez desde 1960, el evento volvió a tener carácter internacional y las azules aguas del litoral habanero fueron recorridas por los equipos de siete naciones inscriptos en este primer Torneo Turístico Internacional de Pesca «Ernest Hemingway» *Por qué de un nombre* Aún se denomina por algunos viejos pescadores del poblado como «la milla de Hemingway» al tramo de costa comprendido entre Cojímar y la nueva zona residencial de La Habana del Este, lugar donde es proverbial la abundante captura de agujas en cualquier tiempo... La pesca de la aguja, la más emocionante y colorida de cuantas se realizan en el mar, se conoció siempre en Cuba. La corriente del Golfo, el célebre Gulf Stream, que cruza frente al litoral, ve desfilar cada año innumerables agujas en su emigración anual. Iniciado por Hemingway en 1950, el Torneo Internacional de la Aguja continuó celebrándose hasta su suspensión en 1961, año en que Cuba, bloqueada, era objeto de múltiples agresiones y sabotajes de todo tipo que tuvieron su culminación en la agresión militar directa en Bahía de Cochinos. Sin embargo, dos años después de la muerte del célebre escritor amigo de Cuba, pese a las dificultades confrontadas para

obtener avíos y repuestos para los motores de las embarcaciones, se celebró de forma modesta el primer torneo de pesca de la aguja en recuerdo de Hemingway. Era la primera vez también que fueron trabajadores los participantes en este tipo de evento, antes reservado a la burguesía criolla. Desde entonces, representantes de los diferentes sindicatos nacionales, de las provincias del país, de los ministerios y organismos centrales y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, se reúnen cada año en el litoral habanero para buscar el triunfo en el torneo... A través de un proceso eliminatorio se van celebrando cada año las competencias selectivas que culminan con eliminatorias provinciales de las que salen los equipos participantes en el «Hemingway». En ellas compiten miles de aficionados de pesca con vara, de todo el país, que tienen así la dorada posibilidad de intervenir totalmente gratis en un costosísimo evento de pesca de altura, reservado en otras latitudes solo para una adinerada minoría.

*Granma*23 de mayo de 1980
PESCA DE LA AGUJA: INAUGURAN
HOY TRADICIONAL TORNEO «ERNEST HEMINGWAY»

El tradicional Torneo Internacional de la Pesca de la Aguja «Ernest Hemingway» quedará inaugurado hoy, a las nueve de la mañana, en la Marina Barlovento, al noroeste de la capital. El clásico disparo de cañón servirá para que las embarcaciones se hagan a la mar en busca de las preciadas piezas. No es fácil esta actividad de pesca, ya que es necesaria una gran habilidad para poder cobrar estos ejemplares. El evento cumple treinta años de instaurado por el propio Ernest Hemingway, y año tras año se ha ido celebrando. Al triunfo de la revolución este deporte, y el torneo tomó mayor masividad ya que se incorporaron los trabajadores de todos los sindicatos. Después se comenzó a competir por provincias y hace unos pocos años se tomó en internacional. Esta competencia se realizará pescando exclusivamente con vara y carrete por el procedimiento de troleo o curricaneo. La resistencia máxima de la línea o sedal permitida será de 22 kilos. Los ejemplares pescados con líneas inferiores a 13,4 kilos serán bonificados.

Además, solo podrá usarse un anzuelo en cada avío, quedando prohibidos los anzuelos dobles o triples (grampines).

55

Leicester Hemingway —en *Mi hermano Ernest Hemingway*— relata que una noche de los años 30 estando de juerga en Jaimanitas con su hermano mayor Ernest y algunos amigos, lograron emborrachar a unos 30 incautos y sumisos pescadores. Para entretenerse, y con la colaboración de estos, prendieron fuego a algunas chozas y cabañas del pueblo. Eran casas de madera y guano, y el fuego se propagó con rapidez. Los juerguistas la pasaron bien. Se divirtieron.



La guerrilla de Pablo según la versión de Hollywood. Desde la izquierda Akim Tamiroff como Pablo, Alexander Granach como Paco, Gary Cooper como Robert Jordan, Katina Paxinou como Pilar, Vladimir Sokoloff como Anselmo, Ingrid Bergman como María y Arturo de Córdova como Agustín. (Paramount Pictures)

El relato, sin embargo, parece que contiene ciertas inexactitudes. Esteban Arias y Fidelino Pérez lo confirman así. Los dos tenían 75 años en 1977 y eran los residentes más viejos de Jaimanitas.

Y no recuerdan el incendio. Desconocen a qué siniestro se refiere «el señor Leicester Hemingway». Fidelino Pérez se incomoda incluso. «¿Cómo carajo nos iban a quemar las casas?», dice, y emplea las palabras más fuertes a propósito. «¿Acaso éramos mutilados o maricones para permitirlo?» La respuesta de Esteban es contenida y sobria: «Nunca se produjo tal incendio en esta localidad.»

La playa de Jaimanitas fue hacia los años 30 una de las zonas favoritas de Hemingway en La Habana, aunque él varió el rumbo después en dirección opuesta: hacia las playas y los puertos del este.

Jaimanitas es evocada intensamente por Philip Rawlings en *La quinta columna* y también constituye el escenario del único cuento cubano de Hemingway, «Nobody Ever Dies». Pero Jaimanitas es un lugar modesto; tiene una playa, y un río donde guarecer los barcos, aunque nunca se iguala con las condiciones y el abrigo que Cojímar ofrece.



Historia natural de los muertos: bajas italianas en Brihuega, marzo de 1937. La trinchera de piedras debe haber contribuido a la mutilación de estos soldados. La misma fotografía, que es un fotograma del filme La tierra española, apareció en el reportaje de Hemingway publicado en Life el 12 de julio de 1937 con el siguiente pie redactado por el mismo Hemingway: «The counterattack has been successful.» (El contrataque ha sido un éxito.) Hemingway conservaba una copia de la foto en Finca Vigía.



Esta imagen no fue publicada entonces. Hemingway estaba al lado de John Ferno cuando este tomó la foto de los italianos muertos.



Mapa utilizado y marcado por Hemingway en el transcurso de la Guerra Civil Española. Se ha conservado así en Finca Vigía hasta nuestros días. La marca alrededor de Madrid sitúa con bastante precisión el cerco sobre esta ciudad. En Salamanca se encontraba la Junta Nacional de Franco; Talavera de la Reina fue el punto de donde partieron algunas de las fuerzas franquistas que atacaban a Madrid; Toledo, al principio en poder de los republicanos, cayó en manos de las fuerzas franquistas procedentes de Talavera.



La Guardia de Asalto, que al principio de la guerra luchó junto a la república. Esta foto y las nueve que siguen pertenecían a la colección privada de Ernest Hemingway. Todas fueron tomadas por su amigo, el legendario fotógrafo húngaro Robert Capa.



Durante un bombardeo, probablemente en Extremadura



Milicianos. Su procedencia se puede establecer por las alpargatas, típicas de Aragón o Cataluña



Avanzada de las Brigadas Internacionales en Teruel. El frío intenso ocasionó muchas pérdidas de manos y pies por gangrena.





«El porrón es aragonés», según José Luis Herrera Sotolongo.



Un libro es más efectivo como trinchera que un saco de arena.





Con Martha Gellhorn y oficiales del Kuomintang, probablemente en Hong-Kong. Guerra sino-japonesa de 1941.

En Jaimanitas vivía el matrimonio Mason, compañeros de Hemingway en sus primeras pesquerías en Cuba. George Grant Mason era representante de la Pan American en la época que los grandes clípers acuatizaban en el puerto de La Habana. La mansión de los Mason existe aún; se encuentra en una zona apartada y exclusiva de Jaimanitas. En 1977 era la residencia de un diplomático canadiense.

El único cuento cubano que escribió Hemingway parece tener por escenario la casa de los Mason. El asunto es el siguiente: un joven cubano, combatiente en la guerra de España, es asesinado pocas horas después de su regreso por los esbirros del gobierno reaccionario del país. Antes de morir, ha logrado convencer a su novia y compañera de ideales de que nadie muere realmente si lo hace por una causa justa.

Numerosos elementos cubanos. ambientan la narración. Desde las voces de un grupo de muchachos que juega en las afueras de la casa, hasta los estridentes anuncios de la radio que incluyen dentífricos y gasolina.

Hemingway estuvo en Cuba en abril y mayo de 1936, cuando ocurrieron varias acciones revolucionarias que fueron descritas en las

primeras planas de los diarios. En esos acontecimientos está el origen de «Nadie muere jamás».

56

La Gaceta

Septiembre/octubre

1979

HEMINGWAY Y LA NEGACIÓN DE LA NEGACIÓN
Mary Cruz

De haber vivido veinte años más, el 21 de julio de 1979 habría cumplido Ernest Hemingway su octavo decenio. Pero el día primero de otro mes de julio (el de 1961), introdujo voluntariamente en su vida —ya perdida de modo irremediable para la actividad creadora por su dañada salud—, eso que llamara Engels último «elemento esencial» de toda existencia: la muerte, la negación dialéctica de la vida... Habiéndola estudiado [su obra] con detenimiento, me atrevo a dividirla en dos etapas, separadas por el encuentro del escritor por el ámbito de la corriente del Golfo de México y su asimilación de lecciones que, particularmente en Cuba, permitieron el ahondamiento de su mirada intelectual. Y no quiero decir que desde entonces Cuba y la corriente del Golfo conformaran el único marco espacio-temporal de sus narraciones. Quiero decir que, desde entonces... Y compró un yate para practicar a gusto su deporte preferido, la pesca; y se fue al Africa de cacería, otro deporte en el que se ejercitaba físicamente y podía analizar los resortes de todas sus acciones. La pesca, piensan algunos, es un deporte aburrido, pero el que pesca tiene mucho tiempo para pensar. Una cacería deportiva es ocupación perfectamente inútil: pero en el safari de 1934, Hemingway se proponía... Se proponía también comprobar si un recuento de hechos reales podía ser trabajado como novela y lograr los efectos de una novela. Más aún, en la práctica de lo que había sido trabajo para el hombre de otras épocas —y lo era todavía,

como lo es hoy para algunos—, quería estudiar la relación del hombre con su ocupación en una circunstancia simplificada. ¿Cómo vivir? ¿Realizándose plenamente como ser humano en un instante —aunque fuese el último— que valiera por toda la existencia? Y escribió —La breve vida feliz de Francis Macomber» («The Short Happy Life of Francis Macomber», 1936). Aquí, dicho sea de paso, hay un león que debe mucho a Tolstoi... Con su instinto certero, el pueblo de Cuba siempre ha sabido apreciar a este escritor norteamericano que, bajo la coraza de una aparente despreocupación, observaba con profundo interés y cariño las cosas de Cuba. Mal que pese a los que no han sabido o no han querido leer correctamente sus producciones y juzgar por ellas al hombre, ahí está el busto que costearon centavo a centavo los pescadores de Cojímar, y ahí está su museo de San Francisco de Paula, constantemente visitado. Hemingway no ha muerto. A los ochenta años de su nacimiento —y a veinte de su muerte...

57

Un huracán azota el estrecho de la Florida, hunde el buque español *Valbanera* y proporciona material literario a Hemingway.

La nave de pasajeros, perteneciente a la línea Pinillos, Izquierdo y Cía., había salido de Santiago de Cuba, en la provincia más oriental de la isla. Había llegado allí procedente de España y, tras una escala, se dirigía a la bahía de La Habana. En la noche del 8 de septiembre de 1919, el ciclón sorprendió al buque a pocas millas del litoral habanero. Le impidió alcanzar un puerto. Lo empujó a los islotes de la Florida y lo hundió. El buque quedó sepultado a unos 12 metros de la superficie.

Tras este desastre Hemingway escribe «Después de la tormenta». el relato donde Eddy Saunders narra en primera persona sus recuerdos de cómo buceaba entre los restos de la nave y cómo flotaban los cadáveres dentro de los camarotes y la manera en que los griegos se adelantaron y cargaron con la mayor parte del botín.

Pero fue otro el huracán que le proporcionó a Hemingway una experiencia traumática. Un meteoro lento y devastador que cruzó por el sur de la Florida y dejó centenares de víctimas entre los veteranos de la Primera Guerra Mundial que trabajaban a cuenta del gobierno federal en la construcción de *The Overseas Highway*. Son los excombatientes que aparecen retratados como gente bulliciosa y simpática en *Tener y no tener*.

La catástrofe ocasionó más de 1 000 muertos en la cayería de la Florida el 2 de septiembre de 1935, sobre todo en Alto y Bajo Matecumbe. Hemingway colaboró con el *Pilar* en las labores de rescate. Sólo encontró cadáveres. Semanas más tarde aparecían aún las viejas botas de infantería regadas por las playas, y los pájaros flotaban sobre los islotes, y arreciaba el hedor de los cuerpos descompuestos. Era el escenario de una batalla perdida y Hemingway —en su indignada denuncia publicada en *New Masses*— acusaba a las autoridades de desidia y falta de prevención por haber permitido la muerte de los que él consideraba sus camaradas de la Primera Guerra Mundial.

58

EN SU ensayo «El último verano», el crítico cubano Edmundo Desnoes vio una relación entre la estancia de Hemingway en Cuba y su confesada devoción por España. Según él, Hemingway se desplaza hacia la antigua colonia española, Cuba, en la cual se conserva el idioma y parte de la cultura de la metrópoli. El sitio ideal para un norteamericano que ama a España. Sin embargo, es la misma literatura hemingwayana la que se encarga de desmentir esta hipótesis. Cuando Philip Rawlings, en *La quinta columna*, recuerda sus inicios como revolucionario, confiesa que antes de estar 12 meses prestando servicios en España, estuvo en la isla:

¿Has estado alguna vez en Cuba? [le pregunta a Antonio y añade:] Allí fue donde me metieron en todo esto... gente que debió haberlo pensado mejor, empezaron a darme tareas. Tú sabes, creyeron que podían confiar en mí; no una confianza plena, pero sí la suficiente como para utilizarme en algunas cosas. Después me dieron tareas más importantes y las cumplí. Y ya sabes cómo es eso, uno acaba por convencerse de lo que hace y creo que le coge el gusto al trabajo. Tengo la sensación de que no estoy explicando las cosas con mucha lucidez. La educación cubana de Hemingway resultó provechosa. Conoció el funcionamiento de organizaciones clandestinas. Sus visitas a Cuba, como pescador de agujas y observador inteligente a principios de los años 30, le proporcionaron materiales sobre las actividades antimachadistas. En *La quinta columna*, en un párrafo sustancioso, se definen las proyecciones de la fascistoide ABC. También, con otro tono, en el Madrid sitiado, Rawlings evoca la isla y sus placeres:

¿Alguna vez has ido un sábado por la noche a Sans Souci en La Habana para bailar en la pista bajo las palmeras reales? Son grises y erectas como si fueran columnas. Allí amaneces jugando a los dados o a la ruleta; después, cuando aclara el día, te vas a Jaimanitas a desayunar. Todo el mundo se conoce y la pasas divinamente; es de lo más divertido. Un destilado de lo que cree haber aprendido en Cuba aparece en boca de P.O.M. en *Las verdes colinas de África*:

—¿Vio usted lo de Cuba? —Desde el principio. —¿Cómo fue? —Hermosa. Luego, terrible. No puede imaginarse lo terrible que fue. —Cállate —dijo P.O.M.—. Yo conozco un poco esas cosas. Estuve arrodillada tras una mesa de mármol mientras se disparaba en La Habana. Llegaron montados en camiones disparando contra todos los que veían. Cogí la copa que estaba bebiendo y me sentí muy orgullosa de no haberla derramado o haberla olvidado. Los niños me preguntaron: «Madre, ¿podemos salir esta tarde para ver los tiroteos?»

Estaban tan inquietos por la revolución que tuvimos que dejar de hablar de ella. A pesar de la superficial visión de un proceso revolucionario que reflejan estas palabras, lo que llama la atención es que Hemingway, en el período en que escribe *Las verdes colinas de África*, reconoce que hay estallidos revolucionarios en muchas partes: en Turquía, en España, en los países balcánicos. Pero los considera como maquinaciones humanas de las cuales el artista debe mantenerse alejado. Su experiencia española lo haría cambiar de idea. Comprendería, de una vez y por todas, que una revolución nunca es fortuita.

59

Algunas veces se permite el lujo de una pesquería en su yate. Puede regresar tarde de alta mar. Recuerda la inminencia de la costa en uno de los monólogos de Robert Jordan: el olor del viento que sopla de tierra al acercarse a Cuba en medio de la noche.

La primera obra realizada por Hemingway en Finca Vigía es *Por quién doblan las campanas*. Lo que se conserva de aquella empresa de 18 meses son algunas cuartillas en las que redactó con su espaciosa letra escolar los párrafos de su novela. Son fragmentos que sirven para revelar el método. Un trabajo de acumulación con que el artista levanta su obra. Son sus 500 palabras diarias, equivalentes a cuartilla y media escrita a máquina, a dos espacios. Uno de los fragmentos del borrador:

41

—

43

... sin traición y si todos trabajan juntos para lograrlo. «No», dijo. »*Rien à faire. Rien Faut accepter. Comme toujours.*» El martilleante rugir de los aviones se volvía ensordecedor ahora. Golz los observó con sus duros y orgullosos ojos. «*Nous ferons notre petit possible*», dijo Golz en el receptor y colgó. Pero Kotz no lo escuchó. Todo lo que oyó fue el

rugir de los aviones. El nombre de Kotz, de evidente etimología rusa (quizás una mezcla de Karkov y Golz), fue sustituido en la versión definitiva por el de un personaje francés, Duval, miembro de las Brigadas Internacionales y oficial en el Estado Mayor del general Golz. Duval recibe el mensaje de Robert Jordan de detener la ofensiva, ya que el enemigo se ha enterado de sus preparativos y ha tomado las precauciones. Pero Duval mantiene una actitud vacilante y no se decide a cargar con la responsabilidad. Lo único que hace es establecer comunicación telefónica con Golz, quien ya se encuentra en la base aérea viendo despegar los aparatos rumbo a una operación que, a priori, es un fracaso. Como se sabe, Golz es un retrato del general ruso-polaco Karol Swierczewski quien tuvo a su cargo la ofensiva de Segovia. Su nombre de guerra era Walter.

Esta es la escena del despegue de los aviones, tal y como aparece en la novela:

Pero los aviones, avanzando ensordecedores, eran una prueba de cómo podía haber sido, y mientras los observaba, Golz respondió al teléfono: «Non. *Rien à faire. Rien. Faut pas penser. Faut accepter.*»

Golz seguía mirando los aviones con ojos duros y orgullosos sabiendo cómo podrían haber ocurrido las cosas y cómo iban a suceder en cambio. Y, orgulloso por lo que pudiera haberse hecho, convencido de que hubiera podido hacerse bien, aunque nunca llegara a realizarse, dijo: «*Bon, nous ferons notre petit possible.*» Y colgó el teléfono.

Pero Duval no lo oía. Sentado a la mesa, con el auricular en la mano, lo único que oía era el ruido de los aviones... Lo que sigue es la versión primera del relato que Pilar hace de la masacre en su aldea. Aparecen entre corchetes las partes tachadas en el original, y, en cursiva, las partes o palabras añadidas.

y a través de la plaza los árboles brillando a la luz de la luna y la oscuridad de sus sombras y los bancos también iluminados por la luz de la luna y las botellas diseminadas también brillando y más allá del borde de la roca a donde han sido lanzadas y no se escuchaba otro sonido que el caer del agua en la fuente y me senté allí y pensé que nosotros habíamos comenzado mal. La ventana estaba abierta y (tres casas] hacia arriba de la plaza y desde la Fonda podía escuchar a una mujer que gritaba. Yo [miré] *salí* afuera *en* el balcón parándome sobre el hierro con mis pies descalzos y la luna brillaba en la fachada de todos los edificios de la plaza y el grito venía del balcón de la casa de don Guillermo. Era su mujer que estaba en el balcón, clamando y llorando.

Entonces regresé a la habitación y me senté allí y no quería pensar, pues este era el peor día de mi vida hasta que no llegara otro peor. En el capítulo X de la novela, aparece así:

Miré por la ventana y vi la plaza, iluminada por la luna, donde habían estado las filas; y al otro lado de la plaza vi los árboles brillando a la luz de la luna y la oscuridad de sus sombras. Los bancos, iluminados también por la luna; los cascotes de botellas que brillaban y el borde del barranco por donde los habían arrojado. No había ruido, solamente se oía el rumor de la fuente y permanecí allí sentada, pensando que habíamos empezado muy mal.

La ventana estaba abierta y al otro lado de la plaza, frente la fonda, oí una mujer que lloraba. Salí con los pies descalzos al balcón. La luna iluminaba todas las fachadas de la plaza y el llanto provenía del balcón de la casa de don Guillermo. Era su mujer. Estaba en el balcón arrodillada, y lloraba.

Entonces volví a meterme en la habitación, volví a sentarme y no tuve ganas de pensar siquiera, porque aquel fue el día más malo de mi vida hasta que vino otro peor. El texto siguiente es una parte del monólogo sostenido por Robert Jordan la última noche de su vida. El momento está consignado por Hemingway en el encabezamiento. En ninguna parte del libro se

encuentra una escena que se corresponda con exactitud a este fragmento. Aunque las ideas se distribuyen aproximadamente entre los pensamientos de Jordan en el capítulo XXXI.

Insertar	475	Ene	24
----------	-----	-----	----

/Rescribir en la conversación de la última noche /
Estaba despierto en la noche pensando ahora y pensaba, ahora que esto me ha ocurrido es una gran complicación. Antes solo era el trabajo. Ahora es el trabajo y esta muchacha *que yo amo*. No debo pensar en esto ni tampoco preocuparme pero mi vida ha cambiado ahora.
[Es muy complicado tener a la María.] Debo tener [un] buen cuidado con ella. Ahora pensaba llevarla al Gaylords y dejarla allí en el hotel donde no conoce a nadie y donde podría tener lugar un bombardeo y no tiene documentos siquiera. Podría regresar y encontrarme con que la Policía se la ha llevado. No, primero debo conseguirle buenos documentos. Karkov me puede ayudar en eso. Después debo conseguirle ropa. La novia de Karkov puede ayudarme y enviaré a Petra para que vaya con ella a comprar lo que necesite. Petra la cuidará bien. Tal vez pueda vivir con Petra cuando yo esté lejos. No, eso no es práctico pero no quiero que ella esté en el Gaylords con esa gente. Tal vez podamos conseguir un apartamento. Seguro que podemos. Averiguaré todo acerca de eso. Algún lugar cerca del parque por donde está la feria del libro y ahora en la primavera podemos caminar por el parque con los castaños en flor. Puedo mostrarle todo Madrid. Asunto resuelto, pensó. La novia de Karkov me ayudará a vestirla a pesar de que se pondrá celosa. Pero lo haré. Todavía me quedan bastantes pesetas y *vendrán más*. Y la novia de Karkov tiene ropa bastante buena. Le conseguiremos buena ropa. Yo nunca reparé en la ropa de las mujeres excepto si les queda bien o no. Pero podemos conseguirle un traje y algunos buenos suéters. Aunque el traje hay que hacerlo a la medida. Hay excelentes suéters [aunque] todavía en Samarands en la Gran Vía. *Chequear*. Estará preciosa. ¿Con qué? pensó. Con cualquier cosa que le compre. No sé qué será. Cualquier cosa que ella quiera.

También necesita zapatos. Tendrá que usar ropa interior. Medias. No te preocupes por eso. Ella lo solucionará todo con Petra mientras tú estás en el Gaylords. Podemos ir juntos al barbero. Por una vez pueden cortarle el pelo igual que el mío de manera que le quede parejo y después dejarlo crecer. Me pregunto cuánto tiempo demora en crecer el pelo de una muchacha. Ella tiene un hermoso, hermoso pelo. *Será como la peluza del maíz tostado por el sol.* Me gustaría que lo llevara por los hombros. Me pregunto cuánto demorará eso. Aunque ahora está hermosísima. Creo que yo no resistiría que ella fuera más hermosa. Pero lo va a ser. Todo el tiempo. *Lo mejor que podemos hacer es también casarnos. Porque uno nunca sabe y la llevarás también a Missoula. Resultará simpático pero también bueno. Podrá botar la cuchilla de afeitarse una vez que crucemos la frontera.* Y debes conseguirle un camisón de dormir, y payamas y una bata de casa y zapatillas y un buen peine y cepillo y una maleta. No sigas, se dijo. Mejor que lo dejes ¿no crees? Tú y tu bella y joven esposa. Tú y todos tus problemas domésticos. Tú amando a alguien y entregándote a eso de manera que ahora conoces qué es estar enamorado y lo que María significa para ti. *Bueno has pasado un rato agradable ¿verdad? Fue realmente agradable en Madrid ¿verdad?* Tú y María y las otras pequeñas cosas que has olvidado. Eres fantástico, se dijo él mismo. De veras lo eres. ¿Cuál era tu gran problema? ¿Qué tiempo demoraría en crecerle el pelo? ¿No era eso mismo? Eso era lo que tenías en la cabeza. Eso era todo lo que te preocupaba. Eres bastante bueno, se dijo. De veras lo eres. Y si eso es todo lo que te preocupa me parece que mejor te hubieras ido a dormir. Tu bella y joven esposa ya está dormida. Porque muy pronto amanecerá. Y mira a ver si mañana por la mañana puedes recordar cuáles eran tus problemas de anoche.

El otro manuscrito conservado en Finca Vigía:
Epílogo

Era de noche (en la carretera) cuando Golz (regresó) en un carro militar [desde el desfiladero] bajó por la carretera [hacia] desde el desfiladero hacia El Escorial. Alrededor del 14 de julio de 1940 Hemingway se debatía con la idea de agregar un epílogo a la novela en el que el general Golz y Karkov

enjuiciaban el fracaso de la ofensiva de Segovia y comentaban la muerte de Jordan. Otro capítulo en esta suerte de epílogo o secciones finales sería el regreso de Andrés al campamento abandonado de la guerrilla de Pablo, una especie de anticlimax. Por consejos de Max Perkins, Hemingway no siguió adelante con el proyecto y dejó la novela en el momento en que Robert Jordan, con el pecho contra la hierba, espera que el teniente Berrendo, enmarcado en la mirilla de su fusil, se acerque a su campo de fuego.

El material primario de *Por quién doblan las campanas* conservado en Finca Vigía es reducido y disperso (Hemingway obsequió el borrador final a Gustavus Pfeiffer.) Fue escrito a mano en cuartillas de papel gaceta común. La caligrafía es lenta y tiende a inclinarse hacia el margen derecho.

Escribir a mano era su método favorito. Lo expresó así en la crónica «Diálogo con el Maestro»:

Es necesario elaborar minuciosamente lo que se escribe; eso se consigue con el uso del lápiz por ofrecer tres posibilidades de que el lector entienda lo que se quiere decir: primero, se puede ir corrigiendo cuando se da al escrito una lectura de principio a fin; segundo, al pasarlo a máquina se vuelve a corregir y, por último, se hacen las correspondientes correcciones en las pruebas. El escribir primeramente con lápiz mejora un 0,333 por ciento más que si no se emplea ese objeto; magnitud considerable que facilita la fluidez, claridad y sencillez. Faltó que añadiera algunos componentes indispensables de su receta: el porcentaje de vivencias y el de disciplina a la hora de enfrentarse a la página en blanco, y la garrafa de vino o whisky para que la jornada concluya en forma.

«Solo dos linajes hay en el mundo, que son el tener y el no tener.» Una mujer de pueblo en *El Quijote*. Cuando Hemingway decidió integrarse a la causa española, lo hizo de manera decisiva y con el objetivo preciso de que aquella guerra debía ser ganada. Fue un rompimiento: no era el mismo Hemingway de los años 20, solitario y decepcionado, que escribiera «El regreso del soldado» o el que posteriormente escribiera los capítulos finales de *Adiós a las armas*; Hemingway dejaba atrás las opiniones bastante manidas sobre la función del arte y del artista, vertidas en *Las verdes colinas de África* y *Muerte en la tarde*. Dejaba, además, la comodidad de su matrimonio con la adinerada Pauline Pfeiffer y de su casona en Key West y las poses de escritor consumado. A su hermano Leicester le diría que antes de la experiencia española no se había preocupado «por la manera cómo la vida discurría mientras él pudiese crear y producir». Si en alguna ocasión John Dos Passos, por sus actitudes izquierdistas, había sido objeto de las críticas hemingwayanas, la Guerra Civil Española cambiaría la situación radicalmente: Hemingway iría hacia las posiciones que abandonaba John Dos Passos. Si el fusilamiento de un profesor valenciano, José Robles, acusado de pasar información a los franquistas, sirvió de argumento para que Dos Passos desertara, Hemingway se sentiría irritado al considerar exagerado que «Dos colocara la vida de un hombre por encima de los intereses generales».

Al fin Hemingway contaba con algo semejante a una ideología y una bandera que defender. Aunque la ideología no estaba clara, matizada por sentimientos liberaloides o individualistas, la bandera representaba una causa: la España Republicana.

Desde luego, Hemingway va a variar su forma de pensar a lo largo de la guerra. Tendrá dudas y contradicciones, pero siempre, incluso en los momentos difíciles, se va a mantener firme en sus posiciones, aunque haya elementos de machismo y terquedad

enraizados en su nueva conciencia política. Robert Jordan, el protagonista de *Por quién doblan las campanas*, es el exponente máximo de su estrategia ideológica: «Si vencemos aquí, venceremos en todas partes.»

En el otoño de 1937, Ernest Miller Hemingway, corresponsal de guerra acreditado por la agencia norteamericana NANA (North American Newspaper Alliance) se encontraba destacado en el sector este de Madrid, con su credencial de periodista, su pasaporte norteamericano, un revolver Magnum de cañón blindado (que no había declarado a las autoridades de aduana), una cuchilla de explorador, los bolsillos de su chaqueta llenos de cebollas crudas y la vieja cantimplora llena de cognac. La cuchilla era magnífica y se sentía tan orgulloso de ella que se la mostraba a todo el mundo; construida de acero solingen, tenía cachas de nácar. Se abría como las patas de una araña y contenía una tijera, un sacacorchos, un abrelatas y tres tipos de navaja. De su cantimplora que llevaba ajustada al cinto, bebían personas tan ilustres como Joris Ivens, Ilya Ehrenburg, André Malraux y Robert Capa. Las cebollas crudas las metía en cualquier bolsillo de su chaqueta de gamuza. En esto consistía su recurso contra el hambre: un trago largo de cognac y una mordida a una cebolla. Acostumbraba tener otras pertenencias en su chaqueta: el pasaporte, las credenciales, el dinero, la libreta de notas, la pluma de fuente y un par de lápices del número dos.

De estos objetos, el único que se conserva en Finca Vigía es su pasaporte, documento dramático, por medio del cual se puede seguir no solo la vida de Hemingway en España sino los vaivenes de la República Española. El pasaporte, de cubierta roja, tiene deshilachadas las tapas de tela. Es una experiencia singular seguir el curso de las actividades de Hemingway en las acuñaciones de entrada y de salida de las aduanas francesas y españolas. Se recuerdan sus descripciones de la crónica «Primeras imágenes de la guerra», cuando un avión militar lo llevó de Toulouse a Barcelona.

El avión aterrizó suavemente en la pista de hormigón y rodó hasta detenerse ante un pequeño edificio, donde, pasmados de frío tras haber cruzado los abruptos Pirineos cubiertos de nieve, nos calentamos las manos alrededor de un tazón de café con leche mientras tres guardias con chaquetillas de cuero y pistola estaban bromeando en el exterior del edificio. Allí supimos por qué Barcelona ofrecía aquel momentáneo aspecto desolado: un trimotor de bombardeo escoltado por dos cazas había bombardeado la ciudad hacía unos momentos... Uno de los rasgos reveladores del pasaporte es que, a medida que se pasan sus páginas, el aspecto de las acuñaciones va degradándose. Si en los primeros visados había gomígrafos orlados, banderas desplegadas, escudos del país y una orgullosa inscripción de la república, sus últimas autorizaciones están escritas a lápiz, con letra rápida y poco oficiosa.

Los combatientes republicanos aprendieron pronto a reconocer a Hemingway por su estatura, por su vestimenta, por su complexión. Acostumbraba visitar las unidades con su chaqueta de gamuza, grandes botas de cazador, una boina vasca y espejuelos de montura metálica. Un tipo de mucha suerte, caminando tranquilamente bajo los bombardeos y brindando su cantimplora a los combatientes.



En Inglaterra, en junio de 1944, antes de partir en una misión de bombardeo.



Con Michel Pasteau y un explorador de la guerrilla francesa en Rambouillet, en agosto de 1944. El mapa de la casa Micheline que Hemingway sostiene en sus manos se ha conservado en Finca Vigía hasta nuestros días.

Sin duda, valiente, pero también un hombre experimentado. Hemingway conocía el silbido de los proyectiles de la casa Krupp. Sabía cuándo protegerse tirándose de cabeza en una trinchera. Años antes, su organismo había asimilado la fragmentación de una granada de artillería alemana. Junto con la cantimplora, dos medallas al valor y un pantalón desgarrado y manchado de sangre, Hemingway se llevó un centenar de esquivas de metralla como souvenir de la guerra de 1914. Aún las tenía en sus piernas, y una rótula artificial, cuando llegó a Madrid.

Este corresponsal famoso que cobraba 500 dólares por cable y 1 000 por artículo, perseguía un objetivo nuevo, trascendental, algo superior a la cacería de fieras en África, a la captura de truchas y la caza de pájaros en el norte de Michigan, a la pesca de altura en la corriente del Golfo y a la afición por los toros. Se integraba a un grupo optimista, ilustrado y valiente: Ehrenburg, Malraux el legendario fotógrafo húngaro Robert Capa, los alemanes Gustav Regler, Hans Khale, Werner

Heilbrun y Ludwig Renn, los soviéticos Roman Karmen y Misha Koltzov, y los generales Petrov, Walter y Lucasz, además de escritores cubanos como Carpentier, Guillén, Marinello, y otros latinoamericanos como el chileno Neruda, los españoles Alberti y María Teresa León, y compatriotas suyos como Langston Hughes y Paul Robeson. La guerra va a afirmar viejas amistades y a proporcionarle nuevas; amigos que afluyeron a Finca Vigía en el largo período posterior a esa guerra y a los que ayudará en la medida de sus posibilidades. (A la viuda pie Werner le cedió los derechos del guión de *La tierra española*; a Gustav Regler lo ayudó a salir de un campo de concentración francés y su novela, *La gran cruzada*, basada en la Guerra Civil Española, se publicó con un prólogo de Hemingway.)



El mapa Micheline con las anotaciones de Hemingway.

Es probable que, a ratos, la estancia de Hemingway en la asediada España tomara la apariencia de una excursión. Había enrolado en la aventura al torero Sidney Franklin, al poeta Evan Shipman y a sus antiguos amigos españoles, pero el escenario disipado y divertido de

Fiesta se convirtió entonces en lugar de destrucción y muerte. Su primer viaje a España comenzó el 27 de febrero de 1937. Navegó en el *París* hasta Francia. Desde Toulouse voló a Barcelona, de allí a la costa este, a Valencia, Alicante, donde los leales estaban muy contentos por su victoria en Brihuega. Hemingway examinó el campo de batalla donde los italianos insepultos estaban despedazados por la artillería y las rocas. Este es el período en que Hemingway colabora en la producción del filme *La tierra española*, con el cineasta comunista holandés Joris Ivens y el camarógrafo John Ferno. Había participado anteriormente con Prudencio de Pereda, joven escritor español, en la preparación del documental *Spain in Flames* (España en llamas).

Hemingway estaba enrolado en la organización llamada *Contemporary Historians*, que incluía a Dos Passos, Lillian Heilman y Archibald MacLeish originalmente. Su objetivo era promover la causa del pueblo español y recolectar dinero para la república. Lillian Heilman, en su libro de memorias *An Unfinished Woman*, relata que MacLeish le pidió en 1937 que participara con Ivens y Hemingway en la realización de un documental sobre la guerra. Quería contar con su experiencia como dramaturga en la confección del guión. Pero una neumonía la obligó a permanecer en París y no pudo trabajar en la filmación. Dice también que Hemingway se mostró satisfecho con la película. Heilman volvió a ver *La tierra española* a fines de los años 60, y siguió gustándole; en su opinión, Ernest y Joris lo hicieron bien: «Hemingway estaba mucho más calificado que yo para hacer ese filme.»

La realización de *La tierra española* y su trabajo como corresponsal de la NANA llevó a Hemingway a muchos lugares del frente. Pero regresaba siempre a Madrid, por lo que la habitación del Hotel Florida adquirió el carácter de santuario: suyo y de sus compañeros. Allí se reunía con la pandilla, trabajaba y se divertía. Landis describe así el servicio del Florida: «A los cubiertos del hotel Florida —el cuartel general de Hemingway, Herbert Matthews y Martha Gellhorn—

todavía le sacaban brillo con esmero. La mantelería era magnífica, pero el menú, aunque se servía con verdadera elegancia, era inalterable. Una rebanada de pan, garbanzos cocinados en aceite de oliva y cebolla, a veces había lentejas o judías. Esto era lo que había en la carta. De haber postre, este consistía en una solitaria naranja. Ya no se servían licores en las mesas de mármol de los pequeños cafés al aire libre, ni tampoco en los cabarets, pero sabemos que Hemingway se las agenciaba para proveer una generosa despensa a sus visitantes.»

Hemingway gustaba de mostrar los proyectiles aún calientes (cuando no explotaban) que caían cerca; la habitación salía barata porque estaba sometida al fuego de las baterías fascistas emplazadas en la Sierra Garabitas.

Pero Ivens y Ferno no se quedaban atrás a la hora de correr riesgos. Incluso Hemingway le escribió a MacLeish que era probable que sus amigos perdieran el pellejo. Ivens, además de cineasta, actuaba todos los días como «un oficial de infantería regular»; se enfrentaron a los mayores riesgos y peligros cuando filmaron el ataque de los tanques y la infantería en Moratas de Ta juña y los bombardeos en Madrid. Juntos arrostraron ametrallamientos y desplomes, aunque también se divertieron buscando bares y tabernas en medio de la guerra, «lugares limpios y bien iluminados», según decía Hemingway, en clara referencia al título de su cuento homónimo. En medio de estas conmociones, Hemingway preparó el texto completo de *La tierra española*.



En 1940, pensando retrospectivamente sobre aquella primavera, Ernest dijo: «El período de lucha, cuando creíamos que la república podía ganar, fue el más feliz de nuestras vidas.»

La tierra española fue exhibida a la familia Roosevelt el 8 de julio de 1937 en la Casa Blanca, gracias, se supone, a los buenos oficios de

Martha Gellhorn. El estreno público fue en agosto de ese mismo año en Nueva York. El filme provocó una de las broncas que Hemingway tuvo con intelectuales a lo largo de su vida. En una proyección privada, Orson Welles y Hemingway se sentaron juntos. Orson Welles, que estaba destinado a ser el narrador del filme y por alguna razón no lo hizo, le dijo a Hemingway, injustamente, que el filme era una mierda. Se entraron a piñazos.

Hemingway había regresado a Estados Unidos en mayo de 1937. El 4 de junio pronunció en el Segundo Congreso de Escritores Norteamericanos, celebrado en el Carnegie Hall de Nueva York, el primer discurso formal de su vida, en el que habló sobre sus experiencias en España y «la misión del escritor en la época actual». Junto a él, en la tribuna, estaban Donald Ogden Stewart, presidente de la Liga de Escritores Norteamericanos, Earl Browder, secretario del Partido Comunista de Estados Unidos, y Joris Ivens; Archibald MacLeish era el maestro de ceremonias. El discurso de Hemingway, de siete minutos, fue ovacionado por los 3 500 asistentes y otros centenares de personas agolpadas en las puertas. El hecho de haber vencido su timidez para hablar en público y defender la teoría de que los escritores deben tomar parte activa en la defensa de la libertad y la democracia, muestra que ese momento marcó el punto culminante de su evolución política.

En medio de esta barabúnda, yendo y viniendo por los frentes de España y viajando a Estados Unidos, Hemingway estaba enredado en el experimento, que podemos calificar de literario-social, de *Tener y no tener*. De Nueva York se traslada a Key West, y de allí a Bimini. Corrige las pruebas de galera de *Tener y no tener*, que consideraba «en muchos aspectos la obra más importante que había escrito jamás», según le contó a Leicester. En el momento de su primer viaje a España, la novela estaba terminada. Era un texto mucho más largo que el publicado finalmente. Pero el autor regresó convertido en un ardiente defensor de la república; entonces eliminó una parte de la novela y cambió el final.

En estas circunstancias escribió el parlamento de Harry Morgan, que devino el manifiesto de Hemingway: «Un hombre solo no puede... Un hombre solo, haga lo que haga, no puede conseguir nada.»

El libro se puso a la venta en el otoño de 1937 y la crítica norteamericana vaciló ante esta obra y el contenido de sus 262 páginas (según la edición príncipe que se conserva en Finca Vigía). Los comentaristas dijeron que el estilo de Hemingway se había destruido al intentar incursionar en el campo social. Se dijo también que el título de la obra parodiaba el famoso monólogo shakesperiano. (Cervantes, algunos siglos antes que Hemingway, había dado ya con esta ecuación simple.) Pero el mundillo de los escritores le preocupaba poco a Hemingway en esos meses. Sólo, de modo casual, intercambió unos golpes con el crítico Max Eastman para saldar una vieja deuda literaria.

En el desempeño de su nueva actividad como agitador político, Hemingway, en compañía de Ivens, se traslada a Hollywood y participa en la campaña de recolección de fondos para la República Española que Frederick y Florence March auspician. Ivens lleva los rollos de *La tierra española*, bajo el brazo, y, Hemingway, las 15 hojas manuscritas de un segundo discurso.

Lillian Heilman recuerda aquellas colectas que se hicieron en Estados Unidos. Una vez, en casa de los esposos March, se recaudaron 13 000 dólares «para comprar ambulancias». Errol Flynn, el actor, se perdió a la hora de la colecta; dijo que iba al baño y nadie lo volvió a ver aquella noche. (Según Landis, el actor norteamericano Errol Flynn, que había viajado a España como simpatizante de la república, fue agraciado con una herida de bala mientras viajaba «en una especie de recorrido turístico» que estaba realizando allí. Se trataba de una visita a las trincheras que costaba 10 céntimos, pero que, al parecer, acarreaba ciertos riesgos. La noticia apareció en una edición de *The New York Times* de mayo de 1937.) Faltaban entonces unos 30 años para que se hiciese pública la noticia en Estados Unidos de que el liberalismo de Flynn era una pantalla para cubrir sus actividades como colaborador

del nazifascismo.

Hemingway, mientras tanto, con su romanticismo habitual, trataba de convencer a sus amigos ricos para que financiaran el envío de material médico con destino a la República Española, pero muchos de ellos se resistían alegando que eso equivalía a colaborar con los comunistas.

Fue a mediados de 1937 cuando reunió los fondos para la compra de ambulancias, medicinas e instrumental, como presidente de la comisión de ambulancias de la asociación norteamericana Amigos de la Democracia Española. Una parte apreciable de los fondos los proporcionó él mismo. Logró conseguir 12 ambulancias completamente equipadas, pero fueron bloqueadas en el puerto de Nueva York por la American Neutrality Act que prohibía enviar cualquier clase de mercancías a España.

61

La actividad de Hemingway en España se concentró en la XII Brigada, su grupo internacionalista preferido. Casi todos los autores reconocen este hecho, aunque Hemingway visitó otras unidades y se detuvo, por razones lógicas, en las posiciones que ocupaban los norteamericanos de la Brigada Abraham Lincoln.

La XII Brigada, donde pasaba la mayor parte del tiempo, estaba al mando de Paul Lucasz, que era el nombre de guerra de Mate Zalka, uno de los enviados de Stalin a participar en la guerra española. Baker afirma que esta brigada estaba formada «por un grupo políticamente muy heterogéneo, pero que resultaba un memorable conjunto de alegres camaradas». Entre ellos, el médico del Estado Mayor Werner Heilbrun, el escritor alemán Gustav Regler, que salió mal herido de la contienda, y, especialmente, «el general Lucasz, uno de los buenos

amigos de Hemingway, y un hombre bueno y divertido en la fiesta del Primero de Mayo, donde tocó una melodía con un lápiz sostenido entre sus dientes». Un homenaje de Hemingway al general Lucasz puede encontrarse en su prefacio al libro de Regler *The Great Crusade*. Hugh Thomas, citando otro libro de Regler, *Owl of Minerva*, rememora el banquete que le ofreció Lucasz a Hemingway en la XII Brigada y dice que •constituyó un acontecimiento inolvidable, en el que el general húngaro Lucasz envió una invitación a todas las muchachas del pueblo inmediato para que acudieran al banquete que ofreció en aquella ocasión».

En el grupo se encontraba el médico José Luis Herrera Sotolongo, quien años más tarde deviniera médico personal de Hemingway. Él rememora su encuentro con Hemingway, y el primer contacto del escritor con la XII Brigada:

Yo lo conocí por lo siguiente: después de haber terminado las operaciones del frente de Madrid, en el 37, nos concentramos en un área al oeste de la capital con vista a reponernos; como habíamos estado en combates sucesivos desde noviembre del 36 en la Casa de Campo, el Pardo, Las Rozas y Villanueva del Pardillo, habíamos sufrido muchas bajas. La XII Brigada Internacional había llevado el peso de estos combates. En los últimos días de diciembre habíamos realizado con éxito una ofensiva corta sobre Brihuega. En Brihuega dejamos las fuerzas del IV Cuerpo y volvimos a Madrid. Pero en los últimos combates que tuvimos, en Madrid y Las Rozas, la brigada quedó en unas condiciones bastante deplorables en lo que se refería a personal y equipo. Entonces nos dan un refuerzo en el este de Madrid, en un pueblo que se llamaba Moratas de Tajuña; allí teníamos uno de los batallones, el otro estaba en Perales. En fin, estábamos dispersos, pues nunca una brigada se concentra en un solo sitio para descansar. Estando allá una tarde llega el jefe de sanidad de la brigada, que era el alemán Werner Heilbrun y me dice: «Usted que es el oficial mejor

vestido, vaya a Madrid para recoger a una periodista americana que quiere venir a estar unos días con nosotros para hacer un reportaje. En el Hotel Florida de Madrid te va a esperar mi esposa, Matilde.» Efectivamente, cuando llegué allí estaba la esposa de Werner con una americana que resultó ser Martha Gellhorn, que luego fue esposa de Ernesto. Montamos en la máquina y partimos de regreso. En Moratas nos alojamos en el hospital. El hospital de la XII Brigada era una especie de hotel para turistas.



Con el coronel Buck Lanham en la línea Sigfrido, en septiembre de 1944. Ernesto, en aquella época, estaba enamorado de Martha. Él había ido al frente del sur de Madrid, por la parte de Getafa y esa zona, y cuando regresa al hotel no está Martha allí y pregunta: «¿Dónde está Martha?» «Vinieron a buscarla y está en la XII Brigada», le respondieron, y al día siguiente él se presentó en la XII Brigada. Martha se quedó unos días allá y Hemingway la acompañó, y parece que le gustó la XII Brigada, pues siguió siendo su punto de reunión. La mayor parte del tiempo se la pasaba viviendo con nosotros y de ahí salía a hacer sus trabajos. Fue nuestro huésped durante un tiempo largo. Así pues, la primera visita que él nos hizo fue en las primeras semanas del año 37, cuando nosotros estábamos en Moratas de Tajuña. Después Hemingway pasa con nosotros todo el tiempo que dura la ofensiva del Jarama, casi un mes. Entonces hay un lapso de tiempo cuando él se marcha a otros frentes y nosotros hacemos la operación de Guadalajara, contra los italianos. No estaba allí. Llega a

última hora. Cuando él ve que es una ofensiva de una trascendencia grande, de inmediato nos alcanza y llega precisamente cuando nosotros habíamos desmontado un hospital en un palacio... Cuando él llega ya nos habíamos marchado de allí y él hace unas fotografías del palacio,



que las tiene en la finca.

En la línea Sigirido o «muralla del oeste», inspeccionando un cañón antitanque alemán, de 88 milímetros, destruido y abandonado. Septiembre de 1944.

Así que nos siguió a donde nosotros fuimos a descansar en Moraleja. Casi todo el tiempo estuvimos alojados en una finca. Hacíamos partidos de fútbol allí. Después Ernesto se volvió a marchar. Y nosotros volvimos de Aragón e hicimos la operación sobre Huesca, que fue cuando mataron al general Lucasz. Cuando regresamos de Madrid, otra vez establecimos el contacto. En aquella época Ernesto de nuevo convivió con la XII Brigada; después ya nos separamos casi definitivamente porque la XII Brigada se había transformado en división y nos fuimos para el frente... Estuvimos separados mucho tiempo pero coincidimos cuando la ofensiva y la toma de Teruel. Él se aparecía siempre en las operaciones más importantes y otra vez volvimos a estar juntos, pero por pocos días, pues él se trasladó para otro frente y entonces ya perdimos el contacto hasta que lo establecimos otra vez cuando yo vine a Cuba.



Herrera se ríe cuando recuerda «las cosas de Ernesto». Por ejemplo, había un oficial de procedencia eslava; no recuerda el país, pero sí su nombre: Makakos. Hemingway utilizaba este nombre con frecuencia para lanzar una de las variantes de su blasfemia favorita: «¡Makako en Dios!» En el frente todo era susceptible de convertirse en una broma y aliviar, aunque fuera fugazmente, la tensión reinante. Makakos era uno de los oficiales de la Brigada Dombrowski que murió en el Puente de Arganda.

Herrera Sotolongo recuerda muy bien otra de las anécdotas, porque él fue «ejecutor» y Ernest, «el ejecutado». Ocurrió durante el descanso que tuvo la XII Brigada después de la batalla de Guadalajara. El Estado Mayor y parte de la oficialidad «reposaba» en La Moraleja, en el palacio de una duquesa, la viuda de Aldama, en las afueras de Madrid. El lugar había adquirido cierta reputación tétrica debido a que allí se habían realizado muchos fusilamientos de fascistas. Pero en determinado momento comenzó a ser utilizado para recepciones oficiales, ya que su vajilla y muebles se conservaban en buen estado. La ofensiva de Guadalajara había terminado y había ascenso de oficiales

—el médico Herrera Sotolongo entre ellos, ascendido a capitán—. Era una noche de recepción con la asistencia de Paul Robeson, el cantante. Pero Hemingway bebe más de la cuenta, se emborracha y se duerme. A alguien se le ocurre llevarlo al quirófano de campaña. En efecto, lo acuestan y amarran en la camilla. Todos se ponen las batas blancas y las mascarillas. Hemingway se despierta. Al verse amarrado, comienza a dar los mayores alaridos que se recuerden... tanto, que los bromistas deciden liberarlo de las amarras. El juego queda al descubierto. Hemingway se disculpa: «Creía que había caído en manos de los fascistas y que me iban a torturar.» Lo que más ha gritado, desde luego, es: «Me cago en Dios», e «Hijos de puta, mátenme.» En perfecto español.

La experiencia ha tenido un final risueño. En los días restantes la gente se dedica a vagabundear. Hemingway los acompaña. En cierta ocasión deciden fusilar un disco: lo sacan del gramófono y parece que tiene los minutos contados. Es uno de los pocos discos pertenecientes a la viuda de Aldama que les ha gustado, pero como lo han puesto tantas veces ya aburre y esto provoca su condena a muerte. Es *El bolero* de Ravel. Lanzan la placa al aire y le entran a pedradas. Ninguno hace blanco aunque se acepta que Hemingway lanzó la piedra más cercana. Pero él hace gala de modestia y dice que tiene la práctica del tiro de pichones. Sin embargo, un alma generosa propone que se le conmute la pena al disco porque ha sobrevivido el fusilamiento. Todos aprueban. *El bolero* de Ravel vuelve a la colección de la duquesa.

62

Hemingway en Moscú

En finca vicia, aparte del pasaporte rojo que Hemingway utilizó en la guerra de España, se conservan unas 200 fotografías tamaño postal, tomadas durante la filmación de *La tierra española*; también hay

una colección de fotos debidas a la cámara de Robert Capa. Hay otras, de Lucasz y su. Estado Mayor, y otras de Hemingway con Ludwig Renn; rostros y gente que ya han desaparecido. En cierta ocasión, estas fotografías fueron revisadas por Herrera Sotolongo, «Ummmm... el Estado Mayor de Lucasz...» Se detuvo en una foto en que aparecía un personaje pequeño al lado de Hemingway, en un camino. Herrera dijo: «Este era Aliosha, el ayudante de Lucasz.»

Cuarenta años después de tomada aquella fotografía, el 15 de diciembre de 1976, con 12 grados bajo cero, un hombre pequeño, de carnes duras, enérgico, de 71 años de edad, abrió la puerta de su apartamento moscovita a Norberto Fuentes. La cita se había concertado a través de un tercer amigo, Yuri Greding.

De inicio hubo dos cosas agradables en ese encuentro con el personaje pequeño de la fotografía: Alexis Eisner recibió la carta y el saludo que le enviaba Herrera Sotolongo, su antiguo camarada. Eisner se mostró visiblemente conmovido al enseñársele la fotografía en la cual aparece junto a Hemingway, una reproducción de la que se conserva en el Museo Hemingway.



Diario de la Marina, *La Habana*, 25 de marzo de 1945: «El famoso novelista Ernest Hemingway, corresponsal en los campos de batalla de Francia durante algún tiempo, acaba de llegar a La Habana en el clíper de la Pan American World Airways. El novelista permanecerá una temporada entre nosotros.» (PAA)

«De Ernest Hemingway solo había leído *Fiesta*», dice Alexis Eisner. «Me percaté de que era un hombre de genio, pero solo de genio literario.» Cuando Mijail Koltzov, o quizás Herrera Sotolongo. no

recuerda bien, lo llevó al Estado Mayor de la XII Brigada, a principios de enero o febrero de 1937, Alexis era ayudante de Lucasz. Cuando los presentaron, «Lucasz se volvió como loco porque él había leído *Adiós a las armas*.» Ya Hemingway tenía una posición especial como visitante dentro de la brigada. «Pero para mí fue solo uno de los camaradas. Parecía un deportista viejo. Una cara redonda, ojos pequeños. Lentes sencillos. Aunque traía buena ropa americana, se le veía manchado todo el tiempo. Allá había la costumbre de ensuciar las gabardinas. Toda la ropa parecía vieja y usada. En el bolsillo del pecho siempre tenía whisky. Tomaba mucho y bien, y esto era algo que me agradaba. El Estado Mayor de la brigada era muy hospitalario. Alimentaba a todos los que iban allí. A Hemingway le daban gasolina para su carro. Lucasz hablaba húngaro, ruso y alemán. Ernest Hemingway hablaba inglés, francés, italiano y español. Yo traducía del francés al ruso. Lucasz se molestaba mucho porque solo había leído *Adiós a las armas*.»

A Alexis lo asombraba que «Ernest Hemingway no se comportara como un escritor». Jamás hablaba de literatura ni de arte. Y se sentía incómodo cuando le hablaban de literatura. «Ese grandote se ponía rojo en la cara cuando alguien le decía que había leído su libro. Se enojaba. No era tema para hablar en el frente. Su reacción en estos casos era extraña, aunque dentro de su alma sabía que era una ocupación muy seria.» Alexis lo entendió después. En aquel momento se dio cuenta de que había visto a una persona que conocía la guerra y se comportaba entre ellos como un soldado más.

Según Alexis, Hemingway no tenía permiso para ir al frente. Fue su colaboración con Ivens y Ferno en el filme *La tierra española* lo que le permitió ir a las trincheras. Cargaba las cámaras y trabajaba como un mozo. Podía ir adondequiera que fueran ellos. «No escribió sobre eso», dice Alexis. «Se sentía muy bien en nuestro Estado Mayor. Se puede explicar su amistad con Regler y Heilbrun, y su interés hacia Lucasz: le interesaba el escritor que actúa.»

Pero Lucasz no llegó a ser un buen escritor, afirma Alexis. «La

vida no se lo permitió.» Olvidaba el húngaro. Y escribía en húngaro. Él mismo traducía al ruso. «Mal ruso.», dice Alexis. Hemingway miraba a Lucasz con interés, y todos en nuestro Estado Mayor querían a Hemingway. Menos Randolpho Pacciardi. Era un italiano republicano, capitán, casi un anarquista y bastante nacionalista. No le perdonaba a Hemingway sus pasajes sobre Caporetto». Después de la navidad de 1936 – 1937 organizaron un banquete por la primera victoria del ejército republicano. Había ocupado tres aldeas franquistas: Almadrones, Alcora y Mirabuena. El héroe de la jornada había sido Pacciardi, que capturó la casa donde estaba el comandante del batallón franquista. Y su caballo y su mujer. «Mujer joven, y como Pacciardi era un caballero la llevó a Madrid en su coche.» Pero un obús alcanzó el coche y solo Pacciardi quedó vivo.

«Ernest Hemingway fue con Martha Gellhorn al banquete. Cuando Pacciardi vio a Martha, le dijo a Albino Marbin, otro combatiente italiano: “Siéntate al lado del americano y entreténlo.” Pacciardi era muy guapo. Enamoró a Martha. Y Martha quiso retirarse. Ernest Hemingway quería quedarse. Pacciardi dijo: “Le ofrezco mi coche.” Él mismo la llevó hasta Madrid, distante a unos 50 km. Regresó dos horas después. Ernest Hemingway seguía en su borrachera. Pacciardi nos confesó luego: “No conseguí nada.” Claro, en *A través del río y entre los árboles*, Hemingway golpea a Pacciardi con su sarcasmo. No olvidó el Caporetto de su mujer. A lo mejor pensó que sí había sucedido algo con Martha.» Alexis se cuestiona ahora: «¿Las mujeres dejaban a Hemingway como a Pushkin? ¡Quién sabe!»

El párrafo sobre Pacciardi en *A través del río y entre los árboles*:

Siempre se gastaban bromas sobre esto, porque el honorable Pacciardi era ministro de defensa en la república italiana. Pacciardi tenía la misma edad del coronel y había combatido muy bien en la Primera Guerra Mundial, así como durante la Guerra Civil Española como comandante de batallón; allí conoció al coronel, que estaba en

calidad de observador. La seriedad con que el honorable Pacciardi se hizo cargo del puesto de ministro de defensa de un país indefendible, era un vínculo entre el barman y el coronel. Ambos eran hombres muy prácticos y la visión del honorable Pacciardi defendiendo a la república italiana estimulaba sus mentes. «La última vez que Hemingway y yo nos vimos — cuenta Alexis —, ya habíamos enterrado a Lucasz. Yo tenía 10 días de vacaciones. Iba caminando por una calle de Valencia. Hemingway venía en dirección contraria. Nos abrazamos. Los españoles no se besan. “La muerte de Lucasz fue una desgracia”, dijo Ernest. Lo describió como un héroe y dijo una frase que nunca he olvidado: “La muerte está mal organizada en la guerra.” Le pregunté sobre sus proyectos y me contestó: “Regreso a América, pero no sé si vuelva a España.” Después regresó, sin embargo.»

«Es muy triste cuando dos combatientes se despiden. Tenía sus dos manos en los bolsillos de la chaqueta y movía un pie. “Ven a verme. Estoy casado con una millonaria; tengo una casa en la Florida”, me dijo. Sacó la libreta de cheques de su bolsillo y me extendió uno. Estaba dirigido al Banco Francés de París. Estampó la fecha y su firma pero no puso cantidad para que fuera yo el que lo hiciera. En el reverso puso su dirección en la Florida. Guardó la chequera en el bolsillo. Nos abrazamos otra vez, y “Adiós, amigo. Buena suerte.” Todo eso fue muy triste.»

Fue el último encuentro con Hemingway, y más vale que no lo hubiese tenido. Hemingway le había firmado un cheque en blanco por si Alexis lo necesitaba. Eso quería decir, entre otras cosas, que los dos reconocían que estaban en el bando que había perdido la guerra. Hemingway lo invitó a que lo visitara en Nueva York o Key West. Para fortuna de Eisner, los agentes de Beria no supieron esto último.

Alexis regresó a la URSS en enero de 1940, unos meses después de que comenzara la guerra mundial. Un poco más tarde, en abril, le practicaron un registro y le encontraron el cheque en blanco firmado

por Ernest Hemingway, UN CHEQUE EN BLANCO, FIRMADO POR UN EXTRANJERO, y lo mandaron para Siberia, donde pasó 25 años. Fue rehabilitado en agosto de 1956. Cuando regresó a Moscú era un hombre mayor aunque no un anciano. A los 57 años se buscó una mujer, Inés, de nombre español, 26 años más joven que él, se casó y tuvo un hijo, Dimitri. Después se puso a escribir. Tiene ahora un libro de memorias de guerra, publicado en Moscú en 1968.

Alexis Eisner narra su primer encuentro con Lucasz. Su lenguaje es duro, militar; en su relato aparece, entre otros, uno de los personajes más atacados por Hemingway: el francés André Marty. Fue la época en que se constituyeron las Brigadas XI y XII (en realidad la primera y la segunda). Se organizaron con una diferencia de tiempo corta: la XI el 5 de noviembre de 1936 («la mayoría de ellos —según la descripción de Hemingway— eran comunistas» y «algo serios como para pasar mucho tiempo en su compañía») y la XII el 10 de noviembre. La XII estaba integrada en su mayoría por italianos antifascistas que propusieron que su brigada se llamara Garibaldi. El 13 de noviembre fue su primera batalla. Alexis había sido nombrado jefe de una sección de 13 fusileros armados con máusers españoles, sistema alemán. Cuenta Eisner:

Nadie se movió de su sitio, en el patio del cuartel de Albacete, cuando André Marty dijo que iban inmediatamente al combate, sin pasar siquiera instrucción. «¡Es lo que esperaba de vosotros!», exclamó Marty. Se irguió llevándose el puño a la boina. «Desde este momento, cada uno de vosotros se ha investido voluntariamente la pesada armadura de la disciplina militar. Encargado de mantenerla —y con la mano firme— es el jefe de vuestra brigada. Como tal ha sido nombrado el revolucionario húngaro, general Paul Lucasz.»

Del grupo que había a su espalda se destacó un hombre robusto, de estatura mediana, muy bien vestido, incluso con elegancia. Llevaba traje de cazador, cuidadosamente planchado, botas de tipo deportivo y

no le faltaba más que el sombrero tirolés con plumilla para tener completo parecido con un terrateniente austriaco en plan de ir a cazar faisanes. A pesar de su dandismo, el revolucionario húngaro suscitaba respeto: no era frecuente ver a un revolucionario entre los generales ni a un general entre los revolucionarios.

Consideraba un gran honor el haber sido nombrado jefe de la II Brigada Internacional, que en el ejército español sería la XII Brigada. La formaban por el momento: el primer batallón Thäelmann, creado sobre la base de la sólida centuria, que ya se había hecho famosa con este querido nombre —además de tres compañías alemanas, integraban este batallón una balcánica y otra polaca— ; el segundo batallón, italiano, había tomado el nombre de Giuseppe Garibaldi; el tercero, franco-belga, había pedido ser llamado con el nombre de la eminente personalidad del movimiento obrero francés e internacional: André Marty. En los próximos días se nos uniría una batería artillera y un escuadrón de caballería que se estaba formando...

«Ha sido nombrado comisario de vuestra brigada, Luigi Longo [este combatiente, apodado el Gallo, sería años después presidente del Partido Comunista Italiano], miembro del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas de Italia», anunció André Marty.

Por detrás de su hombro se destacó un joven moreno, muy delgado, incluso no delgado, sino estrecho, con rostro de mártir, sin afeitarse, pálido y de aspecto enfermizo; sobre su ancha frente surgía un pelo rebelde peinado hacia atrás; tenía los ojos tan hundidos que no se veían más que las cuencas negras. A pesar del uniforme azul oscuro —como el de Marty— y del correa, la combinación de la delgadez ascética con una cara concentradamente seria hacía al comisario de la brigada muy parecido a un abad que hubiera colgado los hábitos. Cuando Mate Zalka murió, preparaba una ofensiva sobre Huesca. La XII Brigada, bajo su mando, había combatido en Majadahonda en enero de 1937, y en el Jarama, en febrero, había defendido el puente de Arganda y el de Pindoque: en marzo había participado en la batalla de Guadalajara.

La muerte de Lucasz y de Werner Heilbrun en la ofensiva de Huesca cerró una etapa de las actividades de Hemingway en España, aunque él se encontrara lejos en ese momento. Lucasz murió cerca de Aragón, sorprendido por un bombardeo. La carretera estaba tapiada en algunos tramos para enmascarar los movimientos, pero los fascistas disparaban sobre ella y acertaron de casualidad en el automóvil de Lucasz, un Ford del 36. El destacado militar murió el 11 de junio de 1937. Herrera Sotolongo firmó el certificado de defunción y embalsamó el cadáver. Fue enterrado en Valencia tres días después. Un telegrama de condolencia de Stalin fue la nota de esplendor máximo en las pompas fúnebres una muestra de la estima en que se le tenía. Alguien dijo en e cementerio que había sido el segundo de Budionni en la Caballería Roja.



Martha Gellhorn es retratada en Londres por Lee Miller. (Vogue)

Aquella carretera «estaba maldita». Unos días antes, el chofer de Werner Heilbrun había encontrado la muerte en circunstancias semejantes, esta vez debido a un ataque de la aviación. La anécdota

llamó la atención de Hemingway cuando Alexis se la contó La bala de grueso calibre del avión alemán le había abierto la garganta al chofer y casi cercenado la cabeza; la muerte había sido instantánea, pero, en lo que sería un movimiento reflejo, quitó la velocidad, embragó y frenó el carro.



Otro episodio está relacionado con la muerte de Buenaventura Durruti, el líder anarquista, en el Puente de los Franceses. Fue Alexis quien le llevó la noticia a Lucasz, que estaba reunido con Kleber y unos asesores soviéticos en esos momentos. Dice Alexis que Lucasz palideció, que nunca le había visto una expresión semejante, entre extrañeza, estupor e indignación. Había ocurrido algo que estaba fuera de sus cálculos. El comentario hecho por Hemingway, en su último encuentro con Alexis, fue semejante al que apareció luego en la novela: «Durruti era un buen hombre y lo asesinaron. Eso ocurre con frecuencia. Era quizás demasiado impetuoso y sentía la necesidad de atacar, y no

permanecer a la defensiva.»

Tras la muerte de Lucasz, la XII Brigada combatió en Brunete y Belchite; en 1938, en el frente de Aragón, hizo un intento desesperado por defender a Caspe; sus hombres cruzaron el Ebro más tarde. Allí, en la Sierra de Caballas, llegó la noticia de que el gobierno de la República Española había acordado el relevo y la repatriación de las brigadas internacionales.



Desavenencias matrimoniales con Martha a bordo del Tin Kid, el bote auxiliar del Pilar.

La novela *El general Lucasz*, del soviético Mijail Tijomirov, presenta a Hemingway como personaje en el capítulo introductorio, un recurso que, sin duda, le garantiza popularidad a la obra. Mijail Koltzov y Hemingway se dirigen al Estado Mayor de Lucasz, y tienen diálogos increíbles. «¡Es sorprendente!», exclama Koltzov en este relato. «En la Brigada Internacional de Lucasz hay hombres de 12 lenguas ¡y todos se entienden!» Hemingway replica: «¡Después de la guerra, el general Lucasz podrá terminar de construir la torre de Babel!» Llegan donde se encuentra Lucasz, que los invita a comer *shashlik*, pequeños trozos de carne asada ensartados en varillas de metal. Lucasz le dice a Hemingway: «Creo que hemos peleado en el mismo frente durante la

guerra mundial, ¿no? Usted, al lado de Italia, y yo, en el ejército austro-húngaro. Pero hemos madurado y ahora comprendemos mejor qué es la guerra.» Hablan del hotel Florida, y Lucasz invita a su ayudante a que coma un poco de carne. El autor lo describe como un militar «joven» y lo llama Sasha, un diminutivo de Alexis. Otro personaje de esta novela es un oficial de enlace llamado Vajmetiev, un antiguo ruso blanco, que puede ser un trasunto de la historia del mismo Eisner, quien era hijo de rusos blancos emigrados.

Eisner surge, aunque como personaje secundario, en las páginas de otro libro soviético. Roman Karmen, el cineasta, habla de él en uno de los episodios sobre España de su libro de memorias *¡No pasarán!* La circunstancia es auténtica y no novelesca, y Karmen lo menciona como Liosha o Aliosha, otro diminutivo de Alexis. Hemingway e Ivens aparecen en el mismo episodio.



Una de las fotos de Martha conservadas por Hemingway en Finca Vigía.

Alexis Eisner recuerda ahora que Lucasz lo nombró su ayudante porque tenía el mismo nombre del protagonista de *Doberdo*, la novela de Mate Zalka: Aliosha. Lucasz espaciaba la pronunciación: A-lio-sha. Alexis Eisner recuerda que en una noche muy oscura Lucasz y varios de sus oficiales se tiraron a dormir en un lugar próximo al frente; el único

desvelado era Alexis y le vino a la memoria cierto episodio de la novela *Chapaev* y se dijo: «No voy a dormir. Estos oficiales soviéticos no podrán ser sorprendidos por el enemigo.»

Lucasz, según otro recuerdo de Alexis, se enfureció en cierta ocasión con Mijail Koltzov, el corresponsal de *Pravda*. Había estado buscándolo para charlar un rato y el periodista andaba metido en un tanque que iba al combate. Alexis, de improviso, recuerda también que Lucasz le dijo a Hemingway en una noche de preparación artillera: «Agáchese cuando oiga un balazo. Eso no le resta dignidad.»

«Durruti era un tipo decente, pero su gente lo mató en el Puente de los Franceses. Lo mataron porque quería obligarlos a atacar», se indigna el protagonista de *Por quién doblan las campanas*. En la anotación correspondiente al 21 de noviembre del *Diario Español*, de Mijail Koltzov, este es menos categórico que Hemingway. Koltzov conjetura: «.. una bala perdida, o, tal vez, una bala dirigida por alguien, lo había herido de muerte al bajar del coche delante de su puesto de mando. Apenas hondamente lo ocurrido a Durruti». El *Diario Español* apareció dos años después de la guerra, mientras que la noticia en *Pravda*, firmada por el mismo Koltzov bajo el título «Asesinato de Durruti», dice: «Al bajar del coche delante de su puesto en un arrabal de Madrid, Buenaventura Durruti, relevante figura del movimiento anarcosindicalista, fue alcanzado en el pecho por la bala de un asesino desconocido. La herida ha causado su muerte.»

Mijail Koltzov, el corresponsal de *Pravda* que Hemingway convirtió en el Karkov de *Por quién doblan las campanas* era, según Alexei, «un hombre muy difícil». Lo describe como «un tipo muy listo; realista y sarcástico hasta el punto de parecer cínico. Un sincero stalinista, pero no dogmático». Y añade: «Yo no era el tipo para estar con él. Me parecía tan inteligente y valeroso. Cuando yo residía en París, lo admiraba y le tenía un afecto enorme. Pero, ¿acaso Koltzov podía sentir lo mismo por mí?... Pronunciaba el español con mucha dificultad. Él y Hemingway

intimaron bastante.»

Koltzov había alcanzado la fama a través de *Pravda*, donde comenzó a publicar sus trabajos a finales de 1919. Se convirtió en colaborador permanente de este periódico en 1922 y llegó a formar parte de su consejo de redacción. Escribía crónicas, reseñas, artículos y folletines satíricos. Lo hacía invariablemente en primera persona, y acostumbraba remitirse cartas a sí mismo para hacer críticas. Es probable, y hasta cierto punto comprensible, que no surgiera una gran amistad con Alexis Eisner, dadas las grandes diferencias de carácter entre ellos. Alexis recuerda que Koltzov lo pinchaba de modo especial cuando lo iba a buscar al Estado Mayor y le decía: «¡Aliosha, vamos a ver una película marxista!» Alexis afirma con amargura que no comprende cómo Koltzov no se dio cuenta de lo que significaba el stalinismo.



Hemingway y Adriana Ivancich, el modelo en que se basó el escritor para crear la Renata de A través del río y entre los árboles. Probablemente Cortina d'Ampezzo, en 1950.

Pero era un tipo dinámico y es natural que hiciera buenas migas con Hemingway. Una vez le explicó al norteamericano que él dictaba sus trabajos a las mecanógrafas y luego los corregía. Les decía: «Ustedes no siguen trabajando después.»

En 1917, al ser derrocado el zar, Koltzov se entregó al movimiento revolucionario. En su relato «Febrero-marzo», publicado en 1920, cuenta cómo participó en la detención de un ministro zarista. Trabajó en el Comisariado de Instrucción Pública dirigido por Lunacharski. Se ocupó de la crónica cinematográfica y, al frente de un grupo de operadores de cine, «aparecía en todas partes». En 1918 se trasladó a Moscú con el gobierno. Hizo un viaje a Kiev en representación del Comité de Cinematografía. Allí lo sorprendieron las fuerzas nacionalistas de Petliura y pasó a la clandestinidad. Se incorporó como voluntario al Ejército Rojo y fue miembro de la dirección política. Trabajó en el Comisariado de Relaciones Exteriores. Participó en el asalto a Kronstadt en febrero de 1921. Fue el primer periodista soviético que recorrió Europa y Asia. Voló en los primeros aviones soviéticos. Viajó por toda la URSS visitando fábricas, escuelas, koljoses y sovjoses. Por iniciativa suya se fundó en 1923 la primera revista ilustrada soviética para el gran público, *Ogoniok* (la llanita) y la revista satírica *Chudak* (El extravagante), fusionada más tarde con *Krokodil*, que sigue publicándose. Organizó y dirigió el primer periódico vespertino de la capital soviética, *Trudavaia Kopeika* (El kopek del trabajador).

Mijail Koltzov nació en una familia de artesanos en Kiev el 12 de junio de 1898. En 1936 llegó a España como corresponsal de *Pravda*. En 1938 regresó a Moscú. Fue detenido en diciembre de 1938. Murió en marzo de 1942. Su nombre fue rehabilitado en 1954. Su hermano, Boris Efimov, famoso caricaturista soviético, dijo sobre la detención de Koltzov: «En aquel momento lo alcanzó la vil mano de los enmascarados enemigos del pueblo.» Koltzov era uno de los editores de *Pravda* cuando los oficiales de la policía política de Beria fueron a detenerlo. Koltzov, airado, tomó un teléfono de arriba de su despacho y dijo: «Voy a llamar a Stalin.» Uno de los oficiales se encogió de hombros y respondió: «Puede hacerlo si quiere. Pero él está al corriente de esto.» Koltzov escuchó resignado, dejó el teléfono en su lugar y salió con los policías.

La guerra española había significado para Hemingway la más prolongada e intensa relación con militares y periodistas soviéticos y con comunistas europeos. Fue amigo de Lister, Lucasz, Swierczewski y especialmente del enigmático Mijail Koltzov. Hemingway describe al Karkov de *Por quién doblan las campanas* como el tercer hombre en importancia situado por Stalin en España. Hemingway le confiere tanta significación que uno de los últimos pensamientos de Robert Jordan, su protagonista y alter ego en este libro, está dedicado a Karkov. Le hubiese gustado que Karkov observara cómo él iba a morir. Acepta con franqueza que Karkov ha sido su maestro. En todos los grandes momentos políticos de *Por quién doblan las campanas* se puede descubrir la presencia de Mijail Koltzov y su influencia sobre Hemingway. Aparece cada vez que a Robert Jordán se le presenta un momento de duda o cuando su conciencia enjuicia moralmente alguna situación. Pese a sus vacilaciones y recelos, las conclusiones de Robert Jordan son positivas. Forman parte de la educación que recibe de este duro y capaz cuadro profesional.

Robert Jordan piensa:

El mundo es hermoso y vale la pena luchar por él, y siento mucho tener que dejarlo. Has tenido mucha suerte —se dijo a sí mismo— por haber llevado una vida tan buena. Has llevado una vida tan buena como la del abuelo [un soldado de la Guerra de Secesión], aunque no haya sido tan larga. Has llevado una vida tan buena como pueda ser la vida, gracias a estos últimos días. No vas a quejarte ahora, cuando has tenido semejante suerte. Pero me gustaría que hubiese un modo de transmitir lo que he aprendido. Cristo, cómo estaba aprendiendo estos últimos días. Me gustaría hablar con Karkov. Eso sería en Madrid. Ahí, detrás de esas colinas y atravesando el llano... En *Por quién doblan las campanas* surge de nuevo el tema de la pérdida de la inocencia, como en los cuentos de la serie de Nick Adams, pero ahora su alter ego es un adulto y las enseñanzas que adquiere son políticas. A

veces estas resultan muy duras de asimilar, como el episodio en que Karkov convence a Robert Jordan de la necesidad, llegado el caso, de sacrificar a sus propios compatriotas heridos para evitar que caigan vivos en manos del enemigo y puedan ser utilizados para justificar una mayor intervención por parte de las potencias fascistas (finalmente, el propio Jordan tiene que dar muerte a un compañero suyo). El aprendizaje y la transmisión de la experiencia se había convertido en un punto cardinal de la novela, pero es natural que este sea el objetivo de un escritor moralista.

En Finca Vigía, después de la guerra, Koltzov va a ser como un fantasma omnipresente. Va a estar en las conversaciones con Herrera Sotolongo y con los veteranos de la guerra que visitan a Hemingway en su casa. Cuando Herbert Matthews, de *The New York Times*, viene a Cuba para entrevistar a Fidel Castro, que está alzado en la Sierra Maestra, el periodista pasa algunas noches con Hemingway en Finca Vigía; cenan, hablan, Matthews cuenta sus planes antes de partir para la sierra o narra al regreso lo que ha visto. Es inevitable la evocación de la campaña española. Son dos grandes del periodismo de este siglo, y recuerdan al antiguo amigo Koltzov y brindan por él. Hemingway nunca supo cuál fue el destino del soviético. Así lo describe en *Por quién doblan las campanas*:

Karkov era el hombre más inteligente que había conocido. Calzaba botas negras de montar, pantalón gris y chaqueta gris también. Tenía las manos y los pies pequeños y un rostro y un cuerpo delicados, y una manera de hablar que rociaba de saliva a uno, porque tenía la mitad de los dientes estropeados. A Robert Jordan se le antojó un tipo cómico cuando lo vio por vez primera. Pero descubrió enseguida que tenía más talento y más dignidad interior, más insolencia y más humor que cualquier otro hombre que hubiera conocido.

Alexis eisner dibuja un croquis de las posiciones que ocupaba la XII Brigada en las cercanías de Madrid. Es admirable la precisión de su memoria. Muestra un gusto evidente en escribir las palabras españolas, apenas sin errores ortográficos y amoldando el alfabeto cirílico al latino. Alexis dibuja las posiciones. Empieza por Madrid; en las afueras, la Ciudad Universitaria; más allá, el Hospital de la Facultad de Medicina; luego, el Puente de los Franceses. Hada el otro lado, frente a Madrid, sitúa Fuencarral. Entre Madrid y la Ciudad Universitaria coloca el Estado Mayor de Durruti y un poco más atrás, el Estado Mayor de Lucasz, «aunque luego a este lo mudaron hacia otra localidad».

Trata de ubicar el sitio donde aparece en la foto con Hemingway y dice: «Esto es en Fuentes del Carril o Fuen carral, en un lugar cercano a la carretera de Guadalajara. Enfrente está el Palacio de Don Luis; más allá, la carretera sigue, en dirección contraria a Guadalajara, a Brihuega, y después a Zaragoza, y después a Francia.»

En cierta ocasión, en Cuba, Hemingway intentó definirle al patrón de su barco, Gregorio, qué era una amistad, empleando como símil una cadena de acontecimientos que se entrelazan entre sí: «Dos amigos equivalen a dos historias que se unen.» Esto puede aplicarse ahora al pequeño Alexis Eisner, allá en Moscú, vivo aún, manteniendo el calor de la amistad ganada con Hemingway en unos cuantos días en un frente de combate en España, una tierra que no pertenecía a ninguno de los dos.

Alexis conserva pocas cosas en su apartamento. Muestra una foto vieja, amarillenta: una joven que sostiene un perrito. «Es Nadieshna, mi madre», dice. En 1920 el padrastro lo sacó de Rusia, por la frontera cercana a San Petersburgo. Estuvo en Alejandría, Estambul y finalmente en Sarajevo, Yugoslavia, donde Alexis se hizo cadete y donde comenzó a escribir poesía entre 1925 y 1930. Más tarde, en Checoslovaquia, comenzó a estudiar filosofía, pero su interés en documentarse sobre lo que ocurría en la Rusia soviética le costó las

primeras persecuciones. Dejó los estudios y «en París limpiaba cristales y por las noches iba al cine y al teatro». En 1934 ingresó en la Unión para el Regreso a la Patria, previo permiso del consulado soviético. Llenó una planilla con su biografía. Pero en 1936 viajó en dirección opuesta a la URSS, hacia España. «En París había visto algunos noticieros sobre la guerra en España.»

Dejó la poesía en 1932. Durante su emigración, dice, fue «un poeta bastante conocido». En Nueva York, explica, publicaron recientemente un tomo de poesía de los emigrados rusos en el que hay varios poemas ' suyos. Dejó de leer literatura también. Solo leía periódicos. Diez o doce periódicos al día. En París iba a los mítines del partido y también iba a la iglesia. «Iglesia y política me decían que la literatura era innecesaria.»

«Al igual que Hemingway tuve amigos allá: Heilbrun, Lucasz, Herrera...» En cuanto al cheque en blanco que le dio Hemingway, •jamás utilicé ese cheque aunque tuve necesidad de dinero. Con el cheque vine a Moscú y con él la policía de Beria testimonió que yo recibía dinero de un capitalista».

Un día de julio de 1961, Ivan Kashkin, el crítico soviético de Hemingway, llamó a Alexis Eisner y le dijo: «El radio ha informado que Hemingway ha muerto. Por lo visto es suicidio.» Eisner, pensando en el respeto que se le tiene al escritor en su país, respondió: «¡Qué noticia! Si es suicidio no lo dirán aquí.» Se equivocaba. Por lo menos dos escritores soviéticos se manifestaron en aquella oportunidad sobre el suicidio del norteamericano: Leonid Leonov, el 4 de julio en *Pravda*, y Genrik Brovik, el mismo día en *Literaturnaia Gazieta*.

Alexis dice que «cuando aquello Kashkin y yo ya sabíamos que Anastas Mikoyan había estado en su casa de Cuba». (Kashkin murió el 26 de noviembre de 1963 a los 64 años de edad; fue uno de los más célebres críticos y traductores soviéticos que abordaron la literatura inglesa y norteamericana.)

El día de esta entrevista, Alexis Eisner vestía una camisa de rayas de colores, pantalón de lana y botines, y sus uñas estaban recortadas en forma puntiaguda. Tenía el pelo blanco en canas y estaba un poco encorvado y humedecía las hojas de los libros para pasar las páginas. Sus cejas eran espesas y sus ademanes declamatorios. Había un espejo redondo en su habitación, un icono de madera, una fotografía de Hemingway y otra, descolorida, de alguien parecido a Dostoievski, una navaja española en la pared, un viejo televisor de pantalla pequeña, unas poltronas de cuero. Estuvo largo rato mirando la copia de la foto de él con Hemingway que se conserva en Finca Vigía. Finalmente preguntó si Herrera Sotolongo como oficial actual del ejército cubano ganaba más dinero que en España. (Herrera Sotolongo como capitán del ejército republicano ganaba 450 pesetas al mes; el general Lucasz, 800.)

El encuentro con Alexei fue posible gracias a Herrera Sotolongo, quien lo reconoció en la foto y creyó recordar «que el ayudante de Lucasz vivía aún en la URSS». Luego Yuri Greding ayudó a localizarlo en Moscú. Al principio la memoria de Alexis vaciló, pero una breve explicación bastó para que recordara. De regreso a La Habana, el autor trajo esta nota firmada por Alexis, que provocó una alegría inmensa en Herrera Sotolongo:

Querido

Herrera:

Cuando conversé por primera vez con Fuentes, el cual me dijo todos tus nombres, José Luis, etc., no supe quién eras, pero ya recuerdo perfectamente. Me alegra saber que estás bien y no tienes necesidades. También me alegra saber que allí hiciste amistad con Hemingway y te envidio por esto.

Han pasado cuarenta años desde que nos hicimos amigos y compañeros, pero esto no ha pasado ni pasará nunca. Te abrazo de todo corazón, te deseo mucha salud y felicidad. ¡Salud!
Antiguo Aliosha, 11 de diciembre de 1976, Moscú.

Hugh Thomas, en *La guerra civil española*, dice que Hemingway tuvo una participación activa en el bando republicano, excediéndose en «los deberes de un simple corresponsal» y entrenando a los jóvenes españoles en el manejo del fusil. Además, según Herrera Sotolongo, Hemingway combatió en España con las armas en la mano. Luchó con ametralladoras inglesas Vickers de trípode, al igual que con Maxims y con ametralladoras soviéticas: «Le gustaba meterse en una trinchera y combatir. Lo hizo en Guadalajara, en el Jarama. Regresaba satisfecho de esta faena.» Actuaba como combatiente y esto lo recuerdan sus antiguos camaradas. «Incluso —comenta Herrera Sotolongo—, presumía de táctico..., y a veces de estratega. Discutía las operaciones y se inmiscuía en los asuntos de los oficiales.»

Tal interés se evidencia en sus despachos distribuidos por NANA y en la crónica sobre «la mal llamada batalla de Guadalajara», en la que dice: «He estado estudiando la batalla durante cuatro días, recorriendo los lugares en que se desarrolló con los jefes que la dirigieron.»



Mary Welsh y Pauline Pfeiffer en 1947 en Finca Vigía.

«Te extrañamos mucho, querido Sinski», dice Mary en el autógrafo.

«Con gran admiración por mi héroe favorito», dice Pauline.

Sinski o Simbad el Marino era el apodo de Juan Dunabeitia.

«Y puedo afirmar claramente que Brihuega ocupará un lugar en la historia militar entre las batallas más decisivas del mundo.» La crónica apareció en *Fact*, en junio de 1937. Hugh Thomas la comenta en su libro.

Carlos Baker presupone unos sentimientos extraños en Hemingway al analizar el parecer del novelista sobre esta acción de la guerra en España:

Cuando Hemingway, en pie desde el amanecer, una mañana a fines de marzo [de 1937], partió de Madrid y llegó al campo de batalla, los muertos italianos aún yacían donde habían caído. Como reportero objetivo, se vio obligado a llegar a la conclusión de que, fuera cual fuese su propia opinión negativa sobre Mussolini o lo que la propaganda republicana dijera en sentido contrario, los hijos de los pobres italianos habían muerto valientemente, víctimas de armas superiores, de fuertes ataques aéreos y de la inadecuada protección que ofrecía el terreno rocoso. Visto por un observador objetivo, estos muertos no parecían demonios fascistas que se refugiaban en la muerte ante los ángeles marxistas de la destrucción. Se trataba de hombres que habían perecido. Constituían otro ejemplo de *Los desastres de la guerra*. Había terminado uno de los períodos de armisticio intermitentes de Europa, y ellos se contaban entre las víctimas.



Con Mary Welsh en Ketchum, Idaho, en marzo de 1959.



Con Mary Welsh en Venecia, en 1949.

Es evidente que Hemingway no dejaba que tal humanismo lo paralizara a la hora de defender una causa justa; no vaciló en instruir milicianos o cercenar algunas cabezas fascistas con el fuego de ametralladoras manejadas por él mismo. Cuando un número considerable de presuntos fascistas fue ametrallado a mansalva al final

de la guerra, Hemingway se adhirió a la medida, por monstruoso que esto pueda parecer, y en Cuba, muchos años después, se mofaba aún de este hecho de la guerra civil.

La historia, que compromete moralmente a Hemingway, tuvo lugar en un vertedero cerca de Tielmes y Alcalá de Henares. Casi todo el mundo reconoce, retrospectivamente, que es una página sucia de la guerra civil, pero cuya significación hay que valorar en su contexto, en un momento de desencadenamiento feroz de pasiones políticas y de grave peligro para las fuerzas leales que, a su vez, habían sufrido la peor barbarie conocida por la humanidad, solo superada posteriormente por el nazifascismo alemán. Se trata del fusilamiento de un número indeterminado de presos de la Cárcel Modelo de Madrid y de señoritos *sospechosos de ser fascistas* capturados al vuelo en las calles de la capital española. Las tropas de Franco se acercaban a la ciudad, y el comandante Carlos Contrera, italiano, cuyo nombre verdadero es Vittorio Vivaldi, dirigió la operación. De él se decía: «Con el comandante Carlos no hay/miliciano con miedo.» Vivaldi pasó por Cuba al principio de la revolución y le pidió a Herrera Sotolongo: «Dile a Ernesto que me envíe su libro, dedicado, y una foto...» Pero el novelista se encontraba entonces en España, y se suicidó a los pocos meses. Hay una referencia en una carta de Hemingway a Joris Ivens sobre el vertedero en que Vivaldi realizó la acción; Hemingway acostumbraba llamarlo San José de las Latas, en una alusión truculenta al hecho, parodiando el nombre del pueblo cubano de San José de las Lajas. En la Segunda Guerra Mundial, según el escritor contaba a sus amigos íntimos, dio cuenta a punta de cuchillo, por su propia mano, de algunos soldados alemanes, y, hasta donde alcanza el recuerdo exacto de sus interlocutores, Hemingway nunca pensó, al menos en aquellos momentos, que eran hijos de pobres alemanes. No se gana una guerra con pensamientos de ese género, aunque tampoco hay que exaltar la crueldad. Hemingway, no obstante, estaba empeñado en su tesis de que aquella guerra había que ganarla. Y cualquier otra cosa que se dijera era mentira. Su humanismo estuvo ligado a la causa que defendía entonces.

Es imposible desgajar los sentimientos que inspiraron «El anciano del puente» —un pobre refugiado ante la barbarie fascista— para abarcar un humanismo sin riberas que pueda equiparar a soldados italianos fascistas muertos con el pobre refugiado.



*Hemingway y Mary Welsh, probablemente en Sun Valley, hacia 1946.
(Pix Incorporated)*

Desde luego, la actitud de Hemingway, el novelista, no fue la del

militante. Su partidismo se quedó en las crónicas y en su propia actividad personal durante la contienda. Dejó bien establecido que *Por quién doblan las campanas* era. su trabajo de escritor sobre una causa que él había visto y observado y por la cual se sentía libre de expresar sus ideas.

Objeto de las acometidas de Hemingway en *Por quién doblan las campanas*, como resultado de su experiencia luego de terminadas las hostilidades, fueron algunos altos oficiales y, en particular, los *habitués* del hotel Gaylord's. Entre ellos, Marty y Lister cargaron con el mayor volumen de críticas hemingwayanas. Pero André Marty es el blanco principal, y Hemingway, pese a que está escribiendo una novela, no deja de señalarlo por su nombre completo y enjuiciarlo. Son muchas y muy contradictorias las opiniones sobre el francés Marty. Ilya Ehrenburg lo describió como un individuo autoritario, «siempre sospechando que todo él mundo podía ser un traidor».

Es cierto que el antiguo miembro del Comintern, secretario del Partido Comunista Francés y fundador de las brigadas internacionales y su jefe político máximo, tuvo en España «una conducta no muy adecuada». Era sectario, actuaba con una superlativa rigidez militar y «fusilaba por cualquier cosa». Dentro de las propias izquierdas se le llamaba «El carnicero de Albacete», debido a algunas de sus nefastas acciones.

Hemingway había interpretado a André Marty de acuerdo con su óptica, y esto había provocado una reacción desfavorable, pero él se había sentado a escribir sobre la tragedia española con auténtica libertad y honradez, con todas sus virtudes y limitaciones. Era la única manera en que podía hacerlo. Mientras estuvo en la guerra, y estuvo hasta el final, fue el soldado fiel y en extremo confiable, y su actividad se encaminó siempre en una sola dirección. Pero en la novela, además del retrato de Marty, había otros elementos que podían ser mal asimilados por las mentes ortodoxas. Mas lo importante no son las

querellas literarias y personales, sino lo que hizo y su norma de comportamiento en el transcurso de la guerra. El conjunto de actividades de Hemingway en la campaña española no puede juzgarse, por ejemplo, con el criterio de Spender en *The God That Failed*: «Los mejores libros sobre la guerra —los de Malraux, Hemingway, Koestler y Orwell— describen la tragedia española desde el punto de vista liberal y testimonian contra los comunistas.» En la novela de Hemingway se expresan otros sentimientos. Robert Jordan, aunque no tiene opiniones políticas bien definidas, se puede considerar como un combatiente de izquierda que estima su deber luchar en defensa de la república, «para lo cual se había puesto bajo el mando comunista mientras durase la guerra.»

«Porque creía que en España los comunistas eran los más disciplinados, los más serios y los más aptos para llevar la guerra. Mientras esta durase aceptaba su disciplina, porque en la dirección de la guerra era el único partido cuyo programa y cuya disciplina podía respetar».

Una anécdota sobre la relación entre Hemingway y Marty fue relatada a Landis por el doctor Edward Barsky, veterano de la Brigada Abraham Lincoln, en 1966. En medio de penurias y desgracias, al final de la guerra, cuando muchos en la España republicana mostraban ya su desaliento y pesimismo sobre el destino que se les avecinaba, Ernest Hemingway propuso una interesante solución para ayudar a los miembros de la brigada. Hemingway estaba hablando con Barsky, Matthews, Joseph North y algunos otros en el hotel Majestic, de Barcelona, sobre el alto número de bajas y de pérdidas en prisioneros y la posibilidad de que Cataluña cayera pronto en poder del enemigo. Allí había algunos que, en efecto, estaban apretando el botón del pánico. Fue en el momento que Hemingway dijo: «Miren, ¿por qué diablos vamos a permitir que nuestros muchachos caigan en manos del enemigo? Debemos hacer algo, y yo voy a conseguirme un barco de guerra norteamericano y evacuaremos en él hasta el último de ellos.» Barsky subraya que él se sintió algo choqueado con la sugerencia de

Hemingway. «André Marty —relata Barsky— participó en la conversación o le llegaron comentarios sobre esta. Así, cuando crecieron las dificultades para obtener permisos de salida [para los voluntarios norteamericanos] y antes de que otra solución fuera propuesta, Marty respondió con brusquedad: “Y por Dios, si esto no funciona, vamos a pedirle a Hemingway que consiga ese barco de guerra”.»

64

En una casta fechada el 23 de marzo de 1939 en Key West, escrita a mano —bastante poco conocida aunque ha sido publicada en la URSS—, Hemingway le dice a Ivan Kashkin (a quien también le rinde homenaje en *Por quién doblan las campanas*; Kashkin es el nombre de uno de los amigos íntimos de Robert Jordan):

Sabemos que la guerra es un mal. Sin embargo, a veces, es imprescindible pelear. De todas formas, la guerra es un mal, y el que lo niegue, un mentiroso. Pero es muy complicado y difícil escribir verazmente sobre ella... Ahora comprendo mejor todo esto. Una vez que la guerra ha comenzado, lo único importante es vencer, y eso es lo que no logramos. Por ahora que se vaya al diablo la guerra. Quiero escribir.

La página sobre nuestros muertos en España, que usted ha traducido [una versión de la crónica «On the American Dead in Spain»], me ha costado mucho escribirla, porque había que encontrar algo que se pudiera decir honradamente de los muertos. De los muertos se puede decir muy poco a excepción de que están muertos. Desearía saber escribir con pleno conocimiento de causa sobre los desertores y los héroes, sobre los cobardes y los valientes, sobre los traidores y los que son incapaces de traicionar...

Todo esto ha pasado ya, pero la gente que no ha movido un dedo en

la defensa de la España republicana, siente una necesidad especial de atacar a los que hacíamos algo, para ponernos en ridículo y justificar su amor propio y cobardía. Refiriéndose a los que luchamos sin regatear nada y perdimos, dicen ahora que fue una idiotez combatir.

Era muy divertido: los españoles, no sabiendo quiénes éramos, nos tomaban siempre por rusos. En el asalto a Teruel estuve el día entero con las fuerzas atacantes y entré en la ciudad por la noche con una compañía de zapadores. Cuando los turolenses salían a preguntar qué debían hacer, les contestaba que se quedaran en casa y que aquella noche no salieran a la calle, les explicaba que los rojos éramos unos buenos muchachos, y eso era muy divertido. Todos pensaban que yo era ruso, y cuando decía que era norteamericano no lo creían. Durante la retirada sucedía lo mismo. Los catalanes no perdían ocasión para alejarse metódicamente del frente, pero estaban contentos cuando nosotros, «los rusos», nos abríamos paso entre ellos, para ir en dirección equivocada, o sea, hacia el frente... Otro destinatario soviético de una carta de Hemingway es Konstantin Simonov, autor de novelas importantes sobre la Segunda Guerra Mundial: *Días y noches* y *Nadie es soldado al nacer*. Simonov, en la presentación de la carta a los lectores (publicada en *Literatura soviética* e incluida por Carlos Baker en *Ernest Hemingway: Selected Letters, 1917 – 1961*). dice que recibió una carta de Hemingway en el transcurso de un viaje por Estados Unidos. «Fue... en la primavera y el verano de 1946... Ilya Ehrenburg y yo fuimos invitados por Hemingway a visitarlo en Cuba... Con gran pesar por nuestra parte, no pudimos ir. Al enterarse de ello, Hemingway me escribió una extensa carta a Nueva York.»

La carta está fechada el 20 de junio de 1946, en Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba.

Querido

Simonov:

Su libro llegó a mis manos ayer por la tarde... Hubiera debido leerlo inmediatamente después de haber sido traducido, pero acababa de

volver del frente y no estaba en condiciones de leer libros sobre la guerra... Estoy seguro de que usted comprenderá lo que quiero decir. Después de la primera guerra, en la que tomé parte, no pude escribir sobre ella durante casi nueve años. Después de la guerra de España tenía el deber de escribir enseguida, porque sabía que la guerra siguiente se avecinaba con rapidez y quedaba poco tiempo...

Durante toda la conflagración [Segunda Guerra Mundial] abrigué la esperanza de combatir junto con las tropas de la Unión Soviética y de ver lo bien que ustedes peleaban, pero pensaba que no tenía derecho a ser corresponsal de guerra en sus filas, primero, porque no hablo ruso... Recuerdo que [más tarde] cuando entramos en París, adelantándonos al ejército, que más tarde ocupó la ciudad, André Malraux fue a verme y me preguntó cuántos hombres había tenido bajo mi mando. Al contestarle que no habían pasado de doscientos y que habitualmente eran de catorce a sesenta, se tranquilizó y se puso muy contento, porque él, como me dijo, había tenido bajo su mando a dos mil. No tocamos el problema del prestigio literario...

Es muy lamentable que no haya podido venir aquí [a visitarlo a la finca]. Comprendo muy bien las cosas de que usted me habla. Igual que usted comprende muy bien, como dice, las cosas de que hablo yo. El mundo es ya lo suficiente viejo para que los escritores empiecen a comprenderse mutuamente. Hay mucha podredumbre en todas partes, pero, hablando en general, el pueblo es en todos sitios bueno, comprensivo y bienintencionado y, naturalmente, todos se comprenderían perfectamente unos a otros, si existiera un verdadero entendimiento mutuo en vez de las reiteradas maquinaciones de Churchill, que hace ahora lo mismo que hizo en 1918 - 1919 para conservar todo lo que ahora solo puede ser conservado mediante la guerra. Perdone que haya hablado de política. Sé que corre el rumor de que en este terreno solo soy capaz de decir tonterías. Pero sé que nada impedirá la amistad de nuestros países...

Hay en la Unión Soviética un joven (ahora debe ser ya viejo) que se llama Kashkin. Dicen que tiene el pelo rojizo, ahora lo tendrá ya gris. Es el mejor crítico y traductor de los que se han ocupado de mí. Si lo ve,

haga el favor de transmitirle mis mejores deseos. ¿Ha sido publicada en Rusia la novela *Por quién doblan las campanas*? [Hemingway seguramente se refiere a una tirada masiva, dirigida al público en general, puesto que, como se explica más adelante, en la URSS se imprimió una edición limitada de esta novela con destino al Ejército Rojo.] He leído un artículo de Ehrenburg sobre ella, pero no sé si la han publicado. Se podría editar con algunos pequeños cambios o suprimiendo ciertos nombres. Desearía que la leyera. No trata de la guerra que hemos sufrido en los últimos años. Pero no está mal como relato de una pequeña guerra de guerrillas; hay un pasaje en el que se cuenta cómo matábamos a los fascistas que seguramente le gustaría...

Es imprescindible mencionar otro testimonio. Ilya Ehrenburg conoció a Hemingway en mayo de 1937 en el famoso Gaylord's. Ehrenburg departió con Hemingway —«alto, taciturno y bebiendo whisky»—, y el norteamericano tuvo momentos de sinceridad con el soviético. «No entiendo mucho de política, ni siquiera me gusta», decía Hemingway. «Pero sé lo que es el fascismo. La gente aquí lucha por una causa justa.» Luego, ampliando sus criterios, Hemingway expresaría: «Leí en alguna parte que mis héroes eran neuróticos. Pero olvidan que la vida en este mundo es sucia. Y, generalmente, llaman a un hombre *neurótico* cuando las cosas son difíciles. El toro es tipo neurótico en el ruedo, aunque sea un tipo sano en la pradera; de eso es de lo que se trata.»

Ehrenburg consideró provechoso su contacto con Hemingway en Madrid. El soviético, un escritor ácido y descamado habitualmente, redacta este párrafo en unas memorias publicadas casi 30 años después de concluida la Guerra Civil Española:

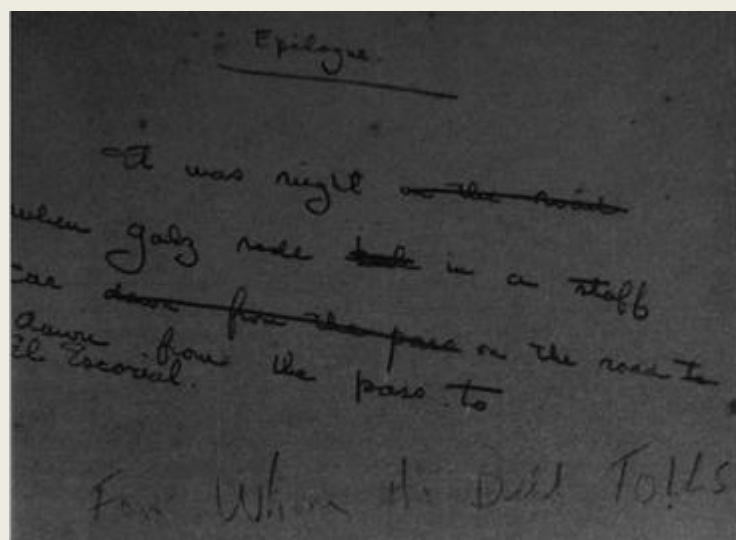
Y ahora yo, recapitulando sobre mi propia vida, veo que dos escritores a quienes tuve la suerte de conocer no solo me ayudaron a liberarme de la sentimentalidad, de los largos discursos y de las

perspectivas estrechas, sino que simplemente me enseñaron a respirar, a escribir y a aguantar: Babel y Hemingway. A mi edad, un hombre puede confesarlo así.

65

Compañero de viaje

Milton Wolf esboza una figura leal y atractiva de Hemingway en un artículo aparecido en *American Dialogue* en noviembre de 1964: «Yo tenía la vaga impresión por aquel tiempo de que las habitaciones de Hemingway en el Florida eran el cuartel de Phil Detro, comandante de batallón, y Freddie Keller, comisario...» Pero Wolf había endilgado el calificativo de *rooter* a Hemingway a fines de 1940. (Este término se aplica a los que vitorean a los jugadores; es decir, en este contexto, uno que se limita a aplaudir sin participar activamente.) La respuesta de Hemingway, decidida y violenta, no se hizo esperar: «Es imposible seguir siendo amigos después de haber leído tu carta.» Hemingway, según Carlos Baker, se arrepintió semanas más tarde de una respuesta tan dura. Al cabo de siete meses le prestó 425 dólares a Wolf para que adquiriera una granja avícola.



Del borrador de Por quién doblan las campanas. A mediados de julio de 1940 Hemingway desechó su proyecto de añadir un epílogo a la novela, el cual hubiese servido hipotéticamente para crear un anticlimax al final de la narración.

Una descripción candorosa se encuentra en la obra de Erwin Rolfe, *The Lincoln Battalion*:

Entre los visitantes norteamericanos, el más sobresaliente y al que más querían los muchachos de la Lincoln era, junto con Matthews, Ernest Hemingway. La presencia de este inmenso hombre con hombros de toro, ojos interrogantes y un interés genuino en la causa por la que España estaba luchando, les comunicó a los cansados norteamericanos algo de su propia fortaleza y de su modesto coraje. Sabían que era un veterano de una guerra, que todavía llevaba en su cuerpo los fragmentos de acero de una vieja herida; y el hecho de que este hombre, con una posición tan prominente en el mundo, estuviese dedicando todo su tiempo y esfuerzo a la causa republicana, fue algo tan importante que inspiró a aquellos otros norteamericanos en las trincheras de la línea del frente que defendían.

77

Yet at a great distance in the background there does exist a morality, utterly unlike that of modern life, where people do live as if human ideals did have an objective support in reality. When these characters appear, there is always the implication that they are naive, old-fashioned, and do not know what has happened or that the world has changed; but in their naïveté and ignorance, they are nevertheless whole, noble, and integrated. Twice Catholicism provides the basis for these characters, and in nostalgic homage to their innocent superiority, the modern hero sometimes prays or is very courteous and friendly to a priest. Yet although the hero of *A Farewell to Arms* truly loved and admired the regimental priest, when the priest asked him to visit his own happy country, the Abruzzi, on his furlough, he promised that he would but went instead:

... to the smoke of cafés and night when the room whirled and you needed to look at the wall to make it stop, nights in bed drunk, when you knew that that was all that there was, and then, in the morning, a sharp dispute about the cost.

And when he returned he said to himself that the priest "had always known what I did not know and what, when I learned, I was always able to forget. But I did not know that then though I learned it later."

This episode suggests the limitations of Hemingway's moral code and the style which is its articulation. On many levels of existence, the code is at most irrelevant. How meaningless, for example, Hemingway's morality becomes in relationship to a subject such as family life (as in Mann's *Buddenbrooks*), the way of life of an entire society (as in Proust), the struggle for religious belief (as in *The Brothers Karamazov*), the life of the city (as in *Ulysses*), or the span of all existence from birth to death in peace and war (as in Tolstói). The great imaginative mode of death as such—which Shakespeare's dying heroes and his ghosts, the ghosts of Henry James, the supernatural beings in Dante, and the hero of Tolstói's *The Death of Ivan Ilyich* all illustrate, attaining a final, supreme, omniscient perspective on all existence—is far from Hemingway's limited interest in death. He says in *Death in the Afternoon*, that he went to bullfights "now that the wars were over" (a telltale phrase) because he wanted to see violent death, not "the complications of death by disease, or the

En este facsímil y los que siguen: anotaciones de Hemingway al margen de las páginas de un artículo de Delmore Schwartz publicado en Perspectives USA. Hemingway se defiende de los ataques de Schwartz; sin embargo, confiesa que alguna vez fue un hombre sin coraje. Además, de su puño y letra, un reconocimiento importante: Nick Adams es un personaje autobiográfico.

death of a friend, or someone you have loved or have hated." Clearly it was not the vision of death but that of courage which Hemingway sought.

and courage he did not have

+

Eight years passed between the publication of *A Farewell to Arms* in October, 1929 and Hemingway's completion of a new novel. As it happened, patly enough, October, 1929 was also the date of Hemingway's thirtieth birthday and of the stock market crash which began the Great Depression. Though the coincidence of dates is of course nothing more than accidental, it is nevertheless quite clear that the depression, as it continued, had a serious effect upon Hemingway's creative powers. *Death in the Afternoon* (1932), and *The Green Hills of Africa* (1935) both had the appearance of books which were begun as works of fiction, and each of these books shows indirectly—and, at times, directly—how Hemingway was troubled more and more by the new attitude toward literature which took hold in literary circles soon after the beginning of the depression and became an overwhelming preoccupation as the economic crisis grew worse. All modern writing was judged by one criterion: its relationship to the social and economic crisis. The writer of fiction was told that he must make the social crisis the explicit subject of his work, and his fiction must arm the reader with attitudes which would lead to a just social order. It was assumed that postwar disillusion was the primary meaning of Hemingway's fiction; therefore his work was purely negative: he condemned war, but failed to show how it was to be prevented. His fiction was trivial because it dealt with expatriates, dilettantes, and idlers. It was the fiction of the lost generation, as Hemingway himself had acknowledged, and hence it was not the kind of fiction which could be regarded as important and valuable by a generation which did not want to be lost, but was resolved to determine the future and to create a society in which wars and depressions no longer occurred.

That Hemingway was disturbed by the new vogue we can see in one of the interludes of *Death in the Afternoon* in which he discusses the art of writing with an imaginary old lady: "Let those who want,

killed you in the end . . . You could count on that. Stay around and they would kill you. ~~nonsense that one will not die~~

The first illusion is ~~that~~ one will not die. The essential disillusion is death. Hence without exception every Hemingway hero suffers serious physical wounds, often as an initiation to the disillusion of reality and the ultimate wound of death.

The exact parallel of detail which links *Indian Camp* and the last chapter of *A Farewell to Arms* ought not to conceal an emotional difference which is quite important. Nick's primary illusion about existence in the first story, though it is shaken by his direct encounter with the reality of the agony of birth and suicide, is quickly restored: he concludes, as he began, with the same illusion that he will never die. Frederick Henry in *A Farewell to Arms* concludes in disillusion and despair. He has made a separate peace not only with war and love, but with life itself. Santiago in *The Old Man and the Sea* surpasses both prior characters. He suffers neither from illusion nor disillusion: he lives, as he says, by hope: "It is silly not to hope," he tells himself, and "besides, it is a sin." His kind of hope is clearly very different from Nick's return to illusion and Frederick Henry's surrender to disillusion. The passage from illusion through various phases of disillusion to the conclusion of sober hope represents the novelist's profound spiritual and emotional progress during the thirty years of his career.

The Capital of the World (1936) is perhaps one of Hemingway's most illuminating stories. The hero, a young waiter, gets killed in a pointless accident while practicing "the great media-veronica" of the matador. This is the author's comment and conclusion:

He [the young waiter] died, as the Spanish phrase has it, full of illusions. He had not had any time in his life to lose any one of them, nor even, at the end, to complete an act of contrition . . . he had not even had time to be disappointed in the Garbo film which disappointed all Madrid for a week . . . The audience disliked the Garbo picture thoroughly . . . they were intensely disappointed to see the great star in miserable and low surroundings when they had been accustomed to her surrounded by great luxury and brilliance.

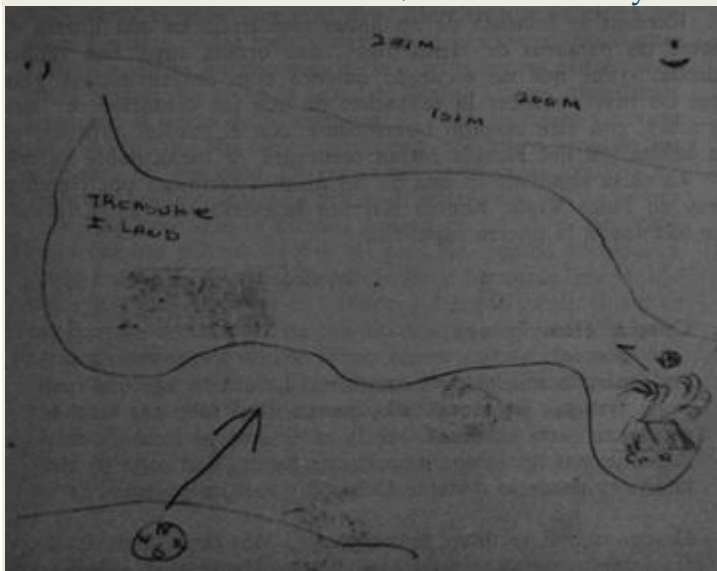
This is the most complete description of illusion in Hemingway and

Una visión parecida ofrecen con frecuencia los autores soviéticos. Gracias a las observaciones de Roman Karmen tenemos estas descripciones del escritor en la guerra:

Durante estos días, en las primeras líneas de la lucha por la carretera de Valencia, he encontrado varias veces a un hombre que anda torpemente por las trincheras. Logra llegar a la posición más avanzada, se sienta junto a los combatientes de las brigadas internacionales y conversa con ellos. Es el conocido escritor norteamericano Ernest Hemingway. Colabora con el camarógrafo Joris Ivens en el rodaje de un

filme sobre la lucha del pueblo español...

Hemingway vestía un impermeable liviano de color claro, embarrado por la arcilla de la trinchera, un suéter y una chaqueta suelta, zapatones con gruesas suelas; en la cabeza, la boina negra de los vascos, anteojos con monturas metálicas redondas. Puse en las manos de Aliosha Eisner, el asistente de Lucasz, una Leica y él nos fotografió, con Ivens.



*Un regalo a Mary Welsh por su cumpleaños. El dibujo es de Hemingway. Se trata presumiblemente de un croquis de cayó Paraíso, con el que guarda bastante parecido, y que fue rebautizado para esta ocasión como Isla del Tesoro. Los números en la parte superior deben referirse a la cota batimétrica. Hemingway vivía en el hotel Florida. Anteriormente nos alojábamos allí también Koltzov y yo... Pasé algunas noches con Hemingway. Por lo común su habitación estaba repleta de gente; la mayoría vestía el uniforme de las brigadas internacionales... Siempre había junto a la puerta dos o tres fusiles apoyados en la pared. El anfitrión recibía a los que entraban con un *helio*, indicaba con un gesto la mesa en la que había botellas, latas abiertas de conservas, naranjas arrancadas con ramas y hojas. Se oía hablar en inglés, en español, alguien charlaba en francés o en alemán. La ventana estaba cubierta por un cortinado y la habitación inundada por la niebla gris-azulada del humo de tabaco. Recuerdo que una de esas noches vi reclinada sobre la cama a una mujer joven y muy bella, que vestía uniforme militar; sobre la almohada se esparcía la mata dorada de sus*

vaporosos cabellos. Sus botas estaban embarradas. Hablaba en alemán, salpicando su conversación con palabras españolas. Bebía whisky puro. Alguien dijo que era una alemana, médica de una de las brigadas internacionales. El dueño de la casa se sentó junto a ella y estuvieron conversando largo rato. Karmen se lamenta de no haber registrado en una libreta de notas las palabras de Hemingway, una broma suya, una réplica airada. «¿Por qué no recuerdo quiénes eran sus invitados? ¿Por qué no tuve entonces la sensación de que los contactos con este hombre, con este sencillo interlocutor, con el cordial anfitrión en la habitación del Florida serían recuerdos de incalculable valor?»

La carta siguiente es una de las últimas recibidas por Hemingway en Finca Vigía. Roman Karmen la escribió 20 años después de terminada la guerra española.

Moscú, 10 de julio de 1959 Querido Hemingway:
He esperado mucho para escribirte. La última vez que tuve noticias tuyas fue durante la guerra. Qué feliz me sentí al recibir tu carta entonces. Me la remitieron al frente y releí tus calurosas líneas con emoción profunda. Una carta de Hemingway desde la distante Cuba. Era casi un milagro.

Desconozco si recibiste mi respuesta. Más tarde supe de ti, tu desembarco en Normandía, del accidente y que habías resultado herido. En una foto de *Life* te vi por primera vez con barba. Creo que la foto era de Capa, nuestro amigo mutuo en España.

Los recuerdos de nuestros encuentros en España me son muy queridos. ¿Recuerdas el *Jarma* (Jarama)? Tú y yo nos retratamos con Joris Ivens en la comandancia de la XII Brigada de Lucasz. Te la envío, quizás no tengas una copia. Sí, muchos años tristes y duros han pasado sobre nuestras cabezas grises, pero España, la querida España y los queridos españoles han quedado como un recuerdo brillante y cálido en mi mente.

Recuerdo nuestro último encuentro. Tu habitación del hotel (creo que te habías mudado del Florida al Gran Vía) casi oculta tras nubes de tabaco. Un montón de hombres llevando el uniforme de la Brigada Internacional, las botas manchadas de barro amarillo. Alguien acostado en la cama. Botellas, un montón de botellas en la mesa. Las noches de Madrid eran tristes y oscuras en esos años. Hablábamos español e inglés y nos entendíamos perfectamente. Recuerdo que te prometí ir juntos a pescar truchas en Armenia y salmón en la península de Kola. Me prometiste venir a la URSS.

Después de dejar España en el otoño del 37 he dado muchísimas vueltas con mi cámara. Pasé dos duros inviernos en el Artico. Los años 38 – 39 los pasé en China, a través de las montañas para llegar al 8vo. Ejército y a la cueva de Mao Tse-tung en las montañas de Shenshi [Shansi] del Norte. Cuatro años en los caminos de la guerra contra Hitler, desde el primer día hasta la toma de Berlín. Luego, diez meses filmando el juicio de Nuremberg. El filme se llamó *La corte de los pueblos*. No fue una película del juicio sino de los crímenes del fascismo. En las selvas de Vietnam filmé la lucha del pueblo vietnamita por su libertad. Esa fue la cuarta (espero y creo que la última) guerra en mi vida. He realizado muchas películas sobre mi país, del pueblo soviético y de su trabajo, y filmes sobre la India y Birmania. He tenido dos hijos y he cultivado un viñedo. En pocas palabras, ese es mi reporte de mi vida en los últimos veinte años. Me gustaría mostrarte mi último filme. Es un poema cinematográfico sobre el valor de los obreros de los pozos petrolíferos en el mar que rodea una isla de acero en el Caspio.

El filme, *Los conquistadores del mar*, salió hace poco y ha recibido comentarios elogiosos.

Tu 60 cumpleaños fue celebrado con gran entusiasmo y calor en nuestro país. Te deseo muy buenas cosas, de todo corazón. Te envío algunos recortes que de otra forma no te llegarían. Quisiera hacerte sentir el amor grande y sincero que millones de lectores de mi país sienten por Ernest Hemingway. Tu maravilloso *El viejo y el mar* ha sido leído por incontables personas, jóvenes y viejos, estudiantes, obreros, trabajadores de granjas colectivas, que aman y admiran al autor de

Fiesta. Farewell y La quinta [columna]. Probablemente no sepas cómo la gente ama a Ernest Hemingway en la URSS. Pero, ¿por qué, dime, por qué no has visitado nuestro país? Después de todo Carl Sandburg vino con Nixon, a pesar de su avanzada edad. Corría el rumor de que tú también vendrías con Nixon y yo esperaba con ansia el placer de verte de nuevo.

¿Has hecho de Cuba tu hogar para siempre? Comprendo por qué lo haces, al igual que comprendo tu amor por los cubanos. En reportajes sobre Cuba, en nuestras publicaciones, no puedo separar mis ojos de las fotos de los cubanos. ¡Qué pueblo noble! Sus ojos tristes brillan con honestidad, una pureza y un coraje casi fanáticos. Al parecer has aprendido a amarlos de corazón. ¿Igual que a los españoles? A veces siento que debo salir hacia Cuba y hacer un filme sobre ese país y sus gentes. Las imágenes de la gente con sus delicadas caras ovaladas, con largo cabello que cae sobre los hombros, imágenes de valor y sinceridad que no me dejan en paz. A veces creo que debo poner una energía nuclear, titánica, en la realización de este filme.

Quiero que esta carta te llegue. Quiero recibir tu respuesta desde allá. Quiero creer que nos volveremos a encontrar muy pronto. Mi esposa Nina y mis hijos Roman y Alexandr te envían calurosos saludos.

Te abrazo con fervor, querido Hemingway.
Sinceramente tuyo, Roman Karmen

Roman Karmen intentaba restablecer los contactos con el amigo de la guerra española, aunque ya sabemos que Hemingway no iba a responder a las señales. El Hemingway que recibió esta carta era un hombre de 60 años, que comenzaba a manifestarse de una manera desacostumbrada y peligrosa. Depresiones, pérdida de la memoria y delirio de persecución, lo fueron gastando con rapidez creciente. Su correspondencia se fue amontonando sobre la cama y las excursiones a bordo del *Pilar* se espaciaron cada vez más.

Karmen cumplió sus deseos de viajar a Cuba, la primera vez a finales de 1960. Filmó 35 000 pies de película, pero no pudo localizar a su amigo de Finca Vigía. Hemingway acababa de iniciar su último viaje

a España, donde proyectaba buscar datos nuevos para su reportaje sobre las corridas de toros: viaje infructuoso y nostálgico en que se paseó con una triste sonrisa por los escenarios de su juventud.

Karmen iba a sostenerse 20 años más. Aprovechó el tiempo para escribir sus memorias y revisar el material que había filmado en su carrera. En 1977, en ocasión de su 70 cumpleaños, alquiló por una noche uno de los teatros más grandes de Moscú. Fue una especie de mitin al que asistieron los veteranos soviéticos de la Guerra Civil Española. En diciembre de ese mismo año, el escritor cubano Norberto Fuentes le dijo a Karmen que había leído una carta suya conservada en el Museo Hemingway de La Habana. Se mostró sorprendido: «¿Mía a Hemingway?... ¿Cómo es posible? Hace tanto tiempo de esa carta...»

Cuando Karmen realizó su segundo viaje a Cuba, en 1962, Hemingway había muerto. Algunos cubanos vieron a Karmen en su trabajo en plena Crisis de Octubre. Vestía un uniforme verde olivo del ejército revolucionario cubano, y andaba escoltado por dos ayudantes, también soviéticos y uniformados, que cargaban las cámaras y los equipos de sonido; se dirigía hacia una rampa de la base aérea de San Antonio de los Baños, construida por los norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, y que en ese momento se había convertido en uno de sus principales objetivos a bombardear. Karmen tenía el cabello blanco, la piel era rojiza y se movía entre los combatientes con facilidad extrema. No visitó Finca Vigía.

En aquel entonces, aunque se había decretado oficialmente que se instauraría un museo, aún no lo era, y hacía un año que Hemingway había muerto. Lo que hubiese encontrado en Finca Vigía era una tropa de adolescentes armados hasta los dientes y vestidos con uniformes de mezclilla azul, pertenecientes a una tropa llamada Jóvenes Rebeldes, en permanente algarabía.



John Hemingway, Bumby, primogénito de Hemingway, probablemente a la altura de las islas Bimini. La ametralladora Thompson fue un regalo de William Leeds al escritor. Aparece descrita en escenas de violencia de Tener y no tener e Islas en el Golfo.

El último testimonio de Roman Karmen sobre Hemingway fue también un homenaje: lo incluyó en su obra postuma, junto con Paul Robeson, entre las personalidades que fueron a España a defender la causa de la democracia. Hemingway aparece en los primeros fotogramas del filme *The Unknown War* (La guerra desconocida), exhibido en Cuba con el título de *La Gran Guerra Patria*.

La Gaceta de Cuba recogió una crónica sobre la muerte de Karmen en la primavera de 1978. Un título hemingwayano: «Nadie muere nunca.» Y este bajante: «El 28 de mayo... desde Moscú, las campanas doblaron por el último de los grandes reporteros.»

En uno de los capítulos de *No pasarán*. Karmen relata lo que a él le parece «una de las asombrosas casualidades que le ocurrió a la gente» en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

Sucedió algo que hasta hoy me parece inverosímil. Fue a comienzos del año cuarenta y tres. Al viajar de un frente a otro me tocó estar dos días en Moscú. Me alojaba en los Estudios y fui sólo por algunos minutos a mi apartamento de Polianka, solitario y frío, porque necesitaba retirar algunas de mis cosas. No había hecho más que cruzar el umbral, cuando sonó el teléfono. Levanté el auricular. Llamaban de la Sociedad Soviética de Relaciones Culturales con el Extranjero. «Ha llegado una carta para usted. A juzgar por el sobre y los timbres es una carta de Cuba ¿Cómo hacemos para entregársela?» Sin atinar a comprender qué clase de carta podía ser esa, dije que pasaría a buscarla.

Me quedé estupefacto cuando vi la firma de Hemingway. La carta había andado mucho, por misteriosos caminos, y quién sabe si hubiese llegado a mis manos si no se hubiera dado la extraña coincidencia de que yo estuviese precisamente cerca del teléfono...

Era una carta de una paginita. La llevé durante mucho tiempo en el bolsillo superior de la guerrera, la releí una y otra vez. Mucho es lo que se perdió en tiempos de guerra, pero cuál no sería mi amargura cuando descubrí, dos años después, que había perdido esta carta del amigo lejano, que me era tan cara. Me había escrito aproximadamente lo siguiente, lo recuerdo casi palabra por palabra:

«Querido Karmen: No me imagino dónde ni cuándo le llegará esta carta. Conociéndolo, estoy convencido de que está usted en el fragor de los combates, en medio de las batallas que su pueblo está librando contra el fascismo. Yo, en cambio, escribo desde la lejana Cuba, que está al margen de esas lides. Pero no piense que me refugio en la calma.

Imagínese que, estando aquí, en Cuba, yo también peleo contra los fascistas. En este momento no tengo derecho a contarle cómo se expresa esa lucha mía. Llegará la hora en que le hablaré de esto, porque estoy seguro de que nos encontraremos. Quizás nos encontremos en los campos de batalla en Europa, cuando se abra el Segundo Frente. ¡Un cordial saludo! ¡Salud! Suyo, *Hemingway.*»

Posteriormente llegamos a conocer la heroica lucha de Hemingway contra los submarinos nazis que navegaban junto a las costas

septentrionales de Cuba, atacando a los transportes de los aliados. Se refería precisamente a esto en las líneas de su carta...

Así es como se separaron nuestros caminos. Cuando viajé a Cuba resultó que no hacía mucho que Hemingway había partido para España.

Antes de eso Anastas Mikoyan, que visitó a Hemingway en su villa cercana a La Habana, contaba que el dueño de la casa, al mostrarle su

biblioteca, tomó de la estantería mi libro *Un año en China* con dedicatoria del autor. Yo le había enviado ese libro poco antes de la guerra.



Con su segundo hijo, Patrick, en 1946, Sun Valley, Idaho. La foto está dedicada en español a Gregorio Fuentes: «Para mi compañero de guerra con mucho cariño. Papa.» (Lloyd Arnold)

66

Hemingway había escrito su novela sobre España y había ejercido su libertad artística, y entonces en algunos sectores —los dirigentes del Partido Comunista Español en especial— se sintieron agraviados por

los juicios emitidos en el libro. Comenzó un vendaval de críticas que Hemingway recibió con desagrado, aunque procuró no expresarlo fuera de los límites de su círculo íntimo.

Sam Putnam, en el periódico del Partido Comunista Norteamericano, criticó acerbamente la novela, casi tildándola de fascista. A Hemingway le molestaba que el artículo hubiera sido publicado en este órgano, ya que el señor Putnam, años atrás, había criticado *Adiós a las armas*, pero desde posiciones fascistas. Según Hemingway, en aquella época el señor Putnam había sido un simpatizante del fascismo y lo había acusado de haber escrito una novela «socialista».

Hubo otro artículo, escrito por el argentino García Tuñón, cuyo título era «El traidor Hemingway», que fue reproducido por el periódico comunista cubano *Noticias de Hoy*, en un suplemento dominical dirigido por un republicano español llamado Ángel Custodio, un comediógrafo. Tras recibir una respuesta evasiva de Ángel Custodio sobre el porqué de este ataque, el amigo de Hemingway, José Luis Herrera Sotolongo, fue a ver a Juan Marinello, entonces presidente del Partido Comunista Cubano, para aclarar la situación. Herrera Sotolongo le destacó a Marinello la actitud positiva que Hemingway había tenido en relación con los comunistas; incluso le habló sobre la considerable ayuda económica que les había brindado. Para apoyar sus argumentos, mostró ciertos documentos. Convencido, Marinello expresó: «Bueno, esta campaña debe terminar, pero nos reservamos el derecho a criticar la película.» Cuando Herrera Sotolongo se lo contó a Hemingway, este dijo textualmente: «Dile a Juan que si quiere yo le escribo esa crítica, que la puedo hacer más destructiva que cualquiera.» Ya se sabe la pésima opinión de Hemingway sobre la maquinaria hollywoodense.

Un dato poco conocido es que esta novela fue publicada en la Unión Soviética en una edición limitada para el Ejército Rojo; se trataba de un volumen en rústica, parecido a un bolsilibro. Desde Washington,

el embajador soviético en Estados Unidos, Maxim Litvinov, envió a Hemingway dos ejemplares del libro y tres o cuatro ejemplares de *Pravda*, donde, en primera plana, aparecía un artículo de Ilya Ehrenburg en el cual se elogiaba la novela. El artículo terminaba diciendo que los combatientes soviéticos se sentían alentados con el ejemplo de Robert Jordan. En la carta de Litvinov se le explicaba a Hemingway que el importe de sus derechos de autor se encontraba depositado en rublos en la Unión Soviética. Estos fueron los documentos mostrados por Herrera Sotolongo a Marinello.

El mayor peso de las críticas de índole política —también hubo críticas literarias, desde luego— provino de la izquierda o de excombatientes en España. Surgió, por ejemplo, el diferendo con Milton Wolf, último comandante de la Brigada Abraham Lincoln, el corajudo internacionalista que había cruzado a nado el Ebro con los restos de su batallón y, después de reorganizarlo, lo había conducido de vuelta contra el enemigo. Wolf se sintió ultrajado por el contenido de la novela. Se lo expresó a Hemingway en la carta a la cual ya nos hemos referido. El escritor, además de romper las relaciones momentáneamente, respondió: «OK. ¿No se te ocurre que había alrededor de 595 000 soldados en el ejército español, junto a la XV Brigada, y que la acción de mi libro, en su totalidad, tuvo lugar y terminó antes de que tú personalmente hubieras estado en la línea de fuego...?» Pero se negó a dejar la cuestión ahí y quiso saber «dadas la experiencia y habilidades que yo puedo tener, ¿qué les hubiera gustado que yo hiciera para ayudar a la causa de la República Española, que no hice?»



Con Patrick y una persona no identificada en Idaho, hacia fines de los años 40.

Pudiera parecer, 40 años después de publicada, que las polémicas en torno a *Por quién doblan las campanas* fueron excesivas, sobre todo teniendo en cuenta que la novela no se aparta de los cánones habituales de la ficción de Hemingway, y que es, en primer lugar, el relato de uno de sus personajes típicos —un alter ego— en una de sus situaciones típicas (en otras novelas suyas estos elementos causaron simpatía y aprobación). Fue el contexto histórico de la guerra civil, y el geográfico, los que inflamaron la discusión. También influyó el hecho de que en esa guerra participaron numerosos intelectuales de diferentes países.

Una opinión representativa de los comunistas españoles de la época es la de Enrique Lister, general de división del ejército republicano. Hemingway emitió un criterio irónicamente peyorativo sobre él en *Por quién doblan las campanas*: «En el Gaylord's se encontraba uno también con el albañil Enrique Lister, de Galicia, que mandaba una división y hablaba ruso... Modesto era mucho más inteligente que Lister... Los gallegos son muy inteligentes o muy torpes y brutos. He conocido de las dos clases; Lister es de Galicia, de la misma ciudad que

Franco.»

Enrique Lister, a su vez. opinaba sobre Hemingway:

Cuando varios años después del fin de nuestra guerra leí su libro *Por quién doblan las campanas*, me indigné, pero no me extrañé demasiado. Yo no tengo la menor duda sobre la identificación de Hemingway con nuestra causa durante su vida y hasta su muerte. ¿Cómo explicar, entonces, que haya escrito ese libro que es una burda caricatura de nuestra guerra y de la lucha heroica de nuestro pueblo español y de los Voluntarios de la Libertad? Yo creo que escribió eso porque en ese momento no fue capaz de escribir otra cosa. La lucha del pueblo español era demasiado grande para que Hemingway —a pesar de su talento— pudiese comprenderla en toda su profundidad. Hemingway, como muchos otros, se dejó llevar muchas veces por lo exterior, lo anecdótico, lo superficial de nuestra lucha, sin entrar verdaderamente en su entraña...

Cuando leí su libro y vi algunas cosas que sobre mí dice, no me extrañó en absoluto; era su pequeña revancha, pues yo sabía, y así me lo había dicho más de una vez, que no me perdonaba el que no le hubiera permitido ver todo lo que quería... porque si bien el libro, en su conjunto, es un insulto a la lucha del pueblo español... al mismo tiempo es una traición a las opiniones que el propio Hemingway tenía sobre esa lucha, que expresó no solo durante la guerra sino después de esta en muchos de sus trabajos y por diversos medios, entre ellos una excelente película que hizo con el cineasta Joris Ivens en 1937. Por ello, a pesar de ese libro, siempre he guardado por Hemingway el afecto que nació en la guerra de España y sé que, hasta su muerte, él me conservó el suyo.



Gregory Hemingway, Gigi (Life foto. Robert Capa)

La reacción llegó a ser tan fuerte, que incluso el Partido Comunista Español pidió al Partido Comunista Soviético que esta obra de Hemingway no se publicase en la Unión Soviética. Sin embargo, el libro no era anticomunista ni antisoviético en absoluto; sus posibles defectos no impidieron que se editara en ese país.

Herrera Sotolongo tiene su criterio al respecto: Yo he visto escritores famosos tomar muchas notas para un libro y luego salir una obra que es una calamidad. Yo conocí a un escritor alemán, Gustav Regler, que estuvo peleando en la guerra de España, peleando activamente como comisario político; todas las noches llenaba varias cuartillas en letra chiquita de los sucesos del día, llevaba un diario que, posiblemente, no hubiese otro diario de guerra como ese. Sin embargo, cuando publicó el libro sobre la guerra de España (*La gran cruzada*) fue un verdadero desastre... Sin valor literario alguno, y eso que Ernesto le había hecho el prólogo para facilitar las cosas, porque eran muy amigos.

Ernesto siempre tuvo una actitud sincera y de ayuda a la República Española. Aunque ha habido muchas controversias acerca de esto, yo puedo asegurar que ha sido muy entusiasta y un convencido de la razón del pueblo español... Pero se ha tratado de detractar un poco su persona por las cosas que escribió en el libro *Por quién doblan las campanas*. Yo estoy seguro de esto: los que han tratado de atacar el libro no han sabido interpretarlo. Es un libro muy fácil y muy difícil. Yo he discutido con él. Hemos hablado del libro, profundamente a veces, Ernesto y yo, y llegamos a la conclusión de que efectivamente el libro no ha sido asimilado por todos los que lo han leído. Unos le dan una interpretación de una cosa aventurera, otros lo consideran un libro de una acción de guerra y otros lo consideran como un ataque contra distintos aspectos de la política española. Ninguno tiene razón. El libro tiene un sentido auténtico, y es el impacto profundo que hace la guerra de España en Ernesto. Él lo asume quizás un poco como novelista, rozando el reportaje en algunos momentos, pero vuelca de verdad el sentimiento íntimo que tiene con respecto al pueblo español. Herrera Sotolongo dice que el compromiso de Hemingway se puede resumir en la expresión inglesa *fellow traveller*, y recalca en español: «Él era un compañero de viaje.»

Sin embargo, estas opiniones no las compartían los jefes,

dirigentes e intelectuales de la Brigada Lincoln: Wolf, Bessie (autor de un libro extraordinario sobre la guerra española: *Men in Battle*), Keller, Goff, quienes atacaron a Hemingway desde las páginas de *New Masses* y *Daily Worker*.

La organización VALB (Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln) se pronunció también contra Hemingway, sin considerar que el novelista tenía un «buen récord» de apoyo a la causa española. La resolución de condena de VALB fue unánime. Pero un grupo de veteranos visitó a Hemingway en Nueva York para expresarle su apoyo. Hemingway se vio excluido por la misma razón de una antología. *The Heart of Spain*, patrocinada por VALB.

La publicación de *Por quién doblan las campanas* provocó el rompimiento de Hemingway con sus antiguos camaradas de la Lincoln. El viejo romanticismo de la guerra comenzó a agrietarse. Llegó a su punto álgido casi una década después, cuando el macartismo apretó las tuercas. Entonces la antigua camaradería de guerra se convirtió en un asunto tétrico. Sin embargo, al contrario de muchos otros que habían asumido posiciones ideológicas más avanzadas que Hemingway, este jamás se unió al coro de detractores anticomunistas. Como han dicho muchos, fue fiel a España hasta su muerte. Hay un mudo testimonio de este período en Finca Vigía.

En el llamado Cuarto Veneciano, generalmente reservado para los invitados, se encuentra un ejemplar de un documento titulado y acreditado de la manera siguiente: *Subversive Activities Control Board/Docket No. 108 – 53/Herbert Bronwell, Jr./Attorney General of the United States/Petitioner/V. /Veterans of the Abraham Lincoln Brigade/Re[s]pondent/Issued May 18, 1955* (Buró de control de actividades subversivas/Sumario No. 108 – 53/Herbert Bronwell hijo/ Fiscal General de Estados Unidos/Acusador/contra/Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln/Acusados/fechado mayó 18 de 1955). La ese que faltaba en el *Respondent* del título original, Hemingway se la colocó manuscrita como acostumbraba hacer. Entre las páginas 167 y 168, marcadas por

Hemingway, se dice que Alvah Bessie publicó en 1939 un artículo en la revista del Partido Comunista Norteamericano, *New Masses*, atacando a Hemingway por su caracterización de André Marty en *Por quién doblan las campanas*.

67

Fidel Castro tiene sus opiniones sobre la literatura del huésped de Finca Vigía, y en particular sobre *Por quién doblan las campanas*. Casi 30 años después de bajar de la Sierra Maestra, donde encabezó una guerrilla que derrotó a un ejército profesional, Fidel sostuvo este diálogo con dos compatriotas de Hemingway:

Jones y Mankiewicz: ¿Lee usted mucho? Fidel Castro: Todo lo que puedo. J y M: ¿Qué tipo de libros lee usted? FC: Literatura política y referente al partido, así como económica e histórica, para la que, desgraciadamente, no dispongo de todo el tiempo que desearía. A veces leo novelas clásicas también...

J y M: ¿Qué autores? FC: He de decir que prácticamente todos los autores clásicos. En realidad, gran cantidad de obras. Sobre temas económicos, energía, crisis monetaria y desarrollo en general. Ahora se publican muchos libros y siempre hay más de los que podemos leer. Recientemente, el Presidente de México y una editorial mexicana nos regalaron una biblioteca completa, y desearía tener tiempo suficiente para leer todos los libros interesantes que comprende esa colección. De los autores norteamericanos, Hemingway es uno de mis favoritos. Era muy amigo nuestro.

*J y M: ¿Lo conoció usted personalmente? FC: Sí, lo conocí después del triunfo de la revolución cuando adjudicamos el Premio Hemingway en una competencia de pesca. Pero conocía sus obras desde antes de la revolución. Por ejemplo, leí *Por quién doblan las campanas* cuando era estudiante. Trataba de un grupo de guerrilleros y me pareció muy*

interesante, porque Hemingway hablaba de la retaguardia que luchaba contra un ejército convencional. Puedo decirle que esa novela de Hemingway fue una de las obras que me ayudó a elaborar tácticas para luchar contra el ejército de Batista. Hubo otras obras importantes en las que estudiamos la Guerra de Independencia, especialmente la historia de Máximo Gómez... Uno de los temas que siempre me han gustado ha sido la historia de Cuba durante aquella época: los escritos de los hombres que estaban haciendo la historia entonces. He leído prácticamente todo lo que escribieron los hombres que participaron en la lucha por la independencia: Máximo Gómez, Antonio Maceo y otros patriotas. Todos ellos planteaban una cuestión a la que había que dar una solución: la de cómo realizar una revolución contra un ejército moderno. Hubo escritores modernos que, incluso durante la Comuna de París, sacaron la conclusión de que resultaba imposible luchar contra un ejército moderno... Alguien, creo que Mussolini, dijo que la revolución tenía que hacerse con el ejército o sin él, pero nunca contra él.. Nosotros nos encontrábamos en esa situación aquí, en Cuba: luchando contra un ejército relativamente moderno que tenía un control absoluto de las armas. Los métodos que otros hombres usaron para resolver aquel problema nos ayudaron considerablemente a intuir cómo hacerlo. Esos elementos estaban en el libro de Hemingway *Por quién doblan las campanas*.

J y M: Muy interesante. ¿Supo él que era usted de esa opinión?*FC:* Nunca lo dijo. Viajó mucho y murió pocos años después de la revolución. Tenía su casa cerca de La Habana, y hoy la hemos convertido en el Museo Hemingway. Y debe usted saber que es uno de los escritores más admirados del mundo. Lo admiran mucho en la Unión Soviética y los países socialistas. Muchas personas que vienen aquí formando parte de delegaciones, marinos y visitantes, lo primero que desean hacer es visitar la casa de Hemingway. Todo lo que había en su casa se conserva intacto: sus habitaciones, su biblioteca, la mesa en que solía escribir de pie durante varias horas por la mañana. Todo está perfectamente conservado.

J y M: ¿Se conservan manuscritos?*FC:* No sé si se conservan manuscritos,

pero sé que se conservan muchos efectos personales suyos.



Hemingway y Boise, su mascota favorita, luego inmortalizada en Islas en el Golfo. En el portal de Finca Vigía, hacia 1946.

68

Parte de la correspondencia conservada en Finca Vigía pertenece a la experiencia española de Hemingway. Son cartas recibidas después de la publicación de *Por quién doblan las campanas*. Una de las más interesantes fue enviada por Joris Ivens. Está relacionada con un mensaje anterior del cineasta, que en ese momento se encontraba en Nueva York y quería comunicarse con el escritor. En las próximas páginas se comprobará que hay una diferencia sustancial de lenguaje y ánimo entre las cartas que corresponden al período de la Guerra Civil Española y las que se recibirán en Finca Vigía en los años 50.

Al igual que Karmen, Ivens viajó a Cuba después del triunfo de la revolución. Queda por descontado que su actuación militante al lado de Cuba se ha mantenido durante años largos y difíciles. Pero su posición

política derivó hacia una especie de embrollo a inicios de los años 70, cuando se comprometió a realizar una serie documental para el gobierno de la China de Mao Tse-tung. El maestro Ivens, ya octogenario, regresó a España, por primera vez desde la guerra civil, a fines de 1977. En esa oportunidad el filme *La tierra española -40 años después* de producido —fue estrenado para el público de ese país en el Festival Cinematográfico de Benalmadena, celebrado en Andalucía. Ivens fue objeto allí de homenajes merecidos. Sus relaciones con Pekín se encontraban para entonces en proceso de disolución. De todos modos, el Joris Ivens de siempre es lo importante para los cubanos; el Ivens fogueado y combatiente, el artista comprometido, el soldado internacionalista.

En los viajes de Ivens a Cuba a principios de la revolución, se negó a visitar Finca Vigía. Es fácil comprender que ni él ni Karmen quisieran presentarse en la casa del antiguo amigo en ausencia de este. Aprovecharon el tiempo en algo más productivo que recorridos sentimentales. Ivens fue el primer instructor con que contó el cuerpo de camarógrafos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Como testimonio de la amistad entre Joris Ivens y Ernest Hemingway se incluye la documentación siguiente que se conserva en Finca Vigía.

Feb 27, Nueva York [Matasellos de 1940]
Querido Hem,

Qué bueno recibir tu carta. Recibí una propuesta del Instituto Fílmico Educativo de la Universidad de Nueva York (financiado por la Fundación Sloan) para hacerles una película sobre *La frontera de los EE.UU.* Les pedí completa libertad «artística»; están considerándolo ahora. Propuse lo siguiente: un rollo de 10 minutos. La frontera moviéndose del este al oeste a través de las mejores escenas de las viejas películas de Hollywood; p.e., los paisajes de *Covered Wagon*, *The Stagecoach*, etc.; mapas, dibujos animados, un buen tema musical y

comentarios. Luego 4 ó 5 secuencias, cada una de un rollo, de lo que se considera actualmente como la frontera: 1. el mercado mundial; 2. en la ciencia, la fisión del átomo; 3. el mercado del consumidor. Es un tema complicado. Nadie sabe nada y yo tengo que mantenerme en la frontera económica; para el tratamiento de las fronteras sociales no hay dinero de Sloan. Varios amigos me han recomendado que haga una película de \$40 000; está bien para un documental si tengo libertad completa en la dirección y en la edición... Gustav Regler vio a Jay Allen y le dijo lo que me habías escrito. Jay me mostró la carta de Gustav en la que escribe: «La visa para Chile ya está conseguida.» Por lo que pienso que Gustav saldrá de Francia en cuanto Charles Sweeney llegue a París. Sweeney, de acuerdo con tu petición, ha hecho mucho por Gustav, ahora con garantías —pero, Von Hemingstein [uno de los apodos que el propio Hemingway se adjudicaba], ni siquiera en este momento encaja en el grupo de Sweeney, según lo que un alienado [Joris y Hemingway se endilgaban recíprocamente este término en son de burla] puede comprobar.

Quiero jugar contra los tríos en los partidos, o sea, la cancha en la pelota [vasca]. Creo que 198 libras es un buen peso para un portero [zaguero]. De todas formas los extraño. Mi grasa aumenta de nuevo, aunque aún no me llega al cerebro.

Creo que se cometen errores al tratar con nuestros buenos amigos (como en el caso de Jay) en relación con el trabajo que realizan por nuestra causa. Por una parte, nos ayudan con sus conexiones personales y sus amistades; por otro lado, los mantenemos demasiado tiempo en nuestro trabajo público, lo que nos hará daño, a ellos y a nosotros, en un futuro cercano. Muchos aquí pensamos como tú: la guerra se aproxima, y cualquiera que diga algo contra Francia o Inglaterra se toma sospechoso y rojo.

Me alegra saber que tu libro [*Por quién doblan las campanas*] sigue adelante. Me gustaría saber lo que los fascistas nos hicieron, porque lo que nosotros les hicimos a ellos está claro en mi recuerdo. La fila de



gente desde el ruedo hasta el río. *Boise*
fotografiado por Hemingway desde el interior de su habitación.

¿Cuándo vienes a NY?... No te preocupes mucho por tus problemas. Lo de la estación de gasolina contra el gran pozo de petróleo siempre saldrá bien...

No creo que la Unión Soviética quiera nada de Suecia, mientras Inglaterra no eche a perder las relaciones... Mi trabajo «La electrificación rural» todavía espera. Pat Lorentz, que tiene que escribir los comentarios, ha estado fuera dos semanas. Quiero enseñarte el material cuando vengas a NY.

Si hago la Frontera, es imposible trabajar con Howard Hawks. Pero el trabajo siguiente espero que sea contigo. Ve a ver cómo marcha la guerra. No sabemos mucho más que tú.

Recuerdos de Helen, también de Johnny (Ferno), [Robert] Capa. Nos vemos pronto, Joris

En la carta se habla de Gustav Regler, el comisario político de la XII Brigada Internacional. Regler había sido militante comunista y tuvo una valerosa conducta en España, pero no pudo sobreponerse al trágico desenlace de la guerra. Abandonó el partido y vivió largo tiempo en México donde escribió *La gran cruzada*, publicada en 1940 con el prólogo de Hemingway. Regler había sobrevivido milagrosamente a las graves heridas que recibió durante un ataque de artillería el 16 de junio de 1937, mientras viajaba en un auto con Lucasz durante los preparativos de la ofensiva para la toma de Huesca. En ese mismo ataque pereció Lucasz.



Boise adulto: manto negro, hocico negro y recia personalidad. Fotografía tomada probablemente por Hemingway.

Joris Ivens y Hemingway ayudaron a Regler a salir de España y mantenerse en el exilio. Hacia los años 50 Regler pidió a Hemingway que le enviara una pistola a México porque se sentía «desconfiado». Ernest nunca se la envió. En la carta hay referencias a Jay Allen, a quien Hemingway había conocido en 1931, en Madrid, donde Allen era corresponsal del *Chicago Tribune*. En el transcurso de la guerra Allen y Hemingway se mantuvieron en contacto.

También se menciona a Charles Sweeney, amigo de Hemingway desde los años 20 en París, y que, según comenta Mary Welsh en una relación de objetos hallada en Finca Vigía, «era uno de los pocos héroes admirados por EH». Una foto suya con marco de plata se conserva en Finca Vigía. Pero el militar no era una buena compañía para el Gustav Regler de aquella época, según se desprende de la carta de Joris Ivens.

Otras líneas se refieren a la pelota vasca, un juego en el que es factible organizar partidos de dos contra tres. El dúo que se enfrenta al trío debe ser sumamente hábil y resistente.

Hay una oración que es una clave secreta entre Ivens y Hemingway. Según el testimonio de Herrera Sotolongo, alude a la acción punitiva liderada por el comandante Carlos. Ivens dice que le gustaría saber «lo que los fascistas nos hicieron, porque lo que nosotros les hicimos a ellos está claro en mi recuerdo. La fila de gente desde el ruedo hasta el río». Esta última frase aparece casi textualmente en uno de los monólogos de Robert Jordan, en *Por quién doblan las campanas*, cuando acaba de escuchar el relato de Pilar del linchamiento de los fascistas en un pequeño poblado de la montaña. Jordan recuerda: «Siempre he sabido lo que les pasó a los otros... Lo que les hicimos nosotros al comienzo. Siempre lo he sabido y me ha inspirado horror. He oído hablar de ello con vergüenza y sin vergüenza, enorgulleciéndose de ello y haciendo alarde, explicándolo y hasta negándolo...»

El cable enviado por Ivens unos cuatro meses después de la carta indica sus frustraciones en Estados Unidos y cómo pensaba reorientar sus actividades. Por esta fecha, en efecto, Hemingway va a poner punto final a su novela. Uno de los primeros lectores del original es Joris Ivens.

1940 JUL 17 CDA 29 UD NUEVA YORK 55 17 NLT ERNEST
HEMINGWAY
HOTEL AMBOS MUNDOS
ME ENTERE TERMINASTE EXITOSAMENTE TU LIBRO DIME SI
VIENES A NUEVA YORK QUIERO HABLARTE SOBRE
POSIBILIDAD DE HACER JUNTOS UN FILME EN SUDAMERICA
DEJAME CONOCER TUS PLANES MR SLOAN DETUVO MI FILME
SOBRE NUEVAS FRONTERAS ASI QUE ESTOY LIBRE ESPERO
SABER PRONTO DE TI RECUERDOS TAMBIEN A MARTY
[MARTHA GELLHORN]
JORIS 46 WASHINGTON SQUARE

La correspondencia de Por quién doblan las campanas

Finca vigía guarda numerosos recuerdos de la publicación de esta novela sobre la Guerra Civil Española. Pauline Pfeiffer, la segunda mujer de Hemingway, pese a que en ese momento está concluyendo los trámites para divorciarse de él, le envía desde San Francisco, California, el día 17 de septiembre de 1940, a las 7:43 de la tarde, un cablegrama alentador y entusiasta. Lo remite a «Ernest Hemingway, Sun Valley Lodge, Sun Valle, Ida.» Al referirse al libro le dice que está *tan* cuidadosamente hecho, es *tan* sano, *tan* inteligente, *tan* limpio y *tan* conmovedor que le parece imposible que pudiera escribirse mejor. «Toda mi admiración y aprecio por el esfuerzo sobrehumano que implica. Salud, Maestro.»

La exmujer de Hemingway debe haber leído una edición de pruebas porque la venta pública del libro comenzó el 21 de octubre de 1940. Las últimas dos palabras del cablegrama, «Salud, Maestro», están en español en el original.

Maxwell Perkins, el editor de la Casa Scribner's, en una carta fechada el 20 de septiembre de 1940 le dice a Hemingway que considera como algo milagroso que pudiera escribir ese libro en 15 meses: «Se ha hecho todo lo que se podía hacer y se ha hecho magníficamente.» Perkins le asegura que, aunque hubiera invertido cinco años en el libro, nadie hubiese pensado que era demasiado, porque, de todas maneras, «no existe otro ser humano que pudiera haberlo escrito. Casi no hay necesidad de repetirlo.» Pero parece que Hemingway estimaba lo contrario y Perkins insiste en echar a un lado la preocupación del escritor por el tiempo empleado. Trata, finalmente, de interesarlo en otros libros: «Ahora te estoy buscando libros, ya que al fin estás desahogado», añade al final de la misiva. «Te enviaré uno sobre un juez. Se lee rápido; es bueno y habla de cosas interesantes acerca de

criminales, etc. Siempre tuyo, Max.»

En otra carta de Maxwell Perkins, con fecha 15 de octubre de 1940, que encabeza con un «Querido E», el editor le habla a Hemingway de la reseña que un crítico apellidado Adams hace de su libro, aparecida en *Time*, publicación que Perkins tenía en alta estima. También comenta otra reseña publicada en el *Herald Tribune*. «Pese a la simpleza del comienzo, es bastante buena... especialmente desde el punto de vista de las ventas, incluso con sus simplezas a lo John Chamberlain.» Y añade: «Se las llevaré mañana a (Maurice) Speiser [abogado y agente literario de Hemingway] que las va a fotocopiar con vista a la venta de los derechos de autor para la versión cinematográfica.» También le habla de su deseo de que Gary Cooper actúe en la película «por su aspecto y todo lo demás».

Una tercera reseña fue publicada en *Time*. Perkins se lamenta de que esté escrita en el estilo mordaz propio de esta revista. No obstante, la considera muy buena y cita la última línea: «Las campanas, en este libro, doblan por toda la humanidad.» A esto siguen algunas noticias sueltas, pero no menos importantes: «Depositamos los 1 500 en Key West y te enviamos todos los libros que pediste... La dirección de Scott [Fitzgerald] es 1 403 N. Laurel Ave., Hollywood, y la de John Bishop es South Chatham, Mass.» La publicación del libro, dice, es un acontecimiento de indudable importancia e interés. «Se ha corrido que este libro es realmente un gran libro... Hasta los que están fuera del ambiente editorial y literario se han enterado. Debes venir [a Nueva York] para que veas las vidrieras cuando el libro se ponga a la venta.» Termina la carta diciéndole que cenará esa noche con Waldo Peirce, al cual ha tenido que enviarle un ejemplar de *Por quién doblan las campanas*, pues, al irse de Maine, no había podido recibir el libro que le enviaron: «Ya veremos cómo marchan los acontecimientos.» Y finaliza: «Te mantendré informado. Tuyo, Max.»

John O'Hara, autor de *Appointment in Samarra*. *Butterfield 8*. *The Doctor's Son*, admiraba tanto a Hemingway que, hacia 1950, después del

lanzamiento de *A través del río y entre los árboles*, llegó a compararlo con Shakespeare. En un cable fechado el 16 de octubre de 1940, a las 10:07, habla entusiasmado del nuevo libro de Hemingway que acaba de recibir. «Es un clásico. Tu tercer clásico. Estoy orgulloso de ser tu amigo.»

A raíz de la publicación de *Por quién doblan las campanas*, Jay Allen cursó un cable extenso, fechado en Nueva York el 21 de octubre. Impresionado, al igual que otros, por el libro, al que considera «un tremendo milagro», manifiesta su entusiasmo a lo largo de 14 líneas: «Es lo que tú dijiste que iba a ser y más todavía.» Se congratula doblemente por la victoria alcanzada con la obra: «Tú no lo podías adivinar. La verdad estaba con nosotros pero las mentiras de los fascistas y las mentiras de los farsantes y las de los raqueteros y los amigos ya casi habían matado esa verdad. Estabas solo. Me imagino cuán solo. Pero has obtenido una victoria para los que no sobrevivieron. En un aspecto es la primera victoria, Ernest. La ganaste con un libro auténtico.» Alien se siente emocionado y agradecido. El recuerdo doloroso del pasado se une a un cierto sentimiento de satisfacción al enfrentarse ante el deber cumplido: «A mí me abrió heridas que ya había lavado y limpiado. Me sentí mejor durante el resto del día por primera vez en un año. Día en el cual he estado recordando cosas sin ocultármelas.» El libro le resulta tan definitivo como un tapaboca: «Es maravilloso ver a los críticos obscenos con las lenguas atadas aunque sea una vez.» En el cable le anuncia que realizará una gira en avión por Lisboa, Marruecos y Marsella, con el fin de ver a los viejos amigos. «Dime si quieres algún mensaje. Pacciardi y Scores estarán como tú sabes.» Y termina: «Mándame cualquier sugerencia por correo aéreo. Gracias por el levantón en la víspera.» Y firma: «Jay».

Archibald MacLeish, el poeta, también se sumó a los amigos que extremaron los elogios. Su cable está fechado en Washington el 29 de octubre de 1940, a las 8:25 am. Su único encabezamiento: «Ernest Hemingway.» Y el mensaje: «La palabra grandioso no tenía significado

en este idioma hasta tu libro. Le has devuelto todo su contenido. Me siento orgulloso de haber compartido cualquier pedazo de tu cielo.» Hay también un recuerdo familiar: «Ada envía cariños.» Y una fórmula cariñosa para firmar: «Archie.»

MacLeish tiene unos versos dedicados a Hemingway en su libro *Years of the Dogs*:

*El muchacho de la Rue Notre Dame des Champs
En el hatillo del carpintero
sobre la margen izquierda yendo hacia abajo.
El muchacho de aspecto dócil como
pantera dormida, ¿Qué se hizo de él? Se hizo famoso.
Veterano de las guerras
antes de los veinte años, Famoso a los veinticinco,
maestro a los treinta, Talló un
estilo para su época en una vara de nogal
En el hatillo de un carpintero de una
calle de esa ciudad de abril.*

En el verano de 1936, según relata Leicester Hemingway, su hermano Ernest y Archie MacLeish salieron de pesca cerca de Key West, y al rato los ánimos se caldearon y sostuvieron una discusión porque no habían capturado un solo pez. Disputaron en el *Pilar*. Decidieron continuar «la cuestión» en tierra y pusieron proa a un cayó. MacLeish bajó primero y Hemingway lo abandonó allí mismo. Era uno de los islotes entre Boca Grande y Snipe Keys. MacLeish se quedó solo en el cayó. «El muchacho de aspecto dócil como pantera dormida» regresó a su casa de Key West. Allí se quedó hasta que Pauline lo obligó a ir a buscar a MacLeish. Es comprensible que esto deteriorara la relación entre el poeta y el narrador.

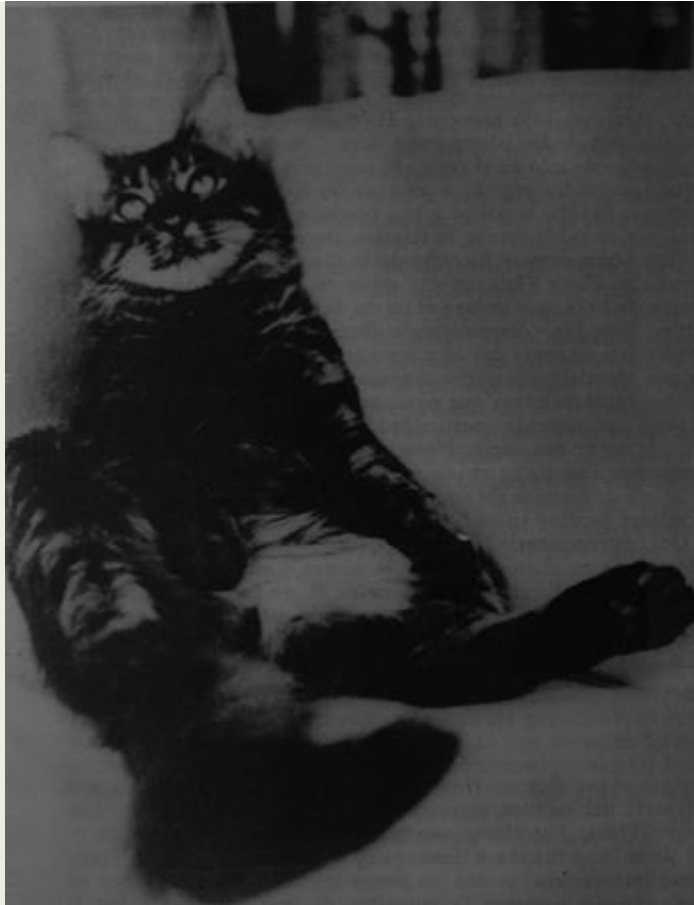
Una reminiscencia literaria de la Guerra Civil Española, conservada en Finca Vigía, es una copia de la edición de *Esquire* de febrero de 1939, que incluye el relato de Hemingway «Night Before Battle». Este hizo correcciones a lápiz en el material publicado. Actuó sobre su prosa con el mismo sentido crítico y meticulosidad con que abordaba los textos impresos de Fitzgerald o Algren. Sustituyó y tachó palabras que parecían inocuas, pero que no dejaría pasar en una segunda oportunidad. Sin embargo, después que terminó de hacer sus

correcciones, guardó de forma permanente el ejemplar de *Esquire* en uno de sus librerías. Más tarde comunicaría a Scribner's su decisión de no volver a publicar ninguno de sus cuatro relatos escritos en el hotel Florida de Madrid.

Una extraordinaria colección de 40 fotografías tomadas por Robert Capa en el transcurso de la guerra y otras 200 fotos realizadas por John Ferno y Joris Ivens en el proceso de filmación de *La tierra española* acrecentaron la nostalgia, y cierran el *dossier* hemingwayano de aquella primavera en que creía que la república podía ganar: «el período... más feliz de nuestras vidas».

70

Mary welsh dice en *How It Was* que Hemingway recibió una carta del escritor soviético Ilya Ehrenburg en 1959 en Finca Vigía. Ehrenburg escribía a nombre del Consejo Mundial de la Paz e instaba a Hemingway a que se adhiriera a un movimiento internacional contra las armas atómicas. Mary dice que su esposo, airado, comenzó la redacción de una carta en la que le decía a Ehrenburg «para su información», que no solo estaba en contra de las armas atómicas «sino también en contra de cualquiera cuya potencia excediera la de las escopetas deportivas de calibre 22...» Hemingway enumeraba una lista larga de cosas contra las que se oponía. Terminaba reafirmando —una referencia evidente a la URSS— que si su país «era atacado», él lucharía «contra cualquier agresor». Y esto, sin duda, es algo diferente a la postura antifascista de su época española; una posición reblandecida. Se vislumbra como un fin de fiesta trágico, desconsolador a veces. Hemingway, según Mary, comenzó la carta a Ehrenburg en mayo de 1950, pero luego no la continuó y desistió de enviarla finalmente. Así que no existen otras noticias, hasta ahora, que las aportadas por Mary. El original de la carta hipotética no ha sido localizado en Finca Vigía, como es de suponerse.



Este gato barcino se llamaba Príncipe y era uno de los favoritos en Finca Vigía; probablemente fotografiado por Hemingway.



El Hemingway de esta época que se ofrece en la bibliografía consultada es el anticomunista promedio de los años de la guerra fría. Hotchner y Leicester Hemingway abordan con entusiasmo el asunto. Hotchner declara en su libro *Papa Hemingway* que este se lamentaba de no haber ido a la guerra de Corea. Era la primera vez que se ausentaba de un enfrentamiento bélico en el que participaba su país. ¿Se lamentaba o lo decía? Decirlo a secas resultaría significativo, porque esa era precisamente la contienda en la que no debía intervenir. ¿Qué actitud hubiese asumido años después con la guerra de Vietnam? ¿Lamentarse de ser el segundo conflicto en el que su país se comprometía y él no?

La exhumación política resulta difícil ahora. Tenemos a varios Hemingway por lo pronto: el de Hotchner y Leicester es el soldadito azul dispuesto a combatir contra el peligro rojo; el de Mary Welsh, a diferencia del anterior, presenta ciertos matices: es un francotirador que, al mismo tiempo que escribe cartas airadas a Ehrenburg, se burla del senador McCarthy con frecuencia; el Hemingway que ataca al senador

y su histeria anticomunista en la crónica «El regalo de Navidad», y el de su alter ego, el coronel Richard Cantwell, que hace declaraciones políticas delirantes en algunos pasajes de *A través del río y entre los árboles*. Pero, ¿es este el Hemingway que veía desmoronarse el mito norteamericano de la democracia y la libertad?

Un documento novedoso, que constituye potencialmente una declaración de principios, se conserva en Finca Vigía. Una cuartilla de papel gaceta, escrita por Hemingway a máquina, cuyo encabezamiento dice: «Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba, 8/II/50.»

El texto comienza haciendo referencia a un prólogo desconocido: «Desde que se escribió esa introducción hemos ganado una guerra y perdido una paz y ahora tenemos una guerra no declarada mientras que nos preparamos para luchar a escala mundial.» Es probable que esa «introducción» a la que se refiere sea la que él hizo para *Treasury for the Free World*, una antología editada por Ben Raeburn. Hemingway la escribió y firmó también en San Francisco de Paula, Cuba, pero en septiembre de 1945. Ambos documentos están redactados con un tono y estilo parecidos. Hemingway dijo en el prólogo para el libro de Raeburn: «Hemos combatido y ganado la guerra. No nos mostremos santurriones ni hipócritas; no seamos ni vengativos ni estúpidos. Impidamos que nuestros enemigos puedan volver jamás a hacer la guerra: reduquémoslos «y aprendamos a vivir en paz y a ser justos con los demás países y pueblos del mundo. Para lograrlo, debemos educar y reducir. Pero, ante todo, debemos reducirnos nosotros mismos.»



Foto conservada por Hemingway, la más antigua de todas en los archivos de Finca Vigía. Es una tarjeta postal y fue tomada en Pamplona a principios de los años 20. A la izquierda, Harold Loeb, que sería el Robert Cohn de Fiesta; a la izquierda de Hemingway, Guy Hickok, corresponsal en París del Brooklyn Daily Eagle. La mujer guarda un extraordinario parecido con Lady Duff Twysden, la Lady Brett de Fiesta.

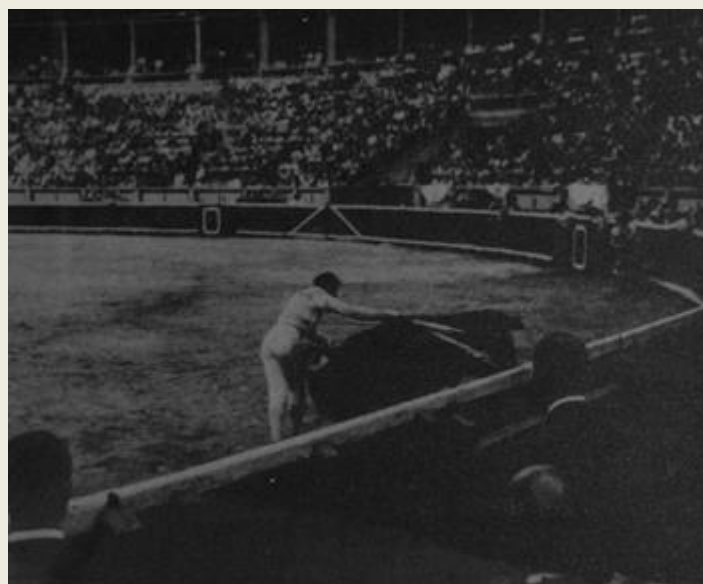
En el documento localizado en Finca Vigía, luego de oír que se ha ganado una guerra y perdido una paz y que se tiene una guerra no declarada, Hemingway afirma que personas con la mentalidad de «los que iban a derrotar a Japón en 60 días» se preparan en esos momentos para combatir en toda Asia (un reconocimiento evidente del conflicto coreano e incluso una premonición de lo que ocurriría en Vietnam). A cualquiera que advierta la insensatez de esto, dice, se le considera «un traidor en potencia», y comenta: «Dos traficantes de guerra juntos, de los cuales ninguno va a luchar, constituyen un núcleo de superpatriotismo. En fin, no caben dudas de que tres traficantes de guerra valen lo mismo que una división de infantería bien entrenada y experimentada.» El autor saca una conclusión con amargura y pesimismo:

La gente que ha combatido volverá a combatir. La gente habladora volverá a hablar. Los que estaban satisfechos con el diez por ciento verán qué tontos fueron con ganar tan poco y obtendrán mayor provecho de esta nueva guerra, hasta que llegue el fin inevitable de tanta locura.



En estas páginas y las que siguen: escenas de Pamplona tomadas por Hemingway y Mary Welsh en su viaje turístico de 1953.

Las fotografías han sido ampliadas de las pruebas de contacto que se conservan en Finca Vigía.











Hemingway afirma que «la guerra es el negocio más lucrativo que se ha inventado», y, refiriéndose a los que están «en sus interioridades», dice que su perfección la lograron «en esta última guerra que tuvimos y que todavía mantiene la salud del Estado».

El documento se vuelve irónico: «Seguramente podríamos contar con los recursos suficientes para brindarle a cada habitante de la tierra un refrigerador, un televisor y una selección de obras de Ralph Waldo Emerson, y con esto cubrir los gastos de combatirlos y conquistarlos, sin mencionar resolverles empleo y alimentación y reducirlos.» Seguramente, dice Hemingway, podrían poner dos automóviles en cada uno de sus garajes, y, además, construir el garaje. Hasta podrían poner dos pollos en cada una de sus cacerolas, «y quedarnos nosotros sin una cacerola para cocinar».

«Pero no, caballeros —Hemingway declara—, de nuevo a los caballos; de nuevo a la carga para aumentar el diez por ciento que nos conducirá hacia adelante.»

Y añade con sorna que no era eso lo que debía sentir un verdadero norteamericano hacia la «nueva y admirada gran guerra preventiva» que el Mayor General Anderson explicara con tanta claridad.

No obstante, el escritor afirma que él «ama realmente a su patria» y que luchará por ella, según su declaración al final del texto:

... that is the way the writer of this Introduction feels and he loves his country and will fight for it

El Hemingway de esta cuartilla es incompatible con el que Hotchner y Leicester ofrecen en sus libros respectivos. Es alguien que piensa con seriedad sobre el mundo en que vive y se preocupa por él.

Quizás resulte un poco poético todavía con aquello de irse de nuevo a los caballos, pero coincide plenamente con uno de los lugares comunes del marxismo: las guerras son un negocio. Claro, él está en Finca Vigía, a salvo de la cacería de brujas del macartismo, preparando este texto que a todas luces nunca sería publicado. Pocos años antes, en el prólogo de *Men at War*, había descrito las sensaciones que se

experimentan en una guerra. Ahora es un autor que analiza el porqué. Pese a sus limitaciones, hay un escritor políticamente sagaz, aunque amargado, detrás de estas líneas clandestinas.

Las palabras en el documento original mecanografiado están distanciadas. Tres o cuatro golpes de máquina entre cada una. Tampoco tiene coma ni punto y coma para terminar la penúltima oración y comenzar la próxima con la conjunción *and* (entre *teels* y *he loves*), sino que deja abierto un espacio largo para comenzar la nueva idea. El texto carece también de punto final. El documento está firmado con lápiz, al pie, como suelen hacer los pintores y grabadores en sus obras.

Ehrenburg nunca recibió la carta mencionada por Mary Welsh; tampoco tuvo noticias del documento de Finca Vigía. De todas formas, cuando se sienta a recordar a su amigo un par de décadas después, lo hace con toda responsabilidad: «Hemingway no se quedó en el Madrid asediado por accidente; ni tampoco fue un accidente que él, siendo corresponsal en la Segunda Guerra Mundial, fuera a ver a los guerrilleros franceses en vez de a los oficiales de Estados Unidos; o que saludara a los guerrilleros victoriosos de Castro. Seguía la propia línea de su vida.»

71

Granma

2 de agosto de 1977

FALLECIÓ EL PERIODISTA HERBERT L. MATTHEWS

NUEVA YORK, 1ro agosto (PL) —Herbert L. Matthews corresponsal de

The New York Times durante 45 años, murió a la edad de 77 años en una ciudad australiana.

Matthews, quien se retiró del periodismo en 1977, ganó fama internacional cuando entrevistó al líder revolucionario cubano Fidel Castro, en la Sierra Maestra, en el año 1957.

Granma

2 de mayo de 1978

FALLECIÓ EL CÉLEBRE CINEASTA SOVIÉTICO ROMAN KARMEN

MOSCÚ (TASS) — El Comité Central del PCUS, el Presidium del Soviet Supremo y el Consejo de Ministros de la URSS informan con profundo pesar que el 28 de abril de 1978, a los 71 años de edad, falleció el director de cine Roman Karmen, destacada personalidad de la cultura soviética. Héroe del Trabajo Socialista, artista del pueblo de la URSS y laureado con los premios Lenin y nacionales. Era egresado del Instituto Moscovita de Cinematografía. Se hizo famoso como reportero cinematográfico en los años de la guerra nacional revolucionaria de España en 1936 – 1939. Sobre la base del material filmado por él en España, aparecieron muchas cintas documentales.

72

Un personaje clave declara aquí ahora. Sitúa a Hemingway en la época y esclarece sus relaciones con los comunistas cubanos y los republicanos españoles: Ramón Nicolau, habanero, nacido en 1905, comenzó a trabajar como obrero en la industria del calzado. Fue activista sindical y miembro del Partido Comunista desde 1926, y de su

Comité Central desde 1930. Guardó prisión por primera vez en febrero y marzo de 1931, sorprendido en una conspiración contra el dictador Gerardo Machado. En marzo de ese mismo año viajó a la Unión Soviética, uno de los primeros cubanos en hacerlo, para pasar un curso de marxismo-leninismo de la Internacional Comunista. Fue el único latinoamericano seleccionado entonces para estudiar en la Academia Militar «Frunze», donde permaneció seis meses. Entre enero y marzo de 1933 estuvo clandestino en Alemania, a punto de caer en poder del nazifascismo, y fue testigo presencial del incendio del Reichstag. Ese mismo año volvió a Cuba y dirigió una de las más extraordinarias sublevaciones campesinas de la historia del país, en el Realengo 18. En 1936 era uno de los organizadores del movimiento insurreccional que debía combatir a Batista cuando el Partido Comunista Cubano recibió el llamado de la III Internacional para movilizar voluntarios en defensa de la República Española. Nicolau fue encargado de esta misión. Estuvo responsabilizado con el reclutamiento de los voluntarios cubanos que combatieron en España y de su abastecimiento.

Realizó un trabajo perfecto y realmente asombroso si se toma en cuenta que se llevó a cabo en la clandestinidad. Cerca de 1 000 combatientes cubanos, muchos de ellos con experiencia en armamentos, luchas callejeras y guerrillas, estaban listos para cruzar el Atlántico y entrar en acción en una fecha tan temprana como el verano de 1936. El dispositivo cubano, dirigido por Nicolau, estuvo enviando provisiones al gobierno republicano en el transcurso de la guerra: cargamentos de azúcar, tabaco, café, ropa y dinero en efectivo; se hizo cargo de una escuela para 300 niños víctimas de la guerra, en la localidad española de Sitges, a la que enviaron una maestra cubana, y para la que compraron todo el material, incluidos una camioneta y una ambulancia, uniformes, material escolar, alimentos; llevó a cabo grandes campañas de propaganda en Cuba y reunió hasta 80 000 personas en sus mítines políticos. Logró liberar del puerto habanero un barco mexicano que transportaba provisiones para la república y que había sido retenido por las autoridades batistianas. Abrió una fábrica de tabacos cuya

producción estaba destinada íntegramente a España. El dispositivo se puso en marcha nuevamente cuando la contienda española llegaba a su fin. Esta vez para rescatar a los cubanos sobrevivientes, muchos de ellos mutilados o gravemente heridos que se encontraban en los campos de concentración franceses.

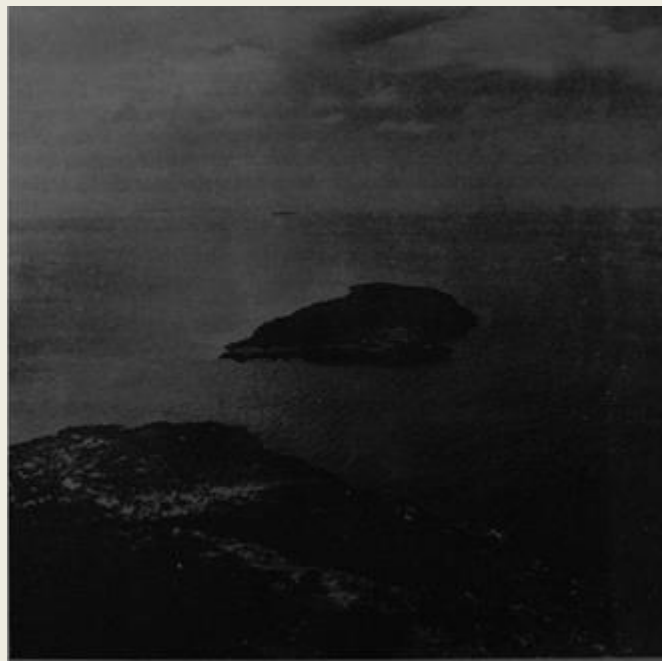
Este era el hombre que había sido nombrado financiero del Partido Comunista Cubano en 1940, un veterano conspirador que nunca tuvo tipo de conspirador: más bien grueso, no muy alto, casi siempre vestido con guayabera blanca, desarmado, que se sentaba en una de las poltronas de Finca Vigía, delante de Hemingway y Martha Gellhorn, y comenzaba su «disertación» sobre la necesidad de la guerra entre Finlandia y la URSS.



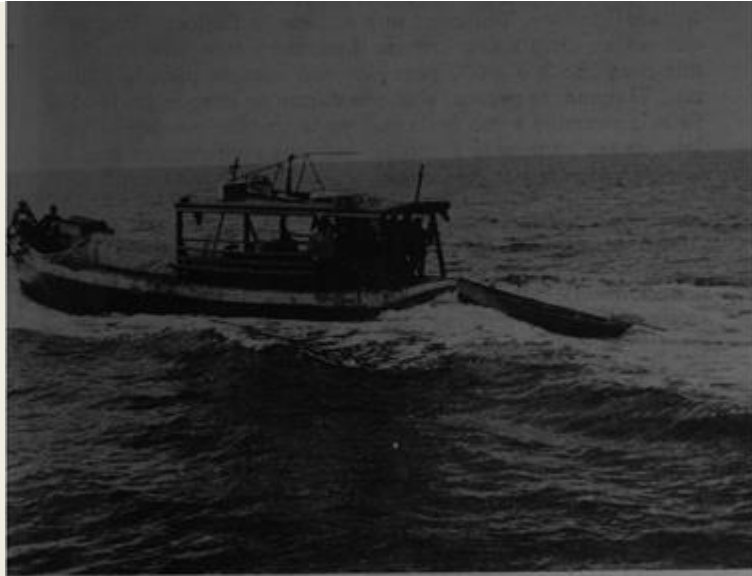
Doce de octubre de 1974, a las seis de la tarde: Gregorio Fuentes, el Antonio de Islas en el Golfo, desembarca en cayo Confites, 35 años después de clausurada la pequeña base que sirvió de punto de abastecimiento al Pilar, durante la aventura antisubmarina de Hemingway en la Segunda Guerra Mundial. (Enrique de la Uz)



Gregorio Fuentes a sotavento de Confites, octubre de 1974. (Enrique de la Uz)



Desde el taro de cayo Paredón Grande, en donde aún se encuentran los cimientos de una instalación que Hemingway conoció en los años de la Segunda Guerra Mundial; también escenario de Islas en el Golfo. (Enrique de la Uz)



Un barco arenero a la altura de la cayería donde se desarrolla Islas en el Golfo. (Enrique de la Uz)

Había conocido a Hemingway durante la guerra civil en el hotel Majestic de Barcelona. Se lo presentó Nicolás Guillén. Hemingway estaba esa noche con Paul Robeson, el cantante negro norteamericano. Pero en España no floreció una amistad entre ellos; ambos siguieron su propio camino, defendiendo una causa común. Al terminar la guerra, Nicolás Guillén volvió a acompañar a Ramón Nicolau, esta vez para una visita a Finca Vigía. Eterno organizador, Nicolau había reunido a un grupo de intelectuales que colaboraban económicamente con el movimiento revolucionario, y venía a solicitar la ayuda de Hemingway. Este aceptó gustoso y Nicolau lo visitó numerosas veces por ese motivo. Así nos lo cuenta:

¿Cómo se producían estas entrevistas? Sencillo. Yo llamaba por teléfono y decía: «Hemingway, tengo necesidad de verlo.» Él se percataba de inmediato del asunto y me daba la cita, casi siempre el mismo día. «¿Cuánto es lo que usted quiere?», me preguntaba. «No, lo

que usted pueda», le respondía. Nunca le pedí mucho dinero. Pero le podía solicitar 500 ó 600 pesos. Él solía ser generoso y excederse en sus contribuciones. Llegó a darnos en total una cantidad cercana a los 20 000 pesos. Le interesaba saber que estábamos haciendo *algo* contra el gobierno. Necesitábamos comprar el papel en Canadá para el periódico *Noticias de Hoy*. Teníamos una editora, la Editorial Páginas, que no se dirigía con criterio financiero sino político. Hemingway dio 3 ó 4 000 pesos en una ocasión para la editorial. Él temía, se preocupaba, por darme un cheque sin fondo. Se reía conmigo y me decía que yo le costaba mucho: «Nicolau, yo les pago más a ustedes por sus conferencias que lo que yo obtengo por un libro.» Sin embargo, estas «conferencias» eran solicitadas por el mismo Hemingway. Continúa Nicolau:

Cuando me llamaba él, era para que habláramos de política. Decía: «Nicolau, quisiera que viniera a tomar una copa.» Cuando lo visitaba por asuntos financieros, el diálogo era diferente. Yo separaba las conversaciones políticas de las peticiones. Hemingway se lamentaba de no entender algunos problemas políticos, y me llamaba. No entendía la guerra ruso-finesa, por ejemplo, y yo debía ir allá a explicar que era una guerra preventiva, que se trataba de la defensa de Leningrado. Claro, quien no entendía esto era Martha, la mujer, y él me mandaba buscar para que se lo explicara. En realidad él estaba de acuerdo, pero no tenía argumentos para convencerla. Hubiera querido, según me decía, que no hubiese guerra, pero él tenía ese problema con esa mujer suya.

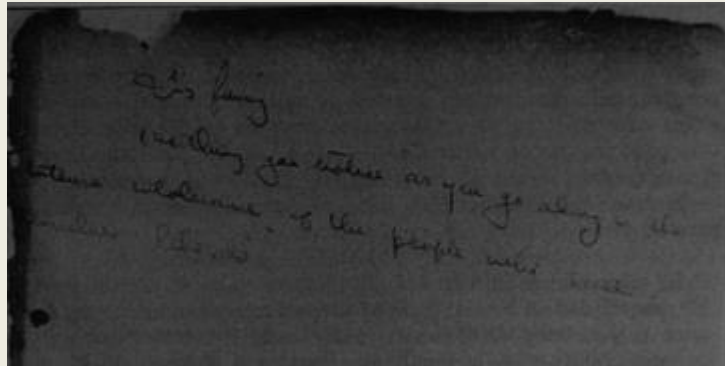
Si ella no se convenció, se le acabaron los argumentos. Hemingway veía la autoridad del partido y de la URSS. Mi impresión del diálogo con él fue muy buena. No pasaba a los anarquistas. Mis contactos con él se mantuvieron en los años 1940 y 1941. Cuando el Partido Comunista entró en la legalidad, fui a verlo y le dije que «no iba a molestarlo más». Que si me permitía una orientación, yo creía que podía desviar esa ayuda a los republicanos españoles, que la necesitaban. Él dijo: «Ah, muy bien, Nicolau, muchas gracias.»

Nicolau afirma que llamaba a Hemingway «compañero», y Hemingway a él, «camarada», en español. «No sería un comunista —dice Nicolau—, pero era un humanista y colaboraba con nosotros.»

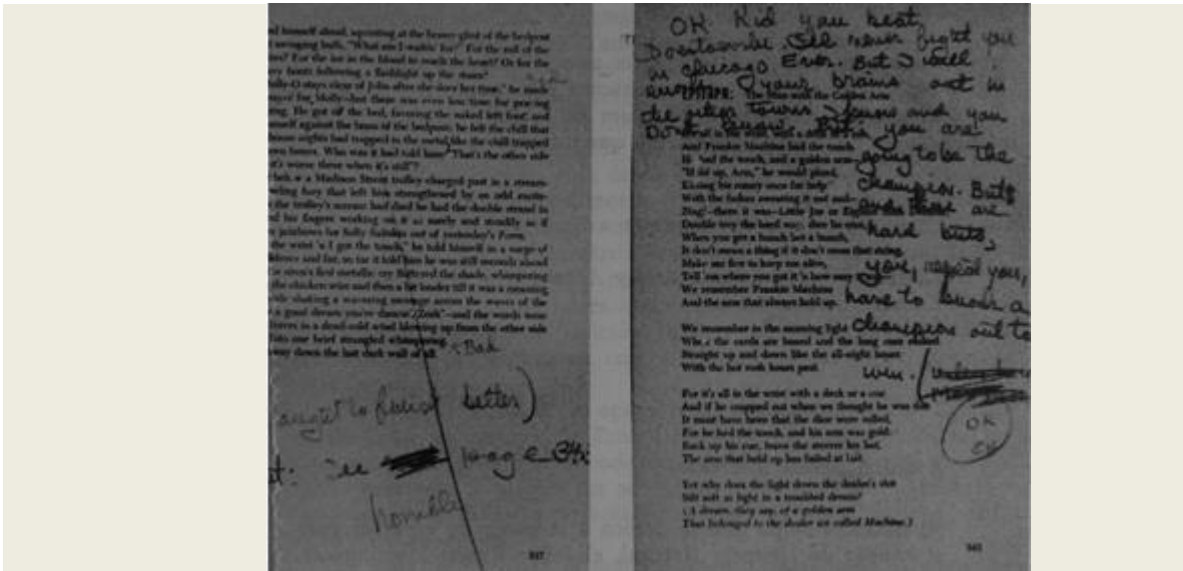
Afirma además que Hemingway fue el extranjero que aportó más dinero al partido comunista. No solo eso: «Fue el que más dinero dio de todos nuestros colaboradores.»

73

Hemingway amaba a España. Pero una España que él había visto ocultarse entre el humo de la pólvora y que, después, le saldría al paso con frecuencia. Tenía con ese país un compromiso entrañable, recóndito, que siempre enfrentó.



Un descubrimiento de carácter social de Ernest Hemingway: «la intensa intolerancia de aquellos que se llaman liberales».



Aconsejando a Nelson Algren: apuntes de Hemingway sobre las últimas páginas de un ejemplar de la novela El hombre del brazo de oro.

Luis Delage, miembro del Buró Político del Partido Comunista Español, estaba exiliado en Cuba. Pero el partido lo envió de regreso a su país a dirigir el trabajo clandestino. Delage estaba un poco cansado, desgastado, y antes de salir lo llevaron a reponerse a una casa de la playa de Guanabo, cerca de La Habana. Hemingway pagó los gastos y financió su viaje a España. Emiliano Loza era el intermediario entre Hemingway y el Partido Comunista Español.

Herrera Sotolongo recibió muchas veces dinero de Hemingway para el partido:

La cifra nunca bajó de los 500 dólares y los daba con toda tranquilidad. Además, tenía apadrinado el comité del partido en la localidad de Guanabacoa, cuando los comunistas cubanos estaban en la legalidad. Pagaba el alquiler, la luz y el teléfono del local de la organización.

Este hecho se puede comprobar con los bonos de ayuda voluntaria que

se conservan en el archivo de Finca Vigía.

74

Patente de corso

En el museo hay una fotografía amarillenta del *Pilar*. En la proa se ve un cartel que enmascara sus propósitos. Dice, escuetamente: «American Museum of Natural History.» También existe un papel de corte oficial, que informa:

Favor de dirigir su respuesta a:
Oficina del Agregado Naval y Aéreo Embajada Americana Habana, Cuba
18 de mayo de 1943 A quien pueda interesar:

Al mismo tiempo que se dedica a la pesca de especies para el Museo de Historia Natural, el señor Ernest Hemingway, en su yate *Pilar*, realiza ciertos experimentos con aparatos de radio. Este *Agregado Naval* se encuentra al corriente de esos experimentos; se hace constar que todo está *arreglado* y que estos no son subversivos en ninguna forma. *Hayne E. Boyden Coronel, U.S. Marine Corps Agregado Naval de los Estados Unidos Embajada Americana*

El documento, especie de autorización expedida a Hemingway por el agregado naval norteamericano en el que las palabras «arreglado» y «Agregado Naval» están subrayadas y en español, parece dirigido a las autoridades cubanas. El detalle acrecienta el carácter irracional de la historia que vamos a contar ahora. ¿Qué hace un agregado naval diciendo que «el señor Ernest Hemingway» realiza *ciertos* experimentos con aparatos de radio? Se sustenta la tesis de que la Inteligencia norteamericana estaba en pañales entonces. Es curioso —dada la obsesión de Hemingway por las acciones profesionalmente bien ejecutadas— el matiz de improvisación que tuvo esta aventura.

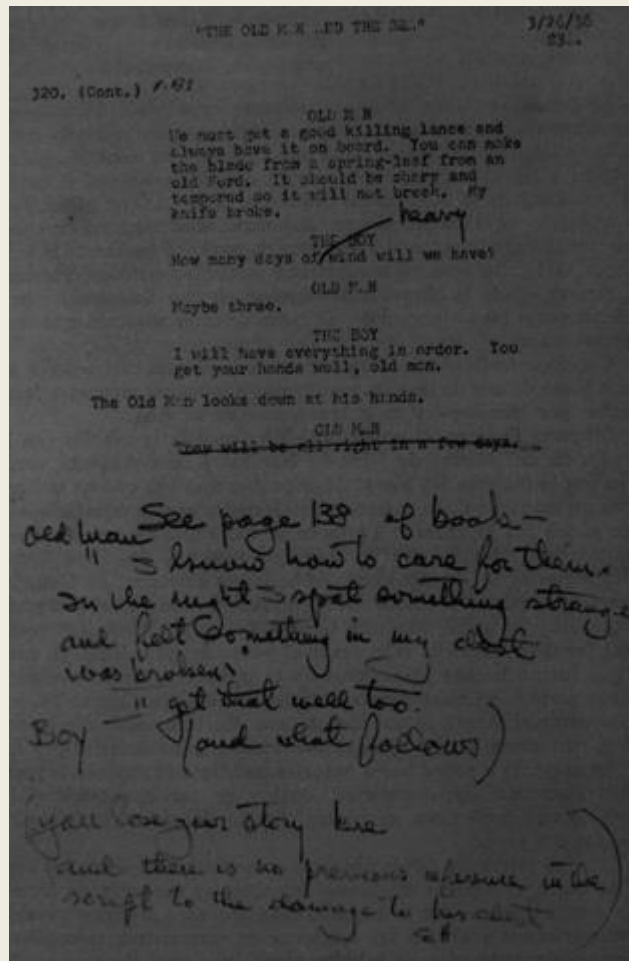
Ese documento y esa fotografía es todo lo que se conserva en Finca Vigía de una de las más ambiciosas e ingenuas empresas organizadas por Hemingway en el transcurso de su vida.

Gregorio Fuentes, el patrón del *Pilar*, guarda la tablilla con la inscripción del Museo de Historia Natural y una chaqueta verde olivo con la insignia *US Navy*. Alguien dijo una vez que en la finca había un mapa de Cuba marcado por Hemingway en aquella época pero nunca fue localizado. Tampoco se halla una patente de corso utilizada por Hemingway en estos menesteres. En 1944, cuando Hemingway se presentó ante su hermano Leicester, en Londres, primera etapa de su aventura como corresponsal de guerra y capitán de guerrilleros en la Segunda Guerra Mundial, le explicó cómo había pensado salvar su vida desde el punto de vista legal, en caso de que fueran hechos prisioneros en el transcurso de su aventura antisubmarina: «Redactamos una patente de corso, como en los viejos tiempos. Ahora la guardo en casa. Hacía constar que la dotación pertenecía a distintas nacionalidades, pero actuaba por un interés nacional y sobre bases autorizadas. De esta manera esperábamos conseguir cierta posición legal y no ser ejecutados si la suerte se nos presentaba en contra. *Porque la suerte se balancea entre las dos partes.*»

Para los veteranos de las operaciones antisubmarinas en las costas de Cuba, el nombre de Ernest Hemingway recuerda en forma vaga a un personaje que se codeaba solo con altos oficiales navales norteamericanos y al que las secciones de suministros entregaban raciones extraordinarias de bebidas alcohólicas para llevar a bordo de su yate deportivo.

Quizás esto motivara la opinión tajante de algunos de ellos sobre la gestión de Hemingway. «Un juerguista que le dio por cazar submarinos», dice el alférez de fragata Mario Ramírez Delgado, un hombre de casi 60 años, fuerte, amargo y nostálgico, que es una de las voces autorizadas sobre la lucha antisubmarina en el área del Caribe. Fue el único marino que hundió un submarino alemán a la altura de las

costas cubanas: el U-176, abatido el 15 de mayo de 1943 en la posición latitud 23 grados, 21 minutos norte, longitud 80 grados, 18 minutos oeste, aproximadamente a siete millas y media al suroeste del faro en el cayo Bahía de Cádiz.



Apuntes de Hemingway sobre una página del guión cinematográfico de El viejo y el mar. Hemingway le recomienda al guionista una nueva lectura de su libro, especialmente de la página 138, porque, al parecer, «ha perdido el hilo de la historia».

Aquella tarde, la flotilla compuesta por los cazasubmarinos CS11, CS12 y CS13 iba rumbo al puerto de Isabela de Sagua escoltando dos buques mercantes, el *Wanks*, de bandera hondureña, y el *Camagüey*,

cubano. Ramírez recuerda que en esta ruta recibió una llamada en la que se comunicaba que había sido avistado un submarino alemán, navegando en superficie, a la altura de cayo Seboruco, en la provincia de Matanzas. Según la información, la nave enemiga había pasado por cayo Mégano a una velocidad de ocho nudos, a las 5:15 de la tarde; todavía a la vista del cayo un hidroavión Kingfisher procedente del noroeste vio el submarino parcialmente fuera del agua. El piloto dejó caer una bomba de humo y con las alas hizo señales al convoy que se aproximaba.

El CS13, comandado por Ramírez, salió en su busca. El submarino se sumergió. El capitán cubano ordenó lanzar tres bombas de profundidad a 100, 200 y 300 metros. Bombas de 500 libras. Pero se escuchó una cuarta explosión. Enseguida, para rematarlo, le soltaron el resto de la carga que llevaba la nave, ocho bombas. «Qué gritería debe haberse armado allá abajo», dice Ramírez ahora, sin remordimientos.

Cuando arribó a La Habana, orgulloso por la acción de guerra que acababa de realizar, el jefe del Estado Mayor de la Marina de Guerra de Cuba lo llamó y le dijo: «Ramírez, ¿qué es lo que has hecho? Ven, que el Presidente quiere hablar contigo.» Entonces cogió el teléfono y Batista lo increpó: «Ramírez, ¿qué has hecho? Tú no sabes lo que has hecho.» En fin, que a partir de entonces Ramírez cayó en desgracia. Algunos amigos le informaron luego que Batista estaba vinculado al negocio de vender azúcar y combustible a los alemanes.

Ramírez tuvo bastantes oportunidades de encontrarse con Hemingway y su yate *Pilar*, pues compartía la misma zona de operaciones. Su opinión sobre Hemingway está parcializada: el profesional evalúa los esfuerzos del amateur.

Atraído por la presencia de los submarinos alemanes, Hemingway viajó por primera vez al archipiélago del norte de Camagüey. Su enemigo, antes de que el alférez de fragata Ramírez se le adelantara y lo hundiera, era el capitán Reiner Dierken, jefe del U-176.

Dierken entró por el paso de Crooked Islands a principios de mayo de 1943. Hundió al este de Nuevitás un pequeño buque-tanque y el barco *Nikerliner*, fue entonces que la Inteligencia Naval norteamericana puso a Hemingway en estado de alerta.

En ese momento el *Pilar* se hallaba patrullando a la altura del puerto Purgatorio, cerca de cayo Paraíso en la costa norte de Pinar del Río, en el extremo occidental de Cuba. Ocasión en que dos de sus tripulantes, Winston Guest y Gregorio Fuentes, tomaron el bote auxiliar y fueron hasta Bahía Honda a recoger un mensaje.

La antigua tripulación de pescadores y bebedores del *Pilar* había sido remplazada. Sólo quedaban el capitán y su patrón. Nueve belicosos personajes que recibían atención directa de la Inteligencia Naval yanqui, hacían explotar bidones de explosivos, disparaban ráfagas de ametralladoras y se mantenían en silencio por las noches y evitaban el contacto con otros barcos.

Desde la primavera de 1942 Hemingway se había entregado a la ejecución de este proyecto calificado como *Top Secret* por el mando naval norteamericano, y al que Hemingway nombró *Friendless*, en honor a uno de los gatos de Finca Vigía.

Con su patente de corso, este «corsario» se fue a la mar y estuvo rastreando cuanto cosa se moviera a la altura de la costa norte de Cuba entre Pinar del Río y Camagüey durante más de dos años. De acuerdo con sus planes, pretendía localizar un submarino alemán, tomar prisioneros a sus tripulantes y apoderarse de sus claves secretas. Un éxito semejante permitiría emprender una vasta operación contra el resto de la flota alemana que se hallaba en las aguas del Atlántico Norte. Algunos lo consideraron un plan loco, pero el capitán Daniel V. Gallery, comandante del Task Group 21 – 12, estudió un proyecto parecido y lo puso en práctica en aguas africanas y, en mayo de 1944, poco antes del desembarco de Normandía, logró capturar «vivo» un submarino nazi. El grupo de Gallery estaba compuesto por un portaviones de escolta y

cinco destroyers.

Sin embargo, el armamento y los equipos que se le facilitaron a Hemingway solo consistían en granadas de mano, explosivos, municiones, un fusil antitanque, cinco ametralladoras Thompson, pistolas, una emisora de radio de onda corta, prismáticos nocturnos, chalecos de salvamento, cartas náuticas y de marear. Los equipos llevaban un sello: *Solo para militares USA*.

Los submarinos alemanes partían de las bases francesas, en Brest, Loire o St. Nazaire. Se abastecían por medio de submarinos tanques llamados «vacas lecheras». Recibían torpedos, combustibles y provisiones de boca. Respecto a la creencia de que se habían enterrado *containers* en costas del Caribe para el abastecimiento de combustible de submarinos alemanes, no existen datos históricamente aceptables. Además, la carga de combustible necesaria para un submarino podía oscilar entre 30 y 100 toneladas de petróleo. Los submarinos trabajaban con dos motores, uno diesel para la superficie y uno eléctrico movido por grandes acumuladores para maniobrar bajo el agua. Debían emerger antes de las 40 horas a cargar baterías y oxígeno. A veces, al cruzar el Atlántico, navegaban por la superficie a una económica velocidad de crucero. Es más, pasaban la mayor parte del tiempo en la superficie. El tiempo máximo que estaban sumergidos era día y medio, y eso implicaba un uso mínimo de electricidad la mayoría de las veces —es decir, sin luces— para ahorrar energía.

Los grandes enemigos del submarino en esta región eran los aviones Kingfisher y Catalina. Los alemanes atacaban los barcos aliados cargados de petróleo venezolano, azúcar y níquel cubano y suministros en general. Eran barcos que trasegaban entre el Canal de Panamá y el arco del Golfo; los depredadores nazis la pasaron bien por la escasa defensa antisubmarina que hubo al principio. El apogeo de la batalla del Caribe duró unos siete meses, los primeros de 1942. Los alemanes la llamaron «la temporada de caza americana».

En el Caribe los submarinos alemanes operaban individualmente. En el Atlántico lo hacían en las llamadas manadas de lobos. El mando estaba centralizado en el Loire, Francia.

Los submarinos alemanes se mantuvieron operando alrededor de Cuba hasta el final de la guerra. Al principio despreocupados, como delfines en alta mar. Quizás, un buen día, algún oficial de la armada nazi localizó en la cruz de fuego de su periscopio la presencia desconcertante de una embarcación deportiva en afanes «científicos». Nunca se sabrá si valoraron o no la peligrosidad del descubrimiento, pero no mordieron el anzuelo. Posiblemente para suerte de Ernest Hemingway. En esta actividad el escritor era un diletante. Buscaba su propia guerra. Mas trató de cumplir una misión cuando las defensas del Golfo resultaban insuficientes todavía.

Pero uno se pregunta cómo pretendían abordar con granadas de mano y ráfagas de ametralladoras un submarino artillado con un cañón de 88 milímetros y dos o tres cañones de 20. Los modelos IX traían incluso un cañón de 105 milímetros. Resultaba, en verdad, un empeño muy difícil.

A pesar de los escasos logros, Hemingway pudo organizar con cierta eficacia su grupo militar, que incluía hombres adictos a su estilo de vida y que contaba con apoyo oficial, y, sobre todo, del cual él era el capitán. Participaba de una aventura en la que se empleaban con frecuencia los términos «confidencial —, «paramilitar» y «acciones de Inteligencia», que en realidad servían para encubrir un heroico sueño de adolescente, para el cual reclutó no solo a los folclóricos personajes que lo acompañaban regularmente en sus incursiones habaneras, sino a dos oficiales de Inteligencia y el embajador norteamericano.

Hemingway creía haber previsto todas las contingencias. Si los alemanes ofrecían resistencia, estaba convencido de que podría echarlos a pique. Pero, dado el tipo de abordaje que calculaba practicar —su yate apareado junto al submarino, lanzamiento de bombas y

disparos barriendo la cubierta para hundirlo—, lo más seguro era que Hemingway y su yate, incluso de tener éxito, fueran junto con su presa al fondo del mar. En este caso no se trataba de agujas.

75

EN CAYO PARAÍSO preparamos nuestra base de entrenamiento», relata Gregorio Fuentes. «Hacíamos prácticas de puntería tirándoles a unos bidones de combustible que pintábamos con muñecos. A esos muñecos les llamábamos *Hitler*. También simulábamos abordajes y lanzábamos granadas. En ese cayo la pasábamos bien, y siempre regresábamos a él. Entonces llegó un mensaje importante por radio y, como es costumbre en las cosas militares, el mensaje decía que había que buscar otro mensaje y no comunicaba nada directamente por radio. Por el mensaje tuvimos que irnos de Paraíso, donde matábamos tiburones con ametralladoras, y donde el radista John Saxon, que nos había enviado la embajada americana, nos enseñó a manejar los explosivos.»

Se trataba de algo importante. Hemingway envió a Bahía Honda a Winston Guest y a Gregorio. Ahora Gregorio relata que durmió en Bahía Honda, en un hotelucho de madera ya desaparecido, con el revólver en la mano. Allí, un enlace norteamericano les entregó un sobre lacrado con las órdenes que debían cumplir. «El caso es que Papa nos había dicho que fuéramos a buscar ese pliego sellado a Bahía Honda. El tiempo estaba muy malo, “óyeme, no creo que vamos a llegar.” “Vivos o muertos, tienen que llegar”, dijo Papa. “Aguántate”, le decía yo a Winston, mientras las olas nos zarandeaban. Llegamos a Bahía Honda a las ocho o nueve de la noche, comimos algo, dormimos y regresamos al yate. Luego levamos ancla rumbo a Camagüey, y ya no salimos de esa zona en un aproximado de tres o cuatro meses.»

El mensaje los ponía en contacto con una zona de Cuba que

Hemingway no conocía entonces: la cayería del norte de Camagüey; el *Pilar* solo había navegado desde cayo Mégano de Casigua hasta Varadero y Key West. Lo que Hemingway vio y vivió en Camagüey, aunque tamizado por su imaginación y con el agregado de hechos ficticios, se encuentra ahora en *Islas en el Golfo*.

Pero no todo lo ocurrido en la cayería del norte de Camagüey se convirtió en ficción. Algunos incidentes se quedaron en la memoria de Hemingway y de los miembros de su tripulación.

Nuevas amistades surgieron de la aventura hemingwayana, y se tostaron al sol, cazaron iguanas, persiguieron los caballos salvajes de cayo Romano, y Hemingway consumió raciones suplementarias de cangrejos crudos con limón, uno de sus manjares favoritos, que compraban por cubos a los pescadores a un precio módico.

Es fácil comprender que Hemingway pudiera reclutar a ocho hombres para sumarlos a esta aventura, ya que se trataba de un proyecto con algunas posibilidades de acción y muchas de pasar un buen rato. Hemingway, capitán celoso de sus funciones, se había preocupado a la hora de hacer su selección de que fueran personas idóneas para el operativo; por eso eligió una dotación formada por forzudos jugadores de jai alai, uno de los deportes más violentos, del cual era fanático desde su primera época española, y al que siguió favoreciendo en Cuba. Con esta dotación garantizaba los brazos necesarios para los enviones de granadas que calculaba meter en las escotillas de los submarinos cuando estos emergieran.

El tipo de operación, parecida a una guerrilla, se avenía muy bien a la personalidad de Hemingway, indomable por naturaleza. No tenía por qué asimilar la férrea organización de un ejército. La guerrilla era lo rebelde, lo liberal acaso, la ropa como quiera, el uso de cualquier tipo de arma, donde las convenciones ceden ante la capacidad y habilidad personales. Detrás de su predilección por este tipo de acción estaba su

odio al ejército expresado en *Adiós a las armas* y su exaltación de la guerrilla de Pablo en *Por quién doblan las campanas*, y su misma actuación irreverente e indisciplinada en la Segunda Guerra Mundial, al desplazarse por el frente desligado del ejército, con gente que le era atractiva —guerrilleros franceses— y con las armas de su elección.

76

Se han tejido algunas leyendas sobre un submarino que avistaron y que la aviación hundió gracias a sus informes, pero lo cierto es que el Q-Boat *Pilar* no se adjudicó victoria alguna en sus dos años de esfuerzo bélico.

Hemingway había creado primero una organización para infiltrarse en supuestas organizaciones fascistas o pronazis que había en La Habana de entonces. Según datos de Carlos Baker, había 3 000 falangistas, la mayoría proveniente de sociedades españolas abiertamente pronazis. En esos años el *Diario de la Marina* apoyaba las operaciones del eje y los submarinos alemanes actuaban impunemente en la región.

Ellis Briggs y Bob Joyce, funcionarios de la embajada norteamericana, habían escuchado el plan. Hemingway le confesó a Joyce que había colaborado en la formación de una agencia privada de Inteligencia en Madrid en 1937; y que él consideraba que una organización similar se hacía necesaria en Cuba. El proyecto fue expuesto a Spruille Braden, el nuevo embajador. Hemingway solo pedía «algunos equipos de menor importancia» y sumas pequeñas (él se ofrecía a pagar el resto y ponía Finca Vigía, su casa, a disposición del proyecto). Braden discutió el caso con el premier cubano y lo aprobaron.

Baker dice que los motivos personales estaban claros: patriotismo,

el placer de ejecutar planes secretos y el amor por dirigir operaciones, especialmente si ello envolvía armas de fuego y riesgos; su gente fue reclutada preferentemente entre los veteranos antifascistas en el Club Vasco de La Habana. El cura don Andrés, que había operado una ametralladora republicana, colaboró en la selección.

Hemingway trató de reclutar a su médico. Herrera Sotolongo. Incluso le adjudicó de antemano un número de código. Pero el español se mostró recalcitrante: «Yo no hago de policía.» Hemingway y Winston Guest lo llevaron a la piscina de la finca y le explicaron la misión en detalle para convencerlo. «Al carajo, yo soy soldado pero no policía. Nunca me ha gustado la policía ni el espionaje», insistió Herrera, y cuando Hemingway explicó que todo era secreto e importante, le dio el puntillazo final:»Ah, Ernesto, no comas mierda.» Herrera Sotolongo dice que, aunque parezca increíble, Hemingway tenía el número de código 08. El agente 08.

La historia del Crook Factory (fábrica de maleantes), como se llamó esta operación, derivó en el otro tipo de aventura naval. Hemingway se cansaba de servir de espía en lo alto de su loma y de que le llegara poca información importante.

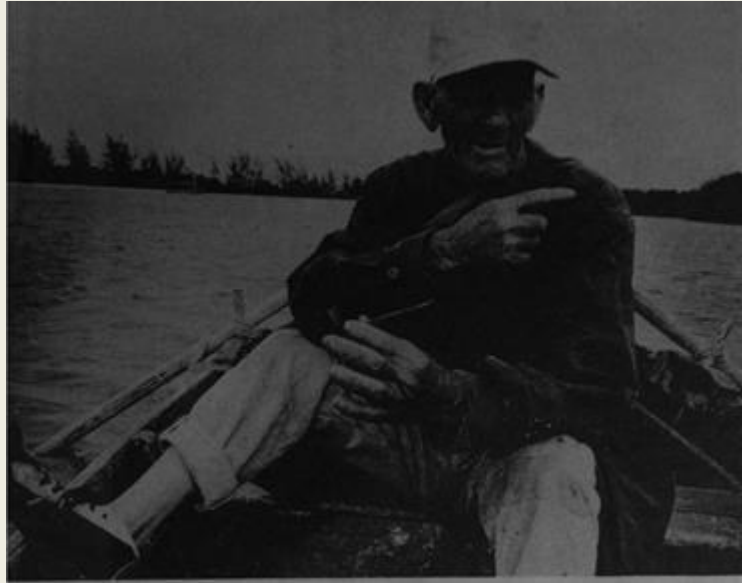
Gustavo Durán, excrítico de arte y comandante de la 69 División del ejército republicano español, fue llamado desde Estados Unidos a instancias de su amigo Hemingway para ocuparse del Crook Factory. En Cuba se convirtió en el brazo derecho del embajador norteamericano Braden. Se encargó de las cuestiones de Inteligencia en la embajada.

A Durán le llamaban Alejandro Magno por una broma de los personajes que habitaban Finca Vigía. En cierto almuerzo, al cual Hemingway había invitado a unos diplomáticos franquistas que se encontraban de paso en Cuba, estaban Durán y Herrera Sotolongo; este, aunque comprendía que la invitación estaba relacionada con el Crook Factory, no sabía a ciencia cierta qué tramaba Hemingway. En la reunión se habló de batallas en términos militares, y de cómo cada cual

había hecho su trabajo en la guerra, al parecer sin ofenderse y con una dosis de diplomacia; en medio de la conversación Durán afirmó categóricamente que Alejandro Magno era su único maestro. Desde entonces Hemingway prefirió llamarlo así.

77

Spruille Braden nació en 1894. Era un hombre inteligente, con mucha experiencia en América Latina. Se inició como ingeniero de minas, y fue consejero en la electrificación de los ferrocarriles chilenos antes de sumergirse en el mundo neoyorquino de los años 20. Siguió teniendo fuertes intereses en América del Sur (se casó con una chilena), y después de grandes éxitos en los negocios, a la edad de 40 años, empezó a representar a Estados Unidos en varios congresos. Entre 1939 y 1942 fue embajador en Colombia. En esa época Braden era un diplomático de mentalidad más avanzada que el promedio de sus colegas. Muchos cubanos lo consideraban el mejor embajador enviado por Estados Unidos a La Habana. Sin embargo, casi toda su actividad aquí tuvo que ser necesariamente militar: las primeras instrucciones que recibió de Hull le indicaban que el Departamento de Guerra quería «establecer con el mínimo retraso posible una unidad de bombarderos pesados y de entrenamiento operacional en Cuba», al mando de oficiales de Estados Unidos, para entrenar al personal norteamericano y de la RAF británica. Esto fue rápidamente acordado, y San Antonio, cerca de La Habana, y San Julián, en Pinar del Río, se convirtieron en centros de entrenamiento de los aliados. Braden había recibido instrucciones en julio de pedir permiso para comprar tierras en San Julián a fin de construir una pista de 7 000 pies, y para estacionar allí a 500 hombres bajo el control operacional y administrativo de Estados Unidos. Los cubanos accedieron, y su voluntad de cooperar fue animada por sus pérdidas en el mar, debidas a la acción de los submarinos alemanes, que hundieron algunos cargueros en agosto de 1942.



Gregorio Fuentes regresa a cayo Paraíso (Mégano de Casigua) en el invierno de 1974. Este islote fue destino de innumerables travesías del Pilar.

Pasaron los años y Spruille Braden quiso gratificar a Hemingway con una «condecoración».

En el período macartista acusaron a Braden y a Durán de ser comunistas. «El que es de izquierda realmente es Hemingway», proclamó Durán en su defensa. Y dijo más: «Yo conocí a Braden en casa de Hemingway.» Este fue el testimonio de Alejandro Magno ante la comisión senatorial norteamericana que investigaba el caso. No tuvo reparos en afirmar que Hemingway era comunista. Braden también mencionó a Hemingway.



Gregorio Fuentes en una de sus habituales visitas de inspección al Pilar. Astilleros de Casablanca, en la bahía de La Habana, donde el Pilar estaba reparándose en julio de 1975.

(Enrique de la Uz)



En la plazoleta Ernest Hemingway de Cojímar, con la primera escultura en el mundo dedicada al escritor después de su muerte.

El busto fue tundido con las piezas de bronce de los botes de los pescadores, recolectadas voluntariamente.

Hemingway no se encontraba en Cuba cuando la comisión senatorial sesionó, pero Herrera Sotolongo se ocupó de guardar los periódicos que traían información al respecto. Hemingway dijo que Braden se las iba a pagar caro. Entonces Braden llegó a La Habana y pidió verlo. Hemingway accedió y salieron en el *Pilar*. «Braden se justificó», contó después Hemingway a Herrera Sotolongo. «Dijo que había dicho todo eso para salvarse y me pedía excusas muy sinceras. Dijo esas mentiras porque estaba ante un comité senatorial de Estados Unidos. Me ha dado toda clase de explicaciones.» Hemingway dejó la cosa así. Durán, por su parte, prefirió quedarse en Estados Unidos. Nunca se supo más de él en la isla. Herrera Sotolongo resume su recuerdo de Durán:

Era un crítico de arte en España y, cuando la guerra, se unió a las milicias y realizó algunas acciones. Al final tuvo una unidad un tanto

legendaria: la Columna Durán, que se anotó acciones afortunadas en Guadarrama. Pero era el hombre gris de Braden; se ocupaba de la información y era el jefe de todos los agentes. Por el contrario, yo no recuerdo una sola vez que Hemingway haya ido en contra de nada progresista. ¿Saben quién fue el único exiliado español que entró en Estados Unidos en aquella época, después de terminada la guerra en España? Gustavo Durán. A mí no me admitieron por haber sido brigadista. Ni siquiera me admitieron en el *US Army*, porque yo quería combatir en Europa. Ni siquiera recomendado o ayudado por Hemingway, quien hizo lo posible por lograr que se me enrolara. José Regidor era otro de los agentes que trabajó con Hemingway en el Crook Factory. Había sido cabo de la Legión Española en África, antes de la guerra civil, hacia los años 20, y obtuvo una condecoración, la Laureada, por cierta acción de guerra que nunca se supo con exactitud cuál había sido. «Será laureado pero muy cobarde», decía Hemingway en tono de burla y remataba: «La mayor parte de los héroes lo son por equivocación.» Regidor había sido reclutado para la expedición del *Pilar*. Duró un solo viaje, hasta que se dio cuenta de que la cosa iba en serio.

Félix Ermúa, al que llamaban El Canguro, jugador de jai alai, es otro de los que participaron en la operación. Todo parece indicar que era el tipo de hombre que agradaba a Martha Gellhorn: alto y fuerte; quizás esto motivara la historia, difundida por él mismo, de que había corrido con ella una aventura amorosa. Luego se fue para México y declaró que se iba a casar con Martha. Un día de cumpleaños de Hemingway, probablemente en 1943, se reunieron unos 40 comensales para celebrarlo en una larga mesa del Club de Cazadores del Cerro. Uno de los amigos cubanos de Hemingway, Thorwald Sánchez, comenzó a hacer chistes gruesos sobre la infidelidad de la esposa de Hemingway. Antes de que llegara a oídos del escritor, Cucu Kholy le dijo a Herrera Sotolongo que se llevara a Sánchez de allí: «Se va a armar un lío aquí si esto llega a oídos de Ernesto.» Herrera acompañó a Thorwald, un ganadero de Camagüey, hasta su automóvil y se marchó

con él; un viaje escalofriante. Thorwald corría por la carretera, muy estrecha entonces, en dirección contraria, y cada vez que aparecía un vehículo de frente tiraba un corte para esquivarlo. Cuenta Herrera Sotolongo:

Cuando llegamos al Floridita, se puso a orinar en la barra. Yo le dije a Constante, el barman: «Me voy, porque yo no aguanto borrachos.» Apenas me fui, algunos parroquianos y empleados le cayeron encima a Thorwald y lo molieron a golpes. Al otro día Ernesto me llamó para regañarme, porque él, antes de yo irme del Club de Cazadores, sin saber lo que Thorwald estaba hablando, pero viendo que estaba muy borracho, me había dicho: «No lo abandones.» Cuando Ernesto fue a reclamarme, le dije: «Lo abandone porque yo no ando con borrachos», pero nunca le conté que Thorwald estaba hablando porquerías de él y de

Martha.

Otro personaje es Adonis Rodríguez, aviador español, que se refugió en República Dominicana cuando, al inicio de su dictadura. Rafael Leónidas Trujillo estuvo dispuesto a recibir republicanos exiliados. Trujillo apenas había comenzado a fomentar su reputación como asesino. Años después restableció relaciones con su homólogo español, Francisco Franco, y se dedicó a perseguir y liquidar a los republicanos refugiados en su país. En la buena época, Adonis Rodríguez llegó a ser uno de los jefes de la aviación trujillista. Viajaba a La Habana regularmente. Muy hablador, simpático a veces. logró convertirse en subdirector de la American Life Insurance Company en La Habana. De este hombre Herrera Sotolongo tiene un recuerdo:

Yo estaba un día en el Centro Andaluz de La Habana tomando manzanilla con algunos amigos y, en esa ocasión, dije «algo». Al otro día, en la finca, Hemingway me llamó: «Cuando termines de almorzar, ven un momento, que tengo que hablar contigo.» Winston Guest estaba con él; este me dijo: «Tú has tenido una conversación hablando mal de

la *US Army*.» «No es verdad.» «Sí, tú en una conversación hablaste del desembarco en África.» «Dije que era una operación comercial y que los alemanes permitieron la maniobra. Pero ahora sé quién me ha denunciado. He descubierto a uno de *vuestros* agentes. El único de los que estaban en esa mesa capaz de denunciarme es Adonis Rodríguez.» «Estás equivocado», intervino Ernesto y añadió: «Y en cuanto a lo del desembarco, es verdad, pero no se puede decir.» Un tiempo más tarde, un año o cosa así, Ernesto me confesó que, en efecto, el delator había sido Adonis. Yo nunca le dije nada, y hasta le ofrecí trabajo en un laboratorio de mi propiedad. Pero él no aceptó y se fue a trabajar a esa compañía de seguros, la American Life Insurance Company. Adonis Rodríguez había sido teniente coronel en la guerra civil y es posible que el triunfo de la Revolución Cubana reavivara en él los ideales de su juventud. Herrera Sotolongo se lo encontró por última vez en su vida en la Escuela de Milicias «Antonio Maceo». Estaba pasando un curso.

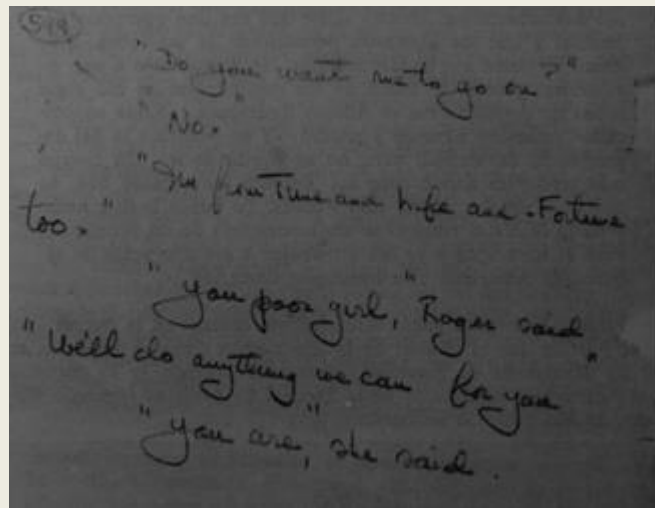
78

La colaboración del *Pilar* con la inteligencia norteamericana sirvió para remozar el yate.

A Gregorio Fuentes se le entregó una orden para una reparación capital en los astilleros de Casablanca, de la Marina de Guerra cubana, en un recodo del puerto habanero. Allí lo calafatearon, le renovaron sus antiguos motores gasolineros, y los carpinteros (siempre bajo la vigilancia de Gregorio) construyeron los portavasos, que eran, en realidad, unos depósitos camuflados para colocar granadas de mano. Gregorio relata: «Las ametralladoras calibre 50 no pudieron ponerse, por la estructura del barco; pero nos convinieron las adaptaciones, y después de la guerra nos lo arreglaron completo otra vez, y, además, nos quedamos con todas las armas) los fusiles antitanques, varias bazucas, y Papa con su Magnum S & W.»

Gregorio se ocupó de guardar las armas mayores bajo el sollado de proa, en los camarotes y en cualquier resquicio de su barco que no fuera visible desde el exterior. Las dos tablas que terminaron la remodelación del *Pilar* para sus operaciones secretas tenían la inscripción: «American Museum of Natural History». Como se ha señalado, debían servir para confundir al enemigo y hacerle creer que estaba ante un pacífico yate dedicado a las investigaciones científicas.

En cuanto a la designación científica, se convirtió, por supuesto, en un motivo de broma entre los tripulantes del *Pilar*. Hasta los sombreros eran «científicos»; unos sombreros de guano tejido, de ala un poco mayor que los usados habitualmente por los campesinos cubanos y que les servían para protegerse del sol, ya que el *Pilar* tiene poca obra a cubierto. Los chistes sobre los sombreros científicos se reflejaron luego en *Islas en el Golfo*.

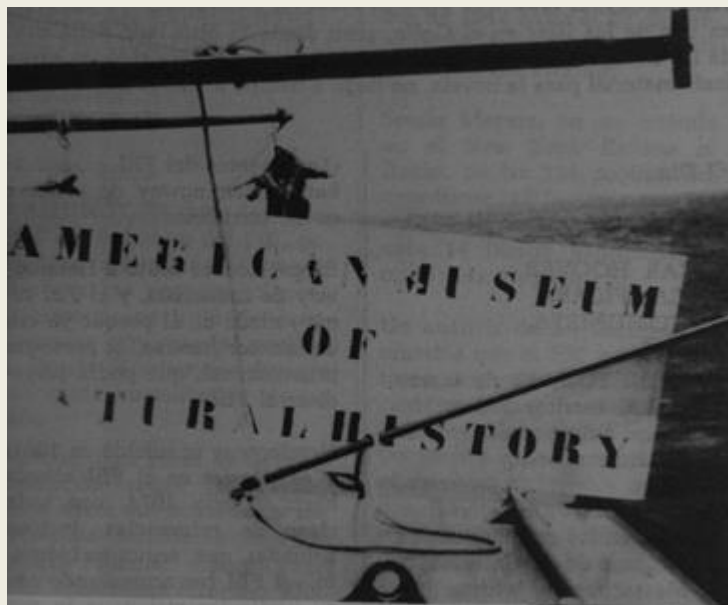


Islas en el Golfo. Roger, uno de los personajes principales, se compadece, ofrece ayuda y elabora un juego de palabras con los nombres de las revistas Time (tiempo).

Life (vida) y Fortune (fortuna).

También surgieron otras bromas, inevitables en estos casos, que se expresan en la jerga propia de un grupo de hombres en combate que se hace a la mar y convive en un mismo período de acción. Por ejemplo, al esqueleto calcificado de una iguana, que cazaron en Turiguanó (cuya piel Gregorio utilizó para hacerse un par de zapatos), lo bautizaron «filarmónica»; este detalle no fue inmortalizado en la novela.

Hemingway, gracias a la literatura, solucionó años después lo que nunca aconteció en la realidad: si sus búsquedas de un submarino nazi fueron infructuosas, en *Islas en el Golfo* logró su cometido: combatir contra submarinistas alemanes, perseguirlos, utilizar todas sus potencialidades bélicas y medir sus fuerzas exitosamente con el adversario. Las cuadernas del yate *Pilar*, que en la vida real no soportaron la instalación de dos ametralladoras antiaéreas calibre 50 (las sustituyeron por minas magnéticas, cargas de dinamita y fusiles antitanque), aguantaron en el relato imaginario el emplazamiento de dos poderosas ametralladoras calibre 50, una en la proa y otra en la popa.



Identificación «científica» empleada en el yate Pilar durante sus

correrías antisubmarinas; la foto es de la época, 1941.

(Cortesía de Gregorio Fuentes)

La operación Friendless continuó durante un año aproximadamente; el número de sus misiones disminuyó cuando Hemingway se fue al frente europeo. Gregorio quedó encargado de los tripulantes, pero ya el *Pilar* se estaba despojando de sus atuendos guerreros; solo volvería a desempeñar un activo papel de caza-submarino años después en las páginas de *Islas en el Golfo*.

Las operaciones del Crook Factory tuvieron una consecuencia inmediata, una historia oculta que solo se ha revelado recientemente. Pese a la colaboración de las autoridades norteamericanas con Hemingway, desde esa época el FBI mantuvo una estrecha vigilancia sobre sus movimientos. Su antifascismo resultaba sospechoso. El mismo FBI intentó torpedear las actividades del Crook Factory, pues deseaba que esta red de información no estuviera en manos del escritor (o agente 08). Edgar Hoover, director del FBI, odiaba a Hemingway y lo acusaba de comunista. El investigador norteamericano Jeffrey Meyers ha desenterrado el *dossier* Hemingway, que durante muchos años el FBI guardó celosamente en sus archivos. Hemingway, al igual que Thomas Hudson, perseguía a los fascistas en una de las Islas en el Golfo, pero desde el otro lado del Canal de las Bahamas, el perseguido era él. Lo que hubiera sido un excelente material para la novela, no llegó a tiempo a manos del escritor.

El *Día*
México, 13 *de* *marzo* *de* 1983

EDGAR HOOVER LO CALIFICABA DE COMUNISTA
WASHINGTON, 12 de marzo (EFE) — El escritor Ernest Hemingway dirigió «una red de espías aficionados»... El diario *The Washington Post*, apoyado en las revelaciones de un profesor de la Universidad de

Massachusetts, afirma hoy que la «red» de Hemingway operaba en Cuba, durante la Segunda Guerra Mundial. «Los agentes del FBI... acusaban a Hemingway de meterse en su territorio...» Edgar Hoover acusó a Hemingway de comunista, y el FBI tenía «miedo de él porque ya era un escritor famoso, de prestigio internacional, que podía perjudicar al FBI». Hemingway se suicidó en 1961, y su *dossier* en el FBI abarca hasta el año 1974, con toda clase de referencias, incluso privadas, que, según su biógrafo, «el FBI fue acumulando con su particular visión de lo que consideraba negativo o perjudicial».

Granma

14 de marzo de 1983

ESPIÓ EL FBI AL ESCRITOR ERNEST HEMINGWAY DURANTE VARIAS DÉCADAS

WASHINGTON, 13 de marzo (TASS) —El conocido escritor norteamericano Ernest Hemingway fue objeto del atento espionaje del Buró Federal de Investigaciones (FBI). Durante 32 años, espías del FBI acumularon comprometedores materiales en su expediente, para difamar al escritor, las obras del cual no gustaban a ciertas personas en Washington. Descubrió la existencia del expediente el profesor Jeffrey Meyers de la Universidad del estado de Massachusetts, quien prepara una biografía... Una carpeta con las 124 páginas del «expediente Hemingway» fue descubierta en los archivos del Buró Federal de Investigaciones...

Granma

8 de abril de 1983

MUESTRAN EXPEDIENTES DEL FBI QUE ESA AGENCIA TRATO DE DESACREDITAR Y CALUMNIAR A HEMINGWAY

Por Bob Rutka WASHINGTON, 7 de abril (PL) —Expedientes del FBI, publicados recientemente, muestran que esa agencia policíaca norteamericana trató de desacreditar y calumniar al novelista Ernest Hemingway durante una parte considerable de su vida. Aunque gran parte de la documentación sobre Hemingway versa sobre sus actividades antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial, muestra también numerosos informes relacionados con su apoyo a la

Revolución Cubana tras el derrocamiento del dictador Batista en 1959. La documentación obtenida por el investigador Jeffrey Meyers, comprende desde el 8 de octubre de 1942 hasta el 23 de enero de 1974, 13 años después de la muerte del escritor. Según Meyers, en un artículo en el *New York Review of Books*, de las 124 páginas del expediente, 15 fueron retenidas «en interés de la defensa nacional», 14 fueron suprimidas y otras eran ilegibles... Un análisis de los expedientes muestra que el FBI no solo intentó desacreditar la información recibida por Hemingway sobre la colaboración entre los fascistas y que fue transmitida al entonces embajador de Estados Unidos, sino también hizo un esfuerzo por demostrar que el escritor era comunista. En un informe de nueve páginas fechado el 27 de abril de 1943, se intentaba representar los esfuerzos humanitarios de Hemingway por proporcionar ambulancias a los soldados republicanos durante la Guerra Civil Española como «actos inconscientes que demostraban sus simpatías con los comunistas». El expediente contenía también informes sobre ataques de Hemingway contra el senador McCarthy y transcripciones detalladas de sus declaraciones públicas en apoyo al gobierno revolucionario de Cuba en noviembre de 1959.

79

Julio 9. 1943 12 M. Seré breve, porque sé que te gustan las conclusiones primero: 1. Debes volver a casa. 2. Saxon *no* viene a Confites. 3. El aparato debió llegar el 5 ó 6 de julio y no ha llegado aún (julio 9). Cuando llegue se instalará en La Habana. 4. El Coronel extravió (lo perdió) el Permiso, dice Bob. Ya habrás recibido el cable de la oficina de La Habana, enviado por el Coronel, que dirá «Permiso concedido, proceda de acuerdo con plan. Permiso esperará por usted en cayo Francés.» Lo que traducido significa que vayas a casa y recojas una copia del permiso en cayo Francés. 5. Como se instruyó y se decidió

entre nosotros, he enfatizado el hecho de que queremos realizar un trabajo al 100 por ciento y que nos quedaríamos dos semanas más si fuera necesario para hacer algo que pareciera meritorio a Bob y al Cor. Leí tu primera oración subrayada a Bob y al Cor. e insistí en nuestro deseo de hacer lo que ellos estimaran conveniente. Respuesta:

(1) Vuelve ahora a casa. (2) Nada del aparato y no sé si estará en La Habana.

6. Bob dijo: «Ven acá, pero no te rompas la cabeza en hacerlo.» Bob discutió con el Coronel la carta de este de fecha 5 de julio y la leyó. Quiere decir: «Si el aparato no llega hoy o mañana (julio 5 ó 6) vuelve a casa.» Ayer (julio 8) la discutió de nuevo con el Cor. y se preguntaba:

1. ¿Por qué el *Margarita* no se llevó el día 7 para Confites la carta del día 5? (El Correo la trajo por la tarde y el *Margarita* salió por la mañana.) 2. ¿Por qué razón el día 8 no sabían que tú vendrías según el plan?

1. He sido más que consciente y me he esforzado en todo lo posible para asegurarme que cumplíamos con los deseos de ambos. 2. Por favor, deja la cosa así. Si hay discusiones sobre si tenemos razón o no, después puedes utilizar cada uno de estos puntos, uno por uno, y discutirlos con los personajes que vayan apareciendo.

He discutido con Don, el Cor. y Miller sobre el extravío del permiso. Estoy seguro de que Miller remitió toda la correspondencia que Don le dio. Sé que Miller es muy cuidadoso y me inclino a creer que él no lo extravió. Don no le enseñó lo que contenía la correspondencia que tenía que remitir. Wolf [Winston Guest]
Este es el lenguaje de *Islas en el Golfo*, su concepción dialéctica, su ámbito, hasta en los pequeños detalles: el aparato de radio sin arreglar, los problemas administrativos, pero la decisión de resolver las cosas «al ciento por ciento».

En la próxima carta, se mantienen el estilo y el contexto. Los personajes ya se conocen, los asuntos, similares, y en ellos se mezcla lo personal, las operaciones militares y los enigmas que no podemos descubrir: e.g., ¿La cunita para quién? Aparecen Gregorio, Pachi

(Paxtchi), Bumby, Martha, pero, al igual que en la carta anterior, hay algunos nombres que se escapan; seguramente son oficiales de enlace norteamericanos y operarios cubanos con los que ellos se tropezaban en los puertos: Miller, Bob y Roy Hawkins. En cuanto al pequeño Winston, se trata del bote auxiliar, que también se llamaba *Tin Kid*.

(Carta con el timbre del Floridita) 24 de agosto de 1943 Querido Papa:

Me pasé la mañana en el barco e hice la lista completa o, mejor dicho, el inventario completo. No listamos algunas latas viejas que estaban debajo de mi cama. Dejé el mapa al frente, encima de los pedales. [Línea incomprensible, parece decir: buscaré a los pelotaris por la tarde.] Dejé cinco latas grandes (6 lb) de vegetales enlatados en el carro para que Martha las utilice en la finca. Gregorio señala con mucha razón que no se deben usar latas de vegetales de 5 ó 6 libras, pues esto causa un gasto considerable. ¿No podríamos comprar ahora lo que necesitamos usando el comisario de Don Saxon? Nos ahorraría el 75 por ciento. *Re* [sic] Pache y cuna para Niño. Gregorio lo apuntó y lo va a ver mañana para hablarle del asunto. Para el soporte del extinguidor, Gregorio va a buscar un carpintero. Nada más sino esperar que me traigas mi smoking esta tarde a las 7. Para ti tengo el otro, blanco. [Hay una nota sobre esta línea: «también zapatos, medias, camisa de mangas largas, la que le dije a Justo que empacara».] Los tintoreros prometieron tenerlo para las 10 am. No he ido a casa pero si no está allá, resolveremos con pantalones de Bumby y mis dos sacos. La corriente no ha traído nada que valga un centavo. Siete agujas en toda la temporada. Ayer cogieron un castero grande, así que parece que han comenzado a correr bien de nuevo. Le di 100 pesos a Gregorio para que pagara algunos trabajos en el pequeño Winston y otros gastos. Pasé cable a Roy Hawkins para que me diga cuándo podemos esperar la nueva máquina y el aditamento superior. Gregorio llamará a Juan para arreglar la cocina vieja. La nueva es pequeña pero nos servirá. Si no hay inconveniente por tu parte no me moveré de aquí.

Estoy muy cansado y quisiera descansar en casa —F 57 23— y estar en buena forma esta noche.

Si hay algo que hacer, llámame luego. Wolfer Winston Guest, el oficial ejecutivo a bordo del *Pilar*, se ganó el afecto de Hemingway, quien estimaba en alto grado sus cualidades. Gregorio gustaba de emparentarlo con Winston Churchill, y afirma que era «muy preparado», es decir, muy culto. Wolfie había ganado celebridad en Inglaterra por el virtuosismo con que jugaba al polo y como conquistador entre las sábanas. El deportista y el escritor se conocieron en 1933. Cuando Hemingway llegó a Kenia, se enteró de que un tal Winston Guest tenía entre sus trofeos dos colmillos gigantescos de elefante. Años después enrolaría a este cazador, en otro tipo de presa: submarinos nazis. Un entusiasmo desbordante caracteriza el encuentro de Guest y Hemingway en una tienda de Nueva York, tal como lo describe Lillian Ross en su crónica publicada en *The New Yorker*. Guest es uno de los personajes principales y motivo de la nostalgia de Hemingway en su poema de guerra «A Mary en Londres», de 1944.

*¿Dónde estás ahora, Wolfie? ¿Dónde estás tú, Paxtchi?
... ..extraño a Paxtchi, que quitó el blindaje de su cabina para que ella (la nave) maniobrara mejor en el mar.
.....a Wolfie en el puente volante, temblorosos los músculos de las mejillas, diciendo: Estoy bien. Papa. No te preocupes por mi. Papa. Estoy bien. No te preocupes. Wolfie. Nunca. Todo está bien. Te juro que todo siempre está bien.
...No te preocupes. Wolfie, nunca. Estoy bien y no cambiaría esta por ninguna otra vida.*

Mary Welsh, en la presentación de dos poemas de amor de Hemingway en *The Atlantic Monthly*, en 1965, dice que su esposo «compartió el financiamiento de esta empresa [la lucha antisubmarina] con Winston Guest». Añade que una vez vieron un submarino Modelo 740 y lograron acercársele a una milla. El submarino tomó un rumbo noroeste para dirigirse al río Misisipi, según se enteró después la tripulación del *Pilar*. Cerca de Nueva Orleans este submarino desembarcó a varios

hombres. Los dispositivos de radioescucha del *Pilar* detectaron otros dos submarinos, que quizás fueron destruidos por otras fuerzas, pero «el sueño de Ernest de entrar en combate nunca se realizó».

El guerrero de otros tiempos, Winston Guest, terminó sus días como un oscuro magnate dedicado al negocio de la aviación. *The Observer's Aircraft Directory*, de William Green, decía en 1961 que «Guest Aerovías de México, S. A. es la más pequeña de las tres líneas internacionales mexicanas», y que tomaba el nombre de su fundador, Winston Guest.

Herrera Sotolongo no tiene la menor idea sobre el parentesco de Guest con Churchill, pero sí sabe que era agente inglés... Lo describe «rubio, más bajo que yo, muy atildado y muy pedante...»

Juan Dunabeitia, Sinsky, Simbad el Marino, eran la misma persona. Era capitán de barco y había estado trabajando en la García Line que luego se unió a la Ward Line. La compañía tenía los pocos barcos mercantes que poseía Cuba, y cuando sus propietarios se los llevaron en 1959 para Estados Unidos, a principios de la Revolución Cubana, Simbad no quiso irse con ellos y se quedó en Cuba, aunque sin trabajar, hasta que decidió regresar a España antes de agotar sus reservas, y con sus ahorros puso una tienda de efectos marítimos en Bilbao. Era mayor que Hemingway y un gran amigo suyo. Desde España le escribió a Herrera Sotolongo algunas cartas. Un buen día dejó de hacerlo, y finalmente Herrera Sotolongo supo que había muerto. El médico se quedó con toda la documentación que Simbad le había dado a guardar. «Realmente no sé a quién enviársela. Probablemente la quemé», dice ahora.

Cuando la operación de la CIA en Bahía de Cochinos, en abril de 1961, los siguientes barcos fueron utilizados para invadir a Cuba: *Caribe*, *Río Escondido* y *Atlántico*, buques que Simbad había capitaneado. El *Río Escondido* perteneció en una época a uno de los Somoza de Nicaragua, y tenía unas 2 000 toneladas de desplazamiento. Hemingway se había

quedado asombrado por el lujo del camarote del capitán cuando lo vio por vez primera; no se correspondía con el resto de la embarcación. El *Atlántico*, que era el barco preferido de Sinsky, navegó en último lugar en el convoy de la CIA el día del desembarco de la brigada mercenaria 2506 en territorio cubano. Otro marino que frecuentaba la casa de Hemingway, un tal capitán Zenón, era el comandante del *Atlántico* aquella mañana. Zenón se hallaba en su puente de mando y traía el buque a media máquina, al enfilarlo hacia la boca de Bahía de Cochinos; de repente se percató del bombardeo. Vio los aviones en picada y se fijó cómo algunas barcasas de desembarco se estaban hundiendo en medio de la bahía; las columnas de humo negro y espeso desaparecían junto con las barcasas. Vio, además, algo que le pareció increíble: el *Río Escondido*, que transportaba material logístico, incluidos tanques de combustible de aviación, estalló como una bomba atómica. Entonces decidió que había visto bastante. Se negó a entrar en Bahía de Cochinos. Ordenó salir de allí a todo trapo. Fue ese un día sangriento e interminable para muchos cubanos. Fue también el día que las máquinas del *Atlántico* demostraron que eran capaces de alcanzar una velocidad para la cual no las fabricaron. Esos pistones y esa propela se movieron como nunca antes. El buque se alejó de la zona de guerra, ganó el mar abierto y le dio la vuelta a Cuba por el cabo de San Antonio. Ancló en Miami con su carga de guerra intacta: un centenar de mercenarios que no entraron en combate y que vitoreaban al capitán como un héroe mientras el telegrafista de a bordo recibía repetidas veces un mismo mensaje enviado por la jefatura de la brigada. Un mensaje en clave: «El pez es necesario en casa.» Es decir, que el *Atlántico* debía regresar a Bahía de Cochinos.

Zenón nunca más volvió a navegar.

Tenía fama de ser tacaño. Ernest Hemingway se burlaba de él sobre esto. «Estoy escaso de plata, capitán», decía el escritor. «¿No pudiéramos convenir un préstamo hasta que me vuelvan a dar otro Premio Nobel?»

Antonio, el de *Islas en el Golfo*, le dice a Thomas Hudson: «Alguien quemó las chozas. Alguien trató de apagarlas y hay cadáveres entre las cenizas. No se huelen aquí, a causa del viento.» Hudson pregunta: «¿Cuántos cadáveres?» Respuesta: «Contamos nueve.»

Había alternativas, cambios de personas, pero siempre, aunque quizás de modo casual, hubo nueve empleados en Finca Vigía; entraban unos, salían otros. Cuando Lillian Ross visitó Finca Vigía a fines de los años 40, con el fin de entrevistar a Hemingway para su «retrato» en *The New Yorker*, calculó que la casa estaba a nueve millas de La Habana», y contó en ella: «una esposa, una servidumbre compuesta de *nueve* empleados, cincuenta y dos gatos, dieciséis perros, doscientas palomas y tres vacas».

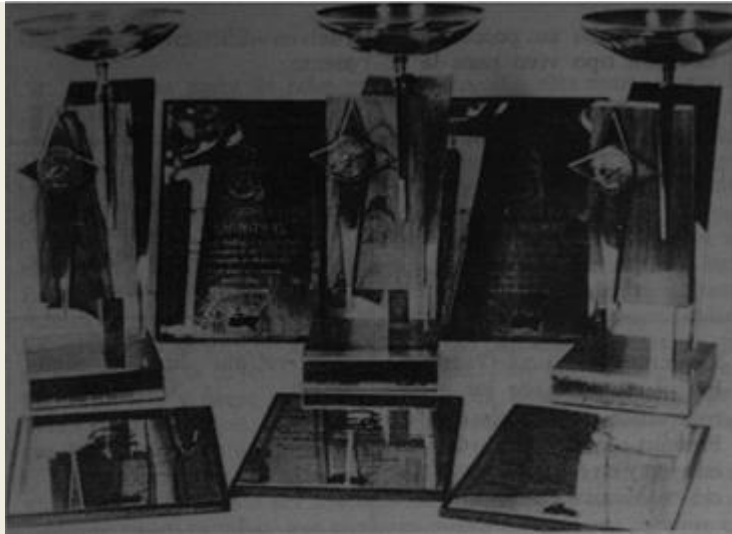
En *Islas en el Golfo*, donde Hemingway compara sus casas con embarcaciones, dice que en la nave de Thomas Hudson, cuando se hace a la mar, la tripulación es de nueve hombres. Nueve son los cadáveres encontrados por la tripulación en el cayo de la masacre y, por supuesto, nueve son los alemanes náufragos del submarino alemán. Esos nueve cadáveres presagian el destino de todos ellos, y se hace necesario para Hemingway, en esta novela de exorcismos y conjuros, equilibrar sus fuerzas combatiendo con una fuerza igual en número. Cuando luchan contra los alemanes no pueden ser ni superiores ni inferiores. La tripulación al mando de Hudson dispone de alguna ventaja en armamentos, pero los alemanes tienen a su favor el tiempo y la serenidad de sus juicios surgidos de una máquina guerrera perfecta.

A su hermano Leicester, cuando se lo encuentra en Londres un poco antes del Día D, le menciona los nueve hombres de su tripulación y el propósito que lo había llevado a redactar una patente de corso «como en los viejos tiempos».

Pero los nueve tripulantes auténticos del *Pilar* en su época de «cazasubmarinos no pasaron de forma automática a las páginas de la novela. Hubo combinación de personajes y anécdotas. También omisiones. Solo el número se mantuvo invariable».



Trofeos y placas de bronce otorgados en los concursos Hemingway de pesca que se celebran en Cuba anualmente a principios de la primavera. (Instituto Nacional de Deportes. Educación Física y Recreación)



Operación Friendless Islas en el Golfo ERNEST MILLER HEMINGWAY
THOMAS HUDSON WINSTON GUEST (WOLFIE), segundo de a
bordo, oficial ejecutivo, millonario, atleta, dueño de una empresa aérea.
HENRY WOOD JOHN SAXON, telegrafista asignado por la embajada
norteamericana. «No muy alto —según Gregorio—, no muy rubio.»
Buen bebedor. Su transmisor no se rompía en tantas ocasiones como
ocurre en la novela. Conocía su aparato y lo armaba y desarmaba en
pocos segundos. Un tipo vivo para la acción. WILLIE, pero solo «una
ligera semejanza», según Baker. «No hubo ningún tuerto a bordo»,
afirma Gregorio. Pero el Willie de la novela sí lo es. «Tampoco era un
tipo odioso», añade Gregorio, aunque casi todos los personajes de la
novela se GREGORIO FUENTES ANTONIO, cocinero y piloto a la vez.
Hudson rechaza las bromas que le corren a Antonio por su doble
condición de marino y pinche. FRANCISCO IBARLUCIA (PAXTCHI O
PACHI), jugador de jai alai y contratista de la cafetería del Frontón.
Entrenador de Hemingway en este deporte. Falleció en México en los
años 50. ARA, «retrato directo», según Baker. Juan Dunabeitia (Sinsky o.
SIMbad el Marino) DINE, vasco fuerte. Cargaba de un envión toneles
de combustible de 100 libras. Gregorio lo recuerda como «un joven que
sufrió mucho en la guerra de España». JUAN en la novela; es probable

que Hemingway le incorporara características de Diñe. *Sin homólogos en la novela Sin homólogos en la realidad* FERNANDO MESA, exiliado catalán. camarero en Barcelona. «Pobre de físico, trigüeño, de unas 120 libras. Yo lo alimentaba», dice Gregorio. PETER, el radista odioso, que evidentemente no es un retrato del radista verdadero. LUCAS, cubano, «cuyos orígenes permanecen oscuros», según Baker. «Se portó muy bien con nosotros», según Gregorio. Era un práctico del puerto de Caibarién y sirvió de guía en la cayería de Camagüey. GIL GEORGE

81

El viejo en la derrota

La tercera parte de *Islas en el Golfo*, «En alta mar», relata la cacería de los submarinistas nazis náufragos. Se ha hundido un submarino y sus sobrevivientes intentarán acercarse a las costas cubanas. Al inicio del relato, Thomas Hudson y Antonio están en el puente del *Pilar*. Observan una playa que, por suposición, debe corresponder a cayo Guinchos o Jumentos y no ven por ninguna parte a los tortugueros. Una mala señal. Desembarcan en el cayo con el fin de aprovisionarse de agua y buscar algún rastro. Encuentran los cadáveres de los tortugueros y el de un alemán. Además, faltan dos barquitos. Thomas Hudson saca en conclusión: los náufragos se dirigen al sur. Es preciso capturarlos antes de que se internen en la cayería al norte de Camagüey y alcancen las costas de la isla y luego la Carretera Central. Esto significa un probable escape, porque, una vez en La Habana, los alemanes podrían ser introducidos en un barco español con rumbo a Europa.

La acción contra los alemanes comienza en un lugar impreciso, un cayo que no puede ser ubicado con exactitud, y termina con un combate en un canalizo que tampoco puede encontrarse, porque ese sitio no existe. Las otras referencias son reales. Al igual que Conrad, que alteró

el curso del río Congo en *El corazón de las tinieblas* para acomodarlo al ominoso viaje de Philip Marlowe, Hemingway varía la posición del islote de los tortugeros y el canal donde se registra el encuentro final de los nazis y sus perseguidores. No era la primera vez que Hemingway recreaba literariamente un paisaje. Sheridan Baker, en un ensayo acucioso, señala que no encontró en Petoskey el escenario que Hemingway describe en su cuento «El gran río de los dos corazones»; sobre todo, la tierra chamuscada, ya que nunca se había producido un incendio en esa región.

Hemingway describía con detallado realismo, pero su minuciosa descripción obedecía a necesidades internas de su relato y no a un deseo de captar literalmente una geografía determinada. Realidad y ficción se combinan para crear el arte hemingwayano.

Si se examina la carta náutica y si se recorren los canales que llevan a la gran bahía interior de Buena Vista, puede comprobarse que no existe un canalizo semejante al que aparece al final de *Islas en el Golfo*. Pasa Baliza es el único lugar probable para ubicar el sitio donde cae Thomas Hudson. Es un estrecho abierto entre el mangle, que lleva hasta un poblado costero, Punta Alegre, donde hay un central azucarero inmenso, con dos torres. Sin embargo. Pasa Baliza es un canal demasiado ancho y sin playas; no es un buen punto para tender emboscadas.

El archipiélago de Camagüey es un cayerío duro, de islotes desproporcionados e irregulares, como marcas de viruela en la cara de un mapa. Al norte, los cayos terminan en playas de plata, y, al sur, en el lodazal del mangle; los carboneros armaban las pirámides de sus hornos en el centro mismo del territorio, por lo que de noche un navegante no avisado podía confundir los cayos con un volcán. Thomas Hudson y su dotación de cazasubmarinos buscaban en este escenario a un enemigo invisible. «Vendremos alguna vez al terminar la guerra», dice Hudson en la novela. Casi 40 años después de la gestión bélica de Hemingway, Gregorio Fuentes, un fotógrafo y un escritor recorrieron la

zona, tomando *Islas en el Golfo* como carta náutica. Solo las construcciones de campaña de algunos puestos de guardafronteras y los escasos ranchos de pescadores alteran ahora el paisaje que contempló la tripulación del *Pilar*. Sin embargo, para quien lo visitó entonces el archipiélago si ha cambiado. «Está —dice Gregorio— aburrido.»

Gregorio regresó como invitado de honor. No tuvo que gobernar el barco ni preocuparse por los quehaceres de la cocina. Llevaba puesto su mejor traje y un sombrero de Panamá, muy a la moda de los años 40. Creyó oportuno cargar con su prótesis dental, por si se presentaba alguna ocasión solemne, pero no tuvo que utilizarla. Había llevado una maleta enorme, pesada, que Dolores, su mujer, le preparó con paciencia infinita: zapatos, calcetines, pañuelos, camisas de vestir, como si fuera a viajar al extranjero. «Pórtate bien y escribe», le había dicho a su esposo al despedirse en el portal de su casa de Cojímar. En cambio, las pertenencias del fotógrafo y el escritor —incluidos cámaras, películas, tabaco y ron— cabían en una pequeña mochila de plástico. Para ellos era un poco decepcionante que el viejo combatiente utilizara una maleta de esas dimensiones y contenido. «Vuelvo pronto», le había dicho Gregorio a su mujer. «No te preocupes demasiado.»

Cayo Romano en la derrota. El buque es una pequeña unidad de caza de guardafronteras, un antiguo yate de lujo convertido en nave de combate por obra y gracia de la guerra. En los primeros años de la revolución eran las únicas embarcaciones que podían competir con las lanchas veloces de la CIA. Se les instalaban ametralladoras calibre 50, se les daba una capa de pintura gris y se les enviaba a combatir. A Gregorio Fuentes esta historia le resultó absolutamente comprensible; él y el *Pilar* habían emprendido misiones similares durante los días de la guerra.

Para llegar a cayo Romano, el más largo del archipiélago y primera escala del itinerario, se cruzó por la boca de Punta Prácticos hasta alcanzar el faro de Maternillos, en cayo Sabinal. Después quedó

atrás cayo de la Guajaba, a unas cinco horas de navegación. A la altura de Romano, lugar donde en el siglo pasado se vendía muy buena carne de caballo a los comerciantes de la capital, se recorrió despacio el Canal Viejo de Bahamas. «Navegue con la puntita de los pies, que es un paso peligroso», recomendó Gregorio al timonel, un muchacho vestido con uniforme verdeolivo. La embarcación enfiló rumbo noreste.

El puerto de Nuevitas se alejaba por la popa. «No me había fijado antes en esas industrias», había dicho Gregorio en la ciudad, camino de la bahía. «Me está fallando la memoria.» Pero la memoria de Gregorio no podía recordar lo que no había existido en su época; esas industrias son de reciente construcción.

Cayo Romano surge ahora por una de las bordas del *Pilar* en las páginas de *Islas en el Golfo*:

Habían vivido por temporadas tanto tiempo a la vista de ese largo y extraño cayo lleno de jevenes y conocían tan bien una parte de él y habían penetrado allí, guiados por sus puntos de referencia, tantas veces, en malas o buenas circunstancias, que siempre lo emocionaba (a Hudson) avistarlo o perderlo de vista. Ahora estaba ante él, más pelado que nunca, sobresaliendo como un desierto con matorrales. Había caballos salvajes y ganado cimarrón y puercos jíbaros en ese gran cayo, y se preguntó cuánta gente habría tenido la ilusión de colonizarlo. Tenía colinas ricas en pastos y hermosos valles y excelentes zonas arboladas. Ya una vez había habido una colonia llamada Versalles, donde unos franceses habían hecho el intento de vivir en Romano. Ahora todas las casas de madera estaban abandonadas, excepto la única casa grande, y una vez, cuando Thomas Hudson entró allí a cargar agua, los perros estaban acurrucados junto a los puercos, que se habían enterrado en el barro, y tanto los perros como los cerdos se veían grises a causa del tupido manto de mosquitos que los cubrían. Era un cayo maravilloso cuando el viento del este soplaba noche y día. Entonces se podía caminar dos días seguidos con un fusil y se estaba en buena tierra.

Era un territorio tan virgen como cuando Colón llegó a estas costas. Pero en cuanto el viento amainaba, los mosquitos avanzaban en nubes desde los pantanos. Decir que venían en nubes no es metáfora. Venían realmente en nubes y podían desangrar a un hombre hasta matarlo. La navegación resulta complicada en la zona interna del cayerío, donde las cartas marcan regularmente zonas de apenas dos pies de agua. Si se tiene un accidente hay que arreglárselas como mejor se pueda, sin esperar ayuda, porque por allí ya no vive casi nadie. Al triunfo de la revolución estos cayos se despoblaron. Sus antiguos habitantes fueron a probar fortuna a tierra firme, donde las condiciones de vida eran cada día mejores. Solo en cayo Romano se mantiene habitado el pequeño caserío llamado Versailles. En él viven tres familias. En la punta del cayo hay una casa de madera, con techo de cinc. Ahí viven Alcides Fals Roque y los suyos.

La embarcación fondea a unos 100 metros de la playa, en un sitio nombrado Punta de Mangle. «La familia del viejo Fais debe de estar en la casa», dice el timonel del guardafronteras. «Tienen las redes caladas.» Y recorre el paisaje a través de unos Carl-Zeiss. «En aquella punta hay peje», dice sin despegar los ojos de los binoculares. Media docena de muchachos con uniformes verdeolivo, los tripulantes de lo que ellos llaman «el buque», observan en silencio la incomprensible actividad de Fuentes y sus dos acompañantes.

Aunque viajan en una unidad de guerra, las guerras se acabaron. Pero no importa. Se mantienen a la expectativa como si fueran a desenterrar un tesoro, a encontrar algo olvidado en esos cayos, algo tal vez definitivamente perdido que nadie había buscado antes. La novela de Hemingway era la carta secreta, la única referencia. Y estaban a punto de hallarlo. Pronto se encontrarían con el mundo perdido 40 años atrás, con los escenarios del viejo Papa. Gregorio estaba presente, pero era como un personaje más de la novela, absorto y deslumbrado en el filo de la frontera entre la realidad y la fantasía. «Gregorio, ¿se siente usted mal?», le preguntó el escritor. «No es nada, muchacho, estaba

dormido.» Tal vez había querido decir que estaba soñando.

Alcides Fals Roque vive en cayo Romano desde hace más de medio siglo, en la misma casa de maderas renovadas que fue creciendo en igual proporción a las necesidades. Agregó nuevas dependencias, habitaciones, según tenía hijos, y luego la siguió ampliando según sus hijos se fueron casando. Trabajó con las maderas del cayo, unos tablones porosos y astillados. Las hojas de cinc para el techo las compró en Nuevitas. Desde hace 15 años Alcides tiene un nuevo entretenimiento: embellecer las paredes de su casa con carátulas de revistas, en cromo y a todo color. Las primeras imágenes que adornaron la sala fueron las fotografías de Fidel Castro y Ernesto Guevara. Esta casa es la única que puede divisarse desde el Canal Viejo de Bahamas, incluso a la distancia de una milla náutica. Si se barre el litoral con los Carl-Zeiss del ejército, se pueden ver con nitidez los cocoteros del patio de los Fais y las estacas de madera enterradas en el agua, a modo de balizas. «Esa casa es todo un faro», sentenció Gregorio y volvió la vista al horizonte. Una bandada de gaviotas volaba de regreso a tierra firme.

82

«No importa si un hombre tiene un lugar adonde ir. No importa siquiera si ese lugar existe. En realidad, lo que duele al hombre es el recuerdo.» William Faulkner: *La mansión*
Gregorio se conserva mucho mejor que Alcides. Se entienden bien. Son pescadores. Gregorio está fuerte todavía. Tiene arrugas y la piel cuarteada, pero sus músculos siguen compactos: «Es que he pasado 70 años en el mar.» Pero el mar de Gregorio no es exactamente igual al mar de Alcides. Es un mar a bordo del *Pilar* y con el salario desahogado que recibía de Papa. Alcides es 20 años más joven que Gregorio, «pero estoy gastado, se me ha jorobado el esqueleto». Gregorio está bien vestido, con su gorra de béisbol que ha sustituido el sombrero de Panamá

impecable. Alcides tiene una gorra militar a la que le ha puesto un forro rojo en la visera. Gregorio habla con voz limpia, segura, a veces infantil; Alcides tiene la voz ronca, quebrada, como si se le trabara con algo en la garganta. Presenta con nombre completo y dos apellidos a cada uno de los miembros de su familia. Empieza por las mujeres y, luego del cumplido, cada una de ellas se va retirando hacia el fondo de la casa; unas a preparar una colada de café, otras a buscar agua de coco. Solo la esposa de Alcides se queda en la habitación, planchando unos pantalones recosidos.

—Nosotros estábamos por aquí hace muchos años, con un barco prieto que tenía dos varas largas salidas a los costados —dice Gregorio. Alcides entrecierra los ojos, buscando la imagen en su archivo personal de recuerdos. Gregorio repite:— Un barco prieto con dos varas.

—Pero ese barco no era solo de pescadores —dice Alcides—. Cómo no, lo recuerdo bien, un barco prieto que llevaba norteamericanos arriba.

—Ay, por Dios —exclama la mujer—, yo me acuerdo también; era una niñita entonces... —Se llama Zoila Marina. Su madre, nos cuenta, lavaba la ropa de aquella tripulación cuando tocaban Versalles.

Por aquellos años, Alcides, su esposo, era un muchachón que la enamoraba con cierto desenfado, y Gregorio era un hombre mayor. Un guerrero. Alcides y Zoila tienen 10 hijos. «Tres militantes del partido y un guardafronteras», precisa Zoila. Gregorio también recuerda que venía aquí con Winston Guest a traer la ropa. «Un americano grandote y colorado», corrobora Zoila. «Él traía el bulto de ropa.»

—¿Cuánto tiempo hará de eso? —pregunta Alcides con un poco de nostalgia.

Gregorio lo mira cara a cara.

—Un montón de años —dice. Las mujeres ofrecen el café.

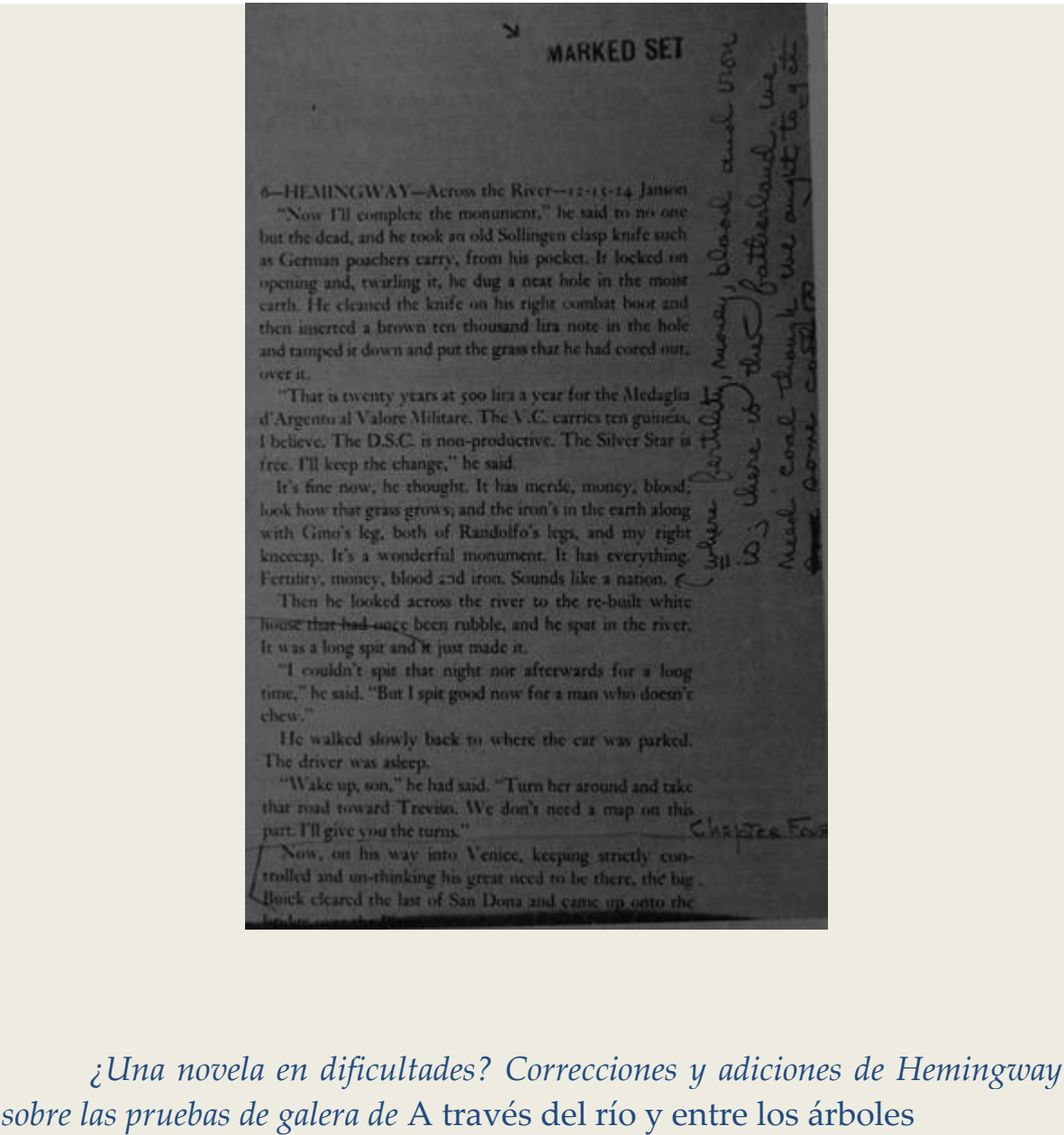
Gregorio deja su taza sobre la mesa.

—¿Usted no toma? —pregunta Zoila respetuosamente.

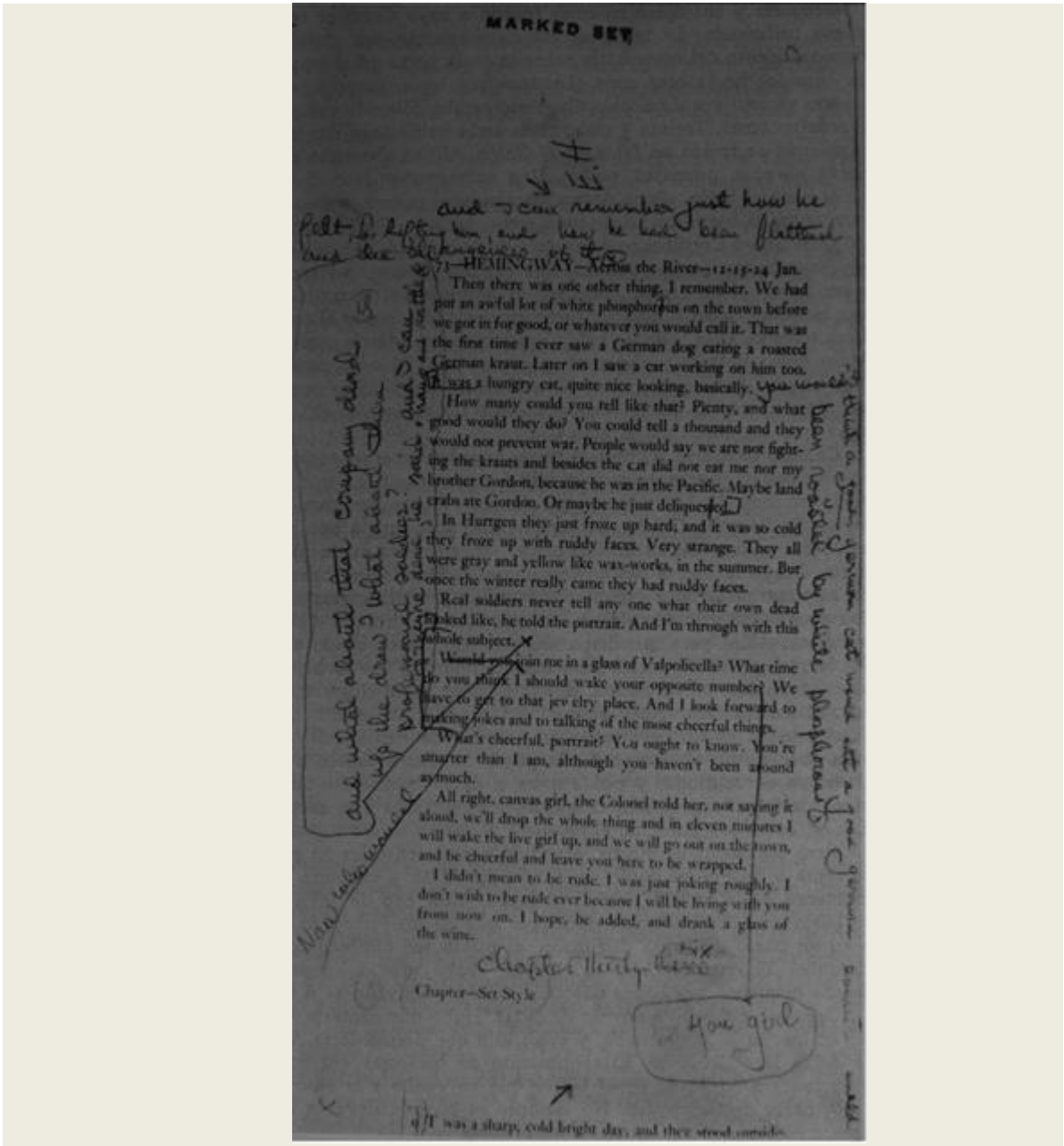
—Yo lo prefiero frío —responde Gregorio.

La nave de Thomas Hudson fondea en cayo Confites:

El sol quedaba a sus espaldas y fue fácil encontrar el primer gran paso entre los arrecifes y luego, casi rozando los bajíos y los cabezos de coral, llegar a la ensenada de sotavento. Había una playa arenosa en forma de media luna; la isla estaba cubierta de pasto seco de este lado y era rocosa y chata del lado de barlovento. El agua estaba clara y verde, y Thomas Hudson se acercó al centro de la playa y ancló con la proa casi contra la costa. El sol estaba alto y la bandera cubana ondeaba sobre la choza del radio y las construcciones auxiliares. El mástil de señales se veía desnudo en el viento. No había nadie a la vista y la bandera cubana, nueva y limpia, restallaba al ser batida por el viento.



¿Una novela en dificultades? Correcciones y adiciones de Hemingway sobre las pruebas de galera de A través del río y entre los árboles



Gregorio y sus acompañantes fueron a Cayo Confites bajo una espesa turbonada. La tarde se fue oscureciendo con rapidez. Un vigoroso viento del oeste batía sobre la costa norte y fue empujando los cúmulos hacia otra zona. Lástima que logró despejar el cielo cuando ya casi era de noche. Gregorio estaba sobre la cubierta del guardafronteras. Treinta y cinco años atrás había aquí una estación naval, que se recrea

en *Islas en el Golfo*. Allí se abastecía el *Pilar*, Había puercos, guanajos, pollos. Una embarcación llamada *La enviada* traía el hielo. «Papa desembarcaba aquí con un ánimo del carajo, como si fuese dueño de todo esto», asegura Gregorio. Pero en 1977, de aquel Confites solo quedaba el trazado de viejos jardines, hoy enyerbados. La playa donde una vez desembarcaran Hemingway y sus hombres ha cedido, dejando al desnudo las rocas. Gregorio está molesto, como si alguien fuera responsable de que el cayo perdiera terreno. Dice: «Antes había muchas matas. Ahora está pelado. Antes había palmas y ahora no queda ni una. El cayo está viejo.» Pero el cayo tiene siete pinos. Ni más ni menos. Fueron sembrados por Hemingway en 1943. «Cojones —dice Gregorio—, si el viejo supiera que sus pinos están aquí.»

Cuando Gregorio regresa al barco guardafronteras, añade: «Hubo una vez un mercante que encalló frente a Confites, que se convirtió en una de las marcas que teníamos para acercarnos a la costa.» Se llamaba *Colabí*. De aquel pecio solo queda una plancha metálica, porosa, difícil de identificar, abandonada en la playa desierta. Luego le dice a sus acompañantes: «Abaniquen, caballeros.» Es su sugerencia para espantar mosquitos y no llevarlos a bordo. Esa noche Gregorio fue el hombre más feliz del mundo. Le habían cedido un AKM para que disparara y le habían entregado el timón del buque guardafronteras, para que lo guiara. Y así lo hizo. Estaba conversador, en confianza, dueño y señor de la situación. Bebió ron. El teniente Humberto Pascual, jefe de la embarcación, le dijo: «Viejo, usted es un barómetro, un marino de verdad. Se pasa la vida observando el tiempo. Se le puede confiar el barco a ciegas. Usted es desconfiado, y por eso va a durar mucho.» «¿Como los pinos de Papa? —pregunta Gregorio, y se ríe solo y se responde—. Eso es, como los pinos de Papa.»

Pero esa noche se mostró ofendido porque en *Islas en el Golfo* se toma a broma su doble condición de piloto y cocinero. En un momento de la novela, Willie, el lejano alter ego de John Saxon, se burla de esto. Considera impropio que en un buque de guerra, o en un barco de cierta

distinción, el piloto sea también cocinero. Entonces Thomas Hudson le riposta: «Sabe más del manejo de barcos pequeños que todos nosotros juntos, incluyéndote a ti.»

Gregorio conocía la novela de oídas. Hubo que contarle las partes en que se le mencionaba, y explicarle que donde decía Antonio, se debía leer Gregorio. El sentimiento de bienestar era completo para todos a bordo de aquel buque que navegaba a la altura de la costa norte de Camagüey. No siempre es posible llevar a un personaje literario al escenario de su historia.

Gregorio Fuentes desembarcó nuevamente al día siguiente en el faro de Paredón Grande, de color amarillo y negro cuadriculado. En la novela, Antonio va en busca de información. Ahora lo vuelve a hacer: «Esto está igualito, compadre. Si acaso aquella casita al fondo es nueva.»

El faro alumbra una zona de mucha navegación del Canal Viejo de Bahamas. En la época de la aventura de Hemingway tenía instalado un foco de 1 000 watts que alcanzaba 35 millas. Ahora, abarca unas 15 millas más, pues posee un foco de 1 500 watts.

Sobre la puerta de entrada del faro hay un triángulo a modo de inscripción que reza: «Año 18.», pero las últimas dos cifras son ilegibles, y debajo dice: «Diego Velázquez». El faro tiene 120 años. Pero durará 100 años más, según los técnicos. Es de hierro. «El de Matemillos tiene la escalera de bronce, y los pasamanos, y parece de oro», recuerda Gregorio. «A Papa le gustaba el agua de aljibe que tomábamos aquí en Paredón Grande, y le gustaba ir a Maternillos. Pero no todo fue viento en popa y a toda vela. Recuerdo que entre Media Luna y Guillermo nos varamos.»

A esto responde el teniente Pascual, conocedor de estos parajes: «Sí, lo más seguro es que se hayan varado allí.»

Es cierto que encallaron. La experiencia se utilizó en *Islas en el Golfo*. El episodio se describe con una mezcla de frustración y de alivio:

Desde que vararon se había sentido, en cierto modo, salvado. Cuando vararon, había sentido el pesado y sordo topetazo del barco como si él mismo hubiera sido golpeado. Enseguida supo que el lugar no era rocoso. Pudo percibirlo en las manos y a través de las plantas de los pies. Pero la encalladura había sido para él como una herida personal. Luego vino la sensación de tregua que trae una herida. Seguía teniendo la sensación de esa pesadilla y de que todo había ocurrido antes. Pero no había ocurrido de este modo y ahora, varado, sentía la tregua momentánea. Sabía que era solo una tregua, pero se relajó lo mismo.

Hemingway describe Media Luna como un cayo alegre, que le proporcionaba felicidad. Thomas Hudson toma el cayo como punto de referencia para guiar su nave hacia la Pasa de Contrabando, un estrecho canalizo con profundidad suficiente para llevar su nave y solo conocido por los pescadores. Hudson buscaba con sus binoculares la quilla de un barco semihundido, un pecio, de los tantos que abundan por allí, cuando chocan con la llamada *retinga*, o el *seco*. En los mapas, el pecio está marcado. Cuando llegaron, a bordo del buque, Gregorio Fuentes, el fotógrafo y el escritor no lo hallaron, por más que lo buscaron con los Carl-Zeiss. Era la primera inexactitud de la novela. Gregorio y el escritor fueron en un bote de remos a recorrer la zona. Gregorio iba remando. Se alejaron del guardacostas, dieron media vuelta —como se indica en la novela—, pero sin éxito. Gregorio no recordaba. «Ya se lo dije: la memoria me está fallando.» Los remos de Gregorio chocaron con unos hierros y el escritor se lanzó al agua. Na era profunda. La arena blanca y finísima. Vio entonces una viga de acero, una caldera, pedazos de barcos a flor de agua, invisibles a primera vista. Treinta años pueden ser mucho tiempo, incluso para un casco viejo. «Ya yo se lo había dicho: si Papa lo dice en su libro póngale el cuño que es verdad.»



Joe Russell (flecha) brinda con Hemingway a bordo del Anita, la lancha de Harry Morgan en Tener y no tener. El barco está atracado en el antiguo muelle de San Francisco, ahora Sierra Maestra Número Dos. El lugar se conserva igual en la actualidad. El edificio que se ve detrás es la Aduana.



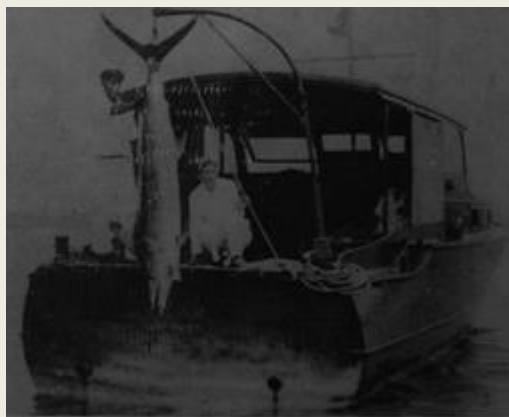
Hemingway con Joe Russell y otras personas no identificadas, en sus primeros viajes de pesca a la costa norte de Cuba, hacia 1932. Unos dicen que el lugar se parece a la costa de Jaimanitas y otros que probablemente sea en Boca de Jaruco.



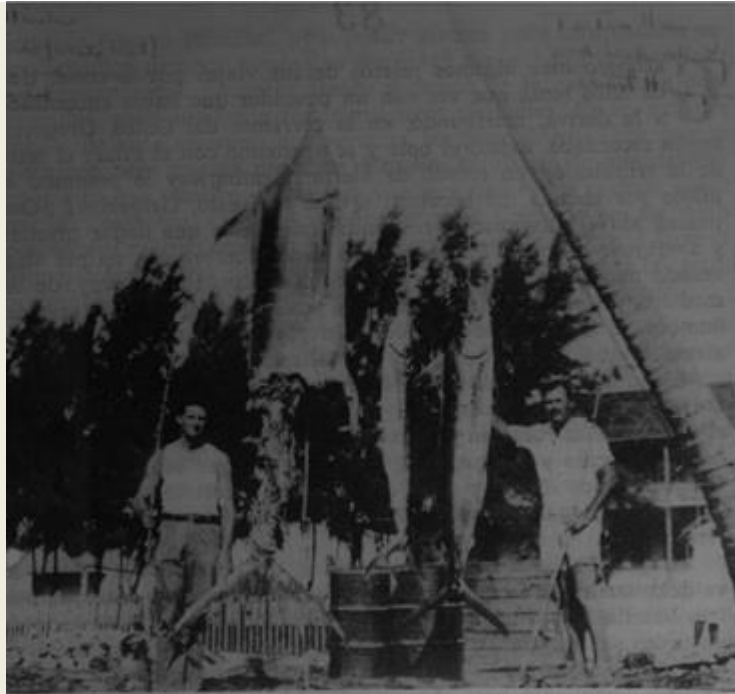


Humphrey Bogart es Harry Morgan; Lauren Bacall, Marie.

La acción se desarrolla, en La Habana y Key West, pero el filme se realizó en Martinica. La novela es Tener y no tener, pero la melodramática versión filmica de William Faulkner y Howard Hawks solo respetó el título original.



Carlos Gutiérrez y Pauline Hemingway con un casterito a bordo del Pilar durante sus primeras campañas de pesca, hacia 1934.



Con Tom Heeney, campeón británico de los pesos completos, probablemente en Bimini a principios de los años 30. El castero de Heeney ha sido mutilado por los tiburones. Debió haber pesado entre 700 y 800 libras. Hemingway ha capturado un castero mucho más pequeño (blue marlin) y un pejeblanco (aguja blanca: white marlin). De puño y letra de Hemingway: «13 feet, 11 inches/ 500 pounds/ what's left/ your guess as good as ours what he weighed/; To Tom Heeney/ Good Luck Always/ Ernest Hemingway» (trece pies, 11 pulgadas/ 500 libras/ lo que dejó/ quién sabe o que pesaba completo. A Tom Heeney/ que siempre tengas buena suerte).

83

GREGORIO hizo algunos relatos de sus viajes por la zona. Uno de ellos tenía que ver con un pescador que había encontrado a la deriva, moribundo, en la corriente del Golfo. Gregorio, según recordaba, avistó el bote y se aproximó con el *Pilar*; el resto de la tripulación en estado de

alerta. Hemingway le preguntó al piloto por encima del hombro: «¿Qué será esto, Grigorine? ¿Qué pasará ahí?»; Gregorio le respondió que había que llegar primero y averiguar después. Encontraron a aquel hombre con un pie atravesado por un peje, «una aguja», según creían. Hemingway, de inmediato, proporcionó una botella de whisky porque los dolores del hombre se hacían insoportables. Un pie atravesado y sin recibir atención médica durante horas, bajo el sol, en un bote sin gobierno.

El punto más cercano era Nuevitas, a unas 100 millas de distancia. En el bote tortuguero, no había posibilidad de llegar. En el *Pilar*, por su volumen y tripulación, tampoco. Hemingway se viró hacia Gregorio y preguntó: «¿Qué tú crees que se pueda hacer?» Gregorio dijo: «Me voy en el auxiliar por el interior de la cayería. Trataré de llegar en unas 10 horas.» «Andando, Grigorine», dijo Hemingway.

Gregorio sube a bordo del auxiliar, un botecito con motor, lo va desamarrando; le montan al herido. Hemingway le entrega otras tres botellas de whisky. La primera el hombre se la ha tomado de un tirón, sin respirar, y lo ha dejado *groggy*. «Ese hombre necesita beber», aprueba Hemingway. «No tiene alternativa.» Todos son bebedores de aguante, pero observan con admiración cómo ese hombre coge la botella en sus manos, con el rostro contraído por el dolor, y se la bebe de un tirón.

Gregorio toma el rumbo de la cayería con el hombre medio adormecido. Ahora recuerda los ojos vidriosos del herido, su descontrol. La única medicina que tiene a bordo son las botellas. Se va quejando y adormeciéndose más y la pierna cada vez más hinchada. Gregorio le ofrece más whisky. Ahora no se lo toma de un tirón, sino a sorbos, aunque grandes, y Gregorio, que también necesita de un poco de combustible para navegar, lo ayuda un poco. No queda una gota y han lanzado las botellas por la borda cuando se avista el muelle de Nuevitas. Hay una ambulancia del ejército norteamericano esperando. Los del *Pilar* avisaron «por fonía» unas diez horas antes.

Montan al hombre en la ambulancia. Pero antes el pescador ha tenido tiempo de alargarle la mano a Gregorio como muestra de agradecimiento.

Desde aquel entonces Gregorio no había vuelto a Nuevitas. La conversación se encamina hacia los destinos de los viejos pescadores de la época de la guerra. Un oficial de guardafronteras propone visitar a uno de ellos.

Miguel Montenegro Roque es un hombre de 80 años. Navegó por la zona donde deambulaban los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial, pero puede ofrecer poca información sobre aquellos tiempos porque su senilidad no le permite coordinar los pensamientos. Entonces, desde el fondo de la casa, viene otro pescador, para atender a los imprevistos visitantes. Es un hombre sólido, de baja estatura, que arrastra los pies. Cojea. Dice que lo disculpen pero que no esperaba a nadie. El oficial de guardafronteras dice que estaban dando una vuelta y que se les ocurrió pasar por allí, solo eso. Que acá, señalando para Gregorio, es un viejo pescador y marino que estuvo por esa zona en la Segunda Guerra Mundial y que está dando una vuelta con los periodistas (el fotógrafo y el escritor) para «un documental» sobre aquella época.

José Roque, de 63 años, al que llaman Felo, se sienta con cierta dificultad a causa de su cojera. Se queja: «Ah, esta artrosis en mi rodilla.» Luego dice que él es un viejo nuevitero, pescador por esos años, pero se lamenta de que la pesca no es igual, porque los quelonios —los careyes— están disminuyendo. «Eso es verdad —confirma Gregorio—, la pesca ha bajado mucho.»

—El problema es que se está utilizando un hilo que es una maravilla —dice Felo Roque—. Hilo caprón, español. Peje que lo toca, peje que se jode.

—Es que se pesca mucho —dice Gregorio. Está hablando y, como

siempre, parece mucho más joven que los otros pescadores.

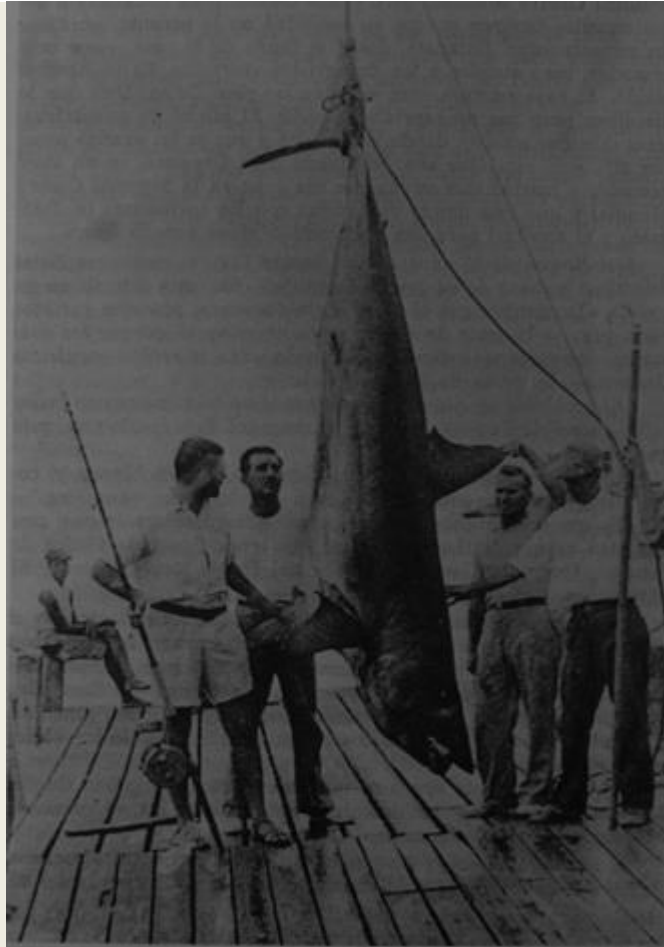
—Es que son muchos los pesqueros. Antes había solo dos, tres o cuatro pesqueros. Los pesqueros esos eran Punta de Piedra de Sabinal, Punta de Ganado, Aguada del Inglés, cayo Romano, El Mangle, otro en el cayo Guajaba.

Estos eran los pesqueros a la altura de los cuales navegaba el *Pilar* en su aventura antisubmarina. Ellos tomando su ron y sus tragos y sirviendo o intentando servir de carnada para capturar alemanes, mientras los humildes pescadores del norte de Camagüey se mantenían en su labor permanente. «Se coge mucho», dice Felo Roque. «El peje se agota. Se cogen hasta los huevos de los quelonios.»

Roque recuerda la época en que pescaba en la Segunda Guerra Mundial: «Vendíamos la libra de concha de carey a 40 centavos. Muy barata. Nada valía nada.»

Se le pregunta sobre las características de un bote tortuguero, de los que navegaban por la zona al principio de la década del 40. Hemingway, en su novela, especifica que el esquife capturado por los alemanes era un bote tortuguero.

—Bueno, el tortuguero era un barquito de vela, pero de una sola vela. No es un barco de máquina. El *Canario*, de Alcides Fals, era uno de esos. El tortuguero es un barco todo abierto, sin corredores. Más cómodo para trabajar por todas las bandas. Se le hace caminar a vela y remo. Uno puede recobrar. Enredamos la presa en el paño. Con las redes. Calamos la red, desde el canto del veril hasta cerquita del arrecife: 200, 250 brazas de red, y llevamos una cajita de cristal para ver.



Hemingway captura uno de sus primeros dientes azules (se reconocen por el tamaño pequeño de sus aletas pectorales). Este pesa unas 300 libras. Hemingway anotó con lápiz en el reverso de la foto: «Curved snaggle teeth show pretty well here. Weight of fish has distorted tail.» (Los dientes curvos e irregulares se ven bien aquí. El peso del pez ha torcido la cola.) Carlos Gutiérrez aparece con un bichero en las manos. Puede ser en Key West, Cojímar o Bimini, hacia 1928 ó 1930.



Hemingway captura un caster o de alrededor de 500 libras. Tiene en las manos una vara Tycoon de bambú prensado, muy de moda en su época. Con Carlos Gutiérrez, muelle de Key West, Cojímar o Bimini, hacia 1928 ó 1930.



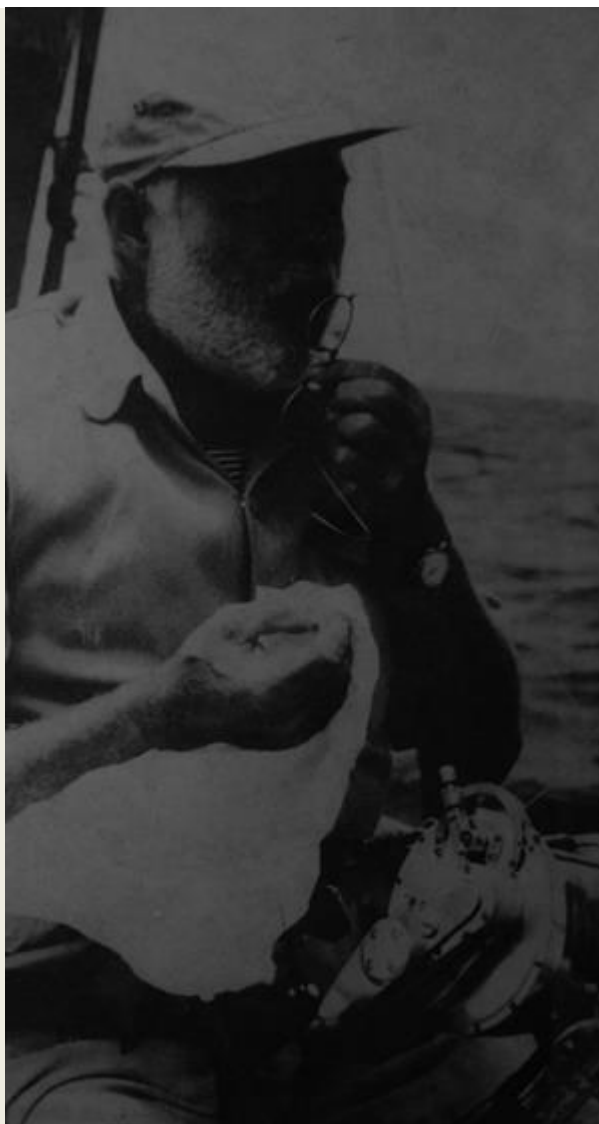
Hemingway en la popa del Pilar, probablemente atracado en el muelle del Club Internacional de La Habana, en la década del 50.



Ernest y Mary en el puente volante del Pilar. Bordean las costas cubanas, probablemente a la altura de Jijira, entre Jaruco y Santa Cruz, hacia fines de los años 40. (Roberto Herrera Sotolongo)



Gregorio captura un peto de peso extraordinario, 82 libras, y Hemingway hace tomar una fotografía donde anota este récord.





Hemingway y Gregorio a la altura de Cabo Blanco, Perú, en 1956, pescando el castero de la película El viejo y el mar en el Pacífico: un black marlin o castero del Pacífico. Hemingway, ayudado por Gregorio, está ajustando el treno de un carrete Finor para la pesca al curricán de grandes especies.

»Uno trataba de coger vivo el animal. Los más chiquitos pesan entre 40 y 50 libras. Pero los hay de entre 200 y 400 libras. Por lo menos, la tortuga y la caguama. La caguama es de concha oscura y muy fina. La

tortuga es pintada, muy fina también. El carey es más nervioso, pero lívido.

»Mi bote tenía 18 pies de eslora y una tercera de ancho. Un solo palo. Una vela de botalón. Le amarraba el palo para trabajar. Sin ancla, por supuesto. Y sin caseta. Y uno bajo el sol. Vivíamos en el pesquero. No llevábamos cocinita a bordo. La red se echa nueve días. Se usaba cáñamo español, y luego un algodón muy malo. Vivíamos en una casita de saco. Cocina de carbón o leña en el cayo. Comíamos arroz, pescado, carne de quelonio y café. Un poco de ron para regular el cuerpo.

Es un buen momento para que Gregorio descorche una botella. La abre, diestro, con una cuchilla. Comienzan a beber.

—Y usted, ¿pescaba también por esta zona? —pregunta Roque.

—Pesca, lo que se dice pesca, no. Yo estaba en una misión.

—¿Qué tipo de misión era esa?

—Estábamos en una misión científica —explica Gregorio—. Teníamos un barco prieto que hacía investigaciones científicas.

—A lo mejor ustedes se toparon alguna vez por ahí —aclara el escritor.

—Yo vine por acá en un barco negro... el *Pilar*.

—Un barco prieto —dice Roque y mira insistentemente a Gregorio—, un barco prieto y fuerte. Un barco ancho, con dos varas por las bandas, que parecían dos pelos de langosta. Un barco lleno de americanos, con un patrón que era de Islas Canarias. Un tipo fuerte que era millonario. Y otro rojo, barbudo, que le decían El Americano.

—Ese era mi barco —dice Gregorio—, Y yo era el canario.

—Ah, carajo —dice Felo Roque—. Ay, cojones —dice—. La puta

vida —dice—. Así que eran ustedes.

—Hace 40 años que nos fuimos. Toda una vida. Y usted se acuerda.

—Ustedes —dice Felo Roque—. Un día aparecieron por ese horizonte, y otro buen día, meses después, desaparecieron.

—Yo iba todos los días a bordo de su bote. ¿No se acuerda de un muchacho medio achaparrado, un poco feo, pero fuerte, al que usted le regalaba la pesca del día? Ese era yo.

—Era usted... —dice Gregorio. Y confiesa con sinceridad—: La verdad que no me acuerdo de su rostro.

—Era yo —dice Roque—, Y tuve un compadre llamado Vicente el Andaluz... ¡Si él estuviera aquí! Él decía que tenía una deuda eterna con ustedes. Porque uno de los suyos le salvó la vida. Lo llevó navegando por todo el interior de la cayería hasta que lo dejó en Nuevitas para que le arreglaran un pie.

—Fui yo —dice Gregorio—. Yo llevé a ese hombre a Nuevitas. ¿Dónde está Vicente el Andaluz?

—Ah, carajo. Cojones —dice Felo Roque—. Déjeme saludarlo, por Dios. —Y los dos se levantan, se estrechan la mano—. Vamos a tomar un ron... Si Vicente lo hubiese visto, caray.

—¿Ya no navega?

—Está con Dios hace algunos años. Era ya un hombre viejo cuando usted le salvó la vida. Murió hace como 20 años.

—¿Qué era lo que le había pasado?

—Una lebisa le atravesó el pie, como un clavo. Yo venía recogiendo cabo, venía solo, cuando vi su botecito, parecido al mío,

pero a la deriva, sin nadie que se viera a bordo, hasta que me le acerqué y lo vi en el fondo del bote, con los ojos *desorbitados*, inyectados en sangre, la boca espumeante del dolor. Logró explicarme que una lebisa, una raya, le había atravesado el pie de un coletazo. Yo le dije, aguanta, Andaluz, espérate a que venga el barco de los americanos, que es un yate muy bueno. Vienen muy bien preparados, con una cantina bajo proa. Yo tengo amistad con ellos. «Ve a buscarlos, carajo», me dijo. Pero cogí un rumbo donde ustedes no estaban. Fue el mismo Andaluz quien se los tropezó.

La referencia a la cantina le hace gracia a Gregorio, y le dice que no era una cantina (bar) exactamente, sino la cocina, aunque, eso sí, muy bien abastecida.

El Andaluz salvó el pie. Le estaba muy agradecido a Gregorio.

—Todas las tardes yo iba a bordo de su barco. Me regalaban los pejes.

—Usted bebía poco —le dice Gregorio.

—Sí, poco. Yo le contaba a Montenegro lo del barquito y lo bien que me trataban. Nunca vi armas a bordo.

—Es que se trabajaba bien —dice Gregorio con orgullo.

—Pero me acuerdo del vino que traían en aquellos pellejos. Me brindaban de ese vino. Recuerdo los pellejos colgando en cualquier parte del barco. Me acuerdo de ese barco. ¡Cómo no voy a acordarme!

84

Hay un pasaje de gran vuelo, o de alta política, en el que todo podría indicar que Hemingway estuvo comprometido. Pero los cabos, todo

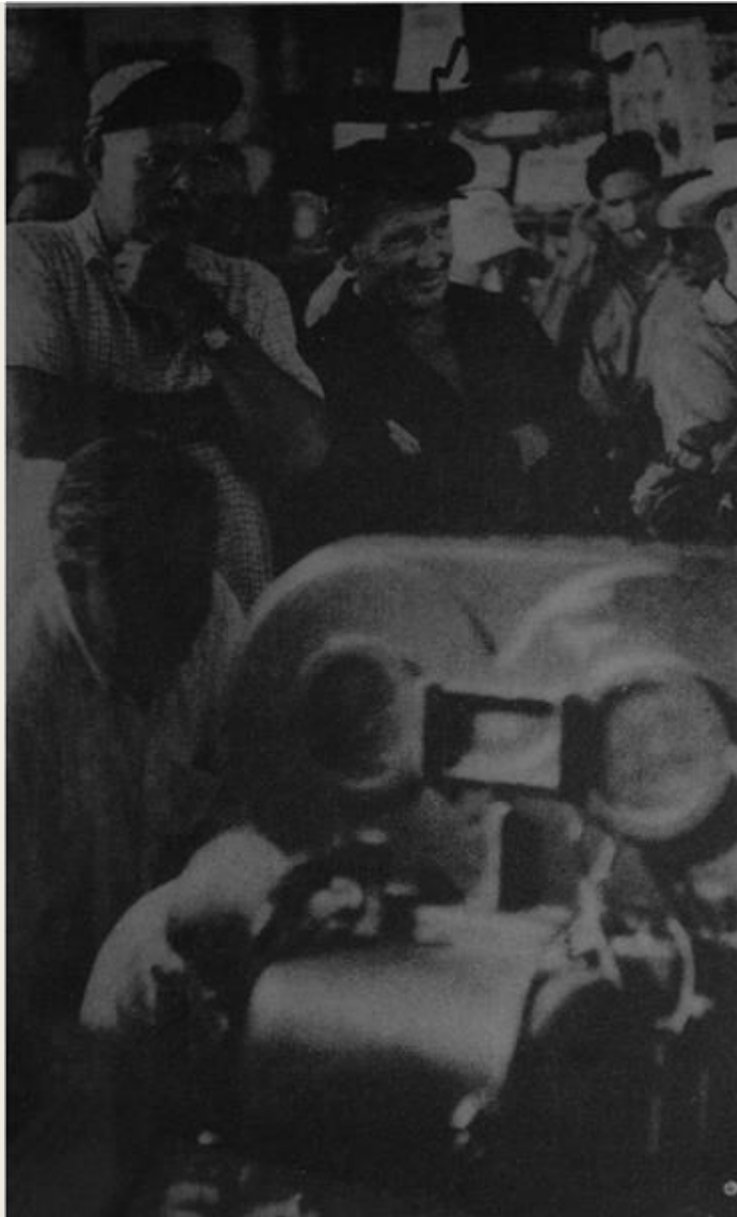
parece indicarlo también, quedarán sueltos para siempre. El único testigo es Gregorio Fuentes, quien recuerda haber recibido de Hemingway una llamada telefónica desde Estados Unidos a fines de 1958: «Grigorine, prepara el yate para mañana por la mañana. Espérame en el Club Internacional.» Al otro día, en efecto, cinco hombres se bajaron de un automóvil que los había traído desde el aeropuerto de Rancho Boyeros: Hemingway, dos soviéticos y dos norteamericanos. Abordaron el yate, y Hemingway dijo: «Vamos, Grigorine, vamos mar afuera.» Según el relato de Gregorio, uno de los soviéticos era Anastas Mikoyan; el otro era el traductor, y los dos norteamericanos, senadores ambos. Hemingway participó en la conversación, aunque solo parcialmente: iba y venía, y ayudaba a servir los tragos. Gregorio, con su discreción acostumbrada, estuvo todo el tiempo al timón. Regresaron a La Habana por la tarde. Los cinco hombres abordaron nuevamente el automóvil, rumbo a Boyeros. «De esto a nadie», le indicó Hemingway a Gregorio.



Tirando el chinchorro para coger carnada. El lugar no ha sido identificado.



Gregorio Fuentes sustituyó a Spencer Tracy en esta escena de El viejo y el mar. Hemingway se empeñó en que la gente de Cojímar participara en la película para que pudiera ganar algún dinero.

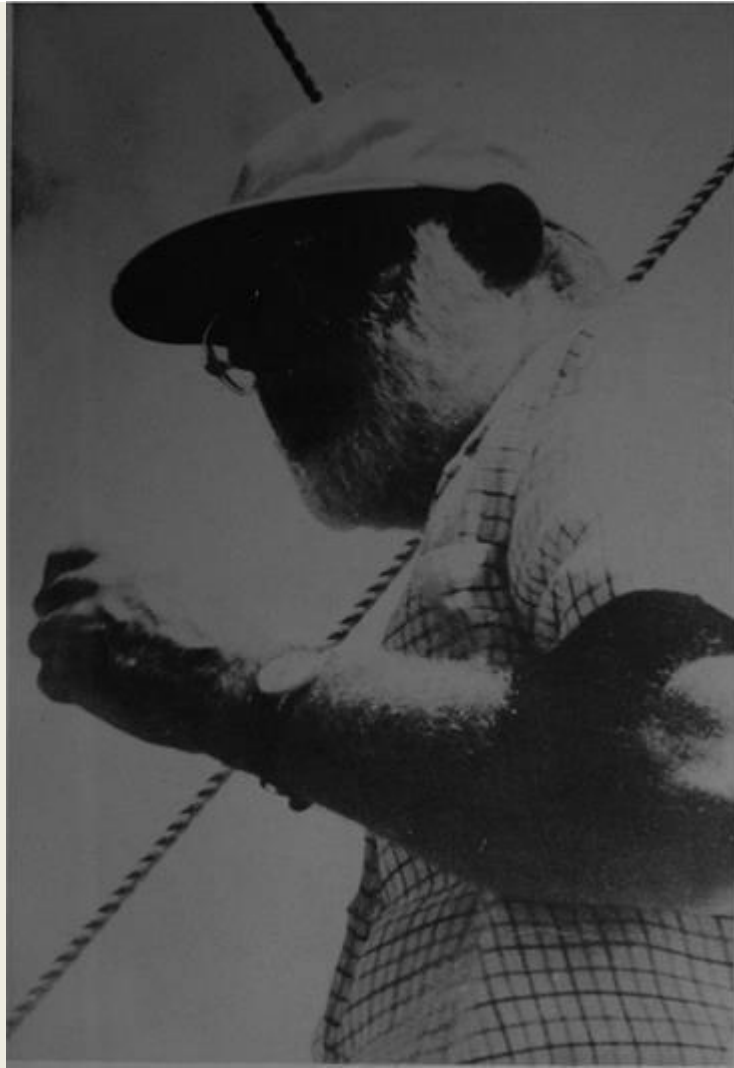


Hemingway y Spencer Tracy (flecha) en Casablanca durante la filmación de El viejo y el mar. (Look Magazine)



*En el proceso de filmación de la película, en La Terraza de Cojímar.
Detrás, el «viejo» Ramírez, uno de los pescadores veteranos de este pueblo.
(Henry Wallace)*





En estas páginas y las que siguen: Ernest Hemingway supervisa la pesca de la aguja para El viejo y el mar. Le entregaba una pistola de señales a cada uno de tres pescadores, para que cuando capturaran un pez grande le avisaran y él pudiera acercarse con el Pilar, que traía las cámaras a popa, y así poder filmar las escenas correspondientes. Hemingway cargaba cada pistola y se pasaba el día en esa actividad; sin comer y sólo tomando vodka con naranja o piña. Septiembre de 1955. (Raúl Corrales)









El yate de Hemingway atraca en Cojímar. La glorieta que se ve cerca del malecón fue donde se erigió el busto de Hemingway un año después de su muerte. (Raúl Corrales)

Debe especificarse ahora que el relato cabe perfectamente dentro del cálculo de las posibilidades de aquel entonces, bajo el gobierno de Batista en los años 50. Que aterrizara un avión y cinco de sus pasajeros

fuesen directo al Club Internacional, para irse de pesca y sostener una conversación archisecreta a bordo del buque de Hemingway, anclado solo a 90 millas de las costas de la Florida. Ya había guerra en la Sierra Maestra, en realidad ya estaba casi ganada, y Hemingway se había declarado partidario de los fidelistas, pero *esto* era otra cosa.

En 1974, cuando el autor de esta obra entró en contacto con Gregorio Fuentes, le hizo una pregunta rutinaria sobre la visita de Anastas Mikoyan a Cuba, la visita pública de 1960, que todo el mundo conoce, y el resto salió a flote. Gregorio dijo: «Sí, Mikoyan estuvo por *segunda* vez a principios de 1960.» «Por primera vez, usted querrá decir. La segunda vez fue en el transcurso de la Crisis de Octubre de 1962.» «No, esa de la Crisis de Octubre fue su tercera visita a Cuba. La primera visita nos la hizo en 1958.» ¿Una visita secreta con dos senadores norteamericanos en la que Hemingway es un testigo parcial o, por lo menos, un anfitrión de la máxima confianza?

Alexis Eisner y Kashkin hablaban con orgullo de la visita que Mikoyan había hecho a la casa cubana de Hemingway, pero se referían a la que se inició el 4 de febrero de 1960. En *How It Was* y en otros libros hay bibliografía abundante sobre esta visita. Pero la primera, la que dice Gregorio...

En enero de 1977 el autor cursó dos cuestionarios a Anastas Mikoyan, entonces jubilado, con 82 años de edad; uno de ellos trataba sobre su visita como primer dirigente soviético que viajaba a Cuba, y la historia de las relaciones entre Cuba y la URSS. El segundo cuestionario se concentraba absolutamente en sus relaciones con Hemingway. La pregunta número 5 (de 15 que comprendía este segundo cuestionario) decía: «Gregorio Fuentes, capitán de la embarcación de Hemingway, que actualmente reside en Cojímar, me ha informado que usted visitó a Hemingway y estuvo a bordo de su embarcación antes del triunfo de la Revolución Cubana. ¿Podría ampliarse esta información?» Pero no se pudo ampliar, porque el segundo cuestionario quedó sin respuesta. Mikoyan murió un poco más tarde, el 21 de octubre de 1977.

Que no respondiera a esta pregunta puede exaltar la imaginación y hacer que el silencio se tome como una tácita aceptación. De cualquier modo debemos consolarnos con algunos fragmentos de sus respuestas al primer cuestionario, del que se saca en claro que, en verdad, a fines de 1958 se encontraba en Estados Unidos. Hay como una especie de broma en la respuesta siguiente:

En enero de 1959 tuve la oportunidad de ver con mis propios ojos cómo entraba en La Habana el Ejército Rebelde encabezado por Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara, cómo el pueblo saludaba a su líder, Fidel Castro... No, claro que no, entonces yo no estaba en Cuba. Me encontraba en Estados Unidos, realizando un recorrido por distintas ciudades. Ocurría que después de un fatigoso día, me sentaba frente al televisor para enterarme de las noticias sobre Cuba. Y sobre Hemingway, un poco más adelante:

Nuestro avión IL-18 tomó rumbo a Cuba a finales de enero de 1960. Este era el primer vuelo, y todavía ignorábamos que daría inicio a un puente aéreo entre nuestros países. Antes del vuelo y durante el mismo estuve leyendo algo sobre Cuba; lo poco que se pudo conseguir en aquella época. Incluso leí algunos libros de Hemingway, entre ellos los que se referían especialmente a Cuba. Pero lo que más quería conocer era sobre la actualidad de este país.

85

Los Angeles Times
10 de noviembre de 1974

EL HOGAR DE HEMINGWAY AHORA ES EL REFUGIO DE UNA ESCRITORA

Por William Stimson

La casa donde Ernest Hemingway murió en 1961 y donde su viuda aún vive parte del año es una sencilla vivienda color rojo de dos pisos que se alza solitaria al final de una carretera de campo y una larga y polvorienta vía que conduce a ella. En su interior todo permanece como en vida del escritor; su aspecto no defraudaría a los lectores de Hemingway. Piel de animales con ojos de vidrio yacen en el piso y cubren los muebles. Encima de la gran chimenea de piedra se encuentran las cabezas disecadas del impala —casi estableció un récord— que Hemingway mató y un kudú cazado por su esposa Mary cuando estuvieron en África a principios de los años 50. A ambos lados de la gran chimenea hay grandes libreros que contienen las últimas ediciones de las obras de Hemingway. En una esquina una pintura al óleo muestra al escritor con una barba canosa y expresión seria, que mira caviloso a través de la habitación, donde, desde un ventanal, se dominan las montañas Sawtooth, de Idaho.

The New York Times
31 de enero de 1975

LOS DOCUMENTOS DE HEMINGWAY AHORA PUEDEN SER CONSULTADOS EN UN AMBIENTE QUE NO REFLEJA SU VITALIDAD

Por Robert Reinhold

En un ambiente antiséptico aparentemente antagónico con el novelista y aventurero de poderoso físico e intenso vivir, se van a poner a disposición de los investigadores los despojos literarios de esa figura colosal y, a la vez, enigmática, conocida por Ernest Hemingway. Una vez fumigados, limpios, procesados químicamente, clasificados e introducidos en una hilera de 25 pies de cajas metálicas grises; se han reunido aquí casi todos los documentos que componen el patrimonio literario y fotográfico que dejó el gran escritor, lejos de sus lugares favoritos en los trópicos y en Europa. Hoy, 13 años después de poner fin a su vida de un perdigonazo, una primera parte de los documentos de Hemingway se ha puesto a disposición de los investigadores en la sede temporal de la biblioteca John F. Kennedy. Fueron entregados por la viuda de Hemingway, Mary, quien vive en Nueva York y es la

testamentaria del patrimonio. Mary personalmente recuperó estos materiales de lugares tan diversos como Ketchum, Idaho; La Habana, Cuba; y la trastienda del bar Sloppy Joe's, en Key West, Florida... Pero no todo se encuentra aquí. Una notable omisión es *Garden of Eden* (El jardín del Edén), una novela inédita, escrita en 1946, que Carlos Baker, el biógrafo de Hemingway de la Universidad de Princeton, ha descrito como «extraña» y «plagada de ineptitudes». La señora Hemingway, una celosa guardiana de la reputación de su mando, no la entregó. Tampoco serán puestas a disposición de los investigadores sus miles de cartas personales y los manuscritos de sus cuentos y artículos publicados en periódicos y revistas.

86

Había un barcito discreto. Estaba en la azotea del hotel Ambos Mundos. Ernest Hemingway veía allí caer la lenta noche sobre La Habana de 1934 frente a un vaso de whisky. Solía detenerse también frente a la ventana del quinto piso del hotel, desde donde podía observar La Habana Vieja, la Plaza de la Catedral y los tejados parejos de una parte de La Habana. Atrás, un pedazo del puerto. Este es el paisaje fragmentado que está descrito en la crónica «La pesca de la aguja a la altura del Morro».

Ahora, frente a la azotea y a la ventana hay un enorme edificio que cegó el paisaje e hirió de muerte la arquitectura colonial.

Marcelino Piñeiro era el camarero que atendía la habitación 525, donde se hospedaba Hemingway. Después de la muerte del escritor, Piñeiro conservó en el cuarto algunos tomos gigantescos y apolillados de una vieja edición de *El Quijote* que perteneciera a Hemingway. Arreglaba a menudo la antigua cama de caoba y sacudía el polvo de una mesa de trabajo vacía. Abajo, a la entrada, en la calle de Obispo una placa informa que en la década del 30 vivió allí el autor de *El viejo y el mar*.

Por esa fecha, 1934, el escritor cubano Fernando G. Campoamor conoció a Hemingway. El cubano se carteaba ya con Faulkner y con Dos Passos. Un día se presentó en el Ambos Mundos y le dio un abrazo a Hemingway. Fue su compañero en el barcito y en esos atardeceres. Hicieron una amistad de más de 20 años.

Campoamor recuerda que uno de los amigos más importantes de Hemingway en esa época era el boxeador Kid Tunero. Al autor de *Adiós a las armas* le impresionaba la conducta caballeresca y gentil del coliflorista cubano. «Es un tipo decente y elegante», comentaba Hemingway por lo bajo. «Nunca dio un golpe de más. Dominaba a sus contrincantes, pero no abusaba.» Campoamor conserva una foto de Kid Tunero en la sala de Finca Vigía. Está oliendo una flor.

Frente al Ambos Mundos había otro punto de referencia muy importante en la vida cubana de Hemingway: la Casa Recalt. De sus almacenes se abastecía de bebidas Finca Vigía y, según recuerda Gregorio Fuentes, fue allí donde Hemingway y Joe Russell adquirieron grandes cantidades de bebidas para llevarlas a Estados Unidos en la época de la prohibición.

87

En la habana vieja, junto a la Plaza de la Catedral, los cubanos tienen el santuario del ron. Tres generaciones de artistas han pasado por allí. Es un sitio incómodo, caluroso, pero que en la controvertida Habana de los años 50 podía restarle clientela al lujoso cabaret Tropicana.

Las fotografías y las firmas de miles de parroquianos tapizan las paredes; un golpe de vista es suficiente para descubrir el autógrafo de Salvador Allende junto a un poema de Nicolás Guillén en el que se enaltecen las cualidades del establecimiento cerca de una instantánea del cosmonauta Romanenko próxima al facsímil de un artículo sobre el

local publicado en *Vogue* a la diestra de la firma de Ingmar Ibsen (un turista sueco) colocada encima de un dibujo de Roberto Matta.

Es un lugar donde el espíritu y la materia se dan un abrazo fatal y definitivo. Se llama la Bodeguita del Medio. La fundó Angel Martínez, quien llegó a La Habana a finales de los años 30 con un talento especial para los negocios y dispuesto a convertirse en el hombre «de mayor *cultura de oído* en el mundo». Uno de sus clientes, Ernest Hemingway, apareció por la Bodeguita en los años 40 acompañado por Paco Garay, un inspector de aduana cubano que estaba casado con una norteamericana y se dedicaba a exportar periquitos a Estados Unidos. Es un lugar común afirmar que en esa época Hemingway dijo la frase que hoy preside la mítica barra del establecimiento: «Mi daiquirí *in* el Floridita. Mi mojito *in* la Bodeguita.» No obstante, el inefable Fernando G. Campoamor afirma que el escritor «jamás pisó la Bodeguita».

Campoamor dice que el letrero es solo un reclamo publicitario que él mismo inventó para ayudar a su amigo Martínez cuando era propietario. Pero Margaux Hemingway, nieta del escritor, en su viaje a La Habana en 1978, confesó que Martínez y la Bodeguita eran nombres legendarios para su familia. Después del triunfo de la revolución, Martínez entregó el negocio al gobierno, y ahora es su gerente.

Así que Martínez sigue con su historia. Recuerda que Hemingway «le temía a la compañía de la soledad». Y dice que «debemos atraerlo para nosotros, los cubanos, aunque realmente era un *pesao*». Martínez tiene lo mejor del refranero popular criollo para definir al escritor norteamericano: «era un saco de mandarrias». Es decir, un tipo difícil.

Angel Martínez dice que él le contó a Hemingway el origen del trago que inmortalizó a la Bodeguita: el mojito. Es un coctel que incluye ron, azúcar, hielo, agua y hierbabuena. Según Martínez, el inventor del trago fue el pirata Francis Drake. Por eso, en sus inicios, esa mezcla se llamaba *drake*. «Era un enfermo a los aromas», le decía Martínez a

Hemingway en sus visitas a Finca Vigía. Hemingway escuchaba en silencio este relato y preguntaba: «¿Drake estaba enfermo? ¿Enfermo por los aromas?»

Hubiera sido una foto formidable para colocar en las vitrinas de la Bodeguita: Francis Drake, Ernest Hemingway y Angel Martínez exaltados por varias rondas de mojitos. No tenemos esa foto. Pero, a falta de ella, la administración del establecimiento exhibe una de Hemingway rodeado de otros amigos menos conocidos. Se supone que sea el único testimonio gráfico de la presencia de Hemingway en la Bodeguita. Aunque en realidad la foto fue tomada en una de las barras del *Ile de France* al regreso del escritor a La Habana en 1954 después de su segundo safari africano.

88

EL HABANERO que en los años 30 frecuentaba la populosa calle de Obispo, podía encontrar en cualquier tramo de las nueve cuadras que separan el hotel Ambos Mundos del Floridita a un personaje singular. Se trataba de un norteamericano de unos 30 años, corpulento y distraído, que caminaba rumbo al bar con la resignación de quien cumple un deber; llevaba unas zapatillas deportivas y una camisa de algodón. Lo que detenía el paso de los habaneros y provocaba más de un comentario jocosos era su empeñamiento en llevar una bermuda desteñida que en otro tiempo fuera de un riguroso caqui militar. En el trayecto Ambos Mundos-Floridita, Hemingway universalizó un mito: el daiquirí. Los cubanos tenían otras armas para enfrentar los calores del trópico, pero el escritor prefería el coctel nevado del señor Constante.

Este paisaje de La Habana Vieja, las caminatas del escritor y la existencia del Floridita permanecieron invariables durante una década.

Fue la instalación de un poderoso aparato de aire acondicionado en el vecino bar Pan American lo que pareció marcar el comienzo del fin del Floridita. La inauguración del Pan American data de 1948 ó 1949, fecha imprecisa en el recuerdo de sus antiguos clientes. A todas luces, fue el primer bar de Cuba que contó con un equipo de esta naturaleza. Antonio Meilán, uno de los más antiguos barmen del Floridita, recuerda que su clientela se mudó rápidamente para el refrigerado Pan American: «La gente decía que los tragos que aquí se preparaban eran deliciosos, pero que el calor resultaba insoportable. Teníamos ventiladores de grandes aspas negras en el techo, pero los remolinos despeinaban a las señoras.»

Llegó el momento, pues, en 1948 ó 1949, de que el señor Constante, propietario del Floridita, rompiera con la tradición, con la costumbre arraigada, por lo menos durante un par de siglos, en este tipo de establecimiento cubano. Durante mucho tiempo insistió en mantener el Floridita con sus puertas abiertas. Las bodegas y los bares cubanos habían consistido hasta entonces en largas barras de madera oscura muy cerca de las aceras (el mostrador clásico de las barras criollas) y por detrás un pasillo para que los barmen trabajaran y, detrás de ellos, las bien provistas, alacenas en las que rutilaban dos o tres centenares de botellas de diversas marcas y bebidas. Esto era lo que ocurría en el Floridita: se abría y cerraba por medio de grandes cortinas metálicas que se enrollaban y, cuando estaban arriba, todo el espacio quedaba abierto; era como estar en la calle y, a la vez, bajo techo. La costumbre debe ser española, aunque en Cuba proliferó y adquirió características propias. Era habitual que en casi todas las cuadras hubiese una tienda de víveres llamada bodega y que tuviera una barra. En otros casos, como el del Floridita, solo había la barra. Se bebía de pie, aunque la mayoría tenían altas banquetas de madera, en cuyos travesaños los parroquianos podían acomodar sus pies.

Cuando Constante aceptó la instalación del sistema de aire acondicionado, puso una condición a los técnicos: «Bien, instalen ese

aparato maldito, pero me dejan el local abierto.» Hubo que explicarle la imposibilidad técnica de semejante requerimiento. Constante utilizó sus argumentos y tuvo algunas curiosas teorías sobre el hielo y la posibilidad de mantener «una cosa fría». No por gusto él había sido el «creador» del daiquirí, considerado hasta hoy como la bebida más refrescante y propicia para Cuba y para cualquier país con un calor igual. «Lo importante del hielo es el desafío. Es aquí, en esta isla, donde el hielo adquiere personalidad.»

Antonio Meilán, el barman veterano, recuerda con precisión que cuando comenzó a trabajar allí, el 30 de octubre de 1939, ya Hemingway era el cliente más importante. No sabe con exactitud si Hemingway estaba en su banqueta aquel día, o si en ese momento estaba en España, pero si que había en ese lugar dos personas importantes: Constante y Hemingway.

«A Hemingway pareció interesarle poco la instalación del aire acondicionado en el Pan American. Se mantuvo fiel al Floridita.» Mas puede que se haya sentido afectado por el hecho de que hubiese, que cerrar el local con paredes de cemento, porque es evidente que Hemingway gustaba de la expansión y de las posibilidades que esas puertas abiertas significaban. Fueron muchas las ocasiones en que dirimió problemas con sus puños en este local, y el hecho de que no hubiese paredes le daba cierta libertad de acción y la posibilidad de lanzar a la calle a sus contrincantes. Las paredes cerradas le impidieron seguir actuando así. Volvió a tirar algunos otros piñazos. Pero nunca fue igual. Porque había que salir afuera y ya eso enfriaba la sangre.

89

Lisandro otero, el escritor, recuerda que cuando era un joven estudiante reconoció a Hemingway una tarde en su banqueta. Hemingway concentrado en una lectura. Fue a presentarse y la respuesta que recibió

fue un jab que logró esquivar y que lo hizo sentarse nuevamente en un lugar distante. Hemingway, después del jab, había dicho algo así como que no se debía interrumpir a un escritor cuando estaba concentrado. Pero más tarde se hizo cargo de la cuenta de Otero y lo invitó a Finca Vigía. Eran típicas esas declaraciones admonitorias de Hemingway: «un escritor no debe ser interrumpido». (Había algunas variantes. Utilizaba frases que parecían artículos constitucionales: «Cuando un hombre bebe, nadie tiene derecho a molestarlo.»)

Correcciones de Hemingway sobre un relato suyo, «Night Before Battle» («La noche antes de la batalla»), publicado en Esquire, febrero de 1939.

around Chicote's bar in Madrid

ERNEST HEMINGWAY

• FICTION •

hell
 has
 little
 out
 it,
 if it
 and
 and
 ub-
 red
 of
 low
 to
 but

red-colored beetles bustling in the trees and spitting tiny flashes and the men behind them were toy men who lay flat, then crouched and ran, and then dropped to run again, or to stay where they lay, spotting the hillside as the tanks moved on. Still we hoped to get the shape of the battle. We had many close shots and would get others with luck and if we could get the sudden fountains of earth, the puffs of shrapnel, the rolling clouds of smoke and dust lit by the yellow flash and white blossoming of grenades that is the very shape of battle we would have something that we needed.

to Chicote's in the A
 cheerful and excited
 and I thought well
 street alone, all my
 I was alone and the
 knew we had been to
 could see the offensi
 known it all day but
 by hope and optim
 how it looked now, I
 other blood bath lik
 ple's army was on t
 it was attacking in a
 one thing: destroy i
 gether now

noisy now. Remember that
 met you in New Orleans
 I was on a ship and we
 to have a drink in the
 one bar and that kid that
 just like Saint Sebastian
 ting people with that funny
 ke he was singing and I
 m a quarter to page Mr.
 job."
 it's the same way you said
 el Campo."
 b," he said. "I laugh every
 think of that." Then he
 a. "You see, now, they're
 htened of tanks anymore.
 is. We aren't either. But
 still useful. Really useful.
 with the anti-tank now
 so damn vulnerable. May-

and vat?"
 "All right. But don't you start
 taking care of me or thinking I'm
 worried or anything because I'm
 not. I'm just tired and I wanted
 to talk. And don't give me any
 pep talk either because we've got
 a political commissar and I know
 what I'm fighting for and I'm not
 worried. But I'd like things to be
 efficient and used as intelligently
 as possible."
 "What made you think I was
 going to give you any pep talk?"
 "You started to look like it."
 "All I tried to do was see if you
 wanted a girl and not to talk too
 wet about getting killed."
 "Well I don't want any girl to-
 night, and I'll talk just as wet as I

poutneany, but I'm
 "He is a good
 "I've known him f
 "He seems like
 said. "But he ough
 himself politically.
 The room at t
 crowded. They w
 gramophone and
 smoke and there w
 going on the floor,
 coming in to use t
 the room smelt
 dirty uniforms, a
 the bathroom.
 The Spanish g
 olita, very neat, de
 with a sort of fal
 with much jovialit
 and closely set co
 ting on the bed

*chief men way
is there x*

*and I couldn't do
with her if I had*

Now, ^{Poem To Miss Mary} Mary, you can face it
and face it in your
window-hood -
That where we've gone we've
always been,
So all the things that we
we seen ⁷ The brown, the yellow and the
seen - ⁷ were small, and big and
un-precise, or very clear and quite precise
But they were very, very
nice, And crawled on us like
country lice,
until we rolled them off
with dice,
That came from anywhere.

Poema manuscrito de Hemingway sobre las guardas de un ejemplo de la novela *El hombre del brazo de oro*, de Nelson Algren.

Now anywhere a lovely place,
For members of the human race
in which race
IF your dues are paid)
You carry, always, your own
spade.
a Spade is good and kind
and sweet
yet it can cut sufficient
deep.
So sleep well, darling,
Sleep well, please,
and know that I am
at my ease.
Ritz Hotel - 26/11/49 -

En el caso de Lisandro Otero, la experiencia no le reservó más que una frustración. Hemingway fue el paradigma de su época estudiantil y lo había encontrado a dos metros de distancia, en una barra, solo, escribiendo una nota. «Fue como si me encontrara con Dios», dice ahora con ironía. «Y fui a decirle que yo era estudiante y que me parecía muy bien todo lo que había escrito. Porque entonces me parecía muy bien, que *todo* estaba bien. Y cuando me acerco para darle las buenas tardes, él me responde con ese gesto.» Otero no estaba solo, y tampoco era un hombre delgado y desvalido, sino todo lo contrario. Lo acompañaba un

amigo, un atleta, que dijo: «¿Pero qué carajo le pasa al viejo borracho este?» Otero hizo un acopio de paciencia, y él y su amigo se fueron a comer a otro salón del Floridita. Luego supieron que Hemingway había convidado. Cuando se marchaban, el viejo hizo un ademán y los saludó, incluso intentó una explicación: «Es que la gente viene y lo interrumpe a uno, y uno que está concentrado...» Luego le dijo a Otero: «¿Usted no sabe dónde yo vivo, en San Francisco? Lléguese allí una tarde.»

Ese mismo domingo, Lisandro Otero llegó al portón de Finca Vigía. Al portero le explicó que era un estudiante que había conocido a Hemingway días atrás en el Floridita. «Bueno, no iba a decir que era el tipo que él había querido aporrear.» Ahora no recuerda cómo se estableció la comunicación desde la entrada de la finca con la casa, separadas por unos 300 metros de camino. Si era mediante un magneto, un teléfono o un intercomunicador. No recuerda que mandaran a nadie a pie para dar el recado. Pero sí que Hemingway le ordenó subir enseguida. Hizo los 300 metros a pie y llegó al lado del aljibe, cuando Hemingway, que estaba dentro de la casa, lo vio llegar y cruzó la sala hasta el portal para saludarlo. Había una fiesta, o algo semejante en Finca Vigía. La sala estaba llena de gente «casi todos norteamericanos», y había un trío español cantando flamenco. Hemingway utilizó algunas frases de cortesía y le dijo a Otero que esa era su casa y que podía sentirse a gusto y que, con su permiso, iba a atender a otros invitados. Pasó René Villarreal vestido con una filipina y con una bandeja en la mano. Le sirvió un whisky en la roca. Transcurrió media hora y Otero decidió que aquel no era su lugar y, sin despedirse, se alejó de Finca Vigía. Casi 20 años después, Otero era uno de los más prestigiosos escritores revolucionarios y escribía un ensayo sobre Hemingway en el que enaltecía los valores literarios y políticos del «americano» y contaba la anécdota del Floridita. Seguía considerando a Hemingway como un paradigma de escritor y a Lady Brett, de *Fiesta*, como uno de los grandes personajes femeninos de toda la literatura.

Juan David tiene una anécdota similar, reveladora de esta faceta de arrepentimiento «por malas acciones» del carácter de Hemingway. Y, en la anécdota, Hemingway aparece tomando tragos otra vez, aunque no en el Floridita, sino en un cafetín de La Habana Vieja, cercano al Floridita. David se encontraba hablando con unos amigos y en una mesa cercana estaban sentados Hemingway y «una dama». El restaurante era El Templete —en la actualidad sirven pollo en lugar de mariscos— y el día, David lo recuerda con exactitud, era el de la capitulación de Alemania, o sea, el 9 de mayo de 1945. La dama era Mary Welsh. Un retratista ambulante apareció en escena. Comenzó un dibujo de Hemingway sin que este se percatara, lo terminó en unos minutos, y se acercó a la mesa para ver si podía ganarse algún dinero; habitualmente estos artistas callejeros se buscaban unos dos pesos por esta clase de trabajo en La Habana de entonces. Interrumpió la conversación de Hemingway con Mary y dijo: «Coopere con el artista cubano.» Hemingway miró aquello —unos trazos rápidos e inseguros a lápiz, y unos borrones, sobre un pedazo de papel— y el estupor se reflejó en sus ojos, pero solo unos instantes. Entonces cerró el puño sobre el papel y lo aplastó contra la mesa; lo estrujó entre las dos manos, lo tiró al piso y le espetó al hombre: «Mi hijo los hace mejores.» Pero el vituperado artista, que miraba con tristeza el destino de su obra, se le fue «por abajo» en su respuesta: «Pero su hijo tiene dinero para pagarse los estudios. Si yo hubiese tenido dinero, sería otra clase de artista. Lo poco que sé lo aprendí solo.» Salió de El Templete, y con él se fue el apetito del Señor de las Letras Norteamericanas. Roto el interludio con Mary Welsh y el festejo del día de la capitulación. Hemingway, recuerda David, le preguntó si conocía a aquel hombre. David respondió que «vagamente». Hemingway fue a buscarlo. No lo encontró. Más tarde sacó un billete de 20 pesos y le dijo al capitán de El Templete que se los diera al pobre artista apenas regresara otra vez por allí. También le pidió disculpas a través del capitán.

David piensa que la reacción de Hemingway fue motivada por el hecho de que no le gustaban los dibujos. David hizo media docena de

caricaturas de Hemingway que aparecieron en las más importantes publicaciones cubanas: «Nos encontramos a menudo pero nunca me dijo una palabra, un solo comentario. No le gustaban las caricaturas. Bueno, no por gusto tuvo aquella pelea con Massaguer.»

90

De La Piña de Plata al Floridita

La tienda de bebidas se llamó La Piña de Plata en sus orígenes. Casi un siglo después le cambiaron ese nombre fastuoso. Se fundó en una ciudad que recordaba la figura de una rueda dentada, según los entrantes y salientes de la muralla que la cercaba y defendía, al estilo de los burgos en Europa; Avila de España, Nancy de Francia y Turin de Italia.

La población (85 000 habitantes) no cabía en el perímetro amurallado de la ciudad y el resto creció como una villa marginal. Por las puertas de la muralla de piedra entraba y salía a diario un doble tránsito de muchedumbre en carretillas, carretas y carretones, en coches o a pie. La población de intramuros se alimentaba con los productos agropecuarios acarreados desde las estancias y huertos de extramuros, y ninguna entrada y salida fue más importante que las puertas de Montserrate, donde entroncaban las calles O'Reilly y Obispo.

Frente a sus puertas se aglomeraban los peatones y, según los cronistas, «en la esquina de Obispo y Montserrate se sabía todo lo que pasaba y todos los que pasaban junto a la fachada de una bodega llamada La Piña de Plata». Era una taberna estratégica, donde «el viajante caía en una celada cordial para pasarse por la garganta vinos y aguardientes». En sus rústicas mesas y mostradores alzaban copas ciudadanos de todos los pelajes. Se trataba de un típico bodegón colonial donde los caballeros de bombín y casaca apuraban la ginebra

compuesta, el aguardiente de guindas o el vermut «voluntario», mientras que las damas, bajo la seda de sus sombrillas, aguardaban en el quitrín o la calesa por los vasos rebosantes de agua de panales, sorbetes o jugos de frutas.

Hacia 1820 se consigna la inauguración de La Piña de Plata; en esa fecha hace ya 10 años que en Cuba se ha iniciado «la era de hielo» (el primer cargamento de hielo entró en La Habana en 1810, en sorbeteras, desde Boston). Al introducirse este importante elemento, las frutas licuadas y congeladas en refrescos y sorbetes se implantaron como una costumbre en el clima sofocante del país. La fusión de mangos, chirimoyas, nísperos, guayabas, marañones, canisteles, plátanos, anones, tamarindos, caimitos, melones y piñas, con su repertorio de batidos, horchatas, cremas y helados, «abrió una brecha en los prejuicios que cercaban los derechos de la mujer». Claro, hubo que hacer algunos cambios en la arquitectura de lugares como La Piña de Plata y alterar bastante la fachada de los toscos bodegones. Desde entonces, en La Piña de Plata y en otros salones de confituras, «tomaron asiento las criollas para degustar libremente, tras discretas persianas o mamparas que permitían pasar la luz de la galle».

Es en el período de la primera intervención militar norteamericana (1898 – 1902) que La Piña de Plata cambia su nombre por El Florida, de acuerdo con el gusto de los nuevos regentes de la política y la economía cubana. También son otras las costumbres que se introducen. Comienzan a imponerse los cocteles. El establecimiento rebautizado por los usuarios quedó como «el» Floridita. En mucha de la bibliografía hemingwayana aparece con el artículo femenino, «la» Floridita.

Un cantinero —luego se les llamaría barman— ingresó en el Floridita en 1914. Constantino Ribalaigua, un catalán rebautizado por los clientes (Constantino se convirtió en Constante), pasó a ser propietario gracias a ciertos ahorros. Se supone que haya llegado a Cuba antes de 1902, cuando se proclamó la independencia del país,

porque se había acogido a una ley promulgada en aquel entonces mediante la cual todos los extranjeros que así lo solicitasen serían considerados ciudadanos nativos del país. Tuvo su casa en Bernaza No. 1 y todavía hoy sus antiguos empleados lo recuerdan como un *gentleman*.

Pero el edificio continuó siendo el mismo; los arreglos se hicieron sobre la antigua estructura. Surgió así el estilo del Floridita: una especie de neoclásico criollo, con columnas y armazón de madera, una estructura fornida y grandes espejos detrás de la barra. Fue el ambiente en que se reunían en los años 40, invariablemente a las 12 del día, las personalidades más importantes de la sociedad cubana y algunos políticos. Era el lugar idóneo para citarse y hablar de negocios.

(La arquitectura del Floridita de aquel tiempo concluía con una especie de mostrador independiente —llamado «vidriera» en Cuba— que se encontraba en la parte de afuera de los bares; estos mostradores de forma más o menos cuadrangular se cerraban dejando un mínimo espacio en su interior donde se sentaba un hombre, generalmente el dueño de la vidriera, con un inmenso tabaco en la mano y las manos cargadas de joyas. Vendía tabacos, cigarros y billetes de la lotería, y tomaba apuestas para las charadas. Era un departamento importante del Floridita y de todos los bares cubanos, pero poco apreciado por Hemingway que no fumaba ni jugaba a la lotería.)

Constante ganó fama rápidamente como un maestro en su oficio y Hemingway lo consideraba el número uno. «Su trabajo es una ceremonia de pulcritud», dijo. Constante llegó a inventar 150 recetas, acentuadas con ron, azúcar y frutas cubanas. Pero su creación magistral, sin lugar a dudas, es el daiquirí, el cual, según Fernando G. Campoamor, el antiguo amigo de Hemingway y ahora titulado «historiador del ron cubano», a partir de Constante obtuvo un puesto fijo en los manuales del oficio. Hemingway tuvo algunas palabras elogiosas para esa bebida y para esa limpia barra de caoba, donde se desarrolló una de las más largas escenas de toda su obra literaria. «La

bebida no podía ser mejor, ni siquiera parecida, en ninguna parte del mundo», dice del daiquirí en *Islas en el Golfo*. En otra oportunidad dice de Thomas Hudson: «Bebía daiquirí doble helado, el grandioso daiquirí que prepara Constante, que no sabía a alcohol.»

En la edición de diciembre de 1953, *Esquire*, reseñando los siete bares más famosos de la época, comentaba:

El bar Floridita, en La Habana, Cuba, es una institución de integridad en una ciudad que por obtener turistas ha corrompido la idea de lo que debe ser un bar honesto... Es una institución donde el espíritu del hombre puede ser elevado por la conversación y la compañía. Es una encrucijada internacional. El ron, necesariamente, domina, y como en el caso de muchos grandes bares, el estímulo de la presencia de un hombre famoso presta una atmósfera especial, una sensación de amistosa filosofía por la bebida: al residente cubano Ernest Hemingway... se le puede encontrar fácilmente, rodeado de toda una corte, y cuando no se encuentra en persona existe un recuerdo seguro de él en una esquina, en forma de un busto. *Esquire* lo comparaba entonces con el Rafles Bar, de Singapur; el hotel Shelbourne, de Dublin; el 21 Club, de Nueva York; el Ritz Bar, de Londres; el Ritz, de París, y el Pied Piper Bar, en el Palace Hotel de San Francisco.

En la década del 30, sin que sea posible precisar la fecha, pero en alguna de sus andanzas o deambulares por Obispo («Esta era la calle por la que había caminado mil veces, de día y de noche. No le gustaba recorrerla en auto porque así terminaba muy pronto», se comenta de Thomas Hudson), o por la paralela, O'Reilly («una de las calles que amaba»), Hemingway se establece como cliente del Floridita. En una esquina del bar hizo su rincón amistoso, actuando como una especie de anfitrión para personalidades de los más diversos matices y profesiones, cubanos y extranjeros. Y también a veces como púgil.

Floridita

La historia del Floridita recoge el tránsito por La Habana de la mayoría de las celebridades que conoció el país hasta fines de los años 50; un centro de atracción que, a mediados de los años 60, se desplazaría a la Bodeguita del Medio. Hemingway, sin duda, contribuyó al prestigio del Floridita. Un poco después de recibir el Premio Nobel, sus amigos adornaron con un busto suyo la esquina donde Hemingway mantuvo su tertulia. Después que el Floridita fue estatalizado, los camareros y personal de la administración del restaurante prohibieron durante años que el público se sentara en la banqueta de Hemingway, justo debajo de su escultura.

Fernando G. Campoamor dice que «da tristeza ir al Floridita». Se muestra burlón cuando comenta que hasta hace muy poco estaba prohibido sentarse en la silla de Papa. Afirma que él dijo a los nuevos administradores que ya era hora de desmitificar este lugar. Y darle una verdadera utilidad. «No es que hubiese una cuerda o una cadena, como en los museos, que impidiera el paso, sino que prohibían sentarse allí.»

Era la primera esquina de la izquierda —casi parece que nos referimos a un cuadrilátero— donde Hemingway se sentaba. A veces ocupaba una de las mesas o iba al restaurante, aunque no lo hacía con frecuencia.

Fue allí, en esa esquina, según el relato de Campoamor, donde Papa inventó el daiquirí Special, o Papa Doble, o Hemingway Special, o con un nombre que no se menciona casi nunca pero que cautiva mucho más y que parece haber sido el nombre original utilizado con agrado por Hemingway: «Daiquiri a lo salvaje».

La diferencia es el azúcar. El daiquirí y cualquiera de los tragos que Hemingway tomara tenían el azúcar prohibida. Existe la especie de que él nunca le ponía azúcar a sus tragos para mantener un control de su diabetes, padecimiento que se le ha endilgado, aunque su médico Herrera Sotolongo asegura que Hemingway no tenía esta enfermedad. Según la teoría sustentada por el escritor, si el gas de un refresco o agua de Seltz sube el alcohol al cerebro, el azúcar activa el alcohol, y lo enrarece. En una frase simpática de *Islas en el Golfo*, mientras Thomas Hudson se afeita, dice: «Por Dios, yo no tomo azúcar ni fumo, pero obtengo placer de lo que este país produce.» Se refiere al excelente alcohol cubano de 90 grados, alcohol de caña, con el que se limpia la barba recién afeitada. Era (y sigue siéndolo) tan barato en Cuba como infernal el alcohol para friegas en Estados Unidos, según Hudson. Pero Hemingway no solo utilizaba los alcoholes cubanos para afeitarse; con un poco de mayor refinamiento se obtenían de ellos los rones criollos, que en su época resultaban también muy baratos.

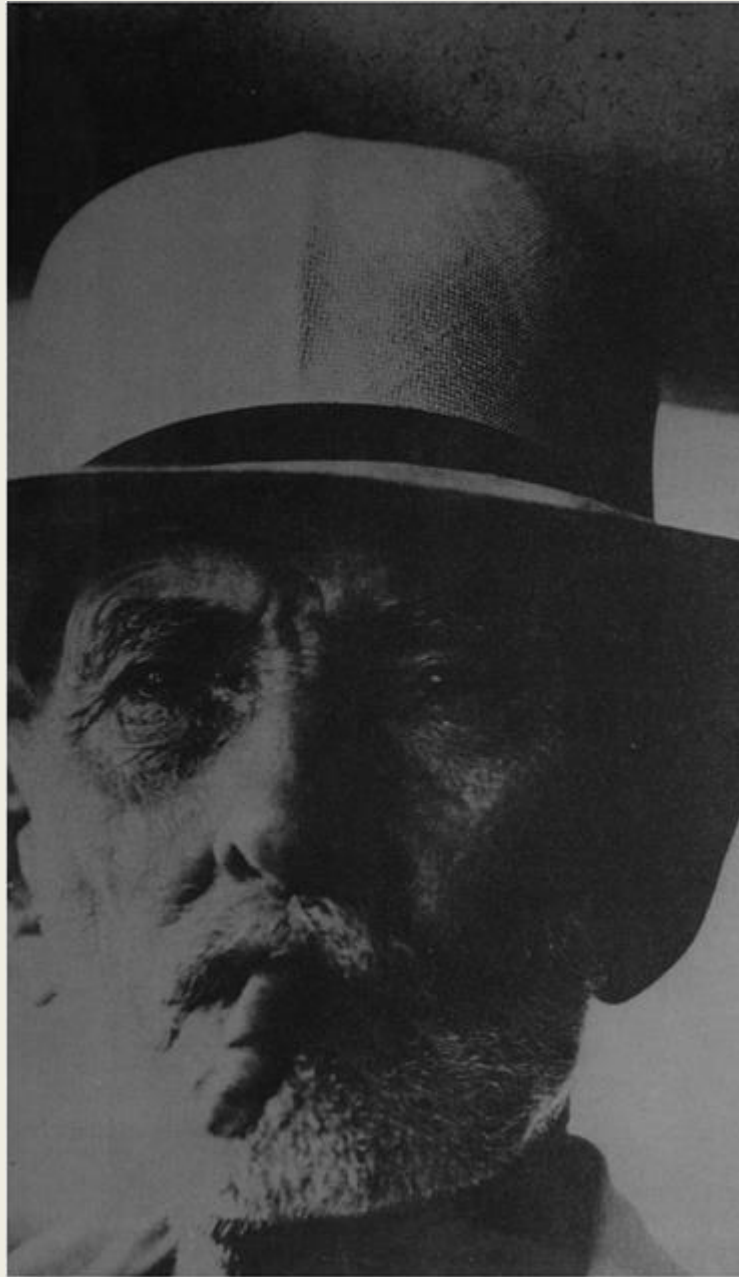
El daiquirí clásico es un compuesto de ron, limón, azúcar sobre hielo frappé y, en algunos casos, con un toque de marrasquino. Hemingway, en compañía de Constante, creó el Special, o sea, eliminó el azúcar y añadió el doble de ron y frappé. En principio la única variante era pedir el trago sin azúcar, a título de su amistad con Constante: «dámelo, pero sin azúcar»; luego «levantó la parada» y comenzó a pedirlo con raciones dobles de ron. Surgió el «daiquirí a lo salvaje» y, por uso de la costumbre, el «daiquirí como Papa». ¿Y por qué no? Según Fernando G. Campoamor, Papa «sabía de química y de geografía, de numismática y de economía, de historia militar y de violines», así que cómo no iba a poder crear un trago espléndido como ese. «Inventó el daiquirí Special igual que inventó el monte Kilimanjaro, el idioma inglés y los casteros.» Aquí lo tienen: dos líneas de ron y un golpe de limón en una batidora que contiene dos raciones de hielo frappé. Se bate y se sirve en una copa que se ha mantenido en frío y ya tiene el cristal empañado.

Aunque, según la norma de Antonio Meilán, que en los años 70 era el más autorizado de todos los cantineros cubanos en lo que respecta a esta bebida, el Papa Special se elabora con limón, marrasquino, jugo de toronja, ron y hielo doble sin azúcar.

El Floridita tenía sus misterios y, según Meilán, el auténtico y superior secreto del daiquirí preparado en esta casa es el tratamiento del hielo. Primero, una vieja y eficiente máquina norteamericana de marca Flak Mak que Constante importó en los años 30, que fabrica un hielo fino y ligero, equipo que se utiliza todavía hoy; y, segundo, el hecho de que este hielo se conserva detrás de la barra en cajas con huecos en el fondo y separadas a una distancia del piso de manera que el agua escurra con rapidez y el frappé no se licue en la copa.



El difunto Anselmo Hernández, en quien Hemingway se basó parcialmente para crear el Santiago de El viejo y el mar.





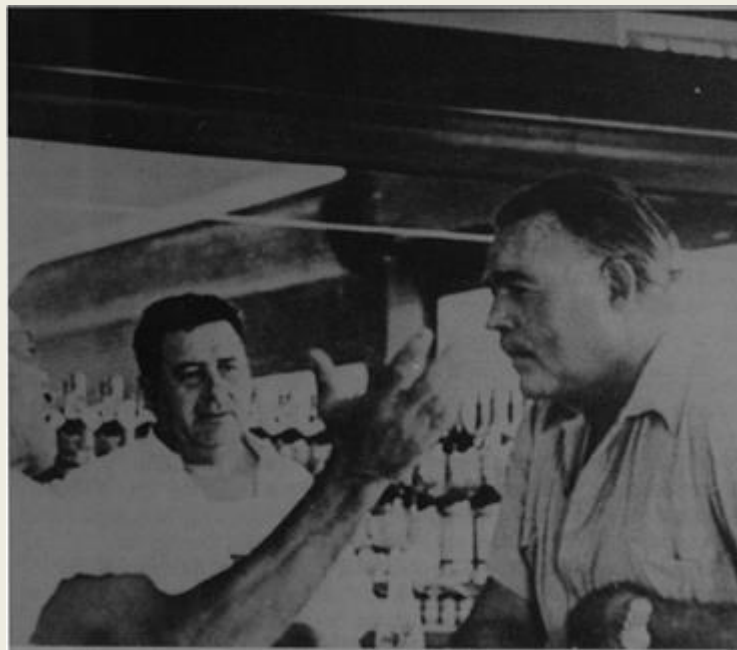
El Pilar fondeado frente al Castillo de Cojimar. a la entrada de este puerto, en septiembre de 1955. (Raúl Corrales)



El Negro Arsenio, uno de los mejores atarrayadores que había en Cojimar en la época de Hemingway, colabora en la filmación de El viejo y el mar. Como habitualmente iban dos pescadores —la forma de trabajar la atarraya en Cojimar—, uno de ellos está acostado en el piso del bote para poder filmar la historia del solitario Santiago. (Raúl Corrales)



En el portal de un cafetín de Cojímar, Quiosco del Curro, Hemingway con Anselmo Hernández y Gregorio Fuentes.



En La Terraza de Cojímar, con el Sordo, otro de los grandes pescadores, y un dependiente.



Con Errol Flynn. Floridita, 1960.

La guerra contra el azúcar en los tragos aparece explícita y como una broma en *Islas en el Golfo*. En su extensa conversación con Liliana la Honesta, los camareros, el Alcalde Peor e Ignacio Natera Revello, cada vez que Hudson pide un daiquirí, especifica *sin azúcar*. «Otro daiquirí doble helado sin azúcar...»

Y en un momento de su conversación con Liliana la Honesta:

—Me encanta —afirmó [Thomas Hudson] en voz alta. —¿Qué? —Beber. No simplemente beber. Beber estos *daiquiríes* dobles sin azúcar. Si bebieras la misma cantidad con azúcar te enfermarías. —Ya lo creo (en español en el original). Y si cualquiera otro tomara esa misma cantidad sin azúcar, estaría muerto. —Quizá yo me muera. Al final, cuando aparece la exesposa en el Floridita, y le pregunta cuántos ha tomado, Hudson responde: «Como una docena.»

Hay otro momento en que un barman, Serafín, le pregunta si piensa batir su propio récord. «No. Solo estoy bebiendo con calma.» Pero no aclara cuál es el récord. La docena de daiquiríes parece haber

sido la cantidad razonable en una sentada promedio. Y una docena de daiquirís equivale a una botella de más de 26 onzas.

Meilán dice que Hemingway podía tomarse en una tarde mucho más de una docena. Sin contar los que a veces se llevaba en un termo para tomar en el camino. Y si no había traído el termo, cargaba con su Special en un vaso grande cubierto por una servilleta. Le habían congelado el vaso y metido hielo muy espeso. Hemingway le llamaba «el trago del camino».

Una leyenda dice que el nombre de este coctel procede de una mina de hierro llamada Daiquirí, cercana a Santiago de Cuba. Se convirtió en un hábito de los mineros y, sobre todo, de los ingenieros cubanos y norteamericanos que trabajaban en aquella mina, refrescar con un trago hecho con limón, ron y hielo, al cual se le había añadido azúcar y a veces un poco de agua para balancear la acidez del cítrico. El pequeño grupo de ingenieros acostumbraba reunirse los sábados por la tarde en la barra del hotel Venus en Santiago de Cuba y tomaban este trago. (El hotel todavía existe aunque la barra ha desaparecido.) Fue a principios de 1900 cuando el ingeniero jefe norteamericano, Jennings S. Cox, dijo que era necesario que un trago tan fino y exquisito como aquel tuviera un nombre y propuso el de daiquirí. De ser así, el mérito de Constante, unos 15 años más tarde, sería haberle añadido hielo frappé en vez de trozos de hielo. Pero hay una historia de mayor bizarría y que era del agrado de Hemingway; según esta versión, el daiquirí actual es un aporte del general Shafter, jefe de las tropas norteamericanas que desembarcaron en Cuba en 1898, al intervenir Estados Unidos en la Guerra de Independencia.

El daiquirí se llamaba originalmente canchánchara y su procedencia es mambisa. Se trata de una de las voces nativas cubanas que Hemingway sabía pronunciar. Mambí era la manera en principio despectiva con que los españoles designaban a los insurrectos cubanos en las guerras de liberación del siglo pasado. El fuego de los combates

dignificó la palabra y el compuesto que luego se llamaría daiquirí era una bebida mambisa.

Ocurría con frecuencia que los insurrectos llevaran una botella atada por el gollete a la montura, tapada con un corcho; contenía una mezcla muy sencilla: dos tercios de ron o de aguardiente, y un tercio de limón o naranja agria. Era la bebida generalizada que los insurrectos cubanos utilizaban contra la sed. Y un excelente remedio para tranquilizarse después de recibir heridas o para disponerse al combate. Si se endulzaba o no, dependía del gusto de cada cual y de las posibilidades o existencias de azúcar o miel en los vivaques mambises. Cuando el general Shafter desembarcó en la playa de Daiquiri, cercana a Santiago, hubo intercambio de tragos con los oficiales independentistas. Shafter puso whisky. Los cubanos, su bebida insurrecta. El obeso general Shafter, que no había caballo que lo resistiera y que debía ser transportado en una carreta con un buen tiro de bestias, cometió un sinnúmero de errores en su campaña cubana, pero, buen gourmet, se percató de las posibilidades de aquella bebida y junto con los primeros tragos dijo que lo único que le faltaba a «aquello» era un poco de hielo. Y este fue encargado rápidamente a uno de los buques participantes en el desembarco que traían sorbeteras a bordo.

Si la historia es cierta —y es la más confiable de todas—, ratifica el hecho de que, en verdad. Constante no puede considerarse el inventor de esta bebida y el Floridita no es, como se anuncia con orgullo y con letras de bronce en su barra, la «cuna del daiquirí».

Sin embargo, en otro sentido si lo es: el daiquirí adquirió su nivel de sofisticación y profesionalismo en el Floridita de Constante; allí las medidas fueron exactas, exacto el tiempo en la licuadora y suntuosa la copa nevada, como admirable era su coloración que Hemingway comparaba con la del mar, cuando miraba la parte baja del hielo frappé. El penacho de frappé era como la estela del barco y la parte clara la veía como el agua cortada por la proa, al navegar en aguas poco profundas

sobre fondo de greda. «Era casi el color exacto.»

92

Constantino ribailagua y vert falleció el 2 de diciembre de 1952. Hemingway fue al entierro y comentó: «Ha muerto el maestro de los cantineros. Inventó el Floridita. Y era un hombre muy limpio. Tenía esto como un arte.»



Ernesto Che Guevara, Manuel Bell (instructor de pesca) y Fidel Castro a la altura de Barlovento, en La Habana, el 15 de mayo de 1960, último día del concurso Hemingway de aquel año. (Cala)



Fidel Castro, Baudilio Castellanos y Ernest Hemingway en el concurso de pesca Hemingway. Fidel Castro conquistó dos segundos lugares y el campeonato individual. Fue la única vez que se encontró con Hemingway.

A la muerte de Constante su viuda tomó el negocio en las manos; su primera medida como heredera del negocio fue perpetuar la memoria del más grande de los cantineros. Inició un proyecto que contó con la aprobación de Hemingway y de algunos otros amigos. En la primera columna, a la derecha, según se entra por la puerta, colocó un retrato del barman y ordenó hacerle una corona de laureles que bordeara el retrato. Un diseñador habanero llamado Mario Arellano, que en esos momentos estaba decorando nuevamente el Floridita, encargó una corona de metal amarillo cuyo costo ascendió a 500 pesos. Le pasó la cuenta a la viuda y esta preguntó por qué tan barata; cuando se le explicó que estaba hecha con un metal corriente, exigió que se hiciera de oro. Hemingway aprobó la moción: «Constante se merece una corona de oro.» Costó 5 000 y, desde luego, no era de oro. Era la misma corona de metal a la que le habían dado un baño dorado. Así quedaron finalmente en las paredes del Floridita la estatuilla del dios Baco, el busto de Hemingway, el marco con las páginas de *Esquire* sobre los siete bares más famosos del mundo y el retrato orlado *en oro* de

Constantino Ribailagua y Vert. Pero había poco parecido entre el hombre serio y ceñudo que miraba desde la fotografía y aquel otro personaje pálido, de cabello entrecano, siempre con filipina blanca y pantalón negro, y con una coctelera en la mano, que preparaba sus daiquirís desde mucho antes que existieran las batidoras o licuadoras eléctricas. En su última restauración, en 1975, fue eliminado el retrato de Constante y la corona. Pero el Floridita le ha sobrevivido. Hemingway se mantuvo como un fiel cliente, y dedicó un homenaje a Constante en *Islas en el Golfo*. La tropa de camareros se mantiene haciendo su trabajo, y 30 años después se puede encontrar allí a Antonio Meilán, con el uniforme blanco y morado que ahora usan los barmen y camareros del Floridita. Todavía las neveras anuncian con sus letras de bronce que nos encontramos en «la cuna del daiquirí». Pero, desde luego, no es el mismo bar. Falta Constante y falta Hemingway. Cuando Mary Welsh estuvo en Cuba en 1977, después de 16 años de ausencia, se negó a ir al Floridita. Dijo que allí no había putas ni maricones [sic] y que le parecía forzado un regreso a este lugar; Algunos miembros de la comitiva oficial cubana se sintieron ofendidos por la expresión, pero de cierta manera, podemos comprender su actitud. No quería visitar un lugar que solo podía tener para ella un aspecto de museo. Lamentablemente era imposible ambientar el bar para complacerla, pues ya no existían esas prostitutas que le daban colorido al Floridita en los años 50, pero, por otra parte, el restaurante, y el bar habían sido urgentemente reparados para que Mary pudiera visitar un flamante Floridita, que vestía sus mejores galas para ella. Sigue siendo uno de los restaurantes donde mejor se cocinan mariscos en La Habana.



(Catala)



Al entrar en el Floridita uno se encuentra con el bar. En el marco superior del refrigerador, en la parte izquierda, dice la orgullosa

inscripción en bronce: «La cuna del daiquirí» y, a la derecha: «The Cradle of the Daiquirí». Hay cuatro grandes gavetas a la izquierda y otras cuatro a la derecha y dos pequeñas en el centro. Es un inmenso refrigerador de color caoba. Encima hay un mural que representa La Habana en 1700; más bien parece una ciudad mediterránea de la época del Renacimiento. Está la estatuilla del dios Baco, y un centenar de botellas se alinean sobre el refrigerador. Hay 21 banquetas en la barra y 10 mesas en otra parte del salón. Más allá, separado por una pared, está el restaurante. La decoración es inglesa, según la descripción de los camareros, y la cristalería, de bacará. En la primera butaca de la izquierda tenía su asiento Ernest Hemingway. Según Fernando G. Campoamor, el «aura» de Hemingway aún se puede percibir en este lugar, ahí, en su esquina, donde «se sentaba temprano en la mañana y enviaba al chofer Juan a buscar los periódicos al hotel Plaza, a una cuadra de distancia, y si lo interrumpían bien podía uno buscarse un golpe». En 1954, cuando obtuvo el Premio Nobel, develaron el busto del escritor, con una placa de bronce que reza:

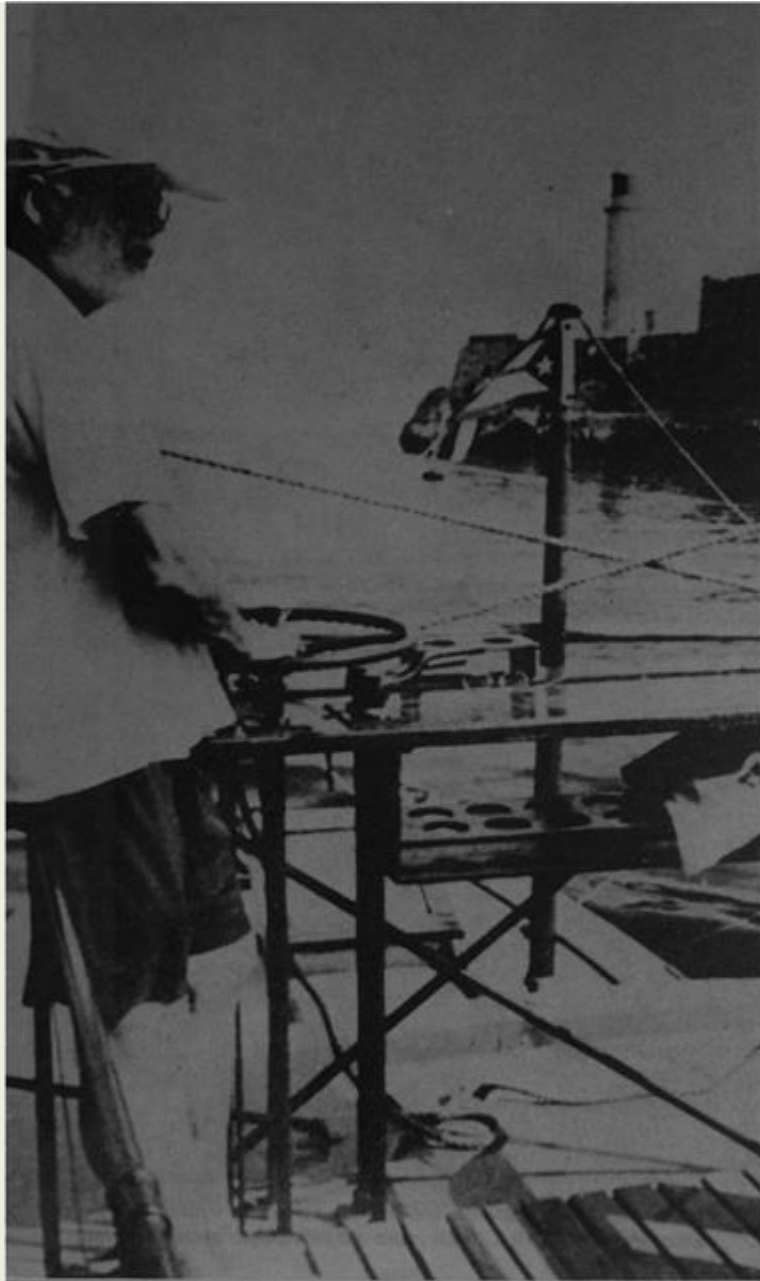
A nuestro amigo Ernest Hemingway Premio Nobel de Literatura
«Yo no me merezco tanto», dijo el artista a los camareros. «Es demasiado honor.»

93

En *Islas en el Golfo* hay una devoción permanente hacia el Floridita; incluso en los detalles más pequeños, desde el lugar donde se sentaba («Se instaló en un taburete alto, en el extremo izquierdo del mostrador. Apoyó la espalda en la pared de la calle y su lado izquierdo quedó contra la pared que pasaba detrás del bar.») hasta los periódicos que compraba para leer sentado en su esquina.

La narración posee la habitual exactitud hemingwayana. La descripción del ambiente en el Floridita es inmejorable. Sobre todo, se

destaca la captación de los rasgos específicos de los personajes que allí se reunían. Por ejemplo, el retrato del barman Serafín, que en la vida real era Serafín García Lago, sobrino de Cayetano García Lago, presidente por un tiempo del Centro Gallego de La Habana. Es cierto que Serafín se molestaba con la presencia de gente como Liliana la honesta. Otro personaje de la novela, Pedrico, conocido en realidad como Pedrito, era Manuel López Laza. Ignacio Natera Revello tiene su prototipo en Alvaro González Gordon, hijo menor del viejo Marqués de Torre Soto, patriarca de la familia González de Jerez de la Frontera, propietarios de la empresa productora de vinos González Byass. González Gordon era dueño, además, de un fastuoso palacio frente a la Avenida de las Misiones en La Habana (el consulado español se encuentra allí en la actualidad). Por cierto, la identificación de Natera Revello fue hecha a Carlos Baker por uno de los amigos cubanos de Hemingway, Mario Menocal, *Mayito*, quien no dijo que el retrato del Político Peor estaba basado en Raúl García Menocal, su hermano, alcalde de La Habana en los años 40. Otro personaje, tocado al vuelo cuando Thomas Hudson y el Alcalde Peor van al baño, es Emmanuel Seale, oriundo de Barbados, quien es recordado en el Floridita como un individuo muy pulcro que se ganaba la vida manteniendo limpio el baño del local. Vivía de las propinas y consideraba que lo que más agradecía un cliente era «un baño limpio». Seale procuraba mantener oculta su filiación con los Rosacruces. Pero Hemingway conocía el secreto: el personaje de *Islas en el Golfo* aparece leyendo un manual de esta organización. Hemingway le incorpora los rasgos de otro de los empleados del Floridita: Juan Eleuterio García, conocido como «Juanito, el Testigo de Jehová», que parece haber sido un hombre necesitado de fe o de una mística. Hemingway disfrutaba con esta condición de Juanito y con la carga que representaba su trabajo de «guardajurado». La misión de Juanito era conservar el orden en el lugar. A cada rato debía quebrar su amor por el prójimo y repartir algunos golpes de cachiporra sobre la cabeza de parroquianos insolentes o poco amigos de abonar sus cuentas.





Hemingway y una de sus primeras piezas de caza mayor, un búfalo cazado en Serengeti, África, en enero de 1934. Es uno de los trofeos que se encuentra en las paredes de Finca Vigía.



Su primer león, también un trofeo en Finca Vigía. «Se parece demasiado a Clark Cable para ser un buen escritor», comentó Edmund Wilson.



Hemingway en Pahsimeroi Valley, Idaho, 1941.

Había siete u ocho prostituías regularmente en el bar, pero Leopoldina la Honesta era la más célebre (aparece como Liliana la Honesta en *Islas en el Golfo*). En una banqueta o en las mesas, como parte indispensable del local, se encontraban los amigos de Hemingway, o los que no eran tan amigos, pero lo buscaban: Spencer Tracy, Errol Flynn, Marlene Dietrich, Ava Gardner, Barbara Stanwick, Robert Taylor; o los latinos cuya relación con Hemingway era más bien tenue o nula: Hugo del Carril, Libertad Lamarque, Pedro Armendáriz y Arturo de Córdoba, quien había realizado un papel como guerrillero en la versión de *Por quién doblan las campanas* de la Paramount.

Con zapatillas vascas, a veces con tenis blancos, casi siempre sin medias, en bermuda y camisa ligera, Hemingway reinaba en el Floridita. En pocas ocasiones estuvo allí con un traje.

No era hablador, como es la costumbre de los cubanos que beben en una barra. Conversaba con voz gruesa y modulada. Los cantineros lo recuerdan como un hombre fuerte: «era como un roble, a quien le daba un golpe lo tiraba». Él mismo decía que había que *aconsejar* a los que armaban bulla y lío. En este sentido, ayudaba a Juanito, el Testigo de Jehová.

Podía estar desde temprano en el Floridita o aparecerse a las 11 de la mañana, tomar un par de daiquirís y retirarse al mediodía. Pero a veces regresaba a las 5 de la tarde y se tomaba una docena.

Su norma fue mermando entre el invierno de 1959 y el verano de 1960. Había bajado mucho de peso. «Se había estropeado de buenas a primeras», recuerda Antonio Meilán. «Se puso mal. Dijo que iba a operarse a España o a Estados Unidos, pero se mató.» También, en el verano de 1960, La Habana era una ciudad en guerra. El bienestar que Thomas Hudson disfruta cuando visita el Floridita en plena Segunda Guerra Mundial, debido a la especial situación del país que le permitía mantener un estado de tranquilidad y sufrir poca afectación en los suministros, había cambiado radicalmente cuando la revolución afrontó los primeros problemas con la administración de Washington y esta decretó el bloqueo económico más largo que ha padecido jamás algún país en lo que va de siglo.



Con su guía de caza, Taylor Williams, en Sun Valley, 1941. Hemingway que uno de los que cargó el ataúd en los funerales de Williams años después. (Wide World)

Meilán recuerda que la única forma en que otros clientes del Floridita podían obtener autógrafos de Hemingway era a través de él. Muchas veces Hemingway tenía la deferencia de traerle una considerable cantidad de filetes de aguja para que llevara a su casa. Recuerda también que Errol Flynn era «muy mala paga», aunque siempre tuvo crédito abierto. Hemingway repitió varias veces el comentario de que los pantalones del capitán Blood —uno de los papeles cinematográficos más famosos de Flynn— tenían cosido el bolsillo del dinero. Por el contrario, Hemingway no era tacaño. Cada vez que se iba de viaje saldaba sus cuentas en el Floridita y dejaba un fuerte propina a los empleados, el 20 por ciento, «por si me pasa algo, que se acuerden de mi». En «Un informe de la situación», su último trabajo periodístico sobre Cuba, Hemingway rebate la acusación de expatriota que le hicieran algunos norteamericanos por no vivir en su país y residir en Cuba. Esto ocurre en pleno macartismo, y Hemingway dice que para ver a sus compatriotas no hay más que coger el automóvil

y dirigirse al bar del Floridita; allí se reúne gente de todos los estados de la Unión y de muchos lugares donde él ha residido: marineros de la Armada; navegantes, funcionarios de la Aduana y del Departamento de Emigración, «a los cuales uno conoce hace muchos años»; tahúres; diplomáticos; aspirantes a literatos: escritores mejor o peor situados; senadores; médicos y cirujanos que han acudido a la capital para asistir a diversos congresos científicos; miembros de la Legión Americana; deportistas; individuos que están mal de dinero; sujetos que serán asesinados dentro de una semana o un año; agentes del FBI; en ocasiones, el director del banco en que uno tiene depositado su dinero; algunos tipos estrafalarios y muchos amigos cubanos.



Retrato del cazador en Sun Valley. (Life Photo-Robert Capa)



El halcón ataca. En el camino hacia el monte Kilimanjaro 1953 (Look Photo-Earl Theisen)



Fotografía del safari de 1953, probablemente tomada por Hemingway. Esta copia fue regalada por Hemingway a Pichilo, su jardinero en Finca Vigía.



En Uganda, enero de 1954, examinando arcos y flechas.

Honest lil, Liliana la Honesta, es el personaje más importante de todos los *habitués* del Floridita que aparecen en *Islas en el Golfo*. Su modelo, Leopoldina Rodríguez, también llamada Leopoldina la Honesta, se le parece mucho en apariencia, hipersensibilidad y repugnancia por las acciones feas y palabras obscenas. Hemingway la describe sentada en la esquina opuesta a donde él acostumbraba situarse. Era el lugar donde se concentraban las cinco o seis prostitutas que merodeaban el Floridita: «Liliana avanzó entonces majestuosamente hacia el extremo opuesto del bar, hablando con muchos de los hombres al pasar y sonriéndoles a otros. Todos la trataban con respeto. Casi todos los que saludó, la habían amado en algún momento durante, los últimos 25 años. Thomas Hudson se le reunió en el extremo del bar.» Según el recuerdo de algunos, Leopoldina era una mulata muy elegante, muy fina y muy preparada» que frecuentaba el Floridita «cuando las paredes de este lugar eran de mármol». Fernando G. Campoamor y Antonio Meilán recuerdan a Leopoldina y dicen que no saben lo que ella hacía «en su vida particular», solo que estaba allí casi siempre. El cura don Andrés decía que era buena. Hemingway la llevaba a Finca Vigía, la ayudaba, le hacía regalos, «todo por una cosa sentimental». Leopoldina era una pobre mujer, «prostituta por necesidad». Se ha afirmado que se vio obligada a este tipo de vida para poder criar un hijo y sufragar sus estudios de medicina. Pero debe ser un mito. No hubo ningún hijo de Leopoldina Rodríguez en el cementerio el día que fue enterrada a fines de la década del 50. Había muerto de cáncer y un solo hombre corrió con los gastos de su entierro. El mismo hombre solitario que acompañó los restos hasta el cementerio: un norteamericano viejo, con guayabera de mangas cortas, barbudo y canoso, con grandes mocasines y un pantalón ancho como una bandera.

95

El paisaje en torno al Floridita ha cambiado un poco. O'Reilly sigue

siendo la calle estrecha en la que los transeúntes se ven forzados a «torear» el tráfico. Y la calle Obispo, «del Obispo», que puede ser considerada como la vía más importante de la estancia de Hemingway en Cuba, ha sufrido pocas modificaciones. Termina en el Floridita; unas nueve cuadras hacia abajo cruza frente al Ambos Mundos, y dos cuadras después pasa frente al edificio en el que radicaba la antigua embajada norteamericana —que ha corrido una suerte similar a la de la casa de los Steinhart—, convertida hoy en la escuela secundaria Forjadores del Futuro, en la que estudian los que parecen ser los muchachos más escandalosos del mundo.

La Zaragozana, uno de los grandes restaurantes cubanos de los años 40, y uno de los favoritos del escritor, junto con el Floridita, sobrevivió hasta principios de los 60, pero hoy está en ruinas y quizás nunca más vuelva a ser lo que fue. Los lugares de moda en la época de Hemingway se van extinguiendo. Pero los olores característicos de estas calles, descritos en *Islas en el Golfo*, se mantienen: «el olor de la harina almacenada en sacos y del polvo de harina, el olor de las cajas de embalaje recién abiertas, el olor del café tostado, que era una sensación más fuerte que la de un trago por la mañana, y el delicioso olor a tabaco...»

A Thomas Hudson no le gustaba caminar de noche por esas calles, que era cuando se podía hacer con mayor comodidad porque no había tránsito; pero entonces no tostaban café y las ventanas de los almacenes estaban cerradas.

96

William Faulkner creyó que Hemingway había encontrado a Dios. Era el otoño de 1952, cuando se publicó *El viejo y el mar*; todos los que habían cargado contra Hemingway y le habían pedido cuentas por el fracaso de *A través del río y entre los árboles*, una novela romántica y fácil

a los ojos de muchos críticos, se vieron obligados a retroceder ante la pericia del viejo maestro.



Hemingway se enfrenta a un rinoceronte africano, un tanque con cuernos, agresivo, irascible. (Look Photo-Earl Theisen)





En estas páginas y las que siguen: Hemingway cuida su imagen pública. Selecciona meticulosamente las fotos. En la que aparece con una sonrisa sarcástica frente al animal que acaba de matar, escribirá «No». Pero aprueba que se publiquen otras en las que aparece apuesto, meditativo, y escribe «OK.EH.» Las fotos fueron tomadas de las pruebas de contacto del reportaje que Look publicó el 26 de enero de 1954. (Look Magazine. Copyright 1954, Cowles Communication)



El pequeño libro narraba la historia sencilla de un pescador anciano que luchaba contra un gran pez. Faulkner estaba conmovido por estas páginas. Otros escritores norteamericanos se replegaron y salieron del combate. Y hubo europeos que también lo hicieron. Vladimir Nabokov, quien en otro momento había dicho que Hemingway «es un escritor para muchachos» (comparándolo con Conrad), aceptó que «la descripción del pez tornasolado y el ritmo de su famoso relato sobre el pez es soberbio».

La novela se convirtió en una de las obras capitales de la literatura contemporánea norteamericana, no obstante algunas escenas que el tiempo ha opacado y otras cuya carga melodramática se ha hecho más evidente, como la de Santiago inspirándose en el bateador Di Maggio. Se le considera, además, como la *gran novela cubana de Hemingway*. Él lo estimó así al recibir el Premio Nobel: «Este es un premio que le pertenece a Cuba, porque mi obra fue creada y pensada en Cuba, con mi gente de Cojímar de donde soy ciudadano. A través de todas las traducciones está presente esta patria adoptiva, donde tengo mis libros y mi casa.» Pero el mar insondable y extenso no es necesariamente cubano. Salvo algunas pinceladas de color local, la novela pudo desarrollarse en el mar de Java o en el Mediterráneo. Otro pescador tan experimentado, valeroso y estoico como el de Cojímar podría haber tripulado la pequeña barca de Santiago en cualquier parte del mundo y hubiese actuado de modo parecido. Solo una diferencia: cuando Santiago teme haberse perdido, observa el horizonte y piensa que todavía puede orientarse por las costas de la isla, pero enseguida su confianza en el mar retorna a él y reafirma su convicción de que nadie tiene por qué perderse si lo conoce.

Según Carlos Baker, el primer borrador estuvo listo el 1ro de abril de 1951. El original llegó a las manos de Scribner's el 10 de marzo de 1952, apareció en *Lite* el 1ro de septiembre de 1952 y una semana más tarde, el 8 de septiembre, fue publicado en forma de libro por Scribner's. Como se sabe, la novela tenía dos antecedentes en la actividad creadora de Hemingway. Por un lado, existía su crónica «En las aguas azules» (*Esquire*, abril de 1936), publicada 16 años antes, y, por otro, había elucubrado un proyecto de escribir una obra extensa sobre «la tierra, el mar y el aire», ambición proustiana de la que habló con Malcolm Cowley. Estos dos antecedentes se combinaron y surgió *El viejo y el mar*, la coda de la parte correspondiente al mar. Al parecer, las otras, dedicadas a la tierra y el aire, y vinculadas con sus experiencias en la Segunda Guerra Mundial, se quedaron en la intención, o «en las paredes de su imaginación», como dice Baker. Según sus biógrafos

informan, Leland Hayward, quien luego se convertiría en productor del filme, en una visita a Finca Vigía convenció a Hemingway de que publicara *El viejo y el mar* como una obra independiente. Su autor no estaba totalmente de acuerdo. Leland insistió en que luego, si terminaba a su satisfacción toda la parte del mar, esta podía ser agregada, pero, en su opinión, la historia tenía en lo esencial un valor independiente, lo cual era rigurosamente cierto. Quizás, cuando Hemingway dijo, al recibir el Premio Nobel, que «habría podido escribir una historia de 500 páginas sobre Cojímar y todos sus habitantes, pero que había preferido concentrarse en el relato de Santiago, y crear un viejo y un pez auténticos —, estaba haciendo referencia a un material que, al igual que las otras secciones de *Islas en el Golfo*, había desechado en aras de un objetivo superior. En realidad, esto era la consecuencia lógica de un método, que él comparaba con la estructura del iceberg».

Dos escenas capitales en *Islas en el Golfo* y, por supuesto, en *El viejo y el mar*, se centran en la captura de un gran pez; pero no es posible que Hemingway se limitara a repetir una misma escena sin establecer matices en su sentido moral. Hay diferencias dentro de una misma visión hemingwayana: el hijo de Hudson es una reafirmación de la virilidad; Santiago, de la tenacidad y la necesidad de luchar. Pero diálogos idénticos hermanan a los dos personajes más allá de su gesta: unidos al pez invisible por el sedal, exclama cada uno, joven y viejo: «¡Oh, Dios, cómo te amo!» Desde su punto de vista, Faulkner se percató de esta identidad en su tiempo, aunque no pudiera leer *Islas en el Golfo*:

Él aprendió temprano en su vida un método con el cual podía realizar su trabajo; él ha seguido este método, lo ha manejado bien. Si su obra continúa, entonces va a obtener lo mejor. Creo que su último libro. *El viejo y el mar*, es el mejor porque ha encontrado algo que no había encontrado antes, que es Dios. Hasta ese momento sus personajes se desenvolvían en un vacío, carecían de pasado, pero de repente, en *El viejo y el mar*, él encontró a Dios. Ahí está el gran pez: Dios hizo el gran

pez que tiene que ser capturado, Dios hizo al viejo que tiene que capturar al gran pez. Dios hizo a los tiburones que tienen que comerse el pez, y Dios los ama a todos ellos; y si su obra sigue avanzando a partir de ahí, será aún mejor, lo cual es algo que no todos los escritores pueden proponerse. Muchos se agotan trágicamente, cuando jóvenes, y entonces se vuelven infelices. Eso le pasó a Fitzgerald, le pasó a Sherwood Anderson. Se desmoronaron. Lo que sigue es una selección de los recortes de periódicos sobre *El viejo y el mar*, que Hemingway conservaba en su casa. Faulkner vuelve a la carga en uno de ellos.

New *Republic*
 5 *de* *octubre* *de* 1952
 CON GRACIA BAJO PRESIÓN
 Mark Schorer

Es un viejo que pesca una aguja, cierto; pero es también un gran artista en el acto de dominar su tema, aún más, en el acto de escribir sobre esa lucha. Nada es más importante que su arte; le es querido, sin embargo, porque hay que batallar con él y vencerlo. Es también un enemigo de toda autoindulgencia, de todo relajamiento en el sentir, de toda lasitud del estilo, de toda pomposidad fofa. Juntos vencen, el gran personaje y el gran escritor.
Shenandoah Magazine Otoño de 1952 [El recorte no conserva el título] William Faulkner

El tiempo demostrará que *El viejo y el mar* es la mejor creación aislada de cualquiera de nosotros... Quiero decir, de sus contemporáneos y los míos. Esta vez descubrió a Dios, el Creador. Hasta ahora, sus hombres y mujeres se habían hecho a sí mismos de su propio barro; sus victorias y derrotas se hallaban en manos de unos y otros, solo para probar lo duros que podían ser.
Free Press 31 de agosto de 1952 MUERTE Y AFIRMACION E. J. Sprague

Para el estudioso de la economía ha de ser interesante saber que el

precio del genio se compara ventajosamente con el ritmo del precio de los huevos. Por *quién doblan las campanas* se vendió en 1940 a \$3,50 por 140 000 palabras. *El viejo y el mar* se vende hoy (1952) a \$3,00 por unas 28 000.

New York Post 31 de agosto de 1952 [Sin título] Jimmy Cannon

Está escrita en muchos niveles, pero yo de los significados difíciles a los expertos. La acepto como el relato de un viejo y un gran pez. Creo entender lo que significa. No necesita interpretación; una obra dura y, a la vez, bella y gloriosa, como la majestad del hombre.

Inostranaia Literatura 1956 RELEYENDO A HEMINGWAY

Ivan

Kashkin

[Hemingway] antes escribía de las debilidades de los fuertes; ahora, de la fuerza moral de un viejo que ya tiene a quien transmitir su maestría.

Vaprosy Literatura 1964 CONTENIDO-FORMA-CONTENIDO

Ivan Kashkin Santiago está descrito por dentro. Muchos han visto en la noveleta una simbología cristiana. Pero Hemingway permanece siempre dentro de los marcos del personaje sencillo, real, y todas esas interpretaciones podemos dejarlas a la conciencia de quienes las sugieren.

97

LO BUSCARON con guardacostas y con aviones. Pero un hombre solo, a bordo de un pequeño bote a la deriva en la corriente del Golfo, no es fácil de localizar. Y no lo hallaron. Sus camaradas de pesca en Cojímar lo daban por desaparecido. Pero un muchacho, un aprendiz de pescador, Manolín, confiaba en el viejo; aguardaba, con la vista fija en el horizonte, a aquel hombre solitario que se enfrentaba a las marejadas y los elementos. La cabaña del viejo, en una colina cercana, estaba vacía ahora.

Su morador permanecía en la comente, y luchaba. No cabía esperar ayuda de los aviones, porque es imposible a esa altura, cuando las masas de agua son como un metal sólido e inmóvil.

Hacia 84 días que no cogía un pez y perdió el permiso de los padres de Manolín para que lo acompañara, porque el viejo estaba *salao*. Entonces se había alejado de la costa para buscar su presa. La halló después de un día de navegación y enseguida supo que era un gran pez.

La anécdota cambió poco desde que Hemingway la relató en su crónica «En las aguas azules».

En cierta ocasión, un anciano pescador, estando dedicado a la pesca en un pequeño bote a la altura de Cabañas, capturó un enorme emperador, que, cogido al volantín, arrastró el bote mar adentro. Transcurrido un par de días, unos pescadores recogieron al anciano a unas sesenta millas, a levante de dicha población; la cabeza y parte delantera del animal estaban sujetas al costado de la embarcación; lo que quedaba de él, menos de la mitad, dio un peso de ochocientas libras. El hombre estuvo ocupado en su captura dos días con sus noches correspondientes debido a que el pez nadaba a bastante profundidad y arrastraba el bote. Cuando salió a la superficie, el anciano logró detener la embarcación y acercar el pez, lo arponeó y lo sujetó al costado del esquife; después los tiburones comenzaron a devorar su presa, y el anciano cogió un remo y la emprendió a golpes con ellos, hasta que se quedó sin fuerzas y aquellos animales se comieron todo lo que estuvo a su alcance. Los pescadores lo hallaron gimiendo, tendido en el piso del esquife, medio quebrantado por la pérdida de tan preciada captura, y los selacios nadaban sin cesar en torno del bote. El retrato del viejo Santiago está referido a otro personaje, a un hombre que Hemingway conoció en la época de la ley seca, cuando iniciaba sus aventuras en la corriente del Golfo. Carlos Gutiérrez puede verse en muchas de las fotografías de Hemingway joven, en short, posando con

sus primeras agujas. Hemingway también lo menciona en su crónica «En las aguas azules»; sentía un aprecio real por él.

Carlos Gutiérrez fue amigo de Hemingway, tan amigo como Gregorio. Pero Gregorio tiene su propia versión de la génesis del relato. No es la versión exacta: él dice que a finales de los años 40, a la altura del puerto de Cabañas, vieron a un pescador que se lo llevaban las olas, arrastrado por una fuerza descomunal, como si lo impulsara un motor. Pero era un bote muy pobre y desvencijado, y creyeron necesario acercarse. Había un hombre acompañado de un muchacho, y el hombre estaba atrincado contra la tabla del asiento y sujetaba firmemente el sedal y la fuerza se producía por el empuje sobre este hilo. El bote iba abriendo el agua como un cuchillo, y el *Pilar* logró aparearse navegando a todo motor. El pescador era un mallorquín; un hombre delgado y fuerte, sin camisa, que los recibió con un grito:

—¡Váyanse de aquí, hijos de puta! ¡Déjenme solo!

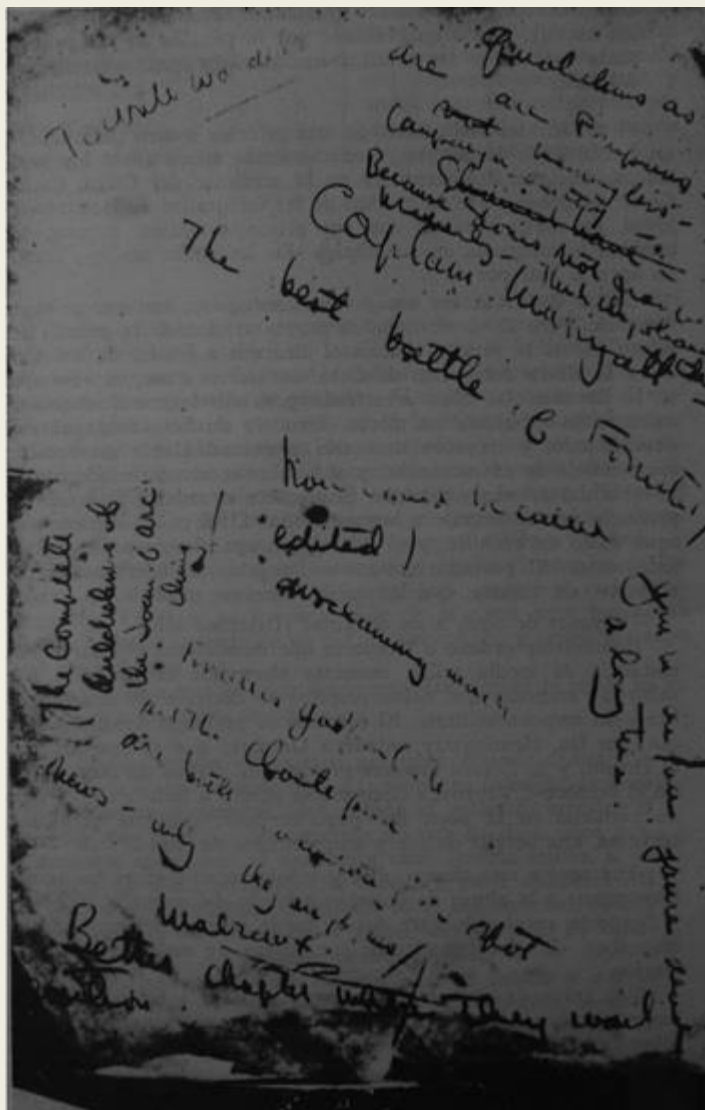
Hemingway ordenó a Gregorio que mantuviera el *Pilar* a una distancia de media milla, mientras observaba el combate. Hemingway entendía que debía respetar la decisión de aquel hombre y su empeño solitario. El combate se prolongó durante medio día. Por fin, Hemingway ordenó a Gregorio que se acercara con el chapín, y le llevara algunas provisiones. «Hijos de puta —repitió el hombre—. Váyanse.» Gregorio se acercó a todo motor y dejó un cartucho en la popa del pequeño bote; contenía golosinas, cervezas, una botella de ron y emparedados de carne.

«Fue aquí a esta altura», dice y señala un sitio entre las aguas. Navegamos a la altura de Cabañas a bordo del pequeño *Hill-Noe*, y Gregorio señala el lugar desde donde presencié aquella lucha magnífica. «Era un pescador de ese puerto, un mallorquín que ya murió.»

Uno trata de comprender cómo Gregorio sabe marcar este lugar, cómo puede especificar que en este sitio sobre las aguas, sobre la

corriente, y hace tantos años, él presencié aquella batalla junto con Hemingway.

Acaso es cierto, y el escritor obtuvo elementos de la experiencia para su libro. O acaso es un recuerdo que la memoria del viejo Gregorio ha coloreado. Lo mejor es pensar la verdad: se trata de una lucha constante y usual en la costa norte de Cuba.



Páginas manuscritas de Hemingway. Se trata presumiblemente de los primeros apuntes para el prólogo de Men at War.

Concentrating your forces
 is like having a bucket full of
 ice cubes - if you want to chill
 something you will put in enough ^{cubes} to
 chill it - if you have to chill it again
 you keep a reserve - but if you
 put in two or three cubes at a time
 you chill it and they all melt

I had not suggested any of the ^{selection}
 from my own writing to be included in the ^{collection}
 collection a little longer.

Tener y no tener es el vestigio lejano del epos de Hemingway sobre la corriente del Golfo. Guarda más de una similitud estructural con *Islas en el Golfo*: tres historias independientes en su origen que luego constituyen un relato unificado; una galería de tipos memorables, de los que el narrador se va sacudiendo sin que vuelva a colocarlos en la

trama; historias ambientadas mayormente sobre las tablas de una embarcación, donde sus protagonistas caen ametrallados, aunque no mueran de inmediato.

Hombres y escenarios de esta zona geográfica vuelven a estar presentes en el buró de Hemingway cuando regresa de la Segunda Guerra Mundial. Mas se trata ahora de un artista competente, maduro, menos nervioso, menos áspero. Una personalidad desajustada como la de Morgan está fuera de lugar en la posguerra hemingwayana.

Es indudable que está envejeciendo y que las angustias de hace unos pocos años ceden terreno velozmente ante las añoranzas de un hombre que puede tener contados sus días. Los conflictos que demandaban solución inmediata, guerras justas o injustas, luchas sociales y políticas, procesiones de refugiados en los Balcanes, veteranos de un ejército abandonados a su suerte en un cayo de la Florida, pierden vigencia entre sus objetivos. Las llamas se extinguen y el lugar queda limpio para los cuestionamientos permanentes del hombre: la vida y la muerte, la incomprensión y el amor. El desertor Frederick Henry, el bandido Harry Morgan y el combatiente Robert Jordan se transforman en ancianos filósofos o en hombres que se proyectan hacia su pasado: el coronel Richard Cantwell, el artista Thomas Hudson y el pescador Santiago.

La guerra ha terminado y Hemingway, el remoto hombre duro, pretende escribir un libro proustiano, un recuento trascendente y extenso. Confía a sus amigos que se propone relatar todo lo que sabe sobre la tierra, el mar y el aire, y sus recuerdos de juventud en París, las impresiones de una carrera de bicicletas de seis días, su experiencia de un bombardeo a baja altura como tripulante de un Mitchell. Hacia esa meta dirige su industria, pero una sucesión de incidentes imprevistos (enfermedades suyas y de sus hijos, accidentes de tránsito y de aviación, problemas familiares) estropean el proyecto. La obra proustiana nunca se realiza y el proyecto hemingwayano queda fragmentado. Esa es la producción de Finca Vigía: *París era una fiesta* (el regreso a los escenarios

de *Fiesta*), *A través del río y entre los árboles* (regreso a los escenarios de *Adiós a las armas*). «El verano sangriento» (otra vuelta a *Fiesta* y a los escenarios de *Muerte en la tarde*) y los reportajes de África para *Look* (el regreso final a los escenarios de *Las verdes colinas de África* y de las historias de Harry Street y Francis Macomber).

El único resultado del empeño, aunque terminado a medias, es *Islas en el Golfo* y el relato de Santiago. De cualquier forma, las etapas vitales del hombre —y de Hemingway— son registradas en esta novela, singular por su carácter autobiográfico. Primero, la infancia (los hijos de Hudson y el niño pescador, Manolín, que acompañaba a Santiago), después Rogers, que es un reflejo de la juventud perdida de Thomas Hudson, y el mismo Hudson, angustiado por sus experiencias, que no cesa de revalorar, y, por último, Santiago, el viejo, que resume en este breve relato la filosofía de la vida que los golpes del destino le han inculcado. La escala cronológica y la descomposición en planos temporales atañe a la aplicación de las técnicas cubistas que Hemingway aprendió de manos de Gertrude Stein en sus inicios como artista y que emplea en este período último de creación. No solo personajes diversos que convergen en una sola identidad. Hay una escena de *El viejo y el mar* en que Santiago comienza a separar las partes de su cuerpo y habla con su mano, con su cabeza y con sus nervios.

98

«SERA MEJOR dejar tranquilo al pez por ahora y no perturbarlo demasiado a la puesta del sol. La puesta del sol es un momento difícil para todos los peces.» Esta línea emocionada y poética que Hemingway pone en boca de Santiago, causa asombro a los ictiólogos; en realidad, gracias a su poder de observación, experiencia como pescador y extensas lecturas, Hemingway sabía sobre lo que estaba escribiendo. Lo cierto es que los peces van hacia la luz o huyen de ella, según su naturaleza. El emperador, por ejemplo, se captura de noche, y los

casteros probablemente descienden de noche porque se les captura de día. Lo que teme Santiago es que el pez profundice y le reviente el cordel. Puede haber error o licencia poética en el hecho de que el pez no salga hasta el otro día. El castero siempre presenta batalla y sale inmediatamente a ver qué ocurre.

En cuanto a los sedales, se tiraban tres en épocas anteriores al uso del palangre. Había un cuarto que era opcional. La profundidad dependía de la luna. Si había luna nueva se tiraba el corto; si había luna llena, el largo.

Santiago tiene su propio método. Va solo en un bote en que siempre iban dos, y las profundidades de las líneas varían un tanto, aunque tira los tres sedales clásicos para capturar las agujas.

En el libro se describe la preparación de las carnadas de una manera exacta. Es admirable el profesionalismo de los pescadores en esta tarea.

Las agujas pueden pescarse con palangre. Su carne es apreciada y tiene valor comercial. Santiago sabe que ha capturado una aguja por los golpes que siente en el sedal. La aguja golpea primero con el pico dos o tres veces y después comienza a comer. El tiburón no. El tiburón da una mordida y sigue con el sedal.



En estas páginas y las que siguen: cartas a los amigos y practicas de tiro en posiciones difíciles, para defenderse en caso de que quede inutilizado uno de sus brazos. Las fotografías provienen de pruebas de contacto. (Look Magazine. Copyright 1954. Cowles Communication)

Cuando la aguja se pesca con *outriggers*, la presilla comienza a cimbrar con los golpes y luego se zafa cuando el pez coge la carnada.

Las agujas en época de desove van regularmente en parejas y hasta en tríos: una hembra y dos machos. Entonces se les captura con mucha facilidad, porque adondequiera que vaya una, siguen las otras. El problema es mantener al pez con la boca hacia el pescador. La aguja de Santiago no estaba en esta posición porque no estaba bien anzuelada, sino cogida por la boca.

Hemingway señala el hecho de que Santiago, en el momento de coger el pez, esté de rodillas. Se levantará en el momento preciso. El pescador siempre se incorpora en el momento de la captura. Parece ser un problema de sensibilidad: no es lo mismo capturar sentado que de

pie.



El hecho de que Santiago, al entrar en la zona que la novela denomina *the great well* —llamado «el hondón» por los pescadores de Cojímar—, esté pescando hacia el este, siguiendo el rumbo de la corriente, también parece ser una licencia literaria. Esto es tan extraño como que el pez se demore casi 24 horas en salir.

La corrida se realiza de oeste a este, que es el rumbo que lleva la corriente. A veces se detiene. A veces corre hacia el lado contrario. Los pescadores dicen que la aguja se pesca de este a oeste, o sea, «hacia abajo», contra corriente, pero los científicos consideran que las agujas corren junto a la corriente.

Santiago le dice a Manolín que septiembre es el mes en que vienen los grandes peces, pero, en verdad, este es el mes en que arriba el codiciado castero guarabeado.

El director Fred Zinnemann envió a Hemingway el guión de *El viejo y el mar*. Las anotaciones hechas por el escritor en las páginas de este texto constituyen acaso uno de los documentos más reveladores de los conocimientos profundos de Hemingway sobre el arte de pescar y de su manera cubana de acercarse a los personajes que su obra inmortalizó.



Hemingway, corrector de guiones cinematográficos, trabajó con su letra redonda y con el tradicional lápiz del número 2. En sus indicaciones se vislumbra la preocupación por los detalles de índole técnica y no literarios. (La otra aventura de Hemingway en el cine se destaca por su sobriedad: *La tierra española*, cuyo guión escrito íntegramente por Hemingway, expresa un mensaje de solidaridad.) Las observaciones en el guión de *El viejo y el mar* son un esfuerzo por lograr una mayor precisión en el trabajo negligente hecho por Hollywood.

En septiembre de 1956, cuando publicó una de sus últimas crónicas, en *Look*, confesó: «Ya se ha terminado la confección de un guión cinematográfico, y no se repetirá esta clase de trabajo.» Se refería

a esa experiencia.

El primer apunte en el guión se halla en la escena 25. Su función es mantener el equilibrio. El narrador dice: *It made the boy sad. to see the old man come in each day with his skiff empty, and he always went down to help him carry the harpoon or the sail.* (Entristecía al muchacho ver al viejo regresar todos los días con su bote vacío, y siempre bajaba a ayudarlo a cargar el arpón o la vela.) Hemingway tacha el arpón y pone en su lugar *heavy coiled line* (rollo de sedal grueso) y agrega lo siguiente: *mast and* (mástil y), de manera que el peso quede repartido a la hora de cargar... *and he always went down to help him carry the heavy coiled line or the mast and sail* (y siempre bajaba a ayudarlo a cargar el *rollo de sedal grueso* o el *mástil* y la vela).



El resto de las escenas anotadas por Hemingway siguen esta lógica de objetividad narrativa. En la escena 45 añade otra palabra a la voz del Narrador: *either* (tampoco). *There was no cast net and the boy*

remembered when they had sold it. But they went through this fiction every day. There was no pot of yellow rice and fish either and the boy knew this too. (No tenía atarraya y el muchacho recordaba cuando la habían vendido. Pero hacían esta comedia todos los días. No había un plato de arroz amarillo ni tampoco pescado y el muchacho también lo sabía.) En la escena 50, en una descripción para consumo del guionista y el director, Hemingway coloca un signo de interrogación donde no entiende la inclusión de *in Spanish*; se trata de una descripción de juego de pelota y dice: *The catcher is jabbering away in Spanish (?), signals for the pitch...* (el catcher está parlotando en español (?) y hace una señal para que se lance la pelota).





La observación en la escena 54 refleja una experiencia casi cotidiana de Hemingway. Martín, el dueño de La Terraza, termina de servir una cerveza por espita, se da un trago y se mueve despacio hacia el muchacho. Hemingway añade la siguiente advertencia: *No draft beer in such a place* (no hay cerveza por espita en un lugar como este), lo cual es cierto. En Cuba, la cerveza se servía siempre en botellas. De inmediato, Hemingway modifica una descripción: *Martin thinks of himself as a wit, and enjoys ribbing the boy.* (Martín se considera un tipo ingenioso y le gusta mortificar al muchacho.) Ernest tacha *ribbing* (mortificar) y pone *teasing* (fastidiar). En el diálogo, Martín dice: *Well you can have some black beans and rice for that.* (Bueno, por eso puedes comprar frijoles negros y arroz.) Hemingway tacha el *some*. Martín comienza a llenar el contenedor de metal (la cantina) con la comida que saca de dos enormes cazuelas. Hemingway: *Martin also adds two servings of fried bananas and some stew.* (Martín también añade dos raciones de plátanos fritos y un poco de guiso.) Acto seguido Martín le dice: *All right*, y el muchacho saca el dinero para pagar sesenta centavos, y dice:

Here. (Aquí tiene.) Hemingway tacha *here*, y añade una broma en boca del muchacho:

Martin: *All right. Do you want an egg too?* THE BOY: *No, keep the egg and cackle when you lay it.* (Martin: Bien. ¿Quieres un huevo también? EL Muchacho: NO, quédese con el huevo y cacaree cuando lo ponga.)

Debe recordarse la observación de Hemingway de que los chistes de procedencia española casi siempre tienen un carácter sexual, y que en *Islas en el Golfo* hay un trasunto de este momento en La Terraza en el encuentro con los pescadores; huevos significan testículos en casi todos los países latinoamericanos.

En la escena 58: The boy: *The great Dick Sisler's father was never poor and he played in the big leagues when he was sixteen.* (EL Muchacho: El padre del gran Dick Sisler nunca fue pobre y jugaba en las grandes ligas cuando tenía dieciséis años.) Santiago le responde entonces: OLD MAN: *When I was sixteen I was before the mast on a square rigged ship that ran to África and I have seen the lions on the beaches in the evening.* (EL VIEJO: Cuando yo tenía dieciséis años ya navegaba en un velero que iba a África y contemplaba los leones mientras yacían en la playa al atardecer.)

Pero Hemingway, extrañamente, añade en *off* un parlamento en la voz del narrador y lo interpone entre estos dos diálogos:

Narrator: *The boy was not accurate here.* (NARRADOR: El muchacho no fue muy exacto aquí.)

En la escena 72, Manolín le pregunta a Santiago: *Why is it no one ever takes food in the boats? Why is it they only take water?* (¿Por qué la gente no lleva comida a bordo? ¿Por qué es que solo llevan agua?) A lo que el viejo responde (con el añadido de Hemingway en lápiz; en español en cursiva):

Old Man: *Because it is not certain you will always have money to buy food, and this way, as you are not used to having it, you will never miss it. Also if you had just eaten and hooked a big fish you would be in trouble.* (El VIEJO: Porque no es seguro que uno siempre tenga dinero para comprar alimentos, y así, como uno no está acostumbrado a tenerlos, no los echará de menos. *Además, si uno ha acabado de —comer y engancha un pez se verá en aprietos.*) En la escena 76, en el siguiente pasaje: *he thinks better of it and drinks the bitter liquid himself* (recapacita y decide tomarse el amargo trago), tacha *bitter* (amargo) y pone *unpleasant* (desagradable). Unas líneas más abajo esto se repite. En el guión: *The boy accepts the cup reluctantly and drinks as much of the bitter liquid as he can.* (El muchacho toma la taza de mala gana y trata de tomar la mayor cantidad posible del *amargo* trago.) Hemingway tacha *bitter* y añade la siguiente nota al margen: *Note: It is not bitter, only very oily and distasteful.* (Nota: no es amargo, solo muy aceitoso y desagradable.)

En la escena 99, el narrador dice: *There was no part of the hook that a great fish could feel that was not sweet-smelling and good tasting.* (No había ninguna parte en el anzuelo que no le resultara apetitosa y agradable a un pez.) Hemingway le responde: *He must hook on the sardines first.* (Debe enganchar primero las sardinas.) Es decir, primero la camada. Ernest Hemingway apela a la secuencia de los hechos que van a producir la emoción sensorial.

Y esto, de acuerdo con el método de Hemingway, debe transmutarse en arte.

En la escena 123, se dice: *THE BAIT being towed behind the old man's boat.* (LA CARNADA se arrastra detrás del bote del viejo.) *The fish are circling and driving it.* (Los peces la rodean y se lanzan hacia ella.) Ernest pone entre paréntesis con interrogación la primera frase, y hace la anotación siguiente: *They are not driving this bait but the shoal of bait fish the size of minnows.* (No están acometiendo esta carnada, sino el cardumen.)

Hemingway hizo esta corrección en un extremo de la página, debajo del texto mecanografiado del guión. Su explicación tuvo dos etapas, porque primero advierte que no están acometiendo la carnada, y lo firmó. «EH», para añadir enseguida que la acometida es contra el cardumen, y volver a firmar.

La escena aparece descrita así en el libro:

The tuna shone silver in the sun and after he had dropped back into the water another and another rose and they were jumping in all directions, churning the water and leaping in long jumps after the bait. They were circling it and driving it. (El bonito brilló con tonos plateados al darle el sol; cuando se sumergió, otro se apareció y de repente todos estaban saltando por dondequiera, agitando las aguas y dando largos saltos al perseguir la carnada. Nadaban alrededor de ella y la acometían.)
En el guión del filme:

122. FULL SHOT —THE SURFACE OF THE WATERAs a school of tuna begins rising. They are jumping in all directions, churning the water, leaping in long jumps after the bait. 123. CLOSE SHOT —THE BAITbeing towed behind the old man's boat. The fish are circling it and driving it. (They are not driving this bait EH but the shoal of bait fish the size of minnows)EH

122. PLANO GENERAL —LA SUPERFICIE DEL AGUA mientras una mancha de bonitos comienza a surgir de ella. Saltan en todas las direcciones, agitando las aguas, y brincando detrás de la carnada. 123. PLANO CERRADO —LA CARNADA se curricanea detrás del bote del viejo. Los peces la rodean y la acometen. (No están acometiendo esta carnada EH sino el cardumen)EH.
Hemingway recibió múltiples críticas debido a algunas imprecisiones y errores que aparecen en *El viejo y el mar*, y es posible que él hubiese querido aclarar cualquier pasaje ambiguo en el guión. Aquí desea especificar que los bonitos atacan, no la carnada de Santiago, sino el cardumen que ha atraído a estos peces de presa.

En la escena 131, donde el guionista escribe: *He is getting sleepy* (le está entrando sueño), Ernest lo regaña con esta acotación: *Why is he getting sleepy so early? It's silly. EH* (¿Por qué le está entrando sueño tan temprano? Eso es una tontería. EH).

En la escena 133 el guionista escribe que el sedal está por encima de los hombros de Santiago, y Hemingway lo regaña de nuevo: *Not yet. Not until fish is hooked.* (No antes de que enganche el pez.) En la escena 135, Hemingway vuelve a la carga; se acerca el momento en que Santiago va a coger el pez, el anzuelo a punto de herirle el corazón. Santiago sigue de rodillas, pero *This is all done on foot* (esto se hace de pie), le señala Hemingway. Luego, en la escena 147, cuando Santiago recuerda los equipos de béisbol: *I wonder how the baseball game(s) in the big leagues came out today* (quisiera saber los resultados de hoy de lo(s) juego (s) en las grandes ligas), Hemingway pluraliza la palabra *game* y comenta: *Games plural. They follow many clubs.* (Juegos en plural. Siguen muchos clubes.) La próxima acotación de Hemingway, nueve escenas después, le aclara al guionista que las bolsitas a lo largo del espinazo de la aguja son muchas, no una sola. *It is plural. There are many sacks.* (Plural. Son muchas bolsas.)

En la escena 147: *...and he saw a flight of wild ducks etching themselves against the sky over the water* (...vio una bandada de patos salvajes sobre el mar delineándose contra el cielo), Hemingway añade: *then blurring, then etching again* (tornándose borrosos, y luego perfilándose de nuevo); una precisión digna de su alter ego Thomas Hudson, el pintor. En la escena 203, añade un verbo auxiliar: *do. But it is good that we do not have to kill the sun or the moon or the stars.* (Es un alivio que no tengamos que matar el sol o la luna o las estrellas.)

En la escena 320, Hemingway agrega el adjetivo *heavy* a *wind*, sin el cual no tiene sentido la oración: *How many days of heavy wind will we have?* (¿Cuántos días durará este fuerte viento?) Casi de inmediato sigue el comentario más extenso de Hemingway, que contiene el regaño más severo al guionista. Primero tacha el parlamento de Santiago: *They will*

be all right in a few days (estarán bien dentro de unos días), y después lo envía a revisar la página 138 de *El viejo y el mar*; Hemingway, no contento con ello, cita el pasaje que le interesa recalcar: *I know how to care for them. In the night I spat something strange and felt something in my chest broken.* (Sé cómo cuidarlos. Durante la noche escupí algo extraño y sentí que algo se rompió en mi pecho.)

Después de indicarle al guionista que siga leyendo, le advierte: *You lose your story here and there is no previous reference in the script to the damage to his chest.* (En este punto desvirtúa la historia, no hay una referencia previa en el guión de enfermedad en los pulmones.)

Sus dos últimas notas: en la escena 320, tacha la segunda oración en el parlamento de Santiago: *Bring any oí the papers of the time that I was gone. I want to read about the baseball.* (Trae cualquiera de los periódicos del tiempo en que estuve ausente. *Quiero enterarme de la pelota.*) En la escena siguiente, en la cual el muchacho, Manolín, se aleja llorando de la cabaña de Santiago, Hemingway escribe que se insista en el malestar del pecho que siente el anciano.

100

Miguel Angel Quevedo era propietario de *Bohemia*, la revista cubana de mayor circulación. Sus inclinaciones sexuales eran notorias. Se enorgullecía de que en una finca de su propiedad, donde se celebraban semanalmente fiestas que reunían a los más importantes empresarios y políticos del país, nunca había entrado una mujer. El triunfo revolucionario de 1959 se convirtió en una tragedia para él. Se fue del país en 1960.

Organizó la tirada de su revista en diferentes capitales latinoamericanas, aunque con una variante en el nombre: *Bohemia Libre*. Después, se suicidó en Caracas en 1970. Pero en 1955 era el zar de la

prensa en Cuba y se había ofendido por el hecho de que *Life* se le adelantara con la publicación de *El viejo y el mar*. Hizo algunas gestiones, presionó a la embajada norteamericana y logró publicar una traducción completa de la novela. El caricaturista David cuenta que Quevedo lo llamó una tarde y le dijo: «Tú que conoces a todo el mundo, ve a ver a Hemingway y dile que quiero publicar su relato.» Bueno, pero a Hemingway no lo conozco mucho.» «No importa, dile que quiero publicar ese libro.» Localizado en el Floridita, Hemingway aceptó la proposición de 5 000 pesos. Puso dos condiciones: que el traductor fuera Lino Novás Calvo y que los 5 000 pesos fueran invertidos en la compra de aparatos de televisión que él donaría a los enfermos del sanatorio El Rincón. No está claro qué ocurrió finalmente con esos honorarios. Una docena de documentos que evidencian algunas irregularidades, se conservan en Finca Vigía. En estas cartas la administración de *Bohemia* se apresura a explicar a Hemingway que los televisores van a ser adquiridos próximamente, o que ya están a punto de ser instalados en el sanatorio. Hay una carta de Lino Novás Calvo explicándole a Hemingway que él no tiene nada que ver con las irregularidades de esa administración. Le preocupa el largo silencio sostenido por Hemingway y que no responda a sus llamadas telefónicas. La historia termina con los televisores instalados, y, años después, en la década del 60, con Lino Novás Calvo convertido en uno de los escritores cubanos contrarrevolucionarios residentes en Miami y jefe de redacción de *Bohemia Libre*, y la finca de Quevedo, en la que se prohibía la entrada de mujeres, transformada en el primer campamento de jóvenes revolucionarias que pasaban su instrucción como milicianas: el Batallón «Lidia Doce».

El médico Herrera Sotolongo sostiene que el «cáncer en la piel» que se atribuye al pescador Santiago, no existe científicamente, y que él. Herrera Sotolongo, discutió con Hemingway, pero el escritor insistió en dejar esta enfermedad de su invención, no con idea de mostrarse obstinado, sino para actuar con cierta libertad artística. La enfermedad de Santiago podía ser un cloasma, pero eso no es un cáncer de la piel, «un benigno cáncer de la piel», como dice la narración. «Lo que tiene Santiago —insistía Herrera Sotolongo a Hemingway— es un cloasma.» Esta enfermedad puede producirse si uno se expone demasiado al sol. La piel suelta unas escamitas, lo que le ocurría a Hemingway, que siempre se las estaba rascando y quitando con las manos, mientras Herrera Sotolongo lo reprendía diciéndole que «se dejara eso».

El otro médico amigo de la finca, Cucu Kholy, tampoco estaba de acuerdo con el diagnóstico. Pero Hemingway insistió en que ese era el padecimiento de su personaje. Y así lo dejó.

Hemingway —como es de suponer— padeció de cloasma desde la época de sus aventuras antisubmarinistas en el *Pilar* debido a prolongadas exposiciones al sol. Su organismo mostraba una evidente debilidad frente al sol: costras de quemaduras, pequeña hipertrofia de piel, escamas en la frente y nariz. Para protegerse, se afeitaba con una máquina eléctrica de cortar el pelo, o sea, ni cuchilla ni navaja, y solía pasar hasta un mes sin rasurarse para evitar dañar la piel ya afectada por el cloasma. Acostumbraba mantener su cabello con un largo de 3 ó 4 centímetros.

Otras escamas que soltaba Hemingway eran producto de un eczema seborreico que, además, le mantenía las cejas rojas. «Se pasaba todo el día sacándose escamas de la nariz», dice Herrera Sotolongo. «Era una de sus manías.»

fuerzas aéreas norteamericana y canadiense que tenían la misión de bombardear las instalaciones militares en Ciudad Trujillo y otros lugares estratégicos de la República Dominicana. «Estos hombre», según el informe dominicano, estuvieron alojados en la hacienda del novelista norteamericano Ernest Hemingway, cerca de La Habana, Cuba, quien en varias ocasiones también actuó como vocero de los revolucionarios. Los aviadores norteamericanos complicados en el complot, recientemente regresaron a Miami, Florida, declarando que, aunque habían sido bien alimentados y provistos de bebidas en casa de Hemingway, no se les habían pagado las sumas que les habían ofrecido por su participación en la aventura. Algunos de ellos recibieron solo unos cien dólares de los 6 000 a 8 000 dólares que a cada uno de ellos les habían prometido. Asegura el informe que se ha podido comprobar que las bombas que se hallaron a bordo de los aviones que tenían los revolucionarios pertenecían a un embarque que fue vendido por la Administración de Sobrantes de Guerra norteamericanos al gobierno de Venezuela. Señala también el informe «una consistente apatía por parte del gobierno cubano ante las pruebas documentales que se le presentaron sobre las actividades revolucionarias», y añade que aun después que un agente del gobierno dominicano fue informado por el vocero revolucionario Ernest Hemingway de que el ejército invasor «había aumentado a siete mil hombres», y que el entrenamiento de esas fuerzas se estaba realizando públicamente en distintos lugares de Cuba, el gobierno del presidente Grau San Martín desmintió los rumores de que existiera el movimiento. En el centro de información dominicano de Nueva York se dijo también que las informaciones sobre el arresto de las fuerzas invasoras y la ocupación de sus armamentos por el ejército cubano aún se expone por la prensa dominicana como prueba de que existió la conspiración sobre la cual muchos periódicos en los Estados Unidos y otros países americanos habían expresado dudas. Esta vez Hemingway tuvo que huir. Su nombre aparecía vinculado a lo que se describía como «un complot internacional». Se trataba en rigor de un plan que un grupo de cubanos y exiliados dominicanos pensaba llevar a cabo para derrocar la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo. El

plan era supuestamente secreto, pero en La Habana todo el mundo lo conocía, incluidas, desde luego, las embajadas.

La expedición estaba bajo los auspicios de Ramón Grau San Martín, el presidente cubano. El superobjetivo que perseguía era lavar su imagen pública y promover a José Alemán, ministro de Educación y protegido suyo, como candidato favorito en las elecciones presidenciales de 1948. Alemán surgiría como una especie de héroe entre los expedicionarios. Se daba por seguro que estaba «canalizando la ayuda financiera al proyecto de invasión».

Unos 1 200 voluntarios participaban en la empresa, cubanos en su mayoría. Se entrenaron en Cayo Confites durante más de tres meses; disponían de un armamento considerable que incluía buques de desembarco. Cierta número de aviones de caza también participaría en la operación. Uno de los combatientes era el líder universitario Fidel Castro. Estaba al mando de un pelotón y terminó como jefe de compañía. Se destacaba por su aplicación en las clases de infantería y de tiro real y por el buen humor con que soportaba las plagas de mosquitos. Pero estaba obligado a estimular los mecanismos de supervivencia en la reducida área de un islote donde enemigos suyos tan peligrosos y experimentados como Rolando Masferrer tenían la más alta jerarquía.

Las especulaciones sobre los entresijos de la operación son múltiples todavía hoy. Grau San Martín había concebido una maniobra oportunista y demagógica. Pero se calcula que invirtió un millón de dólares en ella. Es difícil determinar hasta dónde estaba dispuesto a llevar su juego. Trujillo era un blanco perfectamente batible desde el punto de vista político. «La sola mención de su nombre —al decir de un cronista— bastaba para provocar descargas adrenalínicas en cualquier demócrata.» Es evidente, además, que Grau San Martín quiso aprovechar un momento de auge del movimiento revolucionario en la región —Jacobó Arbenz era el presidente de Guatemala y Rómulo Betancourt el de Venezuela—. Sin embargo, la operación cobraba

impulso por día y Grau San Martín decidió que se le había escapado de su control. Estaba claro que algunos de los hombres de cayo Confites se aprestaban realmente para lanzarse sobre la capital dominicana. Y era imponente la algarabía que estaban orquestando los diplomáticos trujillistas.

La expedición abortó cuando el general Genovevo Pérez Dámera, jefe del ejército cubano, ordenó que las unidades de la Marina de Guerra apresaran al personal de cayo Confites. Un auténtico general de opereta, melindroso y sibarita, cuyo peso alcanzaba las 312 libras, había ganado notoriedad como «un tipo muy ducho para los negocios». Sobornado con miles de dólares por el dictador dominicano, Genovevo declaró que actuaba «en pro de la paz y la concordia» al movilizar sus fuerzas contra el islote.

Fue entonces que Rolando Masferrer, jefe de uno de los batallones expedicionarios, decidió plegarse a lo que él llamó «las nuevas circunstancias». Masferrer había luchado en el bando republicano durante la Guerra Civil Española. Había sido miembro del Partido Comunista, pero desertó de sus filas para ganar una sólida reputación como pistolero y político corrompido. A la vista de los buques que cercaban el cayo, entregó a todos sus hombres y consumó la traición.



No obstante, hubo un combatiente por lo menos que no pudo ser reducido a la obediencia. «Tuve la convicción —comentaría 37 años después— de que la amargura y la frustración no son más que impedimentas cuando se conoce el fracaso.» Fidel Castro estaba a bordo de un barco que logró zarpar del cayó. El barco fue detenido por una fragata horas más tarde, a la altura de Moa. Pero él ganaría tierra de cualquier manera. Se había agenciado una balsa de goma y la había cargado con un alijo de armas. «Me hice el propósito de no dejarme atrapar y de salvar las armas que pudiera.»

A todas estas, el nombre de Ernest Hemingway se mencionaba enfáticamente en relación con el *dossier* de cayó Confites. «La invasión planeada —afirma Lionel Martin, decano de los corresponsales extranjeros en La Habana— saltó a conocimiento de la opinión internacional cuando Trujillo acusó a Ernest Hemingway de ser un declarado propagandista de la empresa.» La acusación resultaba exagerada.



Mary Welsh, en *How It Was*, relata que una de sus bucólicas tardes en Finca Vigía fue interrumpida por el asalto de una tropa en zafarrancho de combate. Un periódico de Miami, explica Mary, había publicado que el cuartel donde se suponían ocultos los pilotos contratados para la invasión «era la casa de un escritor norteamericano, no muy lejos de La Habana. La casa, lo supimos luego, era la de J. P. McEvoy, un editor del *Readers Digest*».

Podía haber sido una de las conspiraciones en las que Hemingway se comprometiera con un espíritu ligeramente deportivo o motivado por la nostalgia de los años de la Guerra Civil Española.

Herrera Sotolongo confirma su participación:

Ernesto se puso misterioso en esos días. Ya había dado bastante dinero para lo de Confites. Entonces supimos que iban a detenerlo. Así que fui a las oficinas de Aerovías Q, que estaban en la calle Prado, y saqué un pasaje para Cayo Hueso. Llegamos al aeropuerto antes de que

partiera la nave. Cuando fueron a registrar la finca, ya él estaba en



Estados Unidos.

El

teniente Correa, al mando de un pelotón de Roldados con armas largas, se presentó esa tarde en Finca Vigía. Cuando Mary quiso sacarlos de la casa, Correa le apuntó con su pistola calibre 45. Correa había participado en la Guerra Civil Española, y lo que ganó allí en realidad fue cierta notoriedad como atracador, escudándose en su fachada de «revolucionario». Al mando de lo que él llamaba la «Cheka particular», había robado joyas y otros artículos de valor; también se había distinguido asesinando a algunos adversarios políticos por el sistema que llamaba «el paseo». Correa asoló La Habana en los años 40 y terminó haciendo «carrera militar». Lo ajusticiaron en la insurrección contra Batista. Se había convertido en confidente y guardaespaldas de un odiado personaje, Eusebio Mujal, jefe de la confederación obrera de Batista. Bien, termino mi historia. Mary se quitó a Correa de encima diciéndole que no le apuntara con esa pistola porque tenía «un muchacho en la barriga» y porque ella era capitán, del ejército norteamericano.

Mary salvó la vida, pero no pudo impedir que Correa se llevara las armas de Hemingway. Las devolvieron al otro día, gracias a gestiones

realizadas por Herrera Sotolongo. Una semana más tarde Hemingway regresó a La Habana, cogió su arsenal, se fue a bordo del *Pilar* y lo tiró todo al fondo de la bahía, en un —recodo frente al poblado de Casablanca. Herrera Sotolongo desaprobó la acción de su amigo, especialmente por una Luger que fue incluida en la operación de limpieza.

Hemingway estaba al corriente de las conspiraciones habaneras que surgieron entre los años 30 y finales de los 40.

En su crónica de 1949, «El Gran Río Azul», describe su salida a bordo del *Pilar* del puerto de La Habana y dice que «al otro lado de la boca del puerto se elevan los muros de la fortaleza de La Cabaña, cuyos sillares tienen un color rojo amarillento por la acción atmosférica, y donde muchos amigos míos han cumplido condena por delitos políticos». En 1951, en otra crónica «El disparo», relata que dos fugitivos políticos lograron sacarle 500 pesos (en realidad fueron 200, según el testimonio de Herrera Sotolongo) para irse del país porque se les acusaba «injustamente» de haber viajado en el segundo de los dos automóviles desde los cuales se disparó contra un grupo, causando dos muertos y cinco heridos, «por aquello de ojo por ojo y diente por diente». El primer vehículo pasó por delante de la casa en la que se encontraba el grupo en cuestión. Se hicieron algunos disparos con objeto de provocarlos para que salieran a la calle. Lo hicieron pistola en mano y con actitud desafiante. Enseguida pasó el segundo vehículo y los acribilló.

Este hombre dijo que se le acusaba falsamente de ser uno de los principales promotores de aquel atentado y aseguró haber tenido amistad con un amigo mío, que murió a tiros en la calle. Cuando lo asesinaron llevaba 35 centavos en el bolsillo y no poseía fortuna. Hemingway estaba hablando de Manolo Castro, ametrallado el 22 de febrero de 1948. Grau San Martín había nombrado a Manolo Castro

director de deportes, a pesar de su implicación en ciertos hechos de sangre, como el exitoso atentado contra el profesor universitario Raúl Fernández Fiallo. Con más de 30 años de edad y miembro del gobierno, Manolo Castro siguió registrado en la escuela de ingeniería de la Universidad. Se suponía que enseñaba en el Departamento de Diseño. Se le seguía considerando miembro de la Legión Revolucionaria, pero colaboraba con Rolando Masferrer.

103

JULIO SUAREZ ha nacido dos veces. Primero de una manera natural y humana. Su madre lo bautizó con el sonoro nombre de Indamiro y del padre heredó el no menos eufónico apellido Restano. El segundo y definitivo nacimiento se produjo en la Sierra Maestra, en los días de la batalla contra la dictadura de Fulgencio Batista.

Procedente de la lucha clandestina, Indamiro Restano fue enviado a La Plata, donde se encontraba la comandancia guerrillera de Fidel Castro. Al presentarse, el jefe de la revolución le hizo repetir en dos ocasiones la insólita combinación de nombre y apellido, tan extraña para un oído acostumbrado a las llanezas de los Pedros y los García, los Juanes y los González. En un arranque del mejor humor criollo, el líder guerrillero le recomendó que renunciara a aquel complejo santo y seña y le sugirió que se pusiera, por ejemplo, Julio Suárez.

Ahí mismo comenzó a morir Indamiro Restano.

Al terminar la guerra de liberación, el luchador clandestino de apellido Restano entró en La Habana con un descolorido uniforme, una barba poblada, un nombre nuevo y un atributo: capitán Julio Suárez.

Mucho antes de esa guerra, había iniciado su amistad con Ernest Hemingway.

En 1942, el escritor, manejando un sedán convertible, se presentó en las oficinas del Partido Comunista en La Habana y preguntó por una dirección. Julio Suárez rememora el encuentro:

Se veía joven. Tenía un vago acento extranjero y hablaba muy despacio el español. Entablamos una conversación y yo le dije que tenía mis opiniones sobre «Los asesinos». «Pues si tienes opiniones, monta», dijo, y me abrió la puerta del automóvil. Me llevó a la finca; allí un criado sirvió rebanadas de pan, mantequilla, té y whisky; él se sirvió un vaso, *un vaso completo*, y le echó dos o tres pedazos de hielo. Se acostó en el sofá. «Yo tengo dinero en todos los bancos del mundo, pero donde más dinero tengo es en la URSS, allí editan mis libros y se leen», me dijo. Yo, por mi parte, estaba loco por desplegar una labor de proselitismo con él; quería hacer comunista al resto del mundo. Algunos pequeños detalles me impresionaron, por ejemplo, tenía sus uñas sin cortar. Dijo que nunca se cortaba las uñas, que no se las había cortado en su vida. ¿Todas las uñas? No sé. Pero sí recuerdo las de los pulgares, que le daban la vuelta al dedo y que estaban muy pulidas. Sencillamente, no parecía preocuparse por estas cosas.





En estas páginas: colocando una cebra muerta como cebo para cazar leopardos. (Look Magazine — Copyright 1954. Cowles Communication)



En una ocasión lo vi con el short rajado y el fondillo al aire. Ese día conversábamos sobre el Partido Demócrata y el Republicano. «Vaya, que el pueblo americano si no lo fríen en manteca lo fríen en aceite», le decía yo.

El día que le dieron la Medalla de Bronce, me dijo: «Perdóname, Restanito, pero hoy me van a condecorar.» Vestía muy elegante ese día. «Me dan la medalla por mis crónicas de guerra.» También me impresionó la cantidad de camisas que tenía colgadas de una percha. Todas blancas y planchadas. «Yo no sé para qué tantas camisas. En Cuba hay mucho calor, hay que usar poca ropa. O ninguna», decía

Hemingway.

Yo era muy joven y él no me refutaba mis descargas; yo me imagino que para no defraudarme. Me escuchaba mucho. Yo quería convencerlo de que se hiciera comunista. Hablábamos mucho de la guerra en Europa y del Segundo Frente. Él, medio que me esquivaba. Los yanquis no acababan de abrir el Segundo Frente y él decía que eso no era fácil, que tenía que ser poco a poco. Yo le decía: «Sí, pero ustedes pueden hacer un destroy diario.» «Eso es el resultado del pago a destajo», respondía él. Stalin también ganaría la guerra a destajo. Discutíamos sobre aquella coalición política tan compleja formada por la guerra. Yo admiraba al Ejército Rojo. Una admiración que él compartía.

104

Samuel Feijoo dice que acostumbraba ir a Cojímar, desde Casablanca, en un trencito que costaba un medio. Allí alquilaba un bote por un peso; por esa cantidad podía estar toda la tarde remando. Cierta tarde remontó el río Cojímar, solo, hacia escenarios casi desconocidos, unos lugares donde hay «unos farallones preciosos, unos secos y una retumbancia con eco»; llevaba unas acuarelas y un lienzo y allí, en un islote de arena, él encalló su bote, para aprovechar la soledad y ponerse a pintar.

A Samuel Feijóo, que es uno de los artistas cubanos más inquietos y versátiles, le gustan las costas y los remansos de agua; le gustan la soledad y las piedras y ver los peces trasluciendo en el agua y la caída del sol y los paisajes. Es lógico, pues, que un día Hemingway se encontrara con Samuel Feijóo en uno de esos caminos de nadie. Y se encontraron, allá por el año 1940.

Dice Feijóo que aquella tarde vio acercarse un bote con un extranjero fuerte, musculoso, colorado, grande, que venía con algunas botellas en la proa. El hombre pasó remando por su lado y remó un poquito más y enseguida dio una vuelta y le preguntó en voz alta, en

inglés: «¿Puedo llegar?» Feijóo se molestó. No le gustaban las interrupciones. Pero le dijo que sí, que se acercara.

El norteamericano se sentó a su lado y le dijo que aquella acuarela era muy buena.

—¿Usted entiende de pintura?

—Sí, conozco de pintura. He estado en París y conozco bastante de eso. Y esta es una buena acuarela. Y este es un buen lugar para pintarlo.

Al final descargaron sobre diversas cosas, aunque el tema central fue la soledad de ambos hombres. En realidad, se habían encontrado en aquel islote porque cada cual buscaba por su lado lo mismo.

—Yo di la vuelta porque vi su acuarela y vi un diamante. —Y enfatizó—: *A diamond!*

Feijóo dice ahora: «Mis acuarelas eran muy buenas. *Son* muy buenas. Las tengo guardadas. Chagall me quiso cambiar una en Nueva York. Pero yo le dije que de eso nada. Tonto que fui. Ahora la vendería por 40 000 dólares y tendría dinero para comprar materiales que me hacen falta.»





En esta página y la que sigue: cervatillos cruzando la noche africana; los alumbran los reflectores del Land Rover de Hemingway. Las fotografías proceden de una hoja de contacto. (Look Magazine. Copyright 1954. Cowles Communication)





Sigue sobre Hemingway: «Empezamos a hablar de la soledad. Le expliqué por qué iba hasta allí a pintar. Él me dijo que lo hacía por lo mismo. Que buscaba estar solo porque se hastiaba del mundo que lo rodeaba. Se enfurecía con la gente. Que era un incomprendido, sin verdaderos amigos. Que todos los que lo rodeaban lo hacían por su fama, porque era un escritor famoso. Que sus amigos estaban en dependencia de su fama.»

Feijóo no le había preguntado quién era. Sólo había leído de él, en inglés, *A Farewell to Arms*.

Y Hemingway comenzó a gimotear.

Feijóo le dijo que traía alguna compañía en la proa del bote: las botellas de whisky. «No. Esa no es una compañía. Ni siquiera me emborracho. Esa es una salida que yo tengo para escapar un poco del mundo.» Hemingway lloraba un poco más fuerte. Feijóo empezó a pasarle la mano por la cabeza como si fuera su hijo y a decirle: «Coño, chico, no debes llorar así. No debes ponerte así.»

—En definitiva, nuestro problema es que somos unos fracasados hasta la muerte —dijo Feijóo.

«¡Ah! ¡Cómo le gustó esa frase!», recuerda Feijóo.

“¡FRACASADOS HASTA LA MUERTE!”, repitió Hemingway con su tremendo vozarrón, y entonces se le salieron, no dos lágrimas, sino dos chorros de lágrimas. Un hombre muy fuerte, muy vigoroso, y lloraba con mucho entusiasmo. Seguí consolándolo y diciéndole que no llorara así. Yo era un muchachón todavía. Él me llevaba como 15 años. Luego se puso a cantar, con una voz bellísima, que retumbaba en aquellos farallones. Me enseñó una canción:

Don't seat under the apple treewith anyone else but me.
«Y lloraba, lloraba como nunca había visto a nadie llorar».

«Al final, después de tres o cuatro horas de descarga, me llevó de regreso a Cojímar. Amarró mi bote al suyo y lo fue arrastrando. Quería remar él solo. Yo le respondí que no, que yo quería remar. Me dijo que necesitaba hacer ejercicio. Le dije que yo también lo necesitaba. Entramos los dos remando a Cojímar, él por una banda y yo por la otra».

«Entonces, al llegar a los muelles, todo el mundo comenzó a saludarlo: putas, chulos, contrabandistas. “Heming, Heming”, lo llamaban. Fue cuando me di cuenta de que era Hemingway. Pero él estaba muy necesitado de cariño y aquella gente se lo daba de alguna manera, y le dije: “Esta gente es como el agua sucia. Todos están aquí por la propina que usted va a darles.” “No me importa el color del agua. Lo que yo necesito es bebería”, dijo Hemingway.»

En La Terraza invitó a Feijóo a comer algo. Hemingway pidió una langosta termidor, y dijo: «Necesito afecto, no importa de donde venga.»

Feijóo recuerda que hablaron de *Adiós a las armas*. «Era un libro que quería mucho. Le dije que me había gustado la interpretación que hacía Gary Cooper en la primera versión de la película. Después nos encontramos otras veces. Pero el tipo de gente que lo rodeaba no me

agradó.»

—¿Qué te pareció ese libro (*Adiós a las armas*)? —quiso saber Hemingway.

—Es el resultado del trabajo de un artista —dijo Feijóo.

—Pero fue necesario tener cojones para hacerlo. Muchos tienen el genio pero no tienen los cojones. Dilapidan su genio porque no tienen el valor para hacer nada con él.

En otro momento dijo:

—Busco la solidaridad. Por eso vengo a Cuba.

—Pero aquí la vida es terrible.

—Sí, pero en mi país es peor. Por lo menos aquí te sonríe cualquiera. Eso es verdad.

105

Viento en popa

Es COMPLEJA la opinión del Poeta Nacional de Cuba sobre el Dios de Bronce de la Literatura Norteamericana. Nicolás Guillén dice para empezar que Hemingway hablaba mal el español, con acento. «Yo le decía, tú debes hablar más con P. P.

Y él me preguntaba, qué son esas pes. Yo le respondía, putas y peones.»

Pero Hemingway no necesitaba ningún estímulo para mostrarse menos inhibido:

Recuerdo que él hizo algo realmente grosero una de las veces que fui a pescar en su lancha. Éramos cinco personas a bordo: Hemingway, su mujer, el patrón de la lancha, una señora encopetada (que me presentaron como una norteamericana muy prominente) y yo. Hemingway se sentó entonces con un trago en la mano, y fue después que pasamos el Morro y ganamos el mar abierto, cuando pudo escucharse un sonido explosivo y grueso por encima del ronroneo habitual de los motores. Había sido una detonación fuerte y sostenida y su origen era inconfundible: «¡Ernest!», protestó Mary. Hemingway levantó la pierna y volvió a la carga. «*Oh, God!*», exclamó Mary. Hemingway había repetido la operación. Mantenía el rostro imperturbable y el trago en la mano. Yo no sabía qué hacer en una situación como esa. Pero la navegación continuó con viento en popa y a todo motor. Otros recuerdos del cubano incluyen una valoración de la presencia del norteamericano en España:

Hemingway había tenido una posición interesante respecto a la Guerra Civil Española. Vivía en Madrid cerca de la telefónica, y su hotel era bombardeado regularmente... Pero no conocía a los cubanos. Tengo mis experiencias. Hemingway tradujo la primera parte de mi poema «*West Indies Ltd.*», pero solo la primera parte, donde existen algunos giros que, separados del contexto general, pueden tomarse como peyorativos para el pueblo, porque es después, cuando avanza, que el poema crece y adquiere su sentido, la dimensión verdadera... En España nos vimos, cómo no, por aquella misión que tenía Ramón Nicolau, *Monguito*, y nos encontramos también en la Alianza de Intelectuales de Madrid. De esto último hay una foto en la que aparecen Langston Hughes, Mijail Koltzov, Hemingway y un servidor. Los cuatro con los brazos por encima. ¿O sólo Hemingway con sus brazos largos por encima de los otros tres?

La consagración de la primavera

Alejo Carpentier era el protagonista de una de las historias que debían ser investigadas a propósito de las estancias de Hemingway en Cuba. Se trataba de un asunto relacionado con casi la mitad de los tipos más importantes de la literatura contemporánea, o, por lo menos, de aquellos que deambularon una vez por la margen izquierda del Sena. Y tiene que ver con cuatro, cinco o seis cajas de whisky que estuvieron llenas con el epistolario de Hemingway y cuyo contenido —ese importante tesoro documental— fue a parar a una hoguera que ardió durante un par de horas en Finca Vigía.

Lisandro Otero, el novelista, fue el primero que mencionó el asunto. El autor de este libro comenzó su trabajo en julio o agosto de 1973 y Otero le dijo: «¿Qué has encontrado en la finca? ¿Documentos?»

Las primeras exploraciones habían arrojado un saldo interesante de cartas, aunque la cantidad era modesta, y casi todas se concentraban en cuestiones familiares, íntimas; era un buen material desde todo punto de vista, pero siempre hubo la aspiración de encontrar la correspondencia de Hemingway con Gertrude Stein, Scott Fitzgerald y Sherwood Anderson, por lo menos. Otero dijo que era imposible encontrarla. Había ardido en la hoguera que Mary Welsh preparó unas semanas después del suicidio de su marido, en julio de 1961, cuando ella regresó a Cuba para recoger sus pertenencias. Según el relato, Mary ordenó a un criado que le trajera una lata de gasolina y la media docena de cajas de whisky en la que se guardaba la correspondencia. Abrió un claro en la tierra y comenzó a arrojar las cartas allí. Alejo Carpentier había sido testigo de la operación.

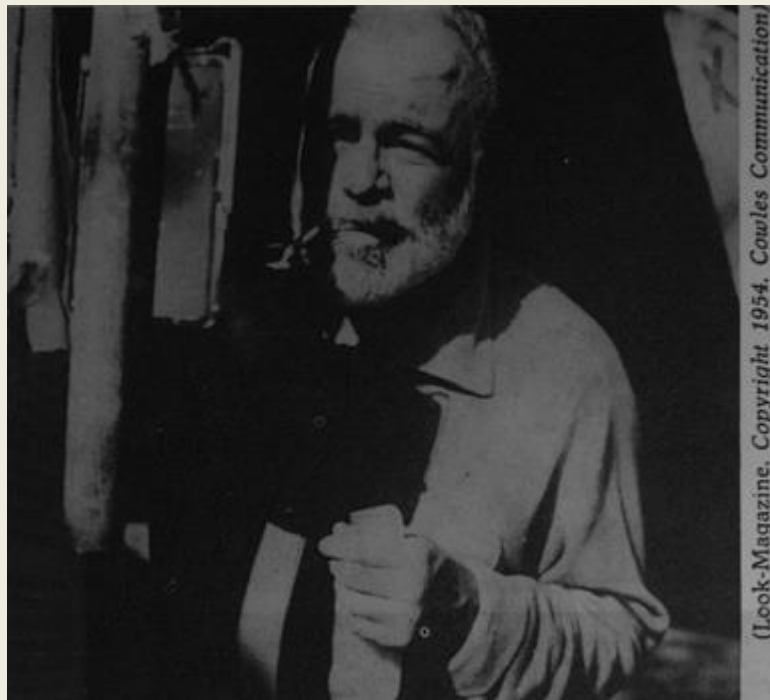
Otros escritores cubanos conocían el relato por boca del propio Carpentier. La anécdota había sido hecha por él a dos poetas: Pablo Armando Fernández y Roberto Branly. Y ambos, al iniciarse esta investigación, citaron el caso y se lamentaron de que Mary Welsh hubiese tenido oportunidad de incinerar el epistolario. Carpentier había explicado que Mary le había dicho que esa era la decisión plasmada en el testamento de Hemingway: su correspondencia personal debía ser «pasto de las llamas».

—He visto *argder* las *cargtas* más fabulosas —dijo Pablo Armando, haciendo una deliciosa imitación de Carpentier, incluidos la dicción afrancesada y el gesto de abrir los brazos con asombro—. Las *cargtas* de Scott Fitzgerald, de la Stein y de Joyce. ¡*Cargtas* de Joyce!

Los antecedentes son los siguientes: Mary Welsh viajó a Cuba desde Estados Unidos apenas unas semanas después del entierro de Hemingway con el propósito de recoger los manuscritos inéditos de su esposo que se encontraban en una caja de seguridad del Banco Nacional de Cuba, en la Agencia 4 - 10 - 06, entre los cuales se hallaba el original de *Islas en el Golfo* y con toda probabilidad algunas partes de *París era una fiesta* y cuentos inéditos de Nick Adams y el borrador de *The Garden of Eden*; venía a recoger también los cuadros, algunos libros y la correspondencia. Por esos días Fidel Castro la visitó en Finca Vigía y entre los dos convinieron en crear el museo. Entonces, una tarde, Mary Welsh llamó por teléfono a Carpentier y solicitó su compañía.

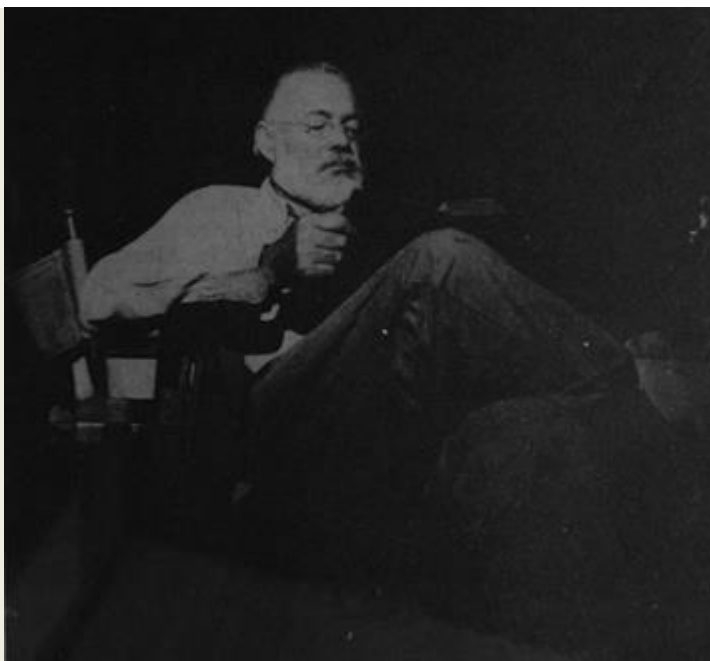
Resultaría una escena vivida y hermosa: la viuda de Hemingway, acuclillada frente a una fogata en el patio exuberante de Finca Vigía, mientras lanzaba lentamente al fuego la correspondencia personal del Dios de Bronce de la Literatura Norteamericana. Mary le alcanzaba las cartas a Carpentier y este las leía por última vez antes de que se convirtieran en cenizas. «Había allí y ardieron las cartas más fabulosas de Scott Fitzgerald, de la Stein y de Sherwood Anderson. Y, sobre todo, las cartas maravillosas de Joyce», según recordaba Pablo Armando, del relato hecho a él por Carpentier.

Y por supuesto, el día que el autor se entrevistó con Carpentier para precisar la información, su respuesta fue el asombro, el estupor, la negativa más absoluta. «Yo nunca participé en ceremonia semejante.» «Es lo que me han informado personas diferentes: Otero, Branly, Pablo Armando...» «No, no, ellos deben estar en un error, no recuerdo nada por el estilo.» «Ellos dicen que usted decía que había leído cartas increíbles de Joyce y de Scott Fitzgerald.» «No, amigo mío, puede tener la seguridad de que ese último lector de las cartas de Hemingway no fui yo.»









Hay muchas maneras para que en Cuba se creen leyendas de ese tipo, y es probable que una visita de Carpentier a Finca Vigía haya sido el origen de esta.

La entrevista del autor con Carpentier tuvo lugar uno de los primeros días de enero de 1975, en la habitación 240 del hotel Nacional, en La Habana. Era una cálida tarde de invierno cubano. Pero resultaba inadecuada la asepsia de aquella habitación, que en realidad era el recibidor de una suite de ese hotel. Carpentier parecía un dios indio. Estaba sentado y se levantó para saludar. La entrevista había sido concertada a través de un tercer amigo, Roberto Ramos. Carpentier invitó a un trago y dijo enseguida que trataría de colaborar en el empeño, pero que no creía que pudiera ser de mucha utilidad. Dos afiches que el Consejo Nacional de Cultura había editado con motivo del 70 aniversario del novelista descansaban en el piso, montados en sus bastidores de madera.

En el transcurso de la entrevista, Carpentier pareció navegar contra la corriente. Hacía resistencia al tema, y al personaje. Cada vez

que se le presentaba una oportunidad, saltaba a otra cosa, y entonces su conversación avanzaba con fluidez. Cuando el tema Hemingway transcurría mejor era cuando recordaba situaciones que parecían elaboradas literariamente, con toda seguridad pasajes que ya había trabajado como novelista. Este fue el caso de su relato del último encuentro con Hemingway en La Habana, cuando lo vio en el Floridita y Hemingway estaba sumido en la más intensa soledad, frente a una copa que contenía un trago llamado Colonial.

La primera pregunta a Carpentier fue la opinión que le merecía *Tener y no tener*. Podía resultar revelador el criterio del escritor barroco que tantas veces había escrito sobre La Habana y que había encontrado un estilo y la debida acumulación de palabras para describir una ciudad a su vez recargada de ornamentos y escuelas arquitectónicas diversas y la diferencia con la casi telegráfica y metódica descripción hemingwayana que aparecía en las primeras páginas de *Tener y no tener*. Carpentier confesó que no conocía esa novela e hizo algunas preguntas sobre su ambientación y trama.

«Bien —dijo Carpentier—, Hemingway no andaba con gente interesante, sino con tipos que se vanagloriaban de ser amigos de Hemingway. Lo más seguro es que esta gente nunca hubiese leído uno de sus libros. A él lo conocí en París en los años 20. Entonces no había control del cambio y un franco era libremente convertible. Yo obtenía hasta 4 500 francos por 75 dólares. Era una buena cantidad. Yo pienso que esta era una de las razones para que allá hubiese tantos artistas norteamericanos. La realidad es que cuando vino el control del cambio, todos ellos salieron corriendo».

«Siempre me dije: bien, la *generation perdue* y la cultura que están absorbiendo tienen que ver con el cambio de la moneda».



En esta página y las que siguen: un guerrero masai ejecuta una danza ritual en honor al león muerto. (Look Magazine. Copyright 1954. Cowles Communication)







Allí estaban ellos: Henry Miller, Sherwood Anderson, la Stein, Scott Fitzgerald y el famoso hombre duro: Hemingway.

«Le digo lo siguiente sobre Hemingway: yo guardo un amoroso recuerdo por *The Sun Also Rises* [Fiesta] y por sus descripciones de Montparnasse. Si alguna vez sus descripciones de La Habana fueron fallidas, o no complacientes, sus descripciones de Montparnasse eran *vividas y hermosas*».

«También guardo el recuerdo del mundo de los vascos franceses descritos en la misma novela. *The Sun Also Rises* es una gran obra.»

Carpentier recuerda los años 30 cubanos: «Ah, Evan Shipman estaba de pesquería con Hemingway hacia 1933, cuando vieron una lancha de la policía machadista desde la que lanzaban cadáveres al agua, en la corriente del Golfo, y Evan me lo contó luego en París»; Carpentier utilizaría la anécdota en *La consagración de la primavera*:

Una noche, estando en alta mar, nos tropezamos con una lancha de la policía machadista. Sí. Que llevaba cuatro cadáveres atravesados en la proa. Vieron que la embarcación de Ernest era de matrícula yanqui, de Tampa, y por eso no acabaron con nosotros; mas en el acto tiraron los cadáveres al agua. Venían lastrados, porque no salieron a la superficie. Se hundieron como plomo... Serían estudiantes, obreros, seguramente... Fue el homenaje final del escritor barroco al hombre del iceberg en su última gran novela. En ella, Carpentier se refiere primeramente a la cuestión de la comida en la Guerra Civil Española y las dificultades que podían crear las diferencias de gustos de los brigadistas con respecto a los alimentos, hombres de nacionalidades tan diferentes («el pimentón ha creado todo un problema»), y luego dice que «había de todo en la lancha de Hemingway en la que salíamos a pescar, de Cojímar...» y narra la anécdota que pone en boca de Evan Shipman. Carpentier relató también que tuvo encuentros con Hemingway en el transcurso de la Guerra Civil Española, y que, a veces en París, ciertas familias hacían *open house* los sábados por la tarde y que allí con frecuencia se había encontrado con «el hombre duro».

Más tarde, el autor de *El siglo de las luces* compara a Hemingway con uno de los más grandes periodistas cubanos de todos los tiempos, caído en combate como comisario de guerra en España: «Pablo de la Torriente Brau... uno de los mejores escritores jóvenes de mi país; su estilo tenía muchos paralelos con el “estilo brutal” de tu amigo Hemingway, aunque no pienso que Pablo hubiese pensado en buscarse modelos literarios; era lo menos “literato” posible.»



Al principio de la conversación hubo un momento en que la nostalgia del pasado heroico entusiasmó a Carpentier y habló del joven Malraux; dijo que lo habían criticado cuando salió a hacer sus excavaciones en Asia, a encontrar los secretos de lejanas culturas y civilizaciones. «Entonces los franceses se preguntaron para qué ir allá. Qué tenía que ver aquello con la cultura occidental. Eso fue entonces, pero André continuó...»

«Pero, señores míos —exclamó entonces Carpentier, dirigiéndose a obtusos fantasmas del pasado—, no se dan cuenta de que la cultura precisamente comienza ahí. Cuando alguien es capaz de unir dos puntos aparentemente divergentes, cuando halla la comunión entre dos puntos diversos, es que es verdaderamente culto. La cultura comienza ahí.» Carpentier trazó un triángulo con las manos. Lo vio y dijo: «Es como hacer un triángulo.»

Sin embargo, sus últimos recuerdos sobre Malraux son amargos: un Malraux que había aparecido en la televisión balbuceante y viejo a causa de un cáncer en la garganta.

Carpentier recuerda con entusiasmo a otros amigos: Antoine de Saint-Exupéry, quien estuvo en el mismo hotel Florida donde vivió Hemingway en Madrid. También de su común vínculo con el poeta francés Desnos: «Durante la guerra me encontré a Hemingway en el Club de Cazadores del Cerro. A Robert Desnos se le acusaba de ser un colaboracionista de los nazis. Él me dijo entonces categóricamente: “Pongo mi mano sobre el fuego por Robert Desnos.” Y recuerdo que levantó su mano y la sostuvo sobre una imaginaria fogata. Desnos, en efecto, no estaba trabajando para los alemanes.»







Hemingway aparece de nuevo en *La consagración de la primavera* en una escena más avanzada en el tiempo. El protagonista de la novela ha regresado a Cuba y se lo encuentra, «acodado en el bar» del Floridita:

De espaldas a la entrada, encorvaba su ancho lomo de leñador, alzando las manazas al calor de una discusión sobre técnica de jai alai con un pintoresco amigo suyo, gracioso cura vasco que alternaba las mañas de la chistera con el asperje del hisopo. «Salúdalo — me dijo Vera, ansiosa de conocerlo—: Recuérdale la casa de Gertrude Stein. Háblale de Adrienne Monnier. Dile que estuvimos en Benicassim con Evan Shipman.» «Está entretenido en otra cosa», dije, alegrándome de que el novelista no mirara hacia nosotros. Ningunas ganas tenía de evocar siluetas distantes. El *Café des Deux Magots*, la Rue de l'Odeón, la librería *Shakespeare & Co.* de Sylvia Beach —el mismo Joyce, cruzando la calle con su tiento de ciego, tras de espejuelos negros de un increíble espesor— habían quedado tan atrás que me parecían inscritos en una existencia anterior. Esta escena probablemente evoca el último recuerdo que Carpentier guarda del escritor norteamericano: «La última imagen que tengo de Hemingway es en el Floridita, muy solo. Nunca había visto a nadie tan triste. Se tomó un Colonial completo, y ni me saludó. Me voy de aquí, me dije.»

Un día de finales de 1959, Ernest Hemingway llegó en avión a La Habana. Su amigo Fernando G. Campoamor lo esperaba y, entre otras cosas, le dijo: «Ah, Ernesto, me ha dicho Carpentier que tiene interés en saludarte. Que pensaba pasar por Finca Vigía.» «¿George Carpentier? ¿El campeón de boxeo?», preguntó Hemingway. «No —explicó Campoamor—, Alejo Carpentier, el escritor cubano que ha vivido algún tiempo en París y Venezuela.» La anécdota ha sido relatada por Campoamor. Afirma que Hemingway no conocía al insigne escritor cubano.

107

El oficio de campeón

De todos los escritores norteamericanos de nuestro tiempo ya fallecidos, y siendo posible escoger uno solo, ¿a cuál devolvería usted la vida?

La respuesta del lector norteamericano puede ser diversa y polémica, pero Nelson Algren, el conocido autor de *El hombre del brazo de oro*, no vaciló en responder: «Para mí, tendría que ser Hemingway, Hemingway hasta el fin.» (Nelson Algren, *Notes from a Sea Diary: Hemingway All the Way*, Nueva York, 1965.)

Podría ser una respuesta dictada por el gusto, por la experiencia o por la admiración, pero nunca por el agradecimiento, porque Nelson Algren no conoce las notas que Hemingway escribió en las páginas de *El hombre del brazo de oro* en el curso de una lectura a fondo realizada a finales de 1949.

El libro lo había recibido Hemingway en Finca Vigía. Tiene una dedicatoria afectuosa: «Para Ernest Hemingway, el hombre de la máquina de escribir de oro.»

Todo indica que fue en Finca Vigía donde Hemingway comenzó a leer la novela y que concluyó su lectura en el hotel Ritz de París.

Hay otro elemento singular en el ejemplar de *El hombre del brazo de oro* que Hemingway leyó. Es un poema escrito a Miss Mary, fechado el 26 de noviembre de 1949, garabateado de prisa en la contratapa del libro en una habitación del Ritz. Con la misma fecha aparece este apunte: *Read and Finish*.

En el mínimo borde en blanco de las páginas Hemingway inscribe el magro equilibrio de su caligrafía con reflexiones y correcciones, críticas breves que muestran preocupación por el estilo, la ortografía y el vocabulario. Son apuntes que elogian o atacan siempre desde la posición de un viejo profesor que ve a un discípulo errar o vencer en la batalla eterna de las palabras y las ideas.

Hemingway lamenta con un rotundo *bad* esta imagen de Algren en la página 296: *like a clock with a broken heart* (como un reloj con el corazón roto). Se entusiasma cuando lee una oración en que la nieve aparece descrita como «un movimiento lento, suspendido». Y anota: *beautiful* y luego *wonderful* encima de esta frase de la novela: *the slow snow trailing the evening trolleys* (la nieve lenta en pos de los tranvías nocturnos).

La página 300 la encuentra maravillosa: *Wonderful*, anota sin reparos; pero en la 302 cambia *save* por *except* y en la 335, *pratt* por *ass*; *shell* por *bullet* y *army brogans* por *combat boots* en la página 341.

En el margen izquierdo de la página 302 vuelve a la carga y le indica a Algren en su diálogo imaginario: *goes bad* (va mal). Una página después le indica que va bien: *OK*.

Hemingway opina que Algren es un poeta. En la página 324 escribe: *te a poet —goes into straight poetry*. (Es un poeta, entra de lleno en la poesía.) También agradece una información que le proporciona el texto cuando menciona la morfina blanca o pura: *white or uncut morphine*. Hemingway desconocía el dato.

El autor de «Los asesinos» crea una palabra para calificar una parte de la obra de Algren: *OK-issimo*. Y enseguida escribe: *You're winning now*. (Estás ganando ahora.)

En la página 321 interrumpe su lectura y pone en el espacio en blanco: *No more notations, too late. Chips all down*. (No más anotaciones, es muy tarde. Ni una apuesta más.)

Cuando vuelve, regresa más' crítico. Censura la página 337, que aparece tachada por una raya diagonal. *Horrible*, acota, y recomienda al autor: *You bought to finish better*. (Debías terminar mejor.) Y otra indicación: *But. see page 343*. (Pero mira la página 343.) Aquí termina la novela de Algren.

también como *raza* o *género humano*, pero, de acuerdo con la intención general del texto, se ha elegido el significado de *carrera*. (Poema traducido por Luis Rogelio Nogueras.)

108

No FUE PRECISAMENTE la falta de rigor de Hemingway la causa del ruidoso fracaso de crítica que tuvo su novela *A través del río y entre los árboles*. La misma severidad que contienen sus notas en el libro de Algren está presente en las correcciones que el autor realizara en las pruebas de galera de la que, según el consenso, es la peor de las obras del novelista norteamericano.

A este criterio Hemingway respondió a veces con ironía y a veces con valentía inusitada. «La mejor novela que pude escribir», dijo a *Time* el 11 de septiembre de 1950. *A través del río y entre los árboles* recibió toda la protección de Hemingway y él se dispuso a pelear por ella con el mismo celo que demostró siempre en sus polémicas: «Es divertido tener 50 y sentir que uno va a defender el título otra vez. Lo gané a los 20 (*Adiós a las armas*) y lo defendí a los 30 (*Tener y no tener*) y a los 40 (*Por quién doblan las campanas*), y no tengo inconveniente en defenderlo a los 50.» El título del artículo de *Time* era «El campeón contra las cuerdas».

Raymond Chandler intentó justificar a Hemingway de la manera siguiente: «Más bien estaba tratando de resumir en un personaje, no muy diferente de sí mismo, la actitud de un hombre que está acabado y lo sabe y está amargado y furioso por ello. Aparentemente había estado muy enfermo y no sabía si iba a ponerse bien, y vertió sobre el papel, de una manera algo precipitada, cómo le hacía sentir esto frente a las cosas de la vida que él más había apreciado.»

Pero el campeón no se limitó a defender su novela desde fuera del ring. Las pruebas de galera revisadas y enriquecidas por Hemingway

desde su esquina de Finca Vigía son un testimonio de su método y entrenamiento. Una vez dijo que agradecía toda oportunidad que se le daba de revisar nuevamente un texto suyo. Estas pruebas de galera repletas de círculos y flechas, diagonales y añadidos constituyen ahora una muestra de su empeño.

En la galera número seis se produce uno de los añadidos más destacados del original. Cuando el coronel Cantwell regresa al escenario de sus combates de juventud en Fossalta, Hemingway agrega algo importante: «Donde están la fertilidad, el dinero, la sangre y el hierro, allí está la patria. No obstante, necesitamos conseguir algo de carbón.»

Hay también una nota en el anverso de la galera 10 en la que Hemingway se autocensura. «Esto es bello y conmovedor —anota—, pero en la última oración pierdo el sentido.» Hemingway se refiere a la descripción de uno de sus paisajes. Enseguida va a comenzar con una de sus sesiones de recriminación: «Lo veo de esta forma: donde los niños juegan en las mañanas y en las tardes; quizás aún, etc... La puntuación que he sugerido me da la significación exacta.» Y dice, para su consumo: «Pierdes el camino muy fácilmente, muchacho. Lo perdiste en Fossalta, Fornaci (Fornace) y Monastier (Monastir) [los paréntesis son de Hemingway]. Pero si te refieres a la puntuación que tú quieres, está bien. Probablemente mejor. Pero [este *pero* subrayado dos veces] no siempre dejo una coma afuera para parecer descuidado.»

A lo largo de todas las pruebas hay, además, incontables sustituciones, tachaduras y párrafos completos que fueron rescritos. En ellas se hace evidente la estrecha relación del novelista con su editor y su sentido de responsabilidad con las palabras.

A través del río y entre los árboles, entregada a los editores en octubre de 1949, puede verse como un estudio de cómo recibe la muerte un hombre que ha vivido 50 años, que los ha vivido intensamente como el

mismo Hemingway.

Todo el que ha leído la novela sabe que el coronel Cantwell, en la página 307 (de la edición príncipe), comenta con su chofer Jackson los momentos postreros del general confederado del mismo apellido, Thomas Jackson, a quien apodaban Stonewall, y repite las palabras que, en su delirio, pronunció el general antes de morir: «a través del río y entre los árboles». Pero no es simplemente un recuerdo. Es la utilización artística de un dato que Hemingway halló en la lectura del libro *I Rode with Stonewall*, de Henry Kyd Douglas.

En la finca de San Francisco de Paula, enmarcadas por cuatro trazos firmes de tinta azul, en la página 228 del libro citado, vemos las seis líneas que le sugirieron el comentario de Cantwell y el título de la novela. Escritas transversalmente de puño y letra de Hemingway en el margen lateral izquierdo, están subrayadas con la misma tinta azul las palabras «across the river and into the trees».

109

William Faulkner dijo a Harvey Breit: «Los cinco mejores novelistas contemporáneos somos Wolfe, yo, Erskine Caldwell, Dos Passos y Hemingway.» Refiriéndose a una declaración suya anterior, añadió: «Coloqué a Wolfe en primer lugar, a mí, en segundo, a Hemingway, último. Dije que todos éramos unos fracasados. Seleccioné a los autores en función de su espléndido fracaso por lograr el imposible. Creo que Wolfe pretendió el más grandioso imposible al querer reducir toda la experiencia humana a la literatura. Coloqué a Hemingway último porque siempre permaneció dentro de los límites de lo que conocía. Lo hizo en una forma admirable, pero no trató de lograr el imposible.»

Las palabras de Faulkner causaron un impacto profundo en Hemingway. Se sintió agraviado. Consideró que Faulkner lo tildaba de

cobarde porque había permanecido «dentro de los límites de lo que conocía».

Un crítico ha sugerido que el curso firmemente autobiográfico de *Islas en el Golfo* y la exaltación del valor e integridad de Thomas Hudson puede ser una reacción al juicio de Faulkner. Y el resultado de una actitud de obstinación sostenida en las fronteras de su método. En uno de los documentos hallados en Finca Vigía, Hemingway escribe:

... me parece que es un mierda, pues como escritor tenía gran talento y, por falta de aplicación, por borracho, por hollywoodense y los defectos comunes de un profesional sureño, resultó ser un fracaso. Sin embargo, nunca deja de aparecerse en NY para la publicación de un libro nuevo, ni tampoco deja de besarle el culo a quienes le otorgan premios. Dile que durante años lo alabé por toda Europa como el más grande escritor norteamericano, ya que sus borracheras me daban pena y tenía la esperanza de que llegara a un lugar donde pudiera vivir sin tener que putear en Hollywood. Dile que es una puta y un coño triste y miserable con una voz dulce y con todo el talento intacto y vulgar del cobarde sureño.

NOV 11 1944

Dearst Peble.

Hope you're having a good time. I thought about you very much and
 had much snow last night and this morning. Now it's
 better. Fine wind. I think I will get some more
 mail under bag we were there. I think I will
 at some point. I think I will get some more
 have the same happy wind. I think I will
 feeling that has always been around. I think I will
 for a while the way fighting citizens sort of fight
 and the fighting like business. I think I will
 also the army is a thing of things. I think I will
 and and and and if you were ever to see
 at headquarters. I think I will see you at Hobson's Haven. You
 don't get there so much because you are so busy. I think I will
 top metaphysics of it. I think I will see you at the top of
 as go along with it. I think I will see you at the top of
 sort of a continuation of the inquiries of the
 society. I think I will see you at the top of
 features. I think I will see you at the top of
 behind them all. They were all good. I think I will
 business and the thing are small. I think I will see you at the top of
 seem to be with busy people they would mean
 way of so much longer. I think I will see you at the top of
 and so hard to see that you may be busy. I think I will see you at the top of
 nobody is there. I think I will see you at the top of
 from the 3- as you see. I think I will see you at the top of
 You have a very good day. I think I will see you at the top of
 that has been something. I think I will see you at the top of
 been into you. I think I will see you at the top of
 - I think I will see you at the top of

De Ernest Hemingway a Mary Welsh: carta enviada desde la Cuarta División de Infantería, en marcha hacia Alemania el 11 de noviembre de 1944.

(2)

had to throw you away a little earlier than usual
mean throw away as in pain - (not really throw away - as
close to true, I am sure have not hope in -) yet was
very close to the red wine and people in room - arrested
by ~~with~~ cognac - which a braggy something thing - actually -
you would have appreciated it -

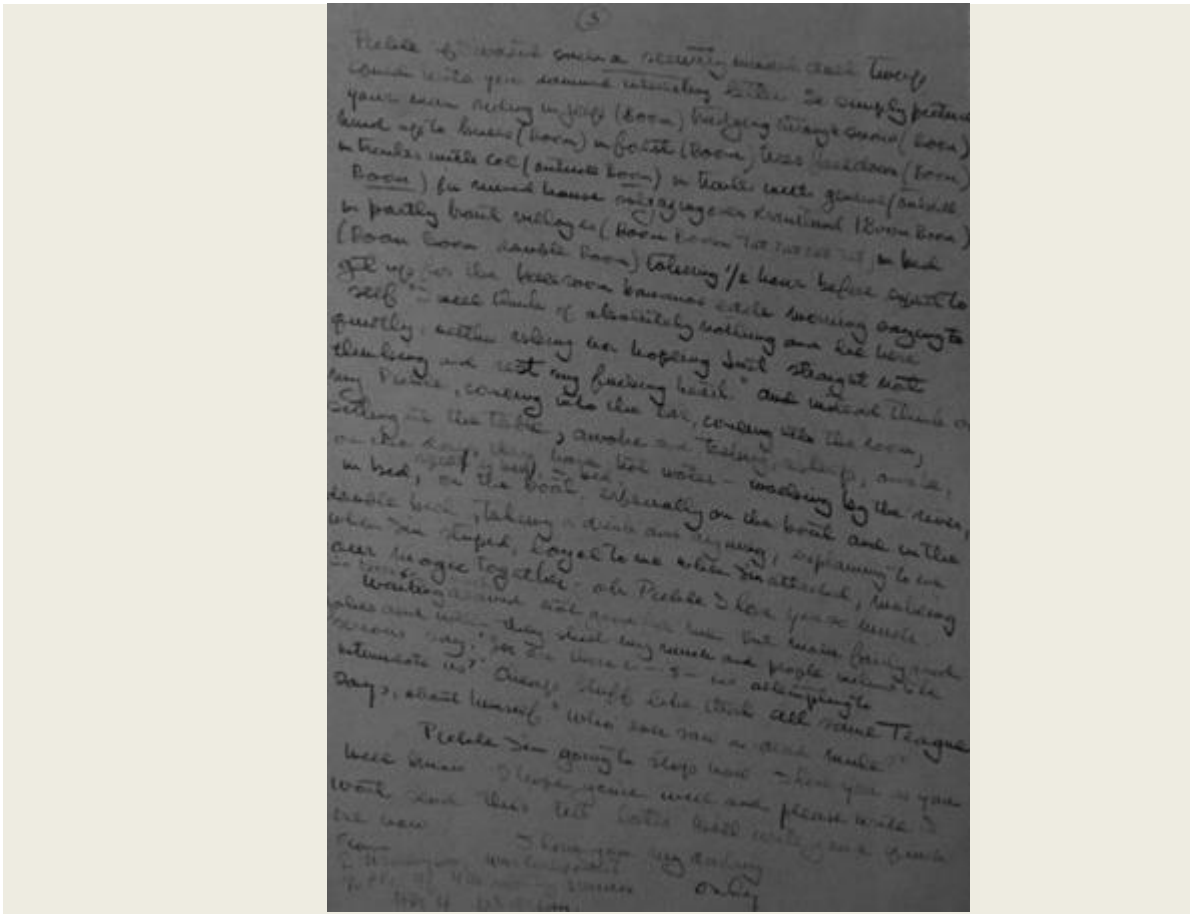
Been snowing, snowing, snowing, raining,
raining, raining - heavy weather - Hope you had better when
you were - Snow under mine problem a problem -
y at a jeep with the windshield so muddy and snowy
practically snowing came within 20 feet of hitting
into a wire field on a road been took was on
enough to a thin track was ok but which returned was
held by Krants sort of thing since promise unfortunate
results of

going up now see Buck's my pal He's been
feeling lousy - grippe and sore throat and things
gradually but no good - later

^{the trouble was}
Told you what a lovely sweet letter - Buck had
ate together ^{and took} together about a lot of things -
problem that came up with winter etc and I told him about
you and our hopes and our good prospects and how happy I
was with you (and am with you)

We have all been kidding very rough and gay
and all my winter clothing has been promised in cash -
Bingard gets the job next and I get his next degree
later - you give back the book if you don't want it -

Clint hate writing around. Each morning he
is ready to pitch a book some - Haters



El original de este fragmento está en papel timbrado de *Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba*. Solo existe la hoja foliada con el número 2. No tiene encabezamiento. Es evidente que las alusiones están dirigidas a Faulkner: sureño, borracho, el más grande escritor norteamericano, hollywoodense, etcétera. Hemingway convirtió las declaraciones de William Faulkner en un problema grave, una cuestión de principios. No obstante, conservaba una foto autografiada del autor de *Santuario*, y en la entrevista con George Plimpton dijo que ese «era el escritor que le hubiese gustado dirigir». En verdad, se había enfurecido de forma desproporcionada. Consideró ofendido su orgullo. Obligó a su amigo, el coronel Lanham, a que enviara una carta a Faulkner con una larga lista de sus acciones de guerra y demostrativa de su valor personal. «Yo sólo me estaba buscando 250 dólares», le respondió el

Señor de Yoknapatawpha al hombre duro de Finca Vigía, «y hablé informalmente, no para publicar... espero que aceptes mis excusas sinceras.»

110

Un testimonio importante, de mucho más nivel literario, se ha obtenido revisando un ejemplar de la revista *Perspectives USA*, número 13, publicada en el otoño de 1955; entre las páginas 70 y 88 aparece un artículo dedicado a Hemingway. En una tarde de aquel otoño, Hemingway se sentó en su poltrona favorita y, lápiz en mano, un lápiz grueso como siempre, comenzó a leer el artículo que decía cosas desfavorables respecto a su persona y su obra. El autor del artículo, Delmore Schwartz, ataca, y Hemingway se defiende lápiz en mano. En 18 páginas Schwartz trata de la ruptura del romanticismo en la literatura y, específicamente, se refiere a Hemingway. Cita, por ejemplo, su cuento «Allá en Michigan». Plantea que el romanticismo se identifica con el «american dream», el sueño americano. Así Schwartz titula su trabajo: «The Fiction of Ernest Hemingway: Moral Historian of the American Dream».

Estamos en los años de la guerra fría. Es la época de la descamada confrontación EEUU-URSS, a un paso de la guerra caliente. Al parecer, Ernest Hemingway se ha visto obligado a reconciliarse en parte con su sociedad y, por ende, con el —sueño americano—. No reniega de las inquietudes de su juventud, pero no es el escéptico y desilusionado Frederick Henry de *Adiós a las armas* que hace una «paz por separado»; tampoco es el Robert Jordan que se marcha de su país para ir a luchar por la causa española. Es el coronel Cantwell del ejército norteamericano que, pese a sus dudas, acepta luchar por el status quo. El «sueño americano» aún guarda ciertas esperanzas. El coronel Cantwell se alinea y está dispuesto a luchar por su uniforme. El alter ego de Hemingway a los 50 años se ha vuelto un individuo más

conservador. Se muestra de acuerdo («bastante acertado considerando que es un crítico») cuando Schwartz plantea que el «sueño americano» ha sido abaratado y tergiversado por Hollywood, pero al plantear este que los desilusionados personajes hemingwayanos no están conscientes de ese sueño, o han despertado de él, Hemingway acota: «Tontería de judíos.» Más adelante Schwartz comenta que el cuento «Colinas como elefantes blancos» («a la vez que te lo quitan ya no se puede recuperar») evidencia la no realización de este sueño, y Hemingway apunta: «Por Dios, yo lo logré.»

Sin embargo, cuando Schwartz plantea que Robert Jordan va a España en busca de los ideales perdidos de la Revolución Norteamericana, los ecos del Hemingway político, alumno de Karkov, rechazan este concepto: «Demasiado simplista.» Evidentemente, entre la causa de la Revolución Norteamericana y la de la Guerra Civil Española había una gran diferencia.

Pero la disputa principal entre Schwartz y Hemingway gira en torno al famoso código hemingwayano. Por ejemplo, Schwartz dice que en *Adiós a las armas*, aunque el héroe deserta y las palabras abstractas habían devenido obscenas, son precisamente estas, las palabras gloria, honor, coraje, sacrificio, las que contienen los ideales verdaderos y la guía de la conducta de los personajes de Hemingway. Pero la mayoría de esos personajes asumen esos valores por una orden de la voluntad, como si existieran en un vacío sin soporte o justificación alguna.

Hemingway riposta: «¿Acaso la integridad es algo que depende del tiempo?» Y agrega: «Eso carece de sentido.» Después de una referencia de Schwartz al héroe moderno, Hemingway comenta: •Estos son los que realmente poseen integridad.»

Más adelante el articulista se cuestiona la participación de Frederick Henry en la Primera Guerra Mundial y el escritor anota a manera de respuesta: «Tenía que ir allí a aprender.»

Schwartz se refiere a la importancia de la tauromaquia en Hemingway y dice que en *Muerte en la tarde* su autor va al ruedo porque quería presenciar la muerte violenta. «Por supuesto —comenta—, no era la visión de la muerte sino la del valor lo que Hemingway buscaba.» Y Hemingway hace una observación capital en cuanto a la importancia del aprendizaje en términos de su código: «Y el valor que él no tenía.»

En otra parte Hemingway se limita a corroborar una afirmación de su contrincante que, a su vez, es una de las piedras angulares de la crítica hemingwayana; la identificación del hombre con su alter ego. En este caso con Nick Adams, el que surgió en su primera serie de cuentos: «Nick es E. H. Tiene razón.»

Una de las últimas acotaciones de Hemingway reafirma la evolución del código según sus propios personajes se fueron «endureciendo» en su narrativa: Schwartz alude a la característica de los héroes hemingwayanos de estar siempre en disposición de demostrar su hombría, como si sus acciones pasadas no significaran nada, hombría que «en cualquier momento puede perder, al igual que en cualquier momento puede perder su fortaleza». Hemingway tacha en el texto las dos veces que aparece «en todo momento», y añade: «Sí, pero no las pierde.» Ya Nick Adams se había convertido en Frederick Henry, Robert Jordan, Cantwell, Thomas Hudson, y nunca más dudaría de su capacidad de resistir. Ya el Hemingway adolescente de Oak Park se había convertido en el valeroso pescador de agujas y capitán de guerrilleros de la Segunda Guerra Mundial. Estos comentarios en las márgenes de un libro de su biblioteca, hasta ahora ignorados, lo demuestran.

111

Time 5 de febrero de 1979 MILESTONES FALLECIÓ. Elizabeth Hadley

Mowrer, 87, la primera de las cuatro esposas de Hemingway, en Lakeland, Fla. Mowrer (Richardson, nombre de soltera) y Hemingway se casaron en 1921. Cinco años después, él se divorció de ella para casarse con la escritora de modas Pauline Pfeiffer. Arrepentido, el novelista dedicó *The Sun Also Rises* a «Hadley», le asignó los derechos de autor, y escribió tiernamente de ella y de su primer hijo, Bumby, en *A Moveable Feast*, sus memorias. En 1933 Hadley contrajo matrimonio con Paul Scott Mowrer, un corresponsal viajero, ganador del Premio Pulitzer y luego editor del *Chicago Daily News*.

112

En las gavetas de Finca Vigía subsisten algunos testimonios de que el artista Hemingway, el hombre bohemio y despreocupado, a veces se esmeraba en proyectar una imagen pública atractiva que le sirviera de coraza protectora. En su primer safari en 1933 – 1934 había tenido algunos deslices de «vedetismo» y se había regodeado en asumir un papel de omnipotente cazador blanco. Edmund Wilson había aprovechado la oportunidad para compararlo con un actor de Hollywood; luego comentaría sobre su libro africano. *Las verdes colinas de Africa*: «Casi lo único que llegamos a saber de los animales es que Hemingway los quiere matar. En cuanto a los nativos, aunque incluye una descripción aguda de una tribu de corredores maravillosamente ágiles, la impresión principal que recibimos es que son gente sencilla e inferior y que todos admiran enormemente a Hemingway.»

En los años 50 cuando fue a su segundo y último safari, repitió de alguna manera las mismas poses anteriores, pero esta vez *Look* había sufragado los gastos de la aventura y Hemingway tenía que entregar un reportaje a cambio. El escritor revisó cuidadosamente las pruebas de contacto de las fotografías de Earl Theisen y eliminó todas aquellas en las que pudiera aparecer en forma inadecuada o desagradable. Se conservan en Finca Vigía esas largas tiras de contacto en las que él

escribe un NO rotundo con estilográfica en las fotos que lo muestran sonriendo sarcásticamente ante un león muerto y un OK en las que aparece posando como un experimentado y duro cazador mirando el mismo trofeo. En cierto modo se sentía orgulloso de estas fotos y las mostraba a los amigos; les enseñaba cómo había aprendido el manejo de la lanza con los guerreros masai y cómo se había enfrentado a un tanque con cuernos, un rinoceronte, y resistido su embestida frontal a pocos metros de distancia.

Hay otros dos millares de fotografías, pero sus favoritas eran las que le habían tomado con Taylor Williams en Pahsimeroi Valley en la década del 40, su colección de fotografías de guerra de Robert Capa, una en la que aparece en Bimini con el campeón de boxeo Tom Heeney, y las que le dedicaron Ordóñez, Dominguín, Marlene Dietrich y Rocky Marciano.

Observando las fotografías se puede tener una idea de las grandes pasiones del escritor: pescadores, muelles, playas, pájaros de la costa, puertos y litorales. Hemingway con Mary en la torre de Finca Vigía, visitantes desconocidos, pesca de agujas, Hemingway en el circo Ringling junto a un elefante, Hemingway africano, el Floridita, originales de Robert Capa en España. Fotos de la guerra chino-japonesa con anotaciones de Hemingway y, desde luego, el *Pilar*.

Es curioso, pero en todas las gavetas y entre toda la papelería conservada en Finca Vigía, no se encuentra una sola vez el rostro de Hadley Richardson, la primera esposa del escritor.

113

Hemingway se situó por última vez en la primavera de 1960 frente al estante del librero que empleaba como escritorio de trabajo. Ocupó parte de su tiempo en la escritura del reportaje «El verano sangriento»

(un encargo de *Life*), y dio los toques finales a *París era una fiesta*. Pero el momento de partir llegó y Hemingway puso en orden el escritorio, limpio de cuartillas emborronadas y de lápices de punta embotada. Colocó la máquina de escribir Royal Arrow sobre un ejemplar de *Who's Who in America* y dejó un par de lápices nuevos, las puntas afiladas, sobre la tabla, y también una docena de hojas de papel carbón *Superior Quality* en su caja de fábrica, el pedazo de mineral de cobre que servía de pisapapeles, los espejuelos, una tablilla con presillador, que utilizaba para escribir diálogos, y un libro que relata la conquista del oeste.

Los espejuelos, de aro metálico, graduados para controlar la visión defectuosa de un miope, habían sido hechos en la óptica Lastra, de O'Reilly 506, en La Habana. El ejemplar de la edición de 1954 – 1955 del *Who's Who* tiene doblada una esquina de la página 1 191, donde se informa que Hemingway se educó en escuelas públicas y que contrajo matrimonio con Mary Welsh el 11 de abril de 1946 y se mencionan condecoraciones recibidas y acciones bélicas en que participó. También dice que pertenece a los clubes siguientes: Meyer, Philadelphia, Gun y Vedado Tennis. Los dos lápices son Mirado 174 No. 3. La tablilla con presillador fue un regalo de su primogénito, quien ordenó grabar una inscripción en la madera: «To Ernest from Jack.» Hemingway aprovechó la superficie pulida de su tablilla para estampar en dos columnas con su estilográfica las sumas de palabras escritas en algunas jornadas de creación. Pero sus nociones aritméticas necesitaban una reactivación urgente. Hay un error formidable en la suma primera.

156 61 161 220 208 187 515 468

El pedazo de mineral de cobre pesa 570 gramos. Las hojas de papel carbón están usadas y de ellas se puede extraer el texto de cartas de Hemingway. Cartas manuscritas. El método es difícil y laborioso. ¿A quién se le ocurre escribir a mano con copia al carbón? Hemingway es uno de ellos. Su caligrafía es inconfundible en la parte azul de estas

doce hojas. El otro libro en la tabla es *Pictorial History of the West*. Algunas de sus páginas estaban pegadas porque no hubo un buen corte de guillotina en la imprenta. Hemingway le prestó poca importancia al asunto. Nunca abrió el libro, que permanece cerrado como un ataúd.

Concluyó su última sesión de literatura en Finca Vigía, escribió algo sobre la rivalidad de Dominguín y Ordóñez, revisó un poco las memorias de París y cerró el taller. Mas ahora, sobre la llanura del mueble, faltan las pilas de papel gaceta, libros, folletos y periódicos que mantenía abiertos a su alrededor mientras trabajaba. Su costumbre era tender los papeles como si fueran sábanas, una manera de cubrir o guardar los manuscritos que estaba preparando. ¿O era que los tendía para tener una visión de conjunto? Las fotografías que le tomaron en los años 50, muestran a un hombre que laboraba en un incómodo cerco de papeles, con poco espacio libre para poner la máquina de escribir. Trabajando de pie, en bermuda, sin camisa, casi siempre descalzo sobre una piel de *lesser kudú*; o con mocasines, sin medias, con una botella de agua de Vichy a mano.

A la altura de sus rodillas, en el travesaño intermedio del librero, tenía una revista y cuatro libros: una traducción al alemán de cuentos suyos; la novela *Guadalquivir*, de Joseph Poyre; *John Colter*, de Burton Harris; *The People of the Sierra*, de J. A. Pitt y el primer número, publicado en 1953, de la revista *Nucleus*. A sus espaldas tenía su cama, que empleaba como primera estada de la correspondencia llegada a Finca Vigía y en la que los periódicos y revistas que se recibieron después de su muerte se conservan aún, pero ninguna carta importante. Tenía el agua de Vichy a su izquierda. Una de esas botellas se encuentra actualmente en su sitio, pero vacía. El primer objeto que aparecía a su mano izquierda era un manual voluminoso de motores de aviación que situaba en el piso contra la puerta para mantener abierta la habitación.

Para los coleccionistas de información sería imprescindible conocer el

material que había en la mesa-bar, justo al lado de su poltrona. La batería comprende seis botellas de agua mineral efervescente El Copey, envasadas en Madruga, La Habana; una botella de scotch White Horse; una botella de ginebra Gordon; seis botellas *le* Schweppes Indian Tonic; una botella de ron Bacardí; una botella de scotch Old Forester; una botella de vermut Cinzano, y una de champán, sin etiqueta. Los contenidos originales, desde luego, fueron sustituidos por agua coloreada.

Ahora forman parte del museo los 9 000 libros distribuidos por toda la casa y el medio millar de discos, acomodados en un estante detrás de la butaca de Hemingway. Discos de 78 y 33 RPM. (Entre los clásicos, Beethoven era el favorito de Hemingway, y, entre los modernos, Benny Goodman.)

Un total de 1 197 objetos, sin contar libros y papelería, han sido inventariados en Finca Vigía. Pero el dato puede resultar confuso. No es el primer inventario que se hace y los hubo que arrojaron un saldo de 3 y 4 000 piezas y otros de apenas un centenar. Está en dependencia del punto de vista en que el concepto *pieza museable* sea aceptado. Finca Vigía, en lo esencial, es una sola pieza; un buró, por ejemplo, es también una, pero pueden ser muchas si se le desglosa por gavetas y el contenido de cada una de ellas. La tarea resulta difícil y ha caído sobre los hombros de dos o tres jóvenes enfundados en batas blancas, que les confieren un carácter ascético, y que son los técnicos de museo y los sustitutos de Ernest Hemingway en el interior de su casa. Sustitutos de 8 am a 5 pm. Un tiempo que se utiliza en contar, glosar, agrupar por tamaño o por uso o por tonalidad y que sirve, por lo pronto, para informar que la cifra más confiable de objetos de índole diversa conservados allí, descontando biblioteca y papelería, se aproxima a las 1 197 unidades.

Una aventura excitante, pero que requiere una dosis alta de paciencia, resulta de examinar la biblioteca de Hemingway; e.g., un ejemplar de la edición de 1951 de *Tender Is the Night*, de Scott Fitzgerald,

aparece en el estante. Se revisan lentamente las hojas y se comprueba que mantienen una blancura y limpieza incomprensibles, hasta que en la página 243 se halla la única observación del Hemingway lector. Donde dice *forward and clapped*, él coloca dos signos de interrogación y escribe correctamente la palabra que los editores de Fitzgerald dejaron escapar con un error ortográfico: *slapped*.

Son escasos los libros de esta biblioteca que contienen anotaciones, pero a veces asoma entre las cubiertas apretadas de un volumen contra otro, la esquina de una vieja cuartilla o un pedazo de papel cualquiera en el que Hemingway apuntó una frase rápida y luego la dobló para guardarla en ese resquicio, que olvidaría finalmente. Es el caso de esta frase cargada de sentimientos machistas escrita en el reverso de un sobre de carta corriente: *Any woman would rather dig her grave with her mouth than earn her living with her hands*. (Toda mujer prefiere cavar su tumba con su boca que librar su sustento con las manos.) Está firmada con sus iniciales: EH.

El ejemplar número dos de la primera edición de *A Bibliography of the Works of Ernest Hemingway*, de Louis Henry Cohn, publicado por Random House, Nueva York, en 1931, tiene notas de Hemingway. La más significativa se halla en la página 88. Henry Cohn se refiere a «Los asesinos» y transcribe un párrafo extenso de una carta del novelista, en la que este dice:

En realidad, la vida, al menos para mí, tiene un gran atractivo, al igual que los lugares y otras muchas cosas, y quisiera que algo de esto formara parte de mis materiales. Hubo gente que se malogró tal y como lo describen algunos escritores, y personas que se volvieron vacías y se agotaron emocionalmente, como algunos de la generación de *Fiesta*. Pero no siempre resulta así. Conozco a gente maravillosa; incluso algunos sabían que la tumba los aguardaba (por eso todos los relatos se convierten en tragedias si se continúa la historia hasta el final) y se comportaron de un modo excelente.

Hemingway traza una marca y dice: *What a shit... violation of correspondence* (qué mierda... violación de correspondencia). Vuelve a utilizar una adjetivación similar en la página 115, cuando Cohn informa que Hemingway seleccionó el título de *The Sun Also Rises* (*Fiesta*) del *Eclesiastés*, el de *The Torrents of Spring* de la obra homónima de Turguenev, y el de *A Farewell to Arms* de un poema de George Peale. Hemingway abre una llave para este último poeta y dice: *home shit* (mierda casera).

Hemingway cubrió con los signos de su estilográfica una parte considerable de un ejemplar de *Wuthering Heights* (*Cumbres borrascosas*), de Emily Brontë, publicado en Londres en 1935. Son tres columnas de cifras que aparecen en la cubierta, solapas, primeras páginas e incluso sobre el título de la obra clásica inglesa. Hemingway se preocupa por la marcha de su salud. La primera columna señala la hora; la segunda, la temperatura; la tercera, las pulsaciones.

0745 35,9 60 1200 37 66 1600 36,7 66 1800 36,6 54

Las observaciones abarcan desde el 25 de noviembre hasta el 6 de diciembre. El año no está consignado. Tiene explicaciones breves de los movimientos que pueden influir en el comportamiento de su organismo. *Up to dinner*, levantarse para comer, escribe en una ocasión. *Up to telephone*, levantarse para el teléfono, en otra. Pero se registran pocas afectaciones. La temperatura y el pulso se mantienen en su nivel.

Hemingway, hipertenso, y también impaciente, tomaba su pulso sólo durante medio minuto.

Hay otra inscripción, de índole diferente, en la última página de *Wuthering Heights*. Es la anotación inicial del libro de memorias parisinas de Hemingway, que tiene el título aquí de *The Lean and Lovely Years*. Se convertiría años después en *A Moveable Feast* (*París era una*

fiesta). Hemingway comenzó esta obra en Finca Vigía entre el otoño de 1957 y la primavera de 1958. Disponía de un primer boceto, escrito en mayo de 1956, sobre una etapa inicial de su amistad con Scott Fitzgerald.

El artista recuerda sus aventuras con la generación perdida:

THE LEAN AND LOVELY YEARS

The Three Mountains Connection The Lyon Trip In Scott date was agreed on and I confirmed it by telephone El relato del viaje a Lyon es uno de los mejores momentos de *Paris era una fiesta*. Hemingway le había confirmado previamente a Fitzgerald que viajarían juntos en el tren. Este era un hombre olvidadizo y Hemingway se vio solo y casi sin dinero en un vagón de ferrocarril. The Three Mountains Press es el nombre de la editora que publicó la primera edición de *In Our Time*, en 1924. La denominación alude a los tres montes de la capital francesa.

Otro documento atractivo localizado en la biblioteca de Finca Vigía es el original del cuento famoso «In Another Country» («En otro país»), en el que otro cuento también legendario, «Now I Lay Me» («Mientras los demás duermen»), aparece como su segunda parte, aunque sin título. Nick Adams, alter ego de la juventud de Hemingway, es el protagonista. Hemingway incluyó los dos relatos en el volumen *Men Without Women* como textos independientes. «In Another Country» fue publicado por primera vez en la edición de marzo de 1927 de *Scribner's Magazine* y «Now I Lay Me» se estrenó con otros tres cuentos en *Men Without Women*. Resulta curioso que estos dos relatos inicialmente se concibieran como uno solo.

La biblioteca de Finca Vigía está necesitada de un estudio minucioso desde hace 20 años. Algunos escritores y críticos han

comprendido esto. Cada vez que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos experimentan cierta mejoría, una de las primeras cosas que aparecen en el horizonte son los investigadores norteamericanos que reclaman instalarse en Finca Vigía. Desaparecen cuando los nexos vuelven a entrar en crisis.

Había una correspondencia interna en Finca Vigía. Circulaban tarjetas postales y navideñas. Hemingway, con su caligrafía inconfundible, firmaba reproducciones de obras conocidas, en particular de los impresionistas franceses, y redactaba, en un francés extravagante, dedicatorias que atribuía a los artistas. Abusaba así de Gauguin y de Van Gogh. Las falsificaciones permitieron disponer a Mary Welsh de una colección de mensajes rubricados por los pintores más importantes del siglo pasado. Mensajes personales dirigidos a ella.

Había también tarjetas de Navidad, de Thanksgiving Day y de Saint Valentine. En una postal cuya ilustración es un pato con ojos plastificados, Hemingway escribe:

Monsieur le Conde de Hemingwé Chateau La Vigía Sf de P [San Francisco de Paula]
En otra, ilustrada con un árbol de Navidad, pero sin texto ni fecha, solo aparecen los rasgos de la estilográfica de Hemingway, que firma: Heddy Lamar.

También se encuentra una dedicatoria sincera y emocionada escrita en una cartulina blanca:

A mi queridísima y bendita Kitten [Mary Welsh] que da sentido a estas Navidades y a los otros 364 días del año
Una postal tiene impresa una imagen de París. Hemingway ha escrito: «To my Kitten with love.» La firma es «Cristóbal Colón». Debajo del

nombre ha dibujado dos garras.

Una nueva postal. Un pato distinto en la ilustración, pero también con ojos plastificados. El texto de Hemingway ofrece algunas connotaciones políticas sospechosas; su autor hubiera sido carne de inquisición de haber caído en las manos de McCarthy.

Tovarich Hemingstein Hotel Better World Havana Cuba USSR

114

«Estoy totalmente convencido de la necesidad histórica de la Revolución Cubana.»

Ernest Hemingway al general Charles T. Lanham. en una carta del 12 de enero de 1960.

La colaboración económica de Ernest Hemingway con el movimiento clandestino 26 de Julio, que lideraba Fidel Castro, fue discreta. Se limitó a comprar una estatuilla de José Martí, realizada por el escultor cubano Fidalgo, que se vendía para engrosar los fondos de la organización revolucionaria.

Su solidaridad con los combatientes antibatistianos fue más bien emocional. A lo largo de la etapa insurreccional Hemingway se mantuvo al tanto del rumbo de la guerra, pero su posición era, salvo en algunas ocasiones, distante. Herrera Sotolongo recuerda que en Finca Vigía se escuchaba con frecuencia la transmisión de la emisora Radio Rebelde, directamente desde la Sierra Maestra. Hace poco, en una de las gavetas de la casa cubana de Hemingway, apareció un brazalete rojo y negro, el símbolo de los insurrectos. Aquí parece terminar la participación del escritor en la batalla contra Fulgencio Batista.

Cuando Herbert Matthews estuvo en la Sierra Maestra en 1957

para entrevistar a Fidel Castro, hizo, desde luego, un alto en Finca Vigía. Hemingway y el viejo experto en asuntos latinoamericanos de *The New York Times* habían estado juntos en España. El dueño de la finca había dicho desde tierra española que Matthews era «bravo como un tejón».

Después de su entrevista con Fidel, el periodista pasó una noche en la casa de Hemingway. Los acompañaba Herrera Sotolongo.

«Fidel Castro está vivo y luchando en la Sierra», afirmó Matthews a sus amigos. Es casi el mismo *lead* que encabezara, días después, su espectacular artículo en *The New York Times*.

Hemingway realizó una intensa actividad dos años después en favor de los cubanos. Debido a los juicios sumarios y fusilamientos de los criminales de guerra de la dictadura batistiana, la revolución comenzaba a ser blanco de los ataques de ciertas empresas periodísticas norteamericanas. A 24 días del triunfo de la Revolución Cubana, Ernest Hemingway era otra vez un militante.

Revolución 24 de enero de 1959

MOMENTO DECENTE declara Ernest Hemingway

Seattle, enero 23 (AP) — El novelista Ernest Hemingway pronosticó anoche un gobierno pacífico para Cuba bajo Fidel Castro, después de un período de violento reajuste. Hemingway pronosticó esto después de revelar que jóvenes a quien él conoció habían sido asesinados por los seguidores del exdictador Fulgencio Batista. En una conversación telefónica desde su cabaña cerca de Ketchum, Idaho, donde está escribiendo otra novela, Hemingway dijo a una estación de radio que tenía muchas esperanzas con el gobierno de Fidel Castro, siempre que no intervengan los extranjeros. Residente en Cuba por mucho tiempo, Hemingway condenó al grupo de Batista por torturador y asesino. Refiriéndose a los jóvenes del pequeño pueblo en que vivía, expresó: «Trece fueron torturados y muertos por la policía y el ejército, y los habitantes de allí saben quiénes fueron los torturadores y

asesinos.» El escritor, ganador del Premio Nobel de Literatura de 1954, declaró que creía que los juicios a los seguidores de Batista serían celebrados con justicia. «No creo que los extranjeros tienen por qué meterse en criticar la justicia de los juicios desde el momento que estos son públicos y los testigos son escuchados y se imparte una decisión imparcial», manifestó, agregando que la revolución fue una buena cosa para el pueblo. «Pienso que el pueblo tiene ahora un momento decente y no creo que haya tenido algún otro antes.» Hemingway declaró que no había discutido con los que habían criticado la revolución. «Los críticos normalmente carecían de información sobre lo que acontecía en Cuba», explicó. «Tengo la mayor esperanza de que si este gobierno (de Castro) no es interferido.. tiene muchas posibilidades de triunfar», dijo el novelista, quien agregó que nunca había conocido personalmente ni a Castro ni a Batista.





Por los colmillos se sabe la edad del león. Este es un macho adulto. [Look Magazine. Copyright 1954. Cowles Communication]









El residente cubano Ernest Hemingway había declarado al periodista Luis Gómez Wangüemert, en 1956, al circular el cable de la UPI con la noticia falsa de la muerte de Fidel Castro en la campaña de la Sierra Maestra: «Eso es mentira. Lo dicen porque quieren desprestigiar

el movimiento. Fidel no puede morir. Fidel tiene que hacer la revolución.» Cuatro años más tarde, Hemingway, procedente de una Habana revolucionaria, fue abordado en Estados Unidos por periodistas que estaban preparando «las mayores infamias contra los cubanos». Hemingway los dejó hablar y al rato detuvo el coro: «¿Han terminado, señores? Yo creo que todo anda muy bien por allá. La gente de honor creemos en la Revolución Cubana.» Le quedaba apenas un año de vida. El encuentro con los periodistas al pie de la escalerilla del avión fue un aguerrido adiós a las armas.

José Luis Herrera Sotolongo nos brinda otro testimonio sobre el Hemingway de este momento:

El relato sobre la última época de Hemingway en Cuba es interesante, pues define sus vínculos con la revolución, que muchas veces no se han sabido valorar. Él estaba sinceramente con el proceso. Sentía simpatías por la persona de Fidel. Ellos no habían sido amigos. Pero Fidel lo admiraba. Yo recuerdo, por el año 49, que Fidel tenía mucho interés en que lo llevara a casa de Hemingway porque quería conocerlo y hablar con él. Nunca llegamos a realizar la visita, pero siempre estaba hablando de eso. Fidel decía: «Oye, yo tengo ganas de que me lleves allá, quiero conocerlo; me interesa hablar con él.» Varias veces se lo dije a Ernesto: «Voy a venir con un compañero, un amigo, que quiere conocerte»; pero por esas cosas que él (Fidel) tenía, cuando andaba metido en la política universitaria, nunca nos pudimos poner de acuerdo para ir. Se conocieron cuando lo de la pesca y el trofeo Hemingway. Hay una cosa muy curiosa; una de las voces más importantes del mundo para defender la Revolución Cubana desde los primeros momentos fue la de Hemingway. Eso es poco conocido porque a él le sorprende el triunfo de la revolución en Estados Unidos.

Había ido por la temporada de esquíes a Sun Valley. Empieza a preparar sus cosas para venir acá, pero en aquellos días se hace una

campaña contra la Revolución Cubana en Estados Unidos a pesar de que todavía no había roces entre los gobiernos. Después de eso, fue el primer viaje de Fidel a Estados Unidos, pero hubo una campaña muy intensa, sobre todo campaña de prensa con respecto a los juicios que se celebraban aquí y a algunos fusilamientos, y Hemingway precisamente alzó su voz en Estados Unidos en contra de esa campaña. Es un hecho poco conocido porque lo silenciaron los norteamericanos. Escribió un artículo para un periódico local, de Sun Valley o de Ketchum, y se publicó en primera plana. Hacía declaraciones diciendo que era falsa esa propaganda del baño de sangre y que él había conocido el proceso insurreccional cubano y podía asegurar que el número de fusilamientos que se había hecho en Cuba no correspondía con el número de asesinatos que había habido aquí. Entonces, no solamente hizo esta declaración en la prensa sino que la grabó. Hizo una grabación en un disco que se transmitió por la emisora local, pero cuando esta noticia a través de los canales periodísticos llega a los sindicatos, hay un acuerdo de que no se publique en la prensa. En ningún periódico de Estados Unidos se reproduce ese artículo. Él vino aquí a los pocos días y trajo el artículo para acá. El periódico está en poder de Fidel, pues se lo hicimos llegar a él. En una de las primeras comparecencias de Fidel en la televisión tenía el periódico e hizo algún comentario. Hemingway siempre estuvo presente en el proceso revolucionario cubano. Hubiera muerto en Cuba si las circunstancias de su muerte no se hubieran precipitado. Gregorio Fuentes relata que desde los inicios de la insurrección utilizó el *Pilar* para guardar armas del movimiento revolucionario y que contaba con la aceptación de Hemingway:

Me miraba hacer aquello y no se metía en nada. Me dejaba hacer. Después que triunfó la revolución, cuando llegó a bordo y me vio vestido de miliciano, me dio un abrazo y me dijo: «¡Cada día te quiero más!» Me lo dijo llorando.

Nosotros teníamos nuestras conversaciones secretas. Pero eran secretas absolutamente. Se van conmigo a la tumba. Teníamos nuestra

forma de hablar o de *no* hablar. Pero nos entendíamos. Me decía: «Tú eres un verdadero hombre callado de la boca.» Esa es la única forma de ser revolucionario. Callado de la boca. Yo estaba colaborando con la revolución, con los muchachos de Cojímar que estaban en el Movimiento 26 de Julio. Pero nunca le pregunté su parecer al respecto. Ni él tampoco a mí. Al contrario. Los dos sabíamos que cada cual estaba en lo suyo y que ninguno iba a perjudicar al otro.

115

El periodista argentino Rodolfo Walsh, a la sazón corresponsal de *Prensa Latina*, fue el hombre que redactó el cable donde se narra la llegada de Hemingway a Cuba revolucionaria, a principios de noviembre de 1959. El cable se publicó íntegro en muchos periódicos habaneros. *Bohemia*, la revista cubana de mayor circulación, lo reprodujo pero sin acreditar la agencia.

Prensa Latina recibió la noticia, procedente de Nueva York, de que Hemingway había salido rumbo a Cuba. Walsh se estacionó en el aeropuerto desde la media noche; ningún otro periodista fue al recibimiento. Walsh estaba acompañado por un fotógrafo llamado Mickey, que tenía interés en saludar a Hemingway. Cuando descendió por la escalerilla del avión, Hemingway los saludó amablemente. Le preguntó a Walsh: «Bueno, ¿qué noticias hay, qué se sabe de Camilo?» «No hay noticias», dijo Walsh. «Oye, ¿y aquí no ha entrado el norte todavía?», preguntó Hemingway, refiriéndose a la temporada invernal.

Traía chaqueta deportiva, corbata tejida, pantalón color mostaza. Walsh no lo ayudó a cargar maletas. No supo qué hacer en una situación como esa. «Hemingway venía cargado de maletines, y de etiquetas y cordelitos.» Lo acompañaba el torero Antonio Ordóñez, quien venía «muy elegante».

—¿Qué se habla en Estados Unidos de Cuba? —preguntó el

periodista.

—Nada. Ahora en Nueva York de lo único que se habla es de un programa de televisión: «La pregunta de los 64 000 pesos». Pero Mary me mantiene informado de lo que ocurre en Cuba. Estoy bien informado. Hay allá muy mala prensa.

Revolución5 de noviembre de 1959

ERNEST HEMINGWAY ... de nuevo en Cuba... LLEGÓ —Un cubano más —No es un *yankee* —Junto a Fidel LA HABANA, noviembre 4 (PL) —Me siento muy feliz de estar nuevamente aquí, porque me considero un cubano más», declaró el escritor norteamericano Ernest Hemingway al llegar esta noche a La Habana procedente de New York. «No he creído ninguna de las informaciones que se publican contra Cuba en el exterior. Simpatizo con el gobierno cubano y con todas nuestras dificultades», dijo subrayando la palabra «nuestras». Y a continuación aclaró: «No quiero que me consideren un *yankee...*» Hemingway vino acompañado del torero español Antonio Ordóñez y la esposa de este. En el aeropuerto fue recibido por sus familiares [?], un numeroso grupo de simpatizantes del pueblo de San Francisco de Paula, donde reside habitualmente, y reporteros de Prensa Latina que pudieron entrevistarle en forma exclusiva. Interrogado sobre si mantenía las declaraciones favorables a la Revolución Cubana que hizo a comienzos de este año, contestó que las reiteraba plenamente. «En New York, por donde acabo de pasar a mi regreso de Europa, no se sabe nada de Cuba ni del mundo. Allí solo se habla de Van Doren y del escándalo de su programa de preguntas y respuestas por televisión.» Al salir de la aduana, los vecinos de San Francisco de Paula le entregarían una bandera cubana en testimonio de gratitud por las declaraciones que Hemingway ha hecho en el exterior sobre Cuba. Hemingway besó la bandera, pero se negó a repetir el gesto cuando un fotógrafo quiso recoger el instante. «¡La he besado con sinceridad!», exclamó, siendo largamente aplaudido.

Y la coda, un tanto mítica, de la información redactada por Walsh:

El gran escritor norteamericano Ernest Hemingway ha tenido otro gesto a favor de nuestro país que mucho lo enaltece. A los funcionarios de la aduana mostró al arribar, un pasador de platino y brillantes valuado en \$ 4 000, según la factura, comprado en París, y manifestó su interés en que se le cobraran los derechos aduanales para pagar en dólares, como cooperación al gobierno revolucionario. Dicha operación no se pudo efectuar anoche porque la Casilla de Pasajeros está autorizada a cobrar facturas solo hasta \$300,00. En mayo de 1959 (según *Granma* publicó recientemente como una especie de homenaje) el escritor, ante los continuos ataques de la prensa norteamericana contra la justicia revolucionaria cubana, dijo en un artículo que «conocía a uno de los hombres que han ejecutado; si fuera fusilado 100 veces no sería suficientemente castigado por los terribles actos cometidos en el pasado».

Hemingway se refirió a la situación existente en Cuba antes de enero de 1959 y recordó: «Conocí a tres hombres que eran maestros calificados, pero que no pudieron conseguir trabajo porque no podían pagar los cientos de pesos necesarios para comprar un puesto de maestro.» Concluía: «Confío ampliamente en la revolución de Castro porque tiene el apoyo del pueblo cubano. Creo en su causa.»

Euclides Vázquez Candela, en esa época subdirector del periódico *Revolución*, tuvo esta experiencia con Hemingway.

En abril de 1959 llegó a verlo «un señor llamado José Luis Herrera Sotolongo, portador de un recado de Ernest Hemingway en vísperas de un posible viaje de Fidel Castro a Estados Unidos». Hemingway quería expresar con carácter privado su opinión acerca de este proyecto y ofrecer algunas recomendaciones que pudieran llegar a oídos del máximo líder de la revolución, para que supiera «cómo enfrentarse a la opinión pública norteamericana».

El periodista se dejó conducir por Herrera Sotolongo hasta la casa de Hemingway. En el camino, el médico comentó: «Ernesto debe tener mucho interés en comunicarse con ustedes. Últimamente recibe a muy poca gente, y mucho menos de noche.»

Durante más de dos horas, Mary Welsh y Hemingway le hablaron a Vázquez Candela acerca de los temas con los cuales «se ensañarían los monopolios de prensa yanqui: los fusilamientos revolucionarios, las leyes que ya se anunciaban para modificar la estructura económica del país, sobre todo la de reforma agraria, la política internacional y la determinación del gobierno revolucionario de no continuar dependiendo de los dictados del State Department».

Ahora introducimos a un Guillermo Cabrera Infante conmovido y sincero. Es decir, un Guillermo Cabrera Infante muerto. Los párrafos con que reseña para los cubanos la actitud de Hemingway, están escritos por alguien que no había llegado aún a la traición y a la mentira. Andaba, eso sí, en el camino.

En sus días de crítico cinematográfico de la revista *Carteles*, entre cerveza y cerveza en los cafetines, solía comentar con sus amigos: «Algún día seré como Hemingway.» Otras veces afirmaba que sería como Faulkner o Fitzgerald. Lo cierto es que terminó por ser él mismo, dirigiendo, después del triunfo revolucionario cubano, el suplemento literario del periódico *Revolución* con el afán de conducir la política cultural cubana. En esos trajines lo conoció Hemingway. De ahí que al encontrarse fugazmente con él en un restaurante madrileño, Hemingway le enviara «saludos a Castro».

En 1967 Cabrera Infante traicionó a la revolución y la cultura de su país, y se fue a vivir a Londres, a un piso decorado con banderas cubanas y gatos persas. Se incluye de todos modos un fragmento de su trabajo sobre Hemingway porque ofrece algunos testimonios personales de la lealtad del gran escritor a la Revolución Cubana. He

aquí una de las ricas posibilidades que ofrece la vida: un traidor en sus vísperas afirma que un hombre es fiel.



*Un guerrero masai muestra a Hemingway el manejo correcto de la lanza.
(Look Magazine. Copyright 1954. Cowles Communication)*









Los vecinos del pueblo le regalaron una bandera... Hemingway la besó. Los fotógrafos no estaban atentos y le pidieron que repitiera el gesto. Hemingway se enfureció: «Señores, ¡la he besado con sinceridad!» Regresaba así al país que mejor conocía, al que había descrito como —una bella úlcera en otra parte—, en 1935... Hemingway

había regresado más de una vez para perpetuar a Cuba. ¿Ahora volvía para perpetuar nuestra revolución? Otras veces había declarado que pensaba escribir un libro sobre la Revolución Cubana. Tal vez la muerte se lo haya impedido.

De todas maneras, Cuba seguía siendo su tierra. Recuerdo que lo vi en octubre en Madrid de viaje para la Unión Soviética. Comía con unos amigos en un restorán cercano a la Gran Vía. «¿Cómo anda Cuba?», me preguntó, y añadió enseguida: «Todo muy bien. No tenía que preguntarlo.» Pareció que iba a continuar comiendo cuando agregó: «Déle mis mejores saludos a Castro. Confiamos en él.» Hizo un gesto que no pude comprender: ¿quería decir España, los amigos que comían a su lado, o solamente nosotros?

116

A finales de agosto de 1961, apenas un mes después de celebrados los funerales de Hemingway, se realizó una ceremonia en el portal a cielo abierto de Finca Vigía.

Mary Welsh, la viuda de Hemingway, sujetaba en sus manos un folio de 30 hojas, de magnífico papel biblia, con el timbre de Finca Vigía impreso en rojo, y con cada una de las hojas firmadas al pie. Fidel Castro asistía en calidad de representante oficial. Estaban, además, Gregorio Fuentes y los hermanos José Luis y Roberto Herrera Sotolongo.

Un breve intercambio de cortesía precedió a la lectura. Mary Welsh tendió el folio a Fidel Castro, quien denegó con un gesto de la cabeza. «No, señora. Hágalo usted», le dijo. El documento, redactado alternativamente en inglés y español, disponía el traspaso «para bienestar del pueblo cubano» de Finca Vigía y los objetos personales del escritor. El texto aconsejaba que se instituyera una tertulia para jóvenes artistas y un centro de estudios botánicos para cuyos efectos podría utilizarse la biblioteca, literaria y técnica, que dejaba en la casa,

compuesta por más de 9 000 volúmenes. Ofrecía, asimismo, una serie de consejos útiles para el mantenimiento de Finca Vigía.

De acuerdo con el documento, se hacía entrega formal de la propiedad del *Pilar* a Gregorio Fuentes; dejaba en herencia, a diferentes amigos de San Francisco de Paula, una carabina Winchester de calibre 22, un automóvil Buick del año 1950 y un Plymouth del año 1953. La agencia 4 – 10 – 06 del Banco Nacional de Cuba se haría cargo de librar, contra la cuenta de Ernest Hemingway, los cheques con que se pagaba el último salario de los empleados, más una suma de regalía. Asimismo, Mary Welsh recababa de las autoridades cubanas que se ofreciera trabajo a sus exempleados en la Cervecería Modelo Nacionalizada, ubicada a poca distancia de San Francisco de Paula. El documento autorizaba a Pedro Buscaron, que había trabajado en la casa durante ocho años, para que continuara trayendo a pastar un caballo de su propiedad; y a José Herrera (Pichilo), jardinero principal de Finca Vigía por 17 años, le cedía todo el ganado que había allí en existencia y lo autorizaba a continuar, en la misma área de siempre, con su cría de gallos de pelea.

Mary Welsh retendría para su disfrute —y se llevaría con ella hacia Estados Unidos— las obras de arte más importantes que estaban en la casa, así como una importante colección de manuscritos inéditos de Hemingway, depositados en el Banco Nacional de Cuba, entre los que se hallaba el original de *Islas en el Golfo*. La cláusula final informaba que retenía a su favor la propiedad del bungalow, a la izquierda de la casa, que no pasaría a ser objeto museable y que ella utilizaría como vivienda en un eventual regreso a Cuba.

Días después, según una versión existente, Mary Welsh procedería a quemar la correspondencia. Lo hizo silenciosamente, en una fogata que preparó en el patio de la casa. Cumplía instrucciones precisas que se le habían confiado. Con esto, la historia de Ernest Miller Hemingway debió quedar sellada para siempre.

«Fidel llamó a Finca Vigía con el propósito de ponerse de acuerdo con Mary para visitarla», recuerda Herrera Sotolongo. «Y a mí me avisaron que fuera para allá. Pero yo no se lo solicité a través de ningún ayudante, como dice Mary en su libro.» Fidel llegó al anochecer. Los tres Oldsmobile del año 1960, de color morado oscuro, que constituían su equipo de transporte y escolta, parquearon en la arboleda delante del garaje. Nueve hombres con uniformes de campaña verdeolivo —los choferes y custodios— se mantuvieron discretamente alrededor de los automóviles. Fidel entró solo en la casa. Un apretón de manos a Mary y otro a Herrera Sotolongo y una rápida presentación de los demás miembros del comité de recepción de Finca Vigía. «Está en su casa», dijo Mary. «Siéntese, por favor.» Fidel, por desconocimiento, fue a sentarse en la poltrona de Hemingway, con su boina y un tabaco inmenso en la mano, cuando Mary dijo: «Esa era la butaca de Papa.» Fidel no terminó de sentarse. Se incorporó. Mary, sonriente, exclamó: «Oh, no, me ha entendido mal. Siéntese ahí, por favor.»

Sirvieron una merienda ligera que Mary había preparado. «Todo lo que usted quiera llevarse, se lo lleva», dijo Fidel. Mary respondió: «Las pinturas, la colección de pinturas.» Después pidió un buró que tenía en su habitación y los manuscritos de Hemingway que se encontraban en la caja de seguridad del banco. Asimismo le interesaba llevarse la ropa de cama, la mantelería, las vajillas y los cubiertos. «Allí había muchos cubiertos, cubiertos para mariscos con puños de nácar», afirma Herrera Sotolongo.

Se planificó cómo iba a ser el museo. Había una valiosa colección del *Hammond's Atlas* norteamericano, y otra de las obras de Mark Twain. Se dijo que debía dárseles alguna utilidad. Se habló de habilitar el garaje —donde hay un local para exposiciones en la actualidad— como salón de lectura. Fidel permaneció dos horas en Finca Vigía. Los trofeos le llamaron la atención, los trofeos de caza. Revisó casi todas las armas. Dedicó un rato a escuchar la historia del *greater kudú* que se encuentra

en el comedor. Mary dijo que le regalaba la carabina Mannlicher Schoenauer 256, «la favorita de Papa». Fidel agradeció el gesto, pero, dijo, prefería que la dejara allí y que la casa de Hemingway se conservara intacta.

También se habló que a los discos había que darles alguna utilidad. «Allí siempre había música sonando», dice Herrera Sotolongo.

En el momento que este trámite oficial se producía en La Habana, Glenway Wescott escribía en un periódico norteamericano que debía impedirse la destrucción de las obras inéditas de Hemingway. Glenway Wescott consideraba que Mary podía intentar una acción de este tipo en su viaje a la capital cubana. Esta es la razón que obligó a Mary Welsh, en *How It Was*, a explicar que fueron centenares de revistas viejas almacenadas por Hemingway las que ella arrojó a las llamas de una hoguera preparada en la cancha de tenis de Finca Vigía. Y aclara que «las seleccionó previamente». Las revistas, en su mayoría, eran ejemplares de *El Ruedo* y *The Economist*. Mary Welsh añade que fueron los amigos íntimos de la casa, Roberto Herrera Sotolongo, Valerie, Mayito Menocal, Elido Arguelles y René Villarreal, quienes participaron en la operación.

Mary Welsh, en otro párrafo de su libro, dice que aprovechó las facilidades brindadas por los cubanos para sustraer cerca de medio millón de dólares en joyas y objetos diversos que le entregaron cubanos desafectos. Traicionaba así la confianza depositada en ella por los líderes revolucionarios. Estos valores fueron llevados de forma clandestina en su equipaje de mano.

Durante poco más de un año. Finca Vigía se mantuvo cerrada. En la casa vecina de los Steinhart, quienes habían huido del país hacia la misma fecha de la muerte de Hemingway, se instaló provisionalmente una unidad de baterías antiaéreas, que defendía desde aquella altura un sector de la capital. La cristalería de los Steinhart, y de los Hemingway,

y de todos los vecinos de San Francisco de Paula, salvaron su existencia en virtud de que ningún avión sospechoso sobrevoló esta zona y que, por tanto, los 16 cañones soviéticos de 100 milímetros con seguimiento electrónico, emplazados en los vergeles y el patio de la Villa Steinhart, se mantuvieron silenciosos. Por la misma época, un batallón de muchachos huérfanos y antiguos pordioseros, que iban a cursar instrucción militar, estuvieron albergados en Finca Vigía durante algunas semanas. No se les permitía el acceso al interior de la casa, pero podían acampar en los jardines. De cualquier manera, antes de que fueran trasladados de allí y de que se les educara y convirtiera en personas conscientes, descubrieron la forma de abrir la puerta del sótano y dar cuenta de las reservas éticas de Hemingway. Luc Chessex, un fotógrafo suizo que llegó a Cuba a fines de 1961, decidió comenzar su ensayo fotográfico de la isla con algunas tomas de la casa del novelista fallecido recientemente. Allí lo recibieron aquellos muchachos contentos y despabilados. «Entré en Finca Vigía la tarde del 30 de diciembre de 1961, y me sacaron de allí, todavía inconsciente por la cantidad de bebidas que había ingerido, el 4 de enero.» Junto con Chessex, en camiones del ejército, fueron evacuados los muchachos. Casi un año más tarde, en noviembre de 1962, se produjo la primera visita oficial al Museo Hemingway. Fidel Castro se presentó de nuevo. Llevaba al capitán de un buque norteamericano que había transportado a La Habana un cargamento de medicinas y alimentos en conservas: una parte de la indemnización que había tenido que pagar la administración de Kennedy por su estruendoso fracaso en Bahía de Cochinos.

117

En cuanto a los manuscritos dejados por Hemingway en Cuba antes de su último viaje a España, que se suponía estuvieran depositados en una caja de seguridad del Banco Nacional de Cuba, existe una anécdota

oscura. Una persona que nos ha pedido no se revele su nombre y que trabajó durante algún tiempo para la Agencia Central de Inteligencia (CIA), asegura que estuvo en contacto con estos originales.

Ocurrió probablemente a principios de aquel año, acaso en mayo. Nuestro personaje anónimo, una mujer, era compañera de estudios de la hija de un tal Mardonio Santiago; estudiaban juntas en una institución privada de la aristocracia criolla, la antigua Universidad Católica de Villanueva. Ella declara:

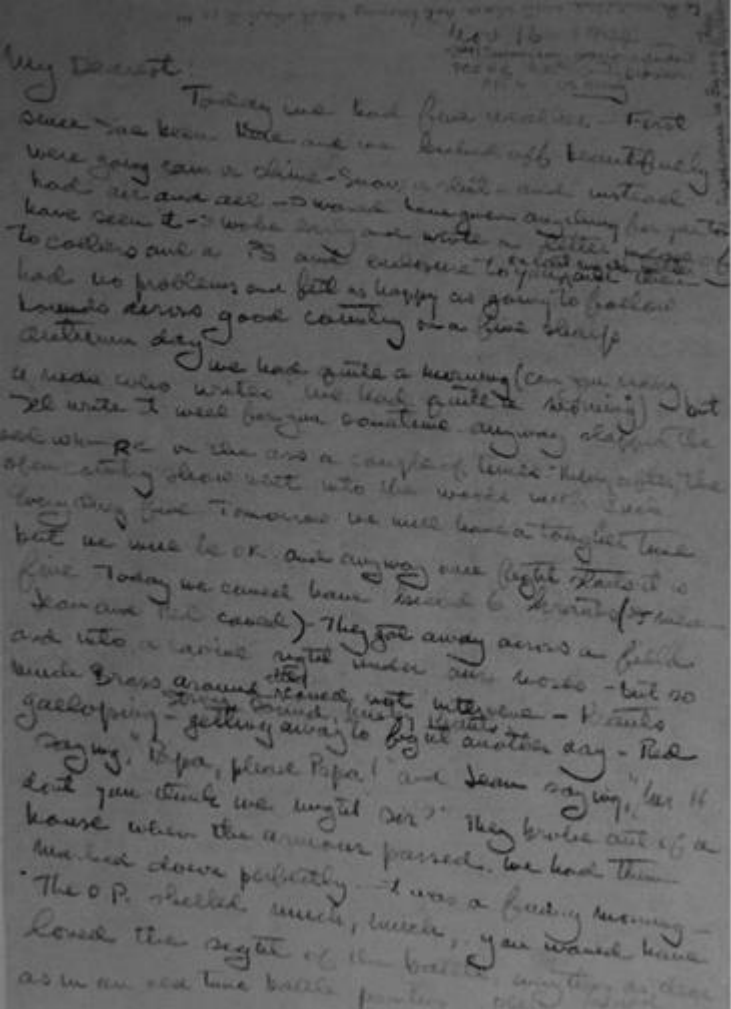
Yo iba a casa de los Santiago con frecuencia. Había una biblioteca muy buena, que siempre me llamaba la atención, no porque tuviera muchos libros, que no los tenía, sino por su *confort*, y porque tenía una butaca y aire acondicionado. Un día, estando yo en la casa, que si mal no recuerdo se encuentra en una de las calles cercanas a la Universidad de Villanueva, Mardonio se puso a hablar con su hija y conmigo y nos enseñó varias cosas, entre ellas unas pistolas que escondía en un cantero, y luego sacó de la biblioteca el manuscrito de Hemingway, que estaba empacado como para enviar por correo. El paquete estaba abierto. Mardonio dijo: «Miren, este es un libro de Hemingway que no se ha publicado.» Era un relato de pesca en Bimini y de una conversación con unos tipos en el Floridita. Es lo que recuerdo de lo que pude leer aquel día. Mardonio era hermano de Antonio Santiago, Tony, quien es venerado en Cuba como un mártir revolucionario. (La circunstancia en que se produjo la muerte de Tony Santiago, en 1961, estuvo cubierta durante mucho tiempo por el velo del misterio; hoy casi se tiene la certeza de que cayó combatiendo en la corriente del Golfo —en un combate de lancha a lancha— mientras intentaba infiltrarse en un grupo de agentes de la CIA.) La viuda de Tony Santiago afirma que su esposo había roto definitivamente las relaciones familiares con Mardonio por desacuerdos políticos.

Mardonio Santiago había sido un alto ejecutivo de la sucursal en

La Habana de un consorcio tabacalero norteamericano. Participaba en una conspiración contrarrevolucionaria en el momento que mostró el original de Hemingway a nuestra testimoniante; ella también participaba en la conjura. Se registraban muchas intrigas de esta clase en La Habana de aquel tiempo, cuando la salud de Hemingway le había deteriorado notablemente y se encontraba en manos de los médicos de la Clínica Mayo. Había estado por última vez en Cuba en el verano de 1960, y ese es el único instante en que el manuscrito pudo haberse confiado a Mardonio Santiago. Un verano que resultó trágico para el escritor. Sus capacidades físicas y mentales comenzaron a disminuir en forma abrupta, lo que culminaría en un estado de semilocura caracterizado por delirio de persecución. Decía que agentes del FBI lo vigilaban. Tal vez entonces decidió salvar su manuscrito. Es una hipótesis. Si los Hemingway —Ernest o Mary— tomaron una determinación de esa naturaleza, es un hecho imposible de esclarecer ahora. ¿Habría querido proteger su manuscrito de la saña de unos fantasmales agentes del FBI poniéndolo en las manos de unos potenciales agentes de la CIA? La situación es confusa.

El manuscrito de Hemingway fue mostrado a nuestra testimoniante en la casa que se encuentra en la calle 15, número 18 412, esquina a 184, en el antiguo Reparto Biltmore, barrio exclusivo de la burguesía habanera, que fue rebautizado en el período revolucionario como Reparto Siboney. El residente actual se llama Bartolomé Cuza Trinché. Vive allí con su familia, la que incluye abuelos y niños. Pero no ocupan toda la construcción. Algunas habitaciones son empleadas como almacén de pupitres del Ministerio de Educación. La familia de Cuza Trinché se estableció ahí en 1962. Debido a sus escasos recursos económicos, recibieron la casa en usufructo gratuito. Proceden de una región campesina y desconocen quién era el propietario anterior de la residencia. (Mardonio Santiago huyó del país hacia el otoño de ese mismo año, 1962; había logrado situar grandes cantidades de tabaco cubano en Jamaica, con lo cual se mantuvo económicamente.)

Respecto a la biblioteca, donde el original estuvo escondido, Bartolomé Cuza declara que todos los libros fueron retirados en 1962 por el Ministerio de Educación. Los estantes de madera vacíos se conservan, pero la habitación se transformó en un dormitorio para dos niñas. La búsqueda y localización de los volúmenes que integraron aquella biblioteca resulta una tarea desproporcionada a casi 20 años de distancia. Pero ninguna entidad bibliotecaria cubana —adonde se enviaban los libros ocupados en las casas de la burguesía— reportó la entrada de un original de Hemingway. La presencia de este manuscrito inédito en poder de un inescrutable Mardonio Santiago, que trasegaba con pistolas y cargamentos de tabaco, y, al parecer, con literaturas, es otro misterio, para el que acaso nadie tenga respuesta.



⑥

Am moving you and my cigarettes - think that is ok because often then
 to say you if they are short - and wish to say you in short you won't
 have any am tired tonight. Puckle because honey letter - will
 write more tomorrow - maybe in the morning - see > love
 good and sound is clear. Love you and the good news
 about (from Puckle) with in with you and love. In regard of
 your trip and of you - can't write it long - be so happy about
 things being settled and ok - can't write about it either just
 believe it. It's about our life soon and good and bright to be bright
 and beautifully as such bright - but we can be kind and not
 be ruthless - only thing will be ruthless about is the people that
 waste our time and our life - you teach me how to be
 polite and ruthless and the telephone - and I'll leave
 and Puckle on time you asked me what we would drink in tomorrow
 when we'd be and I forgot that have 7 cases of beer was
 good - but in work - don't drink it - I'm not sure
 drinking - but anyway you know I'm not sure about it - but I'll
 be so happy and with you fine feeling and want to drink
 in the night - but for wake-up drinking - when there isn't any
 Pucker - don't - Scotch is good - I can always hear myself
 moving around in the boat "What's the matter wolfie?"
 "Just having a drink, Papa"

Do you like Scotch and good books without me?
 Very good. Also whisky and love and God to make
 whisky sour

Bill Puckle in the morning the breakfast of the
 2 eggs any style, good fried ham, a Canadian bacon, or good
 crisp bacon, and tall Tomato juice, or grapefruit or orange
 juice and papayas and mangoes and whole bread -
 good and lovely or each way - one ring for love and
 2 for yours - 13 for both - and sleep as long as you
 want - and sometimes we with work see each before we

pescador cubano. Con la señora Hemingway viajó a Cuba un grupo de cineastas norteamericanos que se proponen realizar una película basada en la biografía del novelista, escrita por ella. Integran este grupo los cineastas Jay Weston, productor; Sydney Pollack, director; y Waldo Salt, guionista. Desde su arribo a Cuba, Mary Hemingway y los cineastas han visitado el Museo Hemingway, recorrieron el pueblo de San Francisco de Paula y el de Cojímar... En el curso de estos días visitarán posibles locaciones para filmar y otros lugares de interés. La anterior visita de la señora Hemingway a nuestro país fue en 1961 en que se trasladó a Cuba para donar al gobierno revolucionario la finca que ella y su esposo poseían en La Habana donde hoy está instalado el museo que lleva el nombre del famoso escritor.

Bohemia 30 de septiembre de 1977

HEMINGWAY SIEMPRE ESTUVO A FAVOR DE LA REVOLUCIÓN

expresa Mary Hemingway, su viuda, en entrevista para *Bohemia*

Por Luis Báez

Hablando un español que no practica hace 17 años, lo que la obliga a acudir al inglés para recordar hechos y puntualizar sus opiniones, Mary Hemingway conversó con este periodista durante algunos minutos sobre varios temas relacionados con Ernesto. «Hice un libro —explica— sobre mi vida. Pero es natural que tiene que tener mucho de Ernest. Lo escribí porque se han hablado tantas falsedades en relación con Ernest que he querido poner las cosas en su debido sitio. Miles de falsedades. Miles de mentiras se han escrito». «Cuando Fidel llegó a La Habana estuvimos completamente a su favor. Hay que recordar (ya tengo muchos años) los regímenes que había padecido Cuba. Los gobernantes siempre robando. Lo mismo Grau San Martín, Prío que Batista. Nosotros vivimos todas esas etapas por eso nadie puede hacernos un cuento. Por cierto, en distintas ocasiones Batista invitó a Ernest a almorzar, pero él siempre buscó una excusa para no asistir». «Él estaba seguro —puntualiza— de que con Fidel iba a haber cambios para beneficio del pueblo. Él tenía muchas esperanzas en Fidel desde que este se encontraba en las montañas. Por eso cuando se encontraron —la única vez— en el torneo de pesca, se puso muy

contento». «Él siempre estuvo a favor de la revolución. Él siempre estuvo a favor de Fidel. Cualquier otra cosa que se haya dicho forma parte de las miles de mentiras e insidias que se han escrito sobre Ernest...»

(RPT P212)

HEMINGWAY

POR

STANLEY

JOHNSON

NUEVA YORK, 19 [DE JULIO DE 1977] (AP) —LA VIUDA DE ERNEST HEMINGWAY, MARY, QUIEN ACABA DE REGRESAR DE UN VIAJE SENTIMENTAL A CUBA, DONDE LA PAREJA PASO LA MAYOR PARTE DE SU VIDA MATRIMONIAL, DICE QUE FIDEL CASTRO «ES JUSTO EL TIPO DE HOMBRE QUE ME ATRAE».

MARY HEMINGWAY DIJO QUE TUVO ALGO DE PRESENTIMIENTO ANTES DE REGRESAR A LA GRANJA DONDE VIVIO CON SU ESPOSO. EN LAS AFUERAS DE LA HABANA, PERO CUANDO LLEGO AL LUGAR, «NO ME SENTI TRISTE. ¿POR QUE HABRIA DE ESTARLO?... 81 ALLI PASE 17 AÑOS MUY BUENOS»,

DIJO.

LOS HEMINGWAY ENTREGARON SU CASA AL GOBIERNO HACE 16 ANOS Y SE MUDARON AL ESTADO DE IDAHO, DONDE LA SEÑORA HEMINGWAY TODAVIA REALIZA VISITAS ANUALES. «TENGO QUE CONTARLE... LO PRIMERO QUE LE DIJE A FIDEL FUE: “NO HA CAMBIADO NADA”... Y NO LO HA HECHO».

«LUCE MARAVILLOSAMENTE, EN GRAN FORMA», DIJO. «NO TIENE EL ESTOMAGO QUE TENIA ERNEST, PERO AUN ASI SE PARECE MUCHO A EL; LA BARBA, LA MANERA COMO SU CABEZA DESCANSA EN SUS HOMBROS. LA ESTATURA. FIDEL ES JUSTO EL TIPO DE HOMBRE QUE ME ATRAE», AGREGO.

«ESTA SIEMPRE ALERTA, TAN INTELIGENTE, Y SIGUE CON SUS PEQUEÑAS BROMAS.»

LA SEÑORA HEMINGWAY ESTUVO EN CUBA EFECTUANDO UNA INVESTIGACION PARA LA COMPAÑIA

CINEMATOGRAFICA MGM, QUE PROYECTA UNA PELICULA BIOGRAFICA DE SU MARIDO.

«FUE MUY GENTIL. ME DIJO QUE LOS CUBANOS PODRIAN AYUDAR EN TODO.»

«NOS SENTAMOS A CONVERSAR DURANTE TRES HORAS. HABLAMOS DE LOS PROBLEMAS DE [MUTILADO] SOBRE LA FALTA DE ALIMENTOS AL SUR DEL DESIERTO DEL SAHARA, ACERCA DE LAS CONDICIONES MUNDIALES», MANIFESTO.

119

Dieciseis años despues, ella regresó a Cuba. Subió por el sendero de Finca Vigía —quizás por última vez— un caluroso día de julio de 1977. Se retrató en las estancias de la casa. Una batería de fotógrafos de la Metro Goldwyn Mayer la acompañaba, bajo la mirada de Sydney Pollack, que iba a realizar una versión fílmica de *How It Was*. Ella fue a casa de su antigua costurera, Josefa, en San Francisco de Paula, a quien obsequió con una bolsa de plástico gigante que contenía un millar de aspirinas. Josefa, atacada por la artritis, dijo que el obsequio la conmovía. También fue a Cojímar y sostuvo un encuentro con Gregorio Fuentes. Luego volvió a su antigua casa (y actual museo) y pidió permiso para llevarse unos libros de la biblioteca. Traía la lista de libros que le interesaba llevarse de Finca Vigía. Más de 173 libros de más de 45 autores, entre ellos, los que Hemingway había considerado como sus favoritos en sus entrevistas con Lillian Ross y George Plimpton.

Fidel Castro la recibió en el Palacio de la Revolución. Le explicó que una ley reciente de la Asamblea Nacional impedía sacar del país obras consideradas como parte del patrimonio nacional, entre las que estaban comprendidas las pertenencias de Hemingway. Lamentaba no poder complacerla, pero le ofrecía a cambio el apoyo necesario para la filmación de *How It Was*. A su regreso a Estados Unidos, Mary Welsh se mostró entusiasmada por su viaje a Cuba. En nuestro país había

sostenido una entrevista con el periodista Luis Báez, y sus respuestas podían considerarse delirantes si se tiene en cuenta que se manifestó, decididamente a favor de la Revolución Cubana, mientras que en *How It Was* se expresó con igual decisión, pero en contra. Había encontrado en perfecto estado de conservación las antiguas pertenencias de Ernest y de ella. Durante su estancia en Cuba había clamado por una botella de ginebra Gordon, pero al igual que ocurrió con las vistosas prostitutas que pululaban por el Floridita, esta no apareció por ningún bar de La Habana. Sin embargo, la víspera de su partida, en el restaurante Atlántico de la playa de Santa María del Mar, a pocos kilómetros de Finca Vigía, la añorada botella de ginebra Gordon presidió la mesa de la última cena cubana de Mary Welsh.

(Margaux Hemingway, nieta del escritor, se presentó en Finca Vigía pocos meses después. Hubo diferencias notables. Margaux recorrió las estancias de la casa, sus jardines y senderos; se detuvo frente a una de las sillas de extensión de la piscina, en la que se retrató una vez con su abuelo; y pidió permiso para sentarse en la poltrona de la sala. El fotógrafo que la acompañó debió permanecer afuera. Margaux era una muchacha solitaria y remota que se puso a llorar en silencio.)

120

New York Post 3 de julio de 1961

LAS CAMPANAS DOBLAN POR E. HEMINGWAY

Sun Valley, Idaho, julio 3 —Hoy, alrededor del mundo, las campanas doblan por Ernest Hemingway... Su esposa, a la que él llamaba Miss Mary, encontró el cuerpo vestido en pijamas... Un disparo en la cabeza, de una escopeta de doble cañón. El estruendo la despertó a las 7:30 am. La primera llamada que hizo Mary después de encontrar el cuerpo de Hemingway fue a Chuck Atkinson, a Ketchum, Idaho, que

era dueño de un motel, y amigo del escritor desde hacía veinte años. La siguiente fue para Leonard Lyons de *The Post*, que estaba en Beverly Hills. Hemingway hacía dos días que había salido de la Clínica Mayo, de Rochester, Minnesota. Algunos de sus amigos decían que se sentía bien de salud, pero otros aseguraban que estaba muy deprimido por la muerte de su buen amigo Gary Cooper. Poco antes de la muerte de Cooper, en mayo, este le había dicho a Hemingway: —Te apuesto a que yo te llevo a la tumba.» La esposa de Cooper comentó hoy: «Ahora están los dos en la tumba...» El doctor Carlos Baker, del Dpto. de Inglés de Princeton, dijo que el escritor había estado trabajando en un libro sobre reminiscencias del París de los años veinte, y que la obra, de inapreciable valor, en gran parte se refería a Gertrude Stein y a F. Scott Fitzgerald. El poeta Archibald MacLeish dijo que Hemingway era «un maestro de la prosa inglesa, el Gran Estilista de su generación», así como James Thurber, el humorista, había sido «uno de los más grandes escritores de este siglo». Un íntimo amigo declaró que una vez Hemingway dijo que tenía una gran novela en un Banco de Seguros de Cuba, donde hablaba del mar, la tierra y el aire. Baker dijo haber recibido una carta de Hemingway desde la Clínica Mayo donde le decía que sufría una incipiente diabetes, controlada por una dieta rigurosa; que su peso se había reducido de 220 a 175 libras, y que su médico le decía que si mantenía su peso bajo, podría ser que se recuperara. El doctor Baker expresó que el padre de Hemingway, un médico, también sufrió de presión alta y diabetes, y que apareció muerto de un tiro en su hogar en 1928. Dijo el doctor Baker que este se había suicidado por su deplorable estado de salud...

Gaceta Literaria 4 de julio de 1961

HEMINGWAY Por Genrik Borovik

Al leer la breve noticia de la trágica muerte en el lejano estado de Idaho de Ernest Hemingway, uno de mis conocidos me miró con ojos llenos de incomprensión. Después leyó de nuevo la noticia y sus ojos se llenaron de extrañeza. En ellos no había aún amargura, pero yo sabía que él amaba mucho al escritor. Solamente había extrañeza. Es muy difícil creer en esta muerte súbita del hombre que había creado *El viejo y*

el mar. Adiós a las armas. Tener y no tener. La conciencia de la pérdida viene luego. Miro la fotografía de Hemingway, tomada el año pasado en el pequeño pueblo de San Francisco, en los alrededores de La Habana, recuerdo a un hombre fuerte, grande, con una sonrisa luminosa, con ojos que a veces eran amistosos y atentos y otras veces pensativos. Me contó sobre sus planes, que tenía en gran cantidad. Él temía que le faltara el tiempo y lo decía sin coquetería, sin ningún gesto, simplemente. La novela de un joven escritor. El lugar de la acción es el París de los años veinte... Cuba. Hemingway escribirá sin falta sobre la Revolución Cubana. No ahora. Son hombres magníficos. El primer gobierno honrado en la historia de la isla... Es necesario visitar muchos lugares del mundo. Entre ellos la Unión Soviética. Puede ser que allá haya buena caza. Desde hace mucho tiempo sueña con visitarla, pero hay tanto trabajo... Pero cuando el hombre llega a los 60 años tiene que apresurarse. En caso contrario, no podrá terminar de hacer lo que tiene planeado. En aquel día memorable, en que tuve la gran dicha de pasar el día con él pescando y en su casa, repetía: «Tengo miedo de que falte el tiempo.» Y el tiempo le impidió verdaderamente hacer mucho de lo que quería. Pero lo que su talento ha creado, y su gran corazón, permanecerá en la memoria de muchas generaciones.

Pravda3 de julio de 1961

EL ESCRITOR DE LA VOZ MUNDIAL Por Leonid Leonov

... Seguía muy atentamente todas las etapas de su actividad, y pienso que muchas de las innovaciones que él aportó serán seguidas e imitadas. Hemingway fue un escritor que tuvo la voz mundial y me parece que en el futuro próximo dejará un gran vacío en el mundo. Nos dejó muy temprano. Su voz sería muy útil en las conversaciones entre los intelectuales de todo el mundo con respecto a la situación en que se encuentran en la actualidad la paz y la civilización. Esa gran conversación le viene haciendo falta al mundo desde hace mucho tiempo, y deberá tener lugar, porque de esos temas deberán ocuparse los hombres honestos que tienen la posibilidad de penetrar con su palabra el ánimo de la humanidad. Mucho lamento el no haber tenido la oportunidad de conocer personalmente a Hemingway...

Lunes de Revolución 14 de agosto de 1961

REQUIEM POR UN AMERICANO Por Carl Marzani

... Murió como había vivido, en forma rara. Uno de los más grandes escritores de esta generación, estilista soberbio cuyo impacto en el mundo de las letras puede compararse solo con el de James Joyce, fue en lo más íntimo de su alma un extraño en un mundo que él no había creado, un mundo que, en la figura de su tierra nativa, básicamente rechazaba. Como resultado de ello hizo la apoteosis del



Individualismo...



Con Gary Cooper en Sun Valley,

Idaho, invierno de 1958 – 1959 Se escribe con pena sobre ese asunto, porque las cosas privadas de una familia no deben ser violadas en lo mínimo, y la señora Hemingway ha dicho que la muerte de su esposo fue accidental, y las autoridades y la prensa han apoyado esa declaración. Pero en nuestra desorientada y fragmentada sociedad, donde los faros intelectuales se necesitan desesperadamente, la muerte de Hemingway tiene tal significación que se sobrepone a las aflicciones y a las delicadezas de orden privado. Era un vibrante escritor, de gran

impacto sobre las viejas generaciones y de continuo estímulo para las generaciones jóvenes. Vivió su propia filosofía, y la forma de su muerte tiene una importancia que no puede ser ocultada. Creo que el propio Hemingway, con su vehemente honestidad, desearía que se conociera la verdad. Los hechos, según publica la prensa, casi no dan lugar a ninguna otra conclusión sino la de la autodestrucción. No es solo que un hombre acostumbrado al uso de armas de fuego casi durante toda su vida, trate de limpiar una escopeta estando esta cargada: la propia prensa ha informado que no se encontró material alguno para la limpieza de armas, en el lugar en que se produjo el «accidente», y que la muerte fue instantánea. El informe policiaco, austero en su desnudez, así como el certificado de defunción, dicen: «herida de bala en la cabeza producida por el fallecido». El *sheriff* dijo que la herida era «de la boca hacia arriba» y que ambos cañones de la escopeta habían sido disparados. Cualquier persona conocedora, y Hemingway era un experto en métodos para producir la muerte, sabe que la muerte más segura e instantánea es la que se produce disparándose un tiro en el cielo de la boca. La mecánica de tal operación, incluyendo la opresión simultánea de los dos gatillos, prácticamente excluye la posibilidad de un accidente. ¿Qué motivó esa decisión final? Hemingway estaba enfermo, y quizás temiera al lento declive de sus fuerzas física e intelectual. Sin embargo, no obstante los motivos privados, no puedo creer que estuvieran totalmente desligados del clima de la sociedad contemporánea, las tensiones y la desesperación, que le sonaban como trompeteros de una humanidad al borde del holocausto. No creo, por ejemplo, que la invasión a Cuba no hiciera efecto en Hemingway. Vivió mucho tiempo en Cuba y quería a su pueblo. Muchos de los líderes barbudos eran sus amigos; y al comentar su muerte, el periódico *Revolución* dijo que él «era uno de nosotros». Hemingway era un hombre amante de la lealtad y de la verdad; y no le habría sido fácil permanecer tranquilo durante los últimos meses. La prensa norteamericana, que nunca ha respetado la privacidad de las celebridades, ha sido agria y reticente al comentar la muerte de Hemingway...



Soldados japoneses destacados en la isla de Tarawa hacia el 20 de noviembre de 1943 se hacen el harakiri para no caer prisioneros de las tropas norteamericanas. Es una variante de la fórmula de suicidio «practicada» por Hemingway —el cañón del fusil se apoya en la frente en vez de en el paladar. (U. S. Marine Corps)

La depresión moral que sumiera a Ernest Hemingway en las tinieblas, tuvo su desenlace fatal a miles de kilómetros de distancia de nuestro territorio. Hemingway, al igual que los animales indómitos, buscaría el mismo lugar donde nació para morir. Sus últimos pasos estuvieron dirigidos a localizar un juego de llaves, que le habían sido escondidas a propósito. Localizar las llaves, abrir el armario y seleccionar y preparar su arma. El cazador, según su hermano Leicester, empleó una Richardson plateada de dos cañones, calibre 12; pero Carlos Baker describe una escopeta marca Boss, aunque con la misma cantidad de cañones y del mismo calibre. Cualquiera que haya sido el arma, unos amigos, por indicaciones de la familia, la cortaron con un soplete y la redujeron a pedazos. Los fragmentos fueron enterrados en lugares secretos para evitar que cayera en manos de los coleccionistas de souvenirs.

La noticia sobre la muerte se transmitió por televisión en Filadelfia mientras los Dodgers jugaban. Junior Gilliam estaba al bate. Cortaron el sonido y anunciaron un boletín. Fue una noticia *terse* diciendo que Hemingway se había matado accidentalmente de un tiro en su casa de Ketchum, Idaho. El juego de los Dodgers continuó de inmediato.

Para otros norteamericanos, la información llegó por radio. El columnista Leonard Lyons —transmitió un noticiero de Nueva York— había reportado que Hemingway, el escritor, se había matado accidentalmente. Como en otras ocasiones, se podía pensar en un error.

Las emisoras cubanas, entre las primeras, difundieron el cable la misma mañana del domingo 2 de julio de 1961. A la información se agregaba un epíteto bastante justo: «Ha muerto un amigo de Cuba.»

Hubo dos lugares donde la noticia afectó a la gente de manera especial, dos pueblos de los alrededores de La Habana: Cojímar y San Francisco de Paula. Al otro día, lunes, por una costumbre de la prensa cubana, solo circulaba un periódico, *Revolución* en este caso. El matutino destacó la información en forma grave y sentida. Fue el tono que se mantuvo. Quizás con la retórica habitual de los medios cubanos, se dijo en todo momento que había muerto «un gran amigo de nuestro país». Retórica no quiere decir falsedad.

Ernest Hemingway fue enterrado el 6 de julio de 1961 en un cementerio cercano a las montañas de Sawtooth. Había cerca de 50 personas en la ceremonia, casi todos vecinos de Sun Valley. Mary y los tres hijos de Hemingway solicitaron los servicios del reverendo Robert L. Waldmann, de Our Lady of the Snows Church, de Sun Valley, para que leyera un pasaje específico del Eclesiastés.

«Oh, Dios, concédele a tu siervo Ernest el perdón de sus pecados», dijo el reverendo al comenzar su oración. «Concédele el descanso eterno. Señor...» Pero, al abrir la Biblia, solo leería la primera línea del

versículo favorito de Hemingway: «Una generación va, y otra generación viene; mas la tierra permanece para siempre.» Confundido o reticente, el sacerdote omitió la frase que sirvió de bautismo de fuego a la Generación Perdida: «The sun also rises» (El sol también se levanta).

Fue necesario que 13 años pasaran y que un hombre de otra generación, un escritor, armado con otras garras y agraviado por otras heridas, fuera el que comprendiera el significado total de la tragedia.

Así lo escribe de forma indirecta, oblicua, Norman Mailer, al referirse a la desaparición de Marilyn Monroe:

Nadie pudo saberlo. Su muerte se cubrió de ambigüedad como la de Hemingway se cubrió de horror, y como la muerte y los desastres espirituales llegaron uno tras otro a las reinas y los reyes norteamericanos, como mataron a John Kennedy, y a Bobby, y a Martin Luther King, mientras Jackie se casaba con Aristóteles Onassis y Teddy Kennedy se desbarrancaba en el puente de Chappaquiddick, de modo que la década que comenzara con Hemingway como monarca de las artes norteamericanas terminaría con Andy Werhol como su regente, y el fantasma de la muerte de Marilyn daba un toque de lavanda al dramático designio de la década del 60, que, al considerársele en retrospectiva, pareció no haber hecho más que llevar a Richard Nixon hasta el umbral del poder imperial. *En marzo de 1928 Hemingway sufrió «el más curioso de todos los accidentes» cuando un techo de vidrio del baño de su apartamento le cayó encima. Resultado de ello fue una herida grave.*



Última fotografía en el coto de caza, Sun Valley, 1958.



Estuvo exhibiéndose por París con una venda que cubría toda la parte superior de su cabeza. Después se hizo esta foto, con la herida fresca todavía.

121

La siguiente entrevista tuvo lugar en el Palacio de la Revolución, en La Habana, la noche del 6 de febrero de 1984.

Fidel Castro: Los libros de Hemingway han sido habitualmente una buena compañía para mí. Parece ser verdad que uno se identifica con ciertos libros. Mi experiencia es que yo me identifico casi instantáneamente con las obras de Hemingway.

Norberto Fuentes: ¿Lo lee a menudo?

FC: Debo haber leído *Por quién doblan las campanas* más de tres veces. Y conozco la película. He hecho también varias lecturas de *Adiós a las armas* y de *El viejo y el mar*. Las cacerías de Hemingway por África —me refiero a sus cuentos y crónicas— las he leído todas. Y todos sus escritos de aventuras en el Caribe.

NF: ¿Es cierto que Hemingway es su autor favorito?

FC: Sí, si lo es. Y la primera razón por la que me atrae, es por su realismo. Porque me lo hace ver todo con suma limpieza y claridad. No hay partes blandas en sus textos. Todo es convincente y todo es realista. Tiene la virtud de trasladarlo a uno a las llanuras africanas o al ruedo, y a uno se le hace difícil olvidar lo que ha leído porque es como si lo hubiera vivido. Pero tengo otra razón para apreciarlo. Y esto entraña una confesión. La razón es que Hemingway escribe sobre el mar. Y la confesión es que yo me paso mucho tiempo en el mar. Es decir, trato de irme al mar todo el tiempo que pueda.

NF: Tiene unas crónicas admirables sobre la corriente del Golfo.

FC: Sí... la corriente del Golfo moviéndose como el la describe, eterna y poderosa. Yo también conozco ese paisaje silencioso que se desplaza inexorablemente frente a las costas de la isla. Lo conozco y lo admiro. Creo comprender los sentimientos de Hemingway cuando

navegaba sobre estas aguas...

NF: En cierta ocasión concibió el proyecto de escribir un libro sobre lo que él llamaba «los misterios ancestrales de la corriente del Golfo». Pero nunca pasó del proyecto.

FC: ¿Quieres que te diga otra razón para apreciar a Hemingway? Porque ya te he hablado del realismo y del mar... Esta otra razón es que Hemingway es un aventurero. Un aventurero en el sentido genuino de la palabra. Un sentido que, en mi opinión, es hermoso. Es decir, del hombre inconforme con el mundo que lo rodea y que asume el deber de cambiarlo. Necesita romper con los convencionalismos, y para hacerlo se lanza a la aventura. Y aprende algo muy pronto, si no lo sabe ya. Aprende que el mundo lo va a cambiar también a él. No podrá permanecer incólume. La mutación es inevitable. Y es parte del riesgo que siempre se acepta al iniciar una empresa.

NF: Usted me habló el otro día de la audacia de Hemingway.

FC: Siguiendo este orden, la otra razón por la que aprecio a Hemingway tiene que ver con lo que yo llamaría su audacia. Pero es algo que no solo admiro en Hemingway, sino en todos los escritores. La audacia de decir las cosas, de descubrir y exponer el sentimiento y el paisaje humano, y la audacia de hablarles a miles o a millones de hombres de diferentes generaciones, e incluso de diferentes épocas. Te confieso algo: yo siento miedo escénico cuando hablo en la Plaza de la Revolución. No me es nada fácil. Así que debo entender de alguna manera lo que pasa por la cabeza de un escritor que va a exponer su palabra ante miles de lectores y por tiempo impreciso... ¿Sabes una cosa? A nosotros nos gustaría que todos en Cuba fueran escritores. No es una utopía, desde luego. Estaríamos tratando simplemente de hacer verdad el proverbio del hijo, el árbol y el libro. Y lo cierto es que la revolución ha sido una fuente de intensas vivencias para millones de cubanos.

NF: Usted se ha referido en otras ocasiones a *Por quién doblan las campanas*. ¿Cómo explicaría su predilección por esta novela?

FC: Lo he dicho, ¿no? Porque trata de una lucha en la retaguardia de un ejército convencional. Y el libro nos ilustra sobre la vida en la retaguardia, sobre la existencia de una guerrilla, y cómo puede actuar con entera libertad en un territorio supuestamente controlado por el enemigo. Me refiero a las descripciones tan vividas que hay en esa novela. Nosotros ya intuíamos —cuando leímos la novela por primera vez, en la época de estudiante— cómo podía ser una lucha irregular, desde el punto de vista político y militar. Pero la novela nos hacía ver esa experiencia. Y luego conocimos esa vida por nuestra propia actividad. De manera que el libro se convirtió en algo familiar. Y regresamos a él siempre, incluso cuando ya éramos guerrilleros, porque es como regresar a los viejos tiempos, cuando la lucha era solo un proyecto.

NF: ¿Conoce usted las opiniones negativas sobre la Revolución Cubana que se quieren acreditar a Hemingway?

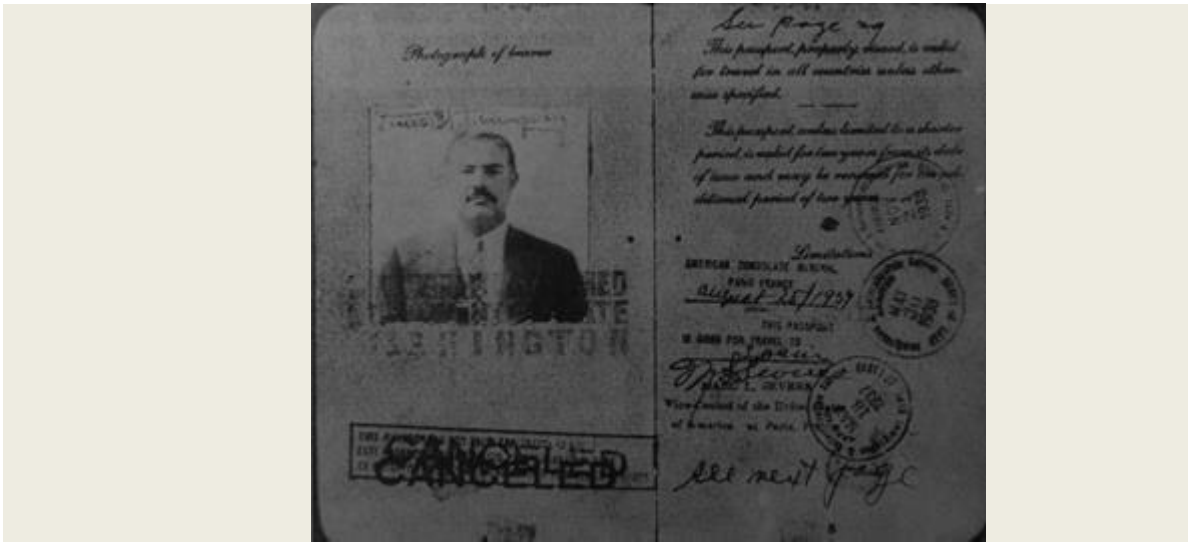
FC: Creo haber leído algo al respecto: unos comentarios sobre declaraciones de Hemingway en círculos privados y sus expresiones desfavorables hacia nuestro proceso. Es cierto que las fuentes de donde proceden son poco confiables.

Y es cierto también que la actitud pública asumida por Hemingway fue de defensa de nuestra revolución. Y esto es algo que siempre hemos apreciado, por la manera en que nos honra. No obstante, hay que comprender que para Hemingway era una situación sumamente difícil. Su país se hallaba en conflicto con el nuestro. Y no podía ser fácil para él. En realidad no era fácil para nadie. Pero ahí están sus declaraciones, el apoyo que nos brindó. Ahora bien —y esto me interesa aclararlo mucho—: si él hubiese criticado con más o menos

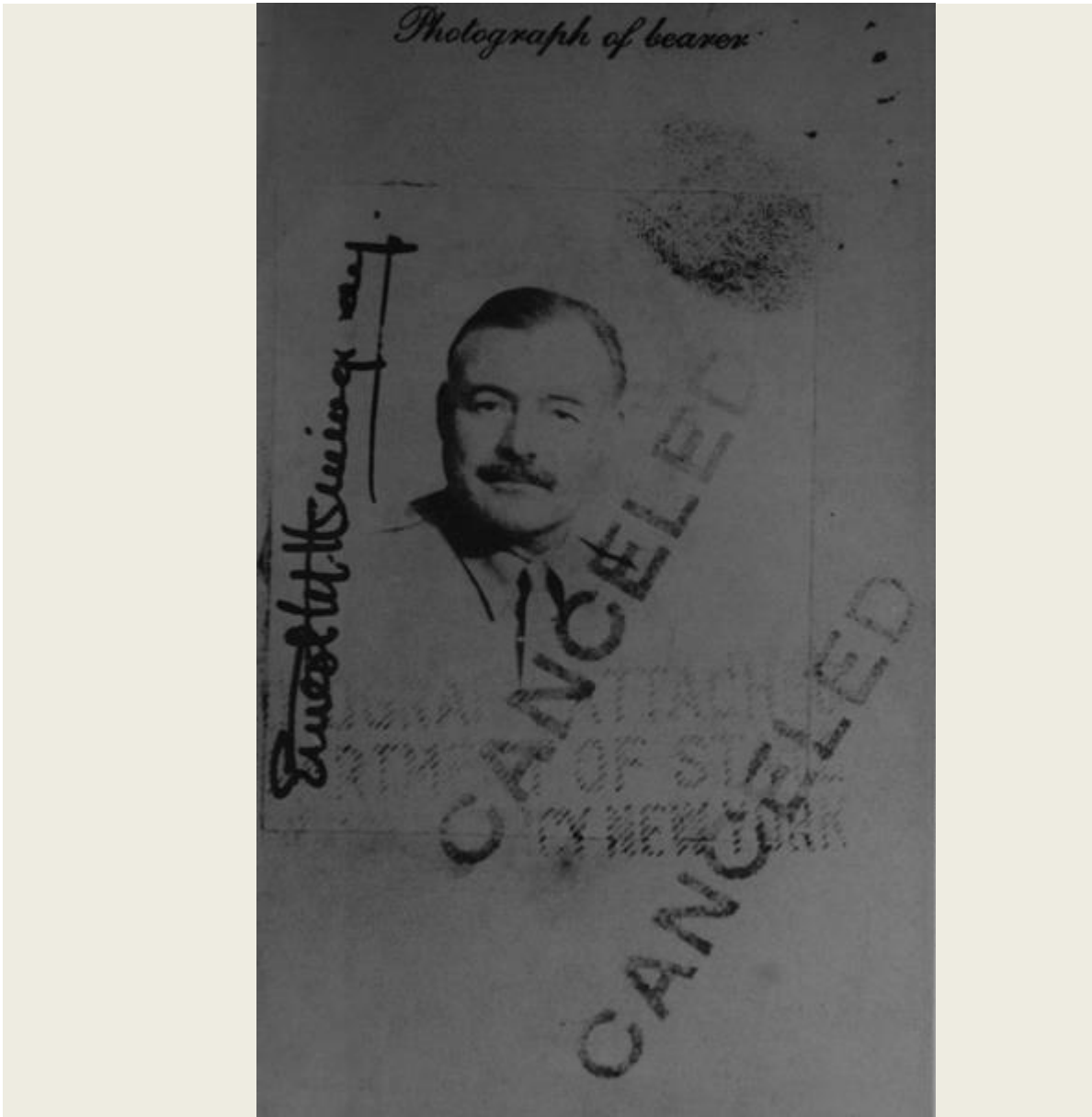
aspereza nuestro proceso, eso no lo hubiera demeritado ante nosotros en absoluto. En primer lugar, porque nuestra obra es humana, y, por lo tanto, perfectamente criticable. Y lo hubiéramos aceptado, porque nunca hubiéramos dudado de la lealtad de Hemingway a los valores humanos. No hubiéramos dudado de su lealtad a nuestro país, una lealtad probada durante muchos años. Ni de su lealtad como artista, su lealtad consigo mismo. Y nosotros lo seguiríamos apreciando igual. No hubiese cambiado en nada el aprecio que sentimos por su obra. Además, él era un hombre muy inteligente y su competencia como observador de la política internacional estaba ampliamente reconocida. Así que sus apreciaciones hubieran sido de una utilidad indudable.



Hemingway en el portal de su casa de Key West hacia 1928.



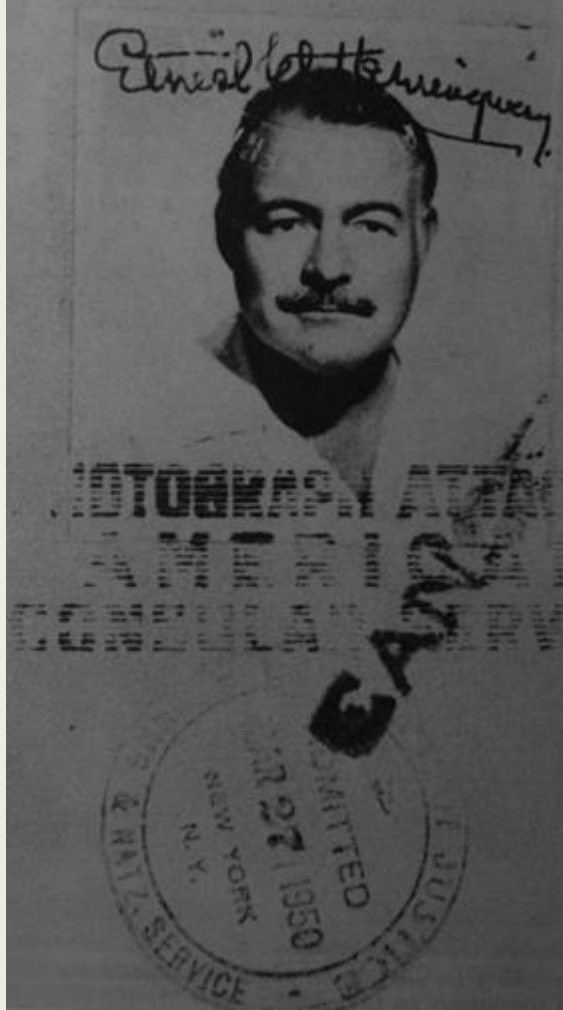
Un documento de valor extraordinario: el pasaporte empleado por Hemingway en el transcurso de la Guerra Civil Española, como se conserva en Finca Vigía.

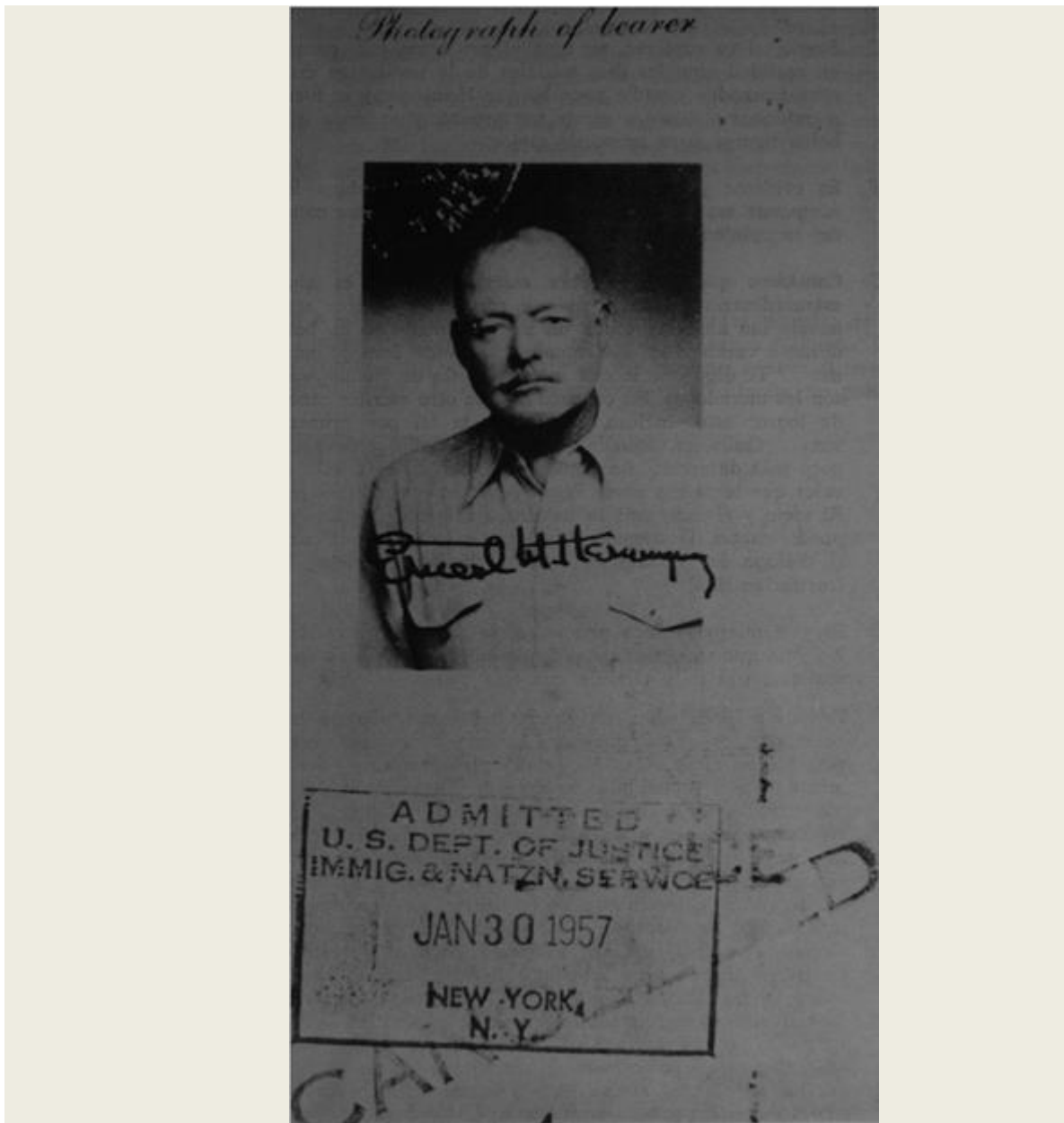


En esta página y las que siguen: pasaportes expedidos a nombre de Ernest Hemingway en 1945, 1950 y 1957.

Photograph of bearer

Genl. L. H. H. H. H. H.





NF: ¿No tuvieron oportunidad de ampliar los contactos personales?

FC: Bueno, si tú supieras, no tuve el privilegio ese, porque en realidad aquellos días iniciales de la revolución eran muy atareados y nadie pensaba que Hemingway se fuera a enfermar y hasta a morir tan pronto, y se creía que había tiempo para conocerlo mejor.

NF: Es evidente y comprensible que *Por quién doblan las campanas* sea de su preferencia. Pero me interesa conocer su opinión de *El viejo y el mar*.

FC: Considero que es una obra maestra. Porque es algo extraordinario que alguien sea capaz de escribir una novela tan absorbente con un solo personaje en un bote durante varios días. Ese hombre hablando consigo mismo... Te digo que lo que más me gusta de Hemingway son los monólogos. No conozco ningún otro escritor capaz de lograr esto. Incluso, cuando yo la leí por primera vez... Quizá en aquella época me habría gustado un poco más de acción, fui menos capaz de apreciar todo el valor que tenía esa obra. Pero después, mientras más leo *El viejo y el mar*, más la admiro, realmente. Y cómo él puede captar la atención del lector, simplemente con el diálogo de un hombre consigo mismo. Y, luego, la frustración final...

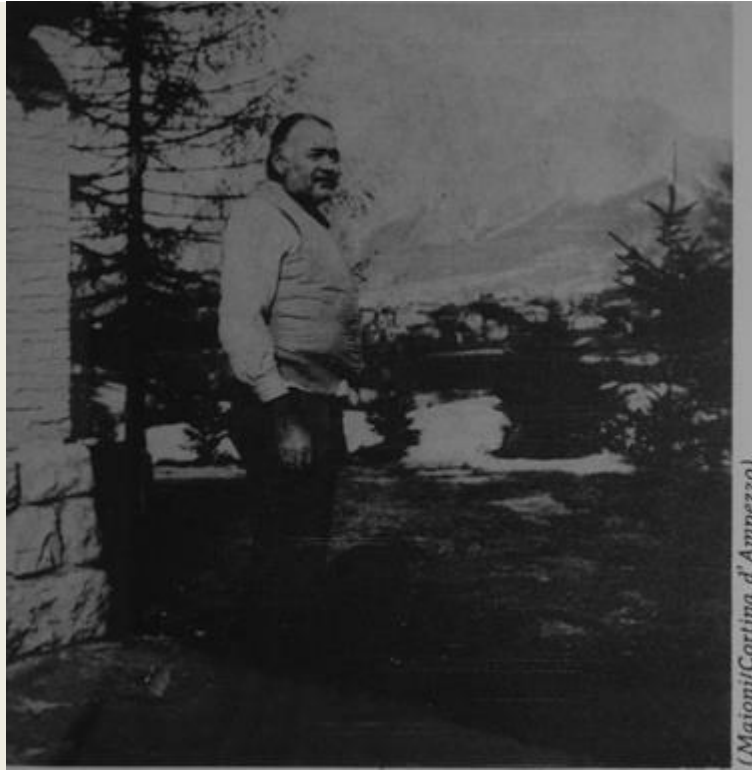
NF: Pero Hemingway saca una moraleja de esa frustración. No deja que su personaje se le desmorone por una eventualidad, por muy terrible que esta pueda serle.

FC: Te voy a decir algo. Es precisamente esa una de las cosas por las que Hemingway ha estado presente entre nosotros en estos años. Ha estado presente porque realmente su obra no habla de hombres hechos con materiales tan duros que se hayan deshumanizado. El héroe de Hemingway nunca tuvo nada que ver con la perfección fascista. Y este puede haber sido uno de los puntos de vista erróneos de sus críticos. Y la confusión se establece por la voluntad férrea que los personajes de Hemingway son capaces de desplegar. El hombre puede enfrentar el medio adverso, debe hacerlo incluso. El final no estará escrito, el triunfo no se obtendrá siempre. Pero lo imperativo es buscarlo, luchar por él. Y este es el mensaje de Hemingway que hemos tenido presente aquí, en Cuba, en medio de una revolución. De verdad que Hemingway nos ha acompañado en momentos cruciales y muy difíciles por los que hemos atravesado. Nosotros también hemos sido vulnerables y hemos estado

expuestos durante décadas a la destrucción. Pero los lemas revolucionarios han sido recurrentes y firmes: «convertir el revés en victoria», «podrán destruirnos mil veces, pero nunca vencernos». Esas han sido consignas sobre fondo rojo en mítines y desfiles, y han sido gritos de combate en los últimos 20 años de la historia cubana. Hemingway tenía toda la razón: *Un hombre puede ser destruido, pero jamás vencido*. No fue otro el mensaje que captamos. No ha sido otro el reclamo de los hombres que han luchado en todas las épocas y de su literatura.

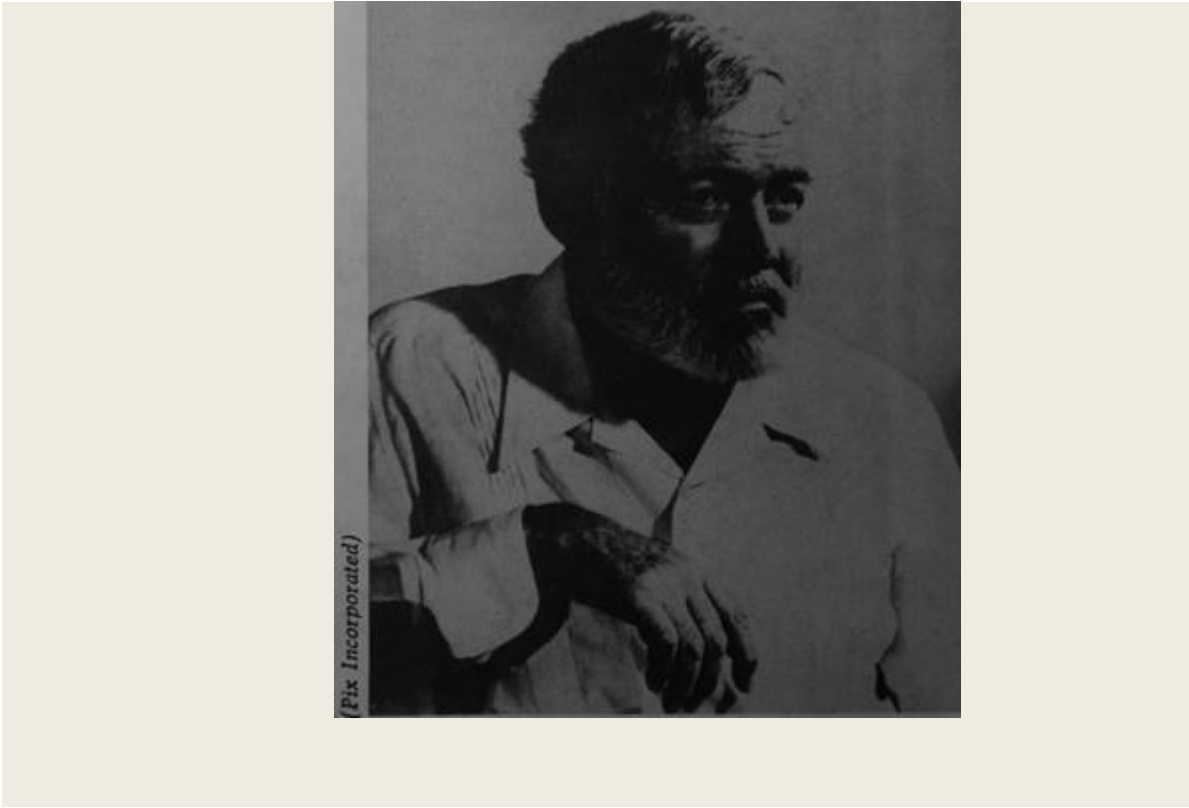
122

UN homenaje curioso al escritor es el aislador eléctrico de porcelana producido en el taller de cerámica Gilberto León Alfonso, que, por decisión de sus obreros, recibió el nombre de Hemingway. El taller se encuentra en El Rincón, un poblado cercano a La Habana, y sus obreros resolvieron que esta línea de producción se llamara así debido «a la resistencia del aislador de cerámica y a las cargas que es capaz de aguantar». Otro homenaje es el embalse de agua construido recientemente cerca de Finca Vigía, que fue nombrado Presa Hemingway. En este caso se trataba de simple admiración; los trabajadores hidráulicos no ofrecieron una justificación para explicar su decisión. Tampoco propusieron un símil entre la vida y la obra del escritor y la cortina de concreto y el agua represada.



(Mojoni/Cortina d'Ampezzo)











Algunos lugares importantes de la geografía hemingwayana han desaparecido, como el Club de Cazadores del Cerro, donde él y su hijo menor Gigi competían en el tiro de pichones. El local es un placer abandonado ahora. El Club Internacional de Pesca, en la bahía habanera, ha conocido sus alternativas. Ha sido utilizado eventualmente como espigón para submarinos soviéticos y como

unidad del Estado Mayor de la Marina de Guerra cubana. El proyecto de volverlo a convertir en un centro turístico ha renacido en los últimos tiempos. Existe la posibilidad de que el *Pilar* fondee allí otra vez. La Zaragozana, el restaurante de Hemingway en los años de la guerra, no existe. El Centro Vasco estaba en Malecón y Prado, una encrucijada de calles memorables en La Habana de otros tiempos. Simbad, el cura don Andrés y los otros vascos iban allí con frecuencia. Se le menciona en la segunda parte de *Islas en el Golfo*. Un tal Juanito Caizarbitoría, que tenía la contrata de su cocina, hizo dinero y construyó otro Centro Vasco en la Calle Tercera, en la barriada capitalina del Vedado, que es célebre hoy. The Morro Castle, la tienda de víveres de Zulueta 259, ha sobrevivido en él mismo lugar.

Varios personajes secundarios de la familia hemingwayana vivían en 1980: Ramón Jordán —, que tomaba ron y cerveza con Hemingway en El Brillante, bar de San Francisco de Paula; los camareros Luis Blanco, Armando Blanco y Guillermo Ramos, que trabajaron en el Floridita, y Antonio Sánchez, *Cotán*. el guitarrista del trio típico del Floridita a quien Hemingway obsequió unos cuernos de animales cazados por él. Ana Tsar, *la Yugoslava*, perdió la razón hacia 1976. Marcelino Piñeiro, el camarero del hotel Ambos Mundos, falleció en 1977.

Ana Tsar fue el último de los empleados de Hemingway que trabajó en Finca Vigía. El inmueble se convirtió en museo, pero ella continuó alimentando los gatos que sobrevivieron al novelista, luego a sus descendientes, y más tarde a todos los que se aparecían por el predio. Se le veía ascender a las 12 del día por el sendero de la finca, como un fantasma. Era puntual. Ana cargaba dos latas humeantes, llenas de un mejunje respetable cuyo olor fue descrito como «penetrante y desmoralizador» en un acta de protesta suscrito por centenares de vecinos. El meridiano, el sol en su cénit y Ana con los gatos devino un problema público. Su visita diaria se llamó «la hora letal» y era la razón que imposibilitaba permanecer por los alrededores

y que impedía recibir a turistas y delegaciones extranjeras por el mediodía. Hasta que la administración del museo determinó «el pase a retiro de la compañera Tsar» y el desalojo «a como diera lugar» de unos 70 gatos que ya habían perdido «todo nexo natural con la raza auténtica instituida por Hemingway».

Los escenarios de Cojímar descritos en *El viejo y el mar* existen: «La tiburonera», fábrica donde se procesan las colas de tiburón; La Terraza, donde Santiago y Thomas Hudson bebían y se alimentaban; la Bodega de Perico, y, por supuesto, la playa donde el bote de Santiago recalaba. A un costado de la playa se ha instaurado el Club de Pesca Ernest Hemingway.

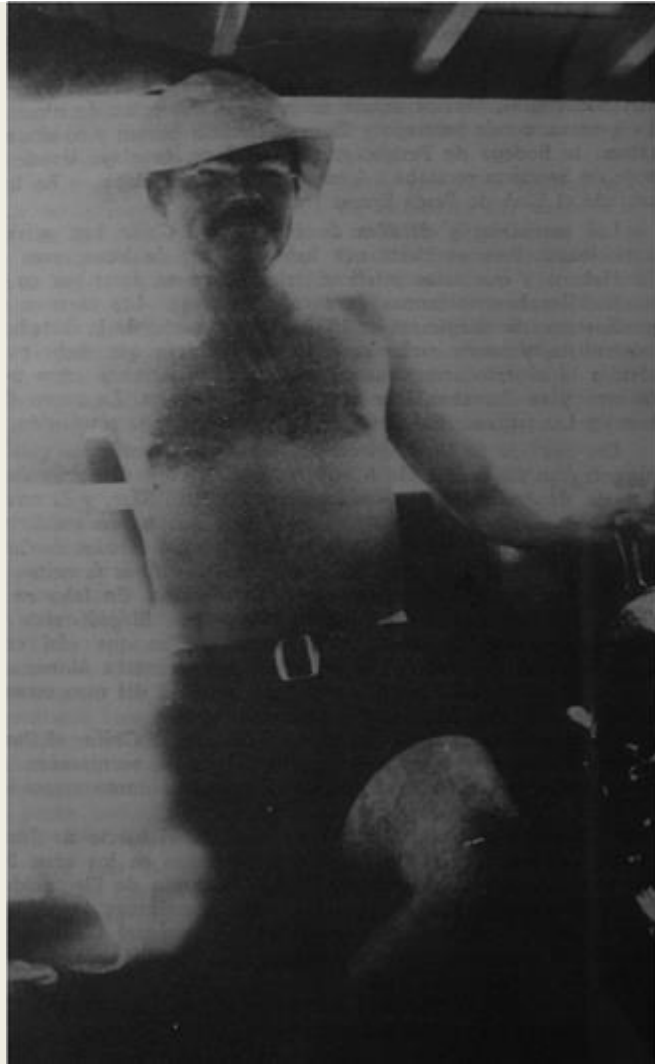
Los escenarios y detalles de *Islas en el Golfo* han sufrido variaciones. Pero es cierto que había un bar de locos cerca de La Habana y que estos infelices, tal y como se describen en la novela, llevaban uniformes de sacos de azúcar. Los caseríos de pordioseros que surgieron en 1933, el último año de la dictadura machadista, y hacen exclamar a Thomas Hudson que «bebe para olvidar la miseria», eran cuatro, estaban más o menos cerca uno de otro y se llamaban Isla de Pinos, Llega-y-pon, La cueva del humo y Las yaguas. Existieron hasta el triunfo de la revolución.

Los cuadros de la colección de Hemingway, entre los que se encontraban *La granja*, de Miró; *Juego de dados*, *Composición* y *Paisaje*, de André Masson; *Monumento*, de Paul Klee, y *El torero* y *El guitarrista*, de Juan Gris, se supone que hayan tenido un valor de cinco millones de dólares, cuando fueron sacados de Cuba por Mary Welsh. *El guitarrista* era una de las obras favoritas de Hemingway. Estaba colocada encima de su cama. En *Islas en el Golfo*, Thomas Hudson dice —en español— que *El guitarrista* es «nostalgia hecha hombre». La narración explica que «del otro lado de la habitación, sobre la repisa con libros, estaba *Monument in Arbeit*, de Paul Klee». Y agrega que «encima del otro estante había una de las selvas de Masson».

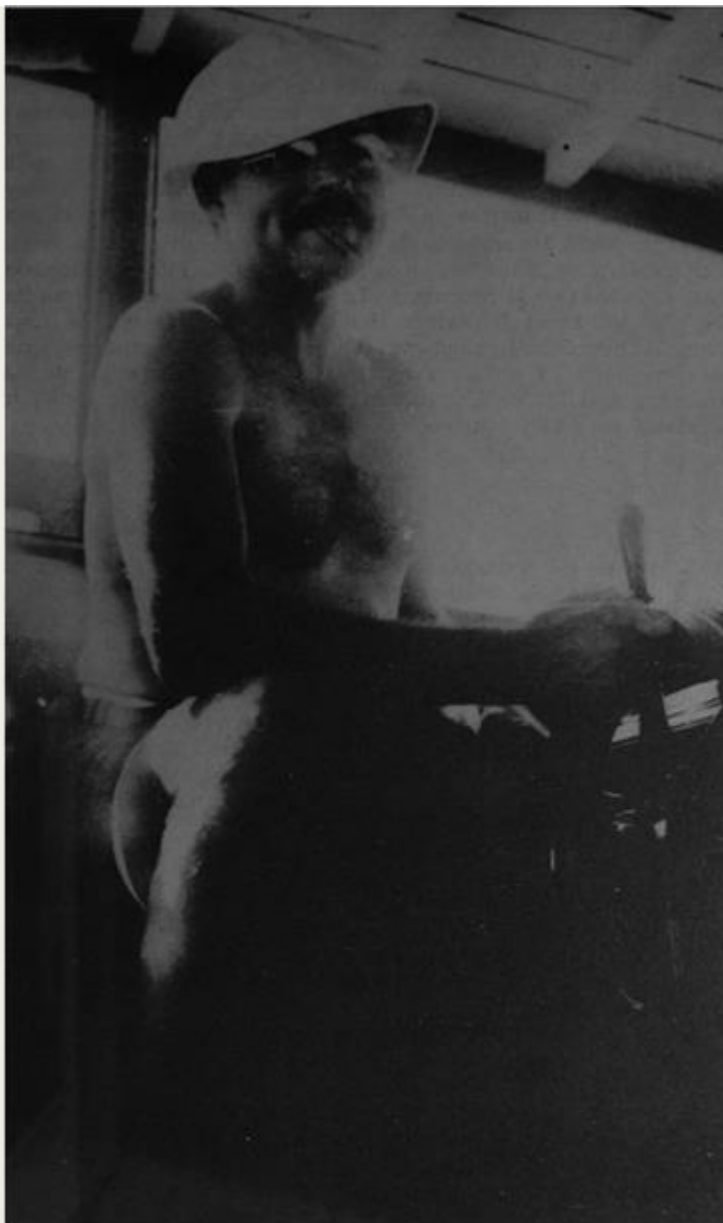
Los árboles de la finca descritos en *Islas en el Golfo*: el flamboyán, el mango, el aguacate, la ceiba del jardín, permanecen. Y el aguacate, cuyos frutos Hemingway apreciaba tanto como los cubanos, sigue pariendo.

En *Islas en el Golfo* Hemingway describe el barrio de Jesús María, la expulsión de las prostitutas francesas en los años 30, el humo de las altas chimeneas de la Compañía de Electricidad de La Habana, la parte de la bahía donde aterrizaban los clípers y el Castillo de Atarés, «donde fusilaron al coronel Clittenden». Describe la bahía: «Este puerto, que ha sido contaminado durante 300 ó 400 años, no es el mar, de todos modos.. [pero] no está mal, cerca de la entrada. Ni tampoco del lado de Casablanca. Has pasado noches gratas en este puerto y lo sabes.»

Un personaje de la familia habanera de Hemingway, Xenofobia, la parroquiana del Floridita, resultó ilocalizable. La muerte en el extranjero de Mario García Menocal, *Mayito*, el amigo íntimo de Finca Vigía, se acepta con pesar.



El capitán Ernest Hemingway en el puente de mando del Pilar hacia 1936.



La sucesión de placas y bustos de bronce, eventos, instituciones y hasta la línea de producción de los aisladores de cerámica del taller de El Rincón garantizan la permanencia de Hemingway por largos años entre los cubanos. Hay una dosis de exageración y de exuberancia, pero también un contenido de entusiasmo y devoción. Solo José Martí, el Héroe Nacional, supera como escritor a Hemingway por la cantidad de homenajes que recibe en la isla. El aislador eléctrico Hemingway, la

presa Hemingway, cercana a San Francisco de Paula, la convocatoria anual del concurso de pesca Hemingway, la placa conmemorativa en la puerta del hotel Ambos Mundos, el medio centenar de fotos de Hemingway colocadas en la fachada de La Terraza, el busto del Floridita, la Base de Pesca Deportiva Hemingway, en la playa de Cojímar, la Plazoleta Hemingway con una glorieta y un busto del escritor, también en Cojímar, la librería Hemingway, de La Habana, y el Museo Hemingway, de San Francisco de Paula, lo celebran, cada uno a su manera.

123

Alguien ha comparado al Hemingway que vivía en Cuba con Gauguin. Sus cuadros de la isla, su interpretación, son siempre de alguna manera un reconocimiento y hasta un acto de amor. Un crítico literario, un profesional, tuvo un momento de comprensión al afirmar que las descripciones minuciosas de Cuba aparecidas en la obra de Hemingway podían competir con las mejores que él hizo de los bosques del medio oeste norteamericano, las agrestes sierras españolas o los nevados picos de Austria y Alemania. «Este legado quizás no podrá acumular polvo encerrado en el museo Hemingway, pero es un perpetuo homenaje a Cuba en el mundo entero.» Thomas Hudson, el último héroe hemingwayano, va a morir sobre las tablas de su yate:

El barco se dirigía hacia las sierras azules y ganaba velocidad... Thomas Hudson lo miró. Se sentía ahora muy distante y no había problemas de ninguna especie. Sintió cómo el barco ganaba velocidad y percibió el hermoso latir de sus motores... Miró hacia arriba, y allí estaba el cielo que siempre había amado y miró a través de la gran laguna, que ahora estaba seguro de que nunca pintaría... En tres de las ocho novelas de Hemingway el escenario principal es Cuba: *Tener y no tener*. *El viejo y el mar* e *Islas en el Golfo*; otras dos novelas

transcurren en España: *Fiesta* y *Por quién doblan las campanas*; dos en Italia: *Adiós a las armas* y *A través del río y entre los árboles*, y una en Norteamérica: *Torrentes de primavera*. Hay escenas de *Fiesta* que se desarrollan en Francia, sobre todo en París, y algunas de *Adiós a las armas*, en Suiza; del mismo modo hay aleaciones geográficas en *Islas en el Golfo*, ya que una parte está ambientada en Bimini, y algunos capítulos de *Tener y no tener* tienen lugar en Key West. Pero estos resultados varían según otros autores. Un crítico y sociólogo respetable, Robert Escarpit (en *Hemingway*, Bruselas, 1964), dice que hay 10 países representados en la obra hemingwayana. De acuerdo con la frecuencia de menciones que computa, Italia sería el lugar mejor conocido por el novelista, después del propio. Le seguiría España. Cuba ocuparía el octavo lugar, compartido por México, en calidad de escenario de una sola obra y con solo dos alusiones directas en el total. En la época del trabajo de Escarpit, *Islas en el Golfo* no había sido publicada, pero *Tener y no tener* y *El viejo y el mar* eran conocidas perfectamente.



Veinte años después de los combates, Hemingway regresa al río Eresma, escenario de Por quién doblan las campanas. Aunque Mary Welsh afirma en How it Was que este fue el escenario, José Luis Herrera Sotolongo sostiene que la acción de la novela se desarrolla en el Balsain, en el llamado Puente de la Boca del Asno, que cruza ese río. El Eresma está situado mucho más lejos de la carretera de La Granja, alrededor de la cual, se desarrolla la acción.

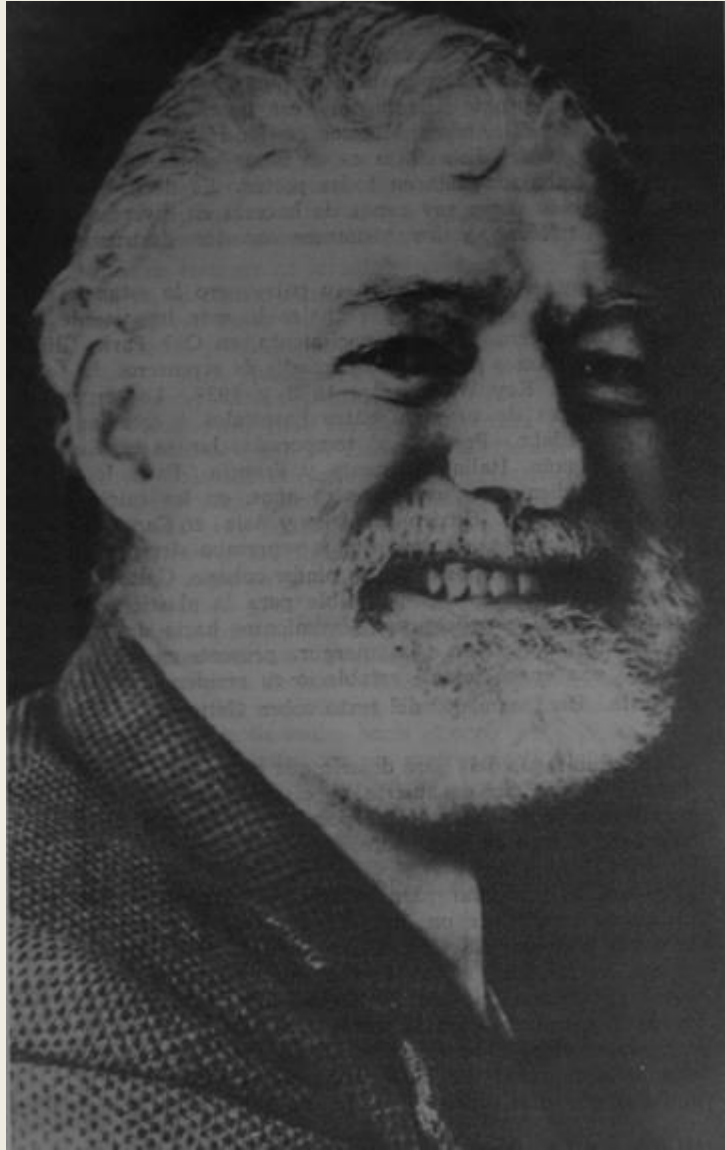
Es discutible su afirmación de que sólo hay dos menciones directas. En *Las verdes colinas de África*, *Por quién doblan las campanas* y *La quinta columna* hay referencias valiosas a Cuba.

La producción final de Hemingway, a partir de *Por quién doblan las campanas*, tuvo de una manera u otra que ver con Cuba, porque fueron obras comenzadas o realizadas en la isla. Él elogió dos lugares de La Habana donde pudo trabajar con facilidad: el hotel Ambos Mundos y Finca Vigía.

Una parte considerable de lo que escribe en los años 30 se hace en el Ambos Mundos, especialmente sus crónicas de pesca. Cuando regresa al periodismo, después de no ejercer este oficio durante 10 años, en octubre de 1933, entrega «Agujas a la altura del Morro» a los editores de *Esquire*. El primer párrafo es una descripción de la zona de La Habana Vieja que se ve desde la ventana de su habitación. El tono humorístico revela un estado de ánimo excelente en el cronista. Hemingway va a aprovechar las opciones favorables que le ofrece este emplazamiento en el quinto piso de la esquina nordeste del Ambos Mundos: el paisaje, el fresco que entra por la ventana y el buen servicio del hotel. Aquí va a escribir crónicas y cuentos y comenzará su novela sobre la Guerra Civil Española (aunque sobre esto existen versiones diferentes, como la de McLendon, quien dice que el inicio fue en Key West, o la de otros autores que lo ubican en París, cuando Hemingway estaba de paso hacia España). Comoquiera que sea, el hotel Ambos Mundos, y luego Finca Vigía, es donde la novela toma cuerpo y se escribe prácticamente en su totalidad.

Más tarde, propietario de Finca Vigía, termina el prólogo de *Men at War*, y, al regreso de la guerra de Europa, comienza a escribir sus últimos libros. Empieza los borradores de *The Sea Book*, que se convertirían en *Islas en el Golfo*, termina *A través del río y entre los árboles*, comienza y termina *El viejo y el mar*, comienza y trabaja la mayor parte del libro de reminiscencias *París era una fiesta*, comienza y deja inconclusa la novela *The Garden of Eden*, y, por último, con grandes esfuerzos y la ayuda de algunos amigos, entrega «El verano sangriento» a los editores de *Life*. Esto y algunas crónicas periodísticas, algunos prólogos, dos fábulas pequeñas y algunas notas forman su rendimiento

cubano, y específicamente el de Finca Vigía.



Hemingway arriba al puerto de Nueva York el 2 de noviembre de 1959, procedente de España, donde siguió las corridas en el verano. De Nueva York voló a La Habana por última vez.

(Wide World)

Es trivial conceder importancia al lugar de producción de un

artista, pero el propio Hemingway era quien parecía prestarle atención. Dijo: «El Ambos Mundos en La Habana fue un buen lugar para trabajar. Esta finca es un lugar espléndido, o lo era. Pero yo he trabajado bien en todas partes. Es decir, he podido trabajar tan bien como soy capaz de hacerlo en diversas circunstancias. El teléfono y los visitantes son los destructores del trabajo.»

Hemingway vivió 33 años en su país; pero la estancia en él se divide en tres etapas, de las cuales la más importante duró 12 años. La primera, desde su nacimiento, en Oak Park, Illinois, hasta 1918 en Kansas City, como aprendiz de reportero. La segunda, los años de Key West, entre 1928 y 1939. La tercera, los dos años últimos de su vida, entre hospitales y estancias cortas en Ketchum, Idaho. Permaneció temporadas largas en Europa y residió en España, Italia, Alemania y Francia. París lo detuvo, aunque esporádicamente, unos cuatro años, en los inicios de su carrera como escritor. Estuvo en África y Asia; en Canadá, México y Perú. Pero Cuba era el país al que regresaba siempre.

En un ensayo a propósito de un pintor cubano, Gattorno (según los entendidos, un artista prescindible para la plástica del país), Hemingway intentó explicar sus sentimientos hacia un lugar que estaba descubriendo. Pese a la amargura presente en sus palabras, escritas en una época lejana, estableció su residencia permanente en esta isla. Un fragmento del texto sobre Gattorno:

Cuba es un lugar más para dejarlo que para regresar a él... España es una herida abierta en el brazo derecho que no puede curarse porque le entra polvo, en tanto que Cuba es una bella úlcera en otra parte... ¿Por qué es un lugar para dejarlo?... Porque un pintor no puede nunca ver un gran cuadro con que enjuagarse la mente y alentar su corazón; porque si llega a ser un gran pintor, no lo sabrá nunca, ni comprarán bastantes cuadros suyos para darle que comer. No hay allí ni siquiera quien pueda fotografiar adecuadamente un cuadro ni quien lo reproduzca como debe ser reproducido. ¿Por qué es un sitio adonde se regresa?

Porque se nació allí, y todo artista debe al lugar que más conoce el destruirlo o perpetuarlo. El lugar donde escribió fue La Habana, y enviaba después los paquetes con sus manuscritos a Nueva York. Los pintores carecían de fotógrafos para reproducir sus cuadros, pero él contaba con mecanógrafos eficientes para pasar en limpio sus trabajos. Se levantaba temprano en la mañana, con la salida del sol, y se dedicaba al trabajo. La ubicación geográfica y el amanecer resultaban propicios para su ocupación. Dijo esto siempre, por cierto, y se convirtió en un paradigma de dedicación profesional. Hemingway se levanta temprano en La Habana y se somete al trabajo. Afila media docena de lápices, bebe café y se consagra a la literatura. Mas existen opiniones encontradas. Los antiguos sirvientes, jardineros y trabajadores de Finca Vigía recuerdan que él se levantaba tarde a veces y que dormía la mañana con frecuencia y que, en ocasiones, comenzaba a trabajar a las nueve antemeridiano, lo que equivale a una hora bastante alejada de la salida del sol.

Así que no siempre se levantaba en hora, pero había una disciplina férrea en cuanto al silencio que debían guardar los muchachos que jugaban fuera de la casa. Apenas alzaban un poco la voz, eran rápida y eficazmente recriminados por René Villarreal, o por Mary Welsh, quienes recordaban a los jovencitos que el señor Hemingway «estaba escribiendo».

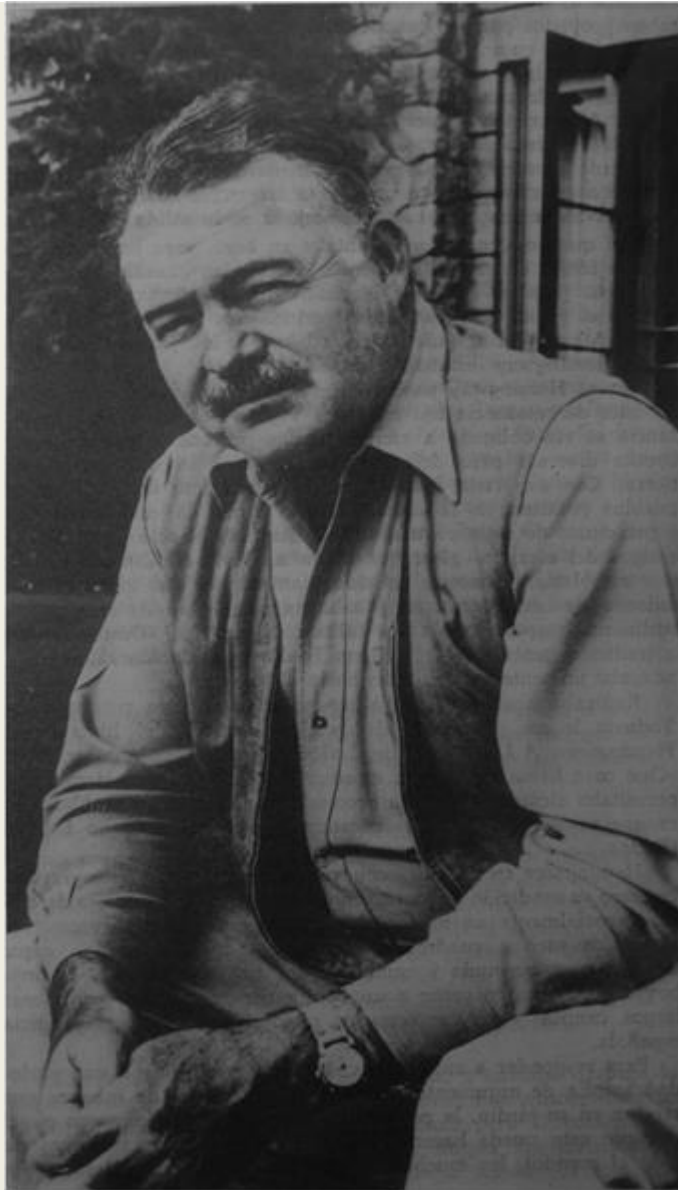
Ernest Hemingway pasó en Cuba la tercera parte de su vida: 22 años de residencia fija en Finca Vigía. Debido a esta circunstancia se vio obligado a escribir cartas personales y crónicas en épocas diversas para defender su presencia en esta parcela de tierra. Con una vista distante sobre la corriente del Golfo y los pueblos próximos a la ciudad, Finca Vigía, la casa construida a principios de siglo en una colina, despertó el celo de críticos y amigos del escritor. ¿Por qué razón no vivía en Estados Unidos y se establecía, al parecer satisfactoriamente, en una aldea cubana, rodeado de casas modestas y cabañas, propiedad de

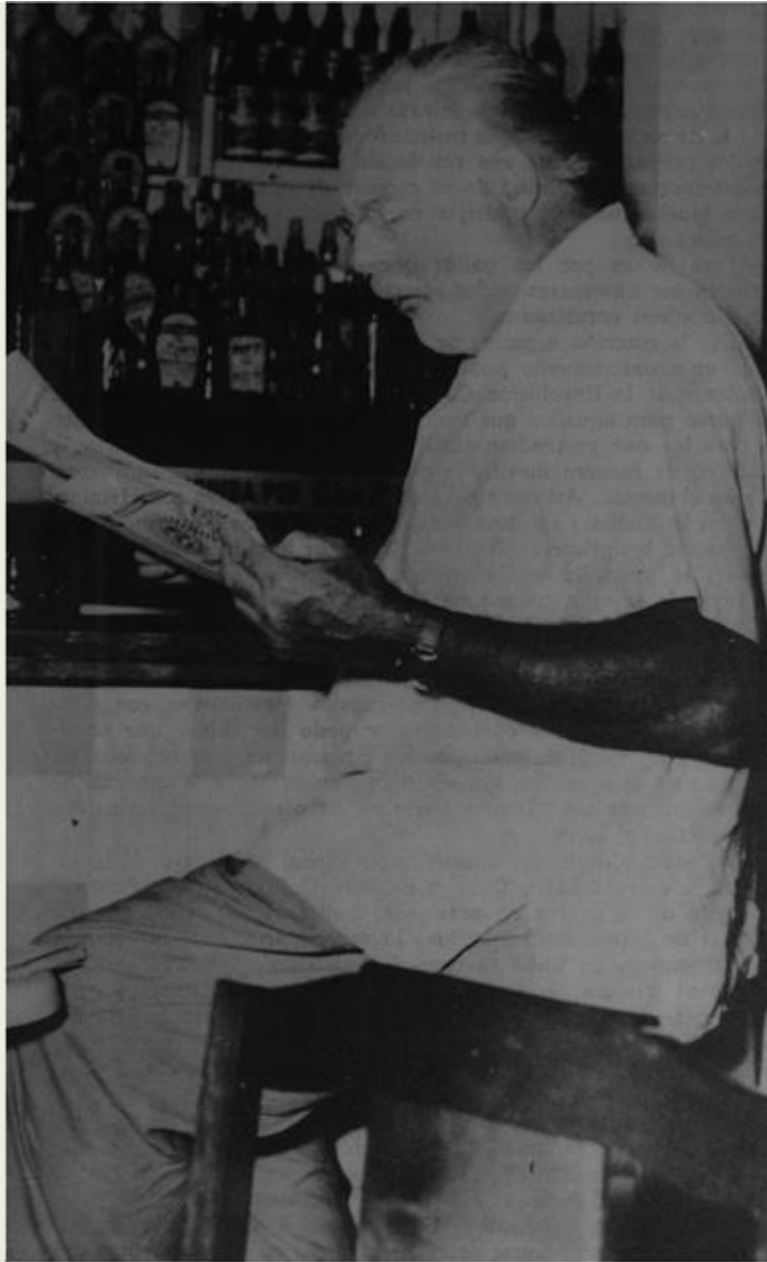
carpinteros, jardineros y operarios de una fábrica de cerveza? Descontinuaba la tradición gentil de los William Faulkner y los Mark Twain, y escapaba un centenar de millas hacia el sur.

Radicaba aquí y esto era un motivo serio de preocupación. Todavía lo es. Elizabeth Hardwick, al reseñar el libro *Ernest Hemingway. A Life Story*, de Carlos Baker, se preguntó en 1969: «Qué cosa había en la vida estadounidense de la que Hemingway necesitaba alejarse?» Es una pregunta inteligente. El problema no es que viviera en Cuba, la cuestión es que no vivía en Estados Unidos.

Hemingway se defendió con vehemencia, aunque siempre dejó en claro su condición de escritor norteamericano. Ni siquiera dejó de ser esencialmente *un norteamericano*, incluso, muchas veces, con un típico saco a cuadros; un tipo «grande y colorado», capaz de andar en bermuda y sandalias por una ciudad que —todavía hoy— se empeña en vestir a sus habitantes con pesados pantalones largos, camisas y zapatos cerrados, obedeciendo la clásica herencia española.

Para responder a sus críticos, Hemingway utilizaba una variedad amplia de argumentos. Las clases diferentes de mangos que crecían en su jardín, la posibilidad de tapar el teléfono con papel (aunque esto pueda hacerse probablemente con los teléfonos de todo el mundo), los muchachos con los que jugaba pelota y que corrían por él, las peleas de gallos y el paisaje de insectos y animales minúsculos que vivían al borde de su piscina. Son argumentos inocentes pero que se convertirían en un cuchillo de doble filo, porque los cubanos, desde luego, entrarían también al combate y argumentarían que la mirada de Hemingway, cuando menos, era la de un turista; «visión turística» en un país que se desangraba en los preparativos de una revolución. ¿Dónde está la política y la interpretación rigurosa de un escritor de su talla? Cero política, pero mucho mango, lagartijas en la piscina, daiquirís y peleas de gallos.





Pero no es por los gallos que vive en Cuba. Las razones parecen ser numerosas, todas atractivas, y él se refirió a ellas en detalle y con entusiasmo.

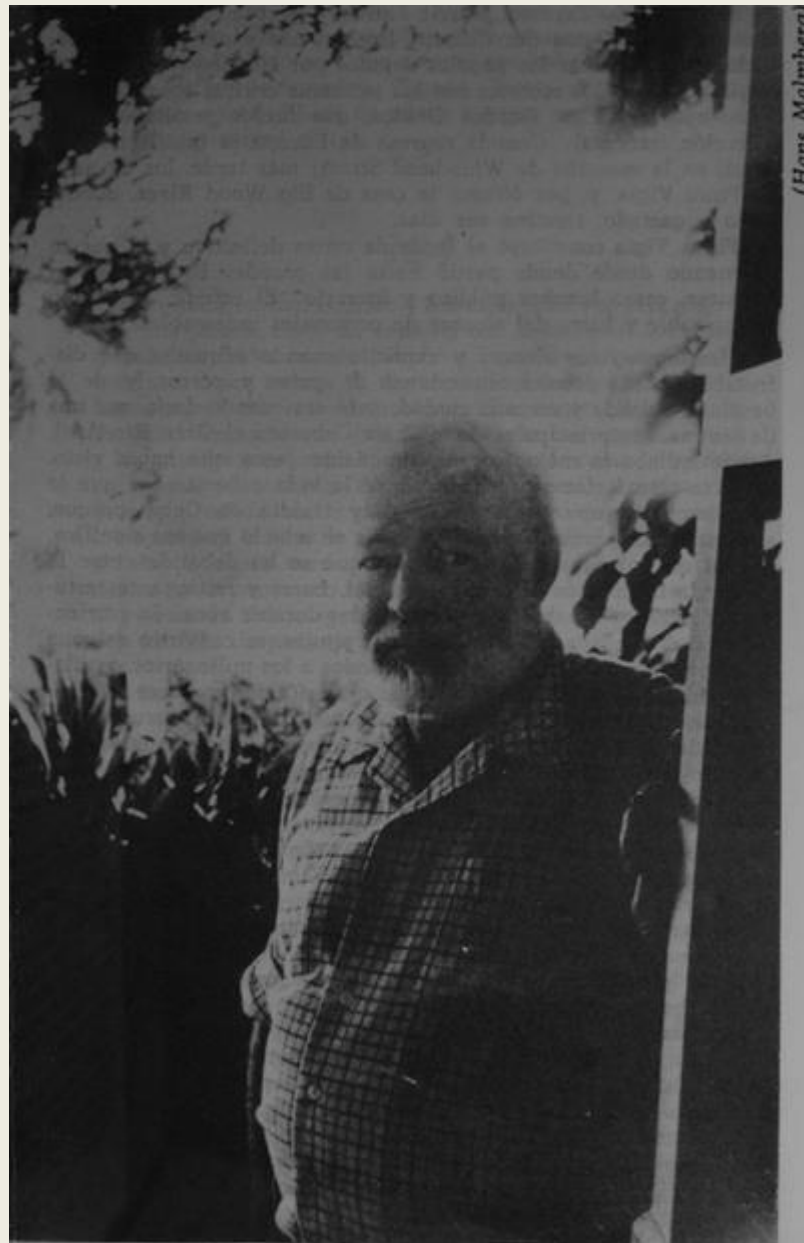
Fue la reacción negativa de la política exterior norteamericana ante un acontecimiento político de importancia extrema, el advenimiento de la Revolución Cubana, el que proporcionó la patente

de curso para aquellos que necesitaban saldar cuentas con la isla, o para los que pretendían justificar el desafío de Hemingway, y provocó de manera inevitable que algunos críticos cubanos recogieran el guante. Así comenzó la contienda. Comenzó con Hemingway en su tumba y con una escuadra de biógrafos norteamericanos que hacían los primeros disparos. Un autor bien informado, Carlos Baker, se precipitó en la trampa. Su visión sobre los últimos tiempos de la vida cubana de Hemingway es contradictoria. Tal parece, según se lee en sus páginas, que Cuba es un pasaje exótico y accidentado en la existencia del escritor. Un autor mal intencionado, Leicester Hemingway, y un periodista, A. E. Hotchner, no han vacilado en presentarnos a Hemingway como un anciano reaccionario y egoísta, preocupado por salvar una colección de pinturas y obligado por las circunstancias revolucionarias a cerrar su casa en San Francisco de Paula. Mary Welsh escribe páginas imponentes. Tampoco titubea en ofrecer un Hemingway desconocido y banal.

El espectro de una situación internacional conflictiva, la tirantez de relaciones entre Cuba y Estados Unidos, que han estado al borde de la guerra en ocasiones, contribuye a remodelar una historia de forma artificial. Mas la preocupación por la estancia de Hemingway en Cuba era anterior al triunfo revolucionario, y muy bien pudiera ser que el desarrollo de acontecimientos políticos posteriores haya dado fuerza a un sentimiento anti cubano burdo que, en realidad, debe estimarse como expresión del desconsuelo que produce la interrogante sin respuesta al hecho de que Ernest Hemingway viviera fuera de su país.

Los amigos y los biógrafos no deben olvidar que Hemingway era un exiliado voluntario. Comenzó en una trinchera, en Fossalta, donde le metieron 277 esquirlas de granada en la pierna derecha; luego, en las buhardillas de la margen izquierda del Sena; y en posadas y hoteles españoles. En París vivió en dos direcciones, cuando se propuso hacerse escritor; primero en el cuarto piso del 74 de la Rue du Cardinal, Barrio Latino, y después en el 113 de la Rue de Notre Dame des Champs

(resulta una experiencia conmovedora, al examinar los papeles dejados por Hemingway en Finca Vigía, localizar los recortes con las primeras críticas sobre *In Our Time* aparecidas en Estados Unidos, que fueron remitidas a su dirección francesa). Cuando regresa de Europa se instala en Key West, en la mansión de Whitehead Street; más tarde, los 22 años de Finca Vigía, y, por último, la casa de Big Wood River, donde, viejo y gastado, termina sus días.



Finca Vigía constituyó el lugar de retiro definitivo y el puesto de mando desde donde partió hacia las grandes batallas de su madurez, como hombre público y literario. El refugio que debió ser apacible y fuera del alcance de personajes indeseables.

Hemingway era sincero y explícito cuando afirmaba que disfrutaba de sus árboles, su crianza de gatos y perros, y de la hermosa, soleada y cercana ciudad; y lo era cuando decía que una de las razones principales de vivir en Cuba era el Gran Río Azul, donde hallaba la mejor y más abundante pesca que había visto. Y había otro factor: lo económico de la vida cubana. Los que lo conocieron aseguran que Hemingway residió en Cuba, porque, además de ser hermoso, era barato. Ya se sabe lo que eso significa, lo mal que suena ahora en un país que se ha debatido entre la vida y la muerte, en el que las tiendas, bares y restaurantes estuvieron cerrados o pobremente abastecidos durante años. La corriente del Golfo misma, donde él pescaba agujas, se convirtió en zona de operaciones. Los yates fueron tomados a los millonarios, artillados y transformados en unidades de caza. Tenían motores poderosos, eran rápidos, y sirvieron para construir los primeros destacamentos de defensa costera (que fueron bautizados al inicio como unidades de «Lucha Contra Piratas»). El yate de Hemingway, bien acondicionado, y veterano por demás en tales lides, evadió este destino en virtud de una razón sencilla: era el yate de Hemingway. Otro tanto ocurrió con su casa. Un paño de terreno excelente para una guardería infantil, una escuela o un establecimiento militar. Está en una ubicación inmejorable, en lo alto, con dominio sobre un sector amplio. Una ubicación estratégica para la defensa antiaérea.

Mas, por encima de cualquier apreciación personal posible, existen tres novelas, una colección de crónicas y un cuento que Hemingway escribió sobre Cuba. Después de una relación de 40 años con la isla, primero como pescador deportivo, después como huésped de un hotel y al final como propietario de una casa, Hemingway echó raíces entre los cubanos. Incluyó a Cuba en su obra, describió sus

paisajes y a sus hombres. En un artista de su trascendencia, que ha sido calificado como el creador de «el único estilo intrínseco de este siglo», es más que significativo. Más aún que su gusto por los frutos del mango o por las refriegas de gallos. El hombre fue ganado para nosotros. Tuvo amigos aquí, tomó las bebidas nuestras e hizo un empleo bueno del material cubano en la literatura. ¿Qué otra cosa puede pedir un escritor, que un lugar para escribir, y personajes, anécdotas y escenarios a. mano? Vivió en Cuba porque resultaba hermoso y barato, es cierto. Porque le recordaba España. También. Pero no vivía en ninguna otra parte. El sol no puede taparse con un dedo; el dedo ha de tapar siempre el ojo.

124

Era un kudú macho, enorme y hermoso, esta vez más muerto que una piedra, caído de costado, con los cuernos formando grandes espirales oscuras, ancho e increíble, mientras yacía muerto a cinco metros de distancia de donde yo acababa de hacer aquel disparo instantáneo. Lo contemplé, grande, de patas largas, de un gris liso y suave con rayas blancas y los grandes y retorcidos cuernos, marrones como la madera del nogal, y punteados de marfil. Sus grandes orejas y el grande y sólido cuello, la mancha blanca que tenía entre los ojos y el blanco de su morro y me incliné para tocarlo y saber que era verdad. Estaba tumbado de costado por donde había penetrado la bala y no había ninguna marca en él y tenía un dulce, agradable olor como el del ganado y el del tomillo después de la lluvia. Hemingway mató este animal en la región masai, al este de Kondoa, en pleno territorio de Tangañica. La pieza aún se conserva, 40 años después, con los retorcidos cuernos de color marrón y el grande y sólido cuello. Ocupa un silencioso lugar en la pared más vacía que hay aquí, en Finca Vigía. Hemingway describió la cacería y el entusiasmo de la persecución y el empeño de obtener un trofeo como este y la manera

en que confundió un pesado bulto gris con el más hermoso *greater* kudú que se pueda obtener. El arma también se conserva. La vieja y bien engrasada carabina Mannlicher, con el *pull* graduado a 1 000 gramos de presión. Al aguerrido guía de safaris en «La breve vida feliz de Francis Macomber» y al Harry Street de «Las nieves del Kilimanjaro», al Mister Pop de *Las verdes colinas de África* y al Thomas Hudson de *Islas en el Golfo*, los conocimos con la misma carabina en las manos: la Mannlicher Schoenaur 256, de fabricación austriaca; pequeña, manuable, el instrumento de precisión para uso de tiradores profesionales, el arma favorita de Ernest Hemingway, que no volverá jamás a ser utilizada.

Y en su sitio de siempre, junto a dos lápices de punta afilada y el pedazo de mineral de cobre, se halla la máquina de escribir portátil, de armadura negra, por la que coleccionistas norteamericanos han ofrecido hasta 50 000 dólares: la única máquina con la cual Hemingway podía sentir que estaba escribiendo realmente.

Y están los libros en sus lugares de siempre, colocados como a él le gustaba, en forma irregular, sin preocuparse por agrupar autores y géneros. Igual se hallan sus fotografías familiares y de amigos, y los proyectiles de calibres diferentes y las insignias que ostentaba o que capturó en la Segunda Guerra Mundial. Las hermosas botas del cazador están en su sitio como esperando el próximo safari que nunca ha de llegar.

Afuera de la casa, visible desde el corredor de cemento que da acceso a la torre, se halla el paisaje que Hemingway describió en sus crónicas, las colinas próximas, los poblados cercanos a la ciudad; y quien mire directamente hacia el norte, por encima de la refinería del puerto, encontrará la línea estable y de color azul púrpura de la corriente del Golfo.

Pero faltan ahora las obras de Paul Klee, Juan Gris y Miró, que Hemingway adquirió en el París de los años 20 bajo la orientación de Gertrude Stein. Aumentaban el valor de Finca Vigía, mas no le restaban

su sentido práctico e informal. Los cuadros y las cerámicas, por costosos que fuesen, convivieron con casquillos de bala calibre 50, libros de jardinería, guantes de boxeo y 20 gallos de pelea.

125

El regreso del soldado

Toda historia, decía Hemingway, tiene un final.

El hombre de bigotes, con casco de acero y chaleco de paracaidista, un racimo de granadas ajustado al pecho, tres cantimploras a la cintura, y una carabina en las manos, era el personaje más popular de la Línea Sigfrido en el invierno de 1944. Se le podía localizar en las humeantes ruinas de una granja —a menos de 500 yardas de las baterías alemanas— donde se había instalado un puesto de mando avanzado que se reconocía oficialmente como «Task Force Hemingway» (Fuerza de Contingencia Hemingway).

Alemania estaba a punto de capitular y Ernest Hemingway se estaba destacando no solo como un audaz corresponsal de guerra sino como un fogueado capitán. Daba rienda suelta —aunque por última vez— a los impulsos de su personalidad. Los oficiales y combatientes de la Cuarta División de Infantería recordarán al «viejo león en orden de batalla» y evocarán la batería de cantimploras del General Papa, cargadas de vino, ginebra o cognac.

Sin embargo, algo había terminado allá. («Volvió muy canoso de la guerra», recordaría Gregorio Fuentes.)

Inició un virtual regreso al pasado a bordo de un avión plateado, un bimotor de aluminio de la Pan American, que cubría la ruta entre Miami y La Habana. Desembarcó el 24 de marzo de 1945, en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Un soldado con uniforme de gabardina,

botas de campaña y una cicatriz en la rente. Aún ofrecía un buen aspecto exterior. «El uniforme le sentaba tan bien como a un oficial de West Point», afirma José Luis Herrera Sotolongo. Pero fue fingida la sonrisa que mostró los fotógrafos en la rampa y mantuvo involuntariamente un puño cerrado mientras descendía por la escalerilla del pequeño DC-3.

El hombre envejeció en la guerra: el hombre que, según sus propios cálculos, nunca iba a morir. La vejez duró 16 años.



«Y así seguimos luchando como barcos contra la corriente, atraídos incesantemente hacia el pasado.»

Scott Fitzgerald: *El gran Gatsby*.

Los HURACANES, las borrascas, los malos momentos, pasan, y la tranquilidad retorna a Finca Vigía; se vuelven a proyectar películas y el tedio familiar se instala en la sala, o lo que es peor, después de la cena se propone la celebración de un campeonato de canasta. Con discreción, Hemingway se retira a su poltrona. Lleva una copa con el vino que sobró en la cena y un libro, un dedo entre las páginas a modo de marcador. Deja el campeonato en manos de Mary, Herrera Sotolongo y alguno de *los muchachos*: Sinsky o el cura don Andrés.

Pero, ¿qué otra cosa ocurría en el interior de esta casa, además de las charlas y juegos inocentes y la obsesión ocasional de un literato que jura una extravagante venganza contra el marine aparecido en un lejano, impreciso fotograma? Nada. Las cosas que van a ocurrir no son muchas más. De acuerdo con el testimonio de los pocos elegidos que traspasaban esas puertas, lo que acontecía en Finca Vigía no era excepcional en modo alguno. La apariencia de fiesta constante en lo alto de la colina, en «la casa del americano», es parte de una leyenda.

Solo que Hemingway ha tenido su día: Hemingway escribiendo la historia de amor de Renata y el coronel Cantwell o el relato desesperado de Thomas Hudson, o el de Santiago, el viejo de Cojímar. Su jornada ha sido intensa en la mañana, moviéndose a veces como un boxeador, recargando un pie, después el otro, bañado en sudor mientras escribe las palabras en una cuartilla que está sujeta sobre una tablilla. Hemingway frente a su trabajo, en busca de una prosa inglesa limpia y precisa.

Sus tres hijos están quizás de visita, o solo alguno de ellos, y Ernest Hemingway, con un extraño, confuso sentimiento escribirá una historia en la que un hombre llamado Thomas Hudson debe arrostrar

toda la soledad del mundo después de enfrentarse a una pequeña hoja de papel: un telegrama con la noticia de que sus dos hijos menores han muerto en un accidente automovilístico en una carretera francesa (meses después, el mayor de ellos, el piloto, va a caer en suelo francés, derribado por el fuego antiaéreo alemán). «Jugaremos nuestras cartas para salir adelante lo mejor que podamos», es lo que Thomas Hudson dice entonces. Hemingway, con lo suyo, está saliendo adelante lo mejor que puede.

Tuvo a Robert Jordan en una colina, cumplida la misión de volar un puente, y al teniente Berrendo que se aproximaba mientras Jordan lo encentraba con la mirilla de su fusil automático; ahora tiene a Santiago en su bote, cercado por los tiburones, pero luchando por su pez, mientras comprende que la posibilidad de la destrucción existe, pero no la de la derrota; o brega con el coronel Cantwell, enamorado de una muchacha, abatido el corazón, pero intentando lograr algo, y buscar más allá del río y de los árboles.

Tal vez Adriana Ivancich visita Finca Vigía, y él, queriendo halagarla, le buscará un nombre, Renata, para el alter ego de su heroína. Acaso alguno de los viejos amigos ha enviado una carta o está presente y él necesita escribir sobre la fraternidad de unos tipos en apariencia rudos y decididos que se enfrentan a la astucia de la dotación de un submarino alemán. Siempre el combate, siempre el enfrentamiento, siempre el riesgo («Quien busca el peligro perece en él», se advierte en El Quijote.)

En su novela de romanticismo fallido, el coronel del ejército norteamericano Richard Cantwell, con viejas y gastadas coronarias que no le permitirán vivir más que un breve espacio de tiempo, ensaya fórmulas diferentes para perpetuar los lugares donde Dante, Giotto, el Tiziano y Piero della Francesca crearon sus obras, y Hemingway, en conversaciones con sus amigos, expuso la tesis de que los lugares habitados por Dante debían ser conservados para siempre. ¿Qué se hace entonces con esta esquina de una habitación de una casa cubana

donde Ernest Hemingway forjó algunos de los personajes más memorables de nuestra época?

Mary Welsh dijo que el lugar no valía nada sin la presencia de Hemingway. Su opinión es justificable. También se comprende la reserva de Herrera Sotolongo y su deseo expreso de no visitar este sitio, aunque alguna que otra vez se decida a hacerlo para ver «cómo andan las cosas», y esa añoranza compartida por casi todos los que estuvieron allí: Luis Villarreal, Pichilo, Gregorio Fuentes, Kid Mario, Pancho Castro, Gilberto Enriquez. El tiempo se ha detenido en Finca Vigía. «Congelado» es el adjetivo que debe emplearse.

Gertrude Stein, que enseñó a Hemingway y le reveló algunas contraseñas del arte, nunca estuvo aquí, y Scott Fitzgerald, el otro amigo de los años en París, tampoco. ¿Hubiese reconocido la Stein que Finca Vigía era, en efecto, un buen lugar para vivir y comer? Si Hemingway no tuvo el olfato para encontrar este sitio, tuvo al menos la decisión de no irse nunca. En cuanto a Scott, el mentor del hombre duro de la generación perdida, ¿qué hubiese hecho aquel hombre tímido, de mirada estrábica y sonrisa contenida, en este bosque de helechos gigantes, flamboyanes y tamarindos?

Scott murió el 21 de octubre de 1940, apenas unos días antes de que Hemingway recibiera el título de propiedad de Finca Vigía. Nunca tuvo noticias de la existencia de este lugar, pero le hubiese convenido venir. Hemingway fue cruel en la descripción de su antiguo amigo. En *París era una fiesta* relató la visita efectuada al apartamento del matrimonio Fitzgerald, en un piso de la Rue de Tilsit, y dice que Scott le mostró un enorme libro de contabilidad, con la lista de todos los cuentos que había publicado, año tras año, y la indicación de lo que había ganado con cada uno: «Nos lo enseñó con una especie de orgullo impersonal, como si fuera un conservador de museo.» Entre los objetos y documentos de Finca Vigía no se encontrará un libro de contabilidad semejante, pero sí, entre los compartimentos del archivo, papeles escritos por Hemingway en los que aparece la relación de sus libros y

sus precios en el mercado. El autor de *El gran Gatsby*, según se desprende del recuerdo de quienes lo conocieron, era un hombre reflexivo y más resignado que Hemingway. Sin duda, hubiese sonreído al conocer la existencia de estas listas.

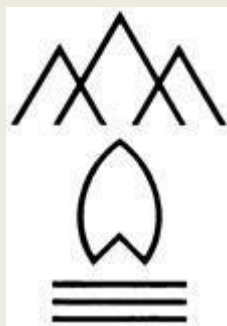
Hemingway exigió que sus papeles personales no le sobrevivieran, aunque tuvo la añoranza por el futuro inaccesible.

Cuando Gregorio Fuentes le dijo que si él moría primero, iba a ordenar una estatua «más grande y verdadera que la del Floridita», para colocarla en la proa del yate, a Hemingway le agradó la idea y le hizo jurar que cumpliría su promesa. Ese día los dos viejos compañeros de guerra habían consumido algunas botellas de whisky.

François Mauriac, el novelista francés, declaró en cierta ocasión que no temía ser olvidado después de su muerte, sino, más bien, que no se le olvidara lo suficiente. El rumbo de las preocupaciones de Ernest Hemingway era diferente. El hombre, al final débil y errático, con su última batalla perdida ante los dos cañones plateados de una escopeta de cartuchos calibre 12, luchó por mantener un control absoluto sobre cada detalle de su existencia. Pero habría de llegar inexorablemente el instante en que toda pretensión se torna imposible.

Nadie puede ser estoico todo el tiempo, ni estar en plan de lucha permanente, ni es necesario tampoco. El descanso es parte del programa. La muerte y la destrucción también. A lo mejor Finca Vigía debió desaparecer con su último dueño. Si Hemingway no hubiese vivido aquí, probablemente hubiese sobrevivido de todos modos, pero se habría convertido en otra cosa, quizás en una instalación militar, o formaría parte de la secundaria Fernando Chenard Piña. Sin embargo, ahí permanece desafiante: una casa sólida, blanca, sobre sus recios cimientos españoles.

Los papeles de Finca Vigía



Entre los documentos personales que Ernest Hemingway dejó en Finca Vigía, no hay ninguno del cual él tenga que arrepentirse. Ni un solo papel bochornoso. Todo lo contrario, si acaso un ingenuo y un tanto crepuscular romance con una condesa italiana que nos acerca más al auténtico carácter del hombre.

Sus familiares han dicho que él no quería que se conocieran sus cartas, aunque ellos se han apresurado a divulgar algunas mentiras sobre su vida. Las primeras cartas de Hemingway que se publicaron, incluidas en un ensayo de Edmund Wilson («Emergence of Ernest Hemingway»), dejaban mal parado al escritor. Quizás de esa experiencia surgió la negativa de dar a conocer otros papeles.

De cualquier modo, a principios de 1981, la casa Scribner's publicó en Estados Unidos una amplia selección de las cartas de Hemingway. Mary Welsh dio el consentimiento y Carlos Baker es el editor. La noticia anula cualquier represión moral.

Hay un texto de André Gide que contribuye a la decisión de glosar una parte significativa de los papeles olvidados por Hemingway en Finca Vigía.

Sin duda habrá hombres de letras siempre delicados, de pudores fáciles, que prefieren no ver de los grandes hombres más que el busto y

que se sublevaran contra la publicación de los papeles íntimos, de las cartas privadas: parecen no considerar en esos criterios más que el placer halagador que los espíritus mediocres pueden experimentar, al ver sometidos a las mismas interpretaciones que ellos, a los héroes. Hablan entonces de indiscreción, y cuando estos tienen la pluma romántica, hablan de violación de sepulturas, por lo menos de curiosidad malsana, y dicen: «¡Dejad al hombre; solo la obra importa!» Evidentemente. Pero lo admirable, lo que constituye para mí una enseñanza inagotable, es lo que él ha escrito *a pesar suyo*. No obstante, estos documentos decepcionarán a los amantes del género epistolar. Hemingway, al contrario de otros autores, no escribía cartas teniendo en mente la inmortalidad, ni la publicación de la correspondencia. Muchas cartas fueron escritas de prisa y tienen numerosas tachaduras e incluso incoherencias, dificultades que la presente edición ha tratado de salvar en lo posible. Pensamos que el valor de estas justifica cualquier «agresión» al buen lenguaje.

Entre los documentos más antiguos encontrados en Finca Vigía, está la carta que Gregory Clark enviara a Ernest Hemingway el 12 de marzo de 1924 y en la que hace referencia a uno de los pasatiempos favoritos del novelista: la pesca. Gregory Clark y su esposa Helen fueron amistades de juventud de Hemingway. Se conocieron en la sala de redacción del *Toronto Star*. Clark fue quien llevó a Hemingway, en la primavera de 1920, a ver a J. H. Cranston, quien le agenciaría un trabajo en el periódico.

La carta es reveladora en cuanto al vínculo que establece entre los escenarios de Nick Adams y los primeros pasajes de la literatura hemingwayana. Algunas palabras resultan ilegibles.

Voy con Messer Mossop a las tierras del Pine River, 70 millas al noroeste de Toronto. Dos días más tarde celebraré la apertura de la temporada de forma apropiada yendo a la reserva de Dune Campbell, cerca de Milton, con William Milne, y luego el 17 de mayo, en compañía

de esposa, padre, hermano, Milne y esposa, voy a [Agway] Bay, 103 millas al norte en Algoma Central, a pescar en tres ríos que desembocan en esas aguas, el San, el Agwa y otro al cual nadie ha tenido tiempo de ponerle nombre, tan ocupados han estado en pescar truchas en el lago Superior.

En la carta se pone de manifiesto el respeto que sintieron los amigos y conocidos del escritor por su habilidad como pescador. Clark dice que «siguiendo tu no explícita pero sí tácita sugerencia, me conseguí una caña nueva de nueve pies, cinco onzas, etcétera». Fue a la playa de Sunny Side, practicó con ella «y te sorprenderás cuando veas cómo puedo utilizarla...»

Hay una alusión a una carta que Clark recibiera de Hadley, la primera esposa de Hemingway, en la que esta describía la vida que el matrimonio llevaba en París.

Recibimos carta de Hadley, qué bien deben sentirse los tres. Ahora, después que Hadley nos describió la vida allá, me explicó por qué Hemmy no nos había escrito. Me parece estarlo viendo... Hemmy deambulando por París, viéndolo todo, reasegurándose, tomando un trago aquí y allá, llamando a los amigos, llegando tarde a casa, y asegurándose de que París está donde siempre y nada más lejos de su intención que escribir una carta.

La misiva contiene un elogio a Hadley: Amamos a Hadley. Y qué mujer tan bella es, considerando el marido que ha tenido. Es un maravilloso amante, no lo dudo, pero como marido... Ah, bien: la historia registra las vidas de las esposas de los genios...

Resulta curioso este párrafo de Clark: So descarado. Envié al *Chicago Tribune* un artículo sobre ti y pienso ponerlo en un mural de la sala. No he cambiado nada. Nada. Mary Lowry está abstraída en su próximo matrimonio, ocupada en lo de la pintura, la plomería, los muebles.

Mary Lowry, redactora del *Toronto Star*, fue el único miembro del equipo del periódico que despidió a Hemingway en la estación de Toronto la fría tarde del 12 de enero de 1924, cuando este, Hadley y su hijo John Hadley Nicanor, regresaban a Europa, después de hacer una escala en Nueva York.

Hemingway había renunciado al *Star*, entre otros motivos, porque sentía una especial animosidad contra el señor Harry Hindmarsh, editor del diario, al que Clark llama «espía rastrero».

No pudo discutir en la sala (¿de redacción?) de las mujeres. Hindmarsh aún da tropezones por aquí [?] un espía rastrero. Cranston todavía está preocupado por el número que tengo en la mano para la semana que viene, no por el tipo ni la calidad. La carta termina con un saludo afectuoso para los Hemingway de París.

Maxwell Perkins, editor de la casa Scribner's, tiene en su haber profesional la edición de las obras de Thomas Wolfe y F. Scott Fitzgerald, entre otros.

En una carta breve, escrita a máquina» fechada en Nueva York el 15 de enero de 1929, Perkins le dice a Hemingway: «Me alegro de que quieras que vaya a una pesquería [en Key West]. Estoy tratando de resolverlo. Ya tendrás noticias mías.»

Y «poniendo el parche antes de que salga el grano», se burla de su propio físico: «Temo decepcionarte en el aspecto atlético, y si Waldo (Peirce) también va, cosa que sin embargo deseo, se dará el caso de un pigmeo entre gigantes.»

Se alegra de que *Adiós a las armas* vaya tan bien. La nota finaliza con una línea manuscrita: «¡Por Dios, deja de llamarme *señor!*»

Uno de los comentarios sobre Hemingway que Perkins gustaba

de repetir, reflejaba los problemas que el escritor había tenido con el editor Charles Scribner respecto a las malas palabras de cuatro letras: *shit, fuck, piss*. etc., que aparecen en *Adiós a las armas*. Scribner, conservador, se negaba a publicar el libro sin censurarlas. «Hemingway —decía Perkins— necesita volver al comienzo de su carrera e ir cada vez más lejos porque escribe con tanta osadía como vive.»

De la importancia que tuvo para su literatura el encuentro con Perkins y de la amistad que los unió, dan fe estas declaraciones de Hemingway en su entrevista con Plimpton:

Quería tanto a Max Perkins que nunca he podido aceptar que haya muerto. Max nunca me pidió que cambiara nada que yo hubiese escrito... Para mí él no era un mero editor. Era un amigo sabio y un maravilloso compañero. Me gustaba la manera como usaba su sombrero y la extraña forma en que se movían sus labios. Perkins murió el 17 de junio de 1947. Algunos días antes de su fallecimiento, había dicho de Hemingway: «Nunca he tenido un amigo mejor.» Algunos años más tarde, Hemingway dedicaría *El viejo y el mar* a Maxwell Perkins y Charles Scribner.

El Waldo Peirce a quien se refiere la carta es un pintor norteamericano, chofer de ambulancia en Verdún durante la Primera Guerra Mundial. No obstante, no coincidió con Hemingway en la contienda europea. Comenzó su larga amistad con el escritor en la primavera de 1927, en Francia. Peirce había sido amigo de otro legendario periodista norteamericano: John Reed.

Además de una pequeña tarjeta postal en la que aparecen algunos de los personajes que después serían convertidos por Hemingway en personajes de *Fiesta*, uno de los documentos de mayor antigüedad conservados en Finca Vigía es un sketch o viñeta escrito con toda seguridad en París hacia los años 20. El original se compone de tres

Benchley no puede entender. Se dirige a los transeúntes pero ninguno le compra la gasolina que vende, pues aún no ha llegado la era del automóvil. Benchley tiene un paquete lleno de ejemplares del Viejo y el Nuevo Testamento que desea vender, pero no se presentan compradores. Un transeúnte se le acerca y le informa cortésmente que todavía es A. de J. C. Benchley le da las gracias pero está francamente confundido. En ese mismo instante pasan las señoritas Frances E. Butcher. (Aunque Hemingway no lo aclarara, parece que en el Ínterin han cambiado de sexo.) Impulsadas por la pobreza se han visto obligadas a criar y cazar conejos por las calles. Benchley está horrorizado y decide que si alguna vez tiene la oportunidad de asestar un golpe al vergonzoso tráfico, no vacilará en hacerlo. Es aquí donde Hemingway escribe la frase final de este texto sin lógica aparente: «Hasta este punto hemos llegado en el relato.»

Un diálogo compone la segunda parte, que tiene dos cuartillas de extensión:

Alguien le da una palmada a Benchley en el hombro. Extraño lugar, piensa Benchley, y alza la vista. —Benchley —le dice un hombre alto que lleva un estropeado sombrero de tres picos, mientras le tiende la mano. —El leñador —dice Benchley como saludo (y Hemingway escribe con minúscula el conocido sobrenombre de Lincoln: *The rail splitter*).—¿Cómo, con este sombrero, te diste cuenta de que no era Washington? —pregunta Lincoln. —Ja, ja, ja —dice Benchley—. ¡Cómo no iba a reconocer al gran leñador! Se ponen a caminar juntos por la avenida. —¿Has cortado muchos troncos? —Benchley pregunta y Lincoln responde: —No muchos. ¿Y a ti cómo te va, Robert? —No muy bien —dice Benchley. —¿Quieres que te haga un cuento? ¿Una nueva historia sobre mi anecdotario? —No. —¿Quieres que te cuente cómo redacté el discurso de Gettysburg? Una escritora hizo un artículo bastante bueno sobre ese discurso. —Leí el artículo —dice Benchley—. Está bueno. —¿Quieres que te cuente lo que le hice a

Stephen Douglas [un gran orador y rival de Lincoln en la política] allá en Michigan? —Vamos a tomarnos un trago —sugiere Benchley. Entran en una cantina. Esto es importante. Ahora todo el mundo bebe en las biografías. En realidad, ahora todo el mundo bebe en casi todas partes. Una costumbre bastante censurable. —¿Has visto a Washington? —pregunta Lincoln. —No —replica Benchley—. ¿Has visto a Connally? —No —responde Lincoln—, ¿Has visto a Stonewall Jackson? —No —responde Benchley—. ¿Has visto a Stewart? —No —dice Lincoln—. Pero he visto a Andrew Johnson. —Qué bien —dice Benchley—. Yo acabo de ver a Charlie McArthur. —¿Qué está haciendo McArthur ahora? —No sé —responde Benchley—. ¿Qué está haciendo Johnson? —Por favor, vamos a dejar eso —dice Lincoln—. ¿Quieres que te cuente sobre la liberación de los esclavos? —Por supuesto —dice Benchley—. ¿Qué pasó con los esclavos, Lincoln? —Les di la libertad —responde Lincoln. —¿Tú crees que eso resulte? —Aún es prematuro para saberlo. ¿Y tú qué has hecho, Robert? —Escribir. —¿Te han publicado algo? —Me publican mis cosas más rápido de lo que puedo escribirlas. —¿Te hace sentir bien? —¿Qué quieres decir? —Estar así. —Lincoln aspira profundamente y estira los brazos—. En la cima de todo. —Tengo bastante trabajo —responde Benchley. —Ahora me llaman el Emancipador —dice Lincoln. —Bonito nombre —dice Benchley—. Suena mejor que leñador. —No estoy seguro —dice Lincoln—. Me había encariñado con el nombre anterior. —Bueno —dice Benchley—. Tengo que irme. Ven a visitarme de vez en cuando, Emancipador. —Llámame leñador, Robert —dice Lincoln y, afablemente, le pone el brazo en el hombro al joven. Benchley sale afuera. Resultaba extraño haber visto de nuevo a Lincoln. Causaba asombro su gran estatura. Así termina el relato.

Robert Benchley era un conocido humorista norteamericano, considerado en su país como un clásico del género. Hemingway lo conoció en Nueva York en febrero de 1926. Días más tarde viajaron

juntos a Europa en el vapor *Roosevelt*.

El escritor Aaron E. Hotchner, quien visitó por primera vez a Hemingway en Finca Vigía en la primavera de 1948, relata que en aquella ocasión Hemingway le mostró una serie de primeras ediciones de libros dedicados a él, entre los cuales se encontraba uno de Robert Benchley. (A pesar de intensas búsquedas en Finca Vigía no se ha encontrado ningún ejemplar de los títulos citados por Hotchner.)

Es probable que Hemingway remedara el estilo de Benchley, quien se refería a un personaje como hombre y mujer alternativamente. Algo semejante al *Orlando* de Virginia Woolf. Se recordará que en la novela, Orlando vive varios siglos. En las viñetas de Hemingway hay también un juego con el tiempo.

Ambas, inusuales en el estilo hemingwayano, fueron escritas al vuelo y solo Hemingway hubiera podido descifrar su utilidad. Pudiera tratarse de sketches escritos para disfrute de los amigos. De cualquier modo, tienen un parecido remoto con algunos pasajes humorísticos de *Torrentes de primavera*. En esta novela se referiría explícitamente al mundo editorial. También resulta de interés destacar la mención al general Stonewall Jackson. Treinta años más tarde, en su madurez, Hemingway escribiría *A través del río y entre los árboles*, cuyo título proviene de las últimas palabras que el general sureño Jackson dijera antes de morir. Entonces la parodia cedería su lugar a la tragedia.

Leicester Hemingway escribe a su hermano una carta el martes 19 de marzo de 1940, en los muelles de la isla Cozumel, Quintana Roo, México. Comienza con una información acerca de un joven pescador de la zona del río Almendares, de La Habana.

El gran Rafael Cortés y Mierda de Caballo, descendiente de los *conquistadores*, moderno vencedor de los océanos y lugares lejanos, es

un muchacho que se mareaba rápidamente y siempre está metido en el medio y no puede cocinar cuando el barco está en movimiento y no puede navegar cuando el mar está por delante. Ha sido infructuosa la localización de Rafael entre los pescadores más viejos de La Habana. Se le recuerda como «un muchacho de mala cabeza». Mas nadie sabe dónde se pueda encontrar ahora. Gregorio Fuentes dice: «Yo garantizo que no era marinero. Es que reclutaron a ese muchacho con demasiado apuro. Estaban muy apurados en su trabajo.»

El trabajo consistía en buscar información para la Inteligencia británica.

Pero cruzamos perfectamente. Sirvió de prueba para el barco y para conocer cabalmente a nuestro tripulante. Y Tony y yo resolvimos bastante bien y nos compenetramos enseguida. El Tony de esta carta es Anthony Jenkinson, un agente británico. Hemingway se lo presentó a Leicester en La Habana. «Jenkinson —según Leicester— tenía un título, una cuenta bancaria y un destino en el servicio secreto naval.» Trajo a Cuba un velero de 25 pies de eslora, que Gregorio ayudó a avituallar. Fue el embrión de la posterior aventura antisubmarina del *Pilar*. Operaron en América Central y la zona del Canal de Panamá. Buscaban los *containers* y depósitos de gasolina que supuestamente los submarinos alemanes utilizaban para abastecerse. No se conocen los resultados de este operativo, ni los probables enfrentamientos con alemanes que Leicester deja entrever en un episodio del libro *Mi hermano Ernest Hemingway*, que publicaría después. (Al parecer, Leicester continuó en este tipo de faena posteriormente. Revolucionarios latinoamericanos que participaron en los sucesos de Guatemala de 1954 han informado que en aquella oportunidad se reveló allí la participación de Leicester como agente de la CIA.)

«El primer día llegamos a Bahía Honda antes que cayera el

viento», dice en su carta a Hemingway. Recorrieron 70 millas hacia el oeste esa noche, y en la tarde del otro día estaban a 40 millas al oeste del cabo de San Antonio, en el extremo occidental de Cuba, con mucha corriente, brisa suave y todos los síntomas de otra noche excelente. Todo fue bien, hicieron 40 millas con la brisa, que se levantó por la mañana, pero cayó por la noche. La mitad del cielo se iba llenando de una niebla blanca, típica de los nortes, y alrededor del mediodía encendieron el motor unas dos horas. «Hablé con un cubano que salía de los bancos y se aseguró que estaba a cincuenta millas al NE de la luz [del faro] de Contoy.» Iban navegando a motor para pasar el canal de Yucatán antes que empezara a sentirse el norte.

Pero cuando comenzó este norte y redujimos velas y navegábamos como endemoniados en un mar que se levantaba a ojos vistas, [Rafael] se metió en mi cama, se puso una sábana por la cabeza y no se movió para nada durante veinticuatro horas. Tuvieron que recorrer 50 millas para divisar la luz de cabo Cantoche, luego cortar al este para acercarse a Contoy y maniobrar para no clavarse en los arrecifes que estaban al norte.

Allí nos aguantamos, proa al este, para no pegarnos a los arrecifes de Mujeres, hacia donde nos empujaba una corriente de dos nudos. Por la mañana pusieron la vela delantera y el foque, con gran peligro de que el viento los reventara. «Pero el barco se portó como un señor.» La cubierta se llenaba de agua, «pero como eran olas tan grandes, se le puede perdonar. Tony y yo nos relevábamos cada dos horas. Nos secábamos cada vez que bajábamos a la cabina». A las 10 de la mañana llegaron a 100 yardas debajo de la punta sur de Mujeres y echaron el ancla.

Allí, según cuenta, se encontraron con un velero de pescadores. Se alegraron de ver un barco más pequeño que el de ellos, resistiendo allí. Después que arribaron a Mujeres siguieron llegando más veleros.

«Comimos como animales, recobramos fuerzas, dormimos y fuimos al pueblo la mañana siguiente y entramos formalmente bajo protesta. Bellas costumbres. Nos costó solo cinco dólares y pudimos ver todo el pueblo, que se encuentra al NE de la isla. Un lugar muy bonito, con muchas tortugas y ciudadanos amistosos, y nos quedamos hasta el lunes, ayer, primer día de sol desde la mañana del jueves.»

Su deseo de conseguir una tripulación norteamericana se imposibilita a causa del papeleo y la carencia de un representante consular norteamericano.

Dice Tony que podemos conservar la carne por su valor nutritivo, porque parece que podemos quedarnos indefinidamente en un lugar pretextando que la tripulación está enferma. Es un bribón y pensar en pagarle es ridículo.

La carta continúa con las recriminaciones a Rafael: Se enfermó ayer por la tarde cuando vio venir un viento de cuarenta millas en la más amable de las brisas de occidente: ni mar ni sol ni movimiento del barco. No tiene excusa para esto, dice simplemente que nunca antes le había ocurrido. Tiene buenas digestiones, come bien, duerme perfectamente, atisba con precisión y siempre quiere saber cuándo llegamos a tierra, aun cuando se encuentra a la vista. Más adelante dice que Rafael por poco acaba con el barco cuando lo obligaron a que sostuviera una palanca durante 10 minutos mientras le ponían una pieza al motor, cerca de cabo Contoy la noche del jueves. «Al carajo con él. Estoy a favor de botarlo en Belice. Es demasiado noble para nuestros egos.»

La carta finaliza con un: «Te escribiré desde Belice en cuanto lleguemos allí. Supongo que será en dos o tres días...»

Envía recuerdos a Martha Gellhorn, Gregorio Fuentes y a Manolo Asper en el hotel Ambos Mundos.

No tengo cómo agradecerte los tantos e impagables servicios que nos brindaste allá. Te mereces cualquier cosa que este desgraciado mundo pueda dar. Tony también le envía un saludo. Leicester termina con un «Sigue escribiendo, Stein.» Y firma: «Les».

Entre las cartas encontradas en Finca Vigía hay una dirigida por Hemingway a Anthony Jenkinson. Fechada el 1ro de mayo de 1940, parece ser una respuesta a otra enviada desde Puerto Cabezas, Nicaragua. La misiva va dirigida también a Leicester Hemingway.

Mala suerte [dice Hemingway] que se les rajara el cilindro. Sin embargo, si se bloquea, aún lo pueden utilizar. El nordeste ha estado soplando como diablo desde que alistamos el barco. Si afloja mañana, puede que costeemos curricaneando hasta Gobernadora o quizás a cayo Jutía para darle un paseíto a Mister Josie [Russell]. Las agujas no han aparecido todavía. En el párrafo siguiente Hemingway se refiere a la pérdida de un partido de jai alai y al triunfo posterior en otro. La pelota vasca o jai alai se convirtió por esta fecha en el deporte favorito de Hemingway, motivado por la extrema habilidad y fortaleza que exige y por las fuertes apuestas que en él se pueden concertar. En la calle Belascoaín, de La Habana, estaban El Frontón Jai Alai y el Habana-Madrid. El Frontón, propiedad de Elicio Argüelles, era el favorito de Hemingway. En la actualidad ha sido convertido en un gimnasio para pesistas y ajedrecistas y lleva el nombre de un mártir revolucionario.

Voy por el capítulo 37 del libro [*Por quién doblan las campanas*]. Marty (Martha Gellhorn) está terminando un cuento largo, larguísimo. Escribió uno corto que le quedó muy bueno. Después de dar noticias del arreglo de su tocadiscos, Hemingway

ofrece un comentario sobre la guerra:

Sin noticias de Joris (Ivens). Sus amigos y los nuestros dividen los comités de refugiados españoles para atacar a Francia. Si Hitler se mete en Suecia, yo creo que ellos tendrán que dar otra vuelta en redondo. Hacia el final de la carta, Hemingway habla nuevamente de *Por quién doblan las campanas* y se refiere al entusiasmo de su editor en los términos siguientes:

Max Perkins se volvió loco con el libro. Dijo que era lo mejor que yo había escrito. Me encantaría que él lo terminara por mí. Pero seré yo quien lo haga. También hay muestras de humor que se manifiestan en oraciones como estas: «la máquina necesita ir al veterinario», o, «me alegra mucho que tu refrigerador esté refrigerando», para reflexionar con rapidez: «Suenan repugnante eso: un refrigerador refrigerando.»

Hay una referencia a la obra teatral de Hemingway *La quinta columna* que por entonces estaba en escena en Nueva York:

Todavía se está representando y produciendo dinero pero cerrará en junio cuando Tone viaje a Hollywood.

Cuatro o cinco semanas más de huevos de oro. Dicen que reabrirá en el otoño. Franchot Tone, el actor, tenía el papel protagónico del drama sobre la Guerra Civil Española.

Hemingway termina con un juego de palabras: «May may a little later.» Se refiere a la posibilidad de salir a pescar en mayo (¿mayear?) un poco más tarde.

Ernest Hemingway sale a mayear. Es la corrida de la aguja. Su cuaderno de bitácora parece escrito por dos hombres. Uno, un experimentado y rústico pescador; el otro, un poeta. El primero anota:

Cogimos un peto, el viento refrescaba bastante, soplabla fuerte cuando entramos en Cabañas. El cielo parecía de noviembre, lluvia fina a media noche, agua clara y profundamente azul. Salió a las 11:30 de la mañana del 2 de mayo de 1940. *Glass* (presión barométrica medida en pulgadas) 29,92, la brisa está soplando de sur a norte. Luego al NO. Hemingway advierte que refresca a partir de la 1:00 pm. Navega rumbo oeste. Un pejevela pica a las 2:55 pm, aproximadamente a una milla de Banes. Al oeste de Mariel, a las 3:50, un pejevela hala el sedal. Peleó bien, voló 10 ó 12 veces y enfiló hacia el noroeste; lo bicherearon a las 4:20. «El primero que capturamos», apunta Hemingway.

Tres millas más hacia el oeste, a la altura de Cabañas, captura «un buen peto» a las 4:50. El viento refresca bastante. Sopla fuerte cuando entra en Cabañas a las 6:00 pm.

Fondean al oeste del fortín. Pero hay demasiados mosquitos y se dirigen al centro de la bahía. Fondean más allá de la boya. «Marty remó en el bote auxiliar y luego nadó —mientras Gregorio cocinaba. Sin mosquitos hasta que salió el sol— ; lluvia fina a medianoche», anota el dueño del *Pilar*. Y sustituye algunos puntos por guiones. Después relaciona sus actividades por días:

Mayo 3. «El mar está en calma», se lee en el cuaderno de bitácora. «Los mosquitos aparecieron con las primeras luces del día», se lamenta Hemingway. Lo sorprende una lluvia fina a las 6:00 am y el viento se levanta por el norte. El viento refresca del norte cuando terminan el desayuno y se mantiene fuerte soplando en la misma dirección. Pero el cielo encapotado parece de noviembre. Hemingway apunta:

Saliendo a las profundas aguas azules de la boca de la bahía de Cabañas, una aguja de alrededor de 200 libras saltó sobre la carnada de lisa y la rebasó y antes de esto golpeó el señuelo de plumas y mientras la rodeábamos, desapareció. El Golfo está lleno de peces voladores y considerablemente más violento. Captura dos bonitos mientras viajan hacia el oeste y aproximadamente a cuatro millas al oeste de Cabañas, a las 9:00 am, una aguja desprende el sedal del *outrigger* de babor, ataca la carnada y golpea el pedazo que quedaba.

Hemingway anota:

La cogía y la soltaba —mar gruesa ahora— muy turbulenta. Tuvimos que abrimos un poco a las 9:10 am —Josie [Russell] vio otra aguja que nadaba con $\frac{1}{2}$ cm de la cola fuera del agua. Se pierde hacia el oeste. La encontraron con la carnada pero no pica— cogimos otros 2 bonitos y nos fuimos a Bahía Honda a las 10:10 —. Viento fuerte del norte todo el día y permanecemos en el puesto. Ahora Hemingway se conmueve:

Visitamos a los pescadores en el carenero —pobreza, subalimentación, miseria, les permiten pescar pero no sembrar la tierra en la que están como intrusos, tampoco les permiten tener huertos. Compró ocho cangrejos y «una caja de ostiones (60 centavos). 48 huevos a 4 por 5 centavos. 50 centavos. (\$ 1,00) Nadamos. Visita al castillo —hallamos un avío indio— nutrida bandada de codornices».

Duermen con mosquitero en el castillo de cubierta; el brisote se cae por la noche y el *Pilar* se mece con la marea. «Estábamos fondeados cerca de la boca de la bahía. Algunos mosquitos aparecen a las 5 am pero el mosquitero los contuvo.»

Mayo 4. Anotaciones breves:

Ligero viento del oeste —*Class 30,00*— salimos a las 7:40 después de un desayuno con arenque, huevos, café, pan, mermelada.

Mayo 5. Hay pesca. Comienza la corriente a las 12, se capturan ocho agujas pequeñas que andaban en la corriente profunda.

Mayo 6. Fuerte brisa todo el día, incrementando por la tarde. Disminuyó en la noche para subir notablemente el 7 de mayo.

Mayo 7. Salió a las 2:45, *Glass 30,08*, alguna corriente. Brisa fresca del norte, mar fuerte, «pero no como debía estar con esta brisa, si la corriente fluyera —agua clara y profundamente azul».

Muchos peces voladores pequeños. A las 3:20 cogen un dorado hembra de gran tamaño. A las 3:55 Gregorio ve una pareja de agujas en dirección oeste:

Viramos el barco en esa dirección y nos encaminamos hacia ellas en alta mar. Una de ellas vino al *outrigger* de babor y la otra a estribor, E. H. enganchó la de babor, esta comenzó a saltar, y la otra, que era de mayor tamaño, picó la carnada de estribor. Saltó y soltó la carnada antes de que Josie pudiera clavarla [con el anzuelo]. Siguió la carnada durante un buen rato mientras E. Hemingway luchaba con la otra, que halaba mar adentro, con un hilo 18, saltó 15 veces luego peleó fuerte y seguido, rumbo NO. La trajimos a la banda y la bichereamos a las 4 pm. La tercera que capturamos, 6 pies 9 pulgadas. Hemingway se incluye como personaje en estos apuntes del cuaderno de bitácora. Más tarde cogen un pequeño dorado y un peto pica, pero se

va. Pocas agujas aún. Se decepciona: «Vimos solo una pareja — muchos peces voladores, muchos pájaros. Dentro de poco deben aparecer los pejes.» Vuelve el optimismo.

Mayo 11.

Salimos de Cojímar a las 10 am. *Class* 29,90. Viento por el norte, refrescando. Corriente fuerte del este — montones de palomitas y de peces voladores—, bella agua del Golfo, día ideal para la aguja. Diez minutos después de zarpar una aguja pica, pero suelta la carnada y sigue. En la hora siguiente «3 más le dieron a la línea pero no volvieron ni picaron», anota. «De 10 a 11 E. Hemingway vio una aguja coleteando.» Suben el motor a 2 500 RPM y «la llevamos a que picara la carnada que [Cucu] Kohly llevaba a estribor pero Cucu se demoró mucho y no pudo clavarla». El viento cambia hacia el norte. Los pejes no pican «quizá por este viento».

Mayo 14. Sale a las 10:00. *Class* 30,01. Viento fuerte del norte, soplando durante dos días desde el mismo cuadrante. El domingo era del norte y durante dos noches la corriente se mueve hacia el este. Marea alta. La corriente es tan fuerte que casi no se puede pescar. Hemingway observa que el agua no tiene el color definido, casi púrpura del Golfo, sino lechoso debido al fuerte viento.

A las 10:30, cerca de Bacuranao, avistan una aguja pequeña que no picó. Dan la vuelta al *Pilar*, junto con la mar, pero no la encuentran.

A las 11 navegando cerca de la fábrica de cemento (*Casa de curas*) una aguja persiguió la línea de babor cuando esta levantó un pedazo de basura. E. Hemingway le dio un tirón a la línea para limpiarla. [Hemingway se describe a si mismo en la pelea.] La aguja le fajó pero

falló. Se fue y en el momento que E. Hemingway le decía a Joe [Russell] que pusiera nuevamente el sedal en el *outrigger*, la aguja regresó desde lo profundo y mordió la carnada. Ernest Hemingway la enganchó en la segunda tentativa y la clavó. Se llevó 250 yardas de línea, voló 10 veces. Peleó fuerte y en lo profundo. Difícil de trabajar con la mar tan violenta. Ernest Hemingway la trajo y la bichereó a las 11:20 (Número 6) —clavada bajo la mandíbula—, el bichero le atravesó el pico. —Agua clara ahora azul profundo. Seguimos hacia el este.

Mayo 16. Salió a las 3:00. *Class* 29,95. Viento limpio del ENE. Corriente fuerte. Después de una turbonada de lluvia en tierra y de unos cuantos relámpagos navegan hacia el este de Tarará. Se reportan muchas agujas volando. A las 4:10 después de girar rumbo al oeste ven una aguja detrás del *outrigger* de babor, que los sigue. Pasan por el Morro. Vuelven a las 4:15 pm. *Nothing*. Nada. Gris y frío. Es evidente que las descargas eléctricas hicieron que los peces se sumergieran en aguas más profundas.

Mayo 18. *Class* 29,91. Ligerio viento del este, corriente fuerte del este. «Salí a las 10:45 porque no le dijimos a Otto (Bruce) que viniera temprano. A las 11:20 Kohly vio a la altura de Cojímar una pequeña aguja dando vueltas y comiendo en la superficie.» Le pasan por delante las carnadas de Cucu Kohly. Falló tres veces. «No clavamos pero el sedal se enredó, finalmente, y la aguja se retiró.»

Durante el día ven algunas agujas blancas, dos de ellas bastante grandes. Captura dos dorados, cinco albacoras, tres barracudas; pierden tres dorados y un bonito.

Mayo 20.

Salí a las 10. *Glass* 29,89. Viento del norte, corriente fuerte, tiempo

malo, brisa del este, avistamos gran grupo de agujas. Escribí 800 palabras. [Hoy no le importaron las agujas.]

Mayo 22.

«Escribí 954 palabras», anota Hemingway a las 2:40. *Glass* 29,90. Brisa del este, fresca, corriente fuerte del este. Mucho sargazo. Llega a Bacuranao sin ver un pez. Cogen una picúa a las 3:40. Los peces iban hacia el este. A las 4:10, cerca de Cojímar, una aguja vino al señuelo de plumas; «desde bien lejos, sacaba el lomo como un dorado».

Se pega a la carnada de estribor y retrocede. A las 4:15 capturan un dorado, hembra pequeña, con la camada fresca de estribor.

Mayo 23. Cogieron un castero de 200 libras, algunos pejevelas y una aguja blanca.

Mayo 24. *Glass* 29,80, viento ligero, corriente fuerte. Sale a las 2:10. Van hasta Bacuranao. No hay nada.

Mayo 29. *Glass* 29,92. Viento ENE suave. Corriente muy fuerte hacia el este. Ven aguja cerca de Bacuranao a las 10:30. Juega con la carnada fresca de estribor sacándola del agua con el pico. Finalmente la muerde y Hemingway la engancha (se la roba) por encima del pico. 23 saltos. Pelea bien. Embarcada a las 10:35. «Número 9», escribe Hemingway.

Mayo 30. Sale a las 9:35. *Glass* 29,90. Mar en calma. Turbonada en tierra desde las cinco. Fuera de la boca de la bahía enganchan una barracuda grande. Venía con un grupo de jureles, pero no mordieron. A las 11:45 cerca de Bacuranao ven un tiburón de casi 40 pies, «por lo menos 8 pies de ancho en la cabeza. Lo vimos bien — muy cerca del barco y luego por

la proa cuando el señuelo de plumas le pasó por el lomo— ; se movía despacio y sin miedo. Cinco minutos después una aguja tocó la carnada de babor en la calma existente. Recogimos sedal y vino de nuevo. Haló la línea pero la soltó».

Junio 6:

Después de siete días de lluvia fuerte y ráfagas, salimos a la velocidad 30 —Brisa fresca del ENE— corriente fuerte, oscura, grande, hacia el este. Se reporta el Golfo lleno de agujas. Vimos muchísimas que no picaban —2 buenos ejemplares mordieron el señuelo de plumas. Enganchamos una pero se fue. A las 5 cogimos una (No. 12) 7 pies, 48 lbs. Rodaba por el costado, voló salvajemente. Luego peleó duro. Caminos que se cruzan en el mar. Pat (Patrick Hemingway) a bordo. Almuerzo en tierra.

Junio 8. Sale a las 10. Le tiran al pichón. Brisa del norte y poca corriente. Agua verde debido a las lluvias. Por la tarde la corriente se fortalece y entra más. Ven tres pejes. Dos de ellos hambrientos. Le tiran una línea, infructuosamente; el pez se llevó la carnada. El segundo peje cerca de Cojímar mordió y se llevó la carnada. El tercero mordió tarde, cerca del Morro, y destrozó la carnada.

Compran ocho libras de emperador capturado por los sedales de los pescadores del mercado.

Junio 10.

Escribí 670 palabras. Salí a las 3. *Class 29,97.* La corriente no estaba tan fuerte como en otros días. El agua azul pálida. Brisa fresca del norte. —Pat a bordo—. Nos dirigimos al oeste porque la mayoría de los pejes

han sido enganchados cerca de Punta Brava, entre el hotel Nacional y el río Almendares. Hoy Italia declaró la guerra. Hace 24 años la última vez. Aún los mismos políticos —chacales— viles.

Junio 13. *Glass 30.* Viento ENE. Corriente fuerte del este. Sale con Ben Finney a las 10:10. A las 10:20 coge «el No. 14. Buen ejemplar. —Buena pelea— ». A las 10:30 cogen «el No. 15, de 72 lb, con el señuelo de plumas. —Almorzamos en Cojímar—. Por la tarde solo vimos un pez. Cenamos en [ilegible]. Los muchachos se fueron por la mañana rumbo a Key West».

Junio 17. Fresco. *Class 29,98.* Viento ENE. Mar violenta. Corriente fuerte hacia el este. Salen a las 10:15. A las 10:25, cerca de Cojímar, una aguja muy grande mueve la camada del *outrigger* de babor. No pica. Lo intenta de nuevo. Ernest Hemingway le tira cinco o seis veces. Regresa. Lucha profundo y cerca. Luego vuela. La clava. Toma hacia el noroeste. Vuelve y comienza a sacar hilo. Entonces obliga a que el barco la siga. Hace un giro y está hacia el NO cuando corta la doble línea con la cola.

Mayito Menocal y Elicín Argüelles a bordo. Pejes muy grandes —Tremendo golpe a través del pecho— Lástima —nadie tuvo la culpa. Vimos 8 pejes más, incluyendo uno muy grande que nos siguió el rumbo pero no mordió— la carnada estaba bastante gastada —. Un ejemplar más pequeño movió la carnada— llegamos a las 6:45 —. Almorzamos en Bacuranao— le tiramos a los pichones.

Junio 22.

A bordo C. Kohly. Fin de la luna llena —La corriente apretando después de permanecer estática durante tres días— Dicen los pescadores que han visto grandes agujas abolladas —Salimos a las 10 — *Glass 30,02.* —Brisa floja pero refrescante hacia el ENE— Fuimos

enmendando hasta Bacuranao sin ver nada. Este diario de navegación está escrito en un cuaderno de tapas duras, plasticadas. Los apuntes fueron hechos con un creyón grueso, probablemente con lápices del número dos que tanto entusiasmo despertaban en Hemingway. El texto ocupa 32 páginas, sin que las llene todas. Comienza cada día en una hoja nueva. En ningún momento especifica el año en que fue escrito, pero se pudo establecer la fecha gracias a que Hemingway se refiere a la entrada de Italia en la guerra, hecho ocurrido el 10 de junio de 1940. (Se ha tratado de respetar en la traducción la puntuación original.)

Grace Hall Hemingway escribe a su hijo el 17 de julio de 1940:

Querido Ernest: Recibí el encargo esta semana. Ni me imagino cuánto tiempo pasará antes de que reciba el dinero, porque esta tardanza, durante la cual los compradores regresaron al norte, puede hacerles cambiar de idea de la compra... Todo el mundo se haya tan inseguro en estos momentos. Solo Dios puede brindarnos seguridad... Me apena tanto haber hecho algo que no te gustara. Tú has sido siempre la única persona que tenía dinero en abundancia. Siempre he temido que te insultaras si te mandaba un poco. Destruiste el cheque de cuatro dólares que te envié para cubrir los gastos, y para saldar la deuda... De todas maneras me alegraría remitirte \$ 100 si el dinero me llega en los próximos 2, 3 ó 4 meses. Nada me gusta tanto como darle algo a mis hijos cuando lo necesitan. Y tú no eres una excepción. El único que pudo y quiso darle la posibilidad de vivir confortablemente fue Ernest y eso la impulsa a ayudar a sus hijos cuando ellos lo necesitan, declara la señora Hall Hemingway. Y agrega: «Algo que ha sido frecuente en ti. Espero que pases un buen cumpleaños. A los 41 todavía se es joven.» Sigue con una nota importante:

Te enviaré una copia de la crónica sobre las generaciones pasadas,

que he escrito (9 000 palabras). Cubre 200 años. Las relaciones entre Hemingway y su madre nunca fueron buenas. John Dos Passos afirma que Hemingway era el único hombre que él conocía que realmente odiaba a su madre. Algunos biógrafos aventuran la hipótesis de que el rechazo de Hemingway hacia su madre era el resultado de la manía bastante inusual que atormentó los primeros años del escritor: Mamá Hemingway se empeñaba en vestirlo de niña, adornaba sus cabellos con lazos y su ropa estaba siempre adornada con cintas y otras candideces femeninas. (En ninguna de las biografías consultadas se explica la posición del doctor Clarence E. Hemingway, padre del escritor, en defensa de su hijo. Se sabe que lo llevaba a cazar y pescar, para que entrara en contacto con la naturaleza, pero, al parecer, en la intimidad del hogar se hacía de la vista gorda con las extravagantes costumbres de su esposa.) Una muestra del carácter religiosamente imperativo de Grace Hall Hemingway se halla en el documento titulado «Herencia», enviado como regalo de cumpleaños a su hijo. Se trata de un texto único e imprescindible para comprender las relaciones entre madre e hijo. Es curioso, por otro lado, que no haya en Finca Vigía nada que recuerde al padre de Hemingway. Ni una carta, ni siquiera una foto.

El sobre fue enviado por correo aéreo y está protegido por cartones interiores. Tiene matasellos de Oak Park, Illinois, de julio 25, pm, 1940. Lleva seis estampillas, por un valor total de un dólar y 10 centavos, y la dirección del destinatario aparece escrita a mano:

Ernest Hemingway, Asper Cia. Obispo and Mercaderes, Havana, Cuba. (Es la dirección del hotel Ambos Mundos.) Y un aviso, también manuscrito, en la esquina superior izquierda del sobre de manila:

Si no es entregada al destinatario en quince días devuélvase a Grace

Hall Hemingway en Keystone Ave. número 551, River Forest, Illinois, Estados Unidos.

El original de «Herencia» tiene una extensión de 28 cuartillas cortas, papel cebolla, escritas a máquina a dos espacios. Es un documento revelador en cuanto a los antecedentes familiares de Hemingway y las relaciones de la madre con el hijo. Vale la pena glosar las partes más significativas. «Herencia» llegó a manos de Hemingway acompañado de la siguiente carta de presentación:

Grace Hall Hemingway Studio-551 Keystone Avenue River Forest, Illinois
25 de julio de 1940. Mi querido hijo Ernest:

Esta es la crónica de nuestra herencia sobre la que te hablé anteriormente. Cubre doscientos años y cinco generaciones. La señora Hall cita sus fuentes: «Unas memorias publicadas por William Edward Miller (tu tatarabuelo), en la que habla mucho de su padre, el doctor Edward Miller, graduado de Oxford; lo que escuché de boca de mi madre concerniente a su padre y madre, su esposo y sus hijos. Lo que escuché de boca de mi padre concerniente a sus padres y sus hermanos.» Y advierte: «Espero que cuides esto para tus hijos. *No hay más copias.*» Luego se justifica:

A pesar de que no tengo facilidad para escribir, he procurado acumular datos interesantes que de otra forma se hubieran perdido para la posteridad. Esperando que «Herencia» resulte valioso para su hijo, lo firma y añade una posdata: «Esto debía ser tu regalo de cumpleaños.» La relación siguiente aparece en el frontispicio:

Doctor	Edward	Miller	y	esposa.
William	Edward	Miller	se casó con	Mary Dunhill.
Mary	Dunhill	Miller	se casó con	Charles Hall.
Ernest	Hall	se casó con	Caroline	Hancock.

Grace Hall se casó con el doctor Clarence Edmonds Hemingway. Marceline, *Ernest* (subrayado en el original), Ursula, Madelaine, Carol, Leicester. Después de encabezar el trabajo con el título HERENCIA a media página, y sus créditos debajo: *By Grace Hall Hemingway*. la señora Grace Hall comienza, en un tono elevado, orgulloso y retórico, la historia familiar con un párrafo dedicado al doctor Edward Miller, «cuyo linaje se remonta hasta el rey Malcolm de Escocia». Dice que el doctor Miller nació en Doncaster, Inglaterra, en 1731.

Pertenecía a la misma familia de Guy, conde de Warwick, llamado «el que hace reyes». La familia Miller comparte sus armas con los condes de Warwick. Grace Hall afirma que Edward Miller era un hombre de talento, gusto literario, maneras refinadas, y una gran eminencia como profesor de música. Fue organista de la iglesia de Doncaster durante 50 años y sus ejecuciones fueron muy admiradas por las multitudes que acostumbraban a acudir «a ese alegre pueblo por aquel entonces de moda». Revolucionó la música de la Iglesia de Inglaterra, que anteriormente empleaba los servicios de un director de coros que cantaba una frase cada vez, la cual era repetida por los feligreses, sin libros de cánticos ni acompañamiento en la mayoría de los casos. Adaptó la versión de Tate y Brady de los salmos y compuso melodías sobre esta versión de acuerdo con cada domingo del año. Este trabajo gozó de gran celebridad en su tiempo y fue adoptado en todo el país. Se podía enorgullecer de haber tenido mayor número de suscriptores que ningún otro autor anteriormente —con la excepción del poeta Alexander Pope, cuyas versiones de las obras de Homero eran muy populares—, ya que la lista de suscriptores, encabezada por el Rey y la Reina (con el número de ejemplares después de cada nombre), ostentaba el nombre y el título de todas las personas importantes del reino. Compuso un segundo volumen de himnos, que tituló *El arpa de David*. Fue el segundo libro de música religiosa. «Ambos eran libros

gruesos, pesados y forrados en cuero: una valiosa posesión.» La celebridad de su nombre como músico, compositor y hombre de letras hizo que la Universidad de Oxford le confiriera el grado honorario de doctor en música. (Inglaterra, además de nombrar un Poeta Nacional, el *Poet Laureate*, honra a dos doctores en música, uno por Oxford y otro por Cambridge; los nombramientos son vitalicios.)

El doctor Miller no solo tuvo éxito en sus trabajos personales, sino que sacó de la oscuridad y desarrolló el talento latente de ese grande de la astronomía moderna que era sir William Herschel. El doctor Miller conoció primeramente a este gran filósofo como un pobre músico alemán. Al percibir las grandes cualidades de su amigo, que más tarde le ganaron la admiración del mundo. Miller se esforzó para colocarlo en una posición desde la cual pudiera continuar sus estudios favoritos y ganar el patronazgo de los adinerados, algo absolutamente necesario en aquellos tiempos. La esposa del doctor Miller murió cuando sus cinco hijos (dos varones y tres hembras) eran muy jóvenes. Las muchachas murieron de tuberculosis antes de alcanzar la madurez, y el hijo menor, Thomas Miller, pereció en 1785, a los 16 años, al perderse en el mar el barco que lo llevaba a las llamadas Indias Orientales. William, el mayor, nació el 1ro de junio de 1766, y tenía 10 años cuando su madre murió. «Mostró inmediatamente que había heredado el amor de su padre por la música, la literatura y el arte. Tenía una disposición franca y abierta y una generosidad que no conocía límites.»

Su padre, el doctor Miller, se hallaba en el cénit de su popularidad: «buscado y apreciado por el público de moda, se movía en una constante esfera de alegría y disipación, y era recibido como el amigo y el acompañante de los ricos y los poderosos». Esta fue la sociedad en la que William fue introducido. Se había entrenado en la profesión de su padre. La música «era una emoción profunda en él. Su alma respondía al poder de la armonía en toda su profundidad sensible».

El famoso violinista Paganini se impresionó tanto con el joven Miller que lo aceptó como alumno. «El único alumno que tuvo Paganini.» Le dijo un día, al final de sus estudios: «William, cuando yo muera tú serás el mejor violinista del mundo.»

«Ya fuera por la brillantez contagiosa de la sociedad en que se movía, el aplauso abierto que encontró, los excitantes placeres en los que tomó parte o por la fuerza de sus pasiones, se convirtió en un ser descontento, infeliz e intranquilo.» A los 17 o los 18 años, algunos de sus alegres y excitados compañeros lo entusiasmaron para ir, desconocido y sin dinero, a la corte de Tippoo Sahib, príncipe reinante en la India. Aceptó el reto y «vestido con ropas vulgares, llevando sólo su violín se dio a la mar».

Su digno padre, al enterarse de esta huida, se apresuró al muelle y arrojó al barco ya en movimiento un grupo de cartas de introducción dirigidas a personas prominentes de la India. El joven lanzó las cartas al mar en presencia de su padre.

William supo ganarse la vida y «pasó alrededor de seis meses en la corte de Tippoo Sahib», valiéndose de sus espléndidas ejecuciones de órgano así como de su violín, e invirtiendo su talento •en todo tipo de planes atrevidos». Hay por lo menos cuatro historias sobre cómo el príncipe le regaló un valioso Cremona. Finalmente sintió nostalgia por Inglaterra y, a pesar de todas las ofertas de posición y riqueza que le hicieron, retornó a casa. Tan pronto llegó a Inglaterra se arrojó al suelo y lo besó. Tal era su amor a la tierra que lo había visto nacer que, cuando se encontraba con personas que pensaban emigrar a países extranjeros, se tomaba el cuidado de aconsejarles que no lo hicieran. Les decía: «Nunca hallarán un país como la vieja Inglaterra.»

A su llegada «al alegre torbellino inglés», Gainsborough pintó su retrato a tamaño natural. El retrato se encuentra en Darley Dale, Derbyshire, y está valorado en 100 000 dólares. «Pertenece a un primo mío inglés.»

Al llegar a Doncaster, William se enamoró de Mary, la hija menor de John Dunhill, *esquire* de ese lugar. Luego de la oposición de ritual pudo obtener su mano en diciembre de 1792. Ella era «una persona amable en su carácter y disposición; rubia de ojos pardos, de exquisita belleza».

Luego de su matrimonio, William Miller estableció residencia en Sheffield. Se hizo muy popular como músico, ya que poseía el violín Cremona, «el cual parece haber sido el ídolo de su alma». Se le consideraba el segundo si no el primer violinista de Inglaterra «y su amado arte marchaba exitosamente», cuando una tarde, guiado por la música que oyó al pasar, entró en la capilla de Norfolk. Su aparición, ya que era muy atractivo y majestuoso, produjo sensación. Sus vestidos resultaban seguramente fantásticos para una iglesia metodista. Iba empolvado y con gorgueras, como un maniquí a la moda. «Pero allí escuchó la prédica apasionada del gran John Wesley. En un instante su vida cambió totalmente. Había experimentado la conversión.»

Se dirigió al altar y se derrumbó de rodillas. «Desde entonces dedicó su vida sin reservas a la prédica de los evangelios.» Una vez tomada esta decisión, sintió que su amado violín interrumpía su camino. Era lo que más amaba en el mundo, pero decidió no tocarlo jamás. Se conserva en el Museo Británico en nuestros días.

No pidió nada, ni posición ni gloria, sino que insistió en desempeñar el sencillo trabajo de un predicador ambulante, yendo a caballo de villa en villa, obedeciendo literalmente la Sagrada Escritura al no llevar bolsa ni capa con él, pero aceptando la hospitalidad ínfima de los pobres. Al volver de uno de sus viajes, dijo a su esposa: «Mary, espero que el Señor me perdone, pero en la casa donde estuve anoche dije que lo único que podía comer era un huevo y una papa con cáscara.» «Pobre —respondió ella—, ¿era tan sucio el lugar?»

Su rico y conservador padre, «molesto por lo que consideraba era la degradación de su hijo al abrazar el metodismo», lo desheredó, y los

prominentes Dunhill, de Doncaster, hicieron lo mismo, retirando toda participación de su hija en la riqueza familiar.

Los talentos musicales y poéticos de William Miller, que eran de primer orden, fueron consagrados ahora a la religión. Escribió y publicó varios himnos, con letra y música. Fueron merecidamente populares y algunos se encuentran todavía en los himnarios metodistas.

Nueve hijos tuvieron William y Mary Miller; los cuatro varones —William y Edward, y los jimaguas Luke y Brook— murieron antes de llegar a la madurez. Las cinco hijas se casaron y tres crearon familia. Mary, mi abuela, la más joven, se convirtió en esposa de Charles Hall, manufacturero de Sheffield.

El reverendo William Miller, al igual que el Gran Apóstol, parecía determinado a apartarse de todo lo mundano y abrazar exclusivamente a Jesucristo. Su conocimiento exacto del lenguaje y las enseñanzas de Pablo «prueban la iluminación de su mente». En una de sus cartas, refiriéndose a su esposa, dice:

Mi más querida compañera, más amada por mí que nunca, es mi gran ayuda terrenal. Nos convertimos en uno solo. Es devota en santificación y disfruta grandemente de la unión con Dios. Pero a veces temo que mi afecto por ella me separe de Dios. ¡Oh, cuán difícil es amarlo todo en Dios! De todas las dificultades esta es para mí la mayor...

Le estoy enseñando francés a Anne [su hija mayor] y me estoy convirtiendo en un maestro del idioma. Creo que un viaje de tres meses por Francia me daría la pureza y el dominio de un nativo... ¿Quiere el Señor que yo haga algo allí? A veces pienso que sí tiene una encomienda para mí, y me asusto al pensarlo, pero si Él quiere que yo haga algo allí, Él me dará poder, habilidad, éxito. Es difícil decir si las circunstancias intensificaron su pasión cuando se encontraba cerca de la muerte o si había algo real en ello, pero él le

informó a sus amigos que escuchaba constantemente durante las noches música celestial y angelical.

«Traspuso el umbral hacia un Mundo Mejor el 12 de noviembre de 1839, a los setenta y tres años de edad, en Sheffield.» Está enterrado junto a su esposa en el cementerio de Saint Helen, Darley Dale, bajo el Gran Tejo, el árbol más antiguo de Inglaterra. El Arbol se menciona en el *Doomsday Book*, de Guillermo el Conquistador, en 1086, como un medio para delimitar las tierras, ya que era muy conocido por su antigüedad. Sobre las dos tumbas se halla la inscripción siguiente: «A quienes el mundo no merecía.»

Mary Dunhill Miller tenía 16 años cuando su padre efectuó su último peregrinaje a Crumford, Inglaterra. Fue una mujer de gran fortaleza de carácter que dominó a su esposo y a sus hijos mientras estos fueron jóvenes; pero todos heredaron su fuerte voluntad. Era devota de la Iglesia metodista; nunca dejó de ir a las sesiones de plegarias.

«Cuando la conocí ya era viuda, una mujer fuerte y capaz; el miedo estaba ausente en ella. La he visto cruzar la línea del ferrocarril por debajo del tren si este no se movía suficientemente rápido cuando ella deseaba cruzar. A menudo jugueteaba entre los vehículos en las calles de la ciudad. Parecía vivir bajo algún encantamiento. Pero debo hablar de su esposo. Charles Hall, mi abuelo, quien nació en Sheffield, Inglaterra, en 1800, hijo de un acomodado fabricante de cuchillas.» Era el más joven de ocho hijos, y el único varón; todos fueron criados severamente por un padre bastante tiránico. Se cuenta que cuando Charles era joven y cortejaba a su novia Mary, la nodriza de este, una voluminosa señora que había criado a todas sus hermanas y que servía de cuidadora y chaperona, llegó a buscarlo a casa de Mary, armada de una linterna para acompañarlo de regreso a su casa. En el transcurso del tiempo Charles heredó la fábrica de cuchillas. Nueve hijos tuvieron él y Mary Miller Hall.

«Los hijos eran: James, un rubio atractivo, muy popular, flautista de concierto, muerto a los veintiún años de edad; Miller; Marianne, una buena pianista; Charles, Jr.; Wass; *Ernest* (subrayado en el original); Gillam; Alice, y Florence.» Wass y Florence murieron en la niñez.

Durante 20 años el éxito y la fortuna sonrieron a la familia, hasta que un socio escapó a Norteamérica con todos los valores de la compañía y esta se declaró insolvente. Charles Hall, siguiendo una tradición de la familia, vendió sus propiedades personales, incluida su casa, con el objeto de pagar las deudas de la firma. La familia, destruida por su situación de pobreza, se mudó a Londres, donde amistades buenas e influyentes consiguieron empleos de secretario a Charles Hall y a Miller. «Ernest (mi padre) fue retirado de la Saint Saviour's Grammar School a los doce años de edad.»

Después de la muerte de su hija menor, Florence, Charles Hall y su esposa, Mary, se trasladaron a Norteamérica para reunirse con su hija Marianne, ya casada. Dejaron a Ernest, de 12 años, y a Gillam, de 10, y se llevaron con ellos a Miller, de 19, y a la pequeña Alice. Marianne había contraído matrimonio con William Rudley Randall, experto músico y organista, quien más tarde construyó un órgano de tubos en su hogar, en Chicago. El viaje le tomó a la familia seis semanas.

Ernest, que había insistido en no trabajar de secretario, se colocó de aprendiz de carpintero en el otro extremo de Londres. Caminaba tres millas cada noche y cada mañana, y en el camino se encontraba frecuentemente con Charles Dickens, lo que le proporcionaba mucha alegría. Ya en aquel entonces era un devoto lector de las novelas de Dickens, y cuando este llegaba entristecido, quizá con una copa de más, Ernest lo consolaba con ternura. Ernest y Gillam, que a la sazón recibía un entrenamiento en la abadía de Westminster, tenían a su cargo a su hermano Charles. Después de tres años, los padres, que fijaron su residencia en una pequeña granja de Dyersville, Iowa, donde radicaba una comunidad inglesa, mandaron buscar a los otros tres muchachos.

Su viaje por mar demoró tres meses. «Pero este viaje fue animado con vibrantes relatos sobre el futuro glorioso de Iowa. Al llegar allí, los muchachos londinenses creyeron que estaban en el cielo. El ondulante trigo, el río Maquoketa, abundante en peces, los caballos, cerdos y vacas, los vegetales frescos y las alegrías de las fiestas, los picnics, los juegos y las carreras a pie. En el primer picnic por el 4 de julio, Ernest Hall, por aquel entonces con quince años, se enamoró inmediatamente de Carolina (Carrie) Hancock (mi madre). Ella tenía doce años. Carrie, orgullosa poseedora de un melodeón, proveía la música a la comunidad.» Lo había comprado su padre, el capitán de barco Alexander Hancock, en Boston, cuando pasó por allí rumbo a Dyersville. Su melodeón, que fue durante muchos años el único instrumento musical del pueblo, se llevaba del hogar de los Hancock a la iglesia y a otras reuniones públicas.

Ernest guardó hasta el final de su vida un pedazo de la cinta tejida que Carrie Hancock llevaba en su sombrero en aquel picnic de su primer 4 de julio. Se casaron en 1865, al acabar la guerra civil, y vivieron juntos 30 años, hasta que la muerte se la llevó. En 1857 llegaron los tiempos duros. Los bancos quebraron, las casas de negocios cerraron, los precios se elevaron al infinito. Los granjeros de Iowa ni siquiera podían comprar los artículos más necesarios. He oído repetidas veces el pequeño verso que empieza:

«En los días en que estábamos maly no teníamos comida ni fuegoy acostumbrábamos atar nuestros zapatoscon pequeños pedazos de alambre».
«Al producirse el pánico de 1857, que también afectó otros países, incluyendo Inglaterra, Charles Hall dejó de percibir su sueldo, aunque sabía que sería pagado más adelante.» Le molestaba enormemente estar obligado a pedir crédito a Mister Trick, propietario del establecimiento de víveres. A medida que el tiempo pasaba, cada excursión sabatina a la tienda se convertía en una amarga humillación para la familia, tanto

que todos los miembros llegaron a sentirse demasiado avergonzados para llevar la enorme cesta a lo largo de milla y media e ir a comprar lo absolutamente necesario para la próxima semana. «En aquella época bebían café endulzado con melado de Nueva Orleans y comían pan negro sin mantequilla, ya que la leche de la única vaca que les quedaba debía ser vendida en su totalidad.»

Cada vez que llegaba la tarde del sábado, Charles intentaba persuadir a un hijo tras otro para que fueran a la tienda a adquirir víveres a crédito, pero con la crudeza de la juventud todos rehusaban, asegurándole al padre que él lo hacía mejor. Entonces él se vestía tan decentemente como le era posible, con ropas limpias pero usadas y remendadas, su viejo sombrero de seda y sus guantes de cabritilla, y se iba al pueblo, con su cesta al hombro.

En 1858, mientras la familia luchaba por salir del mal momento, un tiro de fuertes caballos percherones fue traído para realizar el trabajo de la granja. Todo lo que podía dejar dinero fue vendido durante el pánico y se necesitaba que la granja produjera algo.

Ernest Hall, por entonces un fuerte jovencito de 18 años, se encontraba arando cerca del río cuando los caballos se resistieron a obedecer, ante lo cual Ernest, iracundo, los llevó al río y los ahogó.

«Cuando su intempestiva cólera se calmó, se dio cuenta de la desastrosa acción que había cometido y decidió que no podía enfrentarse a su familia, ya que esos caballos eran lo único que se interponía entre ellos y la ruina.» Le dejó una nota a su madre diciéndole que no podía seguir siendo una carga para ellos después de su malvada acción y que dejaba su hogar para encontrar un trabajo que, al menos, sirviera para mantenerlo. Con este remordimiento a cuestas, caminó a lo largo de las líneas del ferrocarril, desde Dubuque hasta Nueva Orleans, pidiendo trabajo sin obtenerlo, aunque ocasionalmente le dieron comida.

En Misisipí oyó hablar de un dueño de esclavos que deseaba contratar a alguien para que construyera chimeneas de lodo y madera en algunos barracones. Ernest se presentó y le aseguró al hombre que podría hacerlo si le decían cómo. Trabajó alrededor de 10 meses en este empleo ganando al menos para vivir. El dueño de esclavos y su esposa fueron más que generosos, y le aseguraban que era casi como de la familia. Se hubiera quedado más tiempo si no llega a ser porque el sur se estaba convirtiendo en un lugar muy amargo y lleno de malas intenciones para todos los nortños. En cierta ocasión —estando el dueño de la casa ausente—, llegaron tres individuos a la puerta. Ernest, la esposa del hombre, y sus hijos estaban cenando. Los intrusos preguntaron brutalmente por el joven yanqui que ellos sabían que se encontraba allí. La valiente mujer tomó al perro de la casa por la cadena, una bestia enorme, tan grande como un ternero, de colgantes mandíbulas, acostumbrado a rastrear esclavos fugitivos. Enfrentándose al hombre que estaba en la puerta, le dijo: «Váyase de aquí o le suelto el perro.» La bestia gruñó; después de una mirada los hombres se retiraron. No obstante, pensando en interés de Ernest, sus protectores consideraron que lo mejor era que se marchara, porque la partida del *sheriff* estaría al acecho, para atraparlo en otra ocasión. «Al otro día se levantaron al amanecer y lo despidieron con gran cariño y dolor, porque se había ganado un lugar en aquel hogar y en el afecto de los dueños.»

Ernest tropezó con los problemas usuales al tratar de encontrar trabajo en Nueva Orleans y, al final, desesperado, acudió a un viejo amigo de la familia: un hombre rico que se dedicaba al negocio de la manufactura. Los secretarios y protectores del negociante procuraron librarse de aquel muchacho, pero él persistía en esperar al gran hombre, quien, cuando llegó, saludó a Ernest cortésmente, diciéndoles a sus secretarios:

—Debían habérmelo dicho enseguida. Este es el hijo de mi honorable

amiga, la señora de Charles Hall. ¿Qué puedo hacer por ti, amigo mío, y cómo está tu bendita madre? —Bien, señor, aunque, para decirle la verdad, me escapé de casa hace dieciocho meses luego de un problema con unos caballos y todavía no he podido saldar mi deuda, razón por la cual no le he escrito. —¿Cómo debe estar sufriendo tu madre sin saber de ti en tanto tiempo! ¿Puedo ayudarte con algún dinero? —Oh, sí, señor, si pudiera prestarme quince dólares, con ellos regresaría a casa. —Por supuesto, muchacho, pero es un regalo y no un préstamo. ¿No te iría mejor con cincuenta dólares? —Oh, no, señor, quince dólares es suficiente. —Bueno, como quieras, pero es mi deseo que le escribas a tu madre hoy mismo, sin falta. —Lo haré, señor, y le hablaré de su bondad hacia mí. Así, feliz, se encaminó a su casa. De nuevo se vio ante las líneas del ferrocarril, pero ahora con dinero en el bolsillo para pagarse su alojamiento y comida. No obstante, cuando se aproximaba a la línea de Mason y Dixon, fue atrapado y encarcelado como espía yanqui. Un grupo de hombres furibundos determinaron lincharlo de inmediato. «Dice mi padre que ese fue el momento en que se vio más cerca de la muerte. Nunca se sintió tan aterrorizado, ni siquiera cuando lo hirieron más tarde en la guerra. Explicó que él era inglés, ante lo cual [sus captores] se burlaron y gritaron: “¡Cuelguen al maldito yanqui!” Finalmente, por encima del griterío, un hombre habló: “Oigan, ahí está John Bacon, un granjero inglés que vive a cuatro millas de aquí, vamos a buscarlo para ver qué le saca a este tipo.” John Bacon vino; era un hombre muy ignorante, pero Ernest y él hablaron sobre algunas calles de Londres y así probó Ernest su nacionalidad. Lo dejaron libre no sin antes amenazarlo y advertirle: “¡Lárgate del sur!” Y se fue de allí. Llegó a casa a tiempo para alistarse en la Primera Compañía de Caballería de Iowa.»

Ernest Hall, todavía enamorado de Caroline Hancock, se sentía mal de irse a la guerra sin una respuesta de su amada. Persuadió a un primo para que se robara un pequeño daguerrotipo de ella, el cual llevó encima durante toda la contienda.

Durante las operaciones recibió una herida en un muslo. Además, perdió uno de sus ojos. Después pasó algunos meses en un hospital-prisión del sur. Al retornar a su casa, se difundió la historia de que estaba ciego. Cuando Carrie se enteró, dijo: «Voy a su casa para decirle que me voy a casar con él.» Y así lo hizo. Habiendo muerto el padre de ella, se casaron en la granja de su tío Charles Hancock y fueron a vivir a Chicago. Ernest y su cuñado, William L. Randall, que habían establecido un negocio de cuchillería en Dyersville, decidieron trasladarlo a Chicago.

En 1871, el incendio de Chicago fue para ellos un gran desastre. Su establecimiento se perdió entre las llamas. Randall, Hall y Compañía tuvo que comenzar de nuevo.

A Ernest y Caroline les nació un hijo, Ernest, en 1867. Vivió sólo 24 horas. En 1872 llegó una hija, Grace, y dos años más tarde un hijo, Leicester Campbell Hall.

El hogar de la familia de Ernest y Caroline Hall cubría media cuadra en las calles Fulton y Cakley, en el West Side; una arboleda de manzanos rodeaba la casa. No había edificios a la vista entre la casa y la calle Madison, pero pronto el vecindario comenzó a llenarse de familias y se vendió lote tras lote.

En la primavera de 1879, Ernest Hall había logrado el éxito en sus negocios. Actuó con perspicacia a la hora de invertir. Durante los 16 años que transcurrieron desde que la firma Randall, Hall y Compañía se organizó, había ahorrado alrededor de 100 000 dólares. Entonces decidió comprar trigo excedente en el mercado de Chicago. Lo perdió todo. Solamente salvó su casa y su negocio. «Esta calamidad le enseñó a ser paciente y a tener coraje frente a la adversidad, simpatía por otros desafortunados y confianza en los altos valores de la vida que no son el dinero.»

Alrededor de esta época, sufrió una gran experiencia, pero solo se

enterarían después de pasado un tiempo, «cuando volvió a ocurrirle». Esta segunda vez ella tenía nueve años y su hermano Leicester, siete.

Una mañana el padre le dijo a la familia:
—Quiero que tomen asiento y me escuchen. Tengo algo importante que decirles. He tenido una experiencia maravillosa. Me había ocurrido antes, pero estaba tan inquieto y asustado entonces que no podía contárselo a nadie. Pero ahora que ha ocurrido de nuevo, no puedo evitar el decírselo. No crean que he estado soñando. Alrededor del mediodía yo estaba sentado tranquilamente en la oficina, sumido en el ruido del negocio, tratando de resolver algunas cuestiones, cuando de repente, sin aviso previo, tuve la más maravillosa experiencia. La atmósfera se llenó de un color radiante, sonidos maravillosos, alegría exquisita, una felicidad tan sorprendente...

Como lo vi vacilar, por no encontrar las palabras adecuadas, le pregunté: —¿Qué viste, papi, qué oíste? —Ese es el problema —dijo con un gesto de desesperación—. No hay palabras, ningún idioma podría expresarlo. —Y entonces, después de una pausa, en la que luchaba por hallar un modo de explicarse con lucidez, continuó—: La única forma en que podrían entenderme es con una parábola: imagínense que un gusano sale de la tierra y durante unos minutos tiene la posibilidad de apreciar y experimentar todas las alegrías que conocemos los seres humanos: las grandes orquestas, las sinfonías, el canto de los pájaros. Es capaz de apreciar las bellas puestas de sol, las velas blancas en el agua turquesa. Es capaz de entender la poesía y la gran literatura y las bellezas de la naturaleza y las alegrías del amor y el compañerismo humano. Entonces imagínense que el gusano vuelve a introducirse dentro de la tierra y trata de decírselo a los otros gusanos. No hay palabras, no existe experiencia que lo respalde... Yo soy ese gusano —concluyó mi elocuente padre...

La experiencia se repitió algunos años después. Cambió por completo su concepción de la vida. De la mejor manera que yo puedo explicarlo es diciendo que él vio el mundo y todo lo concerniente al

mundo desde el punto de vista de Dios, no de los hombres. Amaba a todos con los que entraba en contacto, especialmente a los desafortunados. Parecía sentir y entender los animales. Cada mañana, mientras se dirigía hacia su negocio caminando por la calle South Water, donde se hallaba un mercado, regalaba una fruta, una manzana, una pera, un plátano a los caballos, a las muías, que se encontraban allí expuestas al calor, después de halar sus pesadas cargas durante la noche. Lo miraban maravillados: alguien se ocupaba de ellos.

¡Mi padre tenía un sentido divino de la justicia! A la gente que él regañaba por meterse en los negocios sucios, bajaba la cabeza y se iba avergonzada. Gente que había sido injustamente tratada perdonaba cuando él la reconfortaba.

Conocí de su ira sólo una o dos veces. Una pobre alemana tenía una pequeña tienda de caramelos y cigarros con la que sostenía a sus hijos y esposo, que moría de tuberculosis en la trastienda. Le dijo a mi padre que el *sheriff* iba a venir a desahuciarlos. Él fue a la casa, cogió el revólver y volvió a la tienda. Cuando llegaron los hombres con poder legal para desposeerla, mi padre se paró en la puerta y dijo: «Al primer hombre que saque algo de aquí, lo mato.» Se aconsejaron y partieron, porque había algo en sus ojos que no admitía discusión.

No le temía a la muerte, siendo, como él era, alguien que confiaba en la inmortalidad. Tradicionalmente se decía de hombres como mi padre: «Camina y habla con Dios.»

Muchas veces entré a su cuarto, como lo hacen las hijas, y lo encontré frente a una mesita, arrodillado, orando, mirando hacia el cielo, riendo, con los ojos abiertos, hablando con Dios. Nunca me ha abandonado esta imagen.

Caroline Hancock (madre de Grace Hall) era hija del capitán Alexander Hancock de Wedmore (sobrino-nieto de John Hancock, de fama revolucionaria). Nació en Bristol, Inglaterra, en 1843. Su madre era Caroline Sydes, de Swansea, Gales. El padre de Caroline, el capitán Hancock, fue dueño del barco *Elizabeth*, un navío grande de cuatro mástiles. Su madre galesa y su abuela fueron cantantes de fama y la pequeña niña heredó una voz de mezzosoprano dramática, «profunda

y rica como una contralto y con las mismas notas agudas y vibrantes».

A los nueve años mostró habilidad literaria al escribir las composiciones de muchas jóvenes de una escuela que estaba cerca de la casa de su tía Clara Sydes, la hermana más joven de su mamá.

Cuando la fiebre del oro en Australia, en 1852, el capitán Hancock arregló su barco, el *Elizabeth*, para llevar 300 pasajeros a Australia; planeaba igualmente llevar a su esposa y tres hijos con él. El navío estaba completamente lleno y los pasajeros en sus camarotes esperaban la marea de la mañana con la cual el barco zarparía. Entonces, la Gran Marea, famosa en la historia por los destrozos que ocasionó, comenzó a fluir, y los barcos en puerto quedaron destruidos o encallados en la costa; este fue el caso del *Elizabeth*. Considerando que los arreglos tomarían cuando menos dos semanas, el capitán Hancock dejó a su esposa Caroline, en aquel entonces delicada de salud, para que fuera a visitar su familia en Gales. Durante el viaje, el tren se rompió en el interior de un largo túnel y el humo produjo un acceso de tos a Caroline, rompiéndosele un vaso sanguíneo, lo que provocó su muerte.

«Alrededor de 1889 nos mudamos de Chicago a Oak Park, donde mi hermano y yo nos graduamos de High School. Mi madre murió a los cincuenta y dos años, en los brazos de su esposo, después de una enfermedad de dos años, esperando siempre recuperarse. Un año después de la muerte de mi madre, el doctor Clarence Edmonds Hemingway y yo nos casamos.» El doctor Hemingway había terminado su carrera en el Rush Medical College y había comenzado a trabajar como médico general en Oak Park, Illinois. Había servido tres años como asistente del doctor Nicholas Senn, el gran cirujano, y en su último año había ampliado su gran conocimiento de la cirugía «al inventar y perfeccionar un fórceps de laminectomía para operaciones de la espina dorsal y resecciones de costillas». Hasta ese momento muchas operaciones resultaban fatales debido a que se hacían con martillo y cincel.

El documento finaliza con un homenaje al padre y al esposo:

Mi padre amaba a mi marido tan profundamente como mi marido lo amaba a él. Era la alegría de mi vida. Ninguno de los dos realizaba un negocio o una inversión sin consultarse mutuamente. El doctor decía a menudo: «Qué afortunado soy de tener dos padres.» El doctor Hemingway era una de esas almas generosas y dignificadas que amaba a la gente y añoraba ayudarlas a cualquier precio. A menudo deseó no tener que cobrar sus consultas. Si la gente le agradecía sus servicios era más feliz que si le pagaban; y si hacían las dos cosas, venía a casa tan radiante y feliz como un escolar con un premio. El doctor Hemingway apreciaba todos los honores que recibió en su servicio a la humanidad, pero era en otro trabajo menos conspicuo donde encontraba un mayor placer: su trabajo con los niños. Amaba la naturaleza y estableció un capítulo del Club Agassiz para ir de excursiones con los niños y estudiar la naturaleza en todas sus fases. Estas reuniones semanales con los niños continuaron durante casi treinta años. Muchos años después, cuando fue al Lying-In Hospital de Nueva York, a tomar un curso de posgrado en obstetricia, los exmiembros de su primer capítulo del Club Agassiz, que eran todos hombres de negocios, se reunieron y le dieron un banquete con elogios y discursos, declarando todos que debían sus éxitos en la vida al temprano entrenamiento que les había brindado el doctor Hemingway. Aquello fue «la noche del doctor». ¡Nunca olvidaré las lágrimas que vertió mientras me lo contaba!

Fuimos bendecidos con seis hijos: Marcelline, música, escultora, dramaturga con cuatro exitosas obras de un acto a su nombre. Ernest, novelista y cuentista. Úrsula, escultora. Madelaine, música, arpista y pianista. Carol, escritora. Leicester, editor de revistas. Una de las famosas «hijas» de Papa Hemingway, aparte de Marlene Dietrich, fue la actriz Ingrid Bergman. Hemingway estuvo especialmente interesado en que esta desempeñara el papel de María en la versión cinematográfica de *Por quién doblan las campanas*, y maniobró con tal fin.

En una carta dirigida a Ingrid Bergman y fechada en Sun Valley, Idaho, el 15 de noviembre de 1941, sale a relucir este asunto. Hemingway le dice:

Estoy muy contento de que me contaras sobre el problema de la Paramount, aunque las noticias en tu carta no eran precisamente alegres. Sin embargo, creo que aún es posible que puedas desempeñar el papel de María. Hay varias negociaciones o tanteos alrededor de la película.

Seguía contando Hemingway que al principio Sam Goldwyn se había negado a que Gary Cooper trabajara en la película, pero en el momento de escribirse esta carta, las cosas empezaron a cambiar. La Paramount tropezaría con muchas dificultades para hacer la película si no conseguían a Cooper, amenazaba Hemingway; además, se hacían grandes esfuerzos para que David Selznick se encargara del proyecto. Así trabajarían en él, Cooper, Howard Hawks como director, e Ingrid Bergman en el papel de María. «Todo esto es confidencial y te escribo para que sepas que no he perdido las esperanzas de que tú interpretes a la muchacha.»

Hemingway quería que Ingrid *lo* hiciera, y rehusó firmemente las sugerencias de otras actrices para este papel. La película fue finalmente producida y dirigida por Sam Woods, quien se las agenció para complacer al escritor, dándoles los papeles protagónicos a Gary Cooper e Ingrid Bergman. Selznick no se había decidido a comprar la opción.

Mrs. Hemingway te envía saludos y los dos esperamos encontrarnos de nuevo cuando no exista el apuro de partir hacia China el mismo día.

Con los mejores deseos, Ernest Hemingway. Este último párrafo se refiere a un hecho ocurrido meses atrás, cuando Ingrid Bergman y el matrimonio Hemingway-Gellhorn se conocieron. Ingrid estaba esquiando en June Lake, Nevada, a unos 1 200 *km* de California, hacia el 31 de enero de 1941, cuando David Selznick

concertó una cita. Ingrid Bergman hizo un viaje de una noche por carretera y tomó un avión en Reno con el propósito de llegar a tiempo para almorzar en un restaurante de Sacramento Street con Hemingway y Martha Gellhorn, que estaban de visita en Hollywood. Ese día, los Hemingway partieron hacia China en el *SS Marsonia*, para cubrir la guerra sino-japonesa por encargo del periódico *PM*.

Entre las anotaciones que Ernest Hemingway hizo en una agenda de tapas azules, probablemente utilizada en relación con su viaje de dos semanas a México, en marzo de 1942, hay muchas palabras ilegibles y números borrosos.

Con fecha 7 de enero, hay varias indicaciones:

Cable Benedict and Benedict para que extienda cobertura sobre Cuba Escribir Miami para datos Miami Escribir [ilegible] Escribir Guaranty Trust para datos de ingresos Escribir Zilmer mande Datos
El 17 de marzo hay notas referentes a cuestiones financieras:

Ingreso Pagué Security a Miss Henríquez [ilegible]
comprado Reparación máquina de escribir Sellos Telegramas
Al día siguiente, 18 de marzo:

Ingreso Fui a México para arreglar publicación FWBT (*Por quién doblan las campanas*) y reunir material para *Muerte en la tarde*. Entrada para corrida = 2 a 10 igual a 20
El 24 de marzo, más anotaciones referentes a asuntos monetarios:

Ingreso Préstamo a Sidney Franklin de 218 dólares por su [ilegible] en los toros. Me debe 1 000 prestados en 1941 para lo mismo. Presté

200 en junio 1. Marcar este préstamo de 200 como caridad, porque él estaba muy mal, sin un centavo, vendiendo sus uniformes y le era imposible pagar.

El 29 de marzo, solo una línea:

Le presté a Gustav Regler 50 para que me pague cuando el libro que escribe se publique.

Y el 30 de marzo:

10 días de viaje de 12 a 32 dólares Entretenimiento, editores, publicistas, México Libros comprados Mapas comprados

Patrick Hemingway escribe una carta el 8 de marzo de 1942. La dirige a «Papa y Marty» y comienza aclarando que dejará la fecha de sus vacaciones para la posdata, porque les escribe un domingo y en su escuela no le informarán esta fecha hasta el día siguiente.

Limpié mi cuarto de trabajo y voy a hacer que le pongan piso de cemento para que se mantenga limpio. Por aquí no han venido los pájaros, supongo que no es la época. Patrick cuenta que ha estado tratando de aprenderse todas las insignias de la Armada y que ya conoce a todos los oficiales, aunque pasa mucho trabajo con los alistados.

Mister Henry [Seidel] Canby ya se fue. Me regaló un juego de herramientas muy bonito. ¿Cómo están los gatos? Estoy bien en la escuela, no tuvimos tarea para el fin de semana porque la directora de las monjas de este distrito estuvo por aquí. Patrick se queja de que nunca tienen nada para celebrar. «Hoy pensaba ir a pescar lucios, pero el tiempo estaba muy malo para ir en un bote de remos.» Firma la carta: Pat, y acompaña la rúbrica con el dibujo de un

velero. Entonces aparece su posdata: «Las vacaciones comienzan el miércoles de Semana Santa y terminan el jueves siguiente.»

Esta carta de John Hemingway carece de fecha y lugar de procedencia. Pero debe haber sido escrita en el verano de 1942. La dirige a su padre.

Te escribo esta para hacerte saber que tengo reservación para el día 26. Llegaré con los muchachos si mi pasaporte no tiene problemas...

Mouse [Patrick] está aquí ahora y hemos pasado buenos momentos juntos. Gigi tiene un poco de catarro y dolor de garganta por lo que ha faltado a la escuela un par de días, pero se recuperará pronto.

Los quiere. Bum.

Unos dos años después, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, John Hemingway se convirtió en un oficial del Cuerpo de Paracaidistas. Fue capturado por los alemanes. El período de su cautiverio fue uno de los más angustiosos para Hemingway, pero John Hemingway, *Bumby*, llegó vivo al final de la guerra. Después de su regreso a Estados Unidos, se hizo corredor de bolsa y se instaló en La Habana. Alquiló un apartamento en el aristocrático edificio Riomar, enclavado en el litoral habanero y rebautizado en la etapa revolucionaria como hotel Sierra Maestra, al servicio de técnicos de los países socialistas (en el viaje sentimental que Margaux Hemingway hizo a Cuba en 1978, Riomar fue el primer sitio visitado por ella).

En una de las fotos conservadas en Finca Vigía, aparece John con la ametralladora Thompson que William B. Leeds le regalara a Hemingway en 1935 y que este llevaba a bordo del *Pilar* para matar tiburones. Es la misma Thompson utilizada en la escena que Harry Morgan mata a los revolucionarios cubanos en *Tener y no tener*, y la que aparece en la primera parte de *Islas en el Golfo*, cuando Eddy, el cocinero de Hudson en Bimini, se convierte en el héroe de la jornada al ametrallar la cornúa que se abalanzaba sobre David, el segundo hijo de Hudson.

En una carta que Pauline le escribe a Hemingway el 7 de octubre de 1942, esta se muestra angustiada por la salud de su hijo Gregory. Winston Guest había escrito diciéndole a Patrick que Gregory estaba enfermo y se pensaba que podía tener parálisis infantil. Sin embargo, al cabo de tres días podía mover las piernas sin problemas, y en eso quedó el asunto. Al principio, según dice Pauline, no hizo mucho caso, hasta que leyó en un periódico sobre los 54 casos de polio en Cuba y el cierre de las escuelas. Entonces comenzó a preocuparse. «Por favor, escíbeme dándome más detalles. Y, por favor, si el recado de Guest es verdad, trata de mantenerlo tranquilo (a Gigi), porque los médicos de aquí me informan que a veces la columna se afecta si el paciente exagera en moverse. Sé lo cuidadoso que eres respecto a los muchachos, pero, por favor, dime lo que ocurrió.» También le pide que le telegrafe tan pronto como saque la reservación de pasaje de Gregory.

Se queja de que Nueva York y Washington no son lugares para vivir. «Todo el mundo está encerrado en sí mismo y nunca me doy cuenta qué vaca sagrada estoy insultando. Me alegraré de estar de nuevo en casa. Llegaré allí el 15 de noviembre.» Luego un recado para que Gregory le escriba, y finaliza: «Espero que se encuentren bien y sean felices, aunque debo decir que mi vida personal, en este momento, parece algo del pasado. Pauline.»

Alexander Woollcott, crítico y narrador norteamericano, le escribe una carta a Ernest Hemingway el 18 de diciembre de 1942 con motivo de la próxima publicación de una antología. Hay un encabezamiento oficial: Casa Blanca, Washington. Y la introducción siguiente:

Espero que en estos momentos —aunque no lo sabré a ciencia cierta hasta que vuelva a Nueva York dentro de tres días—, ya habrás telegrafiado a Max Perkins tu consentimiento para que utilicemos tu «Cincuenta de a mil» en esta antología que difiere de las demás, en su

venta principalmente, ya que, gracias a nuestro papel, podremos hacerla manuable. Seiscientas páginas cabrán en un bolsillo. Woollcott le informa que la selección de su cuento se decidió a última Hora, casi de casualidad.

Estaba indeciso entre la retirada de Caporetto, «Vino de Wyoming», «El gran río de los dos corazones», «Los asesinos», y «Cincuenta de a mil», cuando llegó una colaboradora mía, Willa Cather, y votó por —Cincuenta de a mil», y así quedó la cosa. Y una despedida informal: «Dile a Martha que sin ella la Casa Blanca me parece vacía.»

En una carta fechada el 2 de mayo, con matasellos de 1943, Evan Shipman le agradece a Hemingway el envío de un dinero que lo ayudó a salir de un gran aprieto. «Como siempre, he estado esperando por una respuesta tuya para escribirte, pero a los dos nos cuesta tanto trabajo hacerlo que es una tontería depender de respuestas. Es mejor escribir cuando nos da la inspiración.»

Hemingway sentía una devoción verdadera por su amigo y le hizo un patético y conmovedor retrato en *París era una fiesta*: «Era un buen poeta, que tenía afición y experiencia de caballos, de literatura y de pintura... Con su gastado y arrugado traje gris, con sus manchados dedos más oscuros que su pelo, con sus uñas ribeteadas y con su cordial y humilde sonrisa que reprimía para no mostrar sus estropeados dientes...» («Evan Shipman en la Closerie Des Lilas»); «Evan... era un poeta muy bueno y realmente no sentía ninguna necesidad de que sus poemas se publicaran» («Un agente del mal»).

La carta de Shipman sigue: «Quería decirte cuánto me complació que me mencionaras en el prefacio de tu antología [*Men at War*], y lo mucho que me gustó el libro. Gracias especialmente por haberme presentado a Marbot.» Hemingway se refiere al general Marbot en el

prólogo de *Men at War* e incluye algunos escritos de este militar en la antología. Dice que vale la pena conocer francés para leer sus memorias. Ninguno de los cuatro grandes jefes de la caballería de Napoleón sobrevivió: Colbert fue muerto por un francotirador en España; Saint Croix, por una mina de un barco inglés en la misma campaña peninsular; Lasalle fue muerto en Wagram cuando la batalla había apenas comenzado, y Montbrout perció en Borodino. Se sabe de la vida que llevaron en sus batallas, no obstante, leyendo a Marbot. Es un milagro que haya sobrevivido para escribir el libro. Shipman se muestra igualmente entusiasmado por Marbot.

Pude conseguir algunos volúmenes de sus obras en francés, y me interesaron todas sus páginas. Aparte de la impresión extraordinariamente fría que causa, Marbot debe haber sido un hombre muy peculiar. Aunque me cuesta trabajo comprender sus cualidades, me convence y me fascina. Este es uno de esos libros acerca de cuyos personajes no tengo referencia alguna. Y no creo que sea porque conozco a pocos soldados. He leído bastante de lo escrito por militares. Shipman, que en esos momentos se encuentra en un campamento militar, le habla de su vida allí. Para la mayoría de la gente, esa era una época triste e incierta. De algún modo, según Shipman, los que estaban en el campamento se ahorraban ese sentimiento terrible de confusión mental, y consideraba que lo más inteligente que había hecho Hemingway era evitar Nueva York.

Hoy se cumple un año de mi alistamiento. Ha sido un buen año, y en general he sido feliz y he aprendido mucho. No lo suficiente, pero sí mucho. Tengo la suerte de tener aún una oportunidad de aprender, aunque me iré de aquí a mediados del mes que viene con la categoría de «no combatiente» para instruir a un nuevo grupo y después irme con ellos. Este asunto de las Fuerzas Armadas requiere una habilidad que siempre me ha costado trabajo adquirir. He sudado la gota gorda, y en

muchas ocasiones me he sentido desalentado, pero lo poco que he llegado a aprender cabalmente ha resultado satisfactorio. Al principio trabajé como operador de radio, lo cual me resultaba muy difícil, y generalmente me humillaba el lugar que ocupaba en la clase y lo que me demoraba en dominar las claves. No obstante, al final le cogí el juego y me gradué con el máximo y obtuve un nivel de T/4. Me sentía orgulloso como el que más, pero me di cuenta de que el radio no era lo mío, y lo dejé por la Inteligencia de combate al otro día de recibir mi certificado de nivel. Eso significaba la bancarrota, aunque la degradación se efectuaría «sin perjuicios». Pero me dolía perder esos grados; me parecía algo terrible tener que aprender algo nuevo desde abajo. Esta vez resultó más agradable de lo que esperaba. Me hicieron sargento hace un mes y el día 15 me dieron las cinco barras de técnico. Es suficiente y como para conformarse; no hay otro trabajo que me guste más...

En el mismo prólogo de *Men at War*, Hemingway declara que Evan Shipman es uno de sus más viejos amigos. Shipman quiso ir a España a manejar ambulancias y el Departamento de Estado norteamericano le negó la visa. Fue a Francia con otros voluntarios e intentó cruzar los Pirineos. Lo cogieron preso en Toulouse, pero estaba decidido a combatir. Por fin llegó a España. Se distinguió en la batalla de Brunete, donde una bala de ametralladora le traspasó el muslo. «No me dolió; fue como si me hubiesen anestesiado antes», le había explicado a Hemingway, quien utilizó la frase en su prólogo de *Men at War*. Después Shipman pasa a otro tema:

André [Masson] dio un espectáculo hace poco. Lo vi una tarde en la ciudad. Me alegró verle, el mismo André de siempre, pero anda con un grupo muy malo. No entiendo cómo puede soportar a ese cura sin sotana que es Bretón, y al montón de mujeres ricas que subvencionan a ese grupo trotskista. También menciona una carta que Martha Gellhorn le había escrito el mes anterior y un libro —*Pan y vino*— de Silone, que ha leído con

satisfacción. Termina diciendo:

¡Y Bumby todo un señor policía militar! Debe estar hecho un hombrón, y estoy seguro que no le costará mucho trabajo aprender a poner orden los sábados por la noche. Salúdenlo de mi parte cuando le escriban. Y, Ernest, esta vez piensa en mí y déjenme saber de ustedes. Sus cartas siempre son bien recibidas. Verás lo rápido que contesto. Pienso en ti a menudo. Espero ver La Habana de nuevo algún día. Es una de las cosas en la que vale la pena pensar. Lo mejor para los dos, siempre, Evan. En el reverso de la última hoja, hay una nota manuscrita del propio Evan Shipman: «Ernest: por una razón u otra esta carta ha estado dando vueltas en mi atestada mesa toda una semana. He salido tanto que me había olvidado de ella. Estuve trabajando en un problema de mapas a unas doce millas del puesto de observación.» Para Evan Shipman ese era un lugar bonito —parecido a Francia, en el suroeste de París, y parecido a Tarragona, cerca de Albacete, donde había recibido el entrenamiento en España. Era un lugar de maderas duras, robles y nogales negros. «En las carreteras secundarias veo las unidades que se entrenan el día entero, los pelotones de los nuevos alistados marchando. Me doy cuenta de la diferencia: este es un ejército que no canta.» Luego se refiere a un poema que había escrito hacia un par de años. «Creo que te lo mostré. Le he añadido un nuevo verso y te lo envío. Quizá te guste. Adiós nuevamente. Escríbeme.»

El poema, traducido para esta edición por el poeta y novelista cubano Luis Rogelio Noguerras, lleva como título «Julio de 1937» y en él está implícito el espíritu de la Guerra Civil Española:

La mañana, cuando llegue, dejará un rastro de niebla fina por entre la yerba ardiente y las hojas polvorientas. El sol se alzará rojo sangre. Ahora el trigo alimenta los bueyes. Los campos son rastrojos. Las poleas yacen en la tierra. Dejad que los bueyes persistan, que hollen las semillas como hollan los

desperdicios. Mientras existimos, gritamos, cantaremos. La estrella se desliza hacia el oeste. Nuestros tuerques sacan fuego de las piedras. La columna conversa tranquila, y el resto de la canción, mientras la columna se alarga, suena en el cuero chirriante, en el sonido de los pies cansados que toman el camino que sigue adelante.

Hay una notable influencia de Whitman en la segunda parte del poema:

Nadie te ha preguntado nada. Nadie te conoce. Nadie te ve. Nadie puede oírte ahora. Estás hablándote a ti mismo. Estás escuchándote a ti mismo. Estás mirándote a ti mismo. ¿Qué estás esperando? ¿Qué estás buscando? ¿Qué estás escuchando? Se explicará todo. Se aclarará todo, y solo hay una forma... Es, en resumen, un hermoso poema dedicado a quienes dejaron la vida con honor en el campo de batalla.

No honramos a los muertos sino a los valientes. Todos los muertos no fueron valientes... El barro es la consigna de la oportunidad. Ahí, contra púrpura y bronce, espirales de polvo en el viento reunido por la ráfaga en un baile, el polvo rojo vibra como un abanico. El barro desmenuzado se eleva, se revuelve en una espiral de luz. Cono, crece, como si la voz de una niña te lo pidiera... una espiral, como el humo sobre el fuego, sobre esta pira, mientras se escucha el grito agudo de una niña que señala el horizonte con su mano. Algunos de nosotros hemos amado esta tierra; le dijimos a esa niña, sus dedos en el polvo, que cantara. El polvo era una bufanda, salvaje, custodiando su baile. La vimos tirar piedras rojas a los cimientos de las rígidas paredes. Hoy los secos vientos devuelven el eco, nos traen, a los dolientes en las paredes del cañón, el rebuzno del asno.

Ernest Hemingway escribe a Allen R. May el 31 de agosto de 1943:

Marty y yo nos alegramos mucho de saber de ti y sentimos que no hayas enviado la carta que, según nos dices, me hiciste la primavera pasada. Por Dios, cuando se presentan estas situaciones, debemos ayudarnos unos a otros para salir adelante; ya sabes que Marty y yo somos tus amigos (a falta de una palabra mejor en tiempos de guerra) y,

por favor, escíbeme sobre cualquier cosa. No ha sido posible identificar a Allen R. May; su nombre no aparece en las biografías de Hemingway consultadas. Pero el afecto y la amistad son intensos en esta carta, de la que conserva el original, no una copia. Probablemente nunca fue echada al correo; la dirección, escrita por Hemingway, es: Mr. Allen R. May, Rural Route No. 1, Port Credit, Ontario, Canadá. La carta completa está escrita a máquina.

Seguro que estás haciendo una labor formidable en la radio como La Voz del Trabajo, algo parecido a lo que yo hice en 1921 cuando observaba Europa para el *Star* desde el punto de vista canadiense. Obsérvese lo que el propio Hemingway refiere sobre «el punto de vista canadiense». Coincide con la maliciosa Gertrude Stein, en su *Autobiografía de Alice B. Toklas*, cuando ella dice: «Hemingway tenía veintitrés años, más bien de apariencia extranjera, con ojos apasionadamente interesados, más que interesantes.. Era entonces corresponsal en París de un periódico canadiense. Estaba obligado a expresar lo que él llamaba el punto de vista canadiense.»

Por lo que la carta expresa, Allen debe ser periodista; por el afecto, un buen amigo del matrimonio Hemingway-Gellhorn.

Prudencio de Pereda, un escritor español, fue amigo de Hemingway desde mediados de los años 30. Según Baker relata, apenas los leales asaltaron el cuartel de la Montaña, Hemingway le escribió a «su Joven amigo Prudencio de Pereda», diciéndole que «todos debimos estar en España esta semana». En enero de 1937, la primera gran contribución de Hemingway a la causa española fue el documental *España en llamas*, en colaboración con De Pereda. Se trata —dice Baker— de un ejercicio de propaganda descarnada, con escenas de bombardeos a los caseríos por la aviación fascista y evacuación de niños de Madrid, triunfo en Guadarrama y otros. El estreno de este filme se realizó en el Cameo Theatre de Nueva York el 28 de enero de 1937. Hemingway redactó

parte de sus anuncios. Pero no debe confundirse con *La tierra española*, el documental que Hemingway preparó con Joris Ivens y John Ferno y en el que también De Pereda colaboró. (Prudencio de Pereda fue quien insistió para que Hemingway leyera el texto de *La tierra española*, y no Orson Welles, que ya había realizado una prueba tentativa.)

Con fecha 6 de septiembre de 1943 y encabezada «Soldado Prudencio de Pereda, Compañía del Cuartel General, Segundo Batallón, 480 A.I.R. 20 TH A.D. Campamento Campbell, Kentucky, A. P.O. 444», Hemingway le escribe a su amigo una carta en la que adjunta un documento que este le había pedido. El texto del documento:

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Prudencio de Pereda trabajó conmigo en 1937 en la realización del documental *La tierra española*. Es un excelente escritor, y un habilidoso, leal e incansable artífice en este campo. Si yo me dedicara ahora a los documentales, no pensaría en trabajar con otro que no fuera Prudencio de Pereda.

Sinceramente suyo, Ernest Hemingway. Septiembre 6, 1943. En la primera línea de su misiva, Hemingway dice: «Al fin recibí tus dos cartas al mismo tiempo y siento mucho no haberlas recibido antes.» Aunque no ha visto aún la versión cinematográfica de *Por quién doblan las campanas*, Hemingway le escribe a De Pereda que está de acuerdo con él respecto a los errores de la película. Ha conversado con algunos amigos que le han corroborado su criterio. «Pero —explica Hemingway— no me permitieron intervenir en el asunto ni enviar a nadie para que les dijera cómo debía ser la película.» Sam Woods quería desde el principio hacer una gran historia de amor y nada más:

Por supuesto, no comprendió de qué se trataba. Dudley Nichols, a pesar de su gran reputación, escribe unos guiones malísimos. Quizás tú recuerdas qué malo era el que hizo para Joris en aquel documental sobre China, y cómo Joris tuvo que llamar a *Poor Old Papa* para que lo

rescribiera, ya que era irremediablemente una imitación malísima de *La tierra española*.

Resulta curiosa esta mención que Hemingway hace de un filme sobre China en el cual trabajó con Joris Ivens y del que no tenemos noticias de su participación. En ninguna de las biografías consultadas se menciona esto. No debe ser parte de un lenguaje secreto para referirse a *La tierra española* porque este filme aparece citado en la misma línea.

Tú eres muy bueno haciendo documentales y lo que más quisiera sería poder irnos juntos a hacer uno ahora. El cuerpo de señales tendrá una oportunidad maravillosa de hacer alguno cuando lancemos una invasión en gran escala. Hemingway dice que le duele no poder utilizar «cierto paisaje de Sicilia». Pero supone que alguien se encargará de ello y lo hará bien.

«¿Sabes algo de Joris o de Johnny?», pregunta en el último párrafo.

Termina la carta diciéndole que Martha lo saluda, que sale ahora para Inglaterra y que él espera irse pronto. Se despide deseándole lo mejor y, en español, un «te abraza tu amigo, Ernest Hemingway».

Una carta de Howard Hawks a Hemingway fechada el 11 de octubre de 1943, comienza diciendo: «Querido Ernest: Fue muy agradable hablar contigo por teléfono. Compré *Tener y no tener* a Howard Hughes a un precio altísimo. Resultó un buen negocio para mí, pero la próxima vez vamos a arreglar las cosas para que seas tú quien reciba el dinero. Estamos a la mitad del guión y espero terminarlo a fines de mes.» Casi toda la carta está dedicada al guión de la película: «Iremos a La Habana alrededor del 15 de noviembre para filmar algunas escenas en el mar, en la bahía y quizás algún material de pesca. Te haré saber más sobre las posibilidades. El transporte parece ser el gran problema actualmente.»

Le pregunta, además, si conoce algún político que los pueda ayudar en caso de que vayan a filmar esas escenas, o algún pescador que conozca bien los cayos y La Habana.

«Slim, David y yo cazamos palomas en el Imperial Valley y el congelador se llenó de palomas... La he pasado muy bien como instructor de artillería en la Cuarta Fuerza Aérea. Te complacería mucho ver lo rápido que aprenden los muchachos.» Antes de terminar, le pregunta si va a quedarse en La Habana, y añade en la posdata: «Por cierto, Humphrey Bogart va a hacer el Harry Morgan y seguro que lo hará bien.»

La película nunca tuvo nada que ver con el *Tener y no tener* original, aunque algunos la consideren un clásico del «cine de los duros». Es cierto que Bogart y Lauren Bacall se ven muy bien, y que hay algo en ella que recuerda *Casablanca*, y que tiene el humor negro y la ironía habitual de las películas de Howard Hawks. El guión, de William Faulkner, fue hecho en colaboración con Jules Furthman.

Ernest Hemingway conoció a Charles Trueman Lanham, *Buck*, cuando este último era coronel y comandaba el 22 Regimiento de Infantería del ejército norteamericano. Hemingway lo vio en una granja cercana a Le Mesnil-Herman, en Francia, en julio de 1944, poco tiempo después del desembarco en Normandía. Fue el inicio de una larga amistad; juntos recorrerían un camino que los llevaría a la frontera alemana en el invierno de ese mismo año. En su «Retrato de Mister Papa», Malcolm Cowley afirma que Lanham era uno de los mejores amigos de Hemingway. En septiembre de 1945, Lanham estuvo en La Habana y fue huésped de Hemingway en Finca Vigía. Pero un año antes, el 30 de septiembre de 1944, Lanham le envió una carta a Hemingway en circunstancias muy diferentes. Comienza: «Todos te mandan saludos —B.» Esto lo ha puesto antes del encabezamiento. Enseguida continúa: «Querido Ernie: Qué bien lo del muchacho, todo el grupo está encantado. Pero, ¡por Dios!, ¡una caña de pescar! ¡¿Qué clase de hijos tú

procreas que son capaces de meterse en medio de una batalla con una caña de pescar?! Yo creía que tú eras el único, pero ahora parece que hay dos.»

Las referencias al hijo mayor del escritor deben ser una broma necesariamente, aunque unos días después de enviada esta carta, el 28 de octubre, John Hemingway fue capturado por los alemanes mientras realizaba una misión combativa. A partir de ese momento Hemingway le siguió el rastro a cualquier unidad de la Wehrmacht donde él considerara que su hijo podía encontrarse prisionero. «Fue una búsqueda desesperada», Hemingway le confesaría después a Herrera Sotolongo. En Finca Vigía se conserva un legítimo cuchillo o daga de la infantería alemana, enfundado en su vaina, que Hemingway había tomado como trofeo de guerra; según le contó a Herrera Sotolongo, había utilizado esta misma arma blanca para matar a un soldado alemán en la Línea Sigfrido, mientras persistía en la búsqueda de su primogénito.

El original mecanografiado de la crónica «La guerra en la Línea Sigfrido» se conserva también en Finca Vigía. Hemingway menciona en ella al coronel Lanham. Pero la crónica se ha publicado siempre sin que aparezca el nombre de este oficial. Se le menciona simplemente como «el coronel de Washington DC». Alguien censuró el nombre de Lanham, aunque aceptó publicar el del capitán Howard Blazzard, de Arizona. El nombre completo de Lanham aparece en el original: «el coronel Charles T. Lanham, de Washington DC», y luego fue tachado con lápiz tinta. La identidad del amigo de Hemingway no ha sido restituida en ninguna de las oportunidades que la crónica se ha vuelto a editar. Con el mismo lápiz tinta, en una nota al margen, se escribió lo siguiente: «Lanham: al ser remitido como miembro de la 84 División ha indicado que cedería su posición en la Cuarta.» Se trata, sin duda, de una nota del censor.

Otra nota, con la misma caligrafía anterior, dice: «¿Todo esto lo escribiste tú? Algunas partes suenan como tuyas. La mayoría no suenan exactamente como tú lo dirías.»

En cuanto al capitán Howard Blazzard, el suyo es el único nombre legible en unas breves notas escritas con un lápiz de mina gruesa en el reverso de unos partes de Inteligencia del G-2 del ejército norteamericano, fechados en septiembre de 1944. Se trata, con toda seguridad, de las notas de Hemingway para su reportaje sobre la guerra en la Línea Sigfrido.

Sigue la carta de Lanham:

Pinky se fue hoy. No queríamos que se fuera. Es un buen tipo que sabe lo que hace. Es humano, dedicado, cabal y trabaja sin ínfulas de jefe. Esto me sorprende porque sé que del sálvese quien pueda en Francia salieron no menos de cien Napoleones (con armadura completa) del Regimiento C02 en adelante. [No se ha podido establecer la identidad de la persona llamada Pinky, salvo que era una amiga de Robert Capa y Mary Welsh.] El anunciado retorno de Jubby. hoy. no se ha materializado. Son dos mil, por lo que aún hay esperanzas aunque pocas. Esta noche no hay alegría en *Murdiville* [apócope de *Murderville*; puede traducirse como villa de la muerte]. Jubby puede ser una forma de llamar al general Raymond O. Barton, al que llamaban Tubby desde su época de estudiante en West Point. En otra crónica de guerra, «Un GI y el general», Hemingway hace un retrato encomiástico de Barton.

Lanham se queja del correo. No ha tenido correspondencia de persona alguna en nueve días y se siente preocupado por su mujer, que no sabe nada de él desde que recibió su última carta hace 11 días. Según el coronel, su esposa, al igual que él, le escribe diariamente. Así termina su carta:

Entregué las fotos que me diste y olvidé ponerles tu nombre para cuando llegue la quiebra. ¡Maldición! Estoy bastante desanimado y tolerablemente infeliz. Hay días en que odio la inactividad.

Nunca me imaginé que iba a extrañar tanto y tan rápido a un amigo. Este es un trabajo solitario, Ernie. Pásala bien. Comunícale mis respetos a tu damisela y dile a tu hijo que estoy seguro de que es un personaje y un imbécil. Buck.

Con fecha 10 de octubre de 1944 y dirigida al «Cuartel General del Reg. 22; en el frente», Hemingway recibió otra carta de Lanham: «Querido general: (Lanham y Hemingway se trataban respectivamente de general). Gracias por tu nota; Stevie [probablemente el capitán Marcus Stevenson, oficial divisionario de relaciones públicas, designado por Barton] me la trajo hoy: Junto con esta hallarás la declaración que he firmado para que hagas constar que no eres un bandido ni un asesino ni un ladrón internacional.» La declaración firmada por Lanham se refiere a la investigación a que fue sometido Hemingway entre septiembre y octubre de 1944 por sus supuestas violaciones del reglamento establecido por la Convención de Ginebra para los corresponsales de guerra. Otros corresponsales testificaron bajo palabra de honor que *jamás lo habían visto con un arma encima.*

Lanham bromeaba con las cartas que Hemingway les había pedido a sus amigos para demostrar su buen comportamiento ante los investigadores del Tercer Ejército, que fueron los encargados de su caso. Según Lanham, debían preservarse con vista al día de su jubilación. Después refiere:

La marea de publicidad que me ha envuelto desde que apareció la crónica de Hank Gorrell me ha convertido en otro hombre; si la cosa sigue así hasta yo mismo me lo creeré. [Hank Gorrell era corresponsal de la *United Press*. Lanham debe referirse aquí a un reportaje sobre la Cuarta División, que originó algunos conflictos publicitarios.] Por supuesto, yo sé que Mr. Hemingway (como muchos de tus devotos lectores saben) no tuvo nada que ver con el cuento. Pero, por favor, Alteza Serenísima, ¿de dónde carajo salieron el carro del Estado Mayor,

el teléfono sin corriente, la mal intencionada conversación del frente? ¡No me digas que del alegre fondo de una botella! En su carta, jocosa y escrita a saltos, Lanham bromea con todo: «Quiero ver el poema. [Debe referirse a alguno de los que Hemingway le dedicó a Mary Welsh en este período.] ¡Carajo, Ernie, no estoy combatiendo! Aún estoy sentado en mi puesto y, como pasa generalmente, aplastado por los muchachos que se encargan del papeleo, que no aceptan un mapa que cambia cada diez minutos y que no tuvo sentido antes ni lo tendrá después. Alguien que está escondido en la división quiere un ascenso.»

Lanham le anuncia a Hemingway la entrega de una Estrella de Plata a Pinky por visitar el Tercer Batallón (esta unidad, perteneciente al 22 Regimiento, al mando del coronel Lanham, era la línea avanzada en los combates de la Línea Sigfrido) y se pregunta qué le dan a los 1 000 hombres que llevan tres meses sobreviviendo allí. Sobre Stevie (el capitán Marcus Stevenson) le dice: «El problema es que está tratando de ser Ernie Hemingway y solo puede haber un EH. Tu influencia es enorme. A veces me sorprende imitándote de manera inconsciente. ¡Fuera de juego! Hay que ser lo que uno es, no se puede ser alguien distinto.»

También apunta que Rodwell, el brigadier general y segundo al mando de la División de Barton, está en su cargo de ayudante del jefe de la división.

Me alegro que le hayas cogido el golpe. Si atrapan a alguno de los dos pensemos que se ha terminado el jodido trabajo del día y luego nos vamos a pescar. Buenas noches, buena suerte y vuelve a casa, Buck. Después de verse obligado a abandonar temporalmente la Cuarta División, para ser sometido al interrogatorio por una supuesta violación de las convenciones para corresponsales de guerra, Hemingway estuvo por París y, como se desprende de la carta siguiente, volvió al frente con su unidad de combate favorita. Salió «ileso» del

interrogatorio gracias a las mentiras dichas por él y sus amigos; hizo algunos chistes sobre cómo tatuarse la Convención de Ginebra en la espalda (para no olvidarla) y regresó, Thompson en mano, al lugar donde se decidía la suerte de la Cuarta División, cerca de la frontera alemana.

Es miércoles, 8 de noviembre de 1944. Hemingway le escribe a Mary. En esta carta hay referencias a los oficiales y combatientes que eran conocidos por Hemingway desde la época en que entró en contacto con la Cuarta División. También hay referencias a los miembros de la guerrilla francesa que Hemingway comandó en los alrededores de Rambouillet, antes de su entrada en París, y a los corresponsales y otros personajes que merodeaban esta zona de combate.

Queridísima

Pickle

[Pepinillo]:

Poco tiempo después de irte llegó de la división el Sargento Kurt Show de los irregulares con Jean y Marcel y una carta de Stevie. Así que ya tenemos transporte y podemos irnos. El transporte necesita ciertas reparaciones y nos vamos mañana. Jimmy Cannon también está aquí. Las biografías consultadas no mencionan al sargento Kurt Show; no parece ser un personaje importante. Jean es Jean Decan, que tenía 33 años, cuando Hemingway lo conoció en los alrededores de Rambouillet. Era un partisano que había sido torturado por la Gestapo; Hemingway lo consideraba un combatiente decidido y valiente. Marcel Duhamel también pertenecía a la guerrilla «reclutada» por Hemingway en Rambouillet; su conocimiento del inglés le permitió al escritor contar con un traductor en muchas ocasiones. Jimmy Cannon era un cronista deportivo norteamericano famoso en los años 40.

En esta época de Rambouillet, Hemingway concertó una apuesta con unos periodistas franceses: ganaba quien llegara primero a París, todavía ocupado por los alemanes. Hemingway perdió por apenas unas horas de demora, pero en la realización de este empeño tuvo la

oportunidad de organizar un grupo especial de Inteligencia, una especie de guerrilla, entre la que se encontraban personajes tan simpáticos como el *scout* francés Michael Pasteau, el chofer Archie Pelkey y el coronel de la OSS David Bruce.

El mapa de la casa Micheline que Hemingway utilizó en estas operaciones se conserva, con una docena de anotaciones indescifrables, entre los papeles de Finca Vigía. Hemingway y su mapa aparecen en un pasaje del libro de Collins y Lapierre sobre la batalla de París (*Is París Burning?*).

«Morelli vino con noticias de Bumby y lo veré en el bar dentro de unos minutos», explica Hemingway en su carta a Mary. «Dave Bruce llamó para que fuera a comer con él esta noche. Veré a Schaef esta tarde para recibir mis órdenes; no me llevo a Richard; dejo a Marcel.» Morelli no ha sido identificado. Dave Bruce es el coronel de los servicios secretos norteamericanos que operó con Hemingway en Rambouillet. En su crónica «La batalla de París», lo describe como el oficial de más alta graduación que había en ese lugar. Bruce era oriundo de Nueva York. Hemingway dice de él: «cuando las circunstancias lo permitan, escribiré sobre las hazañas militares diurnas y nocturnas del coronel Bruce que en el presente no se pueden escribir».

En otro punto de la carta le dice a Mary:

No me embullan los proyectos. Pero pienso que me animaré a medida que me acerque. Siempre ha sido así. No estoy muy animado ahora y reconozco que siempre me aflojo cuando me alejo de las batallas o de las botellas y se me ocurren ideas maravillosas sobre vivir, escribir, tener una cama doble [Hasta aquí el original está mecanografiado; la parte que sigue está escrita con lápiz.]... y la vida hermosa y agradable que nos espera. Stevie me dice que ahora la cosa va en serio y que somos nosotros los que vamos a tener el honor. Teague espera lo mismo. Creo que podremos arreglarnos. [Teague era

uno de los oficiales del 22 Regimiento de Infantería, perteneciente a la Cuarta División.]

Mary, mi amor querido, te amo tanto que no hay mucho más que añadir, excepto que cada día que pasa te amo más. Sin ti, me siento solo todo el tiempo: vacío, enfermo, como si la mitad de mí hubiese desaparecido. Más de la mitad. Mi amada, seamos pacientes y fuertes y buenos a través de todo lo que la gente y el mundo tratarán de hacernos. Me duele exponer nuestra propiedad común de esta forma i.e. ataco. Pero esta es la última vez y no creo que todo sería como quisiéramos si no voy ahora y le fallara a Buck y compañía solo porque no quiero ir. Puedo brindarles un poco de felicidad en el terrible dolor que todos compartimos: la guerra. Refiriéndose a su experiencia bélica, Hemingway dice: «Respeto la gran inteligencia... de dirigir una cosa tan grande, increíble, que cambia el mundo, y comparto la fascinación de haber participado en ello»; y añade, valorando esta experiencia, de modo parecido a las palabras que Robert Jordan hubiera podido dirigirle a María: «Sentir que se confía en uno, poder comprender y conocer verdaderamente de qué se trata, sobre todo el papel de la aviación [como Mary ha hecho]. Lo único que puedo hacer para recompensarte por mi partida es tratar de hacer algo, con tu ayuda, lo bastante bueno para justificar tu sacrificio.» Después le habla no solo a la amante, sino también a la compañera de oficio:

«*Comprendo perfectamente* [subrayado en el original] tu ida al frente —no por obtener privilegios— ; sino (quizá me equivoco y soy egoísta) para conocer algo de mis intenciones, como cuando tuve el orgullo de conocer las tuyas. Esto sin mencionar el gran favor que me haces respecto a Bumby. Sé que tú lo sabes.» Continúa hablando con énfasis de su amor. «Escribo en esta forma moralizante, tonta y probablemente juguetona porque una de las más bellas aventuras que hemos tenido es la de tratar de comprendernos y entender las cosas y valores de cada uno; no simplemente amar y pelear —ya tú conoces aquello de “Eres una puta, pero, Dios mío, cómo te amo” —, sino tratar de lograr una comprensión tan sólida como el cemento. La arena y el

agua pueden convertirse en hormigón, fortalecido por las fuertes cabillas de nuestro amor.» Y sigue con el mismo tono:

Queridísima Pickle: ansio *tanto* vivir contigo. Nunca más seré así de solemne. Seré siempre tan alegre como pueda. Dentro de mí siento que quiero servirte de verdad y bien en la misma forma en que algunos tontos quieren servir a su país y como alguna gente más triste aún que los otros quieren servir a su dios, aunque a veces sean felices haciéndolo. Eres un pequeño dios con un rostro que me rompe el corazón cada vez que lo veo y con un hermoso cuerpo y con un alegre y gran trasero, pero te amo. Pickle, y juntos nos realizamos; y nosotros dos juntos es mucho mejor que cualquiera de los dos por separado. Hemingway le recalca que tratará de ser un buen marido y que trabajará para que ella se sienta orgullosa de ambos. «Tengo que hacerlo solo. *Pero no podría hacerlo solo.*» Le recuerda el poema que hizo en Schnee Eifel. (Schnee Eifel es el lugar donde se desplegó el 22 Regimiento en el otoño de 1944, mientras avanzaba hacia la frontera alemana.) Le dice que no confíe en Phil Coles: «Es un bandido, o más bien, un soldado falso, débil y torcido.» Phil Coles, sobre el cual Hemingway descarga tanto rencor, no ha sido identificado:

Le dijo a la PM [subrayado y con letra de molde en el original; PM es la policía militar] que era coronel, poco antes de que el coronel y Eddy, que venían detrás de él, entraran aquel domingo; les dijo: «¿Por qué no puedo tener una novia si E. Hemingway tiene una?» De la única manera que pudo enterarse, o suponer, que yo tenía una novia, fue porque me excusé con él la noche anterior, diciéndole que tenía que ir *a hablar* con una muchacha encantadora. El muy cochino me lo confesó anoche cuando llegó borracho y se quedó hasta las 2 am. Hemingway cuenta que estuvo *muy frío* con Phil Coles. Una escena «desagradable»: «Tú sabes que él se había tomado tragos en mi casa y había pescado en mi barco.» Después que Hemingway le pidió que

buscara por la habitación algo por lo que pudiera denunciarlo. Coles se echó a llorar; Hemingway supone que después de esto haría algo mucho peor.

Pickle, odio a los tipos mierderos. El error es ser amable con ellos. Supongo que ya no confío en mi detector de mierda. En esto me puedes ayudar. Cualquiera puede decir que Butch es una mierda. ¡Pero vienen con un plumaje tan variado! Hasta luego, mi querida Pickle. Te amo con todo mi corazón, *Only*. Hay una nota en el reverso de la última hoja: Adjunto tu cheque. Apostamos en *grandes cantidades* [subrayado en el original] *para tener mucho dinero*. Pero en la familia (tú y yo) nos transamos con un 10 por ciento de las apuestas (es una regla de la casa. La Regla de la Gran Casa de Apuestas). Me debes cinco libras. Por favor, utilízalas para comprarme zapatillas de dormir; yo no tengo tiempo para eso. Te quiere, EH. Mary Welsh nació en 1908, en Bemidji, Minnesota. Hija de un próspero maderero, asistió en 1931 a la Northwestern University. Trabajó para el *Chicago Daily News* y después en el *London Daily Mail*. Contrajo matrimonio en Londres con otro periodista: Noel Monks. En 1940, Mary Welsh comenzó a trabajar como corresponsal de *Time* en Londres. Conoció a Ernest Hemingway en esta ciudad pocos días antes del desembarco de Normandía. Fue la segunda mujer que arribó con las tropas aliadas al París recién liberado. Hemingway y ella se reunieron allí, en el hotel Ritz.

Hemingway se divorció de Martha Gellhorn en La Habana en diciembre de 1945. En marzo de 1946, unos meses más tarde, en esta misma capital, Mary y Hemingway contrajeron matrimonio.

Mary Welsh relató así el encuentro con su futuro esposo:

Fue en Londres, en 1944. Yo trabajaba para *Time-Life-Fortune*. y Ernest para *Collier's*. Los dos éramos corresponsales de guerra. La víspera del

desembarco en Normandía, nos presentaron unos amigos comunes en un restaurante. Me gustó enseguida, lo encontré divertido, aunque no puedo decir que fuera un flechazo. Ernest, por el contrario, siete días después me pidió que me casara con él. Me lo pidió delante de todos: «Quiero que te cases conmigo y me ofrezco en matrimonio.» Contesté: «No digas tonterías.» Nos conocíamos apenas y me entró la duda de si estaría bromeando. Pero no, hablaba en serio, muy serio, ¡qué hombre tan impulsivo! Sabía, además, que yo estaba casada, y él estaba casado también. Bueno, pedimos los dos el divorcio y nos casamos 18 meses después. En aquellos 18 meses, naturalmente, estuvimos juntos, en Londres y en París.

Otra carta, fechada el 11 de noviembre de 1944, comienza con los buenos deseos de Hemingway a su «Dearest Pickle». La nieve había arremetido con fuerza ese día contra el puesto avanzado donde se encontraba el escritor. «Espero que la estés pasando bien. *Pensé mucho en ti y te quise mucho durante todo el día.* Aquí nevó mucho anoche y esta mañana. Ahora el tiempo está mejor. País excelente, salvaje, bello y poco práctico; una región mucho más salvaje que las otras en donde estuvimos anteriormente; en realidad, la peor que he visto. Me siento igual acerca de las perspectivas que cuando me fui, pero estoy contento interiormente, sin importarme nada, sentimiento que siempre me acompaña cuando abre sus puertas el salón de bailes de la fábrica de bananas.» *Ballroom bananas* es una expresión propia de Hemingway. La utilizó por primera vez en 1931, cuando comenzó a trabajar en su libro de tauromaquia *Muerte en la tarde*. Herrera Sotolongo dice que Hemingway no empleaba esta expresión en Cuba, sino otra, en castellano: «Empezó el tomate», que había aprendido en ciertas unidades durante la Guerra Civil Española. Hemingway cuenta en su carta que cuando hay una tregua, los «ciudadanos no combatientes» procuran darle la mala a los combatientes:

También el ejército es un lugar de eternos celos y de viejas y nuevas envidias. Tú te escapas a eso porque conoces la alta metafísica que

requiere... Pero yo aprendo sobre el camino. Es algo así como una continuación de las iniquidades del sistema de sociedades de Yale y las fraternidades de las universidades. Más o menos traté de explicarles a los amigos que *todos* me caían bien —que *todos* eran buenos— ; que había diferencias entre ellos y otras cosas, pero si alguna vez hubieran estado con gente miserable, habrían sabido que ninguno de nosotros lo era. Y, por tanto, que era muy agradable estar en un lugar donde todo el mundo lo sabe y nadie es grosero. Los soldados del frente se parecen muy poco a los otros, como pudiste comprobar hace poco. Has visto una unidad de combate muy buena. Haber estado allí debe haber sido maravilloso. Ojalá pudiera haber ido contigo... Ha hecho un tiempo terrible. Continuamente nevando o lloviendo. La nieve hace que el problema de las minas se agudice. El día anterior un jeep con el parabrisas enfangado y lleno de nieve, prácticamente sin visibilidad, llegó a 20 pies de un campo minado en un camino que se suponía seguro, mientras se dirigía a un pueblo que también se suponía seguro y que luego resultó estar tomado por los alemanes. Pickle, qué carta tan miserable y aburrida. Buck y yo comimos juntos en el trailer (3 horas) y hablamos sobre muchísimas cosas: cosas técnicas y problemas que han surgido en el invierno. Le hablé de ti y de nuestros proyectos, y de lo feliz que era contigo. Hemos estado bromeando con bastante rudeza y nos sentimos muy alegres. Si me pasa algo prometí dar toda mi ropa de invierno. Blizzard se queda con la chaqueta de yac o yo me quedo con su próxima ración de bebida; le das la embarcación [el *Pilar*] a Buck si tú no la quieres... [Pero el humor negro cede a la amargura:] Por Dios, cómo odio tener que esperar. Cada mañana es como si fuera a pitchear en un juego de pelota y después nada. Es difícil caminar debido a que la nieve, el fango y el lodo cubren las botas. Y si te diriges a otro lugar, podrías tropezar con algo.. Como tres veces al día, lo cual me hace bien, pero me voy a poner gordo como un cochino. Si la gente juega a las cartas, alguien se pone quisquilloso o comienzan broncas estúpidas (yo no). Mi entretenimiento favorito, que era ir a inspeccionar el terreno para conocerlo y entenderlo, no lo puedo practicar. Con la lluvia, la nieve y el fango no se puede ver nada.

Luego de la advertencia de que le escribiría más tarde, continúa otra sección de la carta con el encabezamiento siguiente:

Más tarde (noche del 13). Antes de la comida leí a San Ten [sic] en voz alta a los muchachos; ya van dos veces que lo leo y cada vez lo encuentro mejor; también leí al mariscal Saxe. Es difícil leer algo que no tiene agarre. Ahora entiendo por qué tú casi nunca puedes leer; porque siempre estás buscando movimiento, contigo eso es así siempre. Todos los días a más tardar a las 10 am ya tienes algo entre manos. Hemingway declara estar contento «como carajo» y se pasa todo el tiempo jugando con los muchachos, «así que no creas que soy un perenne tristón», pero le molesta estar listo para la acción todos los días y que luego no ocurra nada; aunque sabe que le es muy difícil decidirse a hacer algo, le gusta partir cuando está listo para hacerlo: «Si me fueran a fusilar cierto día a las 6 de la mañana y no lo hicieran, les pondría pleito.» Le confiesa a Mary que no enviará la carta hasta que entre en acción. Le escribe un poco todos los días para alejar su soledad. «Estando en acción se puede escribir mucho. Pero en la espera no se puede escribir nada.» Le escribirá más al día siguiente si siguen inactivos. Después se despide de ella: —Buenas noches, queridísima Pickle. Quiéreme mucho, por favor. Espero con ansias un buen baño caliente (juntos). Aquí vivimos todos juntos en una sola habitación, que es. a la vez, comedor, recibidor, cuarto de trabajo, de mapas y baño. ¡No hay privacidad!; no es como la vieja finca.» La vieja finca puede ser el lugar donde entró en contacto con el 22 Regimiento, poco tiempo después del desembarco en Normandía, o también una referencia a su hogar. Finca Vigía, en la que todas sus comodidades estaban garantizadas. También puede ser la finca donde John Groth lo describe, dos meses antes, en septiembre de 1944. en su vivido y excelente retrato «A Note on Ernest Hemingway».

Al día siguiente, 14 de noviembre, Hemingway le escribe a Mary: «Somos tan educados que no escupimos en el piso. Pero tan

desfachatados que nos bañamos todos en el fregadero de la cocina.»
Duerme en su saco de dormir, puesto en una cama al lado de la ventana. Cerca de él duerme otro hombre en un catre; dos más en un cuarto que da al de él, sin puerta inmediata, que además es comedor y cocina. Se detuvieron en Epernay, y «Jean compró 37 botellas de un Brit excelente, igual que el de Ritz, a 1,20 la botella». Se hizo un «mortero» con un viejo caño de estufa que tenía la parte superior en forma de cono. La base del mortero era una taza de inodoro. Con el arma disparaba corchos de champán. «Ya he hecho blanco en un cigarro que sostenía el cocinero en una mano. También le di a Pelkey detrás de la oreja».

Y eso que estaba avisado.» Pelkey es el soldado Archie *Red* Pelkey, un yanqui pelirrojo que tenía 29 años cuando Ernest Hemingway lo conoció en Villebaudon. Desertor escolar de Potsdam, Nueva York, fue el decidido chofer de Hemingway después de la invasión de Normandía. Aparece mencionado en las crónicas de John Groth y Malcolm Cowley y en casi todas las biografías del escritor. El general Barton fue quien le asignó la misión de transportar al corresponsal de guerra Hemingway y quien cedió para estas funciones un Mercedes Benz capturado a los alemanes. Posteriormente les entregó un flamante jeep Willys. El propio Hemingway describe sus andanzas con Pelkey en las crónicas «La batalla de París» y «Cómo entramos en París».

Sigue la carta de Hemingway: «Nos bombardean bastante, todas las noches. Hoy salí nuevamente con Buck, no hablamos de la guerra, sino del mariscal Saxe, de chistes, de escritos, del futuro, etc.»

Al día siguiente, 15 de noviembre, cuenta que la noche anterior habían tenido una alarma. «Nada grave, pero hubiera impresionado a un bombero que estuviera aquí de visita.» Admite que el día fue bastante agitado. Los alemanes tenían alrededor de 19 batallones de artillería por los alrededores. «Stevie y yo lo recorrimos todo para tener una perspectiva correcta; la nieve y la niebla cubren las líneas y hay muchos claros en el bosque. Ahora lo repasé todo procurando meterme bien las cosas en la cabeza. Me quedé a comer con Buck y después nos

pusimos a hablar boberías y él nos contó cosas de cuando era muchacho. Me hizo sentir como un mariconcito, muy avergonzado de no haberme templado a mi maestra de High School; el problema es que yo era muy penoso.» Luego se excusa por lo aburrido de esta carta y pasa a narrar jocosamente su vida diaria en la guerra. «Simplemente imagínate a tu hombre montado en un jeep (Bum), caminando trabajosamente por la nieve (Bum), el fango hasta las rodillas (Bum), en el bosque (Bum) los árboles cayéndose (Bum), en el trailer con un coronel (Bum afuera), en el trailer con un general (Bum afuera), en una casa remozada contemplando la tierra de los krauts (Bum-bum), en poblados ocupados en parte por los krauts (Bum-bum; tat-tat-tat-tat), en la cama (Bum-bum, doble Bum).» Cada mañana se dice: «No pensaré en nada y me acostaré aquí tranquilo, sin preguntar ni esperar nada, simplemente sin pensar y así darle descanso a este jodido corazón.» Se imagina a su «Pickle que entra en el bar, que entra en el cuarto, que se sienta a la mesa, despierta y hablando, dormida, despierta, en los días en que hay agua caliente, en la cama, en la embarcación, especialmente en la embarcación y en la cama camera, bebiendo y discutiendo, explicándome algo cuando me pongo estúpido, fiel a mí cuando nos atacan, preparando juntos nuestra magia. Oh, Pickle, te amo tanto. *Tan terriblemente*». Hemingway cuenta que suele hacer chistes cuando los bombardean mucho y la gente se pone seria. Entonces, él les dice: «Señores, ¿acaso estos mamalones están tratando de intimidarnos?» Y concluye: «Pickle, termino ahora. Te amo como tú bien sabes. Espero que estés bien y por favor escribe. No te enviaré esta hasta más tarde. Voy a escribirte una rápida ahora. Te amo, querida mía, *Only*.»

Una carta, fechada el 15 de noviembre, comienza: «Te escribí una carta larga; cada día te contaba algo nuevo. La enviaré tan pronto vuelva a trabajar. Mientras tanto te envío esta pequeña nota para decirte que te amo como ya ha sido declarado (*más de lo que se ha declarado*). [Los subrayados son de Hemingway.] Tengo bastantes problemas por lo que no hay posibilidad de que regrese antes de 7 ó 10 días a causa de las

condiciones. *De una semana a 10 días.* Tubby (general Raymond O. Barton) está bien, Buck también, los amigos bien. Las perspectivas siguen igual. Mi moral, buena.» La carta sigue diciendo que no ha recibido noticias tuyas, y le asegura que él volverá. «Mi queridísima, te quiero cada vez más. La otra carta te dice cuánto, cómo y por qué, aunque yo no escribo muy bien bajo la censura.» Dice que la situación nunca había estado tan dura como hasta entonces, ni tan poco alentadora. Le pide que se divierta, pasee y salga con todo el mundo, «pero debes saber que te soy fiel con la mente, el corazón y. ¿con qué más podría decirte?, los cojones, como si me hubieses enviado de patrulla a través de un bosque tupido, con mucha nieve, mucha alambrada, muchos destrozos, mucho de todo». Le pregunta si recibió la carta de Willie (probablemente Willie Walton, periodista del *London Bureau*, compañero de trabajo de Mary Welsh, a quien ella le dedica largos párrafos en *How It Was*). Hemingway no se siente solemne ni triste: «yo estoy alegre el 90 por ciento o más del tiempo y hago chistes buenos mientras esto se pone malo». Más adelante añade: «ahora estamos *tan* temerarios que me sorprende a mí mismo; tenemos que ir al gran guñol a asustarnos juntos confortablemente. Mucho Bum-Bum aquí ahora. Te amo, mi queridísima y amada querida». Le pide que escriba si tiene tiempo; en caso de que no lo tuviera, él comprendería y no habría problema. Le reitera sus planes de pasar juntos las Navidades en La Habana (o en las Bermudas). En una esquina, al final, aparece escrito:

Nov. 16 am. Me siento bien y alegre. Te amo mucho. Papa. Ese día, Hemingway, previendo una posible «muerte prematura», le envía a Mary una nota que encabeza: «Pickle, para tus archivos: una copia de la carta que debes enviar en caso de mi muerte. EH.» Esta va dirigida a «Mr. Henry La Corsitt, editor de *Colliers*». En ella le dice a La Corsitt que, aunque nunca se le ha pedido que designe un beneficiario del seguro que le hizo *Collier's*, por medio de esa carta designa a Mary Welsh, de *Life and Time Inc.*, 4 Place de la Concorde, como única

beneficiaría. (Martha Gellhorn Hemingway había aceptado un acuerdo sobre la propiedad antes de irse de Nueva York y ya sus necesidades estaban plenamente cubiertas.)

El escritor también disponía:

Además del dinero que *Collier's* me adelantó, he utilizado 3 950 dolares de mi bolsillo en gastos de *Colliers*. Por favor, envíales 1 500 de estos a mi esposa Martha G. Hemingway, ya que ella fue quien me los prestó, y deposita el balance en mi cuenta del Guaranty Trust Co., de Nueva York, sucursal de la Quinta Avenida, N.Y.C.

Sinceramente, Ernest Hemingway.

Hemingway escribe otra carta el 16 de noviembre de 1944. Comienza hablando del buen tiempo que han tenido. Es el primer día que ha soplado un buen viento desde que está en el bosque de Hurtgen. Le hace un breve recuento de la jornada. Se levantó temprano y escribió una carta a *Collier's*, «por si acaso», e incluyó una nota y PD en la misiva de ella: «Dicen que es un seguro de 50 000 dólares.» Después se sintió tan contento «como cuando sacaba los perros a pasear por el campo en un agradable y claro día de otoño». Más adelante: «Tuvimos una mañanita tremenda (¿te casarías con un hombre que escribe “tuvimos una mañanita tremenda”?), pero te escribiré sobre eso en otra ocasión. De todas formas le di a la vieja puta un par de veces en el culo. Luego del show a campo abierto me fui al bosque con Buck.» Todo está bajo control. Al otro día los combates serían más encarnizados, pero esperaba salir bien. De todos modos las cosas se arreglan una vez que comienza la batalla. «Hoy pudimos haber matado a seis krauts, quiero decir, que Jean y Red pudieron haberlo hecho. Se escaparon a través de un campo por una cañada, en nuestras propias narices, pero había tantos jefes importantes por allí que no pudieron atacarlos. Krauts al galope, *tuertes, saludables, resistentes*, que escapaban para pelear en otro momento. Red decía, “¡Papa, por favor. Papa!”, y Jean, “Mr. H. ¿no cree usted que pudiéramos, señor?” Salieron de una casa cuando pasó la

tropa. Los habían ubicado perfectamente. Fue una mañana divertida. La OP bombardeó mucho.» Compara la batalla con una vieja pintura de guerra, en la que las escenas han sido reconstruidas al otro día. Era el mejor puesto de observación que había tenido. Los alemanes galopaban a través de todo el frente. Era el incidente más insignificante, pero cree que es el único que se puede mencionar.

«Buck está muy confiado. Todo salió como él pensaba: los combates ocurren donde él esperaba; fáciles cuando debían ser fáciles, difíciles cuando se esperaban difíciles.» Hay un espacio en blanco, y luego otro encabezamiento:

Nov. 18 Querida, tuve que saltar dos días. No vale la pena escribir sobre ello ahora; el escenario del poema ha empeorado. Posiblemente nunca haya estado peor. El bosque nunca fue un buen lugar. Los krauts están vencidos y solo nos resta destruir su fachada, pero es como batearle a un pitcher veterano que se las sabe todas y todavía puede lanzar 4 innings más. O un viejo boxeador que puede aguantar 4 rounds más —o incluso seis de un combate de 10 asaltos. En estos combates, la vieja puta se siente a sus anchas, y *más o menos todo el mundo* ha tenido que saludarla. Escuchó el día anterior por la mañana a Red Moeller (*Diario de Combate*) y «encuentro casi obscena la diferencia entre lo que Moeller leyó por radio y la vida en el frente». Hemingway se dice que debe tratar de entender y no prejuiciarse nunca. «Pero, Pickle, esta guerra no se parece a nada. Estoy donde mismo estaba en 1918. Casi he dejado de beber.» Necesita tener la cabeza clara y lúcida, y también acabar con algunos alemanes.

Las noches en que puede dormir siente gran inseguridad. Las paredes crujen. Cuando despierta piensa en ella «y te amo y pienso en nosotros y en la embarcación y en lo delicioso que sería estar casados —no uncidos—, tener ese privilegio y estar orgulloso de ello. Cuando Sam duerme, puedo soñar con *todo* lo que quiero. Parece un milagro».

Por ejemplo, el día anterior al asalto, «como ya sabía lo que venía», pensó: «ahora me quedan siete horas. Así que soñé contigo, de veras; yo no fabrico los sueños ni lo pretendo, ni sueño despierto —son solo sueños mágicos y solitarios en que tú estás—. Entonces soñé con Boise, mi gato favorito, y entonces con la pequeñita Kitty, y luego desperté y me puse a pensar en ti con alegría y en lo afortunado que fui en conocerte. Casi todas las noches sueño con White Tower». White Tower es el restaurante de Londres donde Irwin Shaw le presentó Mary Welsh a Hemingway, en los últimos días de mayo de 1944. «Es muy extraño. Creo que te vi allí por primera vez.» A esto sigue un párrafo sobre su vida idílica en Cuba. «Pensemos en nuestro barco y en el azul profundo, casi púrpura, de la corriente del Golfo, que forma remolinos en el borde del hilero, y en los peces voladores que saltan y nosotros en shorts en el puente de mando, sin destino y por la noche anclados detrás de la barrera de arrecifes, a la altura de Paraíso, con el mar que golpea suavemente en la solitaria arena y rompe la dura capa de los arrecifes y nosotros firmemente anclados y llenos de ardor, sin otro movimiento que el de la marea que llega.»

Obsérvese la similitud entre el lenguaje de las cartas y el poema «A Mary en Londres», al cual Hemingway se ha referido varias veces en estas cartas:

Yo, amando únicamente la palabratratando de construir con una frase y una oración algo que un bombardero no puede alcanzar algo que permanezca cuando todos nosotros hayamos desaparecido y mucho después...
La carta de Hemingway continúa: «Remamos y nos acostamos y nuestras piernas se tocan y tomamos un gran vaso de agua de coco, limón y ginebra y miramos las bellas montañas azules en miniatura por encima de nuestro hombro derecho y te digo: “¿Me quieres mucho, Pickle?”, y tú dices lo que se te ocurra (*A lo mejor te imaginas cosas mejores que estas; está bien. Pero estas son maravillosas*), y entonces llega esa noche y el próximo día es otro día y por la mañana podemos dormir hasta la

hora que queramos y tomamos el desayuno y luego nos tiramos al mar y nadamos hasta la orilla y caminamos por la distante playa del atolón, desnudos, mientras Gregorio monta guardia en el barco y nosotros con muchas cosas que hacer, mi querida Pickle. Podemos vivir maravillosamente en la finca, tener buenos libros para leer y buena música para escuchar, mantenernos saludables y trabajar duro y bien y amarnos siempre.»

Hay otro espacio en blanco y un texto fechado el 19 de noviembre. Hemingway cuenta que se produjo una batalla en los bosques. «Los krauts son duros, astutos, profesionalmente inteligentes y mortíferos. Mataremos y destruiremos a algunos. Pero mientras tanto, tiempos nefastos. Todos los bosques están arrasados; por dondequiera hay minas enmascaradas (atrapabobos). Los alemanes se infiltran a través de los bosques.» Pero Hemingway quiere olvidar esos «tiempos nefastos»:

Es mejor dejar eso, Pickle, y pensar cómo, cuando vengas en el avión de Miami, estaré esperándote en el aeropuerto de Rancho Boyeros, y tú pasarás por la aduana y nos iremos en el auto a través de un hermoso país hacia el hogar, donde comenzaremos nuestra vida maravillosa. Podrás sentir miedo, pero, a menos que todo haya sido destruido sobre la faz de la tierra, será encantador. Y si todo está destruido, por lo menos tendremos un hogar en medio de la desolación... De todas formas, dice Hemingway, su trabajo es escribir, no solo vivir en condiciones perfectas. Termina prometiéndole: «Escribiré mañana de nuevo.»

El 20 de noviembre le escribe a Mary que recibió la carta sobre Bum (John Hemingway, que estaba prisionero). «No hay nada que hacer. Por tanto, no te preocupes; todo viene ahora bajo el encabezamiento de “sin remedio”. Claro que es malo para Bum, pero todos hemos tenido mala

suerte... Tu labor ha sido maravillosa y más que encomiable, yendo allí tan rápido y haciéndolo todo con tanto cariño y tan bien. Tú eres mi héroe.»

Se alegra de que haya tenido un buen viaje y alude a su carta del 14 de noviembre, en la cual ella le escribe que Wert pensaba volver a Estados Unidos. Wert es Charles Wertenbaker, jefe de la oficina en Londres de *Time*, *Life* y *Fortune*; Mary Welsh en *How It Was* y Baker en su biografía de Hemingway se refieren a él en numerosas oportunidades. «Eso es maravilloso, verdaderamente maravilloso. Te escribiré en otra carta sobre esto.» Hemingway, sin transición, pasa a otro tema. No hay nada maravilloso en lo que sigue: «Pickle, qué clase de día tuvimos... no estoy tumbado pero sí cansado. Estuve con Buck durante todo el día. Enfrentamos problemas. La batalla del bosque de Belleau fue una mierda al lado de esta.» Abruptamente corta de nuevo. La censura en tiempo de guerra... Se refugia en su amor y adopta un tono ligero por un momento, pero sus recuerdos bélicos son demasiado vividos para que pueda abandonarlos por completo:

Me puse a pensar cuánto quiero vivir junto a ti y tuve una recaída (como la que tú tuviste con respecto a lo nuestro), por lo que hice 50 ejercicios para rebajar el estómago y me tomé lo que me quedaba de la botella de scotch, una octava parte de cuatro tragos con agua. Cuando la acabé salí a caminar bajo la lluvia y la lluvia se llevó todo el efecto. Al encontrarme con Buck me sentía muy bien y él me dijo: «Ernie, ¿tú *sabes* lo que esos hijos de puta están tratando de hacer?» Le dije entonces que no. Entonces Buck me respondió que nos íbamos para el juego de pelota. Pickle, quisiera poder describírtelo. Fue uno de los peores y más crueles combates en la historia. Por eso te escribo en esta forma tan estúpida y constreñida. El fuego de artillería y mortero es el más intenso que he visto desde que era un muchacho en aquella cueva de Piave en 1918 (con la diferencia de que esto ocurre en un bosque). Cuando el fuego es violento retumba como una tormenta.

Buck me dijo: «Me gustan los contrataques. Deja que estos desgraciados contrataquen, acabaremos con ellos. Nos están golpeando, pero haremos que se arrepientan de haber nacido.» Hemingway comparte este estado de ánimo. Expresa que en esos momentos lo más útil que un hombre puede hacer, además de ser lo más placentero, es matar alemanes. «Es un punto de vista muy estrecho, pero te he visto colérica y sé que eres una peleadora y que entenderás. Te aseguro que no hago alardes estúpidos y cuido de nuestros intereses en la medida de mis posibilidades. Tan pronto como los aplastemos, me iré. Tubby [el general Barton] le había dicho a Hank Gorrell que yo nunca me iría, etc. Pero la única que me conoce eres tú, querida... Quiero escribir mejor que nunca para que te sientas orgullosa de mí; y cuidar a mis hijos y amarte y ser un gran amigo para ti y tratar de hacerte feliz y ser un buen esposo y padre y escritor y nunca estar separado de ti, nunca en toda la vida, si podemos lograrlo.»

Le responde acerca de los consejos que ella le dio: «Lo que dices sobre el cuidado que debemos tener cuando *no nos atacan*, de no exigimos demasiado y respetar las cosas de cada cual es lo más importante de todo. Pickle, los dos somos bastante inteligentes y esencialmente muy justos; tratemos de ser *muy* cuidadosos, nunca prejuiciados y siempre comprensivos. Es un ajuste que deben hacer las personas mayores. A veces soy *increíblemente* tonto. Pero si tú pones de tu parte y comprendes que no soy testarudo, no veo por qué no podremos lograrlo.»

Le guarda sus cigarros. Pero como se los ofrece a cualquiera que tenga pocos, podría quedarse sin ellos.

Se excusa por la carta, diciendo que está muy cansado. Mañana le escribirá más, quizás por la mañana. «Todo lo que sé es que te amo y que las noticias sobre Wert (Rather me lo dijo) son las mejores que he tenido.» Está tan orgulloso del viaje de ella al frente que no encuentra palabras para describirlo. Tampoco halla cómo decirle lo contento que está porque todo se va resolviendo bien. «Empezaremos nuestra vida

pronto y de la mejor forma posible y lucharemos tan brava y hábilmente como lo hace Buck. Pero podemos ser bondadosos y no ser rudos; solo seremos rudos con la gente que quiera malgastar nuestro tiempo y nuestras vidas. Tú me enseñarás cómo ser *amable* a la vez que implacable por teléfono, y yo aprenderé. Pickle, en cierta ocasión me preguntaste qué beberíamos cuando nos despertáramos en Bermuda y yo había olvidado que tenía 7 cajas de ginebra Gordon de antes de la guerra, las últimas del mundo. No creo que esto sea bueno para beber de noche, pero, de todos modos, te las regalo (puedo hacer martinis maravillosos y también Noelly Prats). Creo que nos sentiremos tan felices y cansados y tan bien que no tendremos que tomar por la noche. Para el trago de la mañana —cuando no hay Perrier-Jouet— el scotch es lo indicado. Me parece estar escuchando a Woolfie moviéndose por el barco: “¿Qué te pasa, Woolfie?” [Woolfie, como se sabe, es Winston Guest y esta parte de la carta es una clara referencia a su aventura antisubmarina.] “Solo me preparo un trago. Papa.” ¿Te gusta el scotch con soda y sin hielo? Muy rico. También el whisky con limón y soda, para ponerlo amargo.»

Las condiciones difíciles de la guerra lo hacen soñar despierto continuamente. «Pero, Pickle, levantarse por la mañana y desayunar con dos huevos en cualquier estilo, buen jamón frito o tocino canadiense o tocino frito y un buen vaso de jugo de tomate o toronja o jugo de naranja y papayas y mango y cada desayuno completo y espléndido en su bandeja —un timbrazo para el mío y 2 para el tuyo, o 3 para el de los dos— y dormir hasta que quieras y a veces yo con el trabajo terminado antes de que te levantes, y luego a divertirnos todo el día porque el trabajo ya está hecho. Y si aún tengo trabajo, harás lo que se te antoje (las mañanas son hermosas) y cada vez que estés aburrida puedes leer y flotar en la piscina y hacer desaparecer todo tu cansancio acumulado y despacio y firmemente vuelves a ser tú misma (igual que yo). Quizá no te aburras, y solo seas feliz como éramos cuando no tenías que trabajar. Habrá buena música en el Capeheart, y lo que quieras oír lo compraremos en NY, en la Liberty Music Shop.»

Le jura que hará «el mejor ataque de toda su vida» para ella y escribirá su mejor prosa y será un marido bueno y amante. Sabe lo que ella le dará «y te demostraré cómo lo *valoro* y sentiremos una alegría tan deliciosa. Pickle. Ahora comenzaremos nuestra vida».

Le cuenta que hay rumores de que van a lanzar un ataque a fondo en la línea del frente al día siguiente. Todo el mundo tiene un color gris sucio más o menos como el de las «gallinas chamuscadas». No hay sol, pero mucha lluvia, y él siempre con hambre y comiendo como un «bastardo». El día anterior comió 5 bistés de una vaca que la artillería mató. La vio matar y marcó las coordenadas; después envió a John para que picara los filetes. Primeramente hubo una pelea entre ellos y los alemanes, que ya la estaban descuartizando. Tuvieron que matarlos para arrebatárselos la presa. Red cocinó dos bistés y se los trajo mientras él dormía. Ayer, dice, se la comieron completa. Pero se justifica diciendo que hace ejercicios para rebajar el estómago todas las mañanas y algo de alpinismo, subiendo y bajando lomas. Además, se dedica a aprender la lectura de los mapas y a descifrar las intenciones de los alemanes según la forma en que manifiestan su hostilidad. Es parte de su educación. Termina diciéndole: «Pickle, mañana escribiré más (creo que ya te lo dije esta noche). Buenas noches, mi queridísimo amor. He estado demasiado cansado para *parar* de escribir. Siento que sea tan aburrido. Te amo. Te abrazo bien *fuerte*, tu único amor eterno. Papa.»

El día 21 de noviembre de 1944, Hemingway se justifica ante Mary y le dice que le ha escrito todos los días desde la ofensiva, excepto dos días en que no pudo. A pesar de sus condiciones actuales, piensa que es mejor enviarle una nota de agradecimiento por las noticias de Bumby que ella le ha dado y por haber hecho un trabajo tan bueno: «¡Estoy orgulloso de ti como carajo!» Además se siente feliz por lo bien que salieron las cosas con Wert y por el futuro real, auténtico, que compartirá con ella. «*Estupendo.*»

Te escribo por la noche, porque es como si estuviera conversando

contigo. La gente se pasa el tiempo hablando, lo interrumpen a uno y hay mucho ajeteo, por lo que resulta difícil dedicarse a la correspondencia; además, la carta se está haciendo muy larga. Añado algo todas las noches: sobre el barco (*Pilar*) y nosotros y cómo te amo, y te digo que tengas cuidado con lo que pasa por allí. Es difícil no pensar; mucho más es escribir cuando no se puede. Ocurrieron varias cosas importantes que lo tocaron de cerca. Ha estado con Buck todo el tiempo. Espera haber sido una ayuda: «Soy una especie de buzón de quejas y sugerencias para todo el mundo.»

Considera que esa es la lucha más dura que ha conocido jamás: «Lo que ocurrió en los bosques de Belleau es una bobería al lado de esto. Si logro escribir *cualquier episodio* sobre esto, será un relato excelente. No puedo escribir sobre «El alma del hombre», como Marty (Gellhorn). Pero el hombre mismo se encuentra allí para que lo admiren. Tú puedes imaginarlo porque has presenciado batallas en frentes boscosos. Una batalla verdadera en un bosque es algo fantástico. La artillería resuena como el mar. Esas son las únicas noticias, Pickle, además de que te amo.»

Le promete enviar la carta larga que le escribió en cuanto tenga una oportunidad de releerla. Había llegado carta de ella hacía cuatro días. Se despide: «Te envío todo mi amor, mi amor de siempre. Te quiero más y más firmemente y siempre. *Only*. E. Hemingway, corresponsal de guerra.»

En una esquina de la carta hay una nota que dice: «Te envié otras dos cartas. Una larga y aburrida que escribí antes de partir y que puse en el correo cuatro días después y una corta.»

Con fecha 21 de noviembre de 1944, hay otra carta, que comienza: «¿Qué puedo escribirte esta noche? Llevamos seis días combatiendo y hoy se ha producido el padre y la madre de todas las batallas con una lluvia fina y constante y los árboles cayendo como si hubiera un

huracán (también caen muchas otras cosas).» Hank Gorrell está escribiendo el reportaje para sus clientes de la UP y Hemingway le da la información que necesita sobre su sector. «Tiene esposa e hijo, gana 150 a la semana y es muy injusto que ande por ahí arriesgándose más de lo necesario si hay alguien que puede conseguirle la información...» Luego se refiere peyorativamente a Noel Monks, periodista de origen australiano del *Daily News*, «el tipo mofletudo que nada tiene que ver conmigo», según Hemingway lo describió a Herrera Sotolongo. Nada que ver, salvo la letra redonda y escolar, que tiende a confundirse al principio con la de Hemingway, si uno ve cartas de ambos mezcladas. (Mary conservaba la correspondencia de Monks junto con la de Hemingway en un baúl de Finca Vigía.)

Si te gustaran las escapadas por un pelo, en lugar de las flores, podrías llenar un jarrón con ellas. Pero a mí nunca me han interesado esas cosas y tienes que haber leído bastante sobre eso en los artículos de tu esposo. Pensé hoy en Noel y lo odié antes de que pudiera darme cuenta, lo cual es mezquino. Pero lo odio simplemente por haber cogido tu dinero y por poseer tanta ropa y por no tenerte el menor aprecio. Aquí las escapadas por un pelo o por dos yardas o por un pie son tan comunes como las sardinas en Portugal, o la mala ginebra en nuestro elegante bar del hotel Ritz. En los bosques se producen a diario batallas «como las de Custer, si este distinguido líder hubiera tenido el valor de pelear por romper el cerco y enfrentarse a los indios». El día anterior lanzaron un ataque mientras los alemanes pasaban a la contraofensiva. Los alemanes ferozmente contratacaron, moviéndose como conejitos de Noruega en sus migraciones suicidas. Aguantaron el fuego hasta tenerlos a 20 yardas de distancia... «Luego podías caminar entre cadáveres que te daban por la rodilla.» En algunos lugares avanzaban con el mismo fanatismo de los nipones. Enseguida dice: «Me parece que mi descripción es tan sensacionalista como las de Noel.» Y se excusa: «Por favor, perdóname esta observación de mal gusto.»

Había sido una batalla dura y sus compañeros, los soldados de infantería norteamericanos, se habían portado «increíblemente» bien: «He visto la flor y nata de los soldados yanquis y confederados pelear de una forma que te haría llorar. Una forma tan hermosa, alegre e inmortal. Sin esta batalla nunca hubiera conocido realmente a los norteamericanos.» Podría impresionarla dando cifras y detalles, pero eso no está permitido. Le asegura que no es sensacionalista ni se deja llevar por el entusiasmo. Le pide excusas de nueve por escribirle tan mal y con omisiones. «Siempre te tengo muy presente, cariño, eres todo mi amor y toda mi esperanza y toda nuestra hermosa vida y futuro. Te amo siempre y especialmente esta noche y mañana por la mañana y siempre. *Only*. E. H.»

En una carta fechada el 22 de noviembre hay un encabezamiento orgulloso en el margen derecho: «En Alemania.» Ernest Hemingway ya se encuentra en territorio de los krauts y le informa a Mary que recibió su carta del 17 de noviembre, solo cinco días después de enviada. «El buenazo de Willie [¿Walton?], nuestro partisano: me parece estarlo viendo, que se te aproxima, y escucharlo, atrevido, diciéndote un chiste y ver cómo los ojos de mi Pickle se iluminan. Pickle, te he extrañado mucho. Durante dos días no he podido verte en mi mente. Entonces, hace dos días, viniste de nuevo —bella, perfecta— y ahora puedo verte claramente rodeada por extasiados mirones.»

Se había producido otra gran batalla. Él ha estado en todos los objetivos, «gracias a la sagacidad, previsión, atención al detalle, que tiene Buck». Luego dice: «Yo no sé lo que es ser valiente pero sé que Buck lo es y muy inteligente y un ejemplo muy bueno para mí. Ahora también conozco sus defectos, lo que ayuda tanto a la comprensión humana. No hemos probado la bebida en 2 días y te alegrará saber que soy igual con ella que sin ella. Creo que más firme y mejor, aunque la he amado, necesitado y muchas veces me ha preservado la maldita razón, la dignidad y todo lo demás. Me ha dado gran placer y la amo. Muchas

veces la hemos llamado La Asesina de Gigantes y el que haya tenido que enfrentarse con el Gigante muchas, muchas veces, no tiene derecho a hablar contra La Asesina de Gigantes.»

Ese día ha sido el más cruento de la batalla. «Hoy fue magnífico. En verdad le soy útil a Buck, quiero decir, en el sentido de levantarle la moral; soy su paño de lágrimas, por así decirlo. Espero regresar pronto. Por favor, ámame mucho, igual que yo a ti. Regresaré y comenzaremos nuestra hermosa vida. Mi queridísima, hermosísima y preciosa muchacha. Tu *Only*.»

Al día siguiente, 23 de noviembre, le dice: «Sabes que te escribo cada noche solo para estar junto a ti y para hablar contigo. Te extraño tanto como a lo más grande. Estar contigo me hace sentir como cuando uno sabe que tiene los dos flancos bien cubiertos. Estar lejos es lo contrario.» Había caído mucha nieve y entonces vinieron un par de días con buen tiempo. En aquellos instantes, llovía mucho.

Se siente cansado y duerme en un saco de dormir seco colocado en una litera. «Todo el mundo tiene el color de los ahogados, con unas barbas al estilo de Mauldin (famoso caricaturista norteamericano destacado en el frente europeo cuyos dibujos describían al típico GI). Del bosque frente a nosotros solo quedan los restos de lo que fue un bosque.» Las corrientes de agua fangosa y amarilla le daban por la cintura, caminaban «calados hasta las rodillas de krauts muertos». Él asegura que nunca se sabría cuántos alemanes han perecido porque es imposible contarlos y, además, estos se llevaban a muchos de sus muertos. «Si intentara relatarlo no me creerías. Pero esta ha sido una de las batallas más grandes en nuestra historia.»

Están congelados por el frío y sin nada que beber. «Me regresó esa vieja sensación de inmortalidad de cuando yo tenía 19 años —en medio de un bombardeo *realmente* violento— ; no fue una cautelosa estimación de mis posibilidades, ni ese sentimiento de enojarse y mandarlo todo al carajo; tampoco ese sentimiento de total abandono, nada de eso. Fue ese

viejo y puro sentimiento con el cual contábamos en los momentos difíciles. No tiene mucho sentido, pero es un sentimiento extraordinario, así que lo compartí con Buck como si fuera una ración de bebida. Fue algo maravilloso, porque después de compartirlo sin tenerlo realmente, de contar con él sin sentirlo, de pronto lo encontré de nuevo. (Reconozco que esto aburre en una carta. Pero estaría bien en una novela si se hace objetivamente —y sobre alguien que no sea uno— y yo soy tan estúpido que tengo que conocer a los demás a través de mí.)» La tónica literaria va a continuar:

Pickle, te escribo cartas muy aburridas y egocentristas. Buck es el hombre más valiente que conozco (que esté completamente cuerdo) y no quiero decir que toda esta bobería nos estaba ayudando a ninguno de los dos a ser valientes; lo que quiero decir es que nos ayudó a ser felices. Y la base de la felicidad en medio de una tragedia larga y continua es un asunto serio. Estoy aprendiendo tanto. Pickle —y tú no estás aquí para conversar, con tu mente clara y alerta para corregirme. Vuelve a hablarle sobre su amor «Necesito tanto estar contigo, Pickle, eres tan necesaria para mi como una brújula. Ahora, todo el tiempo, pienso en lo divertido que es estar contigo y qué buenos momentos hemos pasado.»

Piensa en lo difícil que le resulta separarse de ella y habla de lo felices que serán en los días lluviosos; recuerda lo feliz que era con solo estar a su lado o leyendo mientras ella trabajaba y habla de los lugares maravillosos que conoce y adonde pueden ir por las noches, en ciudades que sabe que le van a gustar. «Conozco muy bien Nueva York y su vida nocturna; lugares que te gustarían, creo: el Club 21, Stork, El Morocco, The Colony (ese no me gusta) y los buenos lugares bajos con Thurber y compañía, y los antros donde va la gente mafiosa. ¿Conoces tú esos lugares peligrosos? Oye, Pickle, será formidable enfrentar una glotona como tú con la clase de comida que sirven en el Club 21. Pero quiero que comamos en la azotea del viejo Pacífico en La Habana, que

es la mejor comida en el ambiente más extraño del mundo; te hablé de eso una vez. Wolfie ha comido en todas las partes del mundo y es uno de los viejos *habitués* del 21 y del Colony, y él consideraba que (la comida del Pacífico) era inmejorable. Lo inmejorable no existe, pero de todas formas la comida es maravillosa.»

Según el ideal descrito por Hemingway en su carta, evitarán las llamadas telefónicas. Y si se despierta temprano (suele hacerlo a las 7:45) leerá los periódicos y volverá a acostarse. Así podrán luego deambular toda la noche, como cuando él trabajaba en un periódico matutino. Irán al Museo de Arte Moderno y a las buenas exhibiciones de pintura y al Metropolitan y al Museo de Historia Natural, y podrán caminar por el Central Park siempre, ver exposiciones y vagar por ahí.

Le cuenta que aprendió deliberadamente a acostarse alrededor de las 10:30 para conocer la madrugada, que para él es el único momento idóneo para escribir:

Pero en vez de proteger mis malditos hábitos contra arpias irrazonables (contra las cuales he tenido que luchar en el pasado), contigo, lo afirmo, podremos cambiar razonablemente los hábitos en la ciudad, ya que nos entendemos y respetamos y no somos irrazonables. Pickle, es tan agradable amar a alguien que no es irracional como una jirafa hija de puta de Bryn Mawr [referencia a Martha Gellhorn, que estudió en la Universidad de Bryn Mawr] con el culo caliente (léase congelado), que es como salir del Valle de las Sombras del Salón de Bailes de las Bananas y entrar en un país como en el que nos han criado. Después de esto, hay un espacio en blanco. La carta continúa con una advertencia de Hemingway donde dice que le había escrito otra página larga, pero la destruyó porque era demasiado personal para el correo.

Buenas noches, mi amadísima. Mañana será otro día —y el próximo y el próximo. Pero sé que cuando vuelva (tan pronto como todo esté listo

para marchamos) y tú tengas listo lo tuyo (planes, viajes, arreglos en la oficina, etc.) y lo resuelvas todo para que puedas moverte sin problemas— y yo haga lo mío rápido y podamos partir definitivamente y bien —y yo sea tu hombre para siempre y si volviéramos a nacer otra vez (si existe otra vida, como tal vez suceda) todo lo que pido es que naciéramos juntos y más temprano. Pero me parece que todo anda bien como está, y te amo mucho ahora y siempre. Hace un comentario sobre el olor de sus amigos en el frente y termina la carta con un: «Te amo. Quisiera poder escribir un poema para poder expresarlo. Te amo tanto, mi amor bella querida Pickle, tu *Only*.»

Al mediodía del 24 de noviembre Ernest Hemingway se dirige de nuevo a Mary: dice que le ha escrito todas las noches, pero «es difícil describirle una batalla a quien uno ama», así como hacer cartas que otro leerá (el censor). Solo le manda esa nota para decir que le ha enviado tres cartas, una de ellas muy larga —cada noche le añadía algo nuevo—, y que le llegarán pronto. Le comenta:

Esta es la lucha más dura que haya presenciado jamás. Pero si empiezo a describirla no podré enviar esta carta tampoco. Así que solo recuerda lo del poema, dóblalo y redóblalo, que así va bien.

Pero no te echo a un lado. Te guardo como todo lo que he tenido y deseado alguna vez. Hemingway había estado toda la mañana con Buck. Pronostica que su amigo será general. Y enseguida añade, sin conexión lógica entre ambas ideas: «Todo lo que quiero es estar contigo en una cama.»

Los soldados están agotados. Pero hay sol nuevamente. Por lo demás, todo sigue igual:

La única noticia es que te amo, mi queridísima amada. Relee el poema. Te diré lo que pienso de ti. He tenido mucha suerte. Quisiera

seguirla teniendo por unos cuantos días más y luego regresar contigo a casa y no separarnos más en el resto de nuestras vidas. Tu amante esposo. *Only.*

Al final, le aclara que de las cartas de ella «he recibido 3, todas hermosas, y te he enviado 4. Solo demoran 4 días en llegar».

El 25 de noviembre de 1944, Ernest Hemingway escribe:

Hemos tenido otro de esos días. Me quedé con Buck y comí con él y al regreso atravesé el bosque bajo la luz de la luna. Me siento bastante mal hoy. Ojalá pudieras estar un día con nosotros en una batalla. Eres mucho mejor reportera que yo. Estoy tan metido en esto que mi conocimiento de la gente es perjudicial para mi tarea de periodista... Estoy cansado de explicarles las cosas a periodistas incapaces de entender. Pickle, extraño mucho tu limpia, sana y competente cabeza, incapaz de mentir, de la misma forma que extraño tu milagroso cuerpo de bolsillo y tu hermoso rostro que me rompe el corazón cada vez que lo veo. Asimismo, ve la posibilidad de sacar partido de esa experiencia para la literatura.

Me envuelvo tanto en esto que tengo que obligarme a observar para darme cuenta de las cosas y no solo considerar problemas y resultados. La mitad del tiempo estoy demasiado cansado para observar. Para vencer eso, monto de pie y con el trasero contra el asiento de atrás del jeep y me obligo a mirar, conscientemente, todo lo que ocurre. Había llegado a un punto en que iba de un lugar a otro y solo me ocupaba de las cosas técnicas. Cuando un escritor deja de observar, ha fracasado. Así que me he puesto a observar nuevamente. Le aconseja que en caso que él muera, le diga a Willie (¿Walton?), que él la amaba a ella, a Mary, y que había luchado esta vez (una lucha interior) sin echarlos por la borda: ni a ella, ni a sus hijos, ni al trabajo que debía

hacer después; considera que, al hacerlo, ha alcanzado un mayor grado de madurez. Pero se queja de lo difícil que le ha sido.

¿Y ahora qué? ¿Te dije que durante dos días no podía verte en mi mente? Sin embargo, no perdía la confianza. No perdí ni un ápice de confianza. (Es una mala señal cuando uno repite oraciones.) A la mañana siguiente tú estabas allí como si George hubiera abierto la puerta del bar para dejarte entrar y yo te observara al otro lado de la habitación antes de que tú me vieras. (En el capítulo penúltimo de *París era una fiesta* Hemingway menciona a George, el barman que no recuerda a Scott Fitzgerald.) Hemingway piensa que es mejor poner un límite de tiempo a su permanencia allí; a lo más, una semana. Tratará de que sea lo más pronto posible.

Si te estoy complicando tus fechas de viaje puedes irte delante y ver a tu gente primero y obtener la visa cubana. No es precisamente una visa cubana —es innecesaria para los ciudadanos norteamericanos, creo—, sino solo que el pasaporte sea válido para Cuba. Me propongo estar en París el 2 de diciembre...

En Nueva York todo lo que tengo que resolver son mis negocios: 1 día para *Collier's*, 1 día para *Scribner's*, 1 día para mi maldito abogado. Se siente muy cansado para boxear. Hemingway continúa informando que verá al médico y se hará un chequeo.

Le ha escrito a sus hijos Patrick y Gigi para que hagan válidos los pasaportes y reserven pasajes via Pan American para Cuba en las vacaciones de Navidad. «Generalmente se obtienen de 7 a 10 días. Desde la Navidad hasta Año Nuevo.»

No ha recibido carta de Mary. Hemingway dice que teme que ella no le escriba porque esté esperándolo. No habrá tiempo para contestar esta carta. «Pickle, voy a terminar ahora. El desgraciado radio está

puesto y la gente habla y la carta se deteriora, así que voy a terminar. Te amo ahora y por el resto de mi vida.» Después de la firma hay el añadido siguiente:

Luego:

Buck vino. Durmió 12 minutos y creyó que era por la mañana; quería hablar conmigo: los muchachos deseaban agradecerme el haberme quedado hoy. Le dije: «A fornicar, señor coronel; me he quedado sólo para divertirme. No se ponga sentimental conmigo, viejo inútil, cáncamo perverso, y váyase a dormir que mañana abriremos las puertas del salón de bailes de las bananas». El 26 de noviembre continúa la sucesión de cartas, con más o menos las mismas noticias.

«Nada de escribir ya, Pickle.» Esa noche regresó «rapidísimo» de ver a Buck. Cenó con Tubby. El jefe le dio dos botellas de brandy que llevará al otro día «a la canalla». Después dice: «Aunque suene extraño tengo confianza en lo de mañana; he terminado de leer un informe de 42 páginas (u observaciones informales) del psiquiatra de la división. Contiene muchas partes interesantes. Pero me entusiasmó porque sabe todo acerca del miedo y nada sobre el coraje. Creo que incluso ha llegado a considerarlo como algo barato y, en realidad, desde su punto de vista, es malo; si el valor se difundiera, los psiquiatras se quedarían sin trabajo (observación barata de mi parte).» Refiriéndose a las relaciones de Hemingway con el psiquiatra, y a la fatiga de combate, a lo cual se alude evidentemente en esta carta, Malcolm Cowley, en «Un retrato de mister Papa», dice: «Los oficiales de la Cuarta División... lo llamaban Ernie, apelativo que toleraba solamente a sus amigos íntimos, o el Cazador Kraut, o el Viejo Doctor Hemingstein —cuando discutía con el psiquiatra sobre la fatiga de combate—, o repetían su propia descripción de sí mismo llamándolo Ernie Hemorroide...»

De todas formas Hemingway, en su carta a Mary, pasa por alto la opinión del psiquiatra: «Todos vivimos allá con nuestro maldito dolor y

nuestro embotado orgullo y la vara de nuestra lanza rota, y ningún hijo de puta sobre esta tierra nos vencerá.. y el psiquiatra no conoce de esto.»

Hace proyectos para el futuro y se excusa por adelantado de su fatiga: «Pickle. si regreso a casa cansado, perdóname por adelantado porque pasará rápido y procuraré no aburrirte con lo mismo. No te pediré que me hagas favores. Solo nos acostaremos un largo rato en la cama y te diré lo que se me ocurra...»

Nuevamente le presenta su caso como escritor, sacudido por fuertes vivencias:

Pickle esta no es una carta autocompasiva. Es que realmente soy un escritor, y no puedo cerrar mi imaginación como una pila de agua para que funcione en otra cosa. Pero la gente me da lástima, toda la gente, pero sobre todo la infantería. Y ahora me voy. Reconozco que he sido inhumano y que solo me han interesado los resultados. He querido a mis amigos pero había suspendido el sentir compasión, excepto cuando me encontraba lejos de allí, y, por tanto, comienzo a observar todo y hacerlo es duro. Todos los días son ahora días de poema. Está harto de todo. Su ánimo se ha agotado y ese espíritu se refleja sobre todo al final de la carta: «Desde que vine para acá supe que estaba cansado. Al carajo con el cansancio. Vamos a ponernos en forma, descansados y saludables, y trabajar bien. Tú y yo; somos socios.»

La despedida es una reiteración de su amor.

Te amo, mi amor, la más hermosa, la más sincera, la más complicada, la más sencilla y la más solitaria. Puedo verte ahora y es una visión adorable.

Te abrazo muy fuerte, mi queridísimo corazón, tu*Only*.
El 27 de noviembre de 1944 escribe de nuevo.

Había pensado enviarle con Hank Gorrell cinco cartas que no quería que anduvieran dando vueltas por los buzones, pero pensó que tal vez se le complicaban las cosas en París o se olvidaba de echarlas, y creyó que lo mejor sería esperar hasta que pudiera enviarlas al seguro. «Las cartas solo dicen que te amo. Pero es lo que escribo por las noches cuando solo te tengo a ti para conversar.»

Hay un temor manifiesto a que alguien pudiera revisar su correspondencia íntima: «Ayer, a la medianoche, me percaté de que cualquiera podría sacar una carta mía dirigida a ti de tu buzón y entonces nada evitaría que toda Fleet Street se enterara. Y creo que he sido estúpido y descuidado contigo.» Piensa que quizá no ha sabido nada de ella en cuatro días porque no recibió las cartas que él le mandó. Tuvo la idea de enviarle esas y ahora la desecha.

La ha pasado peor que nunca. Se enteró de que Bill Walton estaba con el Primer Ejército y trató de localizarlo, pero sin resultado. Entonces tuvo que volver rápido con Buck. Los combates arreciaron. No le da importancia a lo que escribe para *Collier's*, solo trata de hacer buenas crónicas, ya que es un profesional, pero se ha dado cuenta de que ellos habían cortado todos los párrafos divertidos de la primera parte de una de sus crónicas de guerra. «Supongo que para proteger a ciertos farsantes.» Tampoco utilizaron las fotografías, ni ninguno de los nombres, números, etc., aprobados por el censor. «¿Cómo te cae eso? Eso es para hacerme sentir bien después de todo lo que hemos estado pasando. (Les envié el cable apropiado.)»

Luego de despedirse con las usuales promesas de amor, agrega: «Estoy escribiendo esto para el *Daily Mail*; para tu excompañero, el ladrón de tus cuentas de ahorro, por si acaso él [Noel Monks] llega a leerlo, o para cualquier otro hijo de puta que no deba hacerlo. *Only.*»

El miércoles 29 de noviembre anuncia que él y Willie Walton no pueden estar de regreso el sábado. Primero pensó que podría, pero le era

imposible abandonar a Buck. Llegaría de lunes a miércoles.

Es maravilloso ver a Willie y poder hablar de ti. No sé nada de ti desde la noche en que Willie estuvo contigo, su última noche en París, pues pasan los días y no llegan cartas tuyas. Había llevado «a Bill con los muchachos y estaba muy impresionado».

Ahora Walton tuvo la oportunidad de ver desde adentro una buena batalla y todo el mundo lo estima. Está contento de encontrarse allí porque si ocurre algo, él podrá escribir la historia de la batalla. «Nadie entiende estos combates y nadie se acerca para observarlos. Solo nosotros.»

De cualquier modo, está ganando. Hemingway dice que procura ver y registrar todo aquello que nunca ha utilizado en sus crónicas. Confiesa que no quiere competir con los jóvenes que han pasado por esta experiencia y tienen derecho de escribir sobre ello: «y los jóvenes escribirán maravillosamente, los nuevos, los que siempre están viniendo, los que esperamos que escriban mejor y con más sentido de lo que nosotros podemos hacerlo, para los que desbrozamos el camino y que esperamos que sean buenos. Yo sólo tomaré mi pedacito de la pequeña parte que me corresponde y lo reforzaré con la experiencia olvidada y lo pondré todo en el caldero. Espero que la vieja experiencia y la nueva combinen bien para que la vieja magia funcione, y entonces los libros fluirán como manantiales».

La batalla ha sido encarnizada y le hubiera gustado hacer una película como *La tierra española*.

Se queja de la ausencia de cartas: «Carajo, Pickle, no tengo noticias.» Y pone a otros de «ejemplo». «Red me deja leer las cartas de su novia porque yo nunca recibo cartas. Esta noche recibió una muy hermosa.» Se despide pues ya es hora de dormir. Pero antes da dos o tres noticias:

Cablegrafíe a *Collier's* pidiendo permiso para regresar a casa debido a problemas urgentes; motivo: reparación daños huracán propiedades en Cuba. De todas formas sólo aceptaré quedarme poco tiempo. ¿Te dije que quitaron toda la parte de Dorothy Dennis del reportaje? También todo lo que trataba sobre los corresponsales masculinos, etcétera. También fotos no usadas, al igual que toda referencia a unidades liberadas. Fue poco alentador. Les mandé un cablegrama felicitándolos por el sabotaje completo al reportaje. Mejor nos ocupamos de nuestros asuntos.

Te amo, *Only*.

Mi queridísimo amor.

Dorothy Dennis era una amiga londinense de Mary Welsh. Es imposible identificar el reportaje mencionado por Hemingway.

El jueves 30 de noviembre de 1944 escribe a máquina una carta que comienza con referencias a otras anteriores: «No sé si recibiste mis cartas o las de Willie Walton.» Las últimas noticias las había recibido en una carta del 17 de noviembre. Cuenta que Willie está fascinado por la infantería. Considera que es un gran tipo y ha procurado enseñarle todo.

Espera partir y estar en París la noche del martes 5 de diciembre o el 6 por la mañana, y hace planes:

Pickle, si vas a dejar de trabajar, ¿no sería posible arreglar las cosas para tener, 3, 4 ó 5 días en los cuales ver París de verdad, sin que tuvieras que trabajar? Valdría la pena. Todas las cosas que pudiéramos hacer si no tuvieras que trabajar todos los días; y yo podría escribir mi crónica en Nueva York o en cualquier parte y podría incluso, si necesitamos dinero, escribir una crónica sobre París... Por favor, considera como algo lógico este proyecto. Pudieras tomar la habitación en una fecha definida y contar con algunos días para ver la ciudad. Me

encanta la ciudad y no haría otros compromisos. Me gustaría ver el Cirque, las carreras, Montparnasse, Montmartre, Parc Montsouris, de nuevo Montmartre (más despacio), le Boxe, el Salon D'Automne, el Salon des Refuses, y tomar unos cuantos baños turcos. También comer a gusto, a cualquier precio, y caminarlo todo, con lluvia o con sol. Repite que ha discutido sobre la necesidad —largamente aplazada— de irse para poner Finca Vigía en condiciones. Es como «un bombero que llegue al siniestro con cinco semanas de retraso».

Le escribí a los muchachos, a Mouse y a Gigi, que regresaría para Navidad. Esta noche pasamos un buen rato con el psiquiatra de la división. Vino a estudiarnos para sus trabajos futuros. Cuando te lo cuente personalmente resultará mucho más gracioso. Willie y yo vamos a escribir una obra de teatro. El psiquiatra va de villano cómico. Se vuelve loco anotando todo. Nos faltan 4 días para irnos. Para Willie y para mí, quiero decir. Luego se lamenta por la falta de un fotógrafo, y se despide: «Perdóname esta carta sin sentido. Como no tengo noticias de allá, pienso que cualquier cosa será interesante.»

En la correspondencia del periodo bélico conservada en Finca Vigía se produce ahora un lapso de casi un mes. Como había anunciado en las cartas previas, Hemingway regresó a París a finales de la primera semana de diciembre de 1944. Pero al sobrevenir la gran contraofensiva de Von Rundstedt, volvió al frente en el sector de Buck Lanham, el 17 de diciembre, a pesar de sufrir una fuerte gripe. La noche de Navidad, 25 de diciembre, recibe carta de Mary Welsh y le escribe:

Tu carta fue una de las más hermosas y agradables experiencias que me han ocurrido jamás. Resultó también muy extraño, porque mientras tú escribías la primera parte yo meditaba lo mal que me había expresado, aunque fuera muy sincero.

Anoche, más tarde, te envié una nota para que supieras que te amo y que todo está OK. Luego cuenta que Martha Gellhorn se había aparecido por allí. «Fui bueno y amable porque estamos en Navidades. Le expliqué a Buck que me casaré contigo si tú me aceptas.» Pero la beligerante presencia de Martha empaña su felicidad. Sin embargo, «el contrataque se cayó por su propio peso. No dije ni hice nada malo, pero todo el mundo, y yo, y finalmente ella, confiando ciegamente en su belleza (como los alemanes confían en sus blindados), se percató de que mi verdadero amor no estaba allí, ni mi corazón tampoco. Todos terminamos cansados y amables, pero las cosas quedaron claras». Fue uno de los incidentes de guerra. La visita de Martha Gellhorn al puesto de mando en Rodenbourg, donde se encontraba la jefatura del 22 Regimiento, significó para Hemingway un —contrataque» en la noche de Navidad. En realidad, el coronel Ruggles había enviado un jeep a Luxemburgo a buscar a Martha Gellhorn para halagar a Hemingway. «Era mi intención ofrecerle una agradable sorpresa a Ernest— dijo Ruggles —, pero me temo que logré lo contrario.» Hemingway afirma en su carta que extraña a Mary y piensa en lo bueno que hubiera sido tenerla allí.

Porque Miss M. no le cae bien a los combatientes. En algunos círculos cae bien, pero no lo logra en este. Pero si tú hubieras estado allí, habría sido como si todos nuestros amores auténticos se hubiesen reunido allí en vez de haber recibido una ración de Bryn Mawr, Bergdorf Goodman y el Lancaster. El tiempo ha estado despejado y frío. Se siente muy saludable después de París. De regreso, había llegado bastante enfermo al frente, pero, confiando en el aire y en el sol, decidió quedarse. El primer día apenas podía caminar. Estaba mucho más enfermo de lo que calculaba, pero sintió que se recuperaba por momentos.

Todos estamos bien. El combate fue maravilloso y casi increíble. Lo

tengo todo técnicamente OK y mañana se lo daré a Wert a las 9:30 am. (El está aquí y te llevará esta carta.) Todo estará detallado en ese papel. Pero me he casado con *Life* y *Time* (aunque sinceramente espero que no sigas trabajando si resulto ser lo suficientemente bueno) para que tú los abandones por mí. No es que mi trabajo sea construir la Esfinge ni ser dueño del salón de bailes de la fábrica de bananas, sino porque espero que te cases conmigo porque quieres casarte con un buen hombre; si prueba que es un buen hombre. Tan pronto empieza a trabajar, se siente sobrio y valiente. Ha sido destructivo dejar de trabajar en su profesión y también estar enfermo y confinado a una habitación de esa hermosa ciudad, París. Además de no haber tenido la oportunidad de trabajar en lo que le interesaba durante cuatro años. Aquí hace un aparte para que Mary añada «autocompasión» a este pasaje.

Luego vuelve a la carga contra Martha Gellhorn, al explicarle a Mary Welsh las razones de su amor:

Marty pensó que quizás me casaba contigo (no quiero decir que tienes que hacerlo) para defenderme de ella. Y le dije directa y sinceramente las razones por las que te quiero tanto. Ya tú las conoces, así que no te aburriré repitiéndolas. Pero quizás pueda resumirlas de forma que la sintetización (nunca antes había escrito esa palabra) sirva para divertirte. Estas son, déjame ver si puedo resumirlas en invierno: cabeza, cuerpo, cama, corazón, futuro, cara, alma, creencia en, confianza en, deseo de ser amigos de TWH, BWH, o si alguno nos jode, THW, BHW (Mr. Scrooby se levanta en este momento), deseo de vivir el resto de mi vida con... algunos de ellos no los mencioné; ni mencioné nuestra ropa, ni el tener la cabeza donde debe estar y escuchar el Capeheart, ni el mar que está ahí para nosotros, ni que eres mi gatica, mi único animal o sería mejor decir mi amor más divertido, ni que eres mi religión, mi Rey y mi patria, la familia, el hogar, el Estado, la economía, la castidad, el First National Bank de Key West, Florida,

todos los bonos, hipotecas, embargos o cesión de bienes, el destello del sol por la mañana y un banco de peces que rompe la superficie del agua, los ejemplares no leídos del *New Yorker*, los goles anotados desde el comienzo de la partida, los daiquiríes helados (podría continuar así por 6 páginas más).

Querida hermosa Pickle, con la bata de casa amarilla, con esa maravillosa boca mágica, el mascarón de todos mis barcos, y el lugar que sabe exactamente lo que quiere, y tiene, tendido a su lado, un compañero que quiere hacer eso y no otra cosa. Te amo mucho.

Quiero ser exactamente como tú quieres que sea (dentro de mi propio yo, como tú dentro del tuyo). (Esto suena espantoso, pero tú sabes lo que quiero decir.)

Al final de la carta, aparece una nota escrita algunos días después, que dice:

Te amo, querida Pickle. El día después de la Navidad, am. Acabo de ver a Wert y dice que no importa si Willie va o no, que puedes estar allá con 30 días de diferencia conmigo. Hemos sostenido una conferencia. Parece que había dudas sobre si Willie iba o no. Pero hay formas en que puede resolver esta situación. Si Willie no va puedes venir tan pronto como quieras. El 27 de diciembre a las 8 de la mañana, Ernest Hemingway comienza la carta con una excusa: «Quise escribirte anoche pero estaba muy cansado. La noche anterior no me pude dormir hasta las 6 am y entonces te escribí la otra carta.»

Esa mañana irá en avión a observar el terreno. El día antes había trabajado sobre esto con los mapas; todos los materiales se los entregó a Wertenbaker (Wert) para que utilizara lo necesario.

Tiene un buen relato técnico de los combates que podría enriquecer con material gráfico en colores. Espera que el censor lo deje pasar. Wertenbaker pensó que a *Life* le podría interesar si *Collier's* ponía objeciones; este quería que Hemingway pasara a trabajar a *Life*, pero el

escritor prefiere que ni él ni Mary tengan que dedicarse al periodismo otra vez. «Creo que pudiéramos evitarlo y ser felices sin ello. No he perdido la fe, máxime ahora que conozco tus puntos de vista. Pero si tú quieres *seguir* con el periodismo, podemos resolverlo. No te preocupes porque yo esté trabajando en la misma organización. Haré lo que tú quieras hacer.»

Lo que Hemingway verdaderamente quiere hacer es escribir un libro, aunque no pretende que sea «una obra de arte»: «Si pudieras quedarte conmigo durante este tiempo, nos concentraríamos en cualquier otra cosa que quieras hacer y yo respetaría tu decisión. No creo que sea egoísta al querer hacer lo mío primero; no ocasionaría más problemas que decidir quién va al baño primero.»

Le ratifica que lo que más le gustaría sería casarse y ser él quien trabajara, no para hacerse el privilegiado ni el omnipotente, sino para que Mary pueda tener bastante tiempo para ser su mujer «si es que te gusta serlo; no la esposa de Ernest Hemingway, escritor; solo la mujer de tu esposo, su compañera en la alegría, su compañera de los buenos y los malos tiempos y la madre de nuestros hijos. Pero si tú no lo quieras así, entonces veré qué otra cosa hago para tenerte de todas maneras».

Dice odiar el periodismo realmente; más de lo que Mary odia a los borrachos o a la Iglesia Católica Romana, «a lo mejor igual». No abandonaría el periodismo con tal de tenerla a ella, pero supone que hacer lo que se odia o ir en contra de la naturaleza, lo destruye a uno más tarde o más temprano.

Realmente creo que tienes una oportunidad de ser feliz conmigo, conmigo trabajando, porque no es ir contra la naturaleza el que tengas un marido y te conserves saludable y económicamente bien y nadie dice que debes dejar de usar la cabeza ni de ir a buenos lugares ni de aprender y tendrás tiempo de aprender las cosas que realmente te interesan. Cuando viajemos a Londres y a París podrás visitar a toda la

gente cuyo intelecto te agrade y conversar con ellos. [Este tema obsesiona a Hemingway; le seguirá hablando sobre su amor y el mejor modo de vivir juntos.] En realidad no quiero que sigamos haciendo periodismo; prefiero llevar otro tipo de vida más seguro. La ventaja de escribir es que la literatura nos da más libertad de movimiento entre un libro y otro. Se despide una primera vez: «Bueno, tengo que vestirme e ir a trabajar. Te amo mucho, Pequeñita. Te abrazo fuerte y muy junto a mí y te beso.»

Revisa una crónica y verá a los amigos para regresar al final de esa semana o a principios de la otra. Le enviará un mensaje. Luego se despide por segunda vez:

Te amo, mi amor. La cabeza y el pecho mejor, pero aún me siento débil. Creo que el médico tenía razón en cuanto a la convalecencia.

Todo mi amor. Perdóname esta carta aburrida y prosaica. La otra es una carta de amor.

Tu amante esposo, *Only*. En la época del divorcio con Martha Gellhorn, Hemingway escribe una carta a Carol, su hermana más joven, en la que le agradece unas fotos que ella le ha enviado. «Me alegro de que los muchachos estén contigo. Yo también tengo tres simpáticos muchachos, aunque, por desgracia, Bumby, 1er teniente del Cuerpo de Paracaidistas, fue herido y hecho prisionero (aún no tenemos noticias). Mouse y Gigi están en la escuela. Terminan en junio.»

Recuerda que fue por esa misma época del año cuando ella lo visitó (Nueva York, 1932). Reunirse con Carol había sido muy agradable, pero... «Las cosas no salieron muy bien. Lo único que podía haber hecho era matar a John, y eso no resultaba práctico en Nueva York.» (John Gardner había insistido en casarse con Carol, pese a la tenaz oposición de Hemingway. Como se desprende de esta carta, pasaron años antes que Hemingway se volviera a comunicar directamente con Carol.) «No tiene arreglo, Beef [Carol]. Ahora, cuando

pienso en eso, y hace tiempo que no lo hacía, siento por ese tipo el mismo odio que experimento por los nazis.»

Cree que es un sentimiento infantil, tan fuerte como lo que ocurre en un libro de Faulkner. «Sin embargo —dice—, no lo saqué de ningún libro de Faulkner.»

Los asuntos familiares son el eje de esta carta:

«Les (el Barón) [se refiere a Leicester, el hermano menor] se ha convertido en una persona decente, si es que todavía está vivo. Nunca soporté su presencia porque se parecía a su madre.» No obstante, recuerda que en Londres, cuando estaba herido [Ernest Hemingway sufrió un peligroso accidente automovilístico en 1944], descubrió que si mantenía los ojos cerrados podía hacer las paces con él. Los problemas matrimoniales de Leicester y todos los demás no tenían «ninguna solución». Hemingway creía que su hermano buscaba una respuesta en la guerra. Parecía haber decidido «ser un tipo muy valiente y querido por muchas personas». Cuando Bumby cayó prisionero, Leicester se presentó inmediatamente de voluntario en la misma unidad. No tenía ninguna calificación, así que por último se trasladó del Cuerpo de Señales para la 4ta División de Infantería, a la cual pertenecía desde julio. Estuvo con Hemingway durante algún tiempo «y todo el mundo simpatizó mucho con él». Luego pasa revista a otros miembros de la familia:

Ura [Úrsula Hemingway] está en Hawaia (no sé cómo se escribe) con su marido. Su hija es patinadora de hielo. Patina en Ice Frolics o algo parecido. Siempre fue una niña picara y simpática aunque terriblemente malcriada. Se queja de que hace mucho tiempo no tiene noticias de Sunny ni de Marce (Madelaine y Marcelline, respectivamente. Las otras dos hermanas). «Baron ha sido el único vínculo entre las familias. Actualmente se está portando muy bien; simpático, excesivamente

entusiasta, por supuesto, pero civilizado y culto. La guerra es algo deplorable por completo; pero ha sido una buena experiencia para el Barón.»

Hemingway matiza con ironía las pésimas relaciones con su madre: «He recibido una hermosa carta de nuestra madre en la que dice estar segura de que Dios me protegería a pesar de lo poco que yo me lo merezco.»

La madre, que con seguridad sabía del divorcio, le preguntaba quién era Mary Welsh: «Por fin me curé de lo de Martha. Con un escritor basta en la familia (otro resulta excesivo) y lo que yo necesito es una esposa que se quede en la cama por las noches en vez de andar por otra parte. Necesito urgente e inmediatamente una esposa así, y espero encontrarla en Mary Welsh.» Mary Welsh quería dejar el periodismo y no escribir más y Hemingway se comprometía sinceramente a ser un buen marido cuando se casaran.

«Escribir es un negocio muy complicado. Beef, y lo que uno necesita es alguien que ayude en vez de competir con uno.» Martha era «una muchacha preciosa» y él le había enseñado «a escribir muy bien sin cambiarle el estilo». Añade que su esposa tenía mucho talento y escribía artículos «endiabladamente buenos» para las revistas, pero era muy egoísta e imperiosa «y, como ya te dije, lo que quiero es una esposa en la cama por las noches y no una que ande por ahí metida en aventuras... La quise mucho, pero por último me curé viajando».

La carta, sin firma, termina aquí.

Se conserva en Finca Vigía una carta de Martha Gellhorn, con matasellos de 1945, que evidencia un mejoramiento en las relaciones Hemingway-Gellhorn. Así comienza:

Querido Bug [bicho; término afectuoso]:

Ahora que Bumby está a salvo es que verdaderamente considero que la guerra en Europa ha terminado. Por supuesto, no sabía nada sobre él, y estuve por Munich, Nuremberg y en otros lugares por donde había pasado el Primer Ejército, para ver si podía averiguar algo. Sin embargo, no pude averiguar nada de los prisioneros; aparentemente se trasladaban por su propia cuenta y solo eran reportados cuando encontraban algunos de sus compañeros.

Me encontré de casualidad con Neil Regan en París, después del día V-E [Victoria en Europa, 7 de mayo de 1945] y me dijo que había visto a Bumby. Entonces recibí una carta de Charlie Scribner y regresé a Londres, y allí Mike Burks y Bob Thompson me dijeron que había sido liberado, que había regresado para su casa y que tenía buen aspecto. Burke, junto con Henry W. R. North (alias Buddy), formaron una de esas organizaciones de borrachines de Hemingway: la Hemingstein's Boarded Junior Commander, en la que el escritor era el líder y estos dos formaban parte del staff. Ambos conocieron a Hemingway en Londres, en 1944, cuando esperaban ser lanzados en paracaídas sobre la Francia ocupada. Burke era una estrella de fútbol de la Universidad de Pennsylvania.

En su libro *How It Was*, Mary Welsh se refiere al capitán Robert Thompson como una de las personas que le procuró información respecto a Jack Hemingway, Bumby, en noviembre de 1944.

Al parecer, habiendo hecho las paces con Hemingway, Martha le cuenta sus planes al exesposo: «Dentro de dos semanas regreso a casa. Quiero pasar el verano con mamá. Pensaba ir al Pacífico o regresar aquí en el otoño, puesto que me encuentro muy agotada y los japoneses parecen ser muy groseros.»

Cuenta que en Nuremberg visitó la división de Hemingway y pasó la noche con el mayor George Goforth y sus hombres en una casa de apartamentos de alquiler que se hallaba en buenas condiciones, a excepción de la falta de agua. Goforth estaba muy cansado y contento

de que todo hubiera terminado. Estaban más muertos que vivos, pero se mostraron complacientes y le enviaron «muchos saludos y cariños».

Considero que nuestra separación se ha difundido ampliamente; hasta Winchell lo dijo por radio (Audrey me escribió para preguntarme si era cierto), así que es un asunto terminado y no tienes que preocuparte por la publicidad. Tal parece que todo se ha desenvuelto muy discreta y agradablemente.

¿No podrías contratar a un abogado en Cuba para que se ocupe de lo del divorcio? Me parece que solo te representaría una llamada por teléfono. Quiero que todo quede bien amarrado. Estoy segura de que entenderás.

Luego le pregunta si ha logrado comenzar el libro y le desea mucho éxito. «Por favor, besa a Mouse [Patrick] y a Gigi en mi nombre; espero que no los perderé completamente y para siempre.»

Dice gozar de buena salud: «Peso 124 libras y estoy levemente tostada por el sol (muy levemente) y en excelente forma.» Sus amigos, «el cuerpo de redacción del sexto piso», antiguos compañeros de Hemingway en Londres, le envían recuerdos: «Ahora constituyen mi familia y esta descarnada habitación resulta tan agradable como si uno la hubiera construido o como si hubiera nacido en ella.»

En su posdata con fecha «Londres, 28 de mayo», agrega: «Mejor escíbeme a Charlie Scribner; no sé dónde hallaré alojamiento en Nueva York, aunque voy a tratar de conseguir algo en el Gladstone. Si dejaste alguna ropa allí, te la enviaré, si lo deseas.»

En una carta sin fecha, dirigida a Martha Gellhorn y que probablemente nunca fue enviada, Hemingway hace un recuento de su vida familiar. Está redactada en términos muy afectuosos.

Me imagino que no viste a Mousie, ya que salió de la escuela el 19 (aunque puede que lo hayas visto). Bumby está bien. Perdió 50 libras con una dieta de una sopa cada cinco días y a veces 2 sopas a la semana. Bumby había logrado fugarse, pero fue recapturado. Finalmente lo hicieron marchar junto con otros prisioneros desde Nuremberg hasta Moosberg (200 millas), con los SS ocupándose de los que se caían. «Aumentó 35 libras (que al principio eran solo grasa), pero ahora está haciendo ejercicios, alimentándose bien y se recupera con rapidez.»

Había recibido heridas en el hombro y el antebrazo. A causa de una infección tuvieron que operarle un músculo del hombro,' pero, según sus propias palabras, la única consecuencia de todo esto fue que lo liberaron del servicio. Las heridas eran grandes y fueron producidas por una carabina automática a una distancia aproximada de 20 yardas y una granada de mano que casi le explotó al lado de la cabeza. «Hemos tenido mucha suerte con él. Está *entero*. Ni asustado ni nervioso. Ha madurado mucho en algunos aspectos, pero en otros, nada en absoluto. Te quiere tanto o más que nunca. Así que no pienses jamás que lo has perdido porque siempre lo tendrás.»

También estuvieron preocupados con Mousie cuando el doctor dijo que tenía una manchita en el pulmón. Pero era un error de la placa. «Él y Gigi deben llegar mañana. Gigi se encuentra mucho mejor y más fuerte; sigue tan bromista como siempre, pero ahora se le puede seguir la corriente y ha perdido mucho de su fiereza competitiva.»

Por otra parte, Mousie había comenzado a pintar el año anterior; pintaba maravillosamente, según su padre. Este habla de la posibilidad de enviarle un cuadro, si ella lo desea. Sus pinturas recuerdan un poco a Van Gogh, de acuerdo con el criterio de Hemingway, y parecen buenas: «¿No resultaría formidable que se convirtiera en un buen pintor?»

Después añade: «Es muy bueno, modesto y tranquilo con respecto a la pintura. Sabes que está pintando cuando no lo encuentran por ningún lado. He mandado montar dos de los mejores y los he

colgado con los demás cuadros.»

Luego de advertir que la carta será larga, pasa a informar sobre los últimos sucesos. Se congratula por lo agradable que ha sido la última conversación sostenida entre ambos y se alegra de quedar como amigos.

Esto es, más o menos, un escueto resumen sobre los muchachos. Solo me resta decirte que Gigi no ha crecido mucho, pero ha anchado. Mousie está increíblemente alto, encorvado y muy delgado. Debo hacer que engorde y cuidar su postura. Ambos te quieren y están orgullosos de ti.

Cuando llegué a casa los gatos parecían sacados de Dachau. Partían el corazón. Ahora están OK. Blindie se ahogó en el ciclón. Todos los demás gatos están OK. Los efectos del ciclón de 1944 sobre la finca habían sido desastrosos, «pero la mayoría de las mejores palmas permanece de pie y este lugar es aún más bello que cualquier otro que haya visto jamás». La Gran Ceiba y muchos de los flamboyanes no fueron afectados; sin embargo, perdieron las mejores matas de mango y la mayoría de las palmas reales en dirección a las colinas. «Pero lo esencial, la casa y el terreno, están intactos.»

Lo que afectó como diablo es que durante los ocho meses siguientes hubo sequía. Hasta hace cuatro días todo se secaba hasta achicharrarse. Mis trasplantes se marchitaron, la tierra se cuarteaba, no había agua en el pozo y si un fango pegajoso a su alrededor. Entonces, el miércoles pasado, comenzó a llover temprano por la mañana. No fue solo un aguacero sino la verdadera lluvia de temporada que se requería para salvar el lugar. La isla entera se estaba convirtiendo en un desierto y el ganado moría, el pasto casi se había extinguido.

Como un buen guionista le dije a los periodistas lo que tú me aconsejaste en Londres que dijera. Hablé muy bien de ti. Somos amigos.

Nos respetamos. Sin escándalos. Dos personas casadas que ahora rompen. Lo más digno posible. Todo el mundo deseándonos buena suerte. Amigos tuyos diciendo que quisieran continuar mi amistad. Amigos míos diciendo cuánto te admiraban y querían. Walter y yo intercambiando cartas amistosas. Mamá y yo comprendiéndonos. Por otra parte, le informa que Mary Welsh estaba decidida a obtener el divorcio de Noel Monks en la corte el día 28, «que es cuando vence el plazo (por vacaciones de verano)». Se había ido por avión el miércoles anterior con el pasaje resuelto y con cinco días de antelación para no dejar nada al azar.

«Me han asegurado que podré obtener un divorcio sin publicidad en un mes y estoy esperando para ver contigo lo de tu representación, etcétera.»

Por tanto, el desenlace feliz parece algo elucubrado «por Henry J. Kaiser, a no ser por el hecho de que escribo una novela y que esto nunca resulta fácil».

«Salimos hacia el aeropuerto a las 12:35», dice, y le describe el accidente automovilístico que habían tenido Mary Welsh y él. Subían bajo la lluvia la loma que se encuentra detrás del Club de Cazadores. El Lincoln alcanzó la cima, y al iniciar la bajada por la carretera de Mantilla, comenzó a patinar.

Estaba tan resbalosa que parecía enjabonada. Era la primera lluvia después de ocho meses y los camiones la habían enfangado. Hemingway logró sacar el carro de cuatro patinazos, pero, finalmente, se metieron en una zanja, entre un árbol y un muro de piedra. Mary se rasguñó la frente y se hizo un profundo arañazo en la mejilla izquierda. Hemingway se incrustó el pecho en el timón y recibió una herida muy profunda en el centro de la frente donde se le encajó el espejo retrovisor; además, se hizo una herida bastante fea en la rodilla izquierda.

Mary va a quedar perfectamente bien después de una cirugía plástica (Rodríguez Díaz es un maravilloso cirujano), pero va a resultar muy dolorosa; el American Hospital está lleno y tú sabes cómo son las clínicas cubanas. Todas son iguales a la clínica en que murió Mr. Josie [Russell].

Yo no tengo fracturas: el cartílago se desprendió un poco de las costillas y la pleura está lastimada (probablemente te haya ocurrido lo mismo cuando se volcó el jeep). Mi rodilla parece la de un elefante, pero no es fractura. Creo que la hemorragia interna es más de sangre que de líquido sinovial, ya que ahora está drenando bien y el morado llega hasta la articulación. Herrera Sotolongo le suturó a Hemingway en Finca Vigía la larga herida en la frente que se hizo en el accidente automovilístico. Mary recibió muchas más heridas y fue atendida en una clínica. «Pero el cirujano no realizó un buen trabajo», observa José Luis Herrera Sotolongo: «La última vez que las vi todavía esas cicatrices eran visibles.»

Para Hemingway, este incidente culminaba una sucesión de hechos parecidos: apenas un año atrás, Hemingway se había herido la cabeza en un accidente ocurrido en Londres durante un apagón. Esa herida le dejó bastante reborde. Era semejante a la recibida en París, en marzo de 1928, cuando los cristales de una claraboya le cayeron en la cabeza. «Pero entonces tuvo ese accidente aquí», cuenta Herrera Sotolongo. «Era una herida transversal y se le confundía con las arrugas de la frente. Él no manejaba mucho. Pero aquel día iba en su Lincoln de 12 cilindros en línea. Rozó con un poste y se le levantó el capó. Un patinazo en un día de lluvia. Se dirigía al aeropuerto. Siempre iba al aeropuerto por la carretera del Lucero, de ahí a Mantilla, y de ahí a Boyeros. El cirujano de Mary fue Rodríguez Díaz, pero este señor era “más tirador (de pichones) que cirujano”.»

Sin duda, Hemingway era especialmente vulnerable en la mollera. Tiempo después recibió otra herida en la cabeza. Herrera Sotolongo

recuerda:

Lo del garfio de atunes sí fue grande, y muy difícil de arreglar, porque tenía la herida irregular y había que cortar pedazos de piel. Había tenido un tropiezo en el *Pilar* y se enganchó la cabeza con un garfio. Lo curé en el cuarto de Mary; me ayudaban Mary y mi hermano Roberto. Se requería anestesia local. «No quiero», dijo Ernesto. «Bueno, pero tienes que aguantar sin moverte», le advertí, y comencé a cortar el cuero cabelludo. «No me afeites —dijo Ernesto—, porque no me va a salir pelo». «Si te va a salir», le tuve que asegurar. Mi instrumental era español y lo tenía hirviendo en un reverbero, sobre un aparador. Una de las criadas, nerviosa, lo tumbó; a Ernesto, que estaba en short, le cayó agua hirviendo en las piernas. No se movió. «Tú me dijiste que no me podía mover», comentó. Le puse seis o siete puntos en la cabeza, una sutura de emergencia con ágrafes metálicos. Me quedó de lo mejor. Estoico, aunque con menos entusiasmo que Herrera Sotolongo, Hemingway resume así su accidente en la carretera de Mantilla: «Parece que me escapé por poco. No es por quejarme, pero te juro que es una mala suerte haberme golpeado en el mismo lugar donde ya había tenido otro problema.»

Después la carta pasa a otro tema:

Ahora que hemos pasado el drama, veamos qué otras noticias te puedo dar. ¡Ah, sí! Cucu, Mrs. Cucu y yo empacamos todas tus cosas con triste reverencia; están con bolas de naftalina dentro de buenas maletas en el piso superior de la casita. Todos tus papeles, etcétera, están sellados.

Las cosas que podían deteriorarse, las de piel, etc. están guardadas en el closet azul del pasillo, que se mantiene cerrado, y María Esther las saca a cada rato a coger aire. He tenido muchísimo cuidado con tus pertenencias y tus porcelanas, platería, adornos, etc. Todo empaquetado y cuidado. Por favor, no te preocupes por nada.

En son de paz, la adula diciéndole que ha seguido sus instrucciones al referirse a ellos en la revista *Colliers*, y que, de paso, la ha realzado mucho, aunque ella no necesitaba ese apoyo. Se queja de que *Collier's* aún no le ha pagado los 6 000 dólares que gastó de su dinero a cuenta de ellos. Le cablegrafiaron para decirle que solo querían un resumen de sus gastos y que le avisarían cuando hubieran depositado el dinero. En lugar de eso, había recibido una carta «por correo ordinario enviada por La Cossitt (editor de *Collier's*) donde me pedían un recuento pormenorizado de mis gastos».

También se queja de que le enviaron un cable de Mike Burke en el cual se le informaba que Bumby estaba bien, en un sobre de tres centavos, pese a encontrarse terriblemente preocupado por no saber nada de su hijo. Ni siquiera la habían mandado por vía aérea. Dice airado: «Un cable que ellos mismos leyeron y que sabían que era sobre el propio hijo de uno, *lo demoraron diecisiete días.*»

Su diatriba por la desconsideración de *Collier's* continúa, mientras hace un recuento de sus méritos en la guerra. Ha participado en vuelos de intercepción contra las bombas volantes, les escribió buenos reportajes como «Un GI y el general», y fue el primero en llegar a París, y, según lo admiten todos los corresponsales, fue el primero en entrar en Alemania. Sin embargo, no le pagaron los gastos que le debían por algo más de un año.

Sigue hablando después sobre el divorcio. Si a ella le urge, él comenzará los trámites sin tener en cuenta las repercusiones que pueda tener sobre él u otros, pero si no tiene apuro y el status de separados le resulta conveniente, lo hará lo más pronto posible, pero utilizando una táctica más favorable. Si el problema es decirlo, le indica que puede decir a todos que se divorciarán en un mes o en un par de meses o tal vez en el otoño.

Le asegura que él nunca pondrá obstáculos y, si todo sale bien, se divorciarán más rápido de lo calculado.

No sé a ti, pero a mí me resulta *muy duro* escribir inmediatamente después de la guerra... Pero te prometo que procuraré ponerme en forma y escribir lo mejor que pueda para tener de nuevo todas las cosas que perdimos. Ha rebajado de peso; está en 202 libras y su meta es 194. Pero no solo piensa en lo material. Ahora que su divorcio es inminente pasa balance a su conducta: «Nunca he sido un borracho, nunca me noqueó el ron (es mi propia opinión, por supuesto); no he sido ruin ni cruel ni he dicho cosas ruines o crueles. También tengo nuevas y buenas cualidades que ahora no recuerdo. Créeme que son sexua-s.»

Finaliza planteando la posibilidad de que ella y su madre lo visitaran en Finca Vigía alguna vez, si así lo desean, para ver a los muchachos. «Espero pasarme un largo tiempo en África cuando las cosas se despejen, y tú podrás venir cuando ya no consideres que este lugar es un albatros.»

El protagonista de este esbozo de relato es el propio Ernest Hemingway; él lo escribió a su regreso de la guerra. Había buen tiempo en Finca Vigía y el escritor, frente a su máquina, podía evocar, ahora con humor, los tiempos oscuros de los cañonazos.

El relato está escrito con un lenguaje descamado, casi brutal, y, en ocasiones, olvida entrecomillar los diálogos. Comienza así:

Caballeros, la popularidad de su viejo amigo Hemingstein decreció en los alrededores de Hurtgen. Estuve tres días en París, y allí me dieron instrucciones que otras subsiguientes echaron abajo; hablaron mierda, me llenaron de prejuicios y lo confundieron todo. Después nos sentaron en el trailer y el general, que no tenía uno sino dos guardias afuera,

me dijo:
—¿Qué tú crees de esto, Ernie? —¿Usted quiere que le sea franco,

general? —le pregunté, diciéndole lo de siempre, usted sabe. Luego añadí—: Me parece que nos encontrábamos en la peor situación, la más brutal y jodida que he visto en mi vida. «Demasiado franco», escribe Hemingway a modo de reflexión. Después su relato se desarrolla totalmente en forma de diálogo: uno de los personajes, el mismo autor, va a cambiar con frecuencia de nombre: Yo, Pobrecito Papa, Hemingstein:

El General. Comparto tus sentimientos, pero recuerda que no debemos dejarnos guiar por nuestro miedo. Pobrecito Yo. General, que yo sepa no tengo ningún jodido miedo a no ser de sus regimientos 8vo, 12mo y 22do o de los desgraciados ingenieros y médicos. El General. ¿Por qué no me llamas Tubby? Yo. Continuaré llamándolo general todo el tiempo que estemos aquí. El General. ¿De verdad piensas que las cosas están tan malas? Yo. General, esto está más que jodido. EL General. ¿Podrías hacerme el favor de hacer pasar a Dick (su jefe de Estado Mayor que estaba enamorado de una de mis hermanas antes de ingresar en la academia). ¿Vas a cenar con nosotros? HEMINCSTEIN. Solamente si el general me lo pide. EL GENERAL. Está bien. Vete con Buck. Eso es lo que quieres hacer, ¿no? HEM. Después de haberlo visto a usted, general. EL GENERAL. Dile que no joda más y que no me pida más cañones ligeros de 81 *mm*. HEM. ES para volar árboles, general. La artillería más pesada manda los proyectiles a través de los árboles y se meten en la tierra. La tierra está toda fangosa debido a la lluvia. EL GENERAL. Puede que la tierra se congele y se endurezca. HEM. Puede que nieve y que se joda todavía más la cosá. EL GENERAL. Bueno, llégate allá y cuando regreses ven a verme. Tengo una botella de whisky para ti. HEM. Gracias, general. EL GENERAL. Si no me tuteas, resuelve tú solo la bebida. HEMINGSTEIN. Ya lo hice, general, pero su bebida es mejor. EL GENERAL. Acábate de ir, coño. Estaré despierto cuando tú regreses. Dime la cantidad de cañones de 81 *mm* que necesita realmente y cuántos está tratando de robar de los otros

regimientos. HEMINGSTEIN. Adiós, general. Le enviaré a Dick. *La escena se desarrolla ahora en el regimiento.* —So hijo de puta. Tipo repudiable. Crápula. ¿Qué hiciste en París? —preguntó Buck. —¿Qué tú crees? —¿Qué dijo nuestro Líder Perdido? —Nada. —¿Para cuándo es la cosa? —Tenemos que esperar que haya buen tiempo para la aviación. Escucha, Buck: ¿qué cantidad de cañones de 81 mm necesitas de verdad? —Todos los que pueda conseguir y todos los que pueda robar, y me quedo corto todavía. —¿Con cuántos te quedarías satisfecho? —Dile que nunca estoy satisfecho. ¿Qué piensa que vamos a hacer con ellos? ¿Que los queremos para comérmolos o venderlos? —Él también tiene sus problemas. —Cuéntamelos. —No puedo. Estoy prejuiciado. —Siempre supuse que te vería ahorcado, pero nunca prejuiciado.

Al igual que en una carta anterior incluida en esta obra, que estaba dirigida a Allen R. May, no se ha podido identificar el destinatario de esta misiva: un tal Raymond, sin más señas. Pero aquí no hay amor sino una declaración de hostilidades. Tampoco ha sido posible ubicar con precisión al otro personaje aludido en la carta llamado Win. Pudiera tratarse de Winston Guest, pero, por otra parte, Hemingway acostumbraba llamar Wolfie a este amigo. Tampoco se conoce el problema que provocó la ira de Hemingway. La carta, escrita en una hoja de papel gaceta largo, es buen ejemplo de su tono belicoso.

Está fechada el 18 de septiembre de 1945 y comienza:

Querido Raymond: ¿No podrías crecer un poco y dejar tranquilo a Win y no molestarlo más? Desconozco cuáles son tus deberes actuales, y no me interesan, pero, ni aunque fueras el mismísimo Dickie Mountbatten, tendrías derecho a criticar sus acciones en este show. Probablemente he pasado tanto tiempo en la guerra como tú en el kindergarten, en la escuela y en la universidad, y tengo más heridas que las manzanas que tú has llevado a tus profesores o las que estos te han

regalado a ti. Así que entiende esto: si quieres criticar a Win, críticame a mí, y de frente. Molestar está fuera del juego. Hemingway asegura conocer en qué circunstancias Win escribió cierta carta y por qué no la pudo firmar. También sabe que Win se enteró de que la mamá de Raymond estaba enferma al comienzo del año, y que tomó medidas inteligentes al respecto. La madre de Raymond estaba pescando en Canadá cuando Win estaba en Nueva York, y la carta del primero, diciéndole que estuviera allá el 18, llegó a Hemingway el mismo 18. Win no podía abandonar Nueva York a menos que fuera un asunto de vida o muerte, y de todas formas dependería de las circunstancias que pudiera o no venir, le dice Hemingway a Raymond. La carta finaliza en estos términos:

Nosotros no somos amigos, tú y yo, solo conocidos. Sobre esa base te pido, y no sobre otra, que no continúes haciéndote el estúpido criticando las acciones de Win en este show y que no sigas actuando como si estuvieran en una guerra dirigida por la Asociación de Polo, con clasificaciones anuales. La cosa no es así. Se pelea para ganar, y solo los mierdas se preocupan de clasificar o de la clasificación.

Siempre tuyo, E. Hemingway.
En un cable de Robert Capa, cuyo sobre dice: *Released to Cortina*, se lee lo siguiente:

Telegrafía a Fotomagnun, París. Para saber cuánto tiempo permanecerás ahí o dónde podría encontrarte en marzo. Me gustaría tomáramos un trago. El cable, aunque su texto carece de fecha, fue transmitido probablemente en 1949, porque esa es la época del retorno de Hemingway a Europa. A Capa le quedaban cinco años de vida entonces.

El 24 de mayo de 1954 estaba con un par de cámaras colgadas al cuello en un camino cerca de Thai Binh, en Vietnam. Descendió del jeep

en que viajaba con el propósito de tomar fotografías de una columna del ejército francés y le dijo a su chofer: «I'm going up the road, look for me when you drive up.» (Me voy a adelantar, búscame cuando vengas.) Fueron sus últimas palabras. Avanzó unos cuantos metros y pisó una mina. Su amigo Hemingway se encontraba en Madrid cuando recibió la noticia. El 27 de mayo escribió una nota necrológica con estilográfica en la que afirmaba que Capa era un buen amigo y un fotógrafo bravo y extraordinario. «Es terrible para todo el mundo que la ley de probabilidades haya estado en su contra esta vez. Pero es especialmente terrible para Capa...»

El 5 de junio de 1950, Sidney Franklin, el torero, le escribe a Hemingway para contarle sobre su autobiografía recién comenzada. Había hablado con Charles Scribner, padre, antes del viaje de este por Europa, con respecto a la posibilidad de que Hemingway vendiera *Muerte en la tarde* para hacer una película épica sobre el toreo. Rice, el agente de Hemingway, le informó que no estaba interesado. Así que ahí acabó la cosa, pero no el interés de Sidney Franklin en afanes editoriales:

Después vi a Scribner y le enseñé 125 páginas que he escrito de mi autobiografía. Le gustó, pero otros que venían con él no la vieron con buenos ojos y no les pareció que justificara hacerme un contrato. Como había otro editor interesado, le dije a Scribner que estaba bien, que firmaría con el otro. Scribner me ofreció entonces cualquier ayuda que necesitara para que hiciera un buen negocio. Yo sé que estás ocupado. Y sé que has tenido problemas de salud y mucho trabajo. Tampoco estoy seguro cómo andan las cosas entre nosotros. Pero recuerdo que muchas veces me dijiste que me ayudarías si alguna vez me decidía a hacer mi autobiografía. ¿Sería mucho pedirte si entre ahora y mediados de octubre me ayudarás a editar la obra o que hicieras cualquier gestión que creas necesaria para que todo salga bien? Tenía escritas 125 páginas de narración *pura* y había relatado los hechos

tal como los recordaba, casi sin hacer cortes. Calculaba que el libro completo debía dar alrededor de 400 ó 500 cuartillas mecanografiadas. Hizo un bosquejo por capítulos de los episodios, que seguirían una secuencia apropiada. Tenía 30 capítulos planeados en ese momento, pero suponía que al final se reducirían a 25 capítulos de 20 páginas cada uno. Esperaba tenerlo preparado el próximo octubre para que se pudiera publicar en la primavera.

La semana pasada, los editores, mi agente George Bye y yo, acordamos los términos generales del contrato. En esta semana lo firmaremos sobre la base de lo que han visto. Creen que no es necesario un escritor fantasma o un colaborador. Como te he dicho muchas veces, nunca quise hacerlo antes porque creí que lo harías tú. Pero cada vez nos ponemos más viejos y lo mejor que hago es sacarle lo que pueda antes de que sea demasiado tarde. Y aunque te sorprenda, este invierno espero entrar en acción en Venezuela y Perú. Tengo que hacerlo para promover el libro y convertirlo en un tópico de moda, además del dinero que obtenga de las corridas. Según las circunstancias, saldría en auto para California y México y volvería en un mes. Después iría a Sudamérica para cumplir sus compromisos de acuerdo con lo establecido en el contrato y estaría de regreso a Estados Unidos a finales de julio. Más tarde haría un pequeño viaje a España para buscar uniformes y retornaría en octubre. Planeaba escribir un capítulo de 20 páginas cada semana.

Si estás de acuerdo iré a verte en La Habana cuando vuelva de México o cuando vaya a Sudamérica o después. Como mejor te acomode a ti. Lo que me interesa es que rae ayudes a hacerlo. Espero que tu salud mejore y que puedas disfrutar de la vida como antaño. Mientras tanto, recuerdos a todo el mundo y por favor hazme saber tu decisión. Y sobre todo, cuídate. Diez días después de escribirle a Hemingway esta carta en la cual

describe en detalle sus proyectos y solicita su ayuda, Sidney Franklin le hace otra en la que repite con una insistencia casi textual lo expresado previamente. La misiva está fechada el 15 de junio de 1950. Comienza así:

No sé si recibiste mi carta de junio 5. En ella te expliqué que estaba a punto de firmar con un editor lo de mi autobiografía y que ellos pensaban que era justo no utilizar a un escritor fantasma ni un colaborador, pero me dijeron que tenían que garantizar una buena edición, y por eso te escribí pidiéndote ayuda si tenías tiempo. Sidney Franklin le expresa su sentir sobre la historia de su vida y la convicción de que era mejor dejar de escribirla que publicarla sin la debida calidad. No confía en cualquier editor por calificado que sea. Desea un experto en la materia; es decir, al propio Hemingway. Todos los trámites de su publicación los tenía aguantados esperando la decisión de este:

No le he mencionado a nadie, excepto al propio Scribner, que me gustaría que tú me ayudaras a editarla: me dijo que te escribió varias veces para que me vieras, pero no dijiste nada en las cartas a él. Te escribí también sobre la posibilidad de que yo fuera a Cuba en cualquier momento que se conviniera. Quiero decir, si estás de acuerdo. Tengo 125 páginas de narración pura. Si lo sigo, quisiera tenerlo todo preparado en la primavera. Pienso efectuar corridas en Venezuela y Perú este invierno para poner el libro en boca de todos. Y bien, ¿qué dices, Ernest, tienes el tiempo para ayudarme a editar o lo que tú digas en tus propios términos? Termina la carta enviándole saludos a Mary y a él, y congratula a Patrick por su matrimonio.

Fechada en Roma, el 12 de diciembre de 1950, Ingrid Bergman escribe a Hemingway y Mary Welsh:

Hace tanto y tan lejos... Pero pienso en ustedes a menudo y leo sobre ustedes, y espero que pronto viajen a Italia o París, pues nosotros estaremos allí a principios de año. Querido Papa, he leído varias veces las cosas bonitas que has dicho sobre mí, abrazo tu gran corazón y te lo agradezco con el mío. (¡Qué frase!) Llega la Navidad y por una vez estoy escribiendo a tiempo para enviar felicitaciones. Generalmente llegan mucho después. Así que, Felices Pascuas y que el nuevo año se las arregle para que coincidamos en el mismo lugar. Con los mejores deseos para ustedes dos, Ingrid.

Ernest Hemingway recibe un cablegrama importante de su hermana Madelaine. Las noticias son las peores.

MAMA MURIO HOY 12:40 AM JUEVES 28 DE JUNIO FUNERAL
EN RIVER FOREST PROBABLEMENTE SABADO
CARIÑOS SUNNY

Fernando G. Campoamor recuerda que ese día había visitado Finca Vigía casualmente. Cable en mano, Hemingway dijo: «Look, Fernando, mother is dead.» Enarboló ese cable y se preguntó: «¿Por qué esta mujer ha hecho esto?», al parecer quebrantado momentáneamente. Aceptó que ella y él nunca se habían comprendido. En un gesto usual, dijo: «Vamos a tomarnos un trago. Vamos a tomarnos un whisky.» Después se le aguaron los ojos, y estuvo de pie todo el tiempo.

Campoamor observó en sus habituales visitas a Finca Vigía que Hemingway acostumbraba mantenerse en pie y obligada a sus invitados a sentarse. Incluso los sentaba en su propia poltrona. «Siéntense, siéntense», y los presionaba en el hombro para mantenerlos sentados.

En una carta sin fecha, Ingrid Bergman le da cuenta a Hemingway de la postal de Navidad que este le enviara a Italia. El día anterior había

recibido una carta de Hemingway con una nota del correo que pedia disculpas por la demora en la entrega. El avión que la traía se había incendiado. Adentro del sobre encontró la postal de Navidad, tan chamuscada que el nombre de Hemingway era casi indescifrable. «Pienso que el correo es verdaderamente eficiente en Italia», dice Ingrid. Luego pregunta por sus gatos y por su regreso a Italia.

Antes de que Robertino naciera me escribiste deseando que tuviera jimaguas para que tú pudieras ser el orgulloso padrino y bautizarlos en San Pedro. No viniste, probablemente porque no tuve jimaguas. Trato ahora de nuevo en junio. ¿Vendrás si tengo jimaguas? Roberto [Rosellini, su esposo] también desea enviarte los mejores deseos y esperamos, queridos amigos, que todo les vaya bien.

Los quiere, Ingrid.
Unos meses después de la carta de Ingrid Bergman, en la que esta le pedía que fuera el padrino de sus hijos si tenía jimaguas, Hemingway recibe este cable fechado en Roma, el 18 de junio de 1952, a la 1:30 am:

INGRID QUIERE QUE SEPAS TENEMOS BELLAS HIJAS
LLAMADAS ISABEL E INGRID. TODO BIEN ROBERTO ROSELLINI
El cable fue recibido en Finca Vigía el día 19, a las 8 am.

Malcolm Cowley, autor de *Exiles Return* y de «Un retrato de Mister Papa», escribe a Hemingway, desde Connecticut, el 3 de agosto de 1952.

El viejo y el mar es maravilloso; el viejo es maravilloso y el mar lo es también y asimismo el pez. Me enorgullezco de ellos y de ti y me alegra hacer la reseña del libro para el *Herald Tribune*. Aún desconoce lo que va a decir, porque tiene mucho espacio para comentar un libro tan breve, pero asegura que será agradable llenarlo. Cowley casi hace una reseña del libro en la carta. Habla de la prosa que,

según él, tiene la cualidad, en este y otros libros de Hemingway, de ser absolutamente fresca.

Las palabras resaltan por separado en la página como si nadie antes hubiese empleado las palabras más sencillas de la lengua inglesa. Y para señalar lo que haces con el relato, puedo hablar sobre el actual arrebatado por los símbolos y los mitos; los muchachos que dicen, vamos, voy a usar símbolos; vamos, voy a crear un mito, y olvidan que si un personaje no *se* convierte en un ser viviente, no puede ser un símbolo, y que si un libro no cuenta una historia, no puede ser un mito. Hemingway ofrecía un personaje viviente y una historia, y el lector tenía el privilegio de encontrar en ellos cualquier símbolo o cualquier cualidad mítica, pero, mientras tanto, el personaje y la historia tenían vida propia.

Hay un curioso contraste con *Moby Dick*, donde la ballena viene a representar un poder impersonal y la malignidad de la naturaleza. Tu pez y tu pescador son partes iguales de la naturaleza, como dice el viejo; cada uno de ellos desempeña el papel asignado, como en un drama ritual. El viejo ama y honra al pez y uno sospecha que este pez ama y honra al viejo, y al final, pez y hombre han colaborado (como el toro y el matador) para hacer que la vida de este planeta parezca más dramática de lo que era antes de que su batalla comenzara. Considera que llenará el espacio sin problemas, procurando no desmerecer el libro.

Estoy revisando las pruebas y hay un error que espero que hayas detectado antes que el libro fuera a la imprenta: la albacora de las pp. 43 – 44 se convierte en un bonito en la p. 64 cuando el viejo se la come. Le pregunta lo que hará con los otros tres relatos, si piensa publicarlos el año próximo, juntos o separados, o si va a utilizarlos de otra forma. (Se refiere a las partes que luego constituyeron *Islas en el Golfo*.)

Se queja del calor. Julio de ese año había sido el mes más caluroso en Nueva York desde que el Buró Meteorológico comenzara a llevar estadísticas en 1871: «Me resultó muy duro porque no soy animal de los trópicos. Comienzo a vivir ayudado por la primera escarcha...»

Además del calor, ese año hubo una invasión de conejos.

Nos invadieron como si fuera una tribu del desierto; pusieron sus tiendas y comenzaron a tener familias; se volvieron dóciles, luego impertinentes, tanto que los más jóvenes se acostumbraron a venir a olerme los zapatos. Luego comenzó a crecer el jardín y se mudaron para el jardín. allí se comieron todas las flores, incluyendo los crisantemos, no sin antes mirar los precios para cerciorarse que se comían algo que valía la pena. Al principio no se atrevió a dispararles, pero la cosa se convirtió en un problema de vida o muerte. Una mañana vio dos en el jardín; perdió la paciencia, buscó una escopeta de dos cañones y los mató allí mismo. Pero había cuatro, no dos, y los otros lo miraron sorprendidos. Regresó a la casa, cargó de nuevo, salió y allí estaban. La cosa se convirtió en una cacería de conejos. Las zorras estaban muriendo de sarna, y los conejos no tenían enemigo natural que los eliminara. Los mapaches también se multiplicaban en los campos de maíz.

Es raro; en este país está surgiendo un nuevo tipo de gente que no se acostumbra a usar armas de fuego y si atrapan un mapache lo entierran en vez de comérselo. Hay *pioneers* que no pueden comer a menos que sea comida enlatada. Hostigado por el calor de Nueva York, trata de consolar a Hemingway por la temperatura que, según suponía, debía estar soportando más al sur.

Espero que puedas soportar el calor de Cuba y puedas dormir. ¿Por

qué no te metes en el barco y partes hacia el norte en un tiempo como este?

Le cuenta que ha oído decir que hay buena pesca en Nueva Escocia.

Y bien, ya que te preocupas por mis aventuras en el no alcoholismo, te diré que lo aguanté durante dos meses y luego decidí que un poco de vino blanco no me haría mucho daño. Y lo que me hizo caerme del caballo no fue la tensión de mantenerme sin beber, sino la tensión del aburrimiento en las fiestas. Sin embargo, no había tocado la bebida fuerte, porque el médico lo había asustado, y se trataba de un buen especialista.

Una carta de Hemingway a Bernard Kalb, del *Saturday Review of Literature*, fechada el 17 de agosto de 1952, se encuentra, en gran parte, escrita en forma de cuestionario:

P: ¿Cómo va el trabajo? R: Igual que siempre. Algunos días mejor que otros. He trabajado a buen paso durante dos años y medio, y ahora necesitaría unas vacaciones.

P: ¿Cómo va el libro grande? R: Muy largo. No tengo apuro ninguno.

P: ¿Cuándo podremos leerlo? R: Cuando decida publicarlo.

P: ¿Trata usted de que sus respuestas sean bruscas? almente no me gusta hablar de mi trabajo cuando estoy escribiendo. A alguna gente le gusta. Pero, desafortunadamente, a mi no.

P: ¿Cómo va la pesca? R: Muy bien durante la primavera y el primer tiempo del verano. No valía dos kilos durante el tiempo de las manchas del sol, pero mejora cuando hay una corriente fuerte en el Golfo. Capturamos 25 buenas agujas esta temporada y vamos a coger muchas más. En mi mejor año capturé 54. Los peces en esta época son muy grandes. Trabajo por la mañana temprano y pesco cuando termino de escribir.

Hemingway le habla de lo agradable y fresco del clima en Finca Vigía ese verano, a pesar de la ola de calor del año anterior.

Mary, mi esposa, está muy bien. Ama el mar; nunca se ha mareado y pesca muy bien. Duerme por las mañanas temprano mientras yo me levanto y trabajo. Ella lo resuelve todo cuando se levanta, todo lo que yo he dejado de hacer porque mi mente está en lo que escribo. Casi todos los días ella lee lo que he escrito. Puedo decir cuándo se conmueve y cuándo se eriza. No puede fingir sus reacciones. Ahora lo mejor que hago es dejar de escribir esto y ponerme a escribir otra cosa.

Buena

suerte.

Al final de la carta, aparece una nota manuscrita de Mary Welsh, que advierte que este es un fragmento de una carta a Bernard Kalb, del *Saturday Review of Literature*, Nueva York, y que no debe ser reproducida jamás.

Hay una carta de Michael Lerner con fecha 20 de agosto de 1952, encabezada: «730 Fifth Avenue, New York 19, N.Y.»

Había recibido una prueba de galeras de *El viejo y el mar* que le envió *Life*. Al leerla, se sintió entusiasmado y feliz:

Es una de las mejores obras que he leído y estoy seguro que igual o mejor de lo que has escrito. No dudo que el mérito del libro será reconocido de inmediato. El viejo puede ser tomado como ejemplo por esta generación, o por cualquier otra que venga. Le cuenta de su llegada a Bimini hace alrededor de 10 días. Está enredado por todo el trabajo atrasado. Esa tarde viajará a Saratoga Springs y regresará a Nueva York el 19 de septiembre.

Ernesto (en español en el original), si estás en N. Y. en esa fecha y no me llamas, me sentiré profundamente decepcionado. Estoy ansioso de que almuerces conmigo, y si Mary está contigo, saldremos los cuatro, con Helen. Si no, tú y yo podemos almorzar en mi oficina del 730 Fifth Ave., y tendremos tiempo para hablar de los viejos tiempos. Hemingway había escrito una carta a Arthur Gray hablándole de Lerner, que este agradecía. Esperaba que Hemingway regresara algún día a Bimini.

No sé si conseguiste el *National Geographic*, pero por si no, aquí te mando el ejemplar de febrero pasado que contiene un artículo que te dará alguna idea del trabajo del laboratorio.
Te deseo salud y descanso, Tu amigo, Mike.

El 28 de agosto, Marlene Dietrich envía un cable a Ernest Hemingway, solicitándole consejos.

Me han pedido que hable programa radio llamado cápsula del tiempo sobre tu libro y grabación será enterrada y sacada en cien años si lo permiten las bombas STOP sé mi lugar STOP creo está fuera de mi territorio dar opinión sobre tus escritos STOP creo mucha gente habla tonterías y esto me da valor STOP por favor dime si lo quieres o sería insensato.

Le agradece también una carta que Hemingway le ha enviado porque nunca recibe ninguna. También desea ir a visitarlo, pero las ocupaciones habituales se lo impiden por el momento. Se despide: «Besos a Mary y a Hemingstein y al viejo y al pez», y firma ella misma: Kraut.

El 10 de septiembre de 1952, W. R. Hearst, hijo, le escribe a Hemingway una carta donde agradece que este le haya enviado su libro, aunque ya él lo había leído en *Life*.

Es realmente grande, como dirá cualquiera que haya tenido una caña de pescar en su mano. Creo que hasta aquellos que han sido suficientemente tontos como para nunca exponerse a la experiencia lo encontrarán interesante. La historia y la forma. Le pregunta por la posibilidad de que Hemingway se dé una vuelta por «el vecindario de la selva de concreto». De hacerlo, se podrían reunir para tomar unos tragos. Finaliza deseándole lo mejor a Mary.

Adriana Ivancich provoca conflictos en Finca Vigía y Ernest Hemingway escribe a Mary una nota doméstica el 1ro de junio de 1953. El documento está escrito a máquina, excepto las frases en cursiva, que aparecen manuscritas en el original.

Querida: escribí estas líneas para esclarecer algo en mi mente. Por favor, devuélvelas. Tus palabras exactas esta mañana fueron: «Quieres meter tu nariz en todo. Te enfureces apenas alguien escribe cualquier cosa sobre el país en que tú estás. Fíjate en el hombre que escribió ese libro sobre España.» P: ¿Quién? R: Ese francés. Malraux, aclarado. ¿Quién más? Respuesta: Mira lo molesto que te pusiste con Dos Passos solo porque escribió sobre Michigan. Hemingway dice haberle explicado todo lo referente a Dos Passos y *Native Country*.

En otro momento, Mary se molesta porque, según ella, Hemingway no le había dicho nada sobre una carta de Alfred Rice que transmitía una oferta de la revista *Look*. (Alfred Rice fue el asistente de Maurice Speisser cuando este cayó enfermo. Speisser era el agente de Hemingway en Nueva York.)

Hemingway le replica que habían hablado de eso cuando Leland Hayward y su esposa estuvieron en Finca Vigía: Mary estaba «cansada de oírle hablar de ese tema». (Leland Hayward fue el productor del

filme *El viejo y el mar*.)

Mary insiste en que no le dijo nada de la oferta de Lowe. (Bill Lowe era el editor de *Look*.) Solamente murmuró algo.

Explicación: esa oferta le fue completamente explicada a ella después que los Lowe se retiraron. Se habían ido poco después que Mary llegó. Ellos habían llamado para preguntarle cuándo podrían venir. Después de hablar sobre el asunto, Hemingway planteó sus objeciones y Lowe presentó su ofrecimiento sobre el cual Mary y él hablaron largamente por la tarde y por la noche. Regresaron al otro día y discutieron sobre las condiciones que debía tener el fotógrafo. Lowe envió su acuerdo por escrito, que Mary leyó y dijo que eran exactamente los términos que él había propuesto, excepto lo del fotógrafo, que debía permanecer tres semanas y no dos.

Las cosas se están poniendo insoportables. Ayer mientras cenaba, me regañaron y me insultaron por la ropa. Guardé silencio y me levanté de la mesa. Regresé y ella continuó gritando tanto que los sirvientes y el sordo Taylor podían oírla. No respondí, no intervine y no le rebatí nada. La noche posterior a la inauguración del torneo de pesca de la aguja, después de haber estado pescando todo el día, Mary lo despertó a la una y media de la mañana con sus regaños y su llanto. No hubo forma de pararla. Él no respondió sino para pedir que por favor detuviera aquello, ya que debía levantarse temprano para salir al otro día. Los regaños y los insultos continuaron y él se fue a sentar en la butaca de la sala hasta las 5 am. Cuando regresó y encontró a Mary durmiendo, se acostó hasta las seis. Entonces tuvo que levantarse para preparar los sandwiches, el desayuno, etcétera.

Estos regaños e insultos fueron la continuación de una bronca desproporcionada que ella dio en el automóvil delante de Taylor y Roland. Esta sarta de regaños fue excepcionalmente violenta.

Una reprimenda por retrasar nuestra llegada a casa por detenerme y hablar demasiado tiempo con la gente en el Floridita, probablemente era merecida y justificada. La violencia con que esta se produjo dentro del automóvil y la vituperación delante de la gente fueron, sin embargo, excesivamente embarazosas. Para él, no era justificable ni inteligente que repitiera sus quejas a la una y media de la mañana.

Lo había preparado todo y me iba de la casa antes que Mary despertara. Alegrementemente dije adiós, no mencioné el regaño ni la gritería. Mary estaba de muy buen humor cuando llegamos al torneo el domingo pasado por la noche. Bastante tensión hubo durante la semana con ese maldito Roland aquí y un montón de gente en el almuerzo del miércoles, lo cual ponía a cualquiera de mal humor. Pero Roland se preparó para irse el viernes, lo cual hizo, y Hemingway resolvió por teléfono todos los problemas. Luego se ocupó del asunto de la posposición del torneo que debía continuar el sábado (no obstante, todo tenía que estar listo hasta el momento de la posposición) y visitó a los Holman en el Country Club (Jaimanitas).

No creo que me haya gritado ni regañado el viernes. Lo siguiente fue el violento exabrupto en la mesa el sábado 30 de mayo al mediodía. Lo ignoré y tuve una tarde agradable y una noche placentera, con una tormenta que rugía afuera. No hubo gritería por la noche. Se levantó a las 5 am para revisar la casa. Había una tormenta muy fuerte con viento del ESE y ráfagas de 45 – 50 millas, característicos de una perturbación tropical que viene del noroeste en el Golfo de México.

De nuevo regaños y gritos cuando llegó el correo de la mañana. Al pedirme que leyera la carta de Carl Brandt, cometí el error de decir que Brandt se equivocaba al expresar que ni él ni la señora Hemingway

conocían de negociación alguna con la revista *Look*. Estas fueron iniciadas por la revista *Look* hacía ya cuatro o cinco meses, y Mary y yo habíamos discutido muchas veces sus desventajas. *Lo que sí era verdad y correcto es que no teníamos ningún compromiso con Look cuando Mary le envió a Brandt las muestras de los diarios. Pero habían hecho ofertas durante varios meses.*

El problema era que Hemingway no veía la forma de evitar esos terribles y enojosos exabruptos. Siempre había largos intervalos entre cada uno («a veces meses»). Reconoce que con frecuencia se merecía los regaños, «pero quien reconozca esto, merece recibirlos sin rabieta y sin falsas acusaciones. *Esas cosas no ayudan*».

Hemingway alegaba estar comportándose lo mejor posible, tratando de no provocar celos con otras mujeres; desde que lo regañaron, había realizado el mayor esfuerzo por regresar a almorzar a la hora exacta en que decía que iba a hacerlo: «*No telefonar para decir que voy a llegar tarde, sino evitar las demoras y llegar a tiempo.*»

Trataba de ser justo con Mary en todas las formas posibles; especialmente velaba por que durmiera sus mañanas. «Pero no puedo oír el teléfono a menos que esté cerca de él, y ella *puede* oírlo. Así que si suena temprano, yo no puedo evitarlo.»

Siempre había oído que las mujeres apreciaban los regalos y que había que «hacerles el amor con amor» y comprenderlas.

Tuve que soportar la peor gritería en público de toda mi vida y luego ser despertado a la una y media de la mañana para escucharla de nuevo. Esa noche, mientras escuchaba, pensé decir: estoy un poco sordo. ¿Debo entender que me estás dando las gracias por el pequeño convertible amarillo? La tentación de decirlo era tan fuerte que me levanté de la cama inmediatamente para evitar responder. Lo único que he aprendido es que es mejor no contestar. Las mujeres no recuerdan nada de lo que dicen. Pero si finalmente uno da una mala respuesta, ESO es

lo único que uno dijo esa noche, o esa mañana, o esa tarde. Se pregunta si debe aceptar a Mary como una regañona y perder otra ilusión.. O si debe aprender a seguirle la corriente y no tomar las cosas a pecho. Sabe que puede hacerlo, pero eso significa perder lo que valora por encima de todo: su amor y compañerismo.

Lo extraño de todo eso es que Mary vendrá a mi y me preguntará qué puede hacer para convertirse en una mejor compañera y esposa. Pero si yo le pidiera *a ella* ahora que pensara seriamente sobre este problema, o hábito, porque en eso se ha convertido, lo más probable es que me responda: «¿Qué, yo una regañona? Tengo la lengua más amable y la mejor disposición del mundo y quién eres tú para decir esa incierta y horrible apreciación sobre mí.» Por eso lo mejor que hago es dejarlo pasar. *Pero tal vez, con un poco de suerte, puede ser que ella comprenda que en los últimos tiempos ha estado regañándome mucho y muy violentamente.* Son dos líneas. La letra de Hemingway muestra un trazo inseguro. En el borde superior de la cuartilla, dice:

Mary (after double martini-single martini).What can I do darling to help you? [Mary (después de un martini doble y uno sencillo). ¿Qué puedo hacer para ayudarte, querido?]
¿Para qué lo anotó? ¿Para qué esa oración solitaria? Ya no se sabrá. Estaba ahí, perdida, entre los papeles de Finca Vigía.

El 7 de agosto de 1954, Hemingway envía a su hijo Gregory una carta que encabeza: «Querido Gig.» Una buena parte de ella está dedicada a la discusión de sus manuscritos originales, primeras ediciones, etc., como posibles fuentes de ingresos. Patrick y él, Gregory, deberían entregárselos a Lee Samuels, el amigo de Hemingway:

Él los conservará en una caja fuerte con aire acondicionado, y cuando

alguno de nosotros, tú. Mouse [Patrick], Bum [John] o yo, tengamos algún tipo de problema, puedo hacer que se venda uno, inteligentemente, a alguien que se comprometa a donarlo a una biblioteca universitaria en caso de muerte. Venderlos inteligentemente puede producir mucho dinero. Prohibir su venta significará que no produzcan nada de su valor real. Hemingway habla con verdadero disgusto de lo que sucedió cuando su exsuegro, Gustave Pfeiffer, perdió el juicio y la memoria. Después de su divorcio de Pauline Pfeiffer, Hemingway le había entregado el manuscrito de *Por quién doblan las campanas* al tío Gus, pues este le había expresado sus deseos de tenerlo, porque le producía una gran alegría poseer sus manuscritos. Solo lo quería para su disfrute, mientras estuviera vivo, y siempre lo tuvo a nombre de Hemingway por si quería entregárselo a cualquiera. Le dijo esto en una carta; también hizo mención al resto de los manuscritos.

Parece que un «comité» (creado cuando perdió sus facultades y del cual Hemingway era ajeno) quiso apropiarse de los documentos; incluso de los que estaban en poder del escritor en Finca Vigía, pero todo «fue un chasco para ellos»:

Las declaraciones de Mayito Menocal sobre uno de los miembros del comité, que llegó a La Habana y se presentó a sí mismo como el tío Gus e hizo que Mayito lo llevara a casa acompañado de mujeres y de un hombre para que abriera la caja, son sorprendentes. Me enteré sólo cuando recibí la noticia de la muerte de tío Gus, mientras estaba en un safari en África. Me molesté mucho, tanto que no quise hablar de eso con Pat [Patrick], ni siquiera pensar en eso. Me hacía sentir mal. Pero lo tomé con tranquilidad... Tú sabes que Mayito es una persona muy seria. Él sabe que el tío Gus y yo éramos buenos amigos, así que hizo todo lo que pudo por el hombre que dijo ser el tío Gus. También hubo repercusiones en la exresidencia de Hemingway en Key West: «El asunto de Key West fue peor. Pero no tan feo porque nadie se

hizo pasar por el tío Gus.» Después Hemingway deja estos asuntos y le brinda noticias sobre Patrick. Algunos puntos son reveladores respecto a su novela *Islas en el Golfo*.

Dejemos eso. Todas las noticias de Mouse son buenas. Te escribí diciéndote que le habíamos conseguido un buen cocinero. Alguien que pueda ocuparse eficientemente de la casa (así espero). Está pintando muy bien. Le compro un cuadro al mes, y cuando tenga suficientes para montar una exposición, haré que se la monten en N. Y. Los cuadros los venderá él y podrá quedarse con lo que produzcan. Me gustaría quedarme con los que no se vendan. No he visto los cuadros aún, ni los he pagado, pero he de hacerlo, y dice él que le va bien. Cualquier cosa que sea de valor, la podrá vender, y luego me paga a mi el costo original. Me parece que es una buena forma de brindarle apoyo a alguien y de darle un interés profesional a su trabajo. Quise enseñarle algunas cosas sobre la caza mayor, pero no tuvimos tiempo. Ahora ha conseguido que lo ayude el viejo Mumu, un buen custodio de armas y ladrón de marfil de los viejos tiempos, y como Mouse habla bien el swahili, Mumu lo entrenará mejor que yo. Se excusa por lo larga que será la carta y le asegura que puede visitarlo cuando desee, en cualquier momento. Está trabajando muy duro y no ve a nadie. Luego se refiere a John, el hijo mayor. Curiosamente, le da a Gregory el apodo Schatz, que en *Islas en el Golfo* es el apelativo de Tom, la contrapartida de John en la obra de ficción.

Schatz, Bum es el miembro de la familia que me preocupa. Me parece que está luchando por ser algo en la vida civil, pero le va muy mal realmente. Excepto en la pesca. Le envié el dinero por sus acciones en la Wamer-Hudnut, pero no las he vendido aún, y todavía están a su nombre porque no sé cuándo va a estar nuevamente en bancarrota y así las acciones continúan produciéndole dinero, lo que va a causarle una sorpresa.

Hemingway le ha enviado a John 4 000 dólares adicionales y se queja de que nunca recibe noticias suyas, excepto cuando necesita dinero. Ha sido un buen marido y un soldado muy bueno y un excelente pescador, pero es un desastre para obtener dinero y a Hemingway se le hace difícil mantenerlo.

Esta carta no es un paño de lágrimas. Es solo para informarte. Me he estropeado bastante con la tontería del avión. [Su doble accidente de aviación durante el safari en África de 1953 – 1954.] Nunca antes se me había roto la columna, por lo menos no me lo habían certificado, y puede llegar a ser molesto; y cagar de pie, aunque no es un acto difícil, llega a ser aburrido. No sé si te lo he contado; pasé 22 días sin poder abrir el esfínter. Luego boté una especie de piedras blancas y duras del tamaño de pelotas de golf. Llegué a defecar 62 pelotas diarias. Era realmente cómico. Un día no llegué a tiempo y Miss Mary me dijo: «¿No sabes que los caballeros no se cagan en el piso?» «Bueno, ya conoces a uno que lo hizo», le respondí, limpiándome enérgicamente. Ha instalado un aire acondicionado en su cuarto de trabajo. Le cuenta sobre su producción literaria: escribió un cuento, y seis días después, el segundo. Luego continúa hablando de las peripecias de Mary Welsh en África. En tono confidencial, dice:

Esto es entre nosotros... Te diré que nunca sabía hacia dónde' ella iba a tirar. Creo que el Mannlicher con que cazaba era demasiado largo para ella...; se disparaba al levantarlo. Hacía maravillosos disparos a 350 yardas. Mataba animales limpiamente de un disparo en el cuello a 375 yardas (un kudú pequeño muy bonito) y erraba un león tan grande como una alfombra tendida a veinte yardas. Todo el mundo la quería y la apoyaba; ella se pavoneaba como un cabo del ejército para dispararle a un objetivo a 40 yardas, pero siempre fallaba, aunque le hubiese disparado a Nuestro Señor sentado en las piernas de William Faulkner y aunque hubiese tenido la luz detrás de ella. Pero siempre la

estábamos entrenando y ella siempre le estaba disparando a todo lo que fuera carne. Así que disparó muchísimo. Lo que iba en su contra era la estatura. No importa lo grande que fuera el león: ella siempre le disparaba a la cabeza. Le conseguiré un fusil apropiado a su tamaño. Pensaba hacer un documental dentro de un año y quería arreglar las cosas para que Gregory, Mouse y él estuvieran juntos.

Mary va a poner en forma la casa de la piscina [en Key West]. La alquilaremos durante el invierno. Ahí es donde está el dinero. Las otras gentes que tenían la casa grande se mudaron el 21 de este mes, pero la alquilaremos enseguida. Reconozco que tal parece que no entra dinero, pero tú sabes que pagué los gastos (algunos) y que esto me restó mucho, hasta que les pagaron a Mouse y a ti. Envío a tu nombre el cheque que me pagó Rice; es para que le compres algo a tu esposa y para que veas que no trato de hacer dinero solo para mí. Entonces pasa a hablar de lo complicada que está la situación en Key West. Desde el momento en que estuvieron de acuerdo en vender la casa, la gente había ido bajando el precio porque deseaban comprarla por muy poco. Se las habían arreglado para que no produjera más de 50 000 dólares, pero Hemingway pensaba maniobrar para que resultara una propiedad valiosa para sus hijos y él. El tío Gus la había comprado en 12 500 dólares, y Hemingway invirtió en ella 60 000, por lo que resultaría criminal venderla por menos de eso. Pensaba que si alquilaba ese invierno, habría dinero para todos. «No mucho —añade—, pero será dinero al contado.»

Le confiesa a Gregory que está pasando por una etapa dura, pero procuraba trabajar bien de nuevo.

Es necesario ser despiadado para evitar las personas que me hacen perder el tiempo y de la misma manera ejercitarme para reconstruir la fuerza básica y emplear bien la cabeza y no cansarla demasiado. Sabe que él y Patrick le darán esos manuscritos a Lee Samuels. Es para

Hemingway como recibir refuerzos en medio de una batalla. Significa que no tendrá que preocuparse en hacer un trabajo inútil ni obligar su cabeza a ir más rápido de lo que puede, según dice. Tampoco tendrá que preocuparse por ayudar a John.

Primeramente su hijo mayor le escribió que iba a salir del ejército y que abriría una tienda de artículos deportivos en un país donde hubiera buena pesca; viviría modestamente, etc. Luego, el propio John le explicó que el negocio de los artículos deportivos ya no iba y que estaba trabajando para una compañía de seguros. Necesitaba dinero para comprar una casa, pero también para hacer la vida social que correspondía al nivel de su trabajo. Hemingway no puede imaginarse de dónde saldrá ese dinero.

Este año tengo una buena oportunidad de ganarme el Premio Nobel, a no ser que se lo den a un gran poeta de Islandia, o, por ejemplo, a Synghman Rhee. Si lo gano, le entregaré a John una parte. Pero las transfusiones no lo van a mantener toda la vida, si no construye sobre terreno firme. Por otro lado, no se le puede estar pidiendo a un esposo y padre ejemplar que se gane la vida eternamente tirándose de un avión, aunque le dan gratis el paracaídas. A mi me gustaría ganarme la vida disparándole a un rinoceronte que se acerca o tirándole piedras a un elefante irascible. Pero no garantizo ganarme la vida con los felinos que se aproximan más rápido que el correo, y más tarde o más temprano uno falla. El truco, por supuesto, es no dejarlos llegar. Añade que algún día le contará algunas historias graciosas sobre su último viaje a África. Hace pronósticos sobre la habilidad de Patrick como cazador. No se atemorizaba y siempre disparó bien. Además, era muy popular. Antes de una larga posdata, Hemingway promete:

Alguna vez te contaré del viaje tan cómico que hicimos a lo largo del Gran Ruaha, y de cuando fuimos a los montes Chulu, adonde no había ido ninguna mujer blanca, incluida Miss Mary. Hay, además, algunas

cosas cómicas sobre el accidente de aviación. También está lo del león de Miss Mary, después de 37 días de caza horripilante e intensiva. Si alguien se merece un león realmente grande o si algún león grande alguna vez se mereció a alguien, fueron Miss Mary y esta bestia. Gig, después de la cacería de leones de Miss Mary, no hay más nada. Ella y su portafusiles, el viejo Charo, son tan pequeños que ningún animal les tiene miedo. Los perros salvajes quieren comérselos. Los topos corren alegremente hacia ellos creyéndolos buenos compañeros. Las cebras les enseñan los dientes cuando se acercan. Mejor dejar esto y enviar la carta.

Cariños para ti y tu familia. Papa
En la posdata, Hemingway le pide a Gregory que estudie un poco más el famoso documento antes de devolverlo. Sobre todo, la parte en que los «personajes» interpretan lo que el tío Gus quería hacer, en violación directa de lo que él dejó escrito. Pregunta si lo tendrán al tanto cuando él y Patrick se comuniquen con Lee Samuels para entregarle los susodichos documentos.

Finaliza diciendo:

Quizás sea mejor y más divertido para ti que fueras a ver a Mouse. Pero eso lo puedes resolver después.
Con amor, Papa
Después de su doble accidente en África, Hemingway regresó a La Habana en barco. Llegó a principios de julio de 1954. Los periodistas que abordaron el trasatlántico difundieron algunas de sus *boutades*: «Cuando uno sobrevive a un accidente de aviación, el primer objetivo que se plantea es permanecer vivo. El segundo es proceder según la propia ética personal. El tercero, fijarse bien en todo para que la compañía de seguros lo crea a uno cuando lo interroguen más tarde.» Sobre la ginebra, dijo: «Esta bebida es uno de los mejores antisépticos de nuestro tiempo. La penicilina tuvo una popularidad temporal, igual que la sulfa. La ginebra es de una calidad inalterable. Con ginebra uno

se puede curar todas las heridas internas o externas.» Sobre el anuncio de su fallecimiento: «Después del accidente comencé a leer las notas necrológicas que publicaron sobre mi muerte en todo el mundo. Esto puede convertirse en un extraño y morboso vicio que destruye el equilibrio personal de uno. Yo siempre he sido una persona bien ajustada a pesar de que algunos de mis biógrafos han tratado de demostrar lo contrario.» Sobre su esposa: «Miss Mary se asustó mucho cuando una manada de más de sesenta elefantes se acercó a nosotros después de nuestro primer accidente. Estábamos indefensos y ella tenía una costilla rota... Este ha sido un viaje agotador. Ahora tengo que trabajar mucho. Me he pasado un año holgazaneando y tengo que recuperar el tiempo perdido. Traigo varias ideas en la cabeza que quiero poner en el papel cuanto antes.»

Una carta de Adriana Ivancich, sin fecha ni firma, dirigida a Ernest Hemingway, comienza narrando un sueño que ella ha tenido sobre él. La carta está escrita con una mezcla de inglés e italiano. Ernest Hemingway acababa de llegar desde Cuba en avión. Fue a visitarla durante dos días. Mary también estaba ahí y almorzaron juntos... Pero él no comía mucho, no como de costumbre. Estaba de pie, cerca de la ventana, mirando el canal. Ella se le acercó y le dijo:

—Me siento muy feliz de verte, Papa. —Yo también, hija. —Estoy muy feliz con mis millones [de liras]. Papa. Me diste tanto dinero que casi no sé qué hacer con él. —Esto no es muy cortés de tu parte —respondió él. —Pero pero pero [la conjunción se repite así en el original, sin utilización de comas] eso era en broma. Papa. Por supuesto que yo... —mas no podía seguir hablando, porque ya él se había marchado en una góndola, muy bravo. Comencé a correr y a correr, pero, como siempre ocurre en los sueños, mis pies eran muy pesados y no podía correr rápidamente y tu góndola siempre se quedaba distante y yo me ponía más triste cada vez y comencé a llorar. Me detuve y

decidí coger un *vaporetto*, pero naturalmente no tenía ni un centavo en mi bolsillo, porque había almorzado en mi casa y uno no lleva dinero encima cuando almuerza en su casa. Y tu góndola quedaba muy muy [otra repetición] lejos y el *vaporetto* se fue también hacia... y entonces no sé qué ocurrió porque me desperté. Divertido este sueño, ¿no crees? Espero que eso nunca ocurra en la realidad. Inmediatamente después le agradece un dinero que él le había enviado: «Es maravilloso pasear con los bolsillos llenos.»

La condesa lamenta la muerte de la pobre perra Negrita. Entiende que su pérdida debe haberles causado a todos mucha tristeza, incluido Black Dog.

Espero que el ciclón no haya pasado por Cuba. Me parece haber leído en algún lado que giró hacia, hacia... no me acuerdo dónde. Le envía más fotos: Dime lo que tú piensas de ellas y dime cuándo te cansarás de mirar fotografías. Te beso fuerte y te agradezco por todo una vez más. Otra carta de Adriana Ivancich: 6 de octubre —edad del oro [No consigna el año.] Mi loco y buen dulce león: ¿te volviste loco? *Are you crazy?* [En inglés en el original.] Yo sí. Cuando vi los millones... Dios mío, estoy viendo doble, me dije, estoy viendo triple; sin embargo, era verdad. Papa, nunca supe agradecerte bien todo lo que hiciste por mí y temo que no seré capaz de hacerlo ahora. Y de todas maneras, cómo puede uno agradecerle adecuadamente al que le envía millones como si fuera maní.. Papa, mi querido Papa, me hiciste tan rica que no me puedo dar cuenta ni siquiera cuán rica soy. Recordaba cómo había tenido que devolverle los primeros 500 dólares, porque ningún banco quería aceptarlos; no desconfiaban de la cuenta bancaria de Hemingway en Nueva York, pero no era legal dárselos a ella: «“Confiamos en el señor Hemingway, pero la ley es la ley”, decían.» En esta oportunidad Adriana «se hartó», porque le parecía ridículo que estos otros 500 dólares cruzaran el océano volando y a los pocos días tuvieran que regresar del mismo modo. Así que se llenó de

coraje y se enfrentó con el señor Masprone; le dijo que Hemingway le había encargado que hiciera algunas compras y pagara unas cuentas con esos dólares.

El doctor Masprone se puso muy contento de poder hacerte un favor y dijo que aprovecharía la ocasión para enviarte una carta. ¡¡¡Y mañana por la mañana me entregará los dólares!!! Hasta que no tenga los dólares en la mano no llegaré a percatarme de cuán rica soy: me parece tan extraño que un billete tan chiquito pueda encerrar potencialmente tantas cosas y satisfacer tantos deseos... Con igual entusiasmo, habla en su carta del primer deseo que podría realizar, gracias al dinero que ahora tenía. Esto, decía, le daba placer y tristeza a la vez.

El año anterior, cierta acaudalada señora, de distinguida prosapia, la había invitado a Trípoli, África. Pero ella no pudo ir porque en Trípoli los gastos eran demasiados elevados.

Si uno se va a casa de la señora Volpi en África hay que estar bien forrado, y si uno quiere alquilar un camello como uno alquila aquí un taxi o dar una vuelta por los alrededores, la cosa se hace más complicada.

A pesar de su negativa y de no ser una gran amiga suya, la señora Volpi la había vuelto a invitar. Esta vez ella[1] le contestó que lo pensaría.

Siempre hay que dejar una puerta abierta a la suerte, ¿no te parece?; y LA SUERTE llegó una semana o diez días después tomando la forma de tu cheque; entonces pude aceptar la invitación y soy feliz, feliz. Veré un pedacito de África. Alquilaré un camello para mi y tiraré muchas fotos y seré feliz. Sería feliz, pero también estaría un poco triste porque hubiera querido ver África junto a él, y a través de él. Pero se siente feliz de todas

maneras y le promete largas cartas en las cuales le contará en detalle sus experiencias. No se cansa de repetir el entusiasmo que le inspira la perspectiva del viaje.

Papa, piensa, ¡voy a África! ¿Cómo podré agradecértelo? Papa, creo que soy muy feliz. ¿Sabes lo que me compraré? Dado que siempre tengo frío en invierno, me compraré un *caschemire* (¿se escribe así?), que es suave, caliente, delicado y... muy caro. También le habla del éxito que tuvo con un vestido que se mandó hacer (por solo 5 000 liras) de una tela que Hemingway le regalara en Nervi. Todas las mujeres le preguntaban qué modista se lo había hecho y los hombres le decían constantemente lo elegante que estaba.

No te lo diría si la cosa no se hubiese repetido muchas veces, porque si te lo dicen una vez puede parecer un cumplido, pero si muchas personas te lo repiten una y otra vez, puede ser verdad. Y pensar que eso ocurrió durante el festival, cuando Venecia estaba llena de gente con joyas y vestidos importantísimos. ¡Yo, naturalmente, estaba orgullosísima y hubiese querido contarles a todos la «verdadera historia del vestido» que me regaló en Nervi un BUEN LEÓN antes de partir en un día soleado. Una noche en el Lido me tomaron una foto con tu vestido y con Monique. Quería mandártela, pero la perdí; lo siento mucho. Pero un día, espero, te podré enseñar el vestido conmigo adentro!

Comienza a hacer un recuento de todos los recuerdos que guarda de Hemingway: la primera caza en que estuvieron juntos y el encuentro en el Gritti; la primera vez que fue a almorzar con ella, todo vestido de azul y con una cajita de caviar, cómo boxeó de mentiritas con Gerardo, y los lugares donde habían estado: Cortina, y Venecia de nuevo, y Cuba, y Venecia y Nervi.. Cada cosa que había vivido con él —giras, viajes, discusiones, portadas de libros, problemas— la recordaba con afecto.

Dime.. qué cosa te dije que te hizo sentir «mucho mejor y muy contento de enviarme el dinero». Solo recuerdo que te escribí toda una noche y que después cerré la carta sin volver a leerla por la mañana, porque pensé que «si la había escrito así era porque expresaba lo que sentía y basta». Pero solo recuerdo que era larga y que tenía muchas ideas en la cabeza y que no sabía cómo plasmarlas. Todo era muy confuso. Recuerdo también que, cuando cerré la carta, me dije: Papa entenderá... Pero no sé qué cosa habrás entendido tú.. La escribí con todo el corazón y espero no haber sido descarada, Papa; estoy contenta de que estés trabajando y muy contenta de que te sientas mejor. Después, Adriana Ivancich le informa que posiblemente iría a París este invierno cuando toda la familia Scapileni estuviera en Sicilia; luego le habla sobre Ava Gardner: «La pobre... una publicidad muy mala sin que ella se lo mereciera. Es una cosa triste. Te hace detestar a la humanidad; cosa molesta, puesto que hay que vivir en medio de la humanidad.»

Se lamenta por lo del documental en África (un documental que a Hemingway le habían encargado hacer), porque era una buena idea, y nadie mejor que él hubiese podido hacerlo. Pero como le habían dado tan pocos meses y estaba trabajando, y trabajando bien, no pudo aceptarlo.

Nunca creí que tú habías sido actor en una película, aunque ser actor, supongo, no es una carrera deshonrosa. Me divierte leer ocasionalmente lo que dicen de ti los periódicos; cosas que «siento y creo» no pueden ser ciertas. Espero tú hayas sentido lo mismo hacia mí cuando leiste que «Anna María y Adriana habían matado a Vilma Montessi». (¡Desde luego, era algo peor!) La Vilma Montessi que aquí se menciona era una prostituta de cierto nivel que apareció asesinada en una playa de Venecia a principios de los años 50. El crimen derivó en un escándalo que mantuvo ocupada la opinión pública italiana durante mucho tiempo. Un escándalo de tipo

político, en el que se involucraba a políticos prominentes, altos funcionarios del gobierno, aristócratas, e incluso al hijo de Mussolini. Una de las encartadas era Adriana Bisaccia, detenida por falso testimonio en julio de 1954.

Antes de despedirse, le asegura que ella también odia dejarlo «aun en una carta», pero esta se había alargado demasiado; además, después de leer una carta en inglés, escribía muy mal en italiano:

Obedeciendo tus órdenes no te lo agradezco, sino te beso... ¿Está bien? Tu leal hija y amada como siempre. En otra carta sin fecha, es Ernest Hemingway quien escribe a Adriana Ivancich.

He tratado de vender la parte que me correspondía de la propiedad de Key West, a pesar de que salía perdiendo, pero necesitaba dinero para tratar de solucionar los problemas de tu *finca*. Pero, desde que son ricos, Gigi no quiere contestar ninguna carta y Patrick no puede tampoco. Es muy gracioso tener que considerar a unos niños que no saben nada y que son incapaces de tomar una decisión como adultos, y tener que acordar todo esto entre tres personas, dos de las cuales son incapaces de escribir una carta; y mucho menos de tomar una decisión. A pesar de considerar a Patrick como un muchacho bueno, inteligente y cariñoso, Hemingway se queja de que no es capaz de tomar una decisión con respecto a nada. Habían tenido un consejo de familia donde acordaron vender la propiedad de Key West por 150 000 dólares. Hasta entonces nadie había querido vivir en ella. Pero Patrick se mostró deseoso de hacerlo y luego se había arrepentido. Entonces se produjo una gran confusión: Gigi estaba muy ocupado con su herencia para escribir una carta. Patrick decidió que sería mejor alquilar la propiedad; no necesitaba dinero y prefería quedarse con el terreno. Por tanto, Hemingway había ofrecido vender su parte por la mitad de su valor. El hijo quería comprarla, pero no deseaba que Hemingway saliera

perdiendo. Por último, se había ido la semana anterior sin decir nada y no habían llegado a ningún acuerdo.

Esto debe parecerle muy tonto a un europeo. Pero entonces los *cuggini* [sic] también serían tontos a pesar de que se consideran inteligentes. Sin lugar a dudas, los niños deben ser considerados adultos legalmente a cierta edad. Pero esta edad difiere en cada uno. Después, el tono de la carta varía:

¿Cómo tú estás, belleza mía? Ya se siente que llega la primavera; aquí tenemos un tiempo magnífico: las noches frescas; muy fuerte la corriente en el Gulf Stream; muchos *torneos* y *concursos*; lloviznas por las tardes para que las plantas se conserven verdes y florezcan; y aquí lo tengo todo menos a ti. Mientras no consiga dinero acepto tener que dejar de verte (de la misma manera que aceptaría estar en prisión solo por un corto período de tiempo). Pero en cuanto consiga alguno (lo que espero que ocurra pronto), iré a verte. Le envía cariños a su madre y le dice que piensa en ella a menudo.

Nos alegra recordar todas las bromas, los momentos agradables y los difíciles (Puerto Escondido) cuando todos nosotros formábamos una misma familia y asociación. El documento que llegó a nuestros días es el fragmento de uno mayor, al que le falta una parte, y es una copia del original mecanografiado. Esa época resultaba un poco trágica y violenta para el matrimonio Hemingway-Welsh. «Esa italianita, Adriana, vino a Cuba con su madre», recuerda Herrera Sotolongo. La vida en Finca Vigía se hizo tensa. En cierta ocasión hubo una cena familiar: Hemingway, Mary, las italianas y algunos de los *habitués*: Herrera Sotolongo y Sinsky. No todos estaban a la mesa cuando se escuchó una bofetada. Luego otros ruidos. Hemingway había entrado y salido del comedor varias veces. Dio una explicación: «Adriana ha estrellado la máquina de Mary.» Pero

lo dijo en español y nunca se supo de qué máquina estaba hablando. Herrera Sotolongo intervino en el diferendo. «Me llevé a las italianas en mi automóvil hasta La Habana.»

Mary Welsh aguantó bien aquello: «Ya verás cómo esto se le pasa», comentaba con Sinsky. Maravillosa intuición femenina. Miss Mary fue la fiel compañera de Hemingway hasta el final de su vida.

Con fecha 8 de junio de 1955, Hemingway escribe una carta de recomendación para Eduardo Rivero, quien supervisara la construcción de la torre de Finca Vigía.

A *quien* *pueda* *interesar*

Eduardo Rivero, portador de esta carta, tuvo la responsabilidad completa de construir una torre de cuatro pisos, con aleros largos, pisos inclinados y una escalera en espiral que lleva a una azotea con muros. Rivero no tuvo a su lado un arquitecto profesional que lo ayudara o aconsejase. Construyó la torre en la finca en 1947; estuvo a cargo de la pintura y la instalación de todos los aditamentos de metal, puertas, ventanas, electrificación, etc. Desde entonces la torre ha soportado, sin signos de deterioro, la inclemencia del tiempo, incluyendo huracanes. Durante los seis meses o más que trabajó en la torre, fue completamente honrado, consciente como pocos, y muy hábil. Lo recomiendo como albañil *honesto* *y* *diligente*.

Sinceramente *suyo,* Ernest Hemingway
El 25 de agosto de 1955, Marlene Dietrich escribe a Hemingway una carta, dándole cuenta de la adaptación de sus cuentos para unas lecturas escenificadas.

Me alegró mucho recibir tu carta; la había esperado durante mucho tiempo. Me voy el sábado para Beverly Drive número 704, Beverly Hills, hasta el 30 de septiembre; luego estaré en el Hotel Sahara, Las Vegas,

Nevada, hasta el 1ro de noviembre. Después de estas palabras preliminares, el resto de la carta se refiere a la adaptación:

Recibí el guión. No tengo palabras para explicarte lo desilusionada que estoy. El material escogido es lo más antiteatral que he visto. La presentación es de aficionados. Siempre he sabido que necesitábamos un adaptador y un director que trabajaran coordinadamente, o mejor todavía, un hombre que fuera las dos cosas, como lo es Laughton para las lecturas de Paul Gregpry. Este nuevo medio, que tanto éxito tuvo cuando Laughton lo inició, no es fácil. Todavía es teatro. Considera que las lecturas que Emely Williams hace de Dickens, y las que Laughton hace de la Biblia, son diferentes. Opina que si se distribuyeran los diálogos entre tres o cuatro actores, lograrían hacer algo mucho mejor. Señala, además, que: «La estructura de tus cuentos es lo más importante. Requiere tu dignidad, inteligencia y maestría en la presentación.»

No sabe si Hemingway ha leído el guión final, pero cuenta que ella se enfermó cuando comprobó que entraba con las siguientes palabras: «Y ahora, damas y caballeros, ¡la estrella de nuestro espectáculo! (MÚSICA: ¡*La vie en rose!*) La señorita D. aparece, enciende un cigarro, se toma su tiempo, etc.» «Una lectura de Hemingway ¡y entro con las notas de *La vie en rose!* —exclama indignada—. ¿Enciende un cigarro? ¿Qué hago con el cigarro cuando llegue al micrófono y comience el relato?»

Le explica esto para que comprenda que el guionista de la adaptación se hallaba tan lejos de entender el trabajo, que resulta prácticamente inútil discutirlo con él. Sabe que puede cambiar su introducción sin problemas, pero no es eso lo que le molesta.

Lo que quiero decir es que el que hizo esta basura con tus materiales,

alguien que lleva meses en la elaboración de esta presentación, se ha equivocado de negocio. Su trabajo no sirve de principio a fin. ¡Poner primero «Colinas como elefantes blancos»! Después de *La vie en rose* y el cigarro, además del impacto de mi aparición en escena, ¿se supone que tenga que hacer creer al público que yo soy la muchacha del cuento? El guión pasa al cuento siguiente sin siquiera aclarar que se trata de otro cuento, dice Marlene Dietrich, y el guitarrista, que ya ha sido presentado, se presenta de nuevo: «¡Y ahora, damas y caballeros, quiero que conozcan a nuestro guitarrista!» Según el guión, este debe tocar la guitarra suavemente mientras dura la lectura y con más fuerza cuando termina el cuento.

¡Es el colmo del amateurismo! La escena seleccionada de *Adiós a las armas* es ridícula, y demuestra nuevamente que ningún hombre de teatro tuvo que ver con esto. Representar dolores de parto de pie (en el más simple de los vestidos de noche) frente a un micrófono, en un escenario en compañía de otros actores, provocará carcajadas aunque sea la Duse la que actúe. Y escoger ese material para cerrar la lectura, equivale a un asesinato. Soy capaz de hacer un trabajo mejor. Pero no me atrevo. No con *tus* cuentos. Cuando se juega con los grandes, por lo menos, hay que estar a su nivel... Hotchner, a quien le contó todo, le había dicho que *ellos* lo querían así, pero no le aclaró quiénes eran *ellos*. Marlene Dietrich le contestó que debía haberse negado a que su nombre figurara en el guión si pensaba que la adaptación no valía la pena. Acusa a Hotchner de ser el único culpable de que las cosas marchen mal. Le dice que cuando Gregory y Laughton proyectaron la primera lectura de Shaw, trabajaron durante años en el proyecto y consideraban que malgastar un material así era criminal.

Por favor, entiende esto, que es lo importante: Las lecturas en las que interviene una sola persona, que lee todas las partes, sentada en

una mesa, *sola*, en el escenario, es *una cosa*; tener varios actores leyendo las partes es *otra muy diferente*. Lo segundo requiere un sentido teatral para escoger el material, para la puesta en escena y la actuación. Tal como yo lo veo, no se puede hacer esta primavera. Sugiere que se contrate a Orson Welles para que haga la adaptación y la dirija. Entonces podrán realizar algo digno de él. Perdóneme la vehemencia, pero mi respeto y amor hacia ti como escritor me obliga a tomar esta actitud especialmente en este momento. Un fuerte abrazo y te amo hasta la muerte. Kraut

La prosa de Hemingway se enfrenta a la cuchilla de Hollywood. Fred Zinnemann, director de *El viejo y el mar*, remite a Finca Vigía las notas con las sugerencias de cambios para el guión definitivo de la película. El documento está fechado el 30 de marzo de 1956. Zinnemann comienza con la aclaración siguiente: «El número total de páginas en el guión hasta el momento es de 112. Sin embargo, algunas de estas son medias páginas. Al considerar las medias páginas, el guión alcanzaría realmente solo 101 páginas. De modo que hemos *añadido dieciséis páginas* al guión anterior.» El escritor, aplicando su invariable costumbre, y su lápiz *very black*, anotará sus comentarios entre líneas. Zinnemann, al recibir las dos cuartillas de las revisiones de Hemingway, replicará con un bolígrafo de tinta roja.

Los cortes en las secuencias 29, 34, 45 y 58 no provocan comentarios. Hemingway acepta en silencio que se eliminen algunos parlamentos del niño (Manolín) y el diálogo sobre John J. McGraw y Durocher. Las supresiones, según Zinnemann, se han hecho por dos razones: porque el director siente «una demora en las escenas anteriores» y porque piensa que es importante simplificar un poco los diálogos para que el espectador disfrute y comprenda las escenas.

En la secuencia 143 se omiten dos líneas: «No tengo calambres y me siento fuerte» y «él es quien tiene el anzuelo en su boca». Hemingway pregunta: «¿Por qué?» Zinnemann responde: «Demasiadas

palabras para el cine.»

Otra omisión: «No incluimos al viejo orinando por la banda del bote. Sin embargo, podemos filmar esta escena para usarla en los pocos países donde sería permitida.» Hemingway se entusiasma con la idea: «¿No pudieran hacerlo sin que se viera claramente? Me moriría si no apareciera. E.H.» La respuesta de Zinnemann, escueta y cartesiana: «Discutir.»

Tampoco se incluirá la escena del viejo alimentándose con los peces voladores sacados del estómago del delfín. «Creemos que el impacto visual sería demasiado fuerte. Nuestra sugerencia, por tanto, es utilizar solamente los filetes del delfín, pero no los peces voladores.» Hemingway se muestra incomprensivo: «¿Por qué demasiado fuerte?» Zinnemann reitera su fórmula, como en el mejor diálogo hemingwayano: «Discutir.»

La secuencia 152 presenta algunas dificultades técnicas. La novela describe una aguja haciéndole la corte a su pareja en torno al bote. «Nos parece que esta escena confundiría la continuidad visual. Además, es una escena extremadamente difícil de filmar.» Hemingway se muestra comprensivo ahora: «Reconozco que esto es probablemente muy difícil, pero podría manejarse por medio de la narración. Si no, tiene que eliminarse.»

Los cambios en la secuencia 250 proponen no utilizar las algas del Golfo ni los camarones pequeños. Hemingway, agresivo, hace su última resistencia: «¿Por qué? Es estúpido. Pero, estoy de acuerdo *si tienen* que cortar.» Zinnemann elude el insulto y cobra su venganza: las algas del Golfo y los camarones pequeños no se dejan ver en un solo fotograma de la película.

Se conservan apuntes con la caligrafía de Hemingway en una pequeña agenda de tapas rojas de los Laboratorios CIBA. Las notas, con toda

probabilidad, contienen en parte la lista de las cosas que el escritor creyó necesario llevar a Cabo Blanco, Perú, donde se capturaría la aguja del filme *El viejo y el mar*.

Aparecen, en primer término, útiles de pesca:

Carretes —(chequear) Caja de carrete 2 [palabra ilegible] 1 Penn Stale [?] 12 - 0 Finnor [una marca de carrete] 4 " " 6 - 0 - 9 - 0 Pitas —(chequear) Plomadas Anzuelos Garfio 1 arpones Pitas que vienen de Ashaway 1000 - 54 verde 2000 - 39
Pasa a enumerar las ropas para Gregorio:

Camisas Abrigo Pantalones de franela Bermudas
También las medicinas, con sus nombres comerciales en inglés, etcétera:

Wychol -120 tab. Menonine -60 Ethobral -60 Combex -120 ViSyneral -120 Petedermus -1 bot. Cepillo de dientes Sodarsol —pasta de dientes Benzetacil Pilemedecine Tuétano de hueso rojo
Sus propias ropas incluyen:

Gorras 1 chaqueta de safari 2 camisas 1 corbata 1 abrigo de cuero 3 chaquetillas Chamois 1 abrigo grande de campaña 1 rompevientos azul 1 lona rompevientos Espejuelos (para leer y oscuros) Guantes de pesca Libros
Después hay una serie de anotaciones incoherentes. Carecen de signos de puntuación en ocasiones. La letra es mala, nerviosa, y, al parecer, Hemingway las hizo mientras el barco estaba en movimiento:

Viejo pez mojado. No sangra. Parece que viniera de

frigoríficos. Saltos grandes de brillantes colores. Pez casi no sale del agua. Tercer brinco mejor, pero no bueno. Sangra constantemente arponeado en la barriga. Mal y nada que ver con cuento. Los pies (de hilo) que mandó Leland 7/6/57 Carnada y barco, [ilegible] bien Buenos brincos. Pez viejo y mojado. No tiene pico. Se le ve varias veces la cabeza pero no el pico. Tiburones —algunos tiros, pero algunos arponeados muy pequeños. Tiburones en el agua encima de los peces buenos. Tiburones hundiéndose como bombarderos echando humo, pero a menudo muy pequeños. La impresión más importante es la de los tiburones comiéndose los peces viejos de frigoríficos. La acción de los tiburones sobre (ilegible) los hace haraganes. Peces brillantemente coloreados vomitando sangre putrefacta. Tantos que no dan sensación alguna, excepto asco. El lastre es para aminorar la velocidad como en el salto real. Los dos saltos limpios son aceptables en pequeña medida. Lo peor— los pequeños tiburones se comen el pez sin pico del frigorífico. Los tiburones son tan pequeños que no impresionan. La lentitud de los tiburones. Los mejores arriba. En la última hoja de la agenda, luego de dejar casi un centenar en blanco:

Freddy conoce el ambiente. [Debe referirse a Fred Zinnemann, uno de los directores que trabajó en el filme *El viejo y el mar*.] Conoce los hechos (cómo pasó). Tracy [¿Spencer Tracy?] mantuvo la promesa que me hizo. La importancia de la visita de L. [¿Leland Hayward?] es normal. (Me prometió estar aquí en una semana.) Se fue el 20. Hoy 29. Yo, no posposición ¿por qué? (Cojímar y Puerto Escondido habrán desaparecido.) Tengo un contrato y me atenderé a él. El 18 de abril de 1956, Leonard Lyons escribe a Hemingway una carta con el objeto de invitarlo a un concierto: «El jueves y el viernes próximos, el 26 y 27, un buen amigo mío dará dos conciertos en La Habana. Se llama Isaac Stern.» Según Lyons, Stern no es solo uno de los más importantes violinistas del mundo, sino también es un hombre de corazón. Después de cumplir sus compromisos en La Habana, se

dirigiría a la Unión Soviética, donde participaría en una gira.

Isaac Stern se sentiría honrado si él y Mary asistieran a cualquiera de sus conciertos. Lyons le había dicho que Hemingway estaba ocupado con el nuevo libro, y que no disponía de mucho tiempo. Pero le aconseja ir, en el caso de que quisiera tomar un descanso de la rutina diaria. Stern se hospedaría en el hotel Presidente.

Leí que viajarías a Perú, pero otro periódico dice que te dirigías a África: el primero decía que ibas a buscar un gran pescado; el otro que ibas a buscar un gran hijo. Espero que triunfes en las dos cosas. Silvia planea hacer un viaje rápido a la Riviera mañana. Quisiera que pudiera ir a través de La Habana, para llevarte en persona nuestro afecto y nuestros buenos deseos. Sinceramente, Leonard
Un cable fechado en Nueva York, el 25 de junio de 1957, a las 8:55 pm, dirigido a: «Ernest Hemingway, Finca Vigía, San Francisco de Paula», informa de la muerte de Evan Shipman, el amigo de Hemingway de la época de París. El texto, una línea escueta:

EVAN MURIO LUNES POR LA MANANA. TU CABLE LE PROPORCIONO GRAN ALEGRIA. ELLEN SHIPMAN
Tenemos una muestra del estilo retórico de Ernest Hemingway y de su uso de la sintaxis española en la carta que dirigió al Ministro de Gobernación de Cuba el 8 de abril de 1960. Hemingway comienza explicando que durante muchos años ha sido aficionado a la caza y al tiro. Comunica que tiene una pistola marca Colt, calibre 22, tipo *Match Target*, que conserva en su casa, pues no es persona que le guste «llevar armas encima». Se ha promulgado una ley que obliga a los poseedores de armas de fuego a tener las licencias correspondientes expedidas por ese ministerio y, «no queriendo violar la ley». Hemingway quiere solicitar una licencia de 7ma clase, que le permite la tenencia de armas en el domicilio propio.

En la carta le comunica al ministro que hace tres días recibió una comunicación del Departamento de Armas de Fuego, en la que se pone en su conocimiento que no es posible concederle esa licencia, ya que la 7ma clase solo ampara otros tipos de armas, y no pistolas, aunque esta sea del tipo usado para competencia y que, por tanto, tiene que hacer la solicitud para la de 5ta.

Debido a que para la obtención de dicha clase 5ta es preciso acompañar una carta de recomendación de un jefe militar o de la policía y no teniendo conocimiento personal con ninguna de estas personas es por lo que me dirijo a Ud. como ministro del ramo, en solicitud de que por su mediación pueda ser obtenida esta licencia, para lo cual, si Ud. lo tiene a bien, me puede remitir la citada carta de recomendación para acompañarla con el resto de los documentos necesarios para obtener la antedicha licencia. Esperando de Ud. su comprensión en la causa de esta solicitud y dándole las gracias anticipadamente por el interés que Ud. se toma en ello, queda de Ud.

Atentamente, Ernest Hemingway

Hay cinco fragmentos de escritos de Hemingway, sin fechar y sin firmar, que fueron encontrados en distintas gavetas de Finca Vigía.

El primero es manuscrito y dice:

Jimmy was one of the most pleasant people that ever lived in that, finally, most depressing quarter of Paris. [Jimmy era una de las personas más agradables que vivió en ese barrio que al final resultó ser uno de los más deprimentes de París.]

El segundo, manuscrito:

It's funny one thing you notice as you go along is the intense intolerance of the people who call themselves liberals

[Es extraño una de las cosas que nos llaman la atención en la vida es la intensa intolerancia de la gente que se autocalifican de liberales] El tercer fragmento, a máquina, pudo formar parte de una crónica de guerra:

La cosa resultó mal porque al final siempre consideré a Thorney Island como Coney Island, y mi impresión del Mitchell es que si tienes que salir, hazlo de la misma forma en que entraste. Y el Cinco lleno de pánico cuando no pudo desplegar el tren de aterrizaje y no se sabía el manual de instrucciones (la última carta a jugar). Y la torre de control que decía: «Termine, Cinco. Termine, Cinco...» El cuarto fragmento, a máquina:

Tenías razón al decir que las mujeres son buenas amigas. Son buenas amigas y terribles enemigas; locas y completamente irrazonables cada 28 días y muy volubles cuando les ocurre el cambio de la vida. Pero pueden resultar magníficas amigas, como tú bien dices. Pero es mejor tener cuidado con ellas. La mujer es el único animal femenino bípedo que siempre golpea después de haber sonado la campana. Tal vez la canguro haga lo mismo, no lo sé. Pienso que la mayoría de las mujeres estériles fueron ligadas cuando eran muy pequeñas, por lo que no lo han notado. La mayoría de ellas ni siquiera sabe cuándo tienen [ilegible] y te lo dan con gran amor y afecto. Siempre tienen que estar celosas de algo y si no les das ningún motivo, a no ser tu trabajo, entonces estarán celosas de tu trabajo. Pero si las convences de que al escribir puedes comprar abrigos de armiño, o un abrigo de armiño, etc., amarán el trabajo por sí mismo (lo amarán no porque puedan comprar algo, sino que amarán el trabajo como tal). No obstante, tienes que respaldar tus ofrecimientos. Después de eso, por lo general, tendrán en mente el abrigo de armiño como reserva. Olvidan todo lo que se les regala, pero recuerdan por más de cien años cualquier cosa que no les hayas regalado. Al final lo consiguen. Por supuesto, debes aprender a no

hablar mal jamás de su familia, pero tampoco debes estar de acuerdo si son ellas las que critican a su familia. Esto último es tan malo como lo primero. Me gustaría escribir sobre alguna puta, el problema es que es muy difícil encontrar una puta de verdad. La mayoría de las mujeres hermosas batean por encima de 750 para demostrar que no son putas, y mientras le sigas la corriente podrás jugar eternamente en su equipo, y hasta amarán lo que escribes. La capacidad de fornicar se estima mucho más que la de escribir, a no ser con mujeres no normales. Siempre se dan cuenta si puedes f[ornicar] o no, al igual que los perros de caza se dan cuenta si la presa está allí. Ninguna sabe nada sobre tus habilidades como escritor (a excepción de una mujer cuyo nombre empieza con M.) Carajo.

Leí lo que escribió Joe. Muy bueno. El correo de la tarde me acaba de traer una solicitud de Donald Friede para que escriba un prólogo para una colección de tus obras. Lo haré con gusto si tú deseas que yo sea quien lo haga. Me sería más fácil hacerlo si pudiera ver lo que has escrito, aunque de todas formas puedo hacerlo sin necesidad de verlo. Dime la fecha en que debo entregártelo y dale recuerdos de mi parte a Donald. Por favor, dile que no le escribo porque tengo mucho trabajo. Pero si lo prefieres le escribiré. El último, también a máquina:

Si entonces hubiera sabido que a partir de aquel momento cada vez que fuésemos a La Habana a cenar solos ella me lanzaría a la cara su vaso de vino, o que cualquier día que yo hubiera trabajado duro y bien ella encontraría...
¿Qué cosa encontraría esa misteriosa y despótica mujer en nuestra capital? Al parecer nada edificante, siguiendo el estado de ánimo misógino del escritor. Nunca lo sabremos. El dueño de Finca Vigía no retomaría el hilo de sus pensamientos. Poco tiempo después, en una cabaña de Ketchum, Idaho, colocó una escopeta de doble cañón en su boca y disparó.

Inventario

SALA

Encima del revistero, foto de una amiga de la familia, Nancy Hayward, con la perra Negrita. El revistero fue diseñado por Mary Welsh y construido por Francisco Castro. A la derecha del estante, un reloj marino; junto al reloj, una pintura original del cartel de una corrida de toros, comprada por Hemingway al autor, Roberto Domingo, en 1929 ó 1930.

A la derecha de la habitación de Miss Mary: foto de Hemingway, tomada por Karsh, de Ottawa. Encima de la foto, cesta de jai alai. Debajo, dos cañones en miniatura y un cenicero mexicano. Hemingway acostumbraba a disparar los cañones para recibir a los invitados especiales.

En la pared, a la derecha de la puerta principal, entre los estantes pequeños de las ventanas: una jarra que Mary Welsh y Hemingway compraron en Toledo; dos muñecas rusas; una jarra danesa, regalo de Hemingway a Mary en su cumpleaños, en abril de 1956; una bota de cristal en miniatura, regalo de don Pedro Gandarias, de Madrid, con el hierro de su ganadería; otra muñeca rusa; otro jarrón danés, también un regalo de cumpleaños a Mary Welsh.

En los libreros: jarrón cubano; cenicero hecho con piezas de bronce del S. S. *Shenandoah*, de la Marina de Guerra de Estados Unidos, obsequiado a Mary Welsh; otro cenicero, obsequiado a Mary Welsh; una caja de cigarros, obsequiada a Hemingway en 1946; una caja para tabacos, regalada a Hemingway por Jaime Bofill en 1952; bandeja mexicana, comprada por Hemingway en México, en 1942.

En la pared opuesta: dos pinturas sobre las corridas de toros, de Roberto Domingo. En los libreros: candelabros españoles de 1870 que pertenecieron al altar de la iglesia de Extremadura; tres vasijas peruanas de la civilización incaica anterior a los viajes de Cristóbal Colón, regalo del Club Marciano, Chiclayo, Perú; descanso para los pies hecho por Pauline Pfeiffer; afiche de Roberto Domingo, que representa una escena de toreo.

Sobre la mesa redonda y blanca, diseñada por Mary Welsh y hecha por Francisco Castro: fuente veneciana del siglo xix, ceniceros y placa del *Pilar* con una aguja saltando, obsequiada a Hemingway por Earl Theisen, fotógrafo de *Look*, quien lo acompañó en la primera parte del safari a África en 1953.

En la esquina lejana de la derecha: copia de un Goya, regalo de Navidad de Hemingway a Mary Welsh, uno de los pocos artículos que no es legítimo en la casa. Debajo: estantes de libros, adornos de cristal veneciano, bandeja mexicana y réplica de un sputnik.

En la esquina lejana de la izquierda: pintura de Roberto Domingo que representa una corrida. Debajo: el tocadiscos, adornos de cristal veneciano comprados por Mary Welsh en Venecia, en 1951, rotos y reparados. Hay estantes con discos, fundamentalmente de música española.

El mobiliario de la sala fue diseñado por Mary Welsh y T. O. Bruce, de Key West, y construido por Francisco Castro y Cecilio Doma, los carpinteros de San Francisco de Paula; la alfombra de fibras es la que Hemingway compró en Filipinas, en 1941.

Mesas: mesa pequeña en la esquina noreste del cuarto; encima, tazón verde y oro, regalo de unos amigos de Venecia. La mesa larga detrás del sofá se adornaba con flores; tiene barajas, una lámpara comprada en Cuba y un cenicero. Sobre la mesa larga detrás de las dos sillas de la sala: caja para cigarros; dos ceniceros venecianos de cristal

en forma de conchas; sacacorchos hecho del colmillo de un jabalí, y dos lámparas hechas con candelabros de plata Sheffield, traídas de Inglaterra por Mary Welsh. Una mesa-bar, diseñada por Hemingway y construida por Francisco Castro en Finca Vigía.

COMEDOR

En el gabinete, a la derecha de la puerta de cristal, sobre el estante alto: miniatura de un Ford modelo T, hecha por Lee Samuels, el abogado de Hemingway; cubilete con inscripción de Roy Marsh (piloto que conducía al matrimonio Hemingway cuando ocurrió el accidente de aviación cerca de las cataratas de Murchison, Uganda), la cual incluye una recomendación de mantener buena conducta; azulejo, regalo del matador de toros Antonio Ordóñez, con el hierro de su ganadería y el hierro de Finca Vigía; copa grande de mesa, regalo de amigos venecianos; jarra de uno de los restaurantes favoritos de Hemingway, El Callejón, de Madrid; pequeña jarra de un restaurante de Segovia, España; jarras francesa?; azulejo floreado de Bergama, del norte de Italia (su decoración es típica de esa región); copas grandes de mesas (las primeras que compró Mary Welsh para su primer apartamento en Chicago, 1932). A la izquierda de la puerta de cristal, otro gabinete. Sobre el estante alto hay una fuente de plata regalada por el Instituto Cubano del Turismo; plato de cristal Steuben, regalo de boda de Hemingway a Mary Welsh en marzo de 1946; loza de Bergamo; vaso hecho con oro y cristal de Murano (Italia, 1770), regalo de algunos amigos venecianos; un par de vasos de vino con diseño de animales y flores, comprado por Hemingway y obsequiado a Mary Welsh, en Venecia, 1951; grupo de fuentes con flores claras y blancas, comprado por Mary Welsh en Venecia, 1954. Sobre el aparador: dos lámparas para huracanes; oso polar danés; ángel de cristal; fuente de cristal danesa; una fosforera francesa, y gato danés. Dentro del aparador: lozas y cristalería con el símbolo de Finca Vigía.

Entre las decoraciones distribuidas por el comedor se encuentran una placa española que representa al Quijote, y platillos para servir, decorados con flores. También hay platillos italianos de cristal y otros blancos con el borde gris y el hierro de Finca Vigía en oro.

Mesa a la izquierda del estante: libros en ruso, regalo de Mikoyan y Jachaturian (dos de ellos fueron obsequiados a Mary Welsh por Mikoyan en marzo de 1960, cuando este visitó Finca Vigía; son reproducciones de la colección de pinturas del Ermitage, de Leningrado); y piedras talladas por indios ciboneyes y una pieza de mineral aurífero.

En la repisa de la izquierda, entre la sala y el comedor, hay varias tallas africanas en madera, traídas por Hemingway, quien las obtuvo de los mismos artistas; una bandeja egipcia con decoración de marfil y madreperla.

En la repisa de la derecha, entre la sala y el comedor, se conserva un pájaro tallado en un cuerno de antílope africano.

El mobiliario del comedor fue diseñado por Mary Welsh y T. O. Bruce y construido por Francisco Castro.

BIBLIOTECA

Frente a la sala, candelabros dorados con forma de cabeza de ángeles. Fueron comprados por Mary Welsh en Venecia, 1950. Hay un pedazo de madera que fue encontrado flotando a la deriva en cayo Paraíso (Mégano de Casigua). A la izquierda, cartel que representa a Juan Belmonte, torero amigo de Hemingway, en una corrida en septiembre de 1927; plato con un dibujo de una cabeza de toro, hecho por Picasso y comprado en París en 1927. Encima del librero, esquinero con amplificador y una ruleta comprada por Hemingway, que nunca utilizó.

De la pared contigua cuelga una tempera de Schruns, pequeña villa montañosa de Austria, donde Hemingway y Hadley Richardson, su primera esposa, pasaron varios inviernos, antes y después de 1925. Hemingway esquiaba en esas montañas y trabajó como guía de esquiadores. La persona que está en la parte inferior central de la tempera es Hemingway.

El librero tiene cuatro gavetas: la de arriba, a la izquierda, contiene *files* y documentos de Mary Welsh sobre jardinería, la piscina, los sirvientes, seguros de vida, equipos de cocina y recibos, seguros de automóviles, impuestos cubanos y licencias de armas, impuestos pagados por la propiedad de Finca Vigía y también postales con vistas antiguas de Venecia. En la gaveta de abajo, a la izquierda, hay dibujos del filme *El viejo y el mar* y anuncios de Curazao. En la gaveta derecha de arriba hay *files* vacíos, y la de abajo, a la derecha, permanece vacía. Hay un gavetero blanco con un florero, regalo de Hemingway a Mary Welsh, en abril de 1958. que tiene encima una pintura hecha por el pintor holandés Paul Hyckes. La inscripción dice: «La Poule et le Fer à Cheval. À monsieur Ernest Hemingway, avec ma très grande admiration.»

Librero con una foto del *Pilar*: tres barómetros; pintura de un loro; dos cráneos de león; lámpara de bronce del *Pilar*; coral seco; abanico de mar, y locería italiana moderna.

En la pared opuesta: un librero de seis gavetas, encima del cual hay dos floreros; un pájaro de porcelana y una figura africana. Todos son regalos. Archivo con caja fuerte; encima tiene lápices, sacapuntas y una bandeja mexicana. Las gavetas contienen manuscritos y papeles de diversos asuntos de Hemingway y Mary Welsh.

Hay un librero italiano moderno y un viejo vaso de Granbury, norteamericano, muy popular en el siglo xix.

El mobiliario lo completa una mesa curva que se halla frente a la

puerta, encima de la cual hay una lámpara y un atlas. También hay un sofá; mesita para café; banquillo; sillas; mesas de bambú y una escalera.

Este cuarto se utilizó como habitación para invitados. La puerta estaba detrás del gavetero blanco y se abría hacia el despacho de Hemingway. Debido a la progresiva acumulación de libros, y a la necesidad de espacio para ellos, Mary Welsh lo convirtió en biblioteca, en 1949; además, diseñó e hizo construir todo el mobiliario, menos la alfombra del sofá, que es una pieza auténtica, usada para sus oraciones por los musulmanes en el sur de Mombasa, África; Mary Welsh compró el puf redondo en El Cairo, en 1954. El banquillo de piel de camello lo compró en el mismo lugar y ocasión. Las mesas grandes son de majagua, madera cubana. Los tiradores de las gavetas y estas mismas, así como las lámparas de las paredes, fueron diseñados por Mary Welsh y contruidos por Francisco Castro.

HABITACIÓN DE HEMINGWAY

Encima de la mesa, pintura mexicana antigua, comprada por Hemingway en México, 1942.

A la izquierda de la cama, la máquina de escribir de Hemingway. Reposo encima de los libreros que están a la izquierda de la puerta. Hemingway trabajaba con la máquina colocada sobre el escritorio, parado encima de la piel de un kudú que Mary Welsh mató en África en 1953.

Esquina izquierda de la puerta: dibujo en blanco y negro, regalo de un amigo italiano, 1951. Es un mapa de África oriental.

Encima del librero: foto de Charles Sweeny. Mary Welsh dijo de él: «El coronel Sweeny fue amigo de Hemingway desde los años 20. Fue a la Academia Militar de West Point, pero lo expulsaron. Peleó con

Pancho Villa en la frontera mexicana y en varias revoluciones latinoamericanas. Fue coronel en la Legión Extranjera Francesa. Se hizo un excelente táctico y estratega militar, recibió el grado de general en el ejército francés; formó y comandó un Eagle Squadron de la Real Fuerza Aérea Británica durante la Segunda Guerra Mundial, constituido por aviadores estadounidenses que se escaparon a Inglaterra a través de Canadá. Una de sus últimas apariciones como experto militar fue en una conferencia que ofreció para jefes de Estados Mayores y colegas de guerra en París, en 1950. Hizo un brillante análisis de la situación francesa de aquellos momentos, con valiosas recomendaciones para mejorarla, las cuales no se siguieron. Sufrió una hemorragia cerebral en 1956. Era uno de los héroes que Ernest Hemingway admiró durante toda su vida, ya que fue, como él mismo, un rebelde eterno.»

En el librero: bastón, fotos, insignias tomadas a prisioneros alemanes, sacacorchos y cinturón.

En el suelo, la cabeza y piel de un león.

En la pared opuesta a la ventana del despacho: cabeza de búfalo, mapa de Cuba y un pomo que contiene una rana preservada en formol.

En la pared de la ventana: pintura de patos Merganser y fotos de dos hijos de Hemingway: Gregory y Patrick. Foto del mayor de los hijos de Hemingway: John, su esposa, y David Bruce, embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña, en la boda de John. Litografía de Daumier, original. *Short-snorter*: billete de banco de Estados Unidos firmado por otros poseedores de este título lo que significa que habían volado a través del Atlántico o el Pacífico. Cuando Ernest Hemingway voló a China, en 1941, los vuelos transocéánicos eran aún poco frecuentes. Veintiséis objetos pequeños, todos regalos de amigos o de desconocidos. Tela de camuflaje de seda verde y carmelita, regalo de amigos ingleses, 1944.

Debajo de la ventana la zapatera con su colección de mocasines,

sandalias y botas de infantería.

Más librereros, con 13 cuchillos, cinturón y bastones. Los bastones son regalos de jefes de tribus africanas: la wakamba y la masai. Los cuchillos son de trabajo, para desollar animales y para ceremonias. Todos son regalos de aquellos amigos que conocían la afición de Ernest Hemingway por los cuchillos.

Al lado de los libros hay una foto de su primera nieta: Jean Hemingway.

Entre los objetos sobre el buró de Hemingway se encuentran tallas de animales compradas a los mismos artistas, cerca de Machakos, África oriental. También está la llave de Matanzas, entregada en esta ciudad cuando Hemingway y Mary Welsh llegaron una vez más en el barco *Ile de France*, en 1957. Una bandeja de madera en forma de pez llena de piedras, conchas y otros objetos, que Hemingway consideraba «de buena suerte». Marcador de libros de cuero repujado y gomígrafo con la inscripción: «Yo nunca escribo cartas. Ernest Hemingway»; diferentes tipos de papeles que utilizó durante sus últimos 17 años de vida. Otros objetos son un mapa dibujado a mano que Hemingway empleó cuando las tropas de la Cuarta División de Infantería del ejército norteamericano se acercaban a París, billetes y monedas extranjeras, carteras, cheque pagadero a él, que no cobró. Las tres últimas cartas que llegaron a Finca Vigía dirigidas a Hemingway, sin abrir. Mapas, silbato para atraer patos, cuchilla de bolsillo y otros mapas.

Debajo del cristal del buró, de izquierda a derecha a partir de la esquina más cercana al cesto de papeles están sus tarjetas de presentación; una oración; una foto de su amigo Waldo Peirce con una aguja; licencia de licores de Idaho; fotos de: Marlene Dietrich durante la Segunda Guerra Mundial; Lillian Ross, del *New Yorker*, sentada entre dos de los actores del filme *La roja insignia del valor*; su hijo Patrick y la esposa en unas ruinas atenienses; fotos de Mary Welsh y fotos de

periódicos: Ernest en París; Ernest Hemingway, un amigo y los dos hijos menores; Scott Fitzgerald, su esposa e hija y Ernest Hemingway en una habitación; foto del dibujo de una amiga, Renata Bergatti; foto de Carmen Luz, bailarina española, hija de Pedro Herrera Sotolongo.

Closet: hay seis escopetas y rifles, una pistola, diferentes tipos de municiones, dos estuches para escopetas, un sombrero chino, espejuelos viejos y varias muestras de ropa y zapatos de Hemingway. En el librero frente a la ventana se encuentra el arma favorita de Hemingway, una carabina Mannlicher, y la cabeza del búfalo africano que cazó en la llanura de Serengeti en enero de 1934.

Había un aparato de aire acondicionado en la habitación, pero no se utilizaba porque —según la explicación de Mary Welsh-Hemingway decía que «otras personas no tienen la misma facilidad»; es decir, no ponía en marcha su aparato porque otros no tenían uno igual. Mary Welsh garantiza que esto es cierto. El Admiral fue puesto a trabajar muy pocas veces.

BAÑO

Pesas; botella que contiene murciélago preservado en formol (Hemingway lo llamaba «el murciélago embotellado»); estante pequeño con libros juntos al inodoro, en el que se destaca un volumen sobre el ilusionista Houdini; y, colocado en la pared, un castero tallado en madera, regalo de Mary Welsh, comprado en Lima, Perú, 1955.

CUARTO VENECIANO

Pared lateral a las camas, de izquierda a derecha: dos paisajes venecianos; pequeño óleo del Puente de los Suspiros, Venecia; una *Vista*

de *La Habana desde la finca*, por un artista británico; una escena de una corrida firmada por Cano; un *Retrato de Papa*, por Oscar Villarreal (hermano de René), de San Francisco de Paula; y un pedazo de la raíz de la ceiba que sacaron de abajo del piso y fue colocada encima del aparador.

La misma pared, debajo: receptáculos de acero que contienen alrededor de 200 transparencias hechas por Mary Welsh en Venecia, Francia, África y Egipto; un proyector pequeño y uno grande.

Hay un banco del bar Floridita, con un rollo de mapas antiguos y música, regalos de un amigo veneciano; una mesita de noche con lámpara y libros, y un biombo de junco pintado de blanco.

Aparador rodante con libros y revistas, junto con galeras de libros que otros autores le remitían a Ernest Hemingway para que este hiciera comentarios (compró el aparador en el invierno de 1950 – 1951). Pensaba utilizarlo para transportar comidas calientes durante las noches, de la cocina al cuarto. Fue desechado rápidamente ya que las bandejas son más fáciles de manejar.

En los estantes al lado derecho de la puerta: sombrilla amarilla que se utilizaba para proteger a los visitantes de la lluvia en el recorrido del auto al portal. A la izquierda, hay un asiento y los almohadones para cubrirlo; cinco juegos de almohadones para la sala, uno para la biblioteca y varios juegos para el cuarto de Mary Welsh. Además, sombreros usados por Mary Welsh y Hemingway en África; encima, calentadores eléctricos, fotos de una escultura italiana y postales de España y Venecia; un regalo a Ernest Hemingway que no ha sido abierto; dos sujetabotellas y un sacacorchos de cuero.

En la pared opuesta a las camas: foto de Hemingway dedicada a Juan Dunabeitia, *Sinsky*; escena al óleo de una lidia de toros, regalo de un desconocido. Debajo: estante de libros; tocador, asiento, espejo.

Librero de bolsilibros: encima, objetos africanos: máscara ritual de ceremonias de la tribu wakamba; máscara tallada en madera; colmillo de jabalí (el otro colmillo del mismo animal se utilizó para hacer el sacacorchos que está en la mesa cerca del bar en la sala); brazaletes de cuentas, que fueron regalos hechos a Mary Welsh por las mujeres wakamba, cerca del campamento de los pantanos de Kimana, Kenia, confeccionados por ellas mismas muñeca de fibra, deidad usada por un brujo africano; tocado ceremonial de cuentas de la tribu masai; recipiente hecho de un cuerno en forma de riñón que se usa para transportar fuego en la estación lluviosa africana o para acarrear agua, también de la tribu masai; y un cesto usado por las mujeres de las tribus de Tangañica para almacenar maíz.

Encima del librero para bolsilibros: tempera china, regalo de Winston Guest y esposa.

HABITACIÓN DE MARY

En el closet: el vestido azul y blanco que llevaba Mary Welsh en los dos accidentes de aviación, enero 23 y 24 de 1954, en Uganda, África. Los cinturones están en la puerta; tempera de Dorothy Pound, esposa de Ezra Pound; cuernos de venado muerto por un disparo de 30,06, Idaho, 1948.

Estantes para libros: en la esquina superior, cenicero de Cabo Blanco, Perú; jarra de peltre que Mary Welsh compró en Holanda, 1938; coral y conchas de uno de los cayos al norte de Cárdenas. En el segundo travesano: cenicero danés; jarra italiana, y un venado. Hay iniciales de bronce, regalo de Alexander Calder. En el tercer travesano: reproducción de Van Gogh, regalo de Hemingway; sujetafósforos del padre de Mary Welsh; tortuga de Hong Kong; elefante italiano, todos regalos. En el cuarto travesano: caja de joyas de Mary Welsh; brazaletes de la época victoriana; insignias y barras de servicio del ejército de

Estados Unidos; capote de paseo de matador, en miniatura.

En la pared adyacente: sofá con gavetas que contienen tarjetas de Navidad; mapas; espantador de moscas africano; abanico; rabo de animal salvaje; rabo de gacela Thompson; papel; cuerda.

Escritorio: copa de plata ganada por Hemingway; foto del hijo mayor, John H. Hemingway, en la boda con Byra Whittlesey Whitlock; tempera de Dorothy Pound; cabeza de un orix beisa, muerto por Mary Welsh de un disparo de 30,06 en un pantano de Kimana, Kenia, 1953.

El otro escritorio contiene materiales de escribir, efectos de oficina y fotos. En la gaveta superior hay un sobre con instrucciones para hacer funcionar varios aparatos domésticos.

Encima de la cama: tempera que representa barcos en la mar. Pared adyacente: retrato de Hemingway hecho por el hijo de Kid Tunero; espejo veneciano de principios del siglo xix; retrato de una prima de Mary Welsh, Beatrice Ferguson Guck, hecho por Adams; gavetero con un viejo reloj y joyas; caja de caoba para guardar anzuelos, regalo de un amigo, que contiene tarjetas de Navidad.

La pequeña mesa que está en el centro del cuarto se hizo de una bandeja que Mary Welsh encontró en La Habana. Las patas se le adaptaron en Finca Vigía. En la mesa hay monedas extranjeras.

Encima del gavetero está un joyero de Mary Welsh, comprado en Venecia, 1951, y un pequeño joyero para viajes, con varios objetos de Inglaterra, Francia, España, Italia y México.

Este cuarto fue el primero que Mary Welsh «modernizó». Ordenó dismantelar un closet, e hizo que se construyeran ventanas mayores al frente y fondo de la casa; diseñó el mobiliario y los tiradores de las gavetas, los libreros, las mesas de noche y los bancos redondos, que fueron hechos por Francisco Castro. La madera es caoba. Fueron contruidos en el garaje de Finca Vigía.

En el lobby del cuarto de Miss Mary hay un closet de ropa; contiene un pez tallado y una litografía original de Daumier.

PRIMER PISO DE LA TORRE

La casa de los gatos.

SEGUNDO PISO DE LA TORRE

Lanzas de la tribu masai, Kenia, algunas regaladas a Ernest Hemingway, otras compradas por él a guerreros de la tribu. Ernest Hemingway practicó el tiro de lanzas y lo hacía con bastante puntería; mató con lanzas algunos monos cerca del pantano de Kimana, al oeste del monte Kilimanjaro, Kenia. También hay unas botas altas contra los mosquitos, botas de cazador y botas de esquiar. Una caja con conchas de la familia *Cypraea*, que Mary Welsh trajo de África. Hemingway las encontró en las islas al este de Shumoni, una villa de pescadores al sur de Mombasa. Son las famosas *money cowry*, conchas usadas para intercambio monetario por las tribus costeras de África y que eran aceptadas por ellos en el siglo xviii a cambio de oro, marfil y esclavos. Hay, además, cuernos de animales africanos; cubreventanas para usar en caso de huracanes, y papel de regalo.

PISO SUPERIOR DE LA TORRE

Mesa de Ernest Hemingway, diseñada, según sus especificaciones, por Mary Welsh. Trabajó en ella, pero no frecuentemente. Se conservan algunos libros y la cabeza de piel de una leona muerta por Ernest Hemingway en el safari de 1933. Otro objeto es la chaise-longue donde

Ernest Hemingway tomaba sus siestas de vez en cuando.

PISCINA

Hay un banco grande con la parte superior móvil, que Ernest Hemingway diseñó en 1945. Mary diseñó el otro mobiliario y se hizo todo en Finca Vigía. Los colchones están en el cuarto de vestir. El sistema Filyer de la piscina se instaló en 1950, trabajo que realizó R. Schmidt, de la Cía. de Purificadores de Cuba, a un costo de alrededor de 10 000 dólares. Incluyó la casa de filtrado. A Ernest Hemingway le gustaba la piscina; trabajaba y leía con frecuencia a la sombra de la pérgola. En el transcurso de los años que vivió allí, nadaba media milla diaria, excepto en el invierno. Mary Welsh nadaba una milla diaria. En la época calurosa, almorzaban en la piscina. La comida era traída en bandejas desde la casa.

ARCHIVO

A finales de los años 50 Hemingway compró un archivo metálico de tres gavetas. Se había decidido a organizar su correspondencia y ciertos documentos. Llamó a su amigo Roberto Herrera Sotolongo y le pidió que le ordenara esos papeles. Después de la muerte de Hemingway, y con la Revolución Cubana en el poder, el escritor Fernando G. Campoamor pasó a administrar la finca. Campoamor recogió todos los documentos que se encontraban en la casa y los añadió al archivo, que fue depositado luego en la Dirección Nacional de Museos y Monumentos del entonces Consejo Nacional de Cultura de Cuba, donde se han conservado hasta la fecha.

Una mirada al contenido del mueble: diploma acreditativo del Premio Nobel, collares de semillas, prendedores de plata y oro, pulsos,

llaveros, insignias, un crucifijo de plata, francos, pesetas, libras esterlinas, monedas del Congo Belga, piastras egipcias, liras, dos diplomas de Pan American fechados en 1941. Hay, además, mapas de Francia, China, Canadá, Sudán y Etiopía.

Otros objetos: medalla con la inscripción *Per Ardua Ad Astra*; placa de metal con la inscripción *Concurso de Pesca Hemingway 1958*; placa de metal con la inscripción *CCC to Gigi's Papa tor his splendid record. July 21, 1942*; caja con papel timbrado de Finca Vigía; bloc de hojas de cable Prewi-Radio; bloc de hojas pequeñas, para recados; sobres timbrados de Finca Vigía; monedero con siete francos; monedas sueltas de diferente acuñación; 32 billetes de diferente acuñación, y un cheque de banco. Cofre de madera blanca, con iniciales MW, que contiene las insignias de *War Correspondent*, de Hemingway; y cofre de terciopelo rojo que se encuentra vacío.

Referencias

LIBROS DE HEMINGWAY

Three Stories and Ten Poems; Contact Publishing Company, Paris y Dijon, 1923.

In our time; Three Mountains Press, Paris, 1924.

In Our Time; Boni and Liveright, Nueva York, 1925.

The Torrents of Spring; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1926.

The Sun Also Rises; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1926.

Men Without Women; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1927.

A Farewell to Arms; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1929.

Death in the Afternoon; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1932.

Winner Take Nothing; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1933.

Green Hills of África; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1935.

To Have and Have Not; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1937.

The Fifth Column and the First Forty-Nine Stories; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938.

For Whom the Bell Tolls; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1940.

Men at War; Crown Publishers, Nueva York, 1942.

Across the River and Into the Trees; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1950.

The Old Man and the Sea; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1952.

LIBROS PÓSTUMOS

A Moveable Feast; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1964.

By-Line: Ernest Hemingway; edición de William White; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1967. Contiene un tercio de la producción periodística de Hemingway. Incluye 11 crónicas relacionadas con Cuba y la corriente del Golfo.

The Fifth Column and Four Stories of the Spanish Civil War; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1969. Contiene los cuentos sobre el Bar Chicote, de Madrid, que Hemingway se había resistido a publicar en

libro.

Islands in the Stream; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1970.

The Nick Adams Stories; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1972.
Contiene cuentos publicados anteriormente en otros libros y ocho relatos o fragmentos inéditos.

Ernest Hemingway: Selected Letters 1917 – 1961 (Carlos Baker ed.); Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1981.

CUBA

FICCIÓN

To Have and Have Not es la primera novela de Hemingway con tema cubano. Se escenifica en La Habana, en zonas costeras cercanas a esta ciudad y en la corriente del Golfo, y con abundantes escenas en Key West, Florida. Howard Hawks la llevó al cine. Filmó los exteriores en Martinica y las escenas de combate naval en alguna piscina de Hollywood. El guión es de William Faulkner. Conservó el título de la novela de Hemingway, pero el parecido del libro con la película es muy remoto.

The Old Man and the Sea se escenifica por completo en Cuba y a la altura de las costas cubanas. Casi todos los exteriores de la versión cinematográfica fueron filmados en Cojímar, pero las aguas cubanas no proporcionaron un castero de las dimensiones requeridas, razón por la que algunas escenas de la pesca de la gran aguja debieron realizarse en Cabo Blanco, Perú. La narración exigía, además, que se filmara una manada de leones en las costas africanas. Los leones se ven, pero no en la costa. Hemingway y Mary aparecen en una de las secuencias finales como si fueran los turistas que descubren la osamenta del pez descomunal de Santiago en la playa de Cojímar.

Islands in the Stream es la novela de más de 400 páginas también llevada al cine en una versión distorsionada. George C. Scott, por imperativos del guión, convierte a Thomas Hudson, pintor demócrata y nostálgico que persigue submarinos alemanes, en un contrabandista de inmigrantes judíos perseguido por los guardacostas cubanos. La primera parte de la novela se desarrolla en Bimini, la segunda en La Habana y la tercera en el archipiélago del norte de Camagüey.

«Nobody Ever Dies» es el único cuento escenificado en Cuba de toda la producción de Hemingway. Pese a las excelencias del título, no logra captar la esencia de la lucha revolucionaria en Cuba en el período de la Segunda Guerra Mundial. Se conoce en español con el título de «La educación revolucionaria». Se publicó por primera vez en *Cosmopolitan*, Nueva York, vol. 106, marzo de 1939.

CRÓNICAS

«Marlin off the Morro» («La pesca de la aguja a la altura del Morro»), en *Esquire*, Nueva York, otoño de 1933. Es su primera crónica sobre Cuba. Presenta a Carlos Gutiérrez y describe la embarcación *Anita* y el paisaje de La Habana que se ve desde una habitación del hotel Ambos Mundos. Ofrece sus primeras observaciones como pescador de agujas.

«Out in the Stream» («En la corriente del Golfo»), en *Esquire*, agosto de 1934. Hemingway se convierte en un pescador experimentado y en un amante de la cerveza cubana Hatuey.

«On Being Shot Again» («Vuelvo a recibir un tiro»), en *Esquire*, junio de 1935.

«On the Blue Water» («En las aguas azules»), en *Esquire*, abril de 1936. Comienza la leyenda del viejo y el mar.

«There She Breaches» («¡Allí está la ballena!»), en *Esquire*, mayo

de 1936. Prácticas de artillería desde la fortaleza de la Cabaña, y la descripción jocosa de un hecho poco frecuente: arribazón de ballenas a las costas cubanas.

«The Great Blue River» («El gran río azul»), en *Holiday*, Nueva York, julio de 1949.

«The Shot» («El disparo»), en *Ken*, Nueva York, abril de 1951.

«A Visit with Hemingway», también conocido como «A Situation Report» («Una visita a Hemingway», o «Un informe de la situación»), en *Look*, Nueva York, 4 de septiembre de 1956.

LA CORRIENTE DEL GOLFO

Hemingway propuso un libro sobre los misterios de la corriente del Golfo a Maxwell Perkins en una carta del 10 de febrero de 1933. El proyecto, al igual que otros, no llegó a materializarse. Pero las primeras exploraciones y pesquerías le brindaron material para escribir ficción y periodismo. Lo que sigue es la lista de sus trabajos sobre esta zona, en la que se incluyen los relatos originales de *Tener y no tener*.

«After the Storm» («Después de la tormenta»), en *Cosmopolitan*, vol. 92, mayo de 1932. Es un cuento con un lenguaje similar al de la historia de Harry Morgan. Está basado en una experiencia de Eddy Saunders y el naufragio del buque español *Valbanera*.

«One Trip Across» («Una travesía»), en *Cosmopolitan*, abril de 1934. Es la primera parte de *Tener y no tener*.

«Old Newsman Writes. A Letter from Cuba» («Un viejo gacetillero escribe. Crónica desde Cuba»), en *Esquire*, diciembre de 1934.

«Remembering Shooting-Flying. A Key West Letter» («Recordando la caza de pluma. Crónica desde Key West»), en *Esquire*, febrero de 1935.

«The Sights of Whitehead Street. A Key West Letter» («Las cosas dignas de verse en Whitehead Street. Crónica de Key West»), en *Esquire*, abril de 1935.

«Who Murdered the Vets?» («¿Quién asesinó a los veteranos?»), en *New Masses*, Nueva York. 17 de septiembre de 1935. La muerte de un millar de excombatientes norteamericanos de la Primera Guerra Mundial abandonados a su suerte por las autoridades federales al paso de un huracán por los cayos de Alto y Bajo Matecumbe convierten al Hemingway de esta crónica en un escritor irascible y politizado. Tiene una breve referencia a Cuba: no se encontrarán yates de millonarios en los mares cubanos en épocas ciclónicas. No es su época de pesca. Expone el concepto de que la suerte no existe «mientras haya hijos de puta ricos que deciden hacer la guerra». La experiencia es decisiva. *Tener y no tener* se convierte en una novela extraña y nerviosa después de esto. El proceso de endurecimiento alcanzará su clímax en la Guerra Civil Española.

«The Tradesman's Return» («El regreso del contrabandista»), en *Esquire*, febrero de 1936. Segunda parte de *Tener y no tener*.

GATTORNO Y ROWE

Hemingway escribió textos para los folletos de presentación de los pintores Antonio Gattorno, cubano, y Reginald Rowe, norteamericano residente en Cuba durante algún tiempo. El de Gattorno es un material interesante por sus observaciones de las miserias del mundo artístico de Cuba en los años 30. Fue publicado como folleto por Ucar García y Co. en La Habana en 1935 y reproducido en *Esquire*, vol. 5, mayo de 1936. El

de Rowe es un plegable que contiene un párrafo con observaciones de Hemingway sobre la luz en Cuba y cómo expresarla artísticamente. Sin fecha de publicación, aunque probablemente sea de finales de los años 50.

«... ESA ISLA LARGA, HERMOSA Y DESDICHADA...»

En el capítulo VIII de *Las verdes colinas de África* hay un párrafo imprescindible sobre Cuba. Hemingway describe el movimiento eterno y poderoso de la corriente del Golfo a lo largo de las costas de la isla. En la obra también se halla un diálogo breve y pesimista sobre el proceso revolucionario que derrocó al dictador Gerardo Machado en Cuba, en 1933.

PHILIP RAWLINGS EN CUBA

El protagonista de la única obra teatral de Hemingway, *La quinta columna*, recuerda La Habana al amanecer, antes de la Guerra Civil Española. Sans Souci, bailes en el patio «under the royal palms» y desayunos en la playa de Jaimanitas son parte de su evocación. En Cuba, expresa el personaje, comenzó su adiestramiento revolucionario. En otro momento hace mención a la organización terrorista cubana de los años 30, el ABC.

EL TERRAL

Robert Jordan, en *Por quién doblan las campanas*, hace una breve alusión al terral. Después que Pilar ha descrito el olor de la muerte, él se pregunta: «¿Cuál es el que tú prefieres? ¿El de las yerbas tiernas con que

los indios tejen sus cestos? ¿El del cuero ahumado? ¿El de la tierra en primavera después de un chubasco? ¿El del mar que se percibe cuando caminas entre los tojos de Galicia? ¿O el del viento que sopla de tierra al acercarse a Cuba en medio de la noche?»

HEMINGWAY Y FIDEL

BAEZ, LUIS, «Hemingway siempre estuvo a favor de la revolución», entrevista a Mary Hemingway, en *Bohemia*, La Habana, 30 de septiembre de 1977.

CASTRO, FIDEL, Declaraciones, en *Obra Revolucionaria*, La Habana, sábado 14 de mayo de 1960. Versión taquigráfica de su comparecencia por televisión la noche anterior, donde se refirió a su participación en el Concurso de Pesca Hemingway que se celebraba ese fin de semana.

—, Declaraciones, en *Revolución*, La Habana, sábado 9 de julio de 1960. Es una versión de su comparecencia por televisión la noche anterior, donde dijo: «... porque no pensamos en los casos de ciudadanos americanos que tienen una casa o una parcela de tierra en Isla de Pinos, como Hemingway que tiene su casa y vive aquí. Hay norteamericanos buenos que escogieron este país para descansar y vivir y esos norteamericanos no tendrán nunca que preocuparse por nada, porque entendemos bien el sentimiento que los ha traído a nuestro país. Que han venido aquí a no explotar nuestro país ni matar de hambre a nuestro país». Resulta evidente que el líder cubano pronunció estas palabras en un momento de deterioro de las relaciones con Estados Unidos. Hemingway subrayó las palabras referidas a él y conservó el recorte, sin fecha, en uno de los estantes de la habitación de invitados de Finca Vigía.

—, Discurso pronunciado como Presidente del Movimiento de

Países No Alineados ante el XXXIV Período de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 12 de octubre de 1979. Hizo una paráfrasis del título de la novela de Hemingway para exhortar a los gobernantes del mundo a trabajar por la paz y el desarrollo. Último párrafo del discurso: «Digamos adiós a las armas y consagrémonos civilizadamente a los problemas más apremiantes de nuestra era... Esa es... la premisa indispensable de la supervivencia humana.»

—, *Una victoria militar pírrica y una profunda derrota moral*, Editora Política, La Habana, 1983. Contiene el texto del discurso que pronunció en el acto de despedida de duelo a los cubanos caídos en combate frente a las tropas norteamericanas en Granada, celebrado en la Plaza de la Revolución el 14 de noviembre de 1983. Era un momento particularmente trágico. Por primera vez en la historia los cubanos se enfrentaban en combate con una fuerza militar de Estados Unidos. La frase del discurso más destacada por la prensa de La Habana procede de los versos de John Donne y tiene la impronta hemingwayana: «Las campanas que hoy doblan por Granada pueden doblar mañana por el mundo entero.»

DESNOES, EDMUNDO, «El último verano», en *Puntos de vista*. Instituto del Libro, La Habana, 1967. Este ensayo, aunque hace una valoración desfavorable de Hemingway, popularizó una frase de Fidel Castro sobre el novelista: «Toda la obra de Hemingway es una defensa de los derechos humanos.»

MANKIEWICZ, FRANK Y KIRBY JONES, *With Fidel. A Portrait of Castro and Cuba*, Playboy Press, Chicago, 1975. Contiene declaraciones de Fidel Castro sobre Hemingway y su amistad hacia Cuba y un juicio de *Por quién doblan las campanas*.

MATTHEWS, HERBERT L., *Fidel Castro*, Simon and Schuster, Nueva York, 1969. Su única referencia a Hemingway en este libro es estimulante. Después de mencionar la posible intervención de la CIA en

el sabotaje que destruyó el buque *La Coubre* en marzo de 1960 en el puerto de La Habana, Matthews añade la siguiente nota al pie de página: «Al revisar las memorias sobre mi viaje de marzo de 1960, encontré este apunte: “Ernest Hemingway sigue siendo el gran héroe del pueblo cubano. Permanece en su casa como una deliberada muestra de su simpatía y apoyo a la Revolución de Castro. Conoce tan bien a Cuba y al pueblo cubano como a cualquier ciudadano norteamericano. Me alegró mucho descubrir que sus ideas sobre Fidel Castro y la Revolución Cubana coincidían plenamente con las mías.”»

OTERO, LISANDRO, *Hemingway*, Casa de las Américas, La Habana, 1963. Difundió otra declaración, pero esta vez del escritor: «Si hubiera tenido menos años habría subido a la Sierra Maestra junto a Fidel Castro.»

VAZQUEZ-CANDELA, EUCLIDES, «Hemingway se preocupa por Cuba y por Fidel», en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, año II, No. 13, febrero de 1963.

ESCENARIO CUBANO

BOUDET, ROSA ILEANA, «Hemingway: siempre La Habana», en *Cuba Internacional*, La Habana, diciembre de 1969.

CABRERA INFANTE, GUILLERMO, «El viejo y la marca», en *Ciclón*. La Habana, septiembre de 1956.

CAMPOAMOR, FERNANDO G., «La vida cubana de Ernest Hemingway», en *Bohemia*, 21 de julio de 1967.

—, *Circuito Hemingway* [La Habana, 1980]. Es un folleto turístico en el que se enumeran y describen algunos lugares frecuentados por Hemingway en La Habana.

CARPENTIER, ALEJO, *La cotisagración de la primavera* (novela). Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979. Hay menciones a Hemingway y su amigo Evan Shipman y una descripción memorable de Hemingway en el Floridita. Incluye una comparación de Hemingway con el escritor cubano Pablo de la Torriente Brau.

CIRULES, ENRIQUE, *Conversación con el último norteamericano*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973. Contiene una descripción de la presencia de Hemingway en el archipiélago del norte de Camagüey.

CRUZ, MARY, «Lo cubano en *One Trip Across*», en *Anuario L/L*, La Habana. No. 5, 1974.

—, «Un cuento cubano y revolucionario de Ernest Hemingway», en *Casa de las Américas*, La Habana, No. 116, septiembre-octubre de 1979.

—, *Cuba y Hemingway en el Gran Río Azul*, Ediciones Unión, La Habana, 1981.

DESNOES, EDMUNDO, «La casa de Hemingway», en *Cuba*, La Habana, abril de 1965. Contiene una colección de excelentes fotografías de Mario García Joya, *Mayito*.

FUENTES, NORBERTO, «Una casa para defender», en *Revolución y Cultura*, La Habana, No. 55, marzo de 1977.

—, «Más vale ver una vez que escuchar cien», entrevista a Anastas Mikoyan, en *Revolución y Cultura*, La Habana, No. 69, mayo de 1978.

—, «Nadie muere nunca», en *La Gaceta de Cuba*, No. 168, mayo de 1978.

—, «El Hemingway que esconden», en *Bohemia*, 18 de septiembre

de 1981. Es una extensa presentación de dos crónicas de Hemingway habitualmente ignoradas: «¿Quién asesinó a los veteranos?» y «A los norteamericanos muertos en España».

GONZALEZ BERMEJO, ERNESTO, «Los pescadores de Hemingway», en *Cuba*, septiembre de 1962.

HEMINGWAY, MARGAUX, «Playboy and Margaux: go to Cuba», en *Playboy*, vol. 25, No. 6, junio de 1978 (con fotografías de David Hume Kennerly y producción de Hollis Wayne).

MANNING, ROBERT, «Hemingway in Cuba», en *The Atlantic Monthly*, vol. 216, No. 2 de agosto de 1965.

OTERO, LISANDRO, «Ernest Hemingway de nuevo entre nosotros», en *Carteles*, La Habana, 11 de julio de 1954.

PAPOROV, YURI, *Pilar*, Sovietski Pisatiel, Moscú, 1975. Es una novela sobre la vida de Hemingway en Cuba, sus pesquerías en la corriente del Golfo y su participación en la lucha antisubmarina. No están claros los límites entre ficción y testimonio.

—, *Hemingway na Kybe* (Hemingway en Cuba), Sovietski Pisatiel, Moscú, 1979.

VARIOS, *Lunes de Revolución*, suplemento literario de *Revolución*, No. 118, 14 de agosto de 1961. Edición dedicada a Hemingway con motivo de su muerte. Contiene entre otros: Edmundo Desnoes, «Lo español en Hemingway»; Guillermo Cabrera Infante, «Hemingway y Cuba y la revolución», y Loló Soldevilla, «Dos encuentros con Hemingway».

LIBROS SOBRE HEMINGWAY

ARONOWITZ, ALFRED y PETER HAMILL, *Ernest Hemingway, The Life and Death of a Man*, Lancer Books, Inc., Nueva York, 1961.

BAKER, CARLOS, *Ernest Hemingway. A Lite Story*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1969.

BUCKLEY, PETER, *Ernest*, The Dial Press, Nueva York, 1978.

BURGESS, ANTHONY, *Ernest Hemingway and His World*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1978.

GAJDUSEK, ROBERT, E., *Hemingway's Paris*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1978.

HEMINGWAY, GREGORY, *Papa, a Personal Memoir*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1976 (con un prólogo incisivo e irreverente de Norman Mailer).

HEMINGWAY, LEICESTER, *My Brother Ernest Hemingway*, The World Publishing Company, Cleveland, 1962.

HEMINGWAY, MARY, *How It Was*, Alfred A. Knopf, Inc., Nueva York, 1976.

HOTCHNER, A. E., *Papa Hemingway*, Random House, Inc., Nueva York, 1966.

KLIMO, VERNON (JAKE) y WILL OURSLER, *Hemingway and Jake; an Extraordinary Friendship*, Doubleday, Nueva York, 1972.

MCLENDON, JAMES, *Papa Hemingway in Key West*, E. A. Seemann Publishing, Inc., Miami, 1972.

ROSS, LILLIAN, *Portrait of Hemingway*, Simon and Schuster, Nueva York, 1961.

CRITICA Y ENSAYO

BAKER, CARLOS, *Hemingway. The Writer as Artist*, Princeton University Press, New Jersey, 1952.

BAKER, SHERIDAN, *Ernest Hemingway. An Introduction and Interpretation*, Holt, Rinehart and Winston, Inc., Nueva York, 1967.

BROER, LAWRENCE R., *Hemingway's Spanish Tragedy*, The University of Alabama Press, Alabama, 1963.

CUNILL, FELIPE, Introducción a *Las nieves del Kilimanjaro*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975. Presenta la primera selección publicada en Cuba de cuentos de Hemingway.

DE FALCO, JOSEPH M., *The Hero in Hemingway's Short Stories*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1963.

FENTON, CHARLES A., *The Apprenticeship of Ernest Hemingway. The Early Years*, The Viking Press, Nueva York, 1954.

FUENTES, NORBERTO, Introducción a *Por quién doblan las campanas*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1980.

GURKO, LEO, *Ernest Hemingway and the Pursuit of Heroism*, Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1968.

LEWIS, ROBERT W., *Hemingway on Love*. Haskell House Publisher, Ltd., Austin, Texas, 1965.

PORTUONDO, JOSE ANTONIO, «Proceso literario de Ernest Hemingway», en *El heroísmo intelectual*, Tezontle, México, 1955. Es uno de los ensayos más serios y a su vez destructivo que, desde el punto de vista marxista, hayan caído sobre la obra hemingwayana. Su lectura resulta imprescindible, aunque el héroe intelectual Hemingway sale

bastante maltrecho de estas páginas.

RODRÍGUEZ FEO, JOSÉ, «Ernest Hemingway: una nota discrepante», en *Notas críticas*. Ediciones Unión, La Habana, 1962. El trabajo fue publicado pocos meses después de la muerte de Hemingway, pero adelanta los juicios filosóficos y políticos que otros críticos hicieron posteriormente.

STIPES WALLS, EMILY, *Ernest Hemingway and the Arts*, University of Illinois Press, Chicago, 1975.

SUAREZ, SILVANO, *El esqueleto del leopardo*, La Habana, 1955. Se trata del único cubano que se ocupó de estudiar extensamente la obra de Hemingway antes del triunfo de la revolución. Lisandro Otero afirma que este ensayo dice cosas sensatas y brillantes sobre el escritor.

YOUNG, PHILIP, *Ernest Hemingway*, Holt, Rinehart and Winston, Inc., Nueva York, 1952.

—, *Ernest Hemingway, A Reconsideration*, University Park, Pennsylvania, 1966.

ANTOLOGÍAS

BAKER, CARLOS, (ed.) *Hemingway and His Critics*, Hill and Wang, Inc., Nueva York, 1961. Contiene entre otros: George Plimpton, «An Interview with Ernest Hemingway», e Ivan Kashkin, «Alive in the Midst of Death: Ernest Hemingway».

MCCAFFERY, JOHN K. M., (ed.) *Ernest Hemingway. The Man and His Work*, The World Publishing, Cleveland, 1951. Algunos de los trabajos incluidos son de imprescindible lectura: Gertrude Stein, «Hemingway in Paris»; Malcolm Cowley, «A Portrait of Mister Papa»; Max Eastman, «Bull in the Afternoon»; John Groth, «A Note on Ernest

Hemingway»; Ivan Kashkin; «A Tragedy of Craftsmanship», y Edmund Wilson, «Hemingway: Gauge of Morale».

WEEKS, ROBERT P., (ed.) *Hemingway. A Collection of Critical Essays*, Prentice Hall, Inc., New Jersey, 1962.

OTROS LIBROS

ALDRIDGE, JAMES, *One Last Glimpse* (novela), Little, Brown and Company, Boston, 1977. Aunque es un trabajo de ficción, está bien informado sobre la compleja amistad de Hemingway y Scott Fitzgerald.

ARMERO, JOSÉ MARIA, *España fue noticia*, Seamay Ediciones, Madrid, 1976.

BABEL, ISAAC, *Debes saberlo todo. Relatos 1915 – 1931*, Alianza Editorial, Madrid, 1976 (es la versión española de *You Must Know Everything. Stories 1915 – 1931*). En el apéndice de esta colección se recoge el emotivo discurso de Ilya Ehrenburg en la reunión celebrada en Moscú en honor de Babel el 11 de noviembre de 1964, en el que, entre otros datos importantes, reveló el siguiente: «Recuerdo lo que me dijo Hemingway en un hotel de Madrid [durante la Guerra Civil Española]. Acababa de leer a Babel por primera vez, y dijo: “Nunca creí que la aritmética fuera importante para la apreciación de la literatura. He sido criticado por escribir de manera demasiado concisa, pero encuentro que el estilo de Babel es aún más conciso que el mío, que es más verboso. Demuestra lo que se puede hacer. Aun cuando ya se le ha quitado todo el jugo, hay manera de exprimir un poco más la naranja.”»

BERG, SCOTT A., *Max Perkins, Editor of Genius*, Nueva York, 1978.

BESSIE, ALVAH, *Men in Battle*, Nueva York, 1939.

BUSCH, HAROLD, *U-Boats At War*, Nueva York, 1955.

CARMONA, DARIO, *Prohibida la sombra*. Ediciones Unión, La Habana, 1965. Contiene el reportaje «Graham Greene en La Habana», con una descripción de la visita de este escritor a Finca Vigía.

COLLINS, LARRY Y DOMINIQUE LAPIERRE, *Is Paris Burning?* Simon and Schuster, Nueva York, 1965.

COWLEY, MALCOLM, *Exiles Return. A Literary Odyssey of the 1920's*, The Viking Press, Nueva York, 1951.

CHANDLER, RAYMOND, *Raymond Chandler Speaking*, Nueva York, 1962.

DOENITZ, KARL, *Memoirs. Ten Years and Twenty Days*, Nueva York, 1959.

DOS PASSOS, JOHN, *The Best Times. An Informal Memoir*, The New American Library, Nueva York, 1966.

EHRENBURG, ILYA, *Gente, años, vida; primer libro de memorias*, Joaquín Mórtiz, México, 1962.

EISNER, ALEXIS, *La 12a Brigada Internacional*, Prometeo, Valencia, 1972 (edición rusa: *Dvenadtsataia internatsionalnaia*, Moscú, 1968).

GAROSCI, ALDO, *Gii Inteletualli e la guerra di Spagna*, Turín, Einaudi, 1959.

GIDE, ANDRE, *Dostoievski*, Santiago de Chile, 1935.

GILL, BRENDAN, *Here at the New Yorker*, Nueva York, 1976.

GWYNN, FREDERICK L. Y JOSEPH L. BLONTER, *Faulkner in the University*, Vintage Books, Nueva York, 1959.

HELLMAN, LILLIAN, *An Unfinished. Woman*, Little, Brown and Company, Nueva York, 1969.

HUGHES, LANGSTON, *I Wonder as I Wander*, Nueva York, 1956.

—, *El inmenso mar*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978. Contiene un prólogo de Nicolás Guillén, «Recuerdos de Langston Hughes». Es la edición cubana de *The Big Sea. An Autobiography*.

KARMEN, ROMAN, *No pasarán*. Editorial Progreso, Moscú, 1976.

LANDIS, ARTHUR H., *The Abraham Lincoln Brigade*, The Citadel Press, Nueva York, 1968.

LISTER, ENRIQUE, *Nuestra guerra; aportaciones para una historia de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español*, París, 1966.

MAILER, NORMAN, *Marilyn. A Biography*, Grosset and Dunlop Inc., Nueva York, 1973.

MARTIN, LIONEL, *The Early Fidel*, Lyle Stuart Inc., New Jersey, 1978. Contiene un relato sobre los acontecimientos de 1947 en cayo Confites.

MILLA, FERNANDO DE LA. *En La Habana está el amor* (novela). La Habana, 1949. Es una de las obras literarias más extravagantes de todos los tiempos y la primera novela —quizás la única— que contiene anuncios. Sus personajes y argumento son empleados para darles publicidad a ciertos establecimientos y saludar a los amigos del autor. Está escrita en español pero dedicada en inglés. «To Ernest Hemingway, for whom the bell of old and new Spain shall always bring a glorious chime of greeting, jubilees and thankfulness. *Fernando.*»

PAEBURN, BEN, (ed.) *Treasury for the Free World*, Nueva York, 1946. (Contiene un prólogo de Hemingway.)

THOMAS, HUGH, *Cuba, la lucha por la libertad*, México, 1974.

—, *La Guerra Civil Española*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

THOMPSON, HUNTER S., *The Great Shark Hunt*, Fawcett Popular Library, Nueva York, 1980. Contiene la crónica «What Lured Hemingway to Ketchum?», publicada originalmente en *The National Observer*, en la que afirma que Hemingway se fue de Cuba porque los «educadores de Castro» enseñaban a la gente que «“Mister Way”... los explotaba». Thompson, que es el alabado creador del «periodismo Gonzo» y un paradigma del liberalismo norteamericano, acude a su imaginación para repetir la vieja mentira.

TIJOMIROV, MIJAIL, *El general Lukacs* (novela). Editorial Progreso, Moscú, 1971.

WEINTRAUB, STANLEY, *The Last Great Crusade*, Nueva York, 1968.

VARIOS, *Atlas de Cuba*, Instituto de Geodesia y Cartografía, La Habana, 1978.

VARIOS, *El oficio de escritor*. Ediciones Era, México, 1968. Es la edición en español de *Writers at Work*, la colección de entrevistas a escritores en *The Paris Review*.

VARIOS, *Flowering Plants from Cuban Gardens*, Criterion Books, Nueva York, 1958.

VARIOS, *Trayectoria de huracanes y perturbaciones ciclónicas del Océano Atlántico, del Mar Caribe y del Golfo de México (1919 – 1969)*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973.

OTRAS FUENTES

ANGELES TIMES, noviembre 10, 1975. *Bohemia*, julio 4, 1954; marzo 6, 1964 y febrero 2, 1979. *Carteles*, julio 11, 1954. *Cine Cubano*, La Habana, septiembre-noviembre, 1963. *Cuadernos para el diálogo*, Madrid,

noviembre 5, 1978. *Cuba Internacional*, La Habana, marzo, 1980. *El Mundo del Domingo*, La Habana, julio 5, 1962 y agosto 6, 1962. *Esquire*, Nueva York, octubre, 1970 y marzo, 1979. *Gaceta de Cuba*, marzo, 1967 y septiembre-octubre, 1979. *Granma*, La Habana, julio 11, 1977 y septiembre 15, 1977. *Historia*, París, diciembre, 1973. *Juventud Rebelde*, La Habana, julio 2, 1966 y enero 22, 1970. *Life en español*, Nueva York, marzo 30, 1953 y diciembre 1, 1958. *Mar y Pesca*, La Habana, febrero, 1980. *Miami Herald*, marzo 5, 1977. *Newsweek*, Nueva York, marzo 14, 1977 y mayo 30, 1977. *Noticias de Hoy*, La Habana, julio 7, 1961. *Revolución*, noviembre 5, 1959 y julio 3, 1961. Suplemento de *Revolución*, agosto 31, 1962. *Revolución y Cultura*, La Habana, abril, 1978. *Saturday Review*, Nueva York, febrero 3, 1979. *Soviet Life*, Moscú, diciembre, 1979. Despacho de *Tass* desde Washington, enero 9, 1975. *The New York Post*, julio 3, 1961. *The New York Review of Books*, mayo 12, 1977. *The New York Times*, agosto 21, 1974; enero 31, 1975 y octubre 5, 1975. *The New York Times Magazine*, octubre 16, 1977. *Time*, Nueva York, diciembre 13, 1954; abril 19, 1976; junio 26, 1978 y febrero 5, 1979. *Triunfo*, Madrid, julio 29, 1978. *Unión*, La Habana, abril-junio, 1964.

ENTREVISTAS

En el texto no se mencionan las personas siguientes que ofrecieron información: Luis Crespo y Gustavo Iglesias, sobre pesca en la costa norte de Cuba; Víctor Pérez, sobre buques cubanos en la Segunda Guerra Mundial; Rafael M. Miyar, sobre la lucha antisubmarina; Juan Pérez de la Riva, sobre la inmigración de chinos (descalificó por inexacta parte de la información vertida por Hemingway en *Tener y no tener*); Abelardo Abréu, sobre geografía costera y contrabando; monseñor Pietro Sambì; Mariano Tomé, Rector del Seminario de Santiago de Cuba, y Rita Llaneza, de las Hermanas Sociales, sobre la situación de la medalla del Premio Nobel; doctor Darío Guitar, sobre ictiología y pesca; doctora Mirta Aguirre, sobre una frase de Cervantes,

y doctor Manuel Fuentes, sobre medicina.

COLABORACIONES

Dieron recursos materiales: Manuel Pico, en la Cooperativa de Pesca de Cojímar; Natalia Bolívar, en el Museo Numismático de La Habana; José Manuel Peñaranda, en el puesto de Guardafronteras de Punta Alegre, Camagüey; Saúl Yelín, en el Instituto Cubano del Arte e Industrias Cinematográficas, y Raúl Guadarramos, Jorge Selva y Reynaldo Robaina, en la Dirección General de Aduanas. Un merecido reconocimiento a Gladys Rodríguez, Luis Fuentes, Araceli Fera, Máximo Gómez y a los otros trabajadores del Museo Hemingway.

La entrevista al Comandante Fidel Castro que aparece en la sección 121 fue incorporada al libro cuando este ya se encontraba en proceso de impresión. El episodio de cayo Confites, en la sección 102, fue ampliado en las mismas circunstancias. El autor expresa su gratitud a José M. Miyar y a Pedro Alvarez Tabío por su colaboración en esta empresa.

PERSONAL

Los amigos alentaron el criterio, sostuvieron la esperanza de que este libro sería concluido alguna vez. Douglas Rudd dedicó largas jornadas y Pablo Pacheco fue más allá de su función como director de la Editorial Letras Cubanas. Ramón Font Alvarez tradujo dos centenares de cartas manuscritas y Harold Spencer, Engracia Hernández y Sandro y Joan Gandini prestaron su esfuerzo. Miguel Cossío fue un activista decidido de esta tarea, así como Waldo Valdés, que rastreó algunos datos importantes. Marilyn Bobes entregó tiempo y conocimientos, y, Bernardo Marqués, su entusiasmo sin límites. Lisandro Otero y José

Gómez Fresquet (*Frémez*) estuvieron al principio. Barbara Hutchinson, aunque apareció al final, tuvo participación. Un agradecimiento especial a Eduardo López Morales, por sus consejos y colaboración. Hay otros amigos: Vicente Dopico, Elíseo Diego, Jorge Rufinelli, Ramón González, Jorge Ramos, Rine Leal, Lourdes Casal, Marifeli Pérez-Stable, Silvia Flamand, Mirta Miranda, Alberto Batista, Gladys Galindo, Alberto Korda, Antón Arrufat, Luis Báez, Rita M. Fernández, Juan Carlos Fernández, Enrique Román, Jesús Hernández, Alicia Llerena, Nicolás Pérez Delgado, Héctor Villaverde, Nancy Morejón, Pablo Armando Fernández, Radamés Giró y Alfredo Muñoz-Unsaín.

El trabajo comenzó en julio de 1974 y duró siete años. Fue muchas veces como una fiesta, y en ocasiones podía percibirse cómo se acercaba el fragor de la aventura. El libro está terminado ahora, y *Hemingway en Cuba* es el resultado de la colaboración de muchos compañeros.

Cronología

Con preferencia por las actividades y obras literarias de Hemingway durante sus estancias en Cuba.

[1899]

Nacimiento de Ernest Miller Hemingway, segundo de los seis hijos de Clarence Edmunds Hemingway y Grace Hall, en Oak Park, Chicago, el 21 de julio.

[1916]

Primer relato de Hemingway, «Judgment of Manitou», publicado en *Tabula*, revista literaria de Oak Park High School, febrero.

[1917]

Graduado de Oak Park High School. Entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. El ejército rechaza a Ernest Hemingway por escasa visión de un ojo. Se convierte en reportero del *Kansas City Star* en el otoño.

[1918]

Participa en la Primera Guerra Mundial como miembro de un cuerpo de ambulancias. Herido por una granada de mortero en Fossalta, Italia, el 8 de julio. Convalecencia en un hospital de Milán y noviazgo con la enfermera Agnes H. von Kurowsky, modelo de la Catherine Barkley de *Adiós a las armas*, y de la Luz de «Un cuento muy corto».

[1919]

Regresa a Estados Unidos, enero. Ingresa en la redacción del *Star Weekly* de Toronto.

[1921]

Matrimonio con Hadley Richardson, en Horton's Bay, Michigan, el 3 de septiembre. Sale hacia París como corresponsal del *Star Weekly*, el 8 de diciembre.

[1922]

Corresponsal en Suiza, Italia, Alemania y Turquía. Hadley extravía una maleta cargada con originales inéditos de Hemingway en una estación de ferrocarriles de París, diciembre.

[1923]

Viaja a España en la primavera para asistir a las corridas de toros. Su primer libro. *Three Stories and Ten Poems*, publicado por la Contact Publishing Company de Paris, 300 ejemplares, probablemente en julio. Nacimiento de John Hadley Nicanor, su primer hijo, en Toronto, el 10 de octubre. Abandona el *Star* en diciembre.

[1924]

En los sanfermines de Pamplona. Primera edición de *in our time* (con minúsculas), publicada por la Three Mountain Press de París, 170 ejemplares, enero.

[1925]

Regresa a la fiesta de los sanfermines de Pamplona, julio. Comienza el borrador de una novela. *The Lost Generation*, que luego va a ser titulada *The Sun Also Rises (Fiesta)*. Publicación en Nueva York de *In Our Time* (ahora con mayúsculas), por Boni and Liveright, 1 355 ejemplares, el 5 de octubre.

[1926]

La casa Scribner's, de Nueva York, se convierte en su editora de por vida. Publica *Torrents oí Spring*, 1 250 ejemplares, el 28 de mayo, y *The Sun Also Rises*, 5 090 ejemplares, el 22 de octubre.

[1927]

Divorcio de Hadley, el 10 de marzo. Matrimonio con Pauline

Pfeiffer, el 10 de mayo. Publicación de *Men Without Women*, 7 650 ejemplares, el 14 de octubre. Comienza su residencia en Key West.

[1928]

Viaja con Pauline a Europa. Regresa a bordo del vapor *Orita*; hace escala en La Habana, en abril, antes de ir a Key West, primera estancia conocida en la capital cubana. Nacimiento de Patrick, su segundo hijo, en Kansas City, el 30 de junio. Primeras exploraciones en la corriente del Golfo. Conoce a Eddy *Bra* Saunders, saqueador del *Valbanera*, futuro protagonista de «Después de la tormenta» y a Joe Russell, propietario del Sloppy Joe's de Key West y de la lancha *Anita*, futuro modelo para el Harry Morgan de *Tener y no tener*. Conoce a Gregorio Fuentes cuando una tormenta lo obliga a buscar refugio en Dry Tortugas. Suicidio de su padre en Oak Park, el 6 de diciembre.

[1929]

Estancia en Key West. Viajes a España y Francia en la primavera y el verano. *Adiós a las armas*, publicada el 27 de septiembre; 31 000 ejemplares.

[1930]

Estancia en España. Cacería en Wyoming. Accidente automovilístico y hospitalización en Billings, Montana, noviembre. En la convalecencia se deja crecer la barba por vez primera.

[1931]

De nuevo en España, en el verano. Primera versión fílmica de *Adiós a las armas*. Nacimiento de Gregory, su tercer hijo, en Kansas City,

el 12 de noviembre.

[1932]

«Después de la tormenta», publicado en *Cosmopolitan*, mayo. Joe Russell lo pone en contacto con Carlos Gutiérrez. Pesquerías a bordo del *Anita* a la altura de la costa norte de Cuba; utilización del hotel Ambos Mundos como base de operaciones en La Habana. *Muerte en la tarde*, 10 300 ejemplares, publicado el 23 de septiembre.

[1933]

Observador en los sucesos revolucionarios que culminan con el derrocamiento del dictador Gerardo Machado en La Habana, agosto. Después de 10 años regresa al periodismo con «La pesca de la Aguja a la altura del Morro», la primera crónica sobre Cuba y primera colaboración para *Esquire*, en el otoño. *Winner Take Nothing*, 20 300 ejemplares, publicado el 27 de octubre.

Proyecta su libro sobre los misterios de la corriente del Golfo. Safari en África, diciembre.

[1934]

Evacuado a Nairobi por fiebre amiboidea, enero. Reinicia el safari y obtiene un hermoso ejemplar de *greater* kudú en la región masai. el 15 de febrero. Regreso a Key West, abril. Ordena a la Wheeler Shipyard la construcción del yate *Pilar*. «One Trip Across», primera parte de la historia de Harry (Morgan), publicada en *Esquire*, abril.

[1935]

«¿Quién asesinó a los veteranos?», la denuncia sobre la muerte de centenares de excombatientes norteamericanos en los cayos Matecumbe, publicada en *New Masses*, el 17 de septiembre. *Las verdes colinas de África*, 10 550 ejemplares, publicado el 25 de octubre.

[1936]

«The Trademan's Return», la segunda parte de la historia de Harry (Morgan), publicada en *Esquire*, febrero. «En las aguas azules», crónica que incluye la anécdota que se convertiría años después en *El viejo y el mar*, publicada en *Esquire*, abril. Aparecen los «cuentos africanos», que Hemingway va a considerar posteriormente como sus piezas favoritas: —Las nieves del Kilimanjaro», en *Esquire*, agosto, y «La breve vida feliz de Francis Macomber», en *Cosmopolitan*, septiembre. Comienzan sus conflictos con Carlos Gutiérrez.

[1937]

Viaja a España como corresponsal de guerra de la North American Newspaper Alliance (NANA), febrero. Participa en el rodaje de *La tierra española*. Vuelve a Estados Unidos y organiza una colecta para la compra de equipos médicos destinados al gobierno republicano. Pronuncia un discurso en el Segundo Congreso de Escritores Norteamericanos, celebrado en el Carnegie Hall de Nueva York, el 4 de junio (el primer discurso político de su vida). Regresa a España en agosto. Sirve como instructor de milicias y combate en las trincheras españolas. *Tener y no tener*, 10 300 ejemplares, publicada el 15 de octubre.

[1939]

Comienza en el hotel Ambos Mundos de La Habana el borrador

final de *The Undiscovered Country*, luego titulada *For Whom the Bell Tolls* (*Por quién doblan las campanas*), febrero. «Nobody Ever Dies», único cuento suyo que se desarrolla en Cuba, publicado en *Cosmopolitan*, marzo. A instancias de Martha Gellhorn, alquila Finca Vigía por un año, abril.

[1940]

Por quién doblan las campanas, 75 000 ejemplares, publicado el 21 de octubre. Divorcio de Pauline Pfeiffer, el 4 de noviembre. Matrimonio con Martha Gellhorn, el 21 de noviembre. Adquiere Finca Vigía el 28 de diciembre.

[1941]

Ralph Ingersoll, director de *PM*, lo envía al Extremo Oriente para que reporte la guerra chino-japonesa. Hemingway se lleva a Martha, en una especie de luna de miel. Regresa a Cuba en julio. Fallecimiento de Joe Russell.

[1942]

Creación del Crook Factory, agencia particular de operaciones antifascistas, con su estado mayor en Finca Vigía. Artillamiento del *Pilar* y búsqueda de submarinos alemanes. *Men at War*, publicado por Crown Publishers, de Nueva York, el 22 de octubre.

[1944]

Primera estancia en Inglaterra, marzo. Accidente automovilístico en un apagón en Londres, mayo. Se difunde la noticia del fallecimiento de Ernest Hemingway. Desde mayo hasta diciembre cubre acciones

combativas, e incluso participa en algunas de ellas: misiones aéreas de bombardeo y reconocimiento, desembarco en Normandía, liberación de París y operaciones en la Línea Sigfrido. Acusado de infringir sus obligaciones como corresponsal de guerra, es sometido a interrogatorio por un oficial investigador del Tercer Ejército, octubre.

[1945]

Regresa a Cuba haciendo escala en Nueva York, marzo. Comienza la redacción de dos borradores, uno titulado *The Sea Book*, y el otro. *The Garden of Edén*. Nuevo accidente automovilístico, esta vez en la carretera de Mantilla, cerca de Finca Vigía, junio. Divorcio de Martha, el 21 de diciembre.

[1946]

Matrimonio con Mary Welsh, La Habana, el 4 de marzo.

[1947]

Abandona temporalmente la redacción de *The Sea Book*, con 997 páginas manuscritas, debido a una enfermedad predemencial de su hijo Patrick, abril. Muerte de Maxwell Perkins, su editor, el 17 de junio. Participa en una conspiración para derrocar al dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo; allanada Finca Vigía e incautadas sus armas, octubre.

[1949]

Estancia en el norte de Italia y retorno a los escenarios de *Adiós a las armas*. Conoce a Adriana Ivancich, que será su modelo para la Renata de *A través del río y entre los árboles*. Inicia, en Cortina d'Ampezzo,

la redacción de esta novela. Regreso a Cuba, en el verano.

[1950]

A través del río y entre los árboles, 75 000 ejemplares, publicada el 7 de septiembre. Se convierte en la novela que recibe las críticas más desfavorables de toda su carrera. Reinicia la redacción de *The Sea Book*, en el otoño.

[1951]

Fallecimiento de su madre en Memphis, Tennessee, el 28 de junio, y el de Pauline Pfeiffer en Los Angeles, California, el 22 de octubre. Vuelve a congelar *The Sea Book*, aunque decide publicar una de sus partes, la historia del pescador cubano Santiago.

[1952]

Fallecimiento de Charles Scribner, el 11 de febrero. *El viejo y el mar*, publicada en la revista *Life* el 1ro de septiembre, y en forma de libro, 51 700 ejemplares, el 8 de septiembre. La novela se convierte de inmediato en uno de los éxitos mayores de su carrera.

[1953]

Recibe el Premio Pulitzer, mayo. Primera estancia en España después de la guerra civil, en el verano. Caza en el África oriental. Sufre dos accidentes de aviación consecutivos en Uganda, enero; los periódicos de todo el mundo vuelven a difundir la noticia del fallecimiento de Ernest Hemingway. Algunos amigos del escritor se apresuran a escribir y publicar notas necrológicas.

[1954]

Hospitalizado en Nairobi, enero. Regreso a Cuba, haciendo escala en Venecia y España, en el verano. Recibe el Premio Nobel octubre.

[1956]

Viaje a París y España. «Un informe de la situación», la última crónica sobre Cuba, publicada en *Look*, el 4 de septiembre. Colabora con el movimiento revolucionario cubano.

[1959]

Ernest Hemingway declara públicamente su adhesión a la Revolución Cubana, enero. Turismo y remembranzas en París, tauromaquia en España; hace escala en Estados Unidos. Regresa a Cuba el 4 de noviembre.

[1960]

Última estancia en Cuba, hasta el verano. Conoce a Fidel Castro en la celebración del Concurso de Pesca Hemingway, el 15 de mayo de 1960. Anastas Mikoyan visita Finca Vigía. Hemingway termina en este lugar la redacción de *A Moveable Feast (París era una fiesta)*. Comienzan a manifestarse los síntomas de desequilibrio mental. Tiene dificultades para llevar a término el reportaje «Un verano sangriento». Viaja a España, escribe sobre la rivalidad de Dominguín y Ordóñez. Interrumpe su viaje por enfermedad y se dirige a Ketchum, Idaho, octubre. Primer ingreso en la Clínica Mayo, noviembre.

[1961]

Nuevo ingreso en la Clínica Mayo, abril. Sometido a tratamiento de electroshocks. Regreso a Ketchum, junio. Se suicida en la mañana del domingo 2 de julio. Mary Hemingway viaja a La Habana, agosto; se entrevista con Fidel Castro en Finca Vigía. Mary hace donación oficial de la finca y su contenido al gobierno revolucionario. Se inaugura el Museo Hemingway.

[1964]

Publicación postuma de *París era una fiesta*. 83 000 ejemplares, el 5 de mayo.

[1970]

Mary Welsh y los editores de Scribner's resucitan *The Sea Book* y deciden publicarlo con el título de *Islands in the Stream (Islas en el Golfo)*. 75 000 ejemplares, el 6 de octubre. El libro se mueve en el ámbito de las islas Bimini, en el despoblado y remoto archipiélago del norte de Camagüey, y, en La Habana, en dos famosos puntos de referencia de la vida de Hemingway en Cuba: el Floridita y Finca Vigía.

Sobre el autor y la obra

Norberto Fuentes se empeñó en la tarea colosal de averiguar cómo era el Hemingway de Cuba que algunos de sus biógrafos póstumos parecían interesados no solo en ocultar sino también en tergiversar...



El Hemingway nuestro: un hombre azorado por la incertidumbre y la brevedad de la vida, que nunca tuvo más de un invitado a su mesa, y que logró descifrar como pocos en la historia humana los misterios prácticos del oficio más solitario del mundo.

Gabriel García Márquez

Table of Contents

Hemingway, el nuestro

Hemingway en Cuba

Los papeles de Finca Vigía

Inventario

Referencias

Cronología

Sobre el autor y la obra